

encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



HOMENAJE A MARIEL

ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA

Literatura, baile y béisbol

EMILIO ICHIKAWA

Tres notas sobre la transición

CARLOS WOTZKOW

S.O.S. por la naturaleza cubana

JOSÉ MIGUEL SÁNCHEZ (YOSS)

La causa que refresca

primavera / verano de 1998

8/9

1.500 ptas.

REVISTA
encuentro
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR

Jesús Díaz

REDACCIÓN

Manuel Díaz Martínez

Luis Manuel García

Iván de la Nuez

Rafael Zequeira

EDITA

ASOCIACIÓN ENCUENTRO

DE LA CULTURA CUBANA

c/ Luchana 20, 1º Int. A

28010 • Madrid

Teléf.: 593 89 74 • Fax: 593 89 36

E-mail: encuentro@nexo.es

COORDINADORA

Margarita López Bonilla

COLABORADORES

Juan Abreu • José Abreu Felipe •
Nicolás Abreu Felipe • Eliseo Alberto •
Carlos Alfonzo † • Rafael Almanza •
Alejandro Aragón • Uva de Aragón •
Reinaldo Arenas † • René Ariza † •
Guillermo Avello Calviño • Gastón Baquero † •
Carlos Barbáchano • Jesús J. Barquet •
Victor Batista • Antonio Benítez Rojo •
Beatriz Bernal • Elizabeth Burgos •
Madelaine Cámara • Esteban Luis Cárdenas •
Josep M. Colomer • Orlando Coré •
Carlos A. Díaz • Josefina de Diego •
Reynaldo Escobar • María Elena Espinosa •
Tony Évora • Lina de Fera • Miguel Fernández •
Gerardo Fernández Fe • Reinaldo García Ramos •
Flavio Garcandía • Alberto Garrandés •
Lourdes Gil • Roberto González Echevarría •
Vladimir Guerrero • Mario Guillot • Isabel Holgado •
Emilio Ichikawa • Lázaro Jordana • José Kozser •
Monika Krause • Alberto Lauro • César López •
Eduardo Manet • Adriana Méndez •
Carmelo Mesa-Lago • Julio E. Miranda •
César Mora • Carlos Javier Morales •
Marcia Morgado • Joaquín Ordoqui •
Mario Parajón • Enrique Patterson •
Waldo Pérez Cino • Marta María Pérez Bravo •
Marifeli Pérez-Stable • Antonio José Ponte •
José Prats Sariol • Tania Quintero •
Andrés Reynaldo • Raúl Rivero •
Guillermo Rodríguez Rivera •
Efraín Rodríguez Santana • Rafael Rojas •
Guillermo Rosales † • Joel Franz Rosell •
Rolando Sánchez Mejías • Miguel Ángel Sánchez •
Enrico Mario Santí • Fidel Sendagorta •
Pío E. Serrano • José Ramón Suárez •
Osbel Suárez • Armando Valdés •
Roberto Valero • René Vázquez Díaz • Jesús Vega •
Carlos Victoria • Fernando Villaverde •
Juan Villoro • Alan West • Carlos Wotzkow •
Yoss (José Miguel Sánchez) •

8/9

primavera / verano de 1998

DE FIESTA / Jesús Díaz • 3

TRES NOTAS SOBRE LA TRANSICIÓN

Emilio Ichikawa • 5

S.O.S. POR LA NATURALEZA CUBANA

Carlos Wotzkow • 16

EL PUENTE DE LOS ASNOS / Miguel Fernández • 24

■ **En proceso** ■

LITERATURA, BAILE Y BÉISBOL EN EL (ÚLTIMO) FIN DE SIGLO CUBANO / Roberto González Echevarría • 30

■ ■ ■

MÚSICA Y NACIÓN / Antonio Benítez Rojo • 43

DERROCAMIENTO / José Kozser • 55

LA CRISIS INVISIBLE: LA POLÍTICA CUBANA EN LA DÉCADA DE LOS NOVENTA / Marifeli Pérez-Stable • 56

INSCRITO EN EL VIENTO / Jesús Díaz • 66

■ **Textual** ■

PALABRAS DE SALUDO A JUAN PABLO II PRONUNCIADAS POR MONSEÑOR PEDRO MEURICE ESTIÚ, ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CUBA, EN LA MISA CELEBRADA EN ESA CIUDAD EL 24 DE ENERO DE 1998 • 71

EL CATOLICISMO DE LEZAMA LIMA

Fidel Sendagorta • 73

■ **La mirada del otro** ■

DESPUÉS DE FIDEL, ¿QUÉ? / Josep M. Colomer • 77

■ **Cuentos de Encuentro** ■

LA CAUSA QUE REFRESCA / José Miguel Sánchez (Yoss) • 91

BAR MAÑANA / Luis Manuel García • 95

■ **Homenaje a Mariel** ■

MARIEL EN EL EXTREMO DE LA CULTURA

Iván de la Nuez • 105

LA GENERACIÓN DEL MARIEL / Jesús J. Barquet • 110

CARTAS DE REINALDO ARENAS • 126

AUTOBIOGRAFÍA DE UN DESESPERADO / Abilio Estévez • 130

FRAGMENTOS DEL MARIEL / Carlos Victoria • 133

PEQUEÑO ELOGIO DE LA ESCORIA / Juan Abreu • 135

- EL COMANDANTE SÍ TIENE QUIEN LE ESCRIBA
Carlos A. Díaz • 139
- BOARDING HOME / Guillermo Rosales • 143
- EXILIOS II / Andrés Reynaldo • 150
- LAS ISLAS SON MALVADAS Y NADIE LO SOSPECHA
Roberto Valero • 153
- ORACIÓN / José Abreu Felipe • 155
- VISITAS A LA CAVERNA / Reinaldo García Ramos • 156
- BARRIO / Esteban Luis Cárdenas • 157
- EL QUE FALTABA / René Ariza • 159
- VERSAILLES / Marcia Morgado • 160
- EL ELEFANTE / Nicolás Abreu Felipe • 163
- ■ ■
- CONVERSACIÓN CON LA SANTA / Alejandro Aragón • 165
- TIERRA SIN NOSOTRAS / Lourdes Gil • 166
- METAMORFOSIS DE UNA MARIPOSA / Adriana Méndez • 172
- EL RETORNO / Monika Krause • 185
- LA NOCHE DE CIENFUEGOS / Vladimir Guerrero • 193
- SEMBLANZA DE MAÑACH / Mario Parajón • 200
- MAÑACH Y LOS INICIOS INSULARES DE LA NACIONALIDAD
CUBANA / Víctor Batista • 205
- UN ENFOQUE INDISPENSABLE / Carlos Javier Morales • 214
- ESTRATEGIAS LABORALES Y DOMÉSTICAS
DE LAS MUJERES CUBANAS EN EL PERÍODO ESPECIAL
Isabel Holgado Fernández • 221
- UN RITUAL DE LA MEMORIA CRÍTICA / Carlos Espinosa • 228
- LAS SALAS DEL MUSEO NACIONAL DE LA HABANA EN LA
FUNDACIÓN CULTURAL MAPFRE VIDA
Osbel Suárez Breijo • 231
- FRANCISCO PRAT PUIG, BAJO LA LUZ DEL CANEY
Carlos Barbáchano • 234

■ Buena Letra ■
236

■ Cartas a Encuentro ■
268

■ La Isla en peso ■
271

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Equipo Nagual, S.L.

IMPRESIÓN
Navagraf, S.A.
Madrid

Precio del ejemplar: 900 ptas.
Ejemplar doble: 1.500 ptas.
Precio de suscripción (4 núm.):
España: 3.600 ptas.
Europa y África: 6.250 ptas.
América, Asia y Oceanía:
7.500 ptas. / \$ 52.00
No se aceptan
domiciliaciones bancarias.

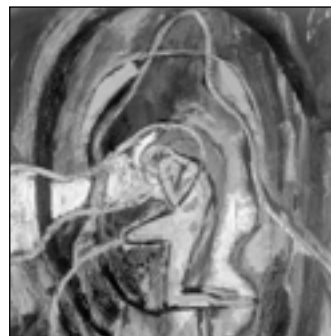
ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES UNA
publicación trimestral independiente
que no representa ni está vinculada a
ningún partido u organización política
dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son
responsabilidad de los autores.
Todos los textos son inéditos, salvo
indicación en contrario.
No se devolverán los artículos que no
hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996
ISSN: 1136-6389

Portada, contraportada e interior,
Carlos Alfonzo

Portada
Blood
(detalle). 1991



De fiesta

JESÚS DÍAZ

La literatura cubana está de fiesta y *Encuentro* quiere subrayarlo y celebrarlo. Seis son nuestros motivos de alegría: el premio Cervantes ganado este año por Guillermo Cabrera Infante; el premio de Reporteros sin fronteras concedido a Raúl Rivero; el premio de novela de la editorial «Alfaguara» otorgado a Eliseo Alberto; el premio de novela Azorín, obtenido por Daína Chaviano y la aparición de las editoriales «Colibrí», en Madrid, dirigida por Víctor Batista, que se especializará en ensayística cubana, y «Casiopea», en Barcelona, dirigida por Marta Fonolleda, que dará un espacio importante a la literatura producida en la isla y en la diáspora en su colección latinoamericana Ceiba, al cuidado de Iván de la Nuez.

Guillermo Cabrera Infante es uno de los autores más significativos de cuantos han escrito en español en el presente siglo, y el que se le haya otorgado el premio Cervantes —el galardón más importante de los que se entregan en nuestra lengua—, realza esa evidencia, motivo de orgullo para una literatura que lo reconoce como uno de sus maestros absolutos.

Raúl Rivero, colaborador habitual de *Encuentro*, es un periodista que ejerce su oficio de modo brillante e independiente en las condiciones particularmente difíciles de la Cuba de hoy —por lo que Reporteros sin fronteras le concedió su premio—, pero es también y sobre todo un poeta extraordinario, que está cifrando quizá como nadie las claves actuales de la tragedia cubana.

Eliseo Alberto también ha acompañado a *Encuentro* desde el principio. Ya en nuestro primer número publicamos su texto «Los años grises», un adelanto del conmovedor *Informe contra mí mismo*, el testimonio más desgarrado, desgarrador y polémico de cuantos ha producido la literatura cubana en los últimos años. El «Premio Alfaguara» de novela —que también obtuvo el notable novelista nicaragüense Sergio Ramírez— confirma el talento de narrador de Eliseo.

Daína Chaviano es una escritora que había obtenido reconocimiento desde muy joven en la literatura cubana producida en la isla. Desde hace algún tiempo reside en el exilio, en Miami, donde es editora asociada de la revista *Newsweek* en español. El Premio Azorín de novela que mereció este año supone su lanzamiento en el plano internacional.

Para una cultura fracturada como la cubana la aparición de las editoriales «Colibrí» y «Casiopea» constituye un acontecimiento de primera magnitud, que cobra cuerpo en los títulos iniciales anunciados por sus catálogos

respectivos. *El arte de la espera*, de Rafael Rojas, y *La revolución cubana*, de Marifeli Pérez-Stable, en «Colibrí»; y *La balsa perpetua (Soledad y conexiones de la cultura cubana)*, de Iván de la Nuez, *La isla que se repite*, de Antonio Benítez Rojo, y *A la sombra del mar (Jornadas cubanas con Reinaldo Arenas)*, de Juan Abreu, en «Casiopea».

Todos estos libros son reflexiones de altísimo nivel elaboradas por cubanos que inscriben así a los estudios sobre nuestro país en un contexto internacional a partir de una óptica propia, lo que es también un hecho de la mayor importancia para el futuro espiritual de la nación. Tanto sus autores como sus editores son colaboradores habituales de *Encuentro*, lo que constituye un motivo más de orgullo para quienes hacemos esta revista.

Por primera vez dedicamos la sección «Homenaje» a un colectivo, el que se identifica con un toponímico ya emblemático en la historia de Cuba: Mariel. El nombre del puerto situado al noroeste de La Habana está unido en la memoria colectiva cubana con los dantescos «actos de repudio», con el siniestro grito de «¡Que se vayan!», con un calificativo atroz, «escoria», y con la partida hacia Miami de más de cien mil personas en apenas unas semanas.

Merced al éxodo del Mariel la composición social del exilio cambió radicalmente de la noche a la mañana; sin embargo, los «marielitos» que habían abandonado Cuba en medio de un gigantesco *progrom* fueron recibidos con reticencia u hostilidad en Miami. Pero los deseos de vivir de los nuevos exiliados y las posibilidades que ofrece una sociedad abierta hicieron su trabajo, y con el tiempo los integrantes del éxodo consiguieron un espacio propio. Por el camino hubo tiempo para la tragedia, y fuerza, talento y valor para la creación artística, a la que *Encuentro* rinde hoy homenaje.

La cultura cubana está enferma y fragmentada, pero también viva y pujante, y cada extremo de esa paradoja contribuye a explicar al otro. La extraordinaria fuerza creativa es una respuesta a la crisis, así como la decidida vocación de encuentro lo es a la fragmentación. En este nuevo número doble se juntan muchos textos escritos en el interior de Cuba con otros muchos elaborados en la diáspora, y coexisten además varias generaciones de escritores, desde decanos del exilio hasta representantes de la más joven generación emergida en la isla como Emilio Ichikawa, José Miguel Sánchez (Yoss) y Miguel Fernández, entre otros. Su signo común es el deseo de encontrarse en un medio donde, justamente gracias a ellos, predominan la diversidad y la riqueza de temas y enfoques, lo que nos permite seguir cumpliendo con la vocación inaugural de *Encuentro de la cultura cubana*, prefigurar en la medida de nuestras fuerzas la sociedad plural y democrática que deseamos para nuestro país.

Tres notas sobre la transición

Emilio Ickawa

CUBA. DE LA INDEPENDENCIA TRUNCA A LA REVOLUCIÓN MESIÁNICA

I. A diferencia de otros países con un pasado colonial, en Cuba no hay una fiesta vinculada al día de la Independencia. De hecho, ese día no es preciso en nuestra imaginaria. La historiografía ha intentado solucionar la indefinición recurriendo al manido recurso de la adjetivación; así, se podría distinguir entre una «pseudo» y una verdadera república independiente, la primera alcanzada en 1902 con carácter constitucional, la segunda en 1959 y con carácter constituyente (la Revolución, *per definitionem*, es fuente de derecho; la costumbre, por ejemplo, no).

En su lugar lo que se celebra en la Isla es el inicio de las guerras por la independencia, el 10 de octubre de 1868. Festejo singular pues no está vinculado a la consumación de un propósito sino a la práctica de un método. Como sucede con la República Martiana, establece una tradición por futuridad, el entusiasmo de un proyecto. Por demás, es significativo que se asuma como fiesta no el establecimiento de una paz sino el inicio de una guerra. De ahí que nuestra hagiografía nacional esté formada por una nutrida lista de militares y héroes de la fuerza que, si bien en el siglo pasado implicaban por lo regular una esmerada ilustración, ya en el siglo xx se escinden con frecuencia las cualidades. Se divorcian notablemente el arma y el alma.

No es de extrañar entonces que a un siglo de historia el 1898 se presente a la conciencia nacional como una incógnita. Amén de algunos ejercicios de erudición historiográfica o algún atrevimiento filosófico, serán ante todo los políticos nacionales quienes signen la fecha. Es curioso que aún en las vísperas no haya una señal política explícita, lo que obliga a la discreción en las declaraciones públicas acerca de hacia qué lado de la tensión España-EE.UU se inclinará la valoración cubana.

La intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana impidió la emergencia de la nación como totalidad a la vida independiente. La preparación de las bases de una República Cubana entre 1898 y 1902 no concluyó en la nación-una; por el contrario, surge como fruto del éxito de un partido, de una parte. Es decir, nace fragmentada, incompleta, zanjada. Por esta razón tampoco el primer presidente de la República fue un «Padre» sino una suerte de tutor temporal sin la oportunidad histórica de fundar. En consecuencia, la sustitución del presidente Tomás Estrada, intervención norteamericana mediante, no trajo esa situación de fértil orfandad que acompaña a las consolidaciones políticas nacionales. Esta carencia la llenaba de alguna manera la figura inasible de José Martí, un padre espiritual, con un simbolismo profundo y una eticidad enaltecida, pero sin una doctrina económica y política convincente desde el punto de vista instrumental.

La función de Padre, de ese señor-amo que escolta los nacimientos, la había usurpado de hecho (y desde su perspectiva de derecho) el gobierno norteamericano; pero no era un rol que podía cumplir cabalmente dado su carácter de extraño. El verdadero Padre de la nación cubana sería entonces aquél que fuera capaz de negar al Padrastro y en consecuencia ganara el derecho de hablar ya no en nombre de una parte de los hijos sino de todos ellos. En resumen, aquél que tuviera la oportunidad de asumir a los cubanos como una gran familia.

II. Las inconclusiones de 1898 dejaron el vacío del Padre Fundador y la mitología asociada al día de la independencia. Los líderes políticos de la República no lograron llenarlo al no poder concretar el potencial mesiánico y tuvieron que «limitarse» a ser jefes de partido. A pesar de que algunos intuyeron la posibilidad de hablar en nombre de todo el pueblo cubano (como Batista y Chivás) no lograron pasar de la representación de clases y capas de la sociedad, cuando no de sectores y hasta grupos de familias. Tampoco fueron muy decididos en la negación del falso Padre, indefinición que desaprovechó la práctica de una demagogia política llamativa que ganara las simpatías nacionales y, como sucede aún hoy, capaz de hechizar a la opinión pública internacional, específicamente a la izquierda norteamericana y la sensibilidad general del socialismo y la socialdemocracia europea.

Fue Fidel Castro, en el contexto de la revolución de 1959, quien pudo convertirse en El Padre capaz de sintetizar las ansiedades pendientes de aquel 1902. Se hizo con el poder no en el nombre de un partido sino del pueblo cubano todo; no reformó sino que impuso su propia fórmula política y se enfrentó en una intensa lucha (cierto que más pública que real) con el Padrastro. Cuba quedaba literalmente bajo su patria potestad, era su casa (ofrecimiento que muchos cubanos pusieron en las puertas de sus hogares: *Fidel, ésta es tu casa*) y los cubanos su familia, hijos a quienes podría castigar o premiar según entendiera. No para su mal, claro está, sino como Padre que era según considerara lo que significaba el bien.

De esta manera se instauraba en el lenguaje público el uso paternalista-autoritario de la primera persona del plural. El *nosotros* se empezó a extender

y ya hoy cunde hasta en el vocabulario de los funcionarios más lejanos. El derecho a hablar por sus hijos, que de alguna manera se tolera al Padre, ha degenerado con el tiempo en esa usurpación que consiste en hablar por otros. Centenares de caricaturas de Padres pululan por la Isla estableciendo indiscriminadamente «los acuerdos que *nos* conviene firmar», «la comida que *nos* conviene comer», «el impuesto que *nos* conviene pagar», etc. Parece olvidarse una vez más que Padre, lo que se dice Padre, hay uno solo, axioma que explica la violencia con que el poder mediocre excede incluso el poder total.

El paternalismo totalizante ha pasado así de fenómeno histórico a institución de la cotidianidad.

III. La Revolución de 1959 no cumple el esquema de movimiento parricida pues Batista representaba más bien todo lo contrario a un Padre; era una suerte de Anticristo que ni siquiera perdió el apetito antes de fugarse de Cuba. Por eso, más que una fraternidad que se levanta sobre un Padre muerto, la Revolución de 1959 significó una congregación en torno al Salvador bajado de la montaña, mimado primero como hijo pero, al ver que no venía en nombre de nadie sino de sí mismo, asumido al fin como Padre. Lo más probable es que el movimiento parricida se anule o se posponga.

El bautismo independentista estaba pendiente en Cuba desde la transacción de 1898-1902 y la Revolución lo incorporó a su patrimonio. Como quedaba aún espacio para la «verdadera» independencia dispuso de un aparato argumentativo muy seductor donde se mezclaron en mágica retórica elementos muy caros a un parto político fundacional: independencia, anti-injerencismo (y más precisamente antiyanquismo), contradictadura (formulación falaz de la democracia), realización histórica y fraternidad de todos los cubanos, reivindicación social y ética de la pobreza. Todas las prestidigitaciones propagandísticas posteriores ya estaban implícitas en las combinatorias de estos guarismos. Salirse de la fraternidad era salirse de la patria, de la moral y de su albacea personal. En un sentido más inductivo, faltar al Padre era como faltar a la nación y aún a la condición humana. Historia, moral y política se daban un rotundo abrazo y convergían, hegelianamente hablando, en un hombre-época. El narcisismo de gran parte de nuestra historiografía, prensa, narrativa, oratoria, cine y televisión, no es más que un precipitado lógico de esos presupuestos. La filosofía, por su parte, fue inducida a convertirse en un epifenómeno ideológico de una política con dudoso trasfondo teológico; las claves políticas cubanas son antes biográficas que metafísicas, de ahí la afinidad metodológica que cualquier estudioso cubano puede encontrar en el neotacitismo de Tierno Galván y el «Boletín de Salamanca». La urgencia personalista con que ha acabado desarrollándose una sociedad que desde sus inicios se pretendió planificada (lo afirmaba Fidel, en inglés, en una temprana entrevista, como baluarte de la revolución, junto a la justicia social y la democracia representativa) puede observarse hoy en la ausencia de un verdadero pensamiento socialista que argumente teóricamente el rumbo de la *realpolitik*. En estas condiciones el filósofo deviene en una suerte de funcionario

del saber desmarcado de los compromisos éticos; como metafísico habrá encontrado una causa última de todos los males: el sistema. Con Aranguren estaría bien recordar que si bien «el sistema» utiliza al individuo, tras ese acontecimiento puede percibirse también un individuo que se deja utilizar.

Parafraseando a Ortega podemos decir que en 1959 el «genio» de las revoluciones encontró en Cuba su «oportunidad»; el «hombre» revolucionario se hizo con una «circunstancia» adecuada a sus ansias. La propia historia cubana con todas sus frustraciones y metas trucas, así como un contexto internacional propicio (un amigo poderoso que es enemigo de un enemigo poderoso), permitieron que un hombre se elevara a categoría de Padre-líder-carismático de toda una nación.

Ahora, al terminar el siglo y con él el milenio, sucede que el contexto internacional se ha vuelto opaco para los grandes líderes, sobre todo para los líderes políticos. En cuanto a la historia de Cuba, no es quizás tanto que no quiera trascendentales líderes políticos sino que ya no los necesita; precisamente por haber satisfecho durante estas últimas décadas la demanda de un Padre salvador capaz de articular los sacros discursos de fundación nacional con una práctica política efectiva. Oportunidad ésta que, dicho sea, no tuvo José Martí.

Todo parece indicar que en el futuro más que *Patria* tendremos una *Matria*; no más un Padre protector y severo que premie y castigue según crea lo que es nuestro bien, que nos atraiga al seno del hogar reteniéndonos a su lado, sino una Madre cálida que nos asuma como realmente somos dejándonos partir y regresar a casa cuando lo estemos.

EL ÚLTIMO DE LOS POLÍTICOS CARISMÁTICOS

No recuerdo como debiera, pero fue probablemente en una recopilación de Ch. Tilly sobre el nuevo pensamiento historiográfico, donde tuve conocimiento del siguiente relato: se había extraviado en Los Alpes un escuadrón de militares, estaban a la deriva y a punto de ser capturados por el enemigo cuando un oficial encuentra en su bolsillo, por casualidad, un mapa. De repente recuperan la calma, se orientan y tras algunas escaramuzas llegan sanos y salvos a su campamento. Al presentarse al Estado Mayor explican lo sucedido mostrando el mapa salvador. Todo fue comprendido excepto un detalle: el mapa era de Los Pirineos.

El suceso servía al historiador para ilustrar la importancia de la teoría general para la investigación social. Aun cuando ésta resulta falsa, es útil por la confianza que aporta y la capacidad de orientar la búsqueda.

Por esta razón quiero reflexionar sobre las posibilidades que existen de una sucesión carismática en Cuba desde la teoría weberiana; conociendo, claro está, que el pensamiento de Weber no es universalizable en todos sus aspectos y que ni siquiera se basó para realizar sus construcciones teóricas en toda la experiencia europea (de por sí limitada) sino de algunas zonas de alta densidad histórica cuyos límites son Rusia y los países ibéricos. Súmese a esto la versión parsoniana en que aprendimos este pensamiento centroeuropeo.

Hasta cierto punto podría convenirse en que el sistema de dominación instaurado en Cuba después de 1959 ha gozado de una legitimación carismática. Ésta fue posible gracias a una convergencia de factores de dudosa repetición. Destaco tres:

- inconclusiones acumuladas a lo largo de la historia de Cuba,
- contexto internacional propicio,
- características muy personales del líder de la revolución.

Es de destacar que esta situación ha sido comprendida incluso por personas que no vieron en la revolución cubana un suceso excepcional sino un «ejemplo» a seguir por países de la región. En curioso razonamiento algunos simpatizantes de la revolución, y en particular de su líder, han concluido que aun cuando esta experiencia histórica fuese deseable, tal alternativa sería inviable pues descansa en propiedades muy singulares de su dirección.

Lo más interesante del razonamiento anterior está en que la conclusión es también posible de cara a la situación interna, nadie podría mandar en la isla según el estilo de Fidel («mandar»: la terminología militar es intencional). El futuro político de Cuba parece atravesado ya por una regla y no por una excepción.

El carisma está vinculado a cualidades que son o «pasan por ser» extraordinarias; tanto la afirmación como la cota pertenecen al propio Weber. Es más una «relación» que una condición efectivamente distintiva. El líder carismático se suele asociar con lo sobrenatural o sobrehumano, por lo menos con lo extracotidiano. Es lo que ha sucedido en todos estos años con el líder de la revolución cubana, quien públicamente ha sido calificado como «invicto», «invencible» (que es mucho más elevado que invicto pues esta cualidad es sólo una invencibilidad presente, ergo finita), «incomparable» y últimamente de «infalible». Como puede constatar, la construcción de su imagen pública ha apostado al cabo por el modelo teomórfico.

En el carisma es muy importante según Weber la cualidad de «no asequible a cualquier otro»; es decir, el carisma no se comparte y creer que efectivamente un liderato carismático está limitado por un conjunto de normas, convenciones jurídicas, opiniones o contornos teórico-ideológicos definidos es desconocer un elemento básico de la sociología política.

El líder carismático subyuga a sus seguidores (Freud, Le Von, Ortega, Arendt, Canetti) y para lograr su acatamiento no tiene necesariamente que satisfacer sus intereses materiales o su régimen moral. Es un *dador* de sentido y funge también, como han tenido la honestidad de reconocer algunos textos, como fuente de derecho.

Más que subordinados el líder carismático tiene adeptos y hasta adictos; según Weber el vínculo que se establece entre ellos está caracterizado por «una entrega plenamente personal y llena de fe surgida del entusiasmo...»

Como corresponde, el líder carismático no se rodea de una burocracia profesional elegida en términos de competencia técnica sino de «hombres de confianza» más entrenados en obedecer que en ayudar. Tampoco formaliza en su entorno una jerarquía nítidamente estructurada, por eso, para localizar

hacia dónde se han desplazado las simpatías del líder, que es una definitiva señal de la redistribución de poder, hay que recurrir no tanto a los puestos nominales sino a indicadores alternativos, informales, que se dan preferentemente en el ámbito de la «esfera imaginaria del poder» (el sociólogo mexicano Roger Bartra la llamó «redes invisibles») que incluye simbología y liturgia.

Como ha revelado la historiografía francesa, los ayudas de cámara del Rey Sol estaban más cerca del centro de poder que muchos de sus ministros.

Al conformarse los estamentos alrededor del *sympathos* del líder carismático, no existen preceptos definitivos ni jefaturas inamovibles, no hay garantías para el cargo ocupado y las remociones y promociones resultan tan asombrosas como inesperadas. La inseguridad, que a veces roza el miedo, se vuelve así una institución en el arte de dominar.

En la dominación carismática el «deber» funciona como fundamento de la legitimidad; resulta así una suerte de obediencia auto-impuesta (autovigilancia) que se recicla en el nivel ético en términos de fidelidad. Ésta es la razón por la que no hay dimisiones en los sistemas de dominación carismática con base estructural bolchevique (por lo menos no es un uso): cualquier intento de salirse del entramado sería interpretado, incluso por el mismo sujeto que lo intenta, en términos de deslealtad, traición, de ruina moral.

Lo anterior vale especialmente para el círculo de los llamados «hombres de confianza». Se explica que Jesús, otro líder carismático, haya sido más enfático en su condena a la traición que a la enemistad. Él también fue herido por uno de sus discípulos dilectos.

La dominación carismática es por definición *revolucionaria* y tiene una relación de subversión con el pasado; a diferencia de la tradicional que se sustenta precisamente en él: la costumbre engendra derecho. Por esta razón en el futuro político de Cuba aparecen reñidos el continuismo y el autoritarismo carismático. Para preservar ese pasado que será este presente habrá que calificar al futuro y sus actores en términos de «herederos» lo que indudablemente sería un elemento rutinizador de cualquier potencial neo-líder. Sería a todas luces una tarea más extensiva que intensiva.

En una hipotética situación de sucesión podríamos analizar, siguiendo el pensamiento weberiano, las posibilidades que existen de resolver en un nuevo líder la conservación de una «comunidad carismática». Éstas serían las vías para sustituir al líder carismático en *statu nascendi* con un nuevo líder continuador:

a) Búsqueda de un nuevo líder a partir de determinadas señales que debe dar el líder fundador.

b) Por revelación, oráculo, sorteo u otras técnicas de selección.

c) Por designación del sucesor hecha por el portador actual del carisma y su reconocimiento por parte de la comunidad.

d) Por designación del cuadro administrativo.

e) Por la idea de que el carisma es una cualidad de la sangre, «carisma hereditario».

Hasta donde percibo, ninguna de las posibilidades de sucesión carismática son claras en Cuba; de cualquier manera no creo que en rigor ninguna sea

viable: la época histórica de los grandes carismas políticos (sobre todo los políticos) se agota ante nuestros ojos.

Aquí podría ser interesante una digresión metodológica. A pesar de sus aristas tautológicas puede aceptarse, con Durkheim, que el objeto de la sociología son los «hechos sociales», considerando a éstos como una suerte de núcleos estructurantes del mundo de la vida. Apenas habría que añadir que no toda sociedad se organiza en torno a los mismos «hechos sociales» o instituciones; por ejemplo, mientras que un estudio del Parlamento Británico sería importante para comprender a la comunidad política inglesa, no ocurre lo mismo con la Asamblea Nacional del Poder Popular cubana. Si bien formalmente es ésta la última instancia de soberanía, es el Buró Político del Partido y su Secretario General el centro efectivo de un poder constituido que desborda el poder constituyente y cuya realidad es supra y pre-legislativa. Sin embargo, es notablemente grande el poder que formalmente tiene el presidente del legislativo cubano; de ejercerlo, no habría gobernabilidad sin su consentimiento. (Puede recordarse que en un determinado momento Gorbachov apenas pudo gobernar con la propia Duma roja.)

Por supuesto, el análisis pormenorizado de esta serie de cauces queda pendiente, se trata tanto de reflexión como de observación a la evolución de la política cubana. Las señales muy bien podrían estar implícitas o quizás puedan empezar a darse en un futuro próximo. El presagio ya sería otro asunto, para no decir que un asunto de otros.

Sí hay entre todo una señal inequívoca en el horizonte: las faenas políticas se vuelven cada día más administrativas y menos mesiánicas. Rectificando una analogía de Habermas, podemos decir que aunque lo fuimos un día, hoy somos progresivamente menos contemporáneos de los jóvenes hegelianos. La política se trivializa y a la larga será ella quien tenga que amoldarse a la lógica de lo cotidiano.

DESPUÉS DE FIDEL, ¿QUÉ?

I. En 1969 el líder comunista Santiago Carrillo escribía el más conocido de sus manifiestos: *Después de Franco ¿qué?* Inquisición lógica si se tiene en cuenta la irrepetibilidad con que ciertos hombres marcan la manera de vivir y sentir de los pueblos. Desdichadamente son hombres que, por muy resonantes que sean a su paso por la tierra, no son más que criaturas efímeras a los ojos de Dios o modos finitos de la sustancia, para decirlo a la manera de Espinosa. En el mejor de los casos una obligación ética, en otro, una prospección en aras de un reacomodo político.

«Después de Franco» no era un simple estado de la sociedad española, era nada menos que la experiencia de una nueva dimensión histórica. Pensar sobre ella fue, cuando menos, un ejercicio de prudencia.

Comenzar a pensar nuestro destino como personas a partir de Fidel me resulta incómodo desde diferentes puntos de vista. Él es la condición de nuestro nacimiento, «El padre omnipresente»; sobre todo para aquéllos que, nacidos después de 1959, no tenemos otra imagen pública que su imagen, otro

contexto que su condición. Y tan significativa me resulta una reflexión de este tipo, que no puedo seguir adelante sin aclarar algunos de los términos implicados en el título.

Digo Fidel y no Castro (como si Carrillo hubiese dicho Francisco) porque en el código de intercambio político cubano el nombre expresa cierta cercanía que no lo hace el apellido; así, evidencio que no hablo de algo que miro desde lejos sino como refería Jorge Mañach en su texto *El drama de Cuba*, me las estoy arreglando con los «trapos» en casa.

Adentrarse en temas como éste puede ser considerado tanto una audacia como una imprudencia, tiene que ver más con una nueva dimensión de la conciencia que con un replanteamiento intelectual. Fidel es una época, una manera y una frontera del entendimiento cubano; si la sociología hubiese cuantificado, o al menos establecido por consenso, cuándo un experimento político puede ser considerado en términos de tradición, entonces habría que reconsiderar el tratamiento en términos de anomia de fenómenos que se van naturalizando por su práctica continuada. Resulta que para la conciencia cubana el autoritarismo que supone un ordenamiento social ejecutivista se ha cotidianizado peligrosamente.

El «después» es también un término arduo. Por una parte no quiero que se interprete como el tiempo que sucederá a una muerte, siempre lamentable por la estela de dolor que deja entre los amigos y familiares cercanos; que más allá de los lutos oficiales momentáneos, son quienes verdaderamente sufren una muerte. Pero tampoco soy ciego a las suspicacias que implica un «después» asumido como distanciamiento del poder aún en vida de quien lo ostenta. Asunto totalmente ajeno a esta escritura. La posibilidad de que exista una fórmula política basada en un retraimiento del poder es poco realista; Fidel manda en Cuba, si algo ha demostrado en estos años es precisamente gobernar a los cubanos, los de dentro y los de fuera, haciendo para ello los más insólitos malabarismos. Fidel ha corregido a Bismarck: ha llevado al marco de la eficacia política incluso el arte de lo imposible (reflexionemos un instante: ¿muchas de las posiciones políticas de la revolución cubana no se basan paradójicamente en acuerdos con los norteamericanos?). Personalmente opina, reconozcamos que no muy equivocadamente, que a los que se retiran nadie les hace caso; una institución política como la «expresidencia» en Colombia o los EEUU, o el «maximato» en México es de momento impensable en Cuba donde, a pesar de todo, el estado está por constituir. Por otra parte hay que agregar que las posibilidades anteriores carecerían de interés para una personalidad de la fuerza de Fidel. No caben dudas de que la duración biológica es una variable esencial a la hora de considerar las perspectivas del actual ordenamiento político cubano.

En fin de cuentas, lo que quiero señalar es el hecho de que los cubanos hemos pensado muy poco en el momento histórico en que este país no se pueda dirigir más como lo hace Fidel; porque él es, además de un ser humano concreto, una manera de mandar y hasta un estilo de ejercer el poder: en un ministerio, en una universidad, en un restaurante y hasta en un hogar. Él

es la cifra de un comportamiento que a la altura de casi cuarenta años tiene pretensiones de tradición.

II. La revolución de 1959 satisfizo el ánimo antibatistiano de gran parte del pueblo cubano y permitió la emergencia de un líder, la situación liminal en que vivía el país contribuyó a que su protagonismo histórico alcanzara cumbres hasta entonces desconocidas en Cuba. Ninguna de las nuevas lecturas de nuestra historia desmienten el hecho de que el carisma de Fidel prendió en amplios sectores de la población cubana, incluyendo a intelectuales liberales y a duros críticos hoy exiliados. En la revista *Bohemia*, por ejemplo, en fecha tan temprana como abril de 1959, pueden encontrarse sendos artículos que apelan enfáticamente a las dotes políticas individuales del máximo líder de la revolución cubana; se titulan «Fidel, no nos falles» y «Los chipojos», ambos están firmados por una de las voces anticastristas más radicales del exilio miamense.

Si bien se han recompuesto hechos a favor del protagonismo de Fidel en detrimento de algunos de sus compañeros, fieles suyos, por demás, ninguna historiografía puede desmentir el hecho de que Fidel encabezó aquella revolución triunfante legitimada negativamente en un movimiento anti-dictatorial. A diferencia de Franco, que tiene detrás una querrela contra una república, Fidel se yergue contra un tirano. Si alguna analogía soporta el caudillo español en este punto es precisamente con Batista y no con Fidel.

Después de casi cuarenta años ese carisma sigue, a pesar de los consabidos elementos rutinizantes, funcionando. La dominación de legitimización carismática se da, como señala Weber, en *statu nascendi*; corresponde pues a los fundadores, a los líderes que ponen una simiente sobre la que se enraíza un sistema de valores y creencias. Es el caso de Fidel. La revolución cubana es de alguna manera *su revolución*, lleva su signo: es su reflejo. Ha acabado por serlo.

El halo político de Fidel es de magnitud tal que a veces parece que se ha apoyado más a un hombre que se canaliza a través de un proceso que a un proceso que se representa en un hombre. Su figura no sólo sobresale entre sus antepasados políticos (cuyo personalismo continúa y desborda), sino que prácticamente anula a todos los que hoy le rodean en la cúpula dirigente cubana.

No quiero afirmar que habría una crisis de sucesión, sino sencillamente que no habría posibilidades efectivas de una sucesión carismática; que no habría lugar para que alguien tratara de reencarnar el mesianismo político. Aunque apenas se menciona hoy, hace unos años habló de la posibilidad de una dirección colegiada; es sin duda algo a tener en cuenta por el debilitamiento de la figuración política que ésta supone.

Fidel ha agotado el modelo de gobierno ejecutivista en la historia de Cuba; reeditarlo después de él, y aún más aceptarlo, es haber tirado por la borda cuatro décadas de existencia histórica. Sería una irresponsabilidad con quienes hemos tenido que vivirlo. Creo que desde el punto de vista de la historia política cubana éste es el gran mérito de Fidel: no ha dejado ya más espacio que para EL ESTADO NACIONAL DE DERECHO.

Si se revisa la membresía del aparato político cubano se comprobará la ausencia de hombres capaces de heredar su estilo de mando; su autoridad indiscutida entre militares, intelectuales, obreros y funcionarios; tampoco de alcanzar sus resonancias internacionales. En cuanto a la manera de dialogar en los eventos de masas, su arte oratoria ha anulado la diversidad de esta tradición tribunicia cubana que gustara destacar Manuel Sanguily. Desde el simple responsable de aula al secretario provincial del partido, desde un deportista a un gerente hotelero, los oradores no hacen sino imitar su estilo que incluye gestos y vocabulario. (Recientemente, a raíz de un trágico suceso, un inversionista italiano realizó una comparecencia televisiva donde calcaba las palabras, los énfasis y hasta los ademanes de Fidel.)

Pero no sólo la oratoria de los políticos de segundo orden, hasta el propio pensamiento social se aferra a sus palabras, llegando a convertir en paradigmas conceptuales giros que en sus discursos apenas tratan, siguiendo a Quintiliano, de lograr un efecto simpático a través de la relajación jocosa. Así, lo más contundente que la sociología cubana ha dicho públicamente (no me refiero a la «opinión privada» sino a lo escrito y publicado) como balance de lo acontecido en Europa del Este es que se trató de un «desmerengamiento». Ni más ni menos.

A esta altura sabemos muy poco del resto de los dirigentes del país; de sus gustos, sus lecturas, sus entretenimientos. Dicen ellos que siguen al pie de la letra los principios de la revolución; eso está muy bien, pero resulta que los principios no todo el mundo los trabaja y los porta de la misma manera. Es evidente que el pensamiento político revolucionario de los más jóvenes no puede ser el mismo; ni se educaron con sus libros, ni tuvieron sus maestros. Este silencio hace casi imposible la emergencia de un nuevo carisma pues a éste, igual que a todo lo demás, hay que cultivarlo; por esta razón celebro personalmente tanta discreción.

III. Esta situación tampoco es privativa de Cuba. En este fin de milenio estamos asistiendo a la revelación cardinal de la historia humana (apocalipsis es revelación): el fin de las «ingenuidades» totalizantes que durante siglos desviaron al hombre de su propio ser esencial. Al fin comprobamos que el hombre está solo: ésa es la premisa de la más perdurable utopía.

Y no es que las utopías políticas estén cuestionadas políticamente en su dimensión ilusiva, tan necesaria al hombre; resulta que todas han pasado por el poder y no han hecho más que encontrar justificaciones para dejar las cosas tal y como estaban. Si el socialismo o el liberalismo, si el sionismo o el maoísmo, no hubieran ostentado el poder aún les quedaría el pretexto de lo potencial. Pero ya la historia conoce adónde llegaron.

Al irse desacreditando las grandes metas de la historia, los gobernantes no deberían tener otra «misión» que la de propiciar una felicidad centrípeta, la utopía de la soledad. No han de ir más allá del establecimiento de garantías para que el hombre viva feliz consigo mismo y con su familia. Esta redención vestal no debe evaluarse como complacencia; téngase en cuenta que en una

conciencia crítica educada en la ubicuidad de la retórica de una izquierda en el poder, los exorcismos suelen producirse en el ámbito de la derecha radical. Se comprende entonces que en estas nuevas condiciones un político no tenga muchas posibilidades legítimas de encantar o fanatizar a sus seguidores. Churchill, por ejemplo, debía guiar a una nación en una guerra donde se jugaba el destino de una civilización, mientras el actual primer ministro debe vérselas con el tragicómico asunto de las vacas locas. El primero debía solicitar para tan alta empresa el consejo de un Toynbee, el segundo de un equipo de ejecutivos. Por su parte De Gaulle, como confesó a Malraux, fue una suerte de resistente opuesto a los poderosos; gran destino comparado al de un Chirac que tiene que decidir cómo resolver el problema de la seguridad social. De similar manera Franco y hasta Suárez encararon duras pero energizantes batallas políticas, en tanto los gobernantes españoles posteriores tuvieron que enfrentar el problema del excedente de sandías o vino para encontrar un lugar en la Comunidad Europea.

Esta situación internacional se cruza en Cuba con la visible falta de demanda de nuevos líderes carismáticos, lo que evidencia una vez más que no es sólo cubana la cuestión cubana. Y no es que el liderato político haya fracasado en Cuba, sino que se agotó. Algún pretendido sucesor histórico carismático significaría una repetición que, como gustaban decir Hegel y Marx, primero resultaría trágico y después cómico.

El futuro político cubano no podrá ser un «anti» sino sencillamente un «post»; el estudioso cubano Iván de la Nuez ha señalado que Miami se configura definitivamente como una ciudad postcomunista, eso, después de haber sido rotundamente anticomunista. Algo similar ocurre en la isla con Varadero, Cayo Largo y otras zonas de exclusividad para el turismo occidental, evolucionan de civitas sacrificiales a postguevaristas.

Quizás otros pueblos de la región deban agotar demandas de líderes nacionales intensos, nosotros debemos declarar cubierto ese camino. En medio de esa faena histórica cubierta no sin sacrificio resuenan como para nosotros estas palabras que Goethe dijo a su querido Eckermann: «... con que se enseñase (...), según el método de los ingleses, menos filosofía y más energía activa, menos teoría y más práctica, ya estaríamos casi redimidos, sin que fuese necesaria la aparición de un personaje sublime, de un segundo Jesucristo, para salvarnos».

S.O.S. por la naturaleza cubana

Recuerdos de infancia.

*Los árboles aún no tenían forma de muebles
y los pollos circulaban crudos por el paisaje.*

NICANOR PARRA

SITUADO EN EL CENTRO DEL «MEDITERRÁNEO AMERICANO» (norte del Mar Caribe), el archipiélago cubano, dada sus riquezas naturales y situación geográfica, constituye un lugar de atracción permanente para los aficionados y profesionales interesados en la naturaleza. La gran diversidad de su flora y fauna, así como la de sus paisajes silvestres, nos brinda en muchos casos exclusividades únicas en el mundo debido a su elevado índice de endemismo. En momentos en que los recursos disponibles no han permitido a los científicos estudiar en profundidad su patrimonio natural, la actual crisis económica, el gran poder ejecutivo de las empresas desarrollistas apoyadas por el gobierno, y el burocratismo y duplicidad de funciones en las instituciones encargadas del aprovechamiento racional de los recursos naturales, amenazan con despojar a la isla –y a la humanidad– de gran parte de sus maravillosos predios silvestres.

La inevitable impresión que se siente al visitar cualquiera de sus principales reservas naturales sólo es comparable con la que experimenta el que asiste, como último testigo, a la ejecución de un condenado a muerte. Varios ejemplos de destrucción ambiental observados dentro de diferentes áreas protegidas convergen hacia un denominador común: la acelerada degradación de la naturaleza virgen en función de cuestionables intereses económicos. El presente artículo no tiene otra intención que llamar a la reflexión y al razonamiento, a cubanos y extranjeros, para ayudar de alguna forma a salvar un tesoro del cual nos despojamos de manera lamentable e irreparable. Sin otro

Carlos Wotzkow

propósito que cuidar la naturaleza cubana, sirvan pues estas líneas, para que todos pensemos antes de decidir sobre el uso inapropiado de estas áreas.

RESERVA DE LA BIOSFERA «CUCHILLAS DEL TOA»

Ubicada en el macizo montañoso de Sagua-Baracoa, en la región más oriental de la isla de Cuba, esta reserva ocupa una gran parte del territorio este de la provincia oriental. Con una gran diversidad de formaciones botánicas que van desde los exuberantes bosques pluvisilvas, nublados y montanos, hasta los pinares más antiguos, los charrascales, los cuabales y los bosques secundarios, esta área ha sido recientemente objeto de la atención científica mundial debido al redescubrimiento, el 16 de marzo de 1986, de una de las especies de pájaro carpintero más raras del planeta. En efecto, el carpintero real, que se consideraba extinto ante la falta de todo tipo de evidencias acerca de su existencia, al parecer mantiene allí su última morada.

La increíble buena conservación de muchos de estos bosques ha favorecido también habitats óptimos para la supervivencia de muchas otras especies interesantes como el almiquí, las jutías, diferentes especies de murciélagos, y aves como el gavilán colilargo, la cotorra, el catey, la siguapa, el pájaro mosca, el tocororo, la pedorrera, y otros muchos táxones que superan ampliamente las ocho decenas. Pero, además, abundan los más desconocidos reptiles, moluscos tan preciosos como los del género *Polymita*, y los invertebrados más llamativos, entre los que sobresalen la mariposa transparente y el papilio de Gundlach, especies éstas de gran tamaño y belleza.

Desafortunadamente, tanto jutías como almiquíes sufren la amenaza de los perros cimarrones que, alejados de los asentamientos humanos debido al abandono de sus dueños, predan sobre éstos continuamente. Asimismo, la incontrolada extracción que sufren las *Polymitas* para su comercialización, pudiera ser uno de los factores determinantes de la precariedad del gavilán caguarero. El dañino método de agricultura migratoria incentivado por el Plan Turquino (proyecto gubernamental auspiciado por Raúl Castro para promover la producción de autoconsumo en las zonas más alejadas de los centros demográficos), es una calamidad ya que las laderas son desbrozadas para los cultivos que, al cabo de uno o dos años, se tornan irrealizables porque la delgada capa fértil desapareció bajo el efecto de las lluvias. Así, nuevas áreas son taladas cada año por este procedimiento que arrebató espacio a la naturaleza de forma irreparable. Por esta causa, y de forma poco apreciable para el ojo humano, desaparecen en toda Cuba cientos de especies de invertebrados que, en su inmensa mayoría, nunca fueron conocidos por la ciencia. Sencillamente, se extinguen organismos que nunca supimos que existían y se esfuman, sin dejar ninguna huella, y haciendo cada día más pobre el terruño que habitamos.

Sin embargo, todo lo anterior podríamos considerarlo secundario si pensamos en el proyecto que el gobierno de Cuba está llevando a cabo en cooperación con la República Popular de Corea del Norte. Decididamente, debería constituir una alerta mundial la realización de la hidroeléctrica del río Toa y el desvío del Duaba para aumentar el cauce del primero. Si esta obra se lleva a

término, y la insensatez humana logra almacenar agua dentro de esa cortina de 80 metros de altura, desaparecerán bajo las aguas, no sólo una gran parte de esta reserva natural, sino también los pequeños y únicos asentamientos humanos que han existido en Cuba en armonía con la naturaleza, gracias al cultivo inocuo de cacao y cocoteros en las áreas periféricas del bosque.

Si definitivamente no es posible detener esto, la inundación cubrirá gran parte de los cañones de los ríos Toa y Jaguaní y se perderán así, ahogados bajo las aguas, los más importantes bosques de la isla. Para ese entonces, el canto de las aves y de los insectos, la utilización de los ríos por los habitantes, y la belleza de estos parajes tan poco visitados, sólo podrán recordarse mediante la mediocre reproducción que entraña un programa televisivo, pero nunca más como parte de nuestra realidad.

CIÉNAGA DE BIRAMA Y LAGUNA LEONERO

Esta gran área de humedales localizada al oeste de Oriente, es una de las zonas más importantes de Cuba para los estudios migracionales de las aves, gracias a la gran abundancia de especies migratorias que lo visitan (principalmente acuáticas). Dentro de la ciénaga se creó, hace algunos años, un coto internacional de caza que se ha arrendado exclusivamente a «deportistas» italianos, y dentro de este centro para la actividad cinegética está la Laguna Leonero, cuya fauna es muy diversa y rica en especies. Numerosas colonias de corúas, marbellas, garzas de diferentes especies, cocos prietos y blancos, sevilas, flamencos, gavilanes cangrejeros, águilas pescadoras, cachiporras, limícolas y gaviotas de diferentes especies, anátidas, colúmbidos, estrígidos y paseriformes, son habitantes comunes de la zona.

Leonero es, además, un punto clave para la observación de especies migratorias como la gaviota de pico de tijera, el gavilán sabanero y el halcón peregrino, que acuden en número difícilmente igualable por las otras reservas del archipiélago. Pero la actividad de caza, a la cual se ha destinado toda la laguna, así como la evidente inmunidad que conlleva en la Cuba de hoy pagar en dólares, han dado lugar a que algunos cazadores no profesionales se permitan disparar contra especies no incluidas en la legislación cinegética, contribuyendo al exterminio de especies tan amenazadas como las rapaces.

No obstante este abuso de explotación, el problema mayor no es el que se relaciona con esta forma *sui generis* de aumentar el listado de especies capturables, sino el de la salinidad del ecosistema acuático. Aprovechando la condición de tierras bajas al este, norte y sur de la ciénaga, grandes extensiones han sido utilizadas para el cultivo del arroz; por consiguiente, una considerable cantidad de pesticidas como el DDT, DDE y otros productos organoclorados (prohibidos en muchos países por el efecto nocivo que causan a la salud humana y a los ecosistemas) son dispersados regularmente con el auxilio de la aviación, y drenan por gravedad hacia la laguna y pantanos circundantes a través de la vasta red de canales existentes.

Paralelamente, la intensa deforestación llevada a cabo en la Sierra Maestra (hasta 1992 era del 63%) ha hecho que el río Cauto, el mayor del país, no sea

otra cosa que un riachuelo en la época seca. Este empobrecimiento del caudal del río disminuye el aporte de agua a la ciénaga donde la salinización ha comenzado a adquirir un ritmo vertiginoso. Así, han disminuído considerablemente los nutrientes de los cuales dependen muchos microorganismos, crustáceos, peces y aves, y en algunas áreas el paisaje ha adquirido características verdaderamente desoladoras. Cuellos inertes de pichones de corúas muertas por el hambre cuelgan frecuentemente de las palizadas de sus propios nidos. Las orillas del embalse, durante el año 1991, estaban cubiertas por gran cantidad de peces muertos. Éstos son, apenas, algunos de los incontables síntomas que, si bien ignorados, acarrear un mal funcionamiento en el equilibrio ecológico del biotopo en Leonero.

A todo lo anterior hemos de añadir que en la Ciénaga de Birama opera un gran número de cooperativas pesqueras. La captura ilimitada de cocodrilos, jicoteas, y peces endémicos como la biajaca, tanto para el consumo local como para la exportación comercial, se realiza allí de forma totalmente irracional, en franca violación de la legislación del tratado del CITES del cual Cuba es signataria.

ÁREA PROTEGIDA «CAYO COCO»

El inmenso cayo situado al norte de la provincia de Camagüey, a la cual pertenece administrativamente a pesar de la absurda subdivisión de Cuba en 14 provincias, es una de las mayores áreas entre las que se declaran protegidas dentro del archipiélago cubano. Está cubierto por grandes extensiones de bosques semidecuidos en buen estado de conservación, y aunque abundan sobre todo las formaciones botánicas costeras, el bosque interior constituye el principal refugio natural de decenas de especies de aves migratorias y autóctonas (principalmente paseriformes) a lo largo del año. Bandas de corúas, flamencos, gaviotas, garzas, cocos, limícolas, rabihorcados, pelícanos y grupos aislados de sevillas, o individuos de raras especies como las cayamas (cigüeña cubana), grullas, carairas, gavilanes cangrejeros, halcones peregrinos y palomas, son frecuentes habitantes de las marismas y bosques ralos aledaños. Sin embargo, Cayo Coco, al igual que otras áreas, no está exenta de varios factores degradantes de su naturaleza.

El proyecto turístico, iniciado con la participación de algunos hombres de negocio extranjeros (principalmente españoles), ha causado la destrucción de gran cantidad de bosques originales debido a la construcción de una innecesaria red de carreteras, así como de un semillero de cabañas e instalaciones hoteleras que la mayor parte del año permanecen vacías. A esto debemos agregar que el incremento notable de actividad humana y la producción de carbón vegetal han creado muchos otros efectos perjudiciales para la fauna local. Ahora bien, sin minimizar los aspectos anteriores, en Cayo Coco se ha cometido la más agresiva de las acciones degradantes de la naturaleza de todo el archipiélago; quizás incluso mayor que el desastroso ejemplo del Mar de Aral. Se trata de la construcción de carreteras rellenando con rocas y tierra los bajos marinos. Éstos son los tristemente célebres «pedraplenes», una idea

original de Fidel Castro que amenaza con convertir gran parte de la plataforma insular en un enorme lago putrefacto de agua salada.

Promovidos por tecnócratas que aceptan y estimulan el desarrollismo como la única salida a la crisis económica, los pedraplenes han demostrado ser una barrera que interrumpe la libre circulación de las aguas marinas, tan necesaria para evitar el aumento de la temperatura y la salinidad en aguas poco profundas y sometidas a una insolación y evaporación constante. Desde 1991, los bosques de manglares ya comenzaban a alertar a los especialistas con la defoliación y, desde aquel entonces, la ecología subacuática ya mostraba evidentes síntomas de alteración en su equilibrio ecológico. A lo largo del pedraplén construido entre Cayo Coco y el norte camagüeyano, de más de 20 km de longitud, y con sólo una decena de brevísimos puentes, pudimos observar en aquel año grandes cantidades de peces muertos flotando en la orilla este, donde la tranquilidad del agua contrastaba con el agitado movimiento de las olas en el lado oeste. Las marismas que existían al sur del cayo, habitadas apenas un año antes por gran cantidad de aves acuáticas, hoy son desiertos de arena y sal prácticamente aislados de la zona de influencia de las mareas.

A estos llamados de alerta de la naturaleza, los «conquistadores euro-revolucionarios» no han prestado ninguna atención, sino que por el contrario, continúan con las transformaciones ambientales en busca de un cuestionable y egoísta puñado de dólares. Quien observe hoy la destrucción creada por los hoteles españoles en este antiguo paraíso natural de Cuba, no tendrá lágrimas suficientes para evidenciar su enojo y su frustración.

GRAN PARQUE NACIONAL «CIÉNAGA DE ZAPATA»

Situada al sur de la provincia de Matanzas y con más de 4000 km² de superficie, la subregión de Zapata es uno de los principales humedales en la región Neotropical del planeta. El 75% está constituido por áreas cenagosas y el 25% restante, por diversos tipos de biotopos que varían desde los bosques ralos de vegetación costera, sabanas naturales y marismas, hasta los bosques semidecíduos sobre roca caliza que en la época de lluvia se inundan recordando los famosos «Everglades» de la Florida.

La Ciénaga de Zapata incluye unas 15 especies de mamíferos, más de 160 especies de aves, 27 de reptiles, 3 de anfibios y una innumerable lista de invertebrados, sin contar su rica y endémica vegetación, sobre todo aquella que existe en una franja de más de 30 km entre Guamá y Playa Girón. Al norte de estos bosques, la Laguna del Tesoro es el mayor embalse natural de agua dulce en Cuba; en sus aguas habitan varios peces endémicos, como el manjuarí y la biajaca, así como los cocodrilos endémicos y el manatí, un sirenio fuertemente amenazado debido a la captura indiscriminada e ilegal a la que se ve sometido en toda la isla.

La Península de Zapata es, conjuntamente con la Ciénaga de Birama, una de las áreas más ricas en especies de aves. De las 20 especies endémicas existentes en Cuba, 17 han sido reportadas en esta localidad. Ejemplos únicos de estos endémicos son la ferminia, la gallinuela de Santo Tomás y el cabrerito

de la ciénaga, que se encuentran restringidos a la zona norte de Santo Tomás y en extremo peligro de extinción. Sin embargo, otras especies como la paloma perdiz, la cotorra, el sijú platanero, el sijú cotunto, el pájaro mosca, la cartacuba, los carpinteros escapulario y churroso, o paseriformes como la chillina, el cabrero, el chichinguaco, el mayito de ciénaga y los tomeguines de la tierra y del pinar, también son extremadamente vulnerables en la actualidad a consecuencia de las constantes transformaciones que se realizan en sus habitats. Dentro de la fauna de mamíferos, el murciélago pescador es uno de los mayores de las Américas; asimismo, el antes mencionado manatí y la jutía rata, ya en vías de extinción, están entre los más significativos pero también, entre los más escasos.

La destrucción de los ecosistemas es tan acelerada aquí, que incluso de un año a otro es notable la transformación del ambiente. La rebautizada Empresa Forestal Integral, en cuyas oficinas radica el cuerpo de guardabosques de la ciénaga, está ejecutando brutales talas no selectivas para la producción de carbón; pero, en la mayoría de las ocasiones, dejan podrir la madera a la orilla del camino por falta de medios para transportarla a tiempo. El ya mencionado Plan Turquino, cuyo método en la ciénaga se caracteriza por el desbroce total de bosques naturales para el cultivo de autoconsumo, no ha dado ni dará los frutos esperados dentro de las áreas deforestadas a tal efecto. Por el contrario, sólo dejará como herencia la destrucción total del parque y una ampliación absurda de caminos por los cuales jamás saldrán los productos para los que fueron ensanchados.

La continua caza de jutías, que realizan los campesinos para suplir el olvido gubernamental de abastecimiento, y la tala de las palmas endémicas, que son utilizadas por los psitácidos, estrigiformes, piciformes, trogónidos y otras especies de la avifauna para construir sus nidos, se han incrementado en los últimos años. Debido al aumento de personal del Ejército Juvenil del Trabajo que, en ausencia de sanciones y en complicidad con los mismísimos guardabosques del área, derriban diariamente las palmas en búsqueda de pichones de cotorras, como un medio lucrativo de pasar el tiempo en el servicio militar, palmares enteros que aparecen citados en la literatura científica ya hoy no existen más, y no cabe duda de que en muy pocos años, de no ponerse fin a esta destrucción irracional, la Ciénaga de Zapata dejará de ser el importante enclave natural que un día fue.

PARQUE NACIONAL «LA GÜIRA»

Dentro del complejo montañoso Sierra del Rosario, en la provincia de Pinar del Río, la Güira tiene bosques submontanos, siempreverdes estacionales y bosques monotípicos de pinares, eucaliptos, tecas o casuarinas sembrados a finales de la década del 60. En sentido general, pero nunca del todo sustentable, los bosques naturales se encuentran mejor conservados en las laderas más inclinadas de la sierra o al pie de las paredes verticales de roca caliza que abundan hacia el oeste, donde la topografía cambia producto de un diferente origen geológico, y donde la cadena montañosa toma el nombre de Sierra de los Órganos.

Aunque la zona es aceptable por la diversidad de aves que alberga, su atractivo científico fundamental se debe a la paleontología y a la fauna cavernícola que en esta región, como en ninguna otra del archipiélago, tuvo condiciones muy favorables para desarrollarse. Sin embargo, su avifauna tiene también especies muy interesantes como el aparecido de San Diego, el ruiseñor cubano, el sinsontillo, el juan chiví, el gabilancito cubano, el sijú de sabana, y otros táxones endémicos. Pero la salud del ecosistema, alterada primero por la tala indiscriminada y luego por la repoblación forestal con especies exóticas, ha disminuído la diversidad biológica en muchas áreas donde el gobierno siguió el ejemplo de países con climas nada afines al de la isla. Estos bosques resembrados carecen del sotobosque original tan necesario y están en su mayoría enfermos; por tanto, la explotación de madera que allí se pensaba realizar nunca ha dado los volúmenes esperados ni la calidad óptima requerida.

A todo lo anterior hemos de agregar los dañinos efectos que ha traído consigo el denominado «Campismo Popular», una modalidad recreativa incentivada por Roberto Robaina para satisfacer malamente las expectativas recreativas de los jóvenes cubanos a quienes les resulta prohibitivo hacer uso de los hoteles reservados para el turismo que paga en dólares. Como producto de esta mala idea han aumentado los incendios forestales en muchas reservas cubanas, pero el gobierno jamás lo reconocerá como un error, mientras los dólares continúen siendo más importantes que el patrimonio mismo de la nación.

¿POR QUÉ ENTONCES ESTE S.O.S. POR LA NATURALEZA CUBANA?

Porque la política de conservación ambiental del gobierno de Castro adolece de los siguientes problemas medulares:

- Inoperatividad de la Ley 33/81 que la Asamblea Nacional elaboró como instrumento de protección del medio ambiente hace más de 15 años, cuya implementación legal no parece sea nunca puesta en práctica.
- Duplicidad de funciones (protección y explotación) dentro de todas las instituciones encargadas del cuidado de la naturaleza, cuyo poder ejecutivo, tanto como el apoyo económico del gobierno, recaen en los departamentos dedicados a la explotación y no sobre aquéllos encargados de la conservación.
- Bajo aprovechamiento de los técnicos y poca oportunidad de participación de especialistas en la discusión de proyectos sobre el uso directo de los recursos naturales.
- Una crisis económica que en los últimos siete años ha sido tomada por el gobierno como justificación para pasar por alto las más elementales normas de manejo del medio ambiente.

A estos cuatro factores esenciales deben agregarse otros que, durante años, se han ido convirtiendo en costumbre por la falta de interés estatal: la inexistencia de una educación ambiental para la población, las interpretaciones personales de los dirigentes y caciques locales que dan oportunidad para que dentro de muchas áreas protegidas se realicen actividades ilegales (caza, pesca, recolecta o tala), o la tendencia generalizada de convertir (por la vía de

las imposiciones políticas y bajo amenaza de despido) a los especialistas en tristes sustentadores de las ideas de un solo hombre, de sus más pésimos proyectos, y de las decisiones inapelables dictadas por su gobierno.

Entonces, un S.O.S urgente es más que necesario si entendemos que la protección de la naturaleza cubana no puede ser asumida por un pequeño grupo de científicos cubanos con conocimiento de la amenaza, pues éstos se encuentran solos y están silenciados por la censura estatal. Así, este S.O.S. está más que justificado, porque la vida silvestre de Cuba es también un patrimonio natural del mundo que todos disfrutamos, y porque tanto los cubanos como los extranjeros tenemos la obligación moral de actuar en favor de lo que durante tantos años de desdén, y muchas veces por desconocimiento, hemos contribuído a destruir juntos.



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)

El puente de los asnos

EN 1995 EL FILÓSOFO, HISTORIADOR Y PEDAGOGO CUBANO Juan Antonio Blanco publicó un libro que se alza sobre cinco premisas para explicar cuál es el cambio más urgente a las puertas del próximo siglo: «la revolución del pensamiento ético humano». El sentido de esta reflexión es contrario al ensayismopreciado por Rafael Rojas tanto en la relectura de la nación cubana a lo Iván de la Nuez, como en los intentos de aclarar el lado público de Julián del Casal (Víctor Flower), fragmentar la totalidad poética de *Orígenes* (Antonio José Ponte) o soslayar lo político en Martí (Ernesto Hernández). Juan Antonio Blanco adopta el mismo patrón crítico en doble perspectiva que estrenó Marx y perfeccionaron las generaciones sucesivas de la Escuela de Francfort, pues no sólo interpreta el contexto sociohistórico actual como «crisis del paradigma moderno», sino que también interpela a los destinatarios potenciales de su obra con intención de «abrir la puerta al callejón sin salida, ecológico y social».

Este diagnóstico del presente con la mira puesta en el futuro, presupone arrojo intelectual. En una encuesta sobre la poesía del año 2000, Pablo Neruda admitió: «Si esta pregunta me saliera al paso en un callejón oscuro, me llevaría un susto de padre y señor mío». Juan Antonio Blanco merece otro linaje de encomio, que no sea la reseña lisonjera, porque además enjuicia su propio ensayo *Tercer Milenio: Una visión alternativa de la posmodernidad* (1995), como «síntesis y punto de partida para nuevas reflexiones». Tal convite al ejercicio de la razón abre la posibilidad de rebatir aquellas cinco premisas y adelantar así la desconfianza del aficionado, frente a las pretensiones de tender algún puente sociocientífico para escapar de la modernidad.

LA SAGRADA FAMILIA

«La humanidad sólo podrá aspirar al futuro que sea capaz de hacerse por sí misma», reza la premisa inicial y con ella queda sellada la suerte de todo el libro: abundar en tesis más o menos irrelevantes acerca de cuál es el desideratum,

M i g u e l F e r n á n d e z

y echar a un lado el problema elemental de cómo lograrlo. Incluso si esta primera proposición del ensayista fuera autoevidente, no sería lícito concederle importancia, ya que la clave problemática del futuro siempre ha estado en el modo de forjarlo.

Acaso lo atendible resida en que se abjura de esta conclusión marxista: «La lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado». Ninguno de los actores sociales, repone ahora Juan Antonio Blanco, tiene su «éxito asegurado». Pero el concepto de humanidad que maneja en esta premisa, se resiente de la misma abstracción fustigada por Unamuno al compás de su soliloquio sobre los hombres «de carne y hueso». Así queda en suspenso la respuesta concreta de quiénes (y por qué) acometerían la tarea sagrada de marchar, unidos como en familia, hacia determinado futuro posible.

LA IDEOLOGÍA ALEMANA

El ensayo establece como segunda premisa que la ética «juega un papel crucial en el quehacer histórico». Tanto es así que uno de los historiadores galardonados por primera vez con el premio Nobel de Economía (1993), Robert Fogel, comprobó el influjo decisivo de las fuerzas morales sobre la abolición de la esclavitud en la Unión Americana. Con auxilio de modernas técnicas estadísticas, Fogel indagó el pasado económico de los estados sureños, mas no debe haber desdeñado que por ellos pasaron los ejércitos del Norte sin mucha deferencia para con la ética liberal.

Mientras no se explicita cómo los valores morales dejarán de realizarse al estilo de la Ilustración, de manera privada y ocasional, el asunto seguirá plantado en el mismo sitio donde midieron sus armas los viejos gurús del pensamiento ideológico alemán. Hegel tachó ya de abstracta la ética de Kant, porque no entrañaba identidad colectiva alguna capaz de conformar las identidades individuales sobre principios universalistas. Lo relevante ahora estribaría en debatir hasta qué punto será crucial una ética orientada al futuro: ¿cómo se daría el paso revolucionario en la dimensión histórica de la inteligencia moral, después que el socialismo real vino abajo y la conciencia burguesa se ha tornado cínica?

Juan Antonio Blanco cifra sus esperanzas en «la unión y acción de la gente decente» frente a la injusticia; también Vaclav Havel aboga, en sus *Meditaciones de verano* (1991), por ser decente para fomentar la justicia social, pero es casi seguro que estos intelectuales cubano y checo se refieran a decencias dispares.

MISERIA DE LA FILOSOFÍA

De acuerdo con la tercera premisa, la política debe ser «el arte de lo imposible» en vez del «arte de lo posible», que se ha convertido en «una consigna desmovilizadora y paralizante». Así lo recalca el director del Centro Félix Varela, doctor Juan Antonio Blanco, al ser entrevistado para el número príncipe (1995) de la revista ilustrada *Habanera*. Cabría entonces reemplazar el precepto político enunciado hacia 1816 por el padre de la corriente democrática cubana, Félix Varela: «Hacer en cada momento lo que es posible hacer».

Mas el fundamento de repuesto semeja otra consigna no menos entumeceadora: «Exigir lo imposible (...) parece el único modo de conocer, finalmente, lo que resulta posible en este mundo». Se trata de la idea platónica que sustenta lo político en el conocimiento, pero lo político no atañe al conocer, sino al hacer juntos lo acordado. Aunque todo saber ayuda, no se toman decisiones políticas para tantear lo imposible y así conocer lo posible; se adoptan más bien para encarar los conflictos prácticos a medida que éstos van surgiendo. La política –decía Martí– «es como cera blanda, que se ajusta a un molde inquieto, variable y hervidor». Lo imposible radica, por tanto, en concebirla sin el sentido mismo del aquí y el ahora.

La tercera proposición de Juan Antonio Blanco confirma, por reducción al absurdo, que «la política es la ciencia y el arte de lo bueno posible» por decirlo a la manera de Monseñor Carlos Manuel de Céspedes. Además de que la pieza conceptual de Platón no encaja como recambio, las nociones de Varela y Martí distan mucho de ser obsoletas. Desde la perspectiva crítica de reconstrucción del materialismo histórico, la Escuela de Franckfort viene religando lo político a la praxis mudable y azarosa, en la cual los saberes conciernen a las circunstancias. Exigir lo imposible obedece a otra ruta filosófica, que probablemente conduzca hacia la indignancia prevista por algún personaje cervantino en el alto riesgo de *Que, pues lo imposible pido / lo posible aún no me den*.

HERR VOGT

La cuarta premisa del libro «está vinculada al criterio de ‘éxito’ y ‘fracaso’ que puedan asumir las fuerzas sociales». El autor plantea la disyuntiva moral de tejer la autobiografía o la historia. Al hombre demediado que escoja la segunda opción, le sugiere comprometerse con la causa común incluso si no creyera tener «un margen razonable de posibilidades de éxito durante o más allá de su propia vida». Este consejo enlaza también con la exigencia de «lo imposible», que despierta la sospecha de otra propensión platónica: el desprecio a la masa.

En carta a un amigo europeo, divulgada por la revista de pensamiento *Contracorriente* (octubre-diciembre 1995), Juan Antonio Blanco le atribuye a Cuba el doble carácter de «museo y promesa» para sentarla como «laboratorio social», en el cual pudiera validarse una fórmula novedosa de desarrollo. Sin embargo, aquel «criterio de compromiso ético con el quehacer histórico» no debe encarnar mayoritariamente y menos entre cubanos. Aunque mantenemos «el sentido de lo ético», tal y como reconoce Miguel Barnet en un reportaje de citas que publicara la revista artístico-literaria *Unión* (enero-marzo 1995), actuamos con ese «sentido práctico de la existencia» que arguye Virgilio Piñera en un artículo presentado a (y nunca publicado por) el periódico *Revolución* (1959-65). Uno y otro sentidos se concilian en el criterio martiano: «depende el éxito de no decir más que aquello que sea de realización posible».

Detrás del criterio del doctor Blanco, en cambio, no puede menos que esconderse la falacia naturalista de hilar consecuencias éticas a partir de supuestos ajenos a la moral. Una trayectoria silogística semejante describió Karl Vogt al conjeturar que «el pensamiento se encuentra casi en la misma

relación con el cerebro que la bilis con el hígado...» La base metafísica del compromiso recomendado por Juan Antonio Blanco consiste en que el tiempo puede ser favorable de algún modo. Nada de ética universalista renovada, sino mera tradición judeocristiana que antepone al mismo hombre creyente pintado por Karl Löwith: «Tiene fe y también esperanza. No hallándose satisfecho con su presente experiencia pero forzándose hacia el futuro, goza confiadamente de aquello que aguarda con ansiedad y por lo cual lucha».

En *La filosofía como anhelo de la revolución* (1976), Fernando Savater se rebela contra el propósito de que la historia continúe «resencionando nuestras vidas», y enfatiza que sujetar las expectativas a la flecha del tiempo «aplata las presentes posibilidades de alegría en nombre de una triste perfección futura». Sería refrescante dar la tângana posmetafísica junto a Savater, pero el otro Fernando (Ortiz y Fernández) nos recuerda en *Los factores humanos de la cubanidad* (1949) que son cardinales para nuestra cultura «las tres virtudes, dichas teologales, de fe, esperanza y amor».

Puestas a la altura humana, tales dichas encontrarán siempre portadores «de carne y hueso» que se contentarían con llevar adelante el objetivo común sin preocuparse por algo situado más allá del consenso legítimo entre ellos mismos. Y así como nadie (o casi nadie) se enamora de o tiene fe en su pareja porque espera que desempeñe con excelencia el rol de abuela o abuelo, la gente (o la mayoría) suele empecinarse en hilvanar primero autobiografía y luego historia. Ante la prescripción de encrucijadas o virtuosismos rocambolescos, casi todos aprendemos a vivir con doble rasero y algunos hasta comenzamos a simpatizar con los pecados de lesa historicidad, como aquel poema de Gastón Baquero en que Manuelita Saenz y Giuseppe Garibaldi bailan el rigodón final de la existencia.

EL CAPITAL

«La quinta y última premisa del presente ensayo es que la nueva era hacia la que transitamos está decisivamente vinculada al cambio en el *modo de hacer historia* (sic.) que hasta el momento hemos conocido», postula Juan Antonio Blanco y explana así la innovación: pasar de «una historia hecha desde las élites» a «una historia en que las masas se erigen en arquitectos autónomos de su propio destino». Tal parece que por fin se aborda la cuestión de cómo sobrevendrían esos fenómenos sociales que harán época, porque el ensayista ha descartado la lógica del capital como clave del desarrollo, para ceñirse a la lógica expositiva de *El Capital* (1867). Sin embargo, los argumentos devienen antitróficos, es decir, acaban retorciéndose contra el propio postulante.

El doctor Blanco asevera que la crisis de la modernidad no tendrá desenlace fatal, «sólo si las masas encuentran un modo organizativo eficaz». Lejos de discutir entonces cierta praxis organizativa de ilustración ecologista y subversión de masas, prefiere notificar la urgencia a opresores y oprimidos revistiéndola de maldición mitológica: «Nuestro tiempo termina el próximo siglo». Pasa por alto que el fin del mundo siempre está a punto de llegar, mas el ingenio humano viene postergándolo desde siempre. Luego fabrica un sujeto histórico

de gran formato (el pueblo mundial) y lo decora con atributos llamativos: «será el movimiento policlasista, iconoclasta, visionario e innovador que emerja entre todos aquellos que individualmente o como grupo social opten por la Vida. Así contesta de paso la pregunta pendiente desde la premisa inicial; no obstante, la concepción inflacionista de «el pueblo» evoca lo que Whitehead llamó «falacia de concreción fuera de lugar»: el indicador sociológico de opción por la vida no autoriza para discernir entre pueblo y humanidad, pues se supone (por lo menos desde Spinoza) que casi todos los seres humanos alientan una suerte de amor propio diametralmente opuesto al conato de autodestrucción.

En medio del abstraccionismo, Juan Antonio Blanco deja caer que la clave sería «el poder al pueblo». Enseguida levanta la condición de que el pueblo mismo «tendrá primero que trascender mediante una radical revolución del pensamiento ético humano». De este modo la argumentación no sólo sucumbe a una de las tentaciones más desatinadas de la modernidad: pensar que el todo social puede ser transformado merced a la racionalización determinante de una de sus partes; además incurre en un círculo vicioso, ya que las cuestiones de organización reaparecen al faltar garantías (metafísicas o históricas) de que la revolución propuesta ocurra por autorreflexión espontánea. ¿Cómo empuñarían las masas el arma de la crítica, para llevar a efecto la acción social comunicativa y comprenderse entre sí sobre normas y valores morales? ¿Cómo ejercerían la crítica de las armas, para llevar a cabo la acción social estratégica e intervenir eficazmente frente a otros actores políticos competitivos?

Aún resulta irónico que la visión alternativa de la posmodernidad se alcance con lentes manufacturados hacia 1789. Entre lo específicamente moderno de la Revolución Francesa, Francois Furet puntualiza la convicción del cambio «en el modo de hacer historia» y la conciencia de masas erigidas «en arquitectos autónomos de su propio destino». Al repasar esta mentalidad revolucionaria, Jürgen Habermas subraya que un tercer componente, la confianza en la razón, lleva en sí mismo a la crítica y con ella queda preservada la dinámica sociocultural del proyecto inconcluso de la modernidad. Darlo por agotado dislocaría los puntos de vista sobre ideales irrenunciables, como la autoconciencia, la autodeterminación y la autorrealización. Otra consecuencia dañina sería perder la visión estereoscópica marxista, que aún permite aprehender el reverso alienante de las sociedades modernas junto con su anverso racional. Sin ella dejarían de enfocarse críticamente las pautas verosímiles de respuesta a los retos del siglo XXI.

Pablo Neruda aseguraba que los funerales de la poesía no serían celebrados el próximo siglo, mas previno a sus encuestadores: «¿Qué sé yo del año 2000? y sobre todo, ¿qué sé yo de poesía?» Sin embargo, el ensayismo sociocientífico no puede apartarse del tendel fijado por Ortega y Gasset al publicar sus *Meditaciones del Quijote* (1914), cuando definió ejemplarmente la forma literaria de expresión que los intelectuales noventiochistas habían vindicado por fin para la lengua española: «el ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita».

Hacia 1480 el filósofo escolástico Pedro Tartareto construyó un diagrama que mostraba cómo reconocer el término medio en las diferentes figuras del silogismo. Esta operación lógica se consideraba entonces tan difícil, como hacer que los asnos cruzaran un puente. Por analogía empezó a usarse la expresión «puente de los asnos» para designar las cuestiones de relativa dificultad en cualesquiera disciplinas del saber. De nada vale urdir ahora tal o cual puente iluminado hacia la otredad posmoderna, si no se afrontan las dificultades científico-sociales de cómo tenderlo primero y después cruzarlo. A estos efectos serían precisas herramientas teóricas con funciones análogas al diagrama premoderno de Tartareto. Quizás se requiera también de sabiduría, esperanza e imaginación, que en la obra de Juan Antonio Blanco pasan por «los tres elementos más deficitarios al cerrar el milenio».



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)

Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano*

EL 27 DE DICIEMBRE DE 1874, EL *HABANA BASEBALL CLUB* hacía el recorrido de poco más de cien kilómetros por tren hasta Matanzas para enfrentarse al club local, en lo que la mitología nacional iba a monumentalizar como el primer encuentro de béisbol entre equipos organizados celebrado en Cuba. Es más, para la mayoría de los cubanos hoy, el partido de béisbol celebrado ese domingo por la tarde, en un terreno llamado Palmar del Junco, fue el primero jamás jugado en la isla, sin antecedentes ni preparación previa.¹ Como el béisbol sería proclamado años más tarde deporte nacional, honor que todavía goza a pesar de más de treinta años de un régimen ferozmente antinorteamericano, se trata de un componente problemático en la fabulación de la nacionalidad. El juego es uno de nuestros mitos de fundación, más extendido que muchos otros porque se trata de algo perteneciente a la cultura popular.

Cuatro años después, en la misma ciudad de Matanzas, se componía, tocaba y bailaba, el primer danzón intitulado «Las Alturas de Simpson», pieza inaugural de lo que,

* Capítulo de un libro en proceso sobre la historia del béisbol en Cuba.

¹ El terreno se llamaba Palmar *de* Junco, es decir, que el terreno pertenecía a un tal Junco (la familia Junco se había establecido primero en San Agustín, Florida, y luego mudado a Matanzas). Pero, como «del Junco» es más evocativo, el famoso terreno se ha conocido siempre por «Palmar del Junco». Dado que en la emblemática nacional la palma real es un elemento fundamental, es fácil ver por qué el nombre del terreno está lleno de resonancias patrióticas («Yo soy un hombre sincero / de donde crece la palma.» diría José Martí). Según testimonios de la época de ese juego inaugural no había palmas en el Palmar de Junco, sin embargo. Lo que sí parece cierto es que el juego en el famoso Palmar es el primero del que se escribió una crónica. Esta, escrita por el literato Enrique Fontanils (quien se firma *Henry*), apareció en *El Artista*, un periódico satírico-teatral de La Habana, el 31 de diciembre de 1874.

Roberto González Echevarría

con el pasar del tiempo vendría a identificarse como la música cubana. Su compositor fue el mulato Miguel Faílde, que había fundado en 1871 una orquesta que llevaba su nombre.² En el danzón se encuentra la semilla de la salsa, pero más que una semilla «Las Alturas de Simpson» era ya un fruto maduro, producto de varias influencias: la francesa, traída a Cuba por los colonos haitianos que llegaron huyéndole a la revolución de Toussaint Louverture, la española y la africana. Matanzas era también para esta época ya conocida como «la Atenas de Cuba», por la abundancia de literatos, con sus cenáculos, revistas y cafés. Deporte, baile y literatura se aliaban así en un momento decisivo de la historia de Cuba para, junto con el proceso político que había de llevar a la guerra de independencia en 1895, terminar de dar forma a la nacionalidad. No cabe duda de que la literatura, la música y el béisbol son los productos culturales cubanos de mayor prestigio y circulación internacional desde entonces, y que son componentes fundamentales –y fundacionales– de la mitología nacional. Conviene, entonces, regresar a ese momento para observar cómo se entremezclan esos factores en el agitado fin de siglo cubano, cuando en efecto Cuba fue la última nación hispanoamericana en alcanzar la independencia.

Como ha detallado Manuel Moreno Fragnals en su hermosa y cabal obra *El ingenio*, los pasos decisivos en los inicios de la moderna historia de Cuba fueron dados por Francisco de Arango y Parreño (1765-1837) a fines del siglo XVIII, es decir en el penúltimo fin de siglo.³ Ante el colapso de Haití como principal productor mundial de azúcar, debido a la revolución de los esclavos, Arango y Parreño tomó las medidas que habrían de poner a Cuba en ese puesto y lanzarse a la loca carrera del azúcar, cuyos desmedros todavía sufrimos en el actual fin de siglo. Las decisiones y gestiones de Arango y Parreño, entre otros, llevaron a Cuba al mercado internacional y a la modernidad; y también, por cierto, al monocultivo, el latifundio, la dependencia y otros subproductos indeseables. Para poder competir a nivel mundial en el feroz mercado capitalista, la élite cubana, denominada felizmente por Moreno Fragnals la «sacarocracia», moderniza la producción del dulce, adquiriendo de Inglaterra maquinaria de vapor y ferrocarriles, y participando en un intercambio financiero en el que los Estados Unidos figura cada vez más prominentemente. Los sacarócratas cubanos se adelantan a la metrópoli y al resto de su antiguo imperio no sólo en la adquisición de maquinarias y ferrocarriles

² Alejo Carpentier sostiene que la pieza fue una de cuatro compuestas por Faílde en 1877. Helio Orovio, sin embargo, dice que «Las Alturas de Simpson» se estrenó en 1879. Ver: Alejo Carpentier, *La música en Cuba* (México: Fondo de Cultura Económica, 1972 -primera edición 1946), pág. 237, y Helio Orovio, *Diccionario de la música cubana. Biográfico y técnico* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1992 -primera edición 1981), pág. 161. Zoila Lapique Becali escribe: «El 1º de enero de 1879, y en la ciudad de Matanzas, se produciría un hecho importantísimo para la música cubana. Un músico del lugar, Miguelito Faílde, con su popular orquesta de baile, estrenaba en los salones del Club Matanzas -más tarde local del Liceo- su danzón *Las alturas de Simpson*», *Música colonial cubana, Tomo I (1812-1902)* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979), págs. 46-47.

³ MANUEL MORENO FRAGINALS: *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1978), vol. I, pág. 47.

—para mediados de siglo la red cubana era la más extensa de América Latina—sino también en el disfrute de los últimos lujos y adelantos de la industria. Gozaron, por ejemplo, del uso del primer *water closet* del mundo hispánico, y se construyeron, en La Habana y a las afueras de la capital, fastuosas mansiones, muchas en los mismos ingenios azucareros que eran la fuente de su riqueza.

La región de Matanzas, al este de La Habana, se convirtió en una zona privilegiada para el cultivo del azúcar por su proximidad a la capital, la feracidad de sus tierras, y por los tupidos bosques que se talaban para obtener combustible y a la vez despejar terrenos para la caña. A esto hay que añadir las ventajas de la hermosa bahía de Matanzas como puerto, a lo que se suma la existencia de ríos que no sólo fertilizan la región, sino que además facilitan las comunicaciones al desembocar en ella. El puerto de Matanzas se convirtió en escala importante en una red de navegación que incluía los puertos norteamericanos de la costa este de ese país (Baltimore, Nueva York, Boston) y los de Golfo de México (Cayo Hueso, Tampa, Nueva Orleans), además de La Habana.

Con el auge de la industria azucarera en la región que abarca de La Habana hasta Matanzas, y más allá Cárdenas, Sagua la Grande y Caibarién, la cultura de esa zona de Cuba cambió marcadamente. En primer lugar se empezaron a importar grandes cantidades de esclavos para satisfacer las necesidades de una industria siempre ávida de brazos. El área de Matanzas pronto se convirtió en la de mayor densidad de negros del país, distinción que siguió teniendo en el siglo xx. También acudieron a la ciudad negros libertos y mulatos que se dedicaban a artesanías y oficios menores, como el de sastre, pero pronto también se destacaron como músicos. Si Matanzas llegó a ser la «Atenas de Cuba», también se convirtió en la Roma o Jerusalén de las sectas afrocubanas, así como en la Bayreuth de la emergente música cubana. La ciudad todavía conserva la preeminencia en ambas cosas.

Con la apertura del comercio con Estados Unidos en 1817, y la creciente presencia norteamericana en la industria azucarera, un número considerable de norteamericanos tomaron residencia en el área de Matanzas. Algunos eran dueños de plantaciones e ingenios, otros se ganaban la vida como mecánicos o maquinistas, y en otras profesiones, mientras que otros abrieron negocios de diversa índole.⁴ ¿Quién era el Simpson del título del danzón? Un americano avecindado en Matanzas. Evidentemente el barrio Las Alturas de Simpson surgió en lo que era o había sido su propiedad. Hacia la década del setenta es probable que esa comunidad norteamericana haya crecido. Lo que sí es sabido que aumentó fue la propiedad cubana en manos de norteamericanos. Esto ocurrió como resultado del fracaso de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), que termina con la derrota de los cubanos y la llamada Paz del Zanjón. Muchas familias criollas pudientes se arruinaron durante la guerra, no sólo debido a los estragos de ésta, sino también a los inicios de un declive en el

⁴ Ver el detallado libro de LAIRD W. BERGARD, *Cuban Rural Society in the Nineteenth Century. The Social and Economic History of Monoculture in Matanzas* (Princeton: Princeton University Press, 1990).

precio del azúcar que habría de continuar durante el fin de siglo. Como producto de las múltiples bancarrotas, muchos ingenios y plantaciones pasaron a manos de compañías y bancos norteamericanos a los que los cubanos debían fuertes cantidades de dinero. La región matancera, a la que apenas alcanzaron los rigores de la guerra (que se concentró más en la región central, y sobre todo la oriental), sufrió una transformación considerable. A esto hay que añadir un conocido cambio en la historia económica de Cuba: la creación de «centrales», enormes fábricas de azúcar que molían la caña de otros (llamados colonos) que ya no podían procesarla en sus propios ingenios, ahora anticuados e ineficientes. Los grandes centrales concentraron el capital y la capacidad productiva y pusieron bajo su control a los dueños de plantaciones, que dependían de ellos para procesar su producto. No es difícil imaginarse que todos estos norteamericanos, en frecuente contacto con su país, donde el deporte evolucionaba y se expandía rápidamente, jugaran al béisbol y le enseñaran el juego a sus amigos y vecinos.⁵

En La Habana el *boom* azucarero había traído como consecuencia la construcción de palacetes y mansiones, la ampliación de avenidas y parques, y la expansión de la ciudad más allá de la muralla que la había defendido, por el oeste, de las incursiones de piratas y corsarios. Poco después de mediados de siglo, alrededor de 1863, la muralla fue demolida. Las zonas hacia el sur, suroeste y oeste de la ciudad, de mayor elevación que el puerto, naturalmente, y por lo tanto más frescas, se convirtieron en áreas de recreo para la sacarcracia, con bellas quintas accesibles por nuevos caminos de tierra y de hierro. La Habana se fue desplazando en esa dirección, absorbiendo poco a poco esas zonas de asueto e incorporándolas a la red urbana. Pero el casco de la ciudad misma también dedicó más y más espacio al esparcimiento y recreo. El Paseo del Prado, que da al mar, se convirtió en el lugar de convergencia de numerosos carruajes descapotables en los que se exhibían los nuevos ricos en su mejor indumentaria, así como de no pocos peatones que acudían a presenciar el espectáculo y dedicarse a sus propias actividades sociales. La vida teatral se enriqueció con la construcción o renovación de varios teatros, como el Tacón, el Albisu y el Irajoa, visitados por las mejores compañías europeas, inclusive algunas francesas que representaban en su idioma obras de última moda. La ópera y el teatro musical menor también gozaron de mucho auge durante todo el siglo XIX. Surgieron cafés y restaurantes con nombres –El Louvre, Las Tullerías– que revelaban hacia dónde miraban los cubanos cultos, y qué y a quiénes querían imitar.

La Acera del Louvre, es decir los portales del afamado café, era el centro de reunión de literatos y de todos los entregados a los placeres mundanos de la decadencia, entre ellos los jugadores y fanáticos del béisbol. Muchos de estos jóvenes eran, además, bailarines del danzón, baile cuya «lubricidad»

⁵ La mejor historia del béisbol es la de HAROLD SEYMOUR, *Baseball. The Early Years* (Nueva York: Oxford University Press, 1960).

había desatado una agitada polémica en la prensa capitalina. El danzón, el béisbol y la literatura compartían características propias del fin de siglo que hicieron posible su alianza en el momento de la independencia, y dejaron huella visible y duradera en la cultura cubana.

La primera de estas características comunes es el exotismo, que no era solamente el gusto por lo extranjero, sobre todo lo francés, sino por todo aquello que se apartara de lo español, que era visto como retrasado y *demodé*. La predilección por lo francés en la literatura finisecular latinoamericana es demasiado conocida para precisar mayor elaboración aquí. En Cuba no sólo había los cafés mencionados, sino que una de las revistas culturales más importantes —a la cual habrá que regresar— fue *El Figaro*. La compañías teatrales francesas, inclusive la de la célebre Sarah Bernhardt, hacían escala en La Habana camino a Ciudad México o a la Nueva Orleans. Quien lea las publicaciones cubanas de la época no podrá dejar de notar que los intelectuales y literatos cubanos del momento vivían atentos y *à la page* de lo que ocurría en París. Los modelos de poetas como Julián del Casal, no sólo en lo literario sino también en la manera misma de vivir y conducirse, eran los poetas malditos franceses. Encastillado en su buhardilla habanera de los altos de *El País*, o paseándose por parques, avenidas y terrazas de la capital —neurasténico, alcohólico, homosexual y drogadicto— Casal practicaba la decadencia a la francesa.⁶

El danzón, como ya se dijo, era de origen afro-francés. Alejo Carpentier, en su delicioso libro *La música en Cuba* relata cómo la *country dance* inglesa pasó a ser la *contredance* francesa, y ésta la contradanza, la habanera, y por último el danzón. La habanera, por supuesto, fue incorporada por Bizet en *Carmen*, por lo que el tráfico musical fue en ambas direcciones. En *Carmen* la habanera le dio la vuelta al mundo, y fue tal vez la primera música cubana de alcance internacional. La contradanza, desde luego, también se conoció en España, y variantes suyas llegaron hasta Buenos Aires, donde influyeron en los orígenes del tango. Pero lo peculiar del danzón es que el componente africano es más fuerte y que llegó a convertirse en baile de salón de la sociedad cubana, compitiendo con las mazurkas, polkas y valeses de moda en el mundo entero. No cabe duda de que tanto en el ritmo como en la letra, muchas veces sugestivo (como uno intitulado «Negra, dame tu amor»), podía parecer escandaloso a los mojigatos de entonces. Es cierto que en algunos locales, como los altos del Louvre, se bailaban piezas más picantes, algunas de un estilo al parecer vulgar llamado «arroz con picadillo», y que había otros bailes denominados «empinar el papalote» y «matar la culebra», que sí eran más explícitos en su sexualidad. Y era notorio que al otro lado de la bahía de La Habana, en Regla y Guanabacoa, centros de santería y cultura africana hasta hoy, se tocaban piezas con títulos al parecer procaces, como «Cochino», «Baja la pata», «Guabina»

⁶ Ver OSCAR MONTERO, «Translating Decadence: Julian del Casal's Reading of Huysmans and Moreau», *Revista de Estudios Hispánicos* 26 (1992), págs. 369-389, y Jorge Olivares, «La recepción del decadentismo en Hispanoamérica», *Hispanic Review* 48 (1980), págs. 57-76.

y «Oso». Pero no el danzón. Visto desde este fin de siglo el danzón era un baile decoroso, hasta casto, bailado por parejas enlazadas, pero no se bailaba ni se baila apretado ni mucho menos. En el danzón se pasó de los cuadros de la contradanza al baile por parejas, pero se trataba de una música tan estilizada como la poesía modernista, con pausas, golpes de abanico por parte de la mujer, y un púdico abrazo a prudente distancia. Lo que sí había era un provocativo mecerse de las caderas –sobre todo en la parte final, que ya anunciaba sones y guarachas– y una serie de fintas que tal vez recordaran la persecución ritual de la hembra por el macho que representan algunos bailes africanos. Frente a la pacatería peninsular de la última década del diecinueve, sin embargo, el danzón era algo peligroso, exótico, decadente y demasiado cubano. Se trataba, nada menos, que de la incorporación abierta de lo africano a la vida social de las clases acomodadas: una incipiente mulatización de la gente pudiente.

Ahora bien, el exotismo del danzón también se manifiesta en su capacidad para incorporar lo extranjero en su propia textura melódica. Hoy nos sorprende oír, en medio de un danzón como «El cadete constitucional», frases musicales tomadas de marchas de John Philip Sousa. Pero esta tendencia, parecida por supuesto a las alusiones a lo francés o a lo oriental en la poesía modernista, es inherente al danzón desde sus comienzos. Zoila Lapique Becali informa que, una de las asistentes al baile en que se estrenó «Las Alturas de Simpson» escribió en Matanzas lo siguiente: «Estos danzones a base de la melancólica música africana, en artística mescolanza –gratisima al oído– nos regalaban compases de populares trozos de ópera italiana, de zarzuelas españolas, de operetas francesas, de canciones cubanas, en singular cadencia y armonía.»⁷ Es significativo que el béisbol también se dejó influir por la ópera italiana, ya que varios equipos cubanos de la época adoptaron nombres de algunas de éstas como el *Boccacio* y *Fattinitza*. El culto a lo extranjero era algo generalizado, y se extendía, desde luego, a la incorporación de vocablos de otros idiomas, lo cual, tanto en la música como el béisbol, era prácticamente inevitable.

La sacarocracia cubana pronto se percató de que una educación norteamericana era más útil para sus hijos que una europea, sobre todo española, y comenzaron a mandar a sus hijos (pero a veces también a sus hijas) a colegios y universidades «del norte». Allí aprendieron a jugar béisbol estos jóvenes que, al regresar a la isla, verían las costumbres españolas, comparadas a las que los habían regido en Norteamérica, como especialmente retrógradas, arbitrariamente restrictivas o simplemente bárbaras. De éstas ninguna lo era más que las corridas de toros, popularísimas entonces en La Habana, en cuya plaza hacían temporada los toreros españoles más famosos, haciendo escala en sus viajes a México.⁸

⁷ *Música colonial cubana*, pág. 47.

⁸ El toreo fue suprimido por decreto del gobernador militar Leonard Wood en 1900, durante la intervención que siguió a la Guerra Hispanoamericana, y quedó totalmente borrado del panorama deportivo cubano. Hoy nadie recuerda que La Habana tenía una concurrida plaza ni se interesa por los toros.

El béisbol pronto se vio como el antídoto contra el primitivismo peninsular. El juego arraigó en la capital y en el área de Matanzas, sobre todo entre jóvenes de buena familia, pero también se diseminó entre las clases populares, inclusive los negros, que habían sido declarados libres con la abolición de la esclavitud en 1886. A la popularidad del béisbol también contribuyó no poco la llamada «emigración», es decir, el exilio de numerosas familias cubanas a los Estados Unidos a raíz de la Paz del Zanjón, en 1878. La comunidad cubana en puertos como Cayo Hueso, Tampa y Jacksonville se hizo nutrida, como también lo fue en Nueva York y zonas aledañas.

El béisbol empieza a jugarse en Cuba, sin embargo, desde la década del sesenta, y ya hay clubs organizados en la próxima década. El primero fue el *Habana Baseball Club* que, como vimos, viaja a Matanzas a fines de 1874 para retar (y derrotar) al club de la «Atenas de Cuba». Para los ochenta ya hay cientos de clubs por toda la isla, así como docenas de revistas y periódicos dedicados al deporte. Sabemos hoy tanto sobre los orígenes del béisbol en Cuba, por cierto, gracias a su estrecha relación con la literatura, que ha preservado la huella de su primitiva historia en revistas, crónicas, novelas y poemas. La revista literaria antes mencionada, *El Fígaro*, cuyo primer número es del 23 de julio de 1885, se proclama «Semanario de Sport y de Literatura. Órgano del Base-ball». Manuel Serafín Pichardo fue uno de los fundadores de *El Fígaro* y su principal animador. La revista contiene crónicas de juegos, artículos sobre jugadores prominentes, así como chismografía literaria, musical y social, y publican en ella algunos de los escritores más conocidos del momento, como el poeta Julián del Casal. La primera historia del juego en Cuba, publicada en 1889, fue escrita por el novelista Wenceslao Gálvez y Delmonte, campocorto del *Almendares Baseball Club*, y hoy miembro del Hall de la Fama del Baseball Cubano. Gálvez, amigo de Casal, publicó una soporífica novela con el prometedor y decadente título de *Nicotina*, y una colección de ensayos, crónicas y cuadros de costumbres, *Esto, lo otro y lo de más allá (mosaico literario)*, en la que demuestra estar muy al día en literatura europea, española e hispanoamericana. El béisbol era para estos literatos una actividad exótica y decadente, totalmente opuesta a la mojigatería hispánica y a su salvajismo taurino, por eso se le ve en principio como algo compatible con la nueva literatura y con el independentismo. Su relación con la música la veremos enseguida.

El libro de Gálvez, titulado *El baseball en Cuba. Historia del Base-Ball en la Isla de Cuba*, puede que sea la primera historia de ese deporte jamás escrita.⁹ Es digno de ponderación que, ya para 1889, pueda hablarse de una *historia* del

⁹ WENCESLAO (WEN) GÁLVEZ Y DELMONTE, *El base-ball en Cuba. Historia del base-ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas –en el juego citado, ni de ninguna otra–* (La Habana: Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Speneer, 1889). Poco he podido descubrir sobre Gálvez, excepto que nació en Matanzas, estudió derecho en la Universidad de La Habana, y pasó varios años en Tampa, Florida. Su hermano José María (1835-1906) fue jurista de fama en el siglo XIX, y colaboró con Carlos Manuel de Céspedes en la causa independentista. También fue jugador de béisbol, pero para los ochenta, jubilado del juego activo, se convirtió en árbitro (umpire) respetado y solicitado.

béisbol cubano, cuando el deporte apenas contaba con tres décadas de práctica organizada en su propio país de origen. A petición de Gálvez el prólogo de *El Base-Ball en Cuba* fue escrito por el médico Benjamín de Céspedes, que hace un análisis brillante y jocoso del juego, destacando sus beneficios terapéuticos para la salud física y moral. Darwinista, descreído y algo cínico, como el propio Gálvez, este médico está a favor de la medicina y del deporte para aumentar el deleite físico. La práctica del béisbol robustece al individuo, y hasta aumenta su potencia sexual, sostiene, influenciado por la ideología sobre la cultura física en boga entonces en los Estados Unidos y Europa. El Dr. de Céspedes contrasta la pujante salud de los jóvenes jugadores de béisbol con la de muchos de sus pacientes, dedicados a actividades sedentarias, que pronto los conducen a una flaccidez endémica. La relación del deporte con la medicina no es casual, es parte del culto decadente a lo inútil y frívolo; la salud debe cultivarse para el placer, no para el trabajo útil y productivo. El decadentismo incluye una fuerte preocupación por el físico que se manifiesta en los opuestos correlativos del neurasténico y enfermizo poeta que se regodea en sus dolencias, y el atleta que vive atento a la fortaleza, agilidad y garbo de su cuerpo. De un lado Casal y del otro su amigo Gálvez. Éste último también ensalza la capacidad terapéutica del deporte, así como su fuerza civilizadora, y traza la historia de los diversos clubs del área capitalina y de las provincias. El propio Casal, en nota elogiosa del libro, escrito por «uno de mis mejores amigos», dice, destaca el optimismo y vigor que éste rezuma: «Nada más raro, en nuestros tiempos, que la aparición de un libro sencillo, empapado de sana alegría y escrito al correr de la pluma cuyas páginas sirven para desarrugar los ceños más adustos, entreabrir los labios más serios y disipar las brumas melancólicas que difunden en el espíritu las miserias de la vida, ya se contemplen en su asquerosa desnudez, ya al través de las hojas de los modernos libros pesimistas.»¹⁰ Un par de años antes otro escritor importante, nada menos que el filósofo Enrique José Varona, había dedicado un artículo al béisbol en que destacaba el provecho moral del juego, si lograba enseñar a los cubanos a competir, y sobre todo a perder, de forma civilizada.¹¹ El juego se había convertido en una actividad social de importancia considerable porque no consistía simplemente en partidos entre equipos organizados, sino que éstos representaban clubs sociales en los que se desarrollaban varias otras actividades, según se verá.

Es curioso que, si bien la presencia norteamericana pronto se convirtió en amenaza para la nacionalidad cubana, a fines de siglo lo norteamericano representaba algo opuesto al caduco poderío español. Es por esto que el béisbol se incorpora a la ideología antiespañola y patriótica que conduce a la

¹⁰ JULIÁN DEL CASAL, «El Base Ball en Cuba», *La Discusión*, noviembre 28 de 1889. Cito por la versión recogida en Julián del Casal, *Prosas. Tomo II* (La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1963), pág. 11.

¹¹ ENRIQUE JOSÉ VARONA, «El base ball en La Habana», *Revista Cubana*, tomo 4 (1887), págs. 84-88.

independencia. En la práctica, hubo equipos de béisbol en Cayo Hueso, por ejemplo, que donaban las recaudaciones de sus juegos a la causa revolucionaria. Fue entre los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso que Martí promovió y organizó la guerra libertadora. Muchos de esos tabaqueros jugaban al béisbol, y el hijo de uno de los amigos de Martí, Alejandro Pompez, llegó a ser uno de los magnates más importantes del béisbol de color en los Estados Unidos. Cuando estalló la guerra un número considerable de jugadores de béisbol se sumó a las tropas insurrectas, y uno de ellos, el célebre Emilio Sabourín, fue detenido por conspirar contra el régimen colonial y enviado a la temida prisión de Ceuta, donde murió, mártir de la independencia.

Como el danzón, el béisbol contenía una carga erótica considerable, y como el baile –y aliado a él– facilita el encuentro de jóvenes que llegarán a constituir parejas, convirtiéndose así en una especie de rito prenupcial. Los primeros uniformes de béisbol, si se ven en el contexto de la ropa tan conservadora de la época, eran provocativos en extremo. Sorprende observar, en las fotografías de la Cuba de entonces, cómo la mayoría de los habaneros vestía de frac y sombrero negros a pesar de la asfixiante canícula antillana. Los peloteros, sin embargo, llevaban pantalones bombachos, en su mayoría blancos y muy ceñidos al cuerpo, medias largas de colores, camisa holgada con pechera en la que, en letras góticas casi siempre, aparecían las iniciales o emblemas del club, pañuelo de seda del color apropiado, y gorra. Era una indumentaria que destacaba el contorno físico del jugador, y adornaba su cuerpo. Así vestidos, los peloteros salían al terreno blandiendo potentes estacas, llamadas bates, cuyo simbolismo no es necesario subrayar.¹² Una vez en el terreno, estos muchachones, ante un público a veces nutrido de jóvenes del sexo opuesto, se dedicaban a hacer proezas físicas que ponían de manifiesto su agilidad, fuerza y buena constitución. A lo que las jóvenes respondían otorgando «moñas» (hechas de cintas de colores) a aquéllos que hacían buenas jugadas. Este intercambio era parte, evidentemente, de un rito simbólico que conducía a mayores dentro o fuera de los canales prescritos por la sociedad.

No cuesta trabajo ver en los primitivos uniformes de béisbol el cariz modernista, sobre todo en las letras góticas que ostentaban las pecheras de las camisas, en los pantalones bombachos y en las medias de colores. Y es que el béisbol es un deporte que, por su exquisito esteticismo, es de raigambre netamente modernista; hay que ver en los peloteros la contrapartida de las varias bailarinas descritas con sensual dinamismo en poemas de Casal y del propio Martí.¹³ No existe en el béisbol el burdo simbolismo bélico del fútbol o del baloncesto, donde se trata sobre todo de la conquista de territorio para ano-

¹² El malvado Gálvez no puede contenerse y llega a escribir: «Y para terminar, ¿no es muy varonil eso del *bat* y las pelotas?» (pág. 23).

¹³ Pienso en «La bailarina española» de Martí, y en la «Salomé», de Casal. De Casal utilizo la reciente edición de Esperanza Figueroa, *Julián del Casal. Poesías completas y pequeños poemas en prosa en orden cronológico* (Miami: Ediciones Universal, 1993).

tar goles o puntos y derrotar al contrario. El béisbol es más oblicuo y metafórico. Los corredores describen círculos alrededor de un cuadrado para anotar carreras, evitando ser tocados por la bola en manos del contrario (el béisbol puede que sea el único juego en que la bola la tiene la defensiva). Impulsada por el bate la pelota puede describir enormes parábolas, o rodar hasta ser capturada por un jugador que la lanza a otro, de su mismo equipo, que está a gran distancia, para poner fuera a un corredor de la manera más simbólica posible, a veces sin necesidad siquiera de tocarlo. Son todas relaciones indirectas, basadas en reglas de una sutileza y arbitrariedad que hace poco menos que imposible explicarle el juego a quien no se haya criado jugándolo u observándolo. El atractivo que el béisbol tenía para los jóvenes literatos y patriotas cubanos radicaba sin duda en estas características del juego en sí, que se asemejaban a los de la poesía modernista, por su elegante estilización, inherente esteticismo y cultivado artificio.

Pero el atractivo del béisbol consistía sobre todo en que aglutinaba en sus ritos dominicales otras formas de expresión, especialmente el baile. Desde sus comienzos en los Estados Unidos los clubs de béisbol auspiciaban actividades diversas, algunas, pero no todas, parte de un juego contra otro club. Cada club contaba con varios equipos, escalonados por niveles de destreza. El primer *team* era el que se enfrentaba a los demás clubs, pero se celebraban muchos juegos en el seno mismo de cada club. Estos desafíos, y los realizados contra otros clubs, incluían grandes cenas después del partido, con brindis extravagantes, discursos laudatorios, declamación de textos literarios propios o ajenos, etc. En Cuba, a la costumbre de las cenas se sumó la del baile. Cada partido de béisbol culminaba con una fastuosa cena y baile, para los que se contrataban orquestas que tocaban sobre todo danzones. Filósofo al fin, Varona prefería el deporte al baile, y escribió en el artículo citado una frase tan lapidaria como ineficaz contra el impulso que los unía a ambos: «Nuestro progreso será cierto, indiscutible, el día en que entre nosotros el buen sportman haya destronado al buen bailaror» (pág. 87).

Hacia fines de siglo la más célebre de las orquestas contratadas para rematar juegos de béisbol era la de Raimundo Valenzuela, otro famoso y cotizado mulato matancero que llevó el danzón a su más acabada forma. En publicaciones de la época a veces se dice, utilizando la terminología beisbolera, que el baile sería amenizado por «el primer *team* de Raimundo Valenzuela». Era en estos bailes, creo que podemos suponer sin mucho riesgo, que el rito prenupcial se hacía cada vez menos ritual y más cabal. El intercambio de jóvenes devenía un hecho públicamente consumado. Lo que empezaba en los escarceos propiciados por el juego, y más tarde por los tanteos de la literatura (poemas escritos en álbums, intercambio de textos de poetas favoritos, recitales), cobraba un carácter más palpable en los intoxicantes bamboleos del danzón, donde la distribución por parejas se hacía visible a todos, como confirmandose el hecho. El 29 de octubre de 1885, *El Figaro* informa que después de un juego de béisbol se bailó mucho, porque «allí estaban muchas Evas, muchos Adanes y Valenzuela de serpiente» (pág. 7). Si hago hincapié en este

aspecto distributivo del béisbol, aliado al baile, es porque pienso que su temprano arraigo en la cultura cubana tiene mucho que ver con esa función de encauzar el deseo erótico por vías sociales mediante el complejo rito dominical del juego y actividades anexas. La sociedad cubana se reproducía, en cierta medida, gracias a ese rito, que formaba parte del asueto colectivo organizado en áreas de las ciudades, sobre todo La Habana, destinadas especialmente a ese fin.

La glorieta era el espacio por excelencia donde las actividades mencionadas se llevaban a cabo. Los clubs más importantes de béisbol, el *Habana B.B.C.* y el *Almendares B.B.C.* en especial, contaban con terrenos propios. Estos terrenos se construyeron en las áreas de La Habana antes mencionadas: zonas rurales invadidas por la «sacarocracia» para convertirlas en quintas de veraneo. Es decir, campos que antes eran o productivos o baldíos, transformados en jardines para el recreo, en mansiones para el descanso, o en cotos de caza para la práctica de ese deporte. El *Almendares B.B.C.* construyó el suyo en el barrio del Cerro o Tulipán, al suroeste de la ciudad, accesible por la Avenida de Carlos III, uno de los caminos por los que La Habana rebasó el perímetro de la antigua muralla. Ese primitivo terreno se convirtió más tarde en el célebre Almendares Park, que duró (con una reconstrucción) hasta los años veinte de este siglo. El *Habana B.B.C.* construyó su terreno en la zona del Vedado, al oeste de la ciudad.

Al desplazarse hacia esas zonas a las afueras de La Habana los jóvenes peloteros no se arrojaban a la naturaleza bravía (al «rudo manigual», para recordar a Ernesto Lecuona) ni mucho menos, sino a un campo desmochado, podado y acicalado por lo aperos del jardinero, balizado según los planos de arquitectos del recreo y agrimensores del placer. El campo de béisbol mismo refleja el carácter mixto de esa zona intermedia que es el *faubourg*, o *faux bourg*, ciudad falsa, como ha estudiado magistralmente John M. Merriman.¹⁴ Si bien hay yerba, se trata de un césped bien podado que recuerda los orígenes ingleses del juego; praderas aptas para el béisbol no se dan de forma natural en la manigua tropical cubana, a la que hay que someter con rigurosas labores para convertirla en «diamante» de béisbol. Como bien indica el vocablo diamante que se usa para designar la cancha beisbolera, se trata de una precisa geometría, una especie de mandala enigmática en que un círculo rodea un cuadrado, que a su vez contiene otro círculo (el del lanzador, antes en forma de rectángulo). Las rayas de *foul* delimitan la zona de juego de la otra, inculta, donde la bola está fuera de juego, penalizándose al jugador que la haga llegar allí con un golpe del bate. La bola que «pica» dentro del terreno es «buena», la que cae fuera es «mala», en la jerga beisbolera cubana. La glorieta se erigió de manera que, desde ella, los espectadores, y sobre todo las espectadoras, pudieran ver y admirar a los jugadores en acción, protegidas del implacable sol del trópico.

¹⁴ JOHN M. MERRIMAN, *The Margins of City Life. Explorations of the French Urban Frontier, 1815-1851* (Nueva York: Oxford University Press, 1991).

Al igual que el terreno mismo de béisbol, la glorieta era un espacio intermedio entre la ciudad y el campo, entre la naturaleza y el arte. La palabra «glorieta», según Corominas, existe en español desde el siglo XII, proveniente del francés.¹⁵ Lo de glorieta es porque se trataba originalmente de un cenador donde, entregado a la comida y otros placeres afines, se podía estar como «en la gloria». La glorieta es un edificio independiente, aislado, dedicado únicamente al placer, no a las necesidades de la vida; siempre forma parte de un jardín, no de un espacio doméstico o urbano. Esa autonomía, que concuerda con el esteticismo de la poesía modernista y su inclinación decadente, contrasta con su apertura al exterior, como si negara su separación de éste en el mismo momento en que la marca. Las paredes de la glorieta son enrejados o celosías que permiten la entrada de la brisa, aspecto imprescindible en el bochorno insular, así como los olores del campo y los sonidos del juego. Desde la glorieta las espectadoras podían ver el juego casi a la intemperie, en un recinto con paredes falsas. En varios mástiles del techo flameaban los banderines y gallardetes del club, o de los varios clubs. De lejos, la glorieta parecía un vapor a rueda orlado de alegres banderines, de más cerca un hipódromo, y en efecto, algunos (el de Almedares, por ejemplo), también se utilizaban para carreras de caballos y otros deportes hípicas. Después del juego la glorieta retornaba a su origen como cenador, para más tarde transformarse en salón de baile. Una función intermedia, que correspondía a veces a teatros, y otras a salones urbanos arrendados para ese fin, era la de servir de sede para veladas literarias en las que poetas y oradores hacían alarde de sus dotes y competían de manera similar a los jugadores de béisbol. A veces eran los mismos. Hacia fines de siglo las gloriets empezaron a ser alumbradas con luz eléctrica, lo cual permitía convertir la noche en un día artificial, un largo día de recreo, amor y placer al que la naturaleza no podía imponer límites.

La literatura, el béisbol y el baile se refuerzan mutuamente como componentes de la nacionalidad en ciernes. En su base los une la sociabilidad de estas actividades, su carácter aglutinador y distribuidor de jóvenes, la canalización del deseo mediante la estilización estética. También los une el rechazo unánime de lo español, el ansia de ser distinto de la metrópoli, sobre todo más moderno y democrático. Gálvez y otros hacen énfasis en este último aspecto del béisbol, que le permitía a jóvenes de origen modesto subir en la escala social, y codearse con gente de las clases más elevadas. El béisbol se veía, al igual que todo lo norteamericano, como desprovisto de ínfulas aristocratizantes, y como agente nivelador de las clases sociales. Bailar el danzón, gustar de una literatura estetizante y erótica, practicar el béisbol eran todas actividades modernas y contrarias al espíritu del régimen colonial. Era precisamente por su carácter extranjero que se los incorporó a lo nacional, y, paradójicamente se convirtieron –transformados– en componente esencial de éste. La artificialidad

¹⁵ JOAN COROMINAS, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, tercera edición (Madrid: Gredos, 1987).

inherente y manifiesta de todas estas actividades destaca su carácter modernista, no sólo moderno. Lo modernista, precisamente por su extravagante artificialidad, constituía una crítica del *statu quo*, como propone Cathy L. Jade; lo natural era lo dado, lo recibido, lo español, mientras que lo cubano era lo artístico, elaborado, distinto e inconforme.¹⁶ O, como ha escrito Jorge Olivares sobre el decadentismo: «El culto a lo artificial es un escape y a la vez un reto a las normas establecidas y por ello el deseo de ir *à rebours* se convierte en ley inviolable para estos escritores.»¹⁷ La nacionalidad cubana es, pues, en su origen, modernista, mientras que la del resto de hispanoamérica había sido romántica. Lo cubano es en principio algo construido, fabricado con elementos que son deliberadamente foráneos, y que sirven como sublimación del deseo. Gustavo Pérez Firmat diría que lo cubano es siempre producto de la traducción.¹⁸ Por eso el béisbol, el baile y la literatura siguen siendo esenciales, a veces en contra de otras expresiones de la nacionalidad que pretenden soslayarlas.

Pero, más allá de Cuba y su último fin de siglo, lo notable en el proceso mediante el cual el baile, el béisbol y la literatura se confabulan en la formación de la nacionalidad es el hecho de que los dos primeros son actividades físicas y esencialmente lúdicas. Creo que el caso cubano puede servir de lección para el estudio de la emergencia de las modernas nacionalidades, que se piensan casi siempre en base a actividades políticas e intelectuales, ignorándose otras de carácter más material o físico, como los juegos, los rituales colectivos, los bailes, y hasta la cocina. Todas estas actividades también constituyen discursos aptos para ser analizados junto con la literatura, mediante una especie de antropología que probablemente no sabremos postular, sin embargo, sino a base de la literatura misma, que los contiene a todos.

¹⁶ CATHY L. JADE, «Modernism, Modernity, and the Development of Spanish American Literature», de próxima aparición.

¹⁷ «La recepción del decadentismo en Hispanoamérica», *op. cit.* pág. 59.

¹⁸ GUSTAVO PÉREZ FIRMAT, *The Cuban Condition. Translation and Identity in Modern Cuban Literature* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989).

Música y nación

El rol de la música negra y mulata en la construcción de la nación cubana moderna

Antonio Benítez Rojo

ES CIERTO QUE EL ARTE Y LA LITERATURA DEL CARIBE han dado al mundo magníficas muestras. Pero también es cierto que las más importantes expresiones culturales de la región son la música y la danza. Es natural, la mejor expresión de lo Caribeño es exhibicionista, densa, excesiva y transgresora, y no hay nada en el mundo que tenga la capacidad de mostrar estas propiedades como el cuerpo humano –o el carnaval, esa abigarrada aglomeración de cuerpos travestistas en movimiento, la metáfora más plena que hallo para imaginarme lo Caribeño.

En cualquier caso, muestras musicales y dancarias criollas, formadas por el *interplay* de componentes europeos y africanos, llegaron a España a partir de la segunda mitad del siglo XVI, donde fueron comentadas por Lope de Vega, Cervantes, Quevedo y otros escritores y poetas del renacimiento español. Naturalmente, su potencial de generar transgresión no pasó inadvertido, y fueron prohibidas una y otra vez por la Inquisición. En lo adelante, como se sabe, estas muestras habrían de ser descritas por numerosos viajeros. En sus observaciones casi todos coincidirían en varios puntos: la importancia de la percusión, la variedad de tambores, la complejidad de los ritmos, la agresividad sexual de los bailes, el carácter antifonal de los cantos y la naturaleza pública y colectiva de dichas expresiones.

Considerando que tales observaciones se han mantenido a través del tiempo como constantes, podemos aceptarlas en calidad de definición siempre y cuando adoptemos la mirada del viajero, es decir, la mirada de *allá*. Si nos colocáramos *acá*, nos interesaría más comentar la raíz ritual y el poder de conjurar violencia social que tiene la música popular afro-caribeña. A propósito de esto, me

gustaría citar una vez más a Fernando Ortiz, concretamente algunas líneas de su discurso titulado «La solidaridad patriótica», pronunciado en 1911 en la distribución de premios a los estudiantes de las escuelas públicas de La Habana.¹

Después de ofrecer en dicho discurso una serie de ejemplos didácticos que mostraban las ventajas de vivir dentro de una sociedad cohesionada, Ortiz defiende la idea de «una fusión de todas las razas» al tiempo que advierte que la división racial, causada históricamente por la plantación esclavista, «es motivo de honda y de fuerte desintegración de las fuerzas sociales que deben integrar nuestra patria y nuestra nacionalidad» (pág. 120).²

Claro, no soy el primero en reparar en estas palabras de Ortiz. Y precisamente porque mis comentarios poco añadirían a los ya hechos, dirijo mi atención a otra parte de su discurso, la cual ha pasado injustamente inadvertida. Digo esto porque la abierta discriminación del negro que lamenta Ortiz al principio de su charla, encuentra una singular vía de solución más adelante, y tal remedio es la enseñanza de la música, en particular el cultivo de la música popular. ¿Por qué? Porque ésta proveía un espacio sociocultural que, al ser compartido por todo el pueblo, contribuía a disminuir las tensiones raciales y, por ende, ofrecía un camino para alcanzar un nivel más alto de consolidación nacional. Su discurso termina con el siguiente párrafo, lleno de resonancias proféticas:

Porque ella [la música popular] es algo más que la voz del arte, es la voz de todo un pueblo, el alma común de las generaciones. Fortifiquemos, pues, la enseñanza de las emociones musicales y de las músicas de los pueblos, que dondequiera que canten los pueblos, cantarán las patrias, y dondequiera que las patrias canten, sus cánticos y sus voces nos hablarán de grandezas, de fraternidad, de progreso, de trabajo y amor (pág. 124).

Si algunos de los estudiantes de música presentes en el acto hicieron suyas las palabras de Ortiz, jamás se llegará a saber. Lo cierto es que diez años después, Cuba había de experimentar una verdadera revolución musical que, iniciándose con la popularización del son, continuaría con la de la rumba y la conga, el bolero, el mambo, el chachachá y otros ritmos. Esta época de auge musical, donde proliferaron orquestas y conjuntos, intérpretes y grabaciones,

¹ FERNANDO ORTIZ, *Entre cubanos*, 2ª ed. (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1987), págs. 114-126.

² En esa fecha las tensiones raciales eran tremendas. En 1910 había sido aprobada la llamada Ley Morúa, que prohibía la organización de partidos políticos sobre la base de una sola raza o color. Este precepto hacía ilegal el Partido Independiente de Color (PIC), fundado en 1908 por Evaristo Estenoz y otros líderes negros. El objetivo fundamental del PIC era proteger los derechos de la población negra. A pesar de representar ésta la tercera parte de la población total, su representación en los sectores de la política, las fuerzas armadas, el sistema judicial, el servicio civil y la educación era escasísima. Al no aceptar el PIC lo dispuesto por la Ley Morúa, el Ejército y bandas racistas iniciaron una brutal campaña represiva en el verano de 1912 –llamada Guerra de las Razas– en la que murieron millares de negros.

comparsas y cabarets, marcaría en lo adelante la idiosincracia del cubano. Hay que concluir que, desde entonces acá, la expresión cultural que mejor define lo Cubano es la música y el baile. No es casual que en el cine de los años treinta y cuarenta abunden versiones holywoodenses de congas de salón, ni que Marlon Brando baile un mambo a la Pérez Prado en *Gys and Dolls*, ni que Nat King Cole se haya atrevido a grabar el chachachá *El bodeguero* en español, ni que los intérpretes de jazz gusten de incluir en sus improvisaciones las once primeras notas de *El manisero* («Si te quieres por el pico divertir»). Para muchos extranjeros lo Cubano es sobre todo música, baile, tambor, ritmo. Por supuesto que se trata de un estereotipo. Pero soy de los que piensan que todo estereotipo tiene su razón de ser. Además, no hay que olvidar que entre los cubanos mismos, cuando alguien se muere, se dice «cantó *El manisero*», y cuando una persona no sirve para nada, se dice de ella que «ni canta, ni baila ni come fruta». Entre los cubanos –en realidad entre todos los caribeños, sólo que aquí me limitaré a analizar lo ocurrido en Cuba– el no saber bailar, o cantar, o no poder llevar el ritmo con los pies, es un defecto tan censurado como la cicatería y el mal aliento.

El folklore local da cuenta de un rumbero de fama, Papá Montero, a quien se le vio bailar después de muerto –suceso al cual tal vez se deba la guaracha titulada *El muerto se fue de rumba*. Así, que un muerto baile antes de ser enterrado, cae dentro del reino cubano de lo posible. Después de todo, en el espiritismo criollo es común que las presencias del más allá se manifiesten a través del baile, lo cual, bien mirado, no tiene nada de extraño si se tiene en cuenta que las deidades de la santería –Eleguá, Ochún, Changó, Yemayá, Ogún, Oyá, Babalú Ayé– también desciendan a la tierra bailando sus ritmos preferidos.

Habría que aclarar, sin embargo, que no toda la música cubana ha disfrutado del mismo grado de popularidad. Hay todo un folklore campesino traído de España que apenas es conocido fuera de la isla. Inevitablemente surge la pregunta: ¿Por qué ese folklore –llamado «guajiro» en Cuba– no captó el interés del mundo? No encuentro mejor respuesta que la que da Alejo Carpentier.³

El guajiro ciñe su invención poética a un patrón melódico tradicional, que hunde sus raíces en el romance hispánico, traído a la isla por los primeros colonizadores. Cuando el guajiro cubano canta, observa un tipo de melodía heredado, con la mayor fidelidad posible [...] Muy poeta, el guajiro cubano no es músico. No crea melodías. En toda la isla, canta sus décimas sobre diez o doce patrones fijos, muy semejantes unos a otros, cuyas fuentes primeras pueden hallarse en cualquier romancero tradicional de Extremadura (págs. 302-304).

Si *La Guantanamera* fue alguna vez popular en Cuba, lo fue porque su vieja tonada ofrecía sostén a las voces de Joseíto Fernández y la Calandria, quienes

³ ALEJO CARPENTIER, *La música en Cuba* (México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1946). Cito por la edición de 1979.

diariamente, desde los legendarios micrófonos de la CMQ, dramatizaban y cantaban en estrofas rimadas los sucesos más trágicos ocurridos el día anterior. La gente escuchaba *La Guantanamera* no para bailarla, sino para enterarse de los detalles que rodeaban un suicidio, un asesinato espeluznante, un accidente fatal, un duelo a machete o a la navaja o un robo espectacular. «En la música mestiza y negra, en cambio, si el interés de las letras suele ser muy escaso –concluye Carpentier–, la materia sonora es de una riqueza increíble. Por ello se regresa siempre, tarde o temprano, a uno de sus géneros o ritmos, cuando se pretende hacer obra de expresión nacional» (pág. 304).

En resumen, la música que ayudó a construir la nacionalidad cubana moderna, tal como ésta se expresa hoy, fue la negra y la mulata, es decir, música obviamente africanizada en mayor o menor grado.

A BAILAR EL SON

Debe quedar claro que la Cuba moderna no nació el 20 de mayo de 1902, cuando la bandera intervencionista de los Estados Unidos fue arriada en los edificios oficiales. El siglo xx cubano comenzó dos décadas después, cuando la música del son, recorriendo la isla de oriente a occidente, tomó La Habana por asalto, enlazando a toda Cuba a través de las bocinas de las victrolas y de los primeros aparatos de radio. Habría que concluir que sin los adelantos tecnológicos que sobrevinieron después de la Primera Guerra Mundial, en particular aquéllos que generaron las industrias de la radio, de las grabaciones y del cine, el son no hubiera conquistado La Habana con la rapidez y la profundidad que lo hizo. Fue la modernidad, por paradójico que esto parezca, lo que contribuyó a la rápida popularización del son y otros ritmos africanizados. Piénsese que la victrola y la radio hicieron posible que las composiciones, voces y ritmos de los negros se escucharan y se bailaran en los hogares de los blancos. Algo semejante ocurrió con el cine, pues era costumbre que las salas de cine presentaran las películas mudas con música viva, y más tarde, al llegar el cine hablado, con un show de variedades musicales. Gracias a su música y a los nuevos adelantos, el negro encontró un espacio de convivencia junto al blanco; un espacio donde en lugar de marginársele, se le reconocía y se le aplaudía, se le buscaba y pagaba para tocar en las fiestas privadas, teatros, salones de baile y cabarets; más aún, se le contrataba como artista para que fuera a grabar a París o a Nueva York. Al recordar el súbito impacto del son, dice Ortiz: «Los primeros sones en La Habana significaron un despertar nacionalista y democrático, en la música y en los instrumentos. Fue una conquista, una reivindicación del arte popular.»⁴

Claro que no voy a explicar qué cosa es el son. Hay ciertas músicas que por entrañables son indefinibles. El son es una de ellas; las raíces de su árbol genealógico son tan largas y enmarañadas que no vale la pena seguir las a tra-

⁴ FERNANDO ORTIZ, *Los instrumentos de la música afrocubana*, vol. 4 (La Habana: Ministerio de Educación, 1954), pág. 443.

vés de los mares y caminos del mundo. Como dice Natalio Galán, «Un breve motivo rítmico obsesionante... encierra un misterio de siglos.»⁵ Así las cosas, hablemos sólo de sus logros, pues fue la música del son, la música mulata del son, la música polirrítmica del son (cada instrumento siguiendo una línea rítmica independiente), la música cantada y coreada del son, y sobre todo su flexible estructura que permitía a los bailadores moverse, contonearse, girar, alejarse y estrecharse por tiempo indefinido, lo que empezó a construir la nueva cultura nacional, la cultura blanquinegra.

No obstante, habría que agregar que tal conquista, si bien efectiva e irreversible, había sido el resultado de una larga contienda sociocultural. Los prejuicios contra todo aquello que sonara a «música de color» siempre habían sido enormes. Basta recordar que en 1884 se prohibió definitivamente la fiesta afrocubana del Día de Reyes; que en 1900, bajo el gobierno de ocupación de los Estados Unidos, la alcaldía de La Habana prohibió «el uso de tambores de origen africano en toda clase de reuniones, ya se celebren éstas en la vía pública como en el interior de los edificios»; que en 1903 quedó prohibida la sociedad Abakuá, con lo cual quedaron reducidos a la clandestinidad sus planteles, tambores y diablitos; que en 1913, al infiltrar las comparsas de negros los desfiles de carnaval, aquéllas habían sido suprimidas; que en 1922 una resolución del Secretario de Gobernación prohibía las fiestas y bailes ceremoniales de las creencias afrocubanas en toda la isla, «especialmente el llamado ‘Bembé’, y cualesquiera otras ceremonias que, pugnando con la cultura y la civilización de un pueblo, están señaladas como símbolo de barbarie y perturbadoras del orden social.»⁶

El son mismo había sido objeto de discriminación, oponiéndosele la música del jazz-band –sobre todo el fox-trot– como bailes más apropiados para los blancos. Es revelador el título de una pieza para piano de 1924: *Mi mamá no quiere que yo baile el son*.

¿Por qué este honor le correspondió al son y no a los géneros de la conga, la rumba o el danzón? Porque la conga es música colectiva, música callejera, música de carnaval, de alegrías populares e incluso de campañas políticas –la chambelona. El paso básico de la conga no es sólo un paso de baile; es el llamado «arrollao», paso de baile y de marcha a la vez. La conga verdadera requiere centenares de participantes, incluyendo gentes en las aceras, azoteas, portales, ventanas y balcones. Su carácter desaforado, como vimos, la hizo fácil víctima de prohibiciones municipales. Aun en su variedad de salón –los bailadores tomados por la cintura serpenteando por entre las mesas del cabaret o a través de las escaleras y aposentos de una casa– la conga es multitudinaria, irrevocable, excluyente; por lo general sólo se toca para terminar una fiesta. ¿Y la rumba? Porque es todo lo contrario: baile de rueda cerrado, de

⁵ NATALIO GALÁN, *Cuba y sus sonos* (Valencia: Soler, S. A., 1983), pág. 12.

⁶ Citado por CRISTÓBAL DÍAZ AYALA en su informativa *Música cubana: del Aveïto a la Nueva Trova* (Miami: Ediciones Universal, 1993), pág. 85.

estricta percusión y canto desnudo; baile erótico, pantomímico o acrobático, pero siempre baile de virtuosos –una conversación íntima entre una pareja, o un hombre solo, y el repiqueteo del quinto. Además, todos los tipos de rumba pueden clasificarse como esencialmente negros, y lo que se precisaba para ganar el interés de un público racialmente dividido era un género mulato. ¿El danzón? Demasiado almidonado, demasiado piano, violín y flauta; en resumen demasiado chapado a la antigua, demasiado 1870, años en que se inició su ascensión. El son, sin embargo, si bien ya existente como todos estos géneros, marcaba el ritmo que reclamaban los tiempos. Su popularización hizo que transformara otros géneros (el danzón, la guajira, el bolero, la guaracha); fue el predecesor del mambo y del chachachá; fue la sustancia de la salsa y el material del Latin Jazz. Más aún, al contribuir al acercamiento de negros y blancos, preparó el camino para que una multitud de componentes culturales fuertemente africanizados –los complejos ámbitos del abakuá, la santería, el palo monte– avanzaran lenta pero sostenidamente hacia los primeros planos de la cultura nacional.

Un minuto de música para recordar a los grandes soneros de los años 20: el Trío Matamoros («Mamá yo quiero saber de dónde son los cantantes»), Abelardo Barroso y el Sexteto Habanero («A la loma de Belén, de Belén nos vamos»), Ignacio Piñero y el Sexteto Nacional («Salí de fiesta una noche aventurera» –tema, por cierto, tomado por Gershwin para su lamentable *Cuban Overture*).

LO AFROCUBANO SE HACE CUBANO

Súbitamente, la joven intelligentsia cubana que se definía como blanca empezó a mirar a los negros de una nueva manera. Esta manera no es fácil de explicar hoy, setenta años después. A juzgar por los textos de la época, yo diría que, además de las positivas consecuencias que tuvo la popularización del son, influyeron en esta nueva mirada un conjunto de razones: el importante rol desempeñado por los negros en la Guerra de 1895, la búsqueda de una forma más democrática de nacionalismo, curiosidad antropológica, preocupación sociológica, el auge de lo Africano en el mundo, e incluso un soplo de utopismo político y social inspirado por la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa, todo lo cual demandaba un cambio en la representación etnológica de lo Cubano; esto es, los jóvenes intelectuales comenzaron a comprender que la cultura del país era «blanquinegra» (adjetivo de Ortiz), y que lo que hasta entonces se tenía por «cosas de negros», por cultura bárbara propia del «hampa afrocubana», era tan auténticamente criollo como la Virgen de la Caridad del Cobre. De este error de apreciación –inspirado la mayoría de las veces por el racismo, otras por desconocimiento, y casi siempre por ambos motivos– no se había salvado ni el propio Ortiz. Sólo que su fino instinto social lo había hecho transitar de las prejuiciadas observaciones criminológicas de *Los negros brujos* (1906) hasta las compasivas páginas de *Los negros esclavos* (1916), iniciando la década de 1920 con las primeras investigaciones serias sobre la historia y el folklore de los negros cubanos –*Los cabildos afrocubanos* (1921), *Glosario de afronegrismos* (1924), *La fiesta afrocubana del «Día de Reyes»*

(1925). Así, después de cuatro siglos de esclavitud y veinte años de violencia republicana, el negro –casi la tercera parte de la población total– se revelaba como repositorio de una zona inexplorada de lo Cubano. Fue esta inquietud, sociológica y artística a la vez, la que impulsó a compositores como Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla a llevar los ritmos de la música negra y mulata a las orquestas sinfónicas.

Entre las obras de Roldán, merecen destacarse su *Obertura sobre temas cubanos* (1925), que incluyó por primera vez instrumentos afrocubanos en una partitura de música sinfónica; le siguen los *Tres pequeños poemas* (1926), que habrían de ser interpretados por la Orquesta Sinfónica de Cleveland; dos años después, compone *A Changó*, y sobre todo *La rebambaramba*, ballet sobre un asunto de Carpentier, que basándose en una pintura del siglo XIX sobre la fiesta del Día de Reyes, presenta el desfile sucesivo de tres comparsas, una lucumí (yoruba), otra que interpreta la pantomima de la Culebra (bantú) y otra de diablitos ñáñigos (efik). Al interés de Roldán en la música negra y mulata siguió inmediatamente el de García Caturla. Entre sus primeras composiciones para orquesta figuran un *Son en do menor*, *Tres danzas cubanas* y una excelente *Rumba*, todas de 1927. En 1929, mientras Roldán estrena en La Habana el ballet *El milagro de Anaquillé*, García Caturla estrena en París *Bembé* –para maderas, metales, piano y percusión– y sus *Dos poemas afrocubanos*. La pasión por integrar el mundo del negro a la cultura nacional también había llegado a los escenarios del teatro lírico. En 1921 José Mauri, un precursor, estrenaba en La Habana su ópera *La esclava*, cuya música, apoyándose en lo popular, incluía géneros como la habanera, la criolla, el danzón, la rumba, e incluso un leit motiv afrocubano. En 1927 se inicia el teatro musical cubano con *La niña Rita o La Habana de 1830*, zarzuela de Ernesto Lecuona y Eliseo Grenet, donde Rita Montaner hace furor al cantar, de éste último, el tango congo *Mama Inés*. Un año después, cuando la cantante partía para grabar en Nueva York, Moisés Simons le entrega la música de un son pregón de ritmo pegajoso; se trataba de *El manisero*, que lanzado y grabado en el Nueva York de 1930 por Don Azpiazu y su Orquesta Havana Casino, habría de ser uno de los mayores éxitos internacionales de la música popular cubana.⁷

A finales de la década de 1920 se produce un hecho de extraordinaria significación cultural: la corriente afrocubana desborda el cauce de la música e invade los dominios de la literatura y el arte. Los primeros poemas negristas escritos por cubanos aparecen en 1928: «La rumba», de José Z. Tallet, y «Bailadora de rumba», de Ramón Guirao. La influyente *Revista de Avance* publica «Elegía de

⁷ A pesar de las influencias previas de la música cubana en la norteamericana –en particular el impacto de la habanera–, fue la Orquesta Havana Casino de Don Azpiazu la que abrió la llamada Época de la Rumba en los Estados Unidos. Los tres primeros números de su presentación en el Palace Theater de Nueva York, el 26 de abril de 1930, fueron *Mama Inés*, una auténtica rumba bailada y *El manisero*. Su éxito fue inmediato y rotundo. John Storm Roberts, *The Latin Tinge: The Impact of Latin American Music in the United States* (New York, Oxford: Oxford University Press, 1979), pág. 76.

María Belén Chacón», de Emilio Ballagas, y *Liturgia*, de Alejo Carpentier. Acompañando a la nueva poesía, suelen aparecer las ilustraciones de tema negrista, entre otras, los dibujos firmados por Jaime Valls y Antonio Gattorno. Pero la poesía negrista no adquiere verdadera fuerza hasta abril de 1930, fecha en que Nicolás Guillén publica los ocho poemas de *Motivos de son*: «Negro bembón», «Mi chiquita», «Búcate plata», «Sigue», «Ayé me dijeron negro», «Tú no sabe inglés», «Si tú supiera» y «Mulata». De entrada los poemas de Guillén diferían de los compuestos por Tallet, Ballagas, Guirao y Carpentier –todos ellos blancos–, que habían mirado al negro desde afuera. Es con Guillén que el negro entra en las letras nacionales hablando de sí mismo, de sus sueños, de su sexualidad, de su situación marginal; más aún, es con Guillén que la manera de hablar del negro, sin que esto suponga crítica o burla, se instala en la poesía cubana.

La conexión del son (su ritmo, sus instrumentos, sus temas, su lenguaje callejero) con los poemas de Guillén es incuestionable:

La influencia más señalada en *Los motivos* (al menos para mí) –dice Guillén en una entrevista– es la del Sexteto Habanero y el Trío Matamoros. Recuerde que luego fueron personajes de mis poemas la Mujer de Antonio y Papá Montero [...] Yo creo que ellos hicieron volver los ojos de la crítica oficial hacia un fenómeno no considerado hasta entonces importante, o mejor dicho, existente; *el papel del negro en la cultura nacional*.⁸

Los poemas de Guillén habrían de ser llevados tanto a la música popular como a la sinfónica en el plazo de unos pocos años. Rita Montaner lanzó *Negro Bembón y Quirino con su tres*, e Ignacio Villa (Bola de Nieve), *Tú no sabe inglés, Mi chiquita y Mulata*; Eliseo Grenet le pondría música a *Sóngoro cosongo*. Por su parte, Amadeo Roldán compuso *Curujey* (1931), para coro, dos pianos y percusión, y una suite (también titulada *Motivos de son*) para voz y once instrumentos, y García Caturla, *Bito Manué* (1930), para voz y piano, así como *Sabás* (1931), *Mulata* (1933) y *Yambambó* (1933). En una carta dirigida a Guillén, dice García Caturla:

[U]sted no me necesita y yo lo necesito a usted, ya que en nuestra patria abundan tan poco los poetas incorporados al *afrocubanismo*: que tanto en música como en arte nuestro en general, lo considero y seguiré considerando como la parte más poderosa y rica de las fuentes de producción.⁹

El mismo punto de vista parecen sostener los compositores que trabajaban para el nuevo teatro musical. Si bien sus zarzuelas se inspiraron en los diversos géneros de la música popular, las obras que alcanzaron mayor éxito fueron

⁸ NANCY MOREJÓN, ed., *Recopilación de textos sobre Nicolás Guillén* (La Habana: Casa de las Américas, 1974) págs. 41-42.

⁹ *Ibid.*, pág. 322.

aquéllas en las que predominaban tanto los ritmos de la música negra y mulata como los asuntos y personajes que se referían a la problemática racial del país. En 1928, siguiendo el éxito de *Niña Rita*, Lecuona estrena *El cafetal*, para muchos su mejor zarzuela. A continuación vienen, también de Lecuona, *María la O* (1930), que disfrutó de gran popularidad, y *Rosa la China* (1932); de Gonzalo Roig, su famosa *Cecilia Valdés* (1932), basada en la novela de Cirilo Villaverde; de Rodrigo Prats, *María Belén Chacón* (1934) y *Amalia Batista* (1936).

En la esfera del arte, la corriente nacionalista que inicia Víctor Manuel a finales de la década de 1920, incluye también la imagen del negro, por ejemplo, *La negrita*, *Frutas tropicales*, y hasta cierto punto su famosa *Gitana tropical*, de 1929, que muestra a una madona de raza mezclada que habría de repetirse una y otra vez en su obra. Mucho más adelante, en 1940, habría de pintar *Carnaval*, su cuadro más comprometido con lo afrocubano, donde bajo un cielo nocturno unos bailarines negros observan las contorsiones de un diablito ñáñigo. Pero en los años 20 el pintor que más obsesivamente se acerca al negrismo es Eduardo Abela, que entre 1926 y 1928, en París, pinta *La comparsa*, *La casa de María la O*, *Los funerales de Papá Montero*, y sobre todo, *El triunfo de la rumba* y *El gallo místico*, quizá sus mejores obras de tema afrocubano. En este último cuadro Abela introduce el tema del sacrificio ceremonial, uniendo el vigor de lo primitivo con el misterio de lo extático. Por otra parte, el escultor Teodoro Ramos Blanco se da a conocer mundialmente en la Feria de Sevilla (1929), donde gana medalla de oro. Sus estatuas, bustos y tallas en madera, referidas siempre a gentes de su raza (Antonio Maceo, Mariana Grajales, Alexandre Pétion, Langston Hughes), se caracterizan por acentuar los rasgos negroides de sus modelos, lo cual habla de su orgullo racial.

En 1931 Guillén publica un segundo libro, *Sóngoro cosongo*, y tres años más tarde aparece *West Indies, Ltd.*, con cuyo poema central desborda el ámbito insular y se conecta con la problemática socioeconómica del Caribe. Si bien con estos libros Guillén cierra su época negrista, el movimiento se prolonga en Cuba hasta los finales de la década de 1930. En 1934, cuando Ballagas publica su excelente *Cuaderno de poesía negra*, ya se han sumado al negrismo otros poetas negros. Finalmente, en 1938 Guirao publica su *Órbita de la poesía afro-cubana: 1928-1937*, cerrando con este libro la época de auge de este movimiento poético en Cuba.

No obstante, la producción de esos años no fue olvidada. Recitadores como Eusebia Cosme y Luis Carbonell, y cantantes como Bola de Nieve, contribuyeron a mantenerla viva a través de continuos recitales y grabaciones. Puede asegurarse que entre todos los tipos de poesía que se han cultivado en Cuba, la poesía negrista o afrocubana ha sido la que ha alcanzado mayor popularidad y la que ha dado que hablar más a la crítica. Pero, sobre todo, la feliz confluencia del son y la rumba, de la música de Roldán y de García Caturla, de las zarzuelas de Lecuona y de Roig, de los dibujos de Gattorno y de Valls, de las obras de Abela y de Ramos Blanco, y de la poesía de Guillén y de Ballagas, hizo que el ritmo, la imagen, la cultura y el lenguaje del negro comenzaran a ser aceptados como partes integrantes de la Cubanidad.

En 1934, al presentar a Eusebia Cosme en un recital auspiciado por la más exclusiva institución femenina de La Habana, dice Ortiz:

Hasta estos tiempos que corren, un acto como éste habría sido imposible: una mulata sandunguera ante una sociedad cultísima y femenina, recitando con arte versos mulatos que dicen las cosas que pasan y emocionan en las capas amalgamadas de la sociedad cubana. Hasta hace pocos años, ni los mulatos tenían aún versos suyos, a pesar de la genialidad con que habían ya creado poesía blanca; ni los blancos creían que aquí pudiera haber otras formas literarias interpretativas [...] que aquellas formas creadas y consagradas por ellos mismos [...] Esta actitud ha cambiado ya, al menos en la parte más ampliamente comprensiva de la mentalidad criolla.¹⁰

Pero el negrismo literario no se limitó a la poesía; están los cuentos de Lino Novás Calvo, Rómulo Lachatañeré y Lydia Cabrera, entre otros; también la novela *¡Ecue-Yamba-O!* (1933), en la que Carpentier intentó documentar antropológicamente la trágica vida de Menegildo Cué, un personaje ñáñigo. El mérito de estos narradores consiste en haber iniciado una temática donde los personajes negros, abandonando los contextos históricos de la novela antiesclavista, se instalan en el presente —como los de Guillén— y nos hablan de sí mismos desde su propia cultura. En 1932, por ejemplo, Novás Calvo publica en la *Revista de Occidente* su cuento «La luna de los ñáñigos», cuyo asunto transcurre en un solar de La Habana bajo un clima de divisiones raciales, realismo mágico y rituales afrocubanos. Lachatañeré, en su *¡Oh, mío Yemayá!* (1938), reescribe veintiún patakíes o leyendas yorubas, utilizadas en los rituales adivinatorios de la santería, transformándolas en textos literarios. Lydia Cabrera, por su parte, luego de beber en el folklore oral, da comienzo a su prolífica carrera de escritora y de investigadora con sus *Cuentos negros de Cuba*, publicados en París en 1936. La edición en español de este extraordinario libro aparece en 1940, un año auspicioso para Cuba, pues es el año de puesta en vigor de una nueva Constitución. Entre las mejoras sociales y políticas que ésta establecía, figuraban la prohibición de la discriminación racial y la libertad de cultos. No hay duda de que las demandas de la población de color, la cual había participado en el proceso constitucional, contribuyeron a estas libertades. Pero también contribuyó la popularización de la cultura afrocubana.

La década de 1940 puede verse en Cuba como un período de consolidación nacional. Es cierto que, a pesar de la nueva Constitución, el negro continuó siendo víctima de la segregación racial, pero no en la esfera pública, no en la manera abierta y generalizada de los años anteriores. Los tiempos habían

¹⁰ FERNANDO ORTIZ, «La poesía mulata: Presentación de Eusebia Cosme, la recitadora», *Revista Bimestre Cubana* (sept.-dic., 1934), pág. 205. Citado por Jorge Castellanos e Isabel Castellanos, *Cultura Afrocubana*, vol. 4 (Miami: Ediciones Universal, 1994), pág. 187. Esta obra, por su utilidad y buen sentido, resulta de gran valor para el estudio de la cultura afrocubana.

cambiado, y ya muchos apreciaban el rol cultural del negro en la integración de la nación.

Los primeros años de la década le pertenecen a la pintura. Una segunda generación de artistas, unida a la anterior, dará forma y color a lo que hoy podría llamarse la época dorada de la pintura cubana. Wifredo Lam, huyendo de la ocupación alemana de Francia, regresa a Cuba en 1941. Allí traba una estrecha amistad con Lydia Cabrera y Alejo Carpentier, y retoma sus viejas raíces culturales dándole a su temática un giro decisivamente afrocubano. Sus pinturas de 1942 y 1943, expuestas en Nueva York un año después, incluyen además de su famosa *Jungla*, *La Sombre Malembo*, *Anamu*, *Eggue Orissa*, *L'Herbe des Dieux*, *Mofumbe*, y *L'Enchanteur*, entre otras. Refiriéndose a su trabajo de esos años, dice Lam:

Quería pintar el drama del alma negra, la belleza del arte plástico del negro. De esta manera yo podía actuar como el Caballo de Troya, dejando salir de sus entrañas figuras alucinantes con el poder de sorprender, de enturbiar los sueños de los explotadores. Sabía que corría el riesgo de no ser comprendido [...] Pero la pintura verdadera tiene el poder de poner la imaginación a trabajar aunque ello requiera tiempo.¹¹

En los cuarenta, sus años más creativos, Lam pintó altares de santería, orichas, diablitos, chicherekúes, cuartos fambá, carnavales negros y otras *Junglas*; tomó del cubismo, del surrealismo, de África, de la santería, de las teorías de Jung y de la naturaleza cubana, para conformar un arte donde la vigorosa presencia del mito legitimaba la idea política y social. Además, durante los diez años que vivió en La Habana, contribuyó a mantener vivo el arte afrocubano participando en exposiciones locales, fundando asociaciones profesionales, ilustrando libros y revistas. De ese período son *Cortadores de caña* y *Danza afrocubana*, de Mario Carreño; *Músicos*, y toda una serie de *cuartos fambá*, de Luis Martínez Pedro; *El árbol de caoba en el jardín*, de Carlos Enríquez, la serie *Brujos* de René Portocarrero, así como la obra afrocubana de Roberto Diago.

En el período se publican dos obras de gran importancia: el *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* de Ortiz y *La música en Cuba* de Carpentier. En el primero, Ortiz introduce su novedoso concepto de «transculturación», mediante el cual explica la formación de la cultura cubana como el aporte de gentes desarraigadas, principalmente europeos y africanos, que a través de un complejo proceso pierden y adquieren componentes culturales. En el segundo, Carpentier ofrece una fascinante historia de la música cubana, documentando la relevancia de las influencias africanas, particularmente en lo que toca a su naturaleza polirrítmica.

Hacia finales de la década la música popular entra en un período de renovación. Los hermanos Orestes e Israel López (Cachao), ambos compositores y

¹¹ MAX-POL FOUCHET, *Wifredo Lam* (París: Cercel d'art, 1989), págs. 188-189. Mi traducción.

arreglistas de la orquesta de Antonio Arcaño, transforman el danzón añadiéndole una nueva parte sincopada a la que llaman «mambo». Poco después, Dámaso Pérez Prado usa el mismo término para denominar una serie de ritmos sincopados que, basados en la experiencia de los músicos de Arcaño, estaban concebidos con la idea de ser tocados por una gran orquesta de jazz-band con cantantes y una sección de percusión cubana. Ya por entonces otros ritmos afrocubanos habían entrado en los Estados Unidos. Varios cubanos, entre ellos Machito (Frank Grillo), fundan sus bandas en New York y en Los Ángeles. La banda de Stan Kenton graba *El manisero* en 1947, y en ese mismo año comienza la colaboración del percusionista Chano Pozo con Dizzy Gillespie, de la cual resultan las legendarias grabaciones de *Manteca*, *Tin Tin Deo*, *Cubana Be*, *Cubana Bop* y otros números. Machito toca con Stan Kenton, Charlie Parker, Dexter Gordon, Stan Getz, Zoot Sims, Johnny Griffin, Lee Konitz, Howard McGhee y otras figuras del jazz, contribuyendo decisivamente a la creación de lo que hoy llamamos Latin Jazz.¹²

Por otra parte, en Cuba, las regulaciones que prohibían los rituales afrocubanos ya han quedado sin efecto, y en los días en que se celebran las fiestas de la santería el batir de los tambores sagrados se escucha por todo el país. Solamente en La Habana se expiden dos mil permisos para celebrar el 7 de septiembre el bembé de la Caridad del Cobre-Ochún.

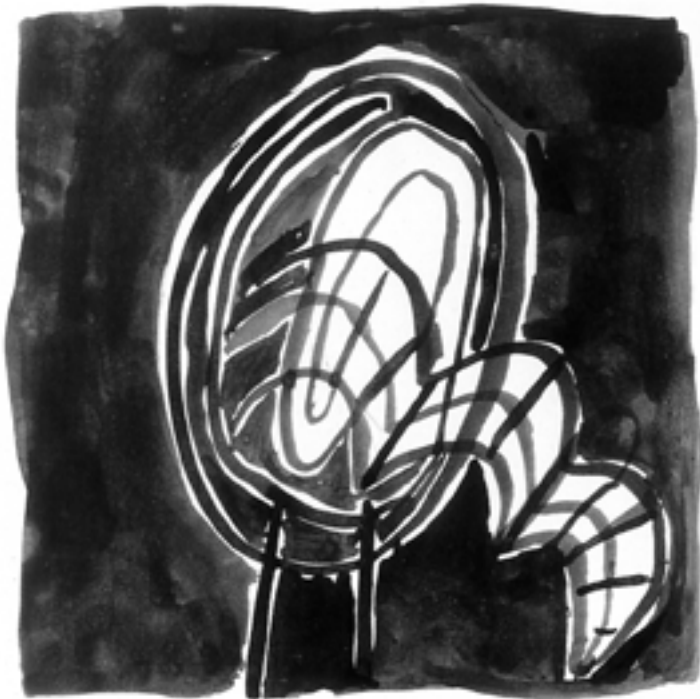
También ya se permite a las comparsas que participen en el carnaval, y aún me parece ver las farolas y banderas del Alacrán, los negros vestidos de blanco, con pañuelos rojos al cuello y sombreros de yarey, machete en mano, marchando por el Paseo del Prado al compás de la estruendosa música de la conga mientras simulan cortar caña, blandiendo el machete arriba y abajo, cantando su canto sobrio y orgulloso, «Oye cubano no te asustes cuando veas, al alacrán tumbando caña, son cosas de mi país, hermano»; o bien a los Dandies del barrio de Belén, vestidos de frac blanco, con chistera y con bastón, las negras con suntuosos trajes de tul rosado, de sombrero y abanico, cantando su conga inolvidable, «Siento un bombo mamita me está llamando, siento un bombo mamita me está llamando, sí, sí, son los Dandies», y por allá vienen las Jardineras, con sus cestos al brazo y regando flores, y los Marqueses del barrio de Atarés, los hombres con casaca y tricornio, las mujeres con pelucas a la Pompadour, concluyendo sus rápidos giros con una aparatosa reverencia, y más allá, cerrando el desfile, la comparsa de las Bolleras con el canto más pegajoso del carnaval, el canto que mejor representa la profecía de Ortiz, el canto que llama a las nuevas generaciones a concurrir al carnaval blanquingro de la nación, «Adiós mamá, adiós papá, que yo me voy... con las Bolleras».

¹² Ver JOHN STORM ROBERTS, *The Latin Tinge*, y Cristóbal Díaz Ayala, *Música cubana*.

Derrocamiento

JOSÉ KOZER

El tirano hace emitir billetes de un peso con su efigie. Peso devaluado. La gente lo usa para limpiarse el culo. Cambia la denominación, ahora hace emitir billetes de cien, el tirano de cuerpo entero, la mano en visera. Peso de nuevo devaluado. La gente, acucillada, se limpia el culo con toda la estatura del tirano. Lo mismo sucede luego con los billetes de quinientos, de mil. Por último, el tirano manda a grabar la efeméride eterna de su rostro en una moneda de oro, la única del país. Cuelga de su pecho, la exhibe al ardor de las masas, se la ve oscilar como un péndulo cuando habla y gesticula. Gestos fotografia-dos, hieráticos, palabras que llenan las cuatro páginas del periódico oficial del día siguiente. La gente se limpia ahora los fondillos con las palabras y los gestos del dictador. Éste, enfurecido, muere: la abstracción lo mató. Aquello que habita tras los gestos, tras las palabras, lo mató. Habría que añadir que todo el oro del mundo no puede nada contra las oscilaciones de un péndulo, mucho menos contra el rostro inerte de la abstracción.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)

La crisis invisible: la política cubana en la década de los noventa

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN SEÑALÓ EL NACIMIENTO de un mundo nuevo: las sociedades que habían cifrado sus esperanzas en la construcción del socialismo como alternativa a la economía de mercado y a la democracia liberal estaban en ruinas. Pero el viejo orden no sólo fue arrasado en Europa del Este. Desde finales de los setenta los países latinoamericanos comenzaron, de manera gradual, a elegir sus presidentes, mientras que los generales mayormente regresaban a los cuarteles, y en el campo de la economía el estado le cedió mucho terreno al mercado. En los ochenta, los ciudadanos de los estados capitalistas de Asia disuadieron a sus gobiernos autoritarios de la idea de que el progreso económico y el orden social resultaban suficientes. Aun cuando no llegaron a conformar una economía capitalista, los partidos comunistas de China y Vietnam llevaron a cabo reformas de largo alcance que socavaron de manera decisiva la economía socialista. Cuba ha desafiado durante largo tiempo estos aires de cambio irresistibles para el resto del mundo, y contra todo pronóstico, el gobierno de Fidel Castro no ha caído.

Cuba, sin embargo, se encuentra inmersa en una crisis política que es invisible, latente, por cuanto el ciudadano medio aún no ha desafiado de forma amenazante al gobierno. Aunque resulta menos evidente, esta crisis política no es menos real que la económica. Desde 1959 los líderes cubanos se han apoyado en la figura de Fidel Castro, en la política unipartidista y en las movilizaciones de masas para dirigir el país. Tras el fin de la guerra fría han continuado comportándose casi de la misma manera que en el pasado, proclamándose como los únicos defensores de la soberanía nacional y la justicia social. Ya sea por convicción, miedo o impotencia, el pueblo cubano ha aceptado esta autorreafirmación de la dirigencia. El hecho de que, en

Marifeli Pérez - Stable

circunstancias notablemente desfavorables, el gobierno evitara correr la misma suerte de sus antiguos aliados en la Unión Soviética y Europa del Este a principios de los noventa, demostró una resistencia política impresionante. No obstante, el que esta resistencia dependa en tan gran medida de la presencia de Fidel Castro, del monopolio que ejerce el partido comunista, y de los rituales de las movilizaciones populares, es sintomático de la crisis política latente. A la larga, este modelo de gobierno simplemente no podrá aplicarse en Cuba; el fantasma de la mortalidad de Castro extiende su sombra sobre el gobierno cubano.

Aún así, los dirigentes cubanos se niegan a reconocer que la política sea la causa fundamental de la situación en que se encuentran, pues aceptar la naturaleza política de la crisis los encaminaría poco a poco hacia la democracia pluripartidista, y unas elecciones realmente libres supondrían la posibilidad de tener que ceder el poder a otras élites, opción ésta que Castro, en particular, no parece estar dispuesto a considerar. Por el contrario, el gobierno ha seguido su curso con un proceso que ha denominado *perfeccionamiento* del sistema político, rediseñar sus márgenes, establecidos mucho tiempo atrás. La dirigencia cubana ha intentado reconstituir su poder reforzando el control político y aplicando modestas reformas económicas. Ya a las puertas del fin de siglo, esta estrategia todavía funciona.

A diferencia de los regímenes no democráticos de América Latina y Europa del Este, Cuba aún deberá enfrentarse a las consecuencias que se deriven de una respuesta negativa a las siguientes cuestiones: ¿Pueden los actuales dirigentes continuar gobernando de la misma forma que lo han hecho hasta ahora? ¿Seguirán aceptando los gobernados ese modelo de gobierno? Durante la década de los noventa la dirigencia cubana, de hecho, se las arregló para obtener respuestas afirmativas, si bien no permanentes, a estas cruciales interrogantes. Este ensayo analiza algunos de los cambios sufridos por dos instituciones que han conformado el núcleo del proceso de *perfeccionamiento* político: el Partido Comunista de Cuba (PCC) y las asambleas del Poder Popular. A pesar de que estas organizaciones no se han destacado por impulsar el sistema político hacia un modelo de gobierno viable en una Cuba post-Castro, sí han demostrado la habilidad de la actual dirigencia para reforzar el paradigma de las políticas de movilización que fuera consolidado mucho tiempo atrás.

EL PCC DURANTE EL PERÍODO ESPECIAL

Durante la década de los noventa se reafirmó el modelo político establecido en Cuba, pero la política no pudo funcionar como lo había hecho hasta entonces. Incluso antes de que se produjera el descrédito final de los partidos comunistas y del marxismo-leninismo en la Unión Soviética y en la Europa del Este, ya Castro había apelado a los símbolos y la historia de *la patria* como fuente esencial para legitimar su ideología. Mientras los comunistas liberales, con Mijail Gorbachov al frente, trataban de renovar el socialismo aprobando la diversidad política y las reformas del mercado, el gobierno cubano se dedicaba a reafirmar los principios de unidad e igualdad. Durante esos años se

puso aún mayor énfasis en la firme determinación de los dirigentes cubanos de permanecer en el poder y renovar el sistema político exclusivamente dentro de los límites ya establecidos. Sólo el PCC como «*el partido único de la nación cubana*» y los dirigentes del momento como *mambises* contemporáneos poseían los medios para salvaguardar Cuba. Hasta el presente, la dirigencia cubana ha impedido que surja espacio alguno para llegar a un compromiso político aceptable para todos, por lo que se ha quedado en una situación muy vulnerable ante las consecuencias de lo inevitable: una Cuba sin Fidel Castro.

A mediados de la década de los noventa el gobierno cubano se sentía reforzado. Los dirigentes transmitían un mensaje claro a los miembros y cuadros del PCC: lo peor ya había pasado. Los tiempos exigían que se dispusieran a defender *la patria* y que profesaran la ideología revolucionaria. El PCC negó en repetidas ocasiones que el país estuviera atravesando una crisis política; las instituciones se encontraban «*en plena capacidad de autorreflexión y autorrenovación*». Se habían realizado algunos cambios y continuarían produciéndose otros, pero únicamente bajo el control del PCC, dentro de las características particulares de Cuba, y supervisados por Castro. Un documento publicado en agosto de 1996 afirmaba que el partido dependía más que nunca de las instituciones estatales, las organizaciones de masas y los militantes, y que ejercía mayor autoridad a nivel municipal y de empresa. En tanto que la experiencia de la Unión Soviética y de la Europa del Este había desacreditado el modelo de sistema dirigido por un partido comunista, la dirigencia cubana se empeñaba en reafirmar más que nunca los antiguos métodos ortodoxos. No obstante, la presencia de Castro impedía que el PCC funcionara a plenitud dentro de los parámetros de la política del partido de vanguardia, pues en última instancia, su voluntad tenía un peso determinante a la hora de definir las orientaciones políticas.

La resistencia a adoptar un amplio programa de reformas económicas se debía al énfasis tenaz con que el gobierno insistía en los métodos ortodoxos, únicos capaces de garantizarles el control político. Si el gobierno acometiera la empresa de una reestructuración económica como lo hicieron los partidos comunistas de China y Vietnam, los parámetros de la política cubana podrían cambiar, aunque no necesariamente a favor de una democracia. La puesta en práctica de un auténtico programa de reformas haría necesario un nuevo discurso político que atrajera a nuevos sectores de la ciudadanía y además lograra mantener a su antigua base y encauzarla en nuevas direcciones. Semejante discurso político no existía en Cuba. Por el contrario, en marzo de 1996, el vicepresidente Carlos Lage declaró, sin dejar lugar a dudas, que el proceso de reformas estaba determinado por «*criterios políticos*». Después de que la revolución de 1956 fuera aplastada, János Kádár convocó al pueblo húngaro a sellar un nuevo pacto social: echemos a un lado la política, seamos productivos, y «*comamos salchichas*.» Ya en los noventa, Deng Xiaoping hizo público un sencillo precepto: «*¡La gloria consiste en enriquecernos!*» En ambos casos, el llamado era de una trascendencia tanto política como económica. No es probable que Castro incluya en el repertorio de imágenes al que recurre para movilizar a las masas el «*comamos chorizos*» ni el «*enriquecernos*». La dinámica

política de las reformas económicas de Cuba es muy diferente de la empleada actualmente en China y Vietnam. En estos dos países, la descentralización económica ha provocado que los intereses regionales y locales confluyan de manera tal que impiden el funcionamiento del partido comunista según los antiguos principios ortodoxos. Las reformas traen consigo no sólo un nuevo discurso, sino también una nueva práctica política, pues el sistema va dando cabida a nuevos actores, tanto políticos como económicos, al tiempo que obliga al partido comunista a asumir nuevas formas de conducta. No parece que lo que se vislumbra en el horizonte político de China y Vietnam sea la democracia, pero tampoco se ha mantenido el statu quo de la acomodada rutina que caracterizaba al sistema político antes del proceso de reformas. La resistencia del gobierno cubano a asumir un amplio programa de reformas se explica por su aversión a cualquier cambio en el carácter ortodoxo de la política cubana, aun cuando éstos se enmarquen dentro de los parámetros que impone un sistema de partido único, que ostenta el monopolio del poder.

El quinto congreso del partido, celebrado en octubre de 1997, confirmó estas tendencias, deparando, en consecuencia, muy pocas sorpresas. Los documentos y las resoluciones transmitían tanto la retórica nacionalista y anti-mercado asumida plenamente en 1995, como un discurso de nuevo cuño que se jactaba de haber logrado superar las crisis de principios de los noventa. Sin embargo, la composición del nuevo Comité Central permite hacer un análisis simbólico sobre la dirigencia máxima del partido. En 1991, el cc se había ampliado a 225 miembros; en 1997, se redujo a 150. A pesar de que la explicación oficial subrayaba las ventajas de unas reuniones del cc menos caras y engorrosas, el estudio de esta reducción nos condujo a conclusiones interesantes. Aproximadamente la mitad de los excluidos provenían del grupo de ciudadanos corrientes admitidos en 1991 como parte de un importante proceso de innovación. Con la reducción de 1997, el partido renunciaba al principio simbólico de incluir representantes *del pueblo* en los niveles más altos de gobierno. El total de ciudadanos corrientes disminuyó de un poco más del 35% a menos del 13%, mientras que el conjunto de cuadros del partido creció desde menos del 29% hasta cerca del 39%, pasando a formar el grupo con mayor representación dentro del cc, además de ser 30 de los 50 nuevos miembros del mismo. Mucho más de la mitad de los viejos cuadros del partido fueron separados del cc, lo que contrastaba con el hecho de que casi todo los militares que habían sido miembros en 1991 fueran incluidos nuevamente en 1997. El ejército mantuvo así una presencia estable en los puestos más altos del gobierno e incluso aumentó su participación dentro del cc por primera vez desde 1965. La continuidad y el incremento de los cuadros militares aumenta la influencia del ejército dentro de las filas del partido, en relación con las nuevas promociones y con los miembros de los sectores en declive tales como las organizaciones de masas. Dentro del sector de administradores estatales se revirtió la tendencia al descenso de forma significativa, pasando de cerca del 14% en 1991 a casi un 25%, lo que implicaba la aceptación a regañadientes de la necesidad de contar con los tecnócratas para llevar a cabo

incluso pequeñas reformas. De esta forma, la composición del CC revelaba la importancia que la cúpula del gobierno confería a los cuadros del partido, a las fuerzas armadas, y a los administradores estatales. Se descartó el proceso innovador de 1991, que plasmaba la antigua preocupación oficial por darle participación al cubano común en los asuntos públicos (como contraposición a su negativa a permitirle una participación autónoma), privilegiando un modelo de dirigencia típica de los viejos partidos comunistas de la URSS y de Europa del Este.

La dirigencia cubana renovó el partido comunista manteniéndose dentro de unos férreos parámetros. El cómo le iría a este partido en un sistema político competitivo y abierto era un asunto que, al parecer, no les preocupaba. No obstante, su interés renovado por el *perfeccionamiento* del PCC ha producido un impacto nada despreciable. El hecho de que la élite cubana lograra hacerle frente a unos obstáculos que parecían insuperables puso de relieve su temple y reforzó su seguridad en sí misma. No obstante, los dirigentes cubanos sabían también que Fidel Castro era mortal y que, sin él, podían perder la partida. La resistencia a las reformas políticas no era la mejor manera de prepararse para enfrentar ese día inevitable.

COMPOSICIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DE CUBA, 1991 Y 1997
(en porcentajes)

	1991 (total de 225)	1997 (total de 150)
PCC	28,9	38,6
Estado	14,2	24,7
Militares	13,8	18,0
Organizaciones de masas	5,8	4,7
Otros	35,1	12,7
Comisión de Apoyo al Cmdte. en Jefe	2,2	1,3
Provincias	34,2	33,3

LA REFORMA DE LAS ASAMBLEAS DEL PODER POPULAR

Las asambleas del Poder Popular representaron un objetivo importante en el proceso de *perfeccionamiento* del sistema político. Estos organismos habían adoptado el antiguo sistema soviético de celebrar elecciones directas sólo a nivel municipal. En 1991, el congreso del partido decretó la celebración de elecciones directas para elegir a los miembros de la Asamblea Nacional y de las Provinciales, cambio que evidentemente constituía un esfuerzo para lograr una apariencia más democrática. Los procedimientos que seguirían estas elecciones se regularon en una modificación hecha a la ley electoral en 1992. Desde entonces, en Cuba se han celebrado elecciones a todos los niveles en

1992-1993, a nivel municipal en 1995, y a todos los niveles nuevamente en 1997-1998. Pero al igual que en el pasado, sólo los candidatos oficiales pudieron aspirar a un puesto en las asambleas. En las elecciones de 1992, 1995 y 1997, los delegados de las asambleas municipales fueron seleccionados para un período de dos años en contiendas en las que se nominaba, al menos, dos candidatos, lo que constituía la práctica usual desde que se creara el Poder Popular en 1976. En 1993 y 1998, los diputados de la Asamblea Nacional y los delegados de las Asambleas Provinciales fueron elegidos para un período de cinco años. En estos casos sólo se permitió un candidato por escaño, y los nominados necesitaban más de un 50% de votos válidos para ser elegidos. Únicamente el primer período de elecciones de 1992-1993 resultó significativo desde el punto de vista político. Al convocarlas, el gobierno tuvo la oportunidad de mostrar su voluntad de llegar a un consenso político. Por el contrario, en estas elecciones se reforzó el paradigma de la movilización de masas, lo que socavó las perspectivas de una reforma gradual dentro del sistema político existente. En las elecciones subsiguientes de 1995 y 1997-1998, el gobierno se limitó a repetir la experiencia de 1992-1993, confirmando así su escasa disposición para llevar a cabo una apertura política.

En octubre de 1992, se convocó a la Asamblea Nacional para realizar las modificaciones de la ley electoral. Una vez que el partido aceptó realizar elecciones directas, el problema fundamental era si se permitiría o no la participación de candidatos y organizaciones independientes. La aprobación de cierta competitividad en los procesos electorales y, en consecuencia, la posibilidad de alguna diversidad política dentro del parlamento cubano, podría muy bien haber iniciado una dinámica de transición dentro del sistema político existente. En marzo de 1992, el entonces secretario ideológico del PCC Carlos Aldana sugirió que los disidentes y aquéllos que se oponían al socialismo podrían ser nominados, aunque como individuos y no como representantes de grupos o partidos, y sólo si acataban la legalidad socialista. Señalaba también que la Asamblea Nacional podría asumir un pluralismo «*de ideas, opiniones y puntos de vista*». Pero esta opinión resultó tan fugaz como la permanencia del propio Aldana, quien fue súbitamente depuesto de su cargo en septiembre. Poco después, Juan Escalona, entonces presidente de la Asamblea Nacional, descartó de hecho la posibilidad de que en los procesos electorales se incluyera a nadie que no perteneciera a los círculos oficiales: «*Conociendo las idiosincrasias de nuestro país, no creo que ninguno de estos ciudadanos pueda ser nominado. La comisión de nominaciones tendría que evaluar su nominación y la asamblea municipal es responsable ante el país de nominar a los candidatos apropiados*».

De manera que cuando se celebró el período de sesiones de la Asamblea Nacional, la dirigencia cubana ya se había pronunciado en contra de la diversidad política y la ley electoral hacía casi imposible que se nominara, y mucho menos que se eligiera a disidentes o a ciudadanos que no simpatizaran con el gobierno. El hecho de que no se procediera a la separación de funciones (y mucho menos de poderes) en un sistema político monopartidista desacreditaba las aseveraciones de que el PCC no se inmiscuía en los procesos de nominación

y elección de los candidatos. De hecho, las comisiones electorales estaban subordinadas al PCC. Castro resumió sucintamente el espíritu de la nueva ley electoral aprobada por unanimidad en la Asamblea Nacional con las siguientes palabras:

Un principio fundamental es no caer jamás en el error de aceptar el pluripartidismo porque eso significa fragmentar en mil pedazos una sociedad que sólo puede resistir con el grado de unión con que cuenta. La mayoría es nuestra y tenemos la obligación sagrada de mantenerla, por difíciles que sean las condiciones. Tenemos que movilizar al pueblo, acudir a sus resortes, sus mejores valores, su dignidad, patriotismo, conciencia, valentía y heroísmo.

La dirigencia cubana rechazó de manera tajante convertir a la Asamblea Nacional en algo semejante a un cuerpo legislativo que sostuviera sesiones regulares y prestara consideración a puntos de vista opuestos. En diciembre de 1993, Castro manifestó claramente su frustración ante una sesión de la Asamblea que resultaba particularmente animada: *«Cada vez que aquí se dice algo tenemos que esperar que hablen cincuenta y cinco, para por lo menos aclarar algunas ideas. Yo me pregunto si habrá que esperar que hable el número cincuenta y seis para aclarar que ése no es el propósito de esta reunión»*. En contraste con lo anterior, la dirigencia vietnamita aprobó recientemente la posibilidad de que se postularan candidatos independientes para la Asamblea Nacional, tres de los cuales derrotaron a los propuestos por el gobierno por un amplio margen y actualmente fungen como diputados a nivel nacional. Uno de ellos, médico famoso, es veterano del ejército survietnamita. Hasta ahora, el gobierno cubano ha sido incapaz de hacer un gesto simbólico de apertura política similar.

En el proceso electoral de 1992-1993, primera ocasión en que se celebraron elecciones para dos niveles, uno en diciembre y otro en enero, los resultados fueron muy diferentes entre sí. En diciembre, como había sido y continuaría siendo usual, el electorado salió a votar *en masa*. Los funcionarios gubernamentales afirmaron que cerca del 100% de los votantes había participado en estos comicios, lo que daba la medida del apoyo popular, haciendo caso omiso de su advertencia sobre *«el globo inflado de la participación masiva»* que había surgido en un simposio sobre el Poder Popular, celebrado en 1991. Varias fuentes calcularon un tercio de votos anulados (en blanco o invalidados), lo que en un sistema político de elecciones no competitivas equivale a una votación contra el gobierno. Al principio, éste ignoró dichos cálculos y no ofreció tampoco sus propias cifras. Dos meses más tarde, admitió que menos del 15% de los votos habían sido anulados. Al final, la cifra oficial fue del 10%. Sin lugar a dudas, la reacción oficial, tan retrasada y corregida, prestó credibilidad a las cifras extraoficiales.

Evidentemente, la dirigencia cubana se sorprendió: hasta un tercio del electorado le había enviado un mensaje enérgico e inesperado. No podían permitir que sucediera lo mismo en febrero; y por supuesto, no sucedió. El partido se preparó para la segunda ronda de elecciones como no lo había

hecho para la primera: de hecho, tal y como ocurrió con los dos meses de silencio oficial en relación con la cifra de votos invalidados, la intensidad de la «campana» de febrero también respaldaba los cálculos extraoficiales de los resultados de la ronda de diciembre. El objetivo primordial del gobierno era demostrar que su mandato era, sin duda alguna, popular, o cuando menos dar esa imagen. En primer lugar, Castro hizo un llamado patriótico a votar por la totalidad de los candidatos: *la patria* necesitaba una demostración de unidad en lugar de un voto selectivo. Sin embargo, en octubre de 1992, el propio Castro había argumentado: «*La decisión debe dejarse a la conciencia de la gente. Si ponemos el énfasis en que se vote por todo el mundo, entonces puede favorecer el criterio de una cosa cerrada. Lo que la abre, precisamente, es la opción de votar por el que uno quiera o por ninguno*». Convenientemente, la aprobación en los Estados Unidos del Cuban Democracy Act (Torricelli) de 1992 le dio argumentos para enarbolar una vez más la bandera del patriotismo. En segundo lugar, el gobierno ejerció medidas de presión e intimidación para atraer nuevamente a esa tercera parte descarriada y para disuadir al resto de invalidar sus boletas o votar de modo selectivo. Actualizó los registros de votantes, aumentó el número de colegios electorales y envió a los dirigentes de los CDR a todas las casas para instruir a la ciudadanía en los supuestamente complejos procedimientos de la votación.

El 24 de febrero, más del 99% de los votantes fueron a las urnas. El 88,5% votó por todos los nominados y el 7,2% invalidó sus boletas; en La Habana, el total de los votos anulados sumó un 14,3%. Ningún diputado recibió menos del 87% de las votaciones. Fuentes no oficiales situaron la proporción de boletas anuladas en La Habana entre un 10 y un 20%, y el porcentaje de habaneros que votaron de manera selectiva en un 30%. Según las cifras oficiales, cerca del 18% de los votantes no siguieron las recomendaciones del gobierno: votar por todos los candidatos. Castro denominó a este resultado «una victoria olímpica».

¿Qué demostró el proceso electoral de 1992-1993? En primer lugar, durante el mes de febrero el gobierno cubano ejerció cierta presión con el fin de movilizar a la población, y ésta, ya fuera por convicción, temor o impotencia accedió a las demandas oficiales de mostrar unidad. Las elecciones también pusieron de relieve una debilidad evidente: los resultados fueron obtenidos gracias a la política de movilizaciones, lo que difícilmente se traduce en una gobernabilidad efectiva y de largo plazo. En segundo lugar, los resultados de los comicios de diciembre fueron especialmente reveladores: cuando el gobierno no montó una campaña continua, cerca de un tercio del electorado emitió un voto de protesta. ¿No sería razonable esperar que muchos más ciudadanos expresarían su oposición en unas elecciones libres o un plebiscito? En tercer lugar, la decepción que manifestara el gobierno por la proporción de boletas anuladas durante los comicios de diciembre, y la «campana» que realizara para las elecciones de febrero, confirmó su incapacidad para aceptar algo menos que la casi unanimidad en una votación a favor de su mandato, y demostró su obstinada dependencia de la política de movilización de masas. Quedó claro que el sistema político no cuenta con los medios necesarios para

evaluar y acatar la voluntad popular. Cuando el electorado envió un mensaje enérgico en los comicios de diciembre, el gobierno recurrió a la fórmula segura de la movilización de masas, que logró impedir que los ciudadanos emitieran un voto negativo, pero que no dio al voto positivo un verdadero significado. Si a finales de los sesenta el pueblo cubano había manifestado una *resignación de apoyo*, según palabras del difunto Carlos Rafael Rodríguez, ahora expresaba una *resignación de votar por todos*. La «victoria olímpica» poseía también un aura pírrica.

¿UNA TRANSICIÓN CUBANA?

A principios de los noventa el proceso de *perfeccionamiento* disipó rápidamente los tenues indicios de reforma que hubieran podido fomentar una transición del sistema político desde dentro. Si se hubiera permitido que un número simbólico de individuos de la oposición se postulara y ganara en las elecciones, la Asamblea Nacional hubiera podido adquirir una apariencia de cuerpo legislativo y emprender una dinámica política nueva. Pero el gobierno cubano se vió simplemente imposibilitado para seguir el ejemplo de Vietnam, que había dado algunos pasos aperturistas en su propia asamblea. Con Castro todavía al mando, el PCC parece no tener los medios necesarios para distanciarse de los viejos dogmas que rigen la política cubana: el incuestionable liderazgo de Castro, el monopolio del partido único y las movilizaciones de masas. Esta fórmula, aun cuando ha dado buenos resultados para alcanzar el objetivo inmediato de permanecer en el poder, no se presta para sentar las bases de la gobernabilidad a largo plazo ni brinda tampoco la flexibilidad que el PCC requerirá para mantener el control del poder o ser una fuerza política viable sin Fidel Castro. No es probable que los viejos métodos de gobierno obtengan la aprobación de los gobernados en una Cuba nueva.

Sin embargo, la visita del Papa Juan Pablo II a la isla, en enero de 1998, abrió un posible escenario alternativo de transformación. A mediados de la década de los ochenta la iglesia católica volvió a afianzarse de forma gradual en la sociedad cubana: las comunidades parroquiales, numerosas publicaciones, algunas instituciones cívicas y una incipiente red de servicios sociales establecía cada vez más relaciones dentro de la comunidad católica (actualmente más representativa de todas las razas y sectores de la sociedad de lo que era antes de 1959) y entre los católicos y el resto de los ciudadanos. Como parte de los preparativos para la visita papal, los representantes de la iglesia visitaron casi todos los hogares cubanos y celebraron misas al aire libre a lo largo de toda la isla. Durante cinco días de enero, cientos de miles de ciudadanos se congregaron para participar en las celebraciones religiosas, y millones escucharon o vieron por la radio y la televisión las misas transmitidas en directo. En sus homilías, Juan Pablo una y otra vez les hacía llegar un mensaje de inclusión, reconciliación y respeto por la dignidad individual. «*No tengan miedo*», afirmaba con frecuencia. «*Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional*». Las multitudes respondían con entusiasmo entonando una y otra vez un canto que reflejaba de manera conmovedora el sentimiento popular:

«Cuba, con el papa, renueva su esperanza». Los santiagueros le hacían el mayor de los cumplidos: «Juan Pablo, hermano, ya tú eres cubano». Gritos de «¡Libertad! ¡Libertad!» electrizaron a cientos de miles en las misas papales en La Habana y en Santiago. El papa, como un abuelo muy querido, se ganó los corazones de millones de cubanos. La visita de Juan Pablo II, cualquiera que sea su futuro impacto, señaló de manera inequívoca un momento histórico: durante un breve espacio de tiempo, el gobierno cubano fue relegado a un segundo plano.

Después de la visita papal, una nueva etapa aguarda a la Iglesia Católica cubana. Sin duda alguna, hijos pródigos del catolicismo y nuevos conversos harán crecer el redil de los fieles. Pero la misión pastoral de la iglesia asume ahora preocupaciones que sobrepasan el ámbito eclesiástico: esta misión lleva consigo la ineludible responsabilidad cívica de fomentar una sociedad más abierta. ¿De qué otra forma podrían los sacerdotes predicar el evangelio y los católicos dar testimonio de su fe? Una iglesia católica renovada propondría un desafío sin precedentes al gobierno de Cuba: mantener un diálogo con una institución que tiene su propia agenda, aun cuando su contenido sea esencialmente religioso. En una sociedad tan estrictamente regulada como la cubana las concesiones a lo sagrado, como la visita del Papa Juan Pablo II, ya han tenido profundas repercusiones en el mundo de lo profano. La cuestión es si el Partido Comunista de Cuba posee la capacidad política para mantener un nuevo nivel de relaciones iglesia-estado, a través de las cuales la talla y alcance de una institución independiente dentro de la sociedad cubana crecería de forma inevitable. El gobierno cubano se ha resistido enérgicamente al surgimiento de la diversidad política y a la puesta en práctica de reformas económicas de largo alcance; es posible, tal vez, que resulte menos rígido con una institución religiosa que no posee una agenda política explícita. En tal caso, los efectos del diálogo entre iglesia y estado podrían repercutir gradualmente en todos los rincones de la sociedad cubana.

Inscrito en el viento

EN SU ÚLTIMO DÍA DE ESTANCIA EN CUBA, FRENTE A UNA plaza colmada por cientos de miles de personas en la que de pronto empezó a soplar el viento, el papa Juan Pablo II sostuvo que el espíritu soplaba donde quería y que esa mañana había decidido hacerlo allí, en la isla. El Papa, desde luego, se refería al Espíritu Santo. Pero Fidel Castro, que estaba en la primera fila de la ceremonia junto a Gabriel García Márquez, pensaría con toda seguridad que en Cuba sólo sopla el espíritu de la revolución, es decir, el suyo. Quizá García Márquez, ese señor del idioma obsesionado por la cercanía al poder, se preguntaría si aquella ventolera sería apenas un adelanto del ventarrón descomunal que destruyó a Macondo, o si la estirpe cubana, que cumplía sus cien años de soledad justamente en este 1998, tendría pese a todo una segunda oportunidad sobre la tierra, contradiciendo así el desesperanzado final de su novela.

Entre la multitud, los católicos alborozados que por primera vez en más de treinta años habían podido abandonar las catacumbas gritaban a voz en cuello: «¡El Papa, libre, también nos quiere libres!», identificándose con la metáfora del sucesor de Pedro. Los chivatos y policías de la Seguridad del Estado y los miembros de las siniestras Brigadas de Respuesta Rápida trataban de contrarrestar los gritos de libertad con una conguita de repertorio: «¡Uno, dos y tres, que Papa más chévere!», reconociéndose en el espíritu de su Comandante en Jefe, y echando de menos que éste les hubiese prohibido acabar con aquel desacato a cabillazo limpio, como lo habían hecho con el de los manifestantes desesperados que por primera vez en más de tres decenios de castrismo reclamaron pública y masivamente libertad el 5 de agosto de 1994 en el Malecón de La Habana.

Los comunistas de a pie, aquéllos que habían entregado honesta y desinteresadamente sus vidas a una revolución cuyo Comandante en Jefe en persona había prohibido la fiesta de Navidad y convertido al ateísmo en doctrina oficial del estado, convocados a la plaza por orden de su

Jesús Díaz

partido para diluir el fervor religioso del acto, no acababan de creer que la inmensa fachada de la Biblioteca Nacional no estuviese cubierta por la imagen de Marx o de Lenin sino por la de Jesucristo, ni mucho menos que bajo el rostro y el nombre del Hijo brillara una consigna nueva, «En Ti confío»; una consigna opuesta al tanático «¡Socialismo o Muerte!» que ellos habían coreado durante tantos años, de modo que no sabían si gritar «¡El Papa, libre, también nos quiere libres!» o «¡Qué Papa más chévere!» ni entendían tampoco el sentido del mensaje inscrito en el viento.

Los babalaos repasaban sus collares de colores. El Papa recibiría después a los pastores protestantes y a los rabinos, mas no a ellos ni a los paleros ni a los abakuas, guías espirituales de una buena parte de la población cubana. Aquel desplante, sin embargo, no era nuevo; durante siglos las religiones de origen africano transculturadas a Cuba por los esclavos negros y superficialmente sincretizadas en la isla con el cristianismo habían vencido obstáculos muchísimo mayores, impuestos por todos los poderes militares, civiles y eclesiásticos, tanto españoles como cubanos, que habían ejercido el poder en Cuba. La propia revolución castrista, pese al carácter popular que revistió durante años, no había sido una excepción en ese sentido. En *Fidel y la religión*, una entrevista de doscientas cincuenta páginas hecha a Castro por Fray Beto, la palabra santería ni siquiera se menciona, pese a que el entrevistador proviene nada menos que de Brasil, el país de América que más semejanzas sincréticas tiene con Cuba.

No obstante, los santeros que estaban allí, convencidos de que el ventarrón era obra de Oyá, la Reina de las Tolvaneras, se preguntaban si aquellas puertas abiertas durante unas horas de par en par serían protegidas en el futuro por Elegguá, Dueño de los Caminos, dios travieso y burlón que da inicio a las fiestas y a las celebraciones, o por Eshú, su terrible reverso, diablo diestro en propiciar desgracias y confundir a los caminantes en las encrucijadas, llevándolos por la senda del horror. Por otra parte, las miles y miles de personas presentes en la plaza que habían dejado de creer en Castro y no creían tampoco en Cristo ni en Olofi secundaban el reclamo de libertad, preguntándose si aquel viento anunciaba el regreso del totalitarismo inmediatamente después del breve paréntesis de la visita papal, o si por fin llegaba el aire de la razón, durante tanto tiempo ausente de la isla.

El enigma quedó inscrito en el viento. Pero por eso mismo, porque existió a la vista de todos, es susceptible de las más disímiles interpretaciones. En un extremo la de Madeleine Albright, Secretaria de Estado norteamericana, que ha comparado el viaje papal a Cuba con el primero que el Pontífice realizó a Polonia y que resultó ser determinante en el inicio del proceso de transición política que tuvo lugar en aquel país; en el otro extremo la del propio Fidel Castro, que ha considerado el acontecimiento como un «triunfo de la revolución». En el centro, la de algunos cubanos desencantados para quienes la visita papal fue apenas un paréntesis sin significado ulterior. A mi juicio, el viaje de Juan Pablo II a Cuba tendrá consecuencias de suma importancia, que sin embargo no se corresponden con ninguna de las tres evaluaciones anotadas con anterioridad.

En primer lugar, me parece claro que la gran ganadora fue la población cubana, tanto la que vive en la isla como la que lo hace en el exilio. Hay que haber participado en el proceso cubano durante largos años –como lo hizo quien esto escribe, apoyando a la revolución primero, alejándose después y oponiéndose más tarde–, para comprender la trascendental significación implícita en el hecho de poder gritar libertad públicamente sin que te rompan la crisma de un cabillazo, te acusen de gusano y agente enemigo y te hagan prisionero o te expulsen del país. Hay que ser un preso de conciencia como los centenares que sufren todavía en las cárceles cubanas, o estar padeciendo el frío del exilio, para conmoverse hasta los tuétanos al escuchar al Arzobispo de Santiago de Cuba, Pedro Meurice –cuya homilía reproducimos en la sección Textual de este número–, clamar públicamente porque se abran las puertas de las cárceles de la nación y las puertas mismas de la nación. Hay que haber soportado durante años el delirante, interminable monólogo del Supremo, y sus continuas advocaciones a la muerte, para comprender la importancia extraordinaria de que una persona con la autoridad del Papa tome públicamente la palabra y proponga un mensaje de paz.

La población cubana fue la gran ganadora también en otro plano. Debido al rijoso interés generado por el trágico fenómeno del jineterismo, al morbo que crea la supurante pobreza de la isla, al cómodo paternalismo de cierta izquierda y al culpable espíritu mercantil de cierta derecha, la imagen de Cuba en el mundo había sido deteriorada hasta lo insostenible. De acuerdo con muchos reportajes escritos y fotográficos e incluso con algunas comedias de cine, los cubanos somos simpáticos y dignos de lástima, pero sobre todo oportunistas, primarios, zafios, chusmas, vulgares, groseros, putas y chulos que pensamos exclusivamente en el dinero y en el sexo rápido y soez, sin refinamiento para el verdadero erotismo y desde luego sin elevación para el amor. Esa imagen atroz ha sido difundida también por unas cuantas subnovelas con marca de fábrica nacional, que recibieron apoyo entusiasta de la prensa comercial europea, se convirtieron en un fulminante éxito de público y ahora amenazan con crear escuela. Pero a raíz del interés informativo generado por la visita papal muchas televisoras del mundo transmitieron horas y horas en vivo desde cuatro provincias cubanas, y los periodistas y televidentes pudimos tener acceso directo a las imágenes de una población esperanzada, digna, pulcra pese a las carencias, musicalmente culta, creativa y autónoma más allá de las versiones comerciales de la salsa.

La otra gran ganadora con la visita de Juan Pablo II a Cuba fue la iglesia católica cubana. Apoyada por el Vaticano, tuvo el tino, el tacto y la paciencia suficientes como para entender la situación, extraer de ella los mayores beneficios posibles, organizar el viaje de modo magnífico y enviar a la población cubana y al mundo un mensaje complejo y sin embargo claro, sereno y matizado. Quieren un cambio democrático en Cuba, pero lo quieren gradual y pacífico, entre otras cosas porque saben que cualquier intento de forzarlo daría lugar a una tragedia de dimensiones incalculables. Uno de sus mayores aciertos fue el de haber reclamado de modo virtualmente explícito el levantamiento

del embargo norteamericano a Cuba. Éste no es la causa de la desastrosa situación económica de la isla, sino el único y último pretexto de Castro para justificar la legendaria ineficiencia de su ordenamiento económico y la filosofía totalitaria de su comportamiento político. Pero además de esto, tanto el embargo en sí mismo como su cobertura legal, la deplorable, vergonzosa e intervencionista ley Helms-Burton, son intrínsecamente inmorales. Castro nunca debió tener el monopolio de denunciarlos y ahora, por fin, lo ha perdido. Ahora hay otro poder en Cuba que rechaza el embargo y la Helms-Burton sin justificar con ello la ineficacia económica ni el totalitarismo castrista. Los grandes perdedores de la visita papal fueron los fundamentalistas del gobierno cubano, del norteamericano y de la extrema derecha del exilio de Miami. Quedaron aislados, solos en unas políticas que son ciertamente una estupidez, pero también un crimen.

Fidel Castro ganó y perdió con la visita. Ganó frente al mundo; perdió ante el pueblo cubano. Por primera vez en casi cuarenta años apareció en Cuba vestido de civil, con elegantes trajes oscuros, la barba y el pelo teñidos de castaño, cuando antes invariablemente había aparecido con uniforme de Comandante en Jefe, casi siempre con pistola al cinto. Por primera vez, también, cedió el protagonismo durante cinco largos días, cuando durante más de tres decenios no lo había cedido ni un minuto, y es justo decir que como el gran actor que es lo hizo con jovialidad y elegancia. Hasta parecía un demócrata. Comprendió a tiempo que oponerse ante los ojos del mundo a la especie de invulnerabilidad que sentía la población cubana con la visita del Papa podía costarle caro, y remedando al Chaplin de *Tiempos Modernos* intentó ponerse al frente de una manifestación que no era suya. Como un rey absoluto autorizó a sus súbditos a celebrar por una vez la Navidad que años antes había prohibido para siempre y no perdió ocasión de dar golpes de efecto para ganarse al invitado.

Pero frente a la población cubana toda esa taumaturgia le servirá de poco. En casa siempre había jugado a ser el Mandamás, el Caudillo, el Padrino, el Uno, el Único, y un personaje así no puede cederle la palabra ni al Papa de Roma sin perder prestigio incluso entre las propias filas de sus acólitos, cada vez más menguadas. Fidel Castro jamás podrá prohibir de nuevo la Navidad, so pena de que nadie le haga el más mínimo caso; sin embargo, tampoco cejará en su obsesión de mandar hasta la muerte y es prácticamente seguro que conseguirá su objetivo a cualquier precio. Es en este contexto que deben entenderse tanto la amnistía parcial y limitada que el estado cubano concedió recientemente a algunos presos políticos, como la nueva «ofensiva revolucionaria» desatada a partir del primer discurso pronunciado por Castro con posterioridad a la visita papal, en el que cometió la incalificable indignidad de atacar a Tomás Gutiérrez Alea, fallecido hace dos años, sin duda uno de los artistas más grandes que ha producido nuestro país en todos los tiempos.

Pero ese tipo de comportamiento por parte de Castro era un dato previo a la visita del Papa, no desmentido nunca a lo largo de casi cuarenta años, y lo verdaderamente importante aquí es preguntarse qué ocurrirá después de que

él deje de regir los destinos de la nación. Si una transición pacífica que conduzca a Cuba hacia una democracia imperfecta o un choque brutal entre extremos que la precipite en el caos. Creo que las ansias de libertad y el orden demostrados por la población durante la visita papal, así como el compromiso asumido por la iglesia católica ante los ojos del mundo, contribuyen a fortalecer la esperanza en que los cubanos seamos capaces de protagonizar después de Castro una transición pacífica y pactada.

Es verdad que Juan Pablo II y sus asesores proclamaron una versión sesgada de la historia de Cuba que muchos no compartimos, en la que exageraron hasta lo inverosímil la influencia de la iglesia católica en la formación de la cultura nacional y en las luchas por la independencia, además de silenciar los aportes esenciales llevados a cabo por otras instituciones como la masonería, por ejemplo, y sobre todo de no reconocer que el corpus cultural resultante de las religiones de origen africano es, tanto como la cultura cristiana, un fundamento sin el cual Cuba no existiría. No obstante, Juan Pablo II inscribió en el viento de la Plaza que bautizó como de José Martí, y que así se llamará alguna vez de modo oficial, un mensaje de concordia y esperanza, y en mi condición de agnóstico quiero agradecerle públicamente a él y a la iglesia católica cubana esa contribución al futuro pacífico de Cuba.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)

**Palabras de saludo
a Juan Pablo II pronunciadas por
Monseñor Pedro Meurice Estiú,
Arzobispo de Santiago de Cuba en
la misa celebrada en esa ciudad
el 24 de enero de 1998**

Monseñor Pedro Meurice Estiú

Santísimo Padre:

En nombre de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba y de todos los hombres de buena voluntad de estas provincias orientales le doy la más cordial bienvenida.

Ésta es una tierra indómita y hospitalaria, cuna de libertad y hogar de corazón abierto.

Lo recibimos como a un Padre en esta tierra que custodia, con entrañas de dignidad y raíces de cubanía, la campana de la Demajagua y la bendita imagen de la Virgen de la Caridad de El Cobre.

El calor de Oriente, el alma indomable de Santiago y el amor filial de los católicos de esta diócesis primada proclaman: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Quiero presentarle, Santo Padre, a este pueblo que me ha sido confiado. Quiero que Su Santidad conozca nuestros logros en educación, salud, deportes..., nuestras grandes potencialidades y virtudes..., los anhelos y las angustias de esta porción del pueblo cubano.

Santidad: éste es un pueblo noble y es también un pueblo que sufre.

Éste es un pueblo que tiene la riqueza de la alegría y la pobreza material que lo en-

tristece y agobia casi hasta no dejarlo ver más allá de la inmediata subsistencia.

Éste es un pueblo que tiene vocación de universalidad y es hacedor de puentes de vecindad y afecto, pero cada vez está más bloqueado por intereses foráneos y padece una cultura del egoísmo debido a la dura crisis económica y moral que sufrimos.

Nuestro pueblo es respetuoso de la autoridad y le gusta el orden pero necesita aprender a desmitificar los falsos mesianismos.

Éste es un pueblo que ha luchado largos siglos por la justicia social y ahora se encuentra, al final de una de esas etapas, buscando otra vez, cómo superar las desigualdades y la falta de participación.

Santo Padre: Cuba es un pueblo que tiene una entrañable vocación a la solidaridad, pero a lo largo de su historia, ha visto desarticulados o encallados los espacios de asociación y participación de la sociedad civil, de modo que le presento el alma de una nación que anhela reconstruir la fraternidad a base de libertad y solidaridad.

Quiero que sepa, Beatísimo Padre, que toda Cuba ha aprendido a mirar en la pequeñez de la imagen de esta Virgen bendita, que

será coronada hoy por su Santidad, que la grandeza no está en las dimensiones de las cosas y las estructuras sino en la estatura moral del espíritu humano.

Deseo presentar en esta Eucaristía a todos aquellos cubanos y santiagueros que no encuentran sentido a sus vidas, que no han podido optar y desarrollar un proyecto de vida por causa de un camino de despersonalización que es fruto del paternalismo.

Le presento, además, a un número creciente de cubanos que han confundido la Patria con un partido, la nación con el proceso histórico que hemos vivido en las últimas décadas, y la cultura con una ideología. Son cubanos que al rechazar todo de una vez, sin discernir, se sienten desarraigados, rechazan lo de aquí y sobrevaloran todo lo extranjero. Algunos consideran ésta como una de las causas más profundas del exilio interno y externo.

Santo Padre: Durante años este pueblo ha defendido la soberanía de sus fronteras geográficas con verdadera dignidad, pero hemos olvidado un tanto que esa independencia debe brotar de una soberanía de la persona humana que sostiene desde abajo todo proyecto como nación.

Le presentamos la época gloriosa del P. Varela, del Seminario San Carlos en La Habana y de San Antonio María Claret en Santiago, pero también los años oscuros en que, por el desgobernado del patronato, la Iglesia fue diezmada a principios del siglo XIX y así atravesó el umbral de esta centuria tratando de recuperarse hasta que, en la década del 50, encontró su máximo esplendor y cubanía. Luego, fruto de la confrontación ideológica con el marxismo leninista, estatalmente inducido, volvió a ser empobrecida de medios y agentes de pastoral pero no de mociones del Espíritu como fue el Encuentro Nacional Eclesial Cubano.

Su Santidad encuentra a esta Iglesia en una etapa de franco crecimiento y de sufrida credibilidad que brota de la cruz vivida y comparti-

da. Algunos quizá puedan confundir este despertar religioso con un culto pietista o con una falsa paz interior que escapa del compromiso.

Hay otra realidad que debo presentarle: la nación vive aquí y vive en la diáspora. El cubano sufre, vive y espera aquí y también sufre, vive y espera allá fuera. Somos un único pueblo que, navegando a trancos sobre todos los mares, seguimos buscando la unidad que no será nunca fruto de la uniformidad sino de un alma común y compartida a partir de la diversidad. Por esos mares vino también esta Virgen, mestiza como nuestro pueblo. Ella es la esperanza de todos los cubanos. Ella es la Madre cuyo manto tiene cobija para todos los cubanos sin distinción de raza, credo, opción política o lugar donde vivan.

La Iglesia en América Latina hizo en Puebla la opción por los pobres, y los más pobres entre nosotros son aquéllos que no tienen el don preciado de la libertad. Ore, Santidad, por los enfermos, por los presos, por los ancianos y por los niños.

Santo Padre: Los cubanos suplicamos humildemente a Su Santidad que ofrezca sobre el altar, junto al Cordero Inmaculado que se hace para nosotros Pan de vida, todas estas luchas y azares del pueblo cubano, tejiendo sobre la frente de la Madre del cielo, esta diadema de realidades, sufrimientos, alegrías y esperanzas, de modo que, al coronar con ella esta imagen de Santa María, la Virgen Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que en Cuba llamamos bajo el incomparable título de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, la declare como Reina de la República de Cuba.

Así todas las generaciones de cubanos podremos continuar dirigiéndonos a Ella, pero con mayor audacia apostólica y serenidad de espíritu, con las bellas estrofas de su himno:

*«Y tu nombre será nuestro escudo
nuestro amparo tus gracias serán.»*

Amén.

(Santiago de Cuba, 24 de enero de 1998)

El catolicismo de Lezama Lima

Fidel Sendagorta

LA VISITA DEL PAPA A CUBA HA DADO OCA-
sión para examinar desde múltiples ángulos la situación de la Iglesia cubana y para descubrir aspectos desconocidos de la fe religiosa en la Isla. Curiosamente, se ha pasado por alto una de las cuestiones más sugestivas de la cultura cubana de este siglo como es el catolicismo de José Lezama Lima y de la mayoría de los poetas del grupo «Orígenes»: Ángel Gaztelu, Eliseo Diego, Cintio Vitier y Fina García Marruz. «Catolicismo inesperado –ha escrito Vitier– en un país sin tradición de poesía católica, alterador a su vez de todo catolicismo tradicional, abierto a la voluptuosidad americana».

Pero lo inesperado de este catolicismo va más allá de la falta de precedentes literarios y se inscribe en una perspectiva histórica determinada. La Iglesia en Cuba había estado estrechamente asociada a la colonia y en las guerras de independencia se había identificado generalmente con la metrópoli. El propio José Martí era masón y había sido excomulgado, por más que mucha de su doctrina estuviera impregnada de valores cristianos. De ahí que, cuando la joven República empiece a dar sus primeros pasos, no podrá decirse que la Iglesia estuviera en el centro de la tarea de construcción nacional; ni en el plano político ni tampoco en el cultural. Pero es entonces cuando surge la sorpresa. Lo católico, que parecía condenado a la periferia de la cultura cubana, pasa a situarse en su núcleo gracias precisamente a

Lezama y a su grupo. Y ello porque Orígenes significa mucho más que una brillante generación de creadores cubanos de este siglo: es un ambicioso movimiento fundador, el primero –explica Jorge Luis Arcos– «que dotó a la poesía cubana de un carácter cosmovisivo, que profundizó en el conocimiento de la realidad desde un irreductible conocimiento poético y desde él, fijó en imágenes perdurables, universales, nuestra sustancia, nuestro ser insulares».

La primera en vislumbrar el alcance y la hondura de este proyecto fue María Zambrano en su ensayo *La Cuba secreta*, en el que también desvelaba su esencial afinidad con los valores estéticos de este movimiento. José Lezama y María Zambrano comparten un mismo fervor por San Juan de la Cruz en el que la escritora malagueña aprecia su «maravillosa unidad de poesía, pensamiento y religión». En esta identidad entre poesía y religión y en la fascinación por la obra de San Juan de la Cruz encontramos dos de las claves para entender el catolicismo de los poetas origenistas. Así, cuando el padre Gaztelu y Lezama fundan en los años 40 una revista que sería directa antecesora de *Orígenes*, la llamarán *Nadie parecía*, con título que procedía de la *Noche oscura*. Su subtítulo de «Cuaderno de lo Bello con Dios», habla por sí solo y constituye toda una declaración de intenciones poéticas.

Esta inspiración de San Juan de la Cruz da lugar a una visión luminosa de la religión

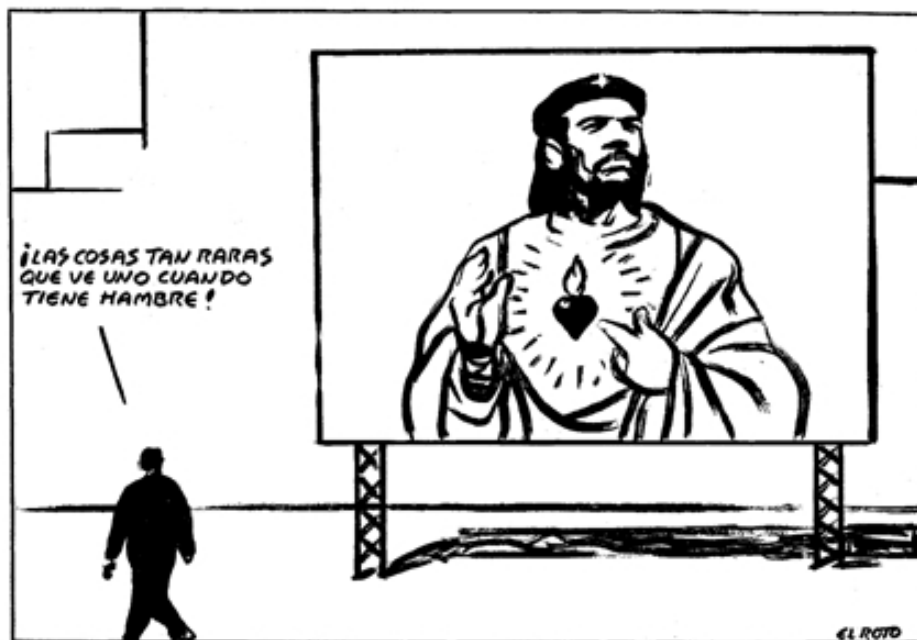


© Peridís



(Publicado en *El País*, Madrid, 23 de enero de 1998)

EL ROTO



(Publicado en *El País*, Madrid, 21 de enero de 1998)

EL ROTO



(Publicado en *El País*, Madrid, 23 de enero de 1998)

que comparten estos poetas, como si la «tranquila posesión de la dicha» de los místicos se hubiera encontrado naturalmente con la alegría vital y con la sensualidad que solemos identificar con el carácter cubano. Pero la luz no se alcanza sin pasar antes por una noche oscura y en ese descenso a los infiernos previo a la resurrección reconocemos el componente órfico del catolicismo lezamiano.

Otro aspecto fundamental del pensamiento origenista se refiere al papel de la tradición.

El proyecto de Lezama se resume en la fundación de un imaginario insular y para ello se propone la creación, donde no la hubiere, de una tradición propia. Pero en su búsqueda de una expresión americana no hay esas limitaciones previas que suelen lastrear el discurso reduccionista sobre la identidad. En donde otros ponen mezquindad y visión estrecha, Lezama apuesta por una generosa incorporación de lo español, de lo europeo, de lo africano, de lo católico, en definitiva, como vínculo entre lo nacional y lo universal. De él podemos decir lo mismo que dijo Gastón Baquero de T. S. Eliot: «Él cree, para lo literario, en la continuidad de las generaciones, y su adhesión a los maestros es sincera; en lo histórico cree también fervorosamente en la continuidad de la cultura, en la supervivencia, por agregación y por con-

servación de lo valioso, de cuanto ha significado creación, raíz, nexo entre el hombre y la divinidad». Tanto Lezama como Eliot son dos personajes inclasificables y paradójicos de la cultura contemporánea y en el cubano se da la misma circunstancia irónica que señala el marqués de Tamarón a propósito del autor de *The Waste Land*: que siendo esencialmente antimoderno se ha convertido en un mito de la literatura moderna.

Los avatares de la Revolución cubana afectaron decisivamente al destino personal de cada uno de los poetas origenistas. Algunos, como el propio Lezama, murieron en La Habana en una suerte de exilio interior. Otros eligieron el camino del destierro como Gastón Baquero y más tarde el padre Gaztelu. Cintio Vitier y Fina García Marruz, por el contrario, han querido hacer compatible su fe en la Revolución con su fe cristiana. Por encima de estas vicisitudes, lo que me importa destacar ahora es el magnetismo que el grupo Orígenes ha ejercido sobre las sucesivas generaciones de jóvenes lectores y escritores y que éstos, cada vez que se han sumergido en sus obras, se hayan encontrado y se sigan encontrando con este catolicismo inesperado, chocante para algunos y conmovedor para otros, estimulante para todos.

*(Publicado en ABC,
Madrid, 30 de enero de 1998)*

Después de Fidel, ¿qué?

Josep M. Colomer

SUPONGAMOS QUE ES POSIBLE UN PROCESO DE REFORMA política tras la muerte de Fidel Castro. Imaginemos que los gobernantes en el poder pueden desempeñar un papel de iniciativa. A partir de estos supuestos, intentaré identificar unos requerimientos mínimos para convocar unas elecciones políticas con resultado incierto y los situaré en el contexto de las disposiciones constitucionales existentes en Cuba.

Mi hipótesis básica es que los cambios constitucionales suelen depender más de las decisiones estratégicas de los actores, según su fuerza relativa y sus expectativas de futuro, que de experiencias históricas anteriores del país, el ambiente constitucional internacional, la modernización económica y social o cualquier otro factor «estructural» previamente establecido. Desde esta perspectiva, un régimen parlamentario y un sistema electoral «mayoritario» basado en distritos uninominales aparecen como opciones probables en Cuba después de Castro. Este proceso podría ser promovido por medios legales mediante una reforma constitucional limitada. Sin embargo, puede suscitar un nivel más bien alto de bipolarización y conflicto entre los gobernantes en el poder y la oposición, tendente a la formación de dos bloques enfrentados.

Como se verá, este análisis se basa en algunas experiencias previas de cambio político, especialmente el llamado «modelo español» de transición a la democracia «desde arriba» en los años setenta y ciertos procesos de reformas de los regímenes comunistas de Europa oriental a finales de los ochenta y primeros noventa, así como en algunos pronósticos razonables y prudentes sobre Cuba.

MODELOS DE TRANSICIÓN

Cabe distinguir dos fases en un proceso de transición y decisiones institucionales. Los arreglos preelectorales suelen

estar dominados por las negociaciones de actores con expectativas inciertas. En cambio, las opciones constitucionales más estables que suelen adoptarse tras las primeras elecciones pueden basarse en un conocimiento más sólido de la fuerza relativa de los actores, medida con sus votos, aunque también las decisiones poselectorales están condicionadas en alguna medida por la incertidumbre con respecto al futuro.

Me centraré en los arreglos preelectorales con la intención de identificar ciertas condiciones legales para el inicio de un proceso de reforma política en Cuba. Los posibles cambios posteriores hacia un régimen democrático más estable dependerían en parte de esta primera fase.

Observando las recientes transiciones desde regímenes dominados por el Partido Comunista en Europa oriental, cabe distinguir tres modelos de estrategias institucionales. En primer lugar, cuando los arreglos preelectorales están dominados por transacciones *desde arriba* entre fracciones 'duras' y 'blandas' de los gobernantes, sin que la oposición desempeñe un papel relevante, los gobernantes suelen ser optimistas acerca de sus oportunidades de mantener el control y tienden a imponer instituciones que favorecen la unidad y la concentración del poder. Éstas incluyen un sistema electoral mayoritario (que sólo permite llegar al gobierno y sobrevivir a dos partidos grandes), un régimen parlamentario con una sola cámara y un estado centralizado.

Éstas eran de hecho las instituciones legalmente existentes al inicio de los procesos de cambio en Europa oriental y lo son también en Cuba, como mostraré más adelante. Con la dominación de un solo partido y unas elecciones no-competitivas, estos mecanismos eran papel mojado, pero en algunos casos pudieron ser mantenidos para convocar elecciones multipartidistas sin grandes cambios constitucionales. Así pues, se preservaron bastantes elementos de continuidad institucional con el típico modelo soviético en aquellos casos en que los gobernantes comunistas pudieron imponer las reglas del juego al inicio del proceso de cambio y la oposición era relativamente débil, como por ejemplo en la mayoría de las repúblicas de la ex-Unión Soviética (excepto las Bálticas).

En segundo lugar, cuando la relación de fuerzas entre los gobernantes y la oposición es más igualada, lo cual suele reflejarse en negociaciones en una *Mesa Redonda* y en una política de «reconciliación nacional», los actores tienden a pactar fórmulas de compromiso y de división de poderes con la intención de tener más oportunidades de obtener representación y evitar su exclusión del poder institucional. Así, en las Mesas Redondas de Polonia y Hungría se pactaron fórmulas como unas elecciones semi-competitivas con escaños reservados para los comunistas, sistemas electorales mixtos de principio mayoritario y representación proporcional, y la creación de instancias separadas como un presidente elegido aparte del parlamento y una segunda cámara.

Por último, en la tercera situación estratégica la oposición tiene la iniciativa, como suele suceder en los casos de *colapso* del régimen autoritario típicamente provocado por algún acontecimiento externo inesperado, como un conflicto de fronteras o la derrota en una guerra. Cuando se produce una tal imprevista quiebra del régimen autoritario, como en los casos de Alemania

oriental y Checoslovaquia, los gobernantes no han evolucionado hacia posiciones blandas ni han promovido un proceso de moderada liberalización. Los cambios son espectaculares y rápidos y es más probable que haya innovación institucional y se adopten fórmulas que permitan pluralismo y división de poderes (incluida la representación proporcional). Más claramente que en las otras dos situaciones, el proceso puede conducir a la elección de una asamblea constituyente sin restricciones previas con respecto a las decisiones institucionales.

Obsérvese que explicamos las preferencias de los actores por motivos de auto-interés. Los gobernantes optimistas con respecto a su futuro apoyo electoral prefieren mantener fórmulas de concentración del poder. Los movimientos de oposición, en cambio, pueden preferir fórmulas pluralistas, incluso cuando prevén una clara victoria sobre los ex-autoritarios, porque lo que llamamos 'la oposición' suele ser una coalición multipartidista que tiende a dividirse en varios partidos que compiten entre sí cuando la democratización avanza (como fue el caso, por ejemplo, de Solidaridad en Polonia, los Frentes Populares en las Repúblicas Bálticas, el Foro Cívico en Checoslovaquia, etc.). Mientras que los antiguos gobernantes autoritarios tienden a unirse en una plataforma común ante las elecciones, los movimientos de oposición están más interesados en crear oportunidades para el futuro desarrollo de múltiples partidos rivales a partir de sus filas provisionalmente unidas. (Una discusión más detallada de las estrategias institucionales en los procesos de transición puede encontrarse en Colomer, 1991, 1995a, y las fuentes que allí se indican.)

EL FUTURO DE CUBA

De los tres posibles modelos de transición a la democracia que acabo de presentar, la 'Mesa Redonda' parece el menos apropiado para analizar el presente proceso cubano. Este modelo implica negociaciones formales y más bien equilibradas entre gobernantes blandos y la oposición, pero estos dos actores clave han sido relativamente débiles en Cuba hasta ahora. La posibilidad de una fracción blanda entre los gobernantes cubanos sólo ha aparecido recientemente, acompañando la liberalización económica. La oposición anticastrista en la isla es particularmente débil, sobre todo como consecuencia del continuo y masivo flujo de exiliados y emigrados a los Estados Unidos desde la revolución. Por decirlo con palabras de Hirschman, en Cuba la «salida» se ha desarrollado durante muchos años a costa de la «voz».

El modelo alternativo de «colapso» súbito de la dictadura corresponde en gran medida a los objetivos de los grupos más influyentes del exilio cubano en Miami. Es cierto que el potencial de protestas en la isla no debería ser subestimado, pese a la capacidad que ha tenido el régimen castrista de sobrevivir al derrumbe de la URSS y los peores momentos de crisis económica en 1994-95. Sin embargo, uno de los problemas del modelo de cambio por «colapso» reside en el incierto acontecimiento crítico o 'detonante' que podría transformar la insatisfacción en revuelta. El contagio entre países vecinos fue muy importante para difundir movimientos de protesta en Europa central, tanto a través de conflictos de fronteras como a través de las minorías étnicas en otros Estados.

Sin embargo, esta perspectiva parece descartada en Cuba debido a su condición insular y a la ausencia de regímenes similares en la región. Tampoco Cuba está ahora implicada en ninguna guerra exterior. Y la hipótesis de una intervención directa de los EEUU no se ha contemplado desde 1962, no está en la agenda del actual Gobierno norteamericano.

Por lo tanto, los desarrollos más probables en Cuba podrían encajar mejor en el primer modelo de transición «desde arriba», que se basa en transacciones entre fracciones de los gobernantes autoritarios sin un destacado papel inicial de la oposición, y se mueve a un ritmo relativamente lento. Desarrollaré aquí esta hipótesis con respecto a sus implicaciones para las reformas constitucionales e institucionales. (Esbocé una discusión previa de las posibles vías de cambio en Cuba en Colomer, 1995b.)

Antes de entrar en el núcleo del tema, creo conveniente llamar la atención sobre dos aspectos cruciales de este «modelo» de transición en el que los gobernantes salientes desempeñan el papel de iniciativa principal. En primer lugar, las reformas económicas por sí mismas, como la liberalización de los mercados y la apertura a las inversiones extranjeras, no comportan necesariamente democratización política, como el caso de China, entre muchos otros, muestra claramente. Las reformas políticas pueden ser facilitadas por la apertura económica y la flexibilidad social, pero no hay una relación determinista entre ellas.

En segundo lugar, es altamente improbable que Fidel Castro vaya a encabezar o permita que otros encabecen un proceso de reforma política que implique una reducción sustancial de su poder personal. Muchos rasgos psicológicos de su personalidad sugieren esta razonable observación, junto con la tendencia de Castro a resistir cualquier amenaza con una reacción maximalista representada habitualmente con lemas como «Patria o muerte», «Victoria o muerte» o «Socialismo o muerte».

De hecho, todo proyecto de ‘perestroika’ para Cuba fue rechazado por los hermanos Castro desde el principio. En 1986 Fidel lanzó un programa de «rectificación» exactamente en contra de la corriente en la Unión Soviética del momento, dirigida innovadoramente por Mijail Gorbachev. A principios de 1989, el proceso y la ejecución del General Arnaldo Ochoa, el Coronel Antonio de la Guardia y otros previno la formación de una «macro-facción» en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Algunos episodios posteriores incluyen la sentencia de prisión impuesta a José Abrantes, ministro del Interior durante el juicio a Ochoa; la remoción del presidente de la Asamblea Nacional Juan Escalona, como consecuencia de su plan de traspasar a otra persona la Presidencia del Consejo de ministros, el menos poderoso de los cargos de Fidel; y la expulsión del Partido del miembro del Politburó Carlos Aldana, quien aparentemente albergaba un plan parecido. Aunque el régimen cubano ha tenido un fuerte componente militar desde el principio, debido a su origen guerrillero y al gran tamaño e influencia de sus Fuerzas Armadas, a lo largo de los años de crisis 1986-92 parece haber tenido lugar algo parecido a *un golpe militar rampante*. Desde 1993, Fidel y el alto mando militar, especialmente el Vice-presidente Raúl Castro y un grupo de Generales, incluidos Abelardo

Colomé y Ulises Rosales, controlan la situación, incluida la iniciativa y la supervisión de cualquier reforma económica o política.

EL MODELO 'ESPAÑOL' DE TRANSICIÓN 'DESDE ARRIBA'

Con todas las precauciones señaladas, las páginas que siguen deberían ser consideradas como un ejercicio de razonamiento lógico a partir del supuesto de que es posible un proceso de transición «desde arriba» en Cuba tras el fallecimiento de Fidel Castro. El paralelo con la transición española de 1976-1978 es explícito. (Para un análisis estratégico y formal de los episodios clave de la transición a la democracia en España, incluida la inicial reforma política por medios legales y la ulterior elaboración de una nueva Constitución por consenso, con participación de la oposición, véase Colomer 1990, 1998.)

Básicamente, el guión hipotético que aquí se toma en consideración es el siguiente:

PRIMERO, tras la desaparición de Fidel, su sucesor se da cuenta de que no puede gobernar como él, es decir, con una extrema concentración de poder personal, manteniendo una relación directa con el pueblo al margen de las instituciones políticas, los demás gobernantes y el aparato administrativo, y sustentándose en el apoyo y el miedo popular derivados de su conquista originaria del poder y de su peculiar personalidad.

SEGUNDO, una persona o un equipo, civil o militar, pero en cualquier caso con firme control sobre las FAR, introduce reformas constitucionales por medios legales. De acuerdo con las disposiciones vigentes, esto requiere la aprobación por una mayoría de dos tercios en la Asamblea Nacional del Poder Popular y una mayoría popular en referendun.

TERCERO, una intensa actividad legislativa regula los derechos políticos, especialmente legalizando los partidos políticos y la libertad de expresión, reforma el código penal y establece una nueva ley electoral (un punto que discutiré más adelante).

CUARTO, bajo estas nuevas regulaciones, los gobernantes en el poder convocan una elección parlamentaria competitiva.

QUINTO, los resultados electorales, que son inciertos de antemano, determinan si cabe establecer un nuevo equilibrio político mediante la introducción de algunas enmiendas a la Constitución actual o mediante la elaboración de un documento completamente nuevo.

La inspiración española de este esquema es evidente. Se excluyen de esta hipótesis posibles alternativas como una sustitución temprana de los gobernantes por los líderes del exilio, un gobierno pre-electoral de concentración nacional con participación de la oposición, represalias contra los autoritarios al estilo de los juicios de Nuremberg, etc.

En esta particular perspectiva comparada, hay dos puntos que merecen atención. Primero, el Gobierno que condujo con éxito a España por medios legales a las primeras elecciones en 1977, un año y medio después de la muerte del General Francisco Franco, no pidió a la Asamblea franquista que aprobara una «reforma política», es decir, un nuevo modelo constitucional, sino una «ley

para la reforma política». De este modo, los reformistas del régimen autoritario pudieron promover una reforma parcial y moderada del marco institucional autoritario y se dieron a sí mismos y a los franquistas ‘duros’ ciertas garantías y expectativas razonables de que se preservarían algunos elementos de continuidad (incluida la forma monárquica del régimen que había sido establecida por Franco). En particular, intentaron asegurar que se evitarían venganzas contra los ex-autoritarios (en contraste con lo que había ocurrido en Alemania, Francia e Italia al final de la Segunda guerra mundial y, mucho más recientemente, en Portugal y Grecia en 1974-75). Pero al aprobar una ley sólo «para» la reforma política también transfirieron muchas decisiones importantes con respecto a las instituciones y la Constitución a un proceso pos-electoral ulterior e incierto.

SEGUNDO, como sugerencia para algunas especulaciones con respecto a Cuba, vale la pena señalar que la mayor parte de los políticos españoles que se habían destacado como ‘blandos’ (en aquel tiempo se les solía llamar ‘evolucionistas’) durante el régimen del General Franco fracasaron en sus tentativas de promover reformas políticas con posterioridad; en cambio, la exitosa empresa de la transición española fue obra principal de personas más jóvenes que habían ocupado sólo posiciones oficiales de segunda fila en vida de Franco. Asimismo, la mayoría de los líderes de la oposición durante la transición (con unas pocas excepciones notorias) eran miembros de una nueva generación que habría crecido durante el régimen autoritario y no estaban directamente vinculados al régimen anterior al franquismo. (Con estas observaciones aludo a otros paralelos trazados entre la transición española y ciertos pronósticos para Cuba, en particular los de Wayne Smith, 1996.)¹

REFORMAS CONSTITUCIONALES PRE-ELECTORALES

La Constitución vigente

La actual Constitución cubana fue establecida en febrero de 1976, poco después de la celebración del primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en el período de máxima influencia soviética en la isla. Todo el texto constitucional quedó embebido de la ideología marxista-leninista y del modelo soviético de instituciones políticas.

Tras la disolución de la URSS y el consiguiente hundimiento de la economía cubana, la Asamblea Nacional de Cuba procedió a aprobar unánimemente una reforma constitucional que afectó a 79 artículos (de los 141 que tenía el texto constitucional). Cabe subrayar que esto creó un precedente para futuras reformas. Básicamente, la reforma constitucional aprobada por la Asamblea Nacional el 10-12 de julio de 1992 incluyó los siguientes aspectos:

¹ En esta perspectiva hipotética de reformas post-Castro, no sólo la personalidad de Fidel, sino su longevidad aparecen como una variable relevante. Francisco Franco, por ejemplo, tenía 83 años de edad cuando murió, una edad que Castro alcanzaría en el año 2009; Kim Il-Sung, el otro líder comunista duradero, pudo gobernar Corea del Norte durante 46 años, un logro que Castro conseguiría en el 2005, a la edad de 79 años. La longevidad de los padres de Castro y su propia vitalidad pueden sugerir que batir estos records no es algo que quede fuera de su alcance.

PRIMERO, la redefinición ideológica del Estado y del Partido eliminó las anteriores referencias a la Unión Soviética y a la comunidad de países socialistas, el internacionalismo proletario, el derecho de los pueblos a la violencia revolucionaria, el papel dirigente de la clase obrera, las relaciones socialistas de producción, la legalidad socialista, el materialismo científico, la educación en el espíritu del comunismo y el centralismo democrático. Se añadieron referencias a América Latina y el Caribe, a José Martí, la nación cubana y la educación patriótica. Se mantuvieron algunas referencias al marxismo-leninismo.

SEGUNDO, la libertad religiosa y la separación de la Iglesia y el Estado fueron explícitamente reconocidas y garantizadas (tras una previa aceptación de los creyentes en el Partido Comunista); la familia fue reconocida como «la célula fundamental de la sociedad» con «responsabilidad y funciones esenciales» en la educación y la formación de las nuevas generaciones; y se estableció la posibilidad de instituciones educativas no estatales.

TERCERO, se dio autonomía financiera y comercial a las empresas públicas; se abrió el sistema económico a la creación de empresas privadas y a las inversiones extranjeras, así como a la posibilidad de privatizar granjas y otras empresas estatales.

CUARTO, las enmiendas civiles y políticas incluyeron la autonomía de la Juventud Comunista respecto del Partido; la eliminación del estatuto constitucional de la Confederación de Trabajadores Cubanos, los Comités para la Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas y otras organizaciones sociales oficiales (abriendo así la puerta a cierto pluralismo social); la supresión de la denegación de ciudadanía a «quienes en territorio extranjero actúan contra las instituciones socialistas y revolucionarias de Cuba»; la introducción de elecciones directas a las Asambleas provinciales y nacional, en contraste con su anterior elección indirecta desde las asambleas municipales; y la creación de los Consejos Populares como entidades administrativas territoriales.

QUINTO, como una nueva medida de reserva para hacer frente a los riesgos de esta limitada 'apertura', se estableció que en caso de peligro el Presidente del Consejo de Estado podría declarar el estado de emergencia. En esta perspectiva se crearon un nuevo Consejo de Defensa Nacional, así como consejos de defensa provinciales, municipales y de zona. Se reforzaron los poderes del Presidente del Consejo de Estado sobre las Fuerzas Armadas.

Continuidad constitucional

Un análisis del texto de la Constitución de la República de Cuba tras las enmiendas de 1992 en la perspectiva de hacer viable un proceso de reforma política sugiere lo siguiente. Con respecto a los fundamentos del Estado, y a pesar de los cambios mencionados, la presente Constitución define al Estado cubano con fines socialistas y anti-imperialistas y con principios internacionalistas. Evidentemente esto restringe las posibles políticas que pueden ser ejecutadas por los órganos constitucionales. Sin embargo, no necesariamente impide una elección competitiva entre candidaturas con diferentes fines y principios, incluso contrarios a la Constitución, especialmente si los participantes someten

la posibilidad de ulteriores decisiones constitucionales a la nueva Asamblea creada como resultado de esa elección.

Con respecto a las instituciones políticas, hay dos disposiciones que pueden condicionar fuertemente los futuros arreglos institucionales, pero que podrían permanecer intactas para la primera elección competitiva: la forma parlamentaria del régimen y el principio mayoritario del sistema electoral.

La República de Cuba es un régimen parlamentario, en el que la Asamblea elige al Presidente del Consejo de Estado, el cual es al mismo tiempo Jefe del Estado y Jefe del Gobierno. Aunque el Presidente del Consejo de Estado es una figura muy poderosa (resaltada por supuesto por la personalidad de Fidel Castro), es elegido por mayoría de la Asamblea y es responsable ante ella. El primer Vice-presidente (Raúl Castro en la actualidad) debe ejercer las funciones de Presidente cuando éste muera, pero la Asamblea ha de elegir un nuevo Presidente (Artículos 74, 75, 76, 94).

Con objeto de predecir posibles desarrollos en Cuba, es interesante señalar que en muchos casos de transiciones en Europa oriental con parecidas fórmulas iniciales de régimen parlamentario, los comunistas intentaron introducir una elección separada del Presidente. La explicación básica de esta estrategia es que los comunistas tenían más confianza en las posibilidades electorales de algunos de sus conocidos líderes nacionales que en las de muchos de los desacreditados candidatos de partido que deberían competir en unas elecciones parlamentarias. Concretamente, en 1990 Gorbachev ya había conseguido introducir una enmienda constitucional para la elección directa del Presidente soviético, pero debido a la pronta disolución de la URSS la elección correspondiente nunca tuvo lugar. Sin embargo, las doce repúblicas de la URSS (aparte de las Bálticas) introdujeron la elección directa de sus Presidentes a partir de 1991.

En otros casos de Europa oriental, parece que cuanto más poderoso fue el papel de los comunistas en los procesos de transición, más se acercaron a este objetivo. En las negociaciones de la Mesa Redonda en Polonia, la Presidencia de la República fue reservada para los comunistas; los comunistas húngaros también insistieron en la introducción de una elección directa del Presidente en sus negociaciones con la oposición, pero su propuesta fue derrotada en dos referendums sucesivos; en Bulgaria una Presidencia algo más débil fue inicialmente reservada para los comunistas y sometida a elección directa con posterioridad. En las Repúblicas Bálticas, las fracciones nacionalistas de los comunistas que gozaban de una cierta popularidad también intentaron introducir una elección directa del Presidente desde el principio, pero sólo lo lograron en Estonia en una ocasión y en Lituania a partir de las segundas elecciones (bajo una nueva Constitución). Las elecciones presidenciales, en cambio, no fueron ni siquiera consideradas en los casos de transiciones por colapso súbito del régimen autoritario en los que la oposición desempeñó un destacado papel de iniciativa, como en Alemania oriental y Checoslovaquia.

Este análisis sugiere que en un proceso hipotético de reformas en Cuba dominado por los gobernantes en el poder, la incertidumbre sobre las expectativas electorales de los comunistas podría inducirles a abandonar la fórmula

parlamentaria e introducir una elección directa del Presidente. Apoyándose en la experiencia de una figura tan personalista como la de Fidel Castro, podrían tener la tentación de reemplazarle con una figura con similares poderes. Sin embargo, esta estrategia sería altamente arriesgada para los comunistas si no tuvieran un candidato con un atractivo similar y podría favorecer, en cambio, la emergencia de alguna personalidad fuerte en las filas de la oposición.

De acuerdo con las disposiciones constitucionales para el sistema electoral, los diputados de la Asamblea Nacional y los delegados a las asambleas municipales y provinciales en Cuba son elegidos por la regla de la mayoría (Artículo 136). Este principio constitucional no impide la sustitución de la actual ley electoral, como se verá enseguida. Pero, como principio general, el principio mayoritario puede ser razonablemente apropiado para las expectativas probables de los gobernantes en el poder en un proceso hipotético dominado por reformas «desde arriba».

También este punto puede ser ilustrado con lo que ocurrió en la primera elección semi-competitiva al Congreso del Pueblo de la Unión Soviética en 1989, así como en la mayor parte de sus repúblicas con posterioridad. Allí donde los comunistas tuvieron suficiente poder para imponer las reglas del juego de la primera elección, intentaron preservar los distritos uninominales y la regla de la mayoría como elementos básicos del sistema electoral. De nuevo la explicación de esta estrategia es que los comunistas tenían más confianza en las posibilidades electorales de algunos de sus bien conocidos miembros individuales que en las del desacreditado partido (el cual aparece como el candidato significativo en las elecciones en distritos plurinominales con representación proporcional). Como puede verse, un mismo cálculo adverso al riesgo de los gobernantes dominantes puede tener implicaciones a favor de la innovación institucional con respecto a la elección presidencial y a favor de la continuidad institucional con respecto al sistema electoral.

Si este cálculo estratégico encajara en la situación en Cuba en el hipotético proceso de reforma que hemos supuesto al principio, una implicación muy significativa sería que forzaría a la oposición a competir en las elecciones como un bloque unido, ya que cualquier fragmentación de sus filas sólo daría ventaja a los comunistas presuntamente unidos. El resultado probable sería un alto nivel de bipolarización política entre los dos bloques enfrentados de los gobernantes salientes y la oposición.

Reformas constitucionales

Al menos dos reformas constitucionales parecen indispensables para convocar una elección competitiva con participación de la oposición. Estas reformas afectan al papel del Partido Comunista y a las garantías de las libertades civiles y políticas.

El artículo 5 de la Constitución, que establece que el Partido Comunista de Cuba es «la fuerza dirigente suprema de la sociedad y del Estado», es un obstáculo clave al pluralismo político. Debería ser eliminado al inicio de cualquier reforma que pretendiera incluir a grupos de la oposición, del mismo modo

como artículos parecidos fueron eliminados de las constituciones en Europa oriental hacia el inicio de los procesos de reformas.

Las restricciones a las libertades civiles y políticas se encuentran en muchas disposiciones constitucionales de Cuba. Al menos dos artículos incluyen barreras que deberían ser removidas para permitir un nivel mínimo de pluralismo político. Éstas son los artículos 53, que excluye la propiedad privada de la prensa, la radio, la televisión y el cine, y 62, que restringe las libertades a quienes las ejerzan de acuerdo con los fines del Estado socialista, el socialismo y el comunismo. Entre los requerimientos básicos de una elección que pueda considerarse equitativa se cuenta, por supuesto, una prensa libre, así como el acceso de la oposición a la radio y la tv públicas.

Éstas y otras reformas constitucionales deben ser aprobadas por la Asamblea Nacional del Poder Popular, «el único órgano de la República con autoridad constituyente y legislativa» (Artículos 70, 75). De acuerdo con las disposiciones de la Constitución para las reformas constitucionales, la Constitución misma puede ser modificada por la Asamblea Nacional con una mayoría cualificada de dos tercios. Si la modificación está relacionada con la regulación de «los derechos y deberes», como sería el caso con respecto a la libertad de expresión y de prensa, también debe ser aprobada por una mayoría de los ciudadanos en un referendun convocado por la Asamblea (Artículo 137).

Tal como he sugerido, ciertas decisiones constitucionales tomadas con anterioridad en Cuba podrían ayudar a que estas ulteriores reformas fuesen viables y mantuvieran la observancia de los procedimientos legales. En primer lugar, la reforma mínima aquí sugerida para hacer posible una elección competitiva es mucho menos extensa que la reforma constitucional aprobada por la Asamblea en 1992, y por tanto no debería aparecer como algo inalcanzable. Así como la disolución de la URSS motivó una amplia reforma constitucional, el hecho singular de la desaparición de Fidel Castro justificaría una iniciativa de alcance al menos similar. En segundo lugar, la aprobación inicial de la Constitución por referendun en 1976 podría hacer que cualquier modificación futura por referendun apareciera tan legítima ante los ojos de los partidarios del régimen como lo fue la Constitución misma desde el principio. Estos precedentes permitirían empezar un proceso que, en palabras de un exfranquista promotor de la reforma política en España en 1976-77, iría «de la ley a la ley», es decir, de la Constitución legal de Cuba, que fue hecha a medida para el régimen comunista, a una Constitución legal, parcial o totalmente nueva, que establecería un gobierno representativo y protegería el pluralismo político, sin ninguna quiebra de la legalidad en el camino.

UNA NUEVA LEY ELECTORAL

Como he indicado, una de las decisiones legislativas en la primera fase del proceso de reforma debería ser el establecimiento de una nueva ley electoral. Antes de discutir algunas posibles alternativas, examinaré las actuales reglas electorales y su funcionamiento. (La información oficial disponible sobre las elecciones de 1992-93 y 1997-98 procede en su mayor parte del diario *Granma*

y otras publicaciones oficiales, así como de las compilaciones de Castañeda, 1993, y Muñiz, 1993. La ley electoral fue publicada en la *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 2 de noviembre de 1992.)

La reforma constitucional de 1992 introdujo elecciones directas a las asambleas provinciales y nacionales, en contraste con su anterior elección indirecta desde las asambleas municipales. Aunque este cambio se presentó con una cierta alharaca como una gran innovación, de hecho simplemente reprodujo la elección directa de los soviets regionales y supremo que, en contraste con su anterior elección indirecta desde los soviets locales, fue introducida en la URSS tras la Constitución de 1936. Todos los demás regímenes comunistas de Europa oriental establecidos en la segunda mitad de los años cuarenta celebraron elecciones directas al Parlamento nacional desde el principio. En Cuba la elección de la Asamblea Nacional debe tener lugar cada cinco años, mientras que las de las asambleas provinciales y municipales están previstas cada dos años y medio (estos períodos coinciden exactamente con el del Soviet Supremo y el de los soviets regionales y locales, respectivamente, en la URSS). Todas las elecciones están sometidas a fuertes restricciones legales, como la que señala que cada votante debe elegir candidatos sólo sobre la base de sus cualidades y capacidades personales, sin tomar en cuenta ninguna posición sobre los temas ni ninguna propuesta política o ideológica, y la exclusión de campañas electorales propiamente dichas.

Las reglas electorales para las asambleas municipales son distintas que para las asambleas provinciales y nacional. Desde 1976, las asambleas municipales son elegidas en distritos uninominales con la regla de la mayoría, incluida una segunda vuelta por mayoría relativa si ningún candidato consigue una mayoría absoluta en la primera vuelta. El elemento clave es la designación de los candidatos, la cual es organizada a través de reuniones pre-electorales de votantes. De acuerdo con ciertas fuentes oficiales, alrededor de una mitad de los ciudadanos con derecho a voto asisten a estas reuniones previas, la mayoría de ellos mujeres y ancianos (Dilla et al., 1993, págs. 18-19). Los participantes votan a mano alzada. Cada pre-candidato es votado por separado, pero cada votante tiene el derecho de votar sólo por un pre-candidato. Esta combinación sugiere un estricto control sobre el voto de cada individuo por los organizadores de la reunión, ya que cada uno de los asistentes debe ser controlado al votar por su pre-candidato preferido para evitar que alguien vote varias veces. La característica más peculiar es que, de acuerdo con la ley, debe haber dos candidatos nominados para cada puesto a elegir en la asamblea, lo cual da una cierta posibilidad de elección a los votantes. Esta disposición contrasta con la práctica soviética tradicional de designar un solo candidato para cada puesto a cubrir y aparentemente ha creado oportunidades para elegir a un cierto número de delegados municipales no serviles y con cierta popularidad.

Las asambleas provinciales y nacional son elegidas en distritos municipales plurinominales. Para la Asamblea Nacional, cada distrito elige entre 2 y 5 diputados, hasta un total de 589 en 1993 y 601 en 1998. A diferencia de las elecciones municipales, la designación de los candidatos es bastante intrincada y de

hecho está estrechamente controlada desde arriba. Todos los delegados a las asambleas municipales pueden ser propuestos para ser nominados como candidatos a la Asamblea Nacional. Sin embargo, la nominación está en manos de la Comisión Electoral Nacional, la cual es nombrada por las direcciones nacionales de la Central de Trabajadores, de los Comités para la Defensa de la Revolución, de las Federaciones de Mujeres, de Campesinos y de Estudiantes, organizaciones oficiales únicas en sus correspondientes sectores fuertemente dominadas por los comunistas. A diferencia de lo que ocurría en la Unión Soviética, el Partido Comunista no nombra candidatos directamente, pero esto no impide un estricto control oficial de la selección de los candidatos. De acuerdo con la ley, la Comisión Electoral Nacional puede nombrar la mitad como máximo de los candidatos entre los delegados a las asambleas municipales. La Comisión nominó sólo 274 candidatos entre el muy amplio saco de 13.865 delegados municipales en 1993 y 278 entre 14.533 en 1998, por lo que tuvo la oportunidad evidente de seleccionar sólo leales del régimen. La mayoría de los candidatos a la Asamblea Nacional (el 54% en las dos ocasiones) fue seleccionada directamente por la Comisión Electoral. Los nominados son confirmados como candidatos por las asambleas municipales mediante voto a mano alzada.

La cuestión crucial es que, de acuerdo con una disposición explícita de la ley (Artículo 92), hay un solo candidato por cada puesto a cubrir en la Asamblea, sin opción para los votantes. Esta regulación no existía en la Unión Soviética. Según ciertos estudiosos, cuando se adoptó la Constitución soviética de 1936 hubo expectativas de que se permitiría una cierta competencia electoral, pero en las subsiguientes elecciones las candidaturas rivales fueron eliminadas por la policía (Carson, 1955, págs. 52, 63). En los regímenes comunistas de Polonia, Alemania oriental y Yugoslavia, en algunos distritos se nominaba más de un candidato por cargo a cubrir, aunque habitualmente se distinguía entre el candidato «escaño» y el candidato «excedente» (así mismo estrechamente controlado desde arriba), el cual se convertía en diputado «suplente» si obtenía una mayoría de votos. En Polonia y Alemania oriental la lista oficial de candidatos estaba formada por los distintos partidos fieles al «papel dirigente» de los comunistas; en el caso alemán los comunistas estaban en minoría en el Parlamento (Más detalles de estas formas de «pluralismo limitado» en Pravda, 1978). Obviamente, estas prácticas no convertían las elecciones en competitivas y equitativas; pero a partir de 1989 el sistema legal existente permitió introducir en varios casos una competición pluripartidista sin reformas legales drásticas.

La única opción que tiene el elector cubano de las asambleas provincial y nacional es votar por uno o por varios de los candidatos en el distrito (en una versión más bien perversa del 'voto aprobatorio', dada la ausencia de candidatos alternativos). El gobierno organiza fuertes campañas para votar en bloque, bajo el lema «Todos valen» en 1993 y «Voto unido» en 1998, una opción que es facilitada por la posibilidad de hacer un aspa en un gran círculo en la parte superior de la papeleta en vez de marcar individualmente los nombres

de los diversos candidatos. De acuerdo con los resultados oficiales, la participación fue del 99.6% y un 95% de los votantes votó en bloque en 1993, mientras que participó un 98.3% con 94.4% de voto en bloque en 1998. Por supuesto, en las dos ocasiones todos los candidatos fueron elegidos.

Si un candidato no obtuviera una mayoría de votos, dado que hay el mismo número de candidatos que puestos a cubrir, obviamente no existiría la posibilidad de una segunda vuelta de desempate. La disposición legal para esta inédita situación establece que nada menos que el Consejo de Estado puede elegir entre traspasar la elección a la asamblea municipal (creando así la posibilidad de nombrar a un candidato que hubiera sido rechazado por los votantes), dejar el escaño vacante y convocar una nueva elección con el mismo procedimiento.

La conclusión principal de este análisis es que, a pesar de cierta apertura en las elecciones municipales, la ley electoral de Cuba de 1992 no puede ser una herramienta válida para organizar una elección competitiva a la Asamblea Nacional. Debería aprobarse una nueva ley electoral. Si, como parece probable en un proceso hipotético de reformas dominado por la iniciativa de los gobernantes en el poder, los comunistas estuvieran interesados en mantener el mandato constitucional de la regla de la mayoría, deberían trazarse nuevos distritos uninominales. Otra situación menos probable podría conllevar alguna adaptación de los mecanismos previamente existentes, como el voto aprobatorio con regla de la mayoría relativa (lo cual podría favorecer la elección de candidatos de consenso). Sólo si la influencia de la oposición en las negociaciones previas fuera suficientemente fuerte o los comunistas fueran suficientemente pesimistas con respecto a sus posibilidades electorales, cabría prever la adopción de otras formas de listas no-bloqueadas con representación proporcional.

EN CONCLUSIÓN

1. He adoptado la hipótesis de que, tras la muerte de Fidel Castro, puede desarrollarse en Cuba un proceso de reforma política «desde arriba» con influencia significativa de los gobernantes en el poder. Este «modelo» está inspirado en la transición española de la segunda mitad de los años setenta y en ciertos procesos de transición desde el comunismo en Europa oriental a finales de los ochenta. El aspecto básico de este modelo es que en él se promueven reformas desde el régimen autoritario por medios legales. Quedan excluidas las represalias contra los ex-autoritarios y una completa ‘vuelta de la tortilla’ en la vida política.

2. Las reformas legales necesarias en Cuba para permitir una primera elección parlamentaria competitiva incluyen una reforma constitucional aprobada por la Asamblea Nacional saliente, la cual podría ser menos amplia que la reforma constitucional aprobada en 1992, así como su confirmación por referéndum popular, al modo como se aprobó la Constitución actual en 1976.

3. En esta hipótesis, es probable que se mantuvieran el esquema básico de régimen parlamentario y el principio electoral de la regla de la mayoría. Estos aspectos estarían en continuidad con las disposiciones constitucionales

existentes y, al mismo tiempo, corresponderían a la posición de unos gobernantes salientes con ventaja relativa para establecer las reglas del juego de la primera elección en su propio interés. Sin embargo, estas opciones institucionales también podrían suscitar un nivel relativamente alto de bipolarización política entre los comunistas en el poder y la oposición en forma de dos bloques enfrentados.

4. Sólo si las expectativas electorales de los gobernantes fueran relativamente pesimistas podrían éstos estar interesados en introducir una elección separada del Presidente para crear mayores oportunidades de mantener o alcanzar posiciones de poder. Una contienda presidencial directa también fomentaría la bipolarización entre los comunistas y la oposición. Sólo si la oposición tuviera un poder de negociación relativamente grande podría introducir un sistema electoral de representación proporcional (RP). Es, pues, poco probable que la típica combinación latinoamericana de presidencialismo y RP, que es habitualmente una fuente de conflictos entre Presidente y Parlamento, fuera adoptada al inicio de un proceso cubano de reformas «desde arriba».

5. Los estadios ulteriores de la construcción constitucional dependerían de los resultados inciertos de la primera elección, los cuales son particularmente difíciles de predecir tras un largo período de régimen autoritario. Otras experiencias de democratización muestran que los elementos de pluralismo institucional tienden a aumentar más que a disminuir cuando el proceso avanza, lo cual crea oportunidades para la política de consenso y para una amplia distribución de satisfacción política entre los diferentes grupos de la sociedad. Sin embargo, los pronósticos iniciales para Cuba presentados al principio de este artículo podrían hacer esta evolución relativamente difícil, al menos a medio plazo.

Referencias

- Carson, George Barr. 1955. *Electoral Practices in the USSR*. Nueva York: Praeger.
- Castañeda, Susana ed. 1993. *Proceso Electoral Cubano*. La Habana: Centro de Estudios sobre América.
- Colomer, Josep M. 1990. *El arte de la manipulación política*. Barcelona: Anagrama.
 - 1991. 'Transitions by Agreement. Modeling the Spanish Way', *The American Political Science Review*, 85, 4, págs. 1283-1302.
 - 1995a. 'Estrategias institucionales en Europa oriental', *Claves*, 49, enero-febrero.
 - 1995b. 'La vía cubana a la democracia', *Claves*, 51, abril.
 - 1998. *La transición a la democracia. El modelo español*. Barcelona: Anagrama.
- *Constitución de la República de Cuba*. La Habana: Editora Política.
- Dilla, Haroldo, Gerardo González y Ana-Teresa Vicentelli. 1993. 'Participación y desarrollo en los municipios cubanos'. La Habana: Centro de Estudios sobre América, ms. (in Castañeda, 1993).
- Muñoz, Mirta ed. 1993. *Elecciones en Cuba: ¿farsa o democracia?* Melbourne: Ocean Press.
- Pravda, Alex. 1978. 'Elections in Communist Party States', in Guy Hermet, Richard Rose y Alain Rouquié eds. *Elections Without Choice*. Nueva York: John Wiley.
- *República de Cuba. Ley Electoral*. 1992. La Habana: Asamblea Nacional del Poder Popular-Ediciones Entorno.
- Smith, Wayne. 1996. 'Cuba's Long Reform', *Foreign Affairs*, 75, 2, págs. 99-112.

La causa que refresca

José Miguel Sánchez (Yoss)

BIENVENIDA. Sí, YO SIEMPRE ESTOY AQUÍ, EN LA ENTRADA DEL AEROPUERTO O del hotel, esperando por ti. Veo en tu sonrisa que tú también me has reconocido a la primera ojeada. Yo soy lo que soñaste todos estos años, justamente lo que buscas. Tengo ojos mestizos y la piel mordida por el sol y el salitre, pelo indómito y músculos de trabajo y no de gimnasio. O lo que queda de esos músculos, porque, como bien sabes, la situación está dura. Tengo cara de intelectual autodidacta y partyman, todo en una sola pieza. Natural, encantadoramente medioharapiento. ¿Lo ves? En mis facciones está el peligro, el delicado riesgo del robo o la enfermedad venérea, pero también la dulzura de la caña, la sincera amistad, el buen salvaje de Rousseau. Bienvenida. Sí, yo seré tu guía.

¿Dónde quieres ir primero? Claro, al hotel... cinco estrellas, capital extranjero, of course, lleno de typical tropical, tan auténtico como un dólar impreso en papel higiénico. Para disfrutar de la piscina y asombrar a mi natividad con los milagros del aire acondicionado y el servicio de habitaciones. Para quejarte de los altos precios y de la falsa imagen de las giras y recorridos por la parte histórica de la ciudad, donde los guías hablan de colonizadores muy muy malos y de indios y negros muy muy buenos. Pero no te preocupes: eso también es parte del juego, el necesario preludeo.

Ahora, por supuesto, Amistur. Porque tengo un amigo que tiene un cuarto vacío y te lo alquilará por el simple encanto de tu sonrisa y una cifra casi ridícula en tu moneda fuerte duramente ganada con el sudor de tu frente. Por solidaridad proletaria, porque tú, se ve por encima de la ropa, no eres ni una millonaria ni una capitalista explotadora, y tu auto y tu casa no son tu culpa, sino la división Norte-Sur, al que le tocó le tocó, y comoquiera los dejaste lejos, en tu casa, y aquí no cuentan (Qué lástima). Sabemos que tú lanzaste adoquines en la Universidad, cuando el 68, y tienes prendidas con alfileres a tu pelo las canciones de Silvio y Pablito, y en tu cuarto el poster del Fidel. Y el pueblo unido jamás será vencido, y la sonrisa indígena y doliente de Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz, un gallardete del Frente Farabundo Martí y la foto de Camilo Torres, el cura guerrillero. Y por eso eres elemento activo en las tómbolas de ayuda a los niños huérfanos de Guatemala y discutes

hasta las once en el pub de la esquina de tu casa sobre la verdadera indentidad del subcomandante Marcos, y el futuro de las reformas en la isla.

No te preocupes, todos sabemos eso. Eres una de nosotros disfrutando de los colores y la inconstancia y el sabroso contacto latino del transporte público, en su variante hipersalvaje del metrobús, vulgo camello. Guarda (por el momento) tu moneda fuerte, entrégate al juego de la cola y de ser usuaria y no cliente. Mimetízate en pocas semanas, nadie te reconocerá, es la regla del juego. Serás una de nosotros, pese a tu tez lechosa y tu alta estatura, a tu pelo irrigado por los mejores champús, a tu metabolismo sin granos ni grasas sobrantes, a toda tu imagen de perfecta factura, de la que, lo sabemos, tú no tienes la culpa. Porque no se escoge el lugar donde nacer.

Tú nunca quisiste mirar los toros desde la barrera, la vida desde el ómnibus climatizado, la realidad desde la prensa. Ven, entonces. Vamos a los barrios marginales, marihuana, navaja y folklore, machismo y aguardiente, tan colorido, tan auténtico. No te cohibas, toma tus fotos. Es gratis. Vamos a la playa sin auto y sin nevera portátil, aunque tu dorador te delate y tampoco aquí puedas librarte de los niños que ruegan «una monedita, señora», y tengas que contener tu deseo del topless ante el sol del trópico. Ven, al concierto de la Nueva Trova, luego al del grupo de rock alternativo que canta en un exótico spanglish. Ven al underground, la otra cara de la moneda, con sus teatristas frustrados y sus poetas de vanguardia y sus etéreas, girovagantes damiselas de buena familia, mezclilla en sus ropas, letreros en mil idiomas, poses de crítica al gobierno pero siempre sonrisas afables. Ven, yo conozco todo. ¿Quieres oír de Bob Marley y el planeta rastafari? ¿De Carlos Varela y el mundo trova? ¿De Pello el Afrokán y la galaxia rumba? Yo soy el poste indicador de los caminos, ven. Bienvenida a la otra Ciudad Esmeralda, pequeña Dorothy.

A ti, claro, no te interesa ver lo otro. Eso que ya conoces, que no encaja en este ambiente tan paradisiaco de palmeras y salitre. No te llaman la atención ni las tiendas de autoservicio ni las discotecas ni las imitaciones de Mc Donalds, todo en dólares, claro. Ni la juventud de cromó que las ronda. Tú lo sabes, porque has leído a Bataille y a Foucault y a Leotard y hasta a Alvin Toffler, es la cultura pop que explotará como una burbuja, el desarrollo, lo artificial, lo falso, antifolklórico deshumanizado, sin alma... Sí, me apetece un helado, y yo tampoco tengo ganas de hacer cola, ¿entramos? Para esto te dije que guardaras tu moneda fuerte. ¡Fantásticos estos BURGUIS, eh?

He aquí tu pequeño ladrillo en el muro, tu obra de caridad focalizada. Se sabe que tú no puedes cambiar el mundo, ni nadie te lo pide. Que no eres rica ni estás entrenada para la lucha, porque si no... si tú tuvieras un lanzacohetes, algunos hijos de puta caerían, ¿verdad? ¿Conoces la canción de Bruce Cotburn, no es cierto? No lo tienes, pero tus escasos ahorros... es una buena idea dar esa fiesta, yo invitaré a todos, consigue tú la comida y la bebida, y si quieres algo más... ¿tal vez la ganja que nos acerca a Jah? también. La ley no importa mucho ¿verdad? La ley es la culpable, la ley la hizo el colonizador, nosotros haremos la trampa.

¿La estás pasando bien? Es hermoso lo bien que te sientes, lo satisfactorio de hacer regalos a quien no tiene. Gracias por este pantalón y el par de tenis,

no puedes imaginarte la falta que me hacían. ¿Quieres leer mis poemas? No los he publicado, no venden, la industria editorial es una mafia, pero, ¿verdad que te conmueven, te llegan, te ilustran la dura realidad? Y con el necesario fondo de optimismo de un pueblo que, a pesar de todo, lucha y no se rinde. Te regalo algunos... no importa, si logras publicarlos me mandas el libro... puedes mandarme otros libros, claro. Se supone que yo no sepa cuán cara es la cultura en esos países malos donde se hacen las cosas buenas.

Por supuesto, seis semanas es poco tiempo, tu novio allá no tendrá ni tiempo para extrañarte, con todo su trabajo en la productora de discos y las tasas de interés... ¿que es un asqueroso yuppie sin conciencia social? No digas eso, él también estuvo en las barricadas, pero claro, nunca se atrevió a venir, a confrontar su sueño con la realidad. Todo es distinto a como lo imaginaste entonces. Pero vale la pena, ¿no es cierto? Y ya tú sabías que la Tierra Prometida no era... no, no llores... o si tienes que hacerlo, aquí tienes mi hombro... no eres culpable, anda, límpiate esos preciosos ojos azules, ven conmigo, déjate hacer. Seis semanas es poco tiempo, pero pueden pasar muchas cosas...

Disfruta el tablero de ajedrez de mi cuero tostado sobre tu piel nívea, mientras te doy una y dos y cien veces jaque mate entre jadeos. ¿Tú eras de las que creía que eso de la virilidad afrocaribeña era otro mito? Y el cariño que empalaga del contacto continuo de los cuerpos sudorosos en el cuarto sin aire acondicionado, y tus orgasmos al principio silentes, contenidos, luego adaptándote a ésta, la escuela latina, del grito y el arañazo y la mala palabra desvirtuándose de su sentido ofensivo en medio de la pasión que borra las diferencias entre países. En la cama todos somos iguales ¿no? Y podrás nombrarme ipso facto dictador con plenos poderes en la República De Tu Cuerpo Horizontal (y vertical y hasta oblicuo, que hay que tener imaginación). Y pedirme que contigo nunca tenga esa democracia, ni monarquía constitucional ni nada civilizado, sólo este puro salvajismo que tanto te complace. La bella y la bestia, la turista y el nativo. La primermundista y el subdesarrollado.

Tú y yo sabemos que esto no tiene futuro, pero dice el zen que el mañana no existe. Ven a mi vida, conoce a mi familia. Mi hermano murió en la guerra, mi primo está preso... líos políticos, no, tú no entiendes... en realidad, él tampoco, por eso está preso. ¿Si alguien entiende?... Mira, ésta es una foto de mi hermana, se casó con un italiano y a veces escribe desde Milán, le va bien, pero ésa estaría igual debajo de una piedra con tal de tener ropa y comida y carro y video. Pero tú y yo sabemos que eso no lo es todo. Por eso estás aquí, ¿verdad? Porque para ti también hay algo más.

Le caes bien a mi mamá, ¿te fijaste? Y no te preocupes, no hablas tan mal el español, mis amigos se ríen siempre. Es que somos así, risueños, nos burlamos de todo. Es el choteo criollo. Pero también somos tristes, con la secular melancolía del indio extinto y el negro arrancado de su tierra. Somos como somos. No intentes explicarnos. Éste es el país de la Siguaraya. ¿Y eso qué significa? Ah, interesante... lástima que casi no quede tiempo.

Seis semanas es poco. Tenía que llegar este momento. ¿Quedarte conmigo? Por favor... Ya sabes que no se puede, no es tu mundo, no es igual que ir

de visita... ¿Yo? Me encantaría, claro, pero es tanto gasto... claro, si tú insistes... No llores, no hagas promesas falsas. Seis semanas son sólo mes y medio. Te arreglarás con tu novio. Él te quiere, no es tan yuppie después de todo. ¿Serías tan amable de llevar estas cartas? Es que el correo internacional, a veces... Claro, puedes escribirme. Conoces mi talla, no creo que vaya a engordar. Yo también te quiero, ya sé que tratarás de volver lo antes posible, embulla a tus amigas... los míos ya están ansiosos por conocerlas. Corre, que se te va el avión, no dejes tu bolsa de souvenirs, cuidado, se te cae el afiche de Camilo con el Che. El último beso. Buen viaje, linda...

Seis semanas son sólo mes y medio. Yo sólo soy un guía. En cierto modo un sacerdote, que he escuchado tu confesión del pecado de ser del Primer Mundo, de no pasar hambre, de tener cultura, de poder viajar, de no ser latina, de cambiar los sueños y el idealismo por la tranquilidad material. Y te absuelvo por tu penitencia de expiar tu culpa bendiciéndonos con moneda fuerte, con tu ingenua simpatía, con tus maletas que llegaron llenas y se van casi vacías, por tu caridad y tu satisfacción de estar haciendo algo por la justicia social. Yo te absuelvo y te dejo suficiente culpa para que regreses pronto, a esta Cuba de detrás de la postal, a este juego de máscaras que somos y eres, a esta identidad folklórica y postmoderna. Para que te sientas luchadora por la libertad, mujer activa, hembra con conciencia social, y en las noches después del cansancio del trabajo puedas dormirte con la sonrisa en los labios, porque tú estás ayudando a que el mundo ande mejor. Yo te absuelvo y renuevo en tu corazón la fe en la causa, una causa de seis semanas al año, de amor latino y sabor prohibido, de idealismo y sexo. Una causa hecha justo a tu medida de mujer atrapada en la vorágine de la vida moderna. Segura y cómoda, fácil de llevar. La causa que refresca.

Yamén, no faltaba más.



Carlos Alfonzo. *The City*. (1989)

Bar Mañana

Luis Manuel García

NO APARECE EN LAS GUÍAS TURÍSTICAS NI EN EL DIRECTORIO TELEFÓNICO, nadie en La Habana podrá indicarle su dirección exacta, su teléfono, la calle, cerca de qué, al ladito de dónde, ni siquiera el barrio donde puede preguntar por él. Pretender un práctico que lo conduzca por los procelosos cauces de la ciudad hasta sus puertas, es inútil. Algunos lo han situado en la frontera portuaria de La Habana Vieja, en el centro noctámbulo del Vedado, o en un mirador de Buenavista. Y hasta donde yo sé, todos tienen razón: el Bar Mañana habita en la ciudad, aunque en las oficinas de turismo eviten pronunciar su nombre. No es una mitomanía de algún canadiense con sobredosis de trópico, ansioso por derrotar a su vecino que recorrió en Ganges en quince días. Ni el *delirium tremens* de Manolo El Gago, que en-en-entre do-dos vasos de Chispaetrén altamente inflamable, me comunicó una noche que no era un cuento de camino, que e-e-existe de verdad verdad, mi herma mi herma mi hermanito, aunque el único camino para llegar es el de la pura casualidad, la suerte, el azar, el ya tú sabes, el averigua, inventa y arréglatelas como puedas. Los que han entrado alguna vez, evaden el tema. Me ha sido difícil recopilar información: desde los bares de mala muerte hasta los night clubs de la buena vida. Cada cual tiene su versión.

El abuelo Severino

tiene todos los achaques de la edad y tres o cuatro más de sobrecumplimiento: le gotea el grifo de la pirinola cuando orina y hay que cambiarle el calzoncillo cuatro veces al día; devuelve a golpes de tos los Montecristo que se fumó durante toda su vida; confunde a sus nietos y a veces no encuentra su casa en el mismo sitio al regreso del parque; incluso habla por teléfono con muertos que enterró hace veinte años. Pero recuerda con una fidelidad documental su infancia en Lalín cuando Primo de Rivera, el buque la Naviera Atlántica que lo condujo a través del océano en tercera clase; su primera visión del Morro, y sobre todo los alegres años de la guerra, cuando Hemingway cazaba submarinos en la cayería, y él cazaba mulatas en los bares del puerto. ¿El Bar Mañana? Cómo no. Acabadito de abrir. No se verá uno igual en mucho tiempo. Figúrate: la puerta toda de cristales y el anuncio en verde y amarillo sobre el arco de la entrada: **BAR MAÑANA (OPEN 24 HOURS)**. Todo el local iluminado de ámbar: ni blanco café, ni rojo bayú: mitad y

mitad. Y el olor, qué olor: alcohol dulzón con perfumes, respiraciones, nubes de humo rubio, el cuero de los butacones y las banquetas. En un pequeño escenario tras la barra, bailan por turnos una mulatona de concurso, y una trigueña de ojos verdes con el culo más redondo que un mapamundi. Al fondo está la ruleta (la primera de La Habana, creo) girando bajo un chorro de luz, al compás de Amalia y su culo interplanetario. Mientras el croupier vigila tieso como una estaca, los jugadores y los chismosos se arremolinan, gritan y chupan de sus vasos con una sed de condenados a muerte. A la derecha está el escenario de la jazz band, siempre de lo mejor, no vayas a pensar. Y la barra de cedro pulido: un espejo, mijo, limpiísima, hasta te puedes peinar en el reflejo de la madera. Pero noventa centavos la cerveza. Carísima. Claro que es un sitio de alto copete. Figúrate. Con el peso a 1,06 dólares. Una cerveza Hatuey helada en un vaso helado, y el pozuelito de maní tostado, y la mulata meneando el mundo, deja que la veas. Se te salen los ojos. Menos a Tony Mandarria, que fue boxeador de los completos, y le quedó el cerebro medio espachurrado a golpes. Pero el Don le cogió lástima y lo contrató para que se plantara en una esquina toda la noche, entre dos arecas, con su chaqueta a cuadros y sus zapatones del once y medio. Quieto parado. Tú ves la gritería y la jodedera que hay en cualquier sitio. Nada de nada. En el Bar Mañana no se mueve ni Dios, que cuando Tony Mandarria se te para al lado por andar armando escándalo, mejor te vas tú solito, antes que te suelte por la escalera de incendios pabajo, directo a los cubos de basura. Pero si el pendenciero es de billete, como un americano borracho que se pasó de gritón la semana pasada (creo, o el mes pasado, o el año pasado, no sé), Tony lo acompaña hasta la puerta y le dice algo al oído. Que hasta sabe hablar, aunque no lo parezca. No vuelven en una semana. Y Tony se para en su sitio, serio como una columna. Con la única que se ríe es con la rubita que vende cigarros. Cosa linda. Con su carita de Caperucita Roja. Yo siempre le compro una cajetilla, aunque lo mío son los Montecristo, tú sabes. Y en el doble fondo trae las cosas más raras: que si una medalla del Ejército Libertador, unos galones que fueron de los mambises, o el pomo de un machete que, dice ella, empuñó el propio Generalísimo. Demasiadas tetas para ser una anticuaria seria, le dije un día. Y se reía pechiparando el tetamento. Con tal de meterle el billete en la alcancía de sus tetas, hasta los que no fuman le compran su cajetilla. Allí hay de todo, mijo: mafiosos, chulos de éxito, policías de paisano (los de uniforme van noche por noche a recaudar impuestos), empresarios, hijitos de papá. Ésos son los más bulleros, pero hasta Tony les sonrío (diferente que a la rubia, ¿me entiendes?), y la mulata desenfunda a veces una teta en su honor. Como que tienen el billete suelto. Detrás de la ruleta, oculta por una cortina, está la oficina del Don: un hombre ventrudo, vestido de blanco hasta las sienes, que sale a beberse un Martini y a saludar a los habituales, o a entregarle un sobre azul a los policías del Coronel Urbano: *lizancia de apretura perpetua*, dice él, porque el español le sale medio enredado. Es el sitio más elegante de La Habana, mijo. Lástima que uno sea ya un viejo cagalitoso. Si no, me iba contigo ahora mismo,

nos tomábamos unos rones, y te presentaba a la mulata Amalia: una hembra total, no las lagartijas flacas que se buscan ustedes.

Arsenio Regalado, taxista,

vendedor de gasolina, tabacos Cohiba y bisutería de coral negro, guía turístico, guardaespaldas y representante artístico de Magaly y Yamilé, profesionales en la danza del (bajo) vientre, asegura que sí, que existió, pero en enero de 1960 ya lo habían cerrado. Fue el gobierno. Ocho años antes que viniera la Ofensiva aquélla y casi le ponen a La Habana entera un cartelito de **CERRADO POR REFORMAS**. Al Bar Mañana lo cogió la amoladora anticipada. Una vez estuve hablando con el barman de allí. Un hombre extraño: Bigote chorreado, los pelos largos (cuando aquello la onda era la mota Elvis o la rutina chuchera del Benny). Me contó que el Bar iba en picada desde que el dueño se fue. Yo lo había oído mentar: era un húngaro, creo, ¿o sería rumano? Un tipo alante: contrataba a los mejores músicos por almuerzo y ron cuando no los conocían ni sus parientes. Figúrate que en el Bar Mañana cantó el Beny de chiquito, la Elena Burke cuando era flaca, José Antonio Méndez cuando no tenía baches en la cara (ni acné juvenil le había salido), y hasta Portillo de la Luz venía de la escuela a descargar con su guitarrita. Alan-tísimo estaba el hombre. Los veía venir y los agarraba antes que llegaran.

Un curda titular y consuetudinario de Marianao

salió pitando de allí, porque aquello era una mierda, tú. Fue a mediados de los sesenta, que de eso no te acuerdas porque debías mearte en los pañales. Pero todavía La Habana era La Habana. ¿Me entiendes? Ahora es Luanda, o Ulan Bator, o Puerto Príncipe; pero La Habana, no. Sigo. Sigo. Y donde quiera, como quien dice, te podías bailar media botella de Matusalén, hoy contento y mañana bien. Pero aquello era un desierto. No había nada de nada. Un ron de séptima, cigarros y fósforos. Los anaqueles vacíos. El camareero suciango y sin afeitar. Un desastre, chico. Y para mí que yo estaba mareado ese día, porque te lo juro que tenían en la victrola un disco de los Van Van, y ésos no aparecieron hasta cinco años más tarde. ¿Te acuerdas? *Yo sé que van van, yo sé...* Y no fueron, asere. Los diez millones aquellos. Pero los Van Van sí fueron. Si yo lo digo: hasta que no pongan en este país un músico de presidente... Pa que le coja el ritmo al personal, ¿captas la onda? Sí. Es que me voy embalando, mi socio. Bueno, ya que estaba allí, me soplé un par de rones inmandables de aquéllos, y como tú sabes que ron sin conversación es la pura salación, pues me enredé a hablar con el barman, más cansado que chivo de carricoche. Tipango raro. El hombre me contó que el dueño se olió lo que venía y en el 57 —fíjate tú, en el 57, dos años antes que bajara la tropa del Patilla— vendió el bar y se piró pa la Yuma, que cuando eso no había molotera ni balseros, ni Hermanos al Rescate, que aquí cada uno se rescataba solito o no lo rescataba nadie. Pues el tipango tenía un olfato de Coco Chanel, tú

sabes. Se olía el pescado frito cuando tiraba el anzuelo. Dice que era un polaco de Alemania, un tal Pszczolkowski —ponme otro ron, pariente, que se me acaba de torcer la lengua con el apellido—, y que se olió lo del Hitler y la desgracia que les iba a caer, y lo jodíos que iban a estar los judíos, muchísimo antes. Y ahí mismitico dijo que Pichicoski hay uno solo y les dejó una raya de Berlín a La Habana. Vaya, que rayó el mapa de lado a lado, no vaya a ser que el Hitler me encuentre en los barrios de por aquí. Y eso porque no pudo llegar a Nueva York, que según el barman rarete, ésa era su onda. Y aquí puso su bar el polaco. Visión de telescopio tenía, y cuando vio las barbas del vecino acabaditas de llegar a la Sierra, que no habían ni bajado, dijo: Mejor pongo en remojo la cara, que yo soy lampiño. Lo vendió todo, compró dólares, y se fue sin decir adiós, como dice el Septeto. Y allá cogió puesto fijo antes que llegaran de a molote.

La viuda del primo de un vecino del barman

que se carteaba Vía México —tú sabes que en aquella época, cuando los gusanos no se habían convertido en mariposas, escribirse con el Norte era Harta Traición—, me contó que el hermano de su ex-marido, era vecino en Miami, puerta-con-puerta, del dueño del Bar Mañana, un tal Pszczloquesea. Dicen que el pobre hombre no cayó con el pie derecho. Ni con el izquierdo. Cayó de culo y había un clavo en el suelo. Puso un negocito de no sé qué y otro de qué sé yo; pero ninguno funcionaba. Que había tenido un olfato impecable para los negocios (decía). Que donde ponía el ojo nacía dinero como guayabas (decía también). Pero allá no se le dieron ni mamoncillos, la fruta más boba del mundo: chupa y recontrachupa pa no sacar ni sustancia. Allá el polaco perdió el olfato. Va y le dio sinusitis con eso del clima. Terminó vendiendo tickets para el tío vivo de la feria, bizco de alcohol barato. Nadie sabe si estaba borracho aquella tarde, pero él tan previsor (decía él), no pudo prever que un Pontiac del 68 cogería la curva a cincuenta millas y que lo lanzaría, ya cadáver, sobre el seto bien cuidado de Mss. Donovan.

El Compañero Esteban de la Cuadra,

jubilado del DOR, miembro del PCC, oficial de las MTT, ex-dirigente de la CTC, ex-combatiente quizás del MININT y presidente del CDR N° 18 del Municipio Arroyo Naranjo, encontró el Bar Mañana a inicios de los setenta, y por pura casualidad, cuando salía de una reunión en la JUCEPLAN y acudía a una cita con «El Compañero que nos Atiende» en el tercer banco, hilera derecha, del parque situado al costado del MINREX. Después de bajar, durante cuarenta y cinco minutos seguidos, orientaciones de uso externo (*Línea Política del Partido sobre información económica, teniendo en cuenta la situación internacional, la creciente agresividad del Imperialismo, las fraternales relaciones con la URSS y el Campo Socialista, y la etapa de tránsito hacia el Comunismo*) tenía la boca más seca que penca de bacalao noruego. Y le llamó la atención aquel lumínico: **Bar Mañana**

en azul cobalto sobre rojo bandera soviética. Mire, Compañero, cuando aquello la Revolución había eliminado casi todos los bares: centros de conspiración contrarrevolucionaria, antros de vagos y lumpens. A los pocos que quedaron, se les asignó una denominación acorde con una economía planificada: Unidad Etlíca 08-24 se llamaba ése de ahí. Y a aquel bar le habían puesto «Mañana». Una provocación. El Mañana, pregúnteselo a cualquiera, es patrimonio exclusivo del Partido. Por eso entré. No vaya a pensar otra cosa. Desde afuera no se oía nada, pero tan pronto abrí la puerta, estalló altísimo la música: unos melencidos gritaban un rock de ésos en el televisor. En inglés. Y la estantería tras la barra, repleta de licores extranjeros, propagandas de Heineken, Ballantine's. ¿Se imagina? Un antro aquello. Una pústula de la sociedad de consumo en medio de la Revolución. Pero el colmo es que cuando pedí una cerveza, el camarero me dijo que never (anote: N-e-v-e-r), que aquello era «**SÓLO PARA EXTRANJEROS**, pariente». ¿Cómo se atreve a decirme que un cubano, en su propio país, no tiene derecho...? ¿Cubano de Miami? Mire, hasta me subió la presión. ¿De Miami yo, un Combatiente de la Revolución? Pues entonces no hay cervecita, pariente. Si quieres te doy un vaso de agua y vete por la sombrita. Aquí todo es en dólares. Saqué el carné del Partido, para que aquel individuo supiera con quién estaba tratando. ¿Sabe lo que me dijo? ¿No sabe lo que me dijo? Que allí aceptaban Visa, American Express y Master Card, pero «esa mierda no». Mire, Compañero, me subió un vapor. ¿Qué se había creído aquel agente del Imperialismo? Salí volando y a los diez minutos regresé con la policía, al mismísimo sitio, estoy seguro. Pero (se lo juro) del bar aquel no había ni rastro, como si se hubiera esfumado. Increíble. Le entregué el informe a la Seguridad. Supe que pasaron el caso a la Sección de Búsqueda y Captura. Lo rastrearon por toda La Habana sin encontrarlo. Hasta «el Compañero que nos Atiende» me recomendó un chequeo, por si la tensión de trabajo y eso. Usted sabe. No me dijo que estuviera loco, pero mencionó no sé qué de alucinaciones y sicosis de guerra. Qué sicosis ni un carajo. Yo le juro que lo vi, Compañero. Por mi madre. Todavía ignoro si atraparon o no aquel bar prófugo de la justicia.

Lola la Fiera

ya está quitada de la vida (alegre), pero recuerda con mucho cariño el Bar Mañana, que frecuentó cada noche a fines de los ochenta: Era una Isla en la Isla. ¿Me entiendes, nene? En la calle había que estar al hilo: la vieja del CDR vigilaba cuándo entrabas y cuándo salías, si andabas con extranjeros, si entrabas con paquetes, si salías con paquetes (un paquete la vieja, vaya). Hasta se ponía a oler detrás de la ventana, como un perro mariguanero del aeropuerto, si freías un chuletón cuando por la libreta había tocado pollo de dieta. Los guardias te cargaban por deporte, te empapelaban, te registraban hasta el culo para sacarte los dólares, o te metían en la jaula sin decirte ni por qué ni por cuánto. Como los de zoonosis recogiendo perros sapos. Una desgracia, nene. Pero en el Mañana se ligaba al descaro, el dólar rodaba sin líos, el baño

tenía un ambientador permanente de mariguana, y policía que entraba, policía que salía por la otra puerta, con cara de astronauta en el planeta equivocado. Una locura, nene. Allí navegaban los más raros de La Habana: era como la máquina del tiempo: si veías a alguien con campanas, o con minifalda y botas del ejército, o con el pelo pintado de verde, o con media teta afuera; seguro seguro que dentro de tres o cuatro o cinco años, hasta los jubilados van a estar en esa onda. Y así con todo: la música de mañana, los bailes, el ambiente, los olores que serían, allí eran. Una locura, te lo digo yo. Pero *se acabó la diversión, llegó el Comandante y mandó a parar*: me echaron tres añejos por unos dolarillos, y cuando salí del tanque no pude tropezar con el Mañana ni buscándolo, que es cuando menos lo encuentras. Aunque no sé ni qué decirte. El otro día fui a un bar nuevo, de esos que hicieron en Miramar, y era como virar cinco años: igualito igualito. Vaya usted a saber lo que estarán haciendo ahora en el Mañana. Tirando cohetes a la Luna. Seguro. Alantísimo estarán. Una locura, nene, una locura.

El teniente Félix Urbano

de la Policía Nacional Revolucionaria asegura que más temprano que tarde localizarán y cerrarán ese bar clandestino, tan difícil de atrapar como el mercurio de un termómetro roto. Asegura que varios agentes lo han localizado, pero al salir en busca de refuerzos (sospechando que por su porte y aspecto muchos parroquianos serían fugitivos), jamás encontraron el camino de regreso. Aunque el caso más siniestro fue el del agente Rufino Salgado Gómez. Avisó a la central por su walkie-talkie: que se encontraba en el Bar Mañana, y ofreció sus coordenadas exactas. A pesar de que el operativo policial fue inmediato; al llegar sólo encontramos una vivienda en demolición. El rastreo minucioso del área descubrió a la mañana siguiente su walkie-talkie, su placa y su uniforme completo. Faltaba la pistola. El Sargento Salgado fue ascendido póstumamente, y desde el año pasado, una escuela primaria lleva su nombre. Sobre ese bar pende hoy una acusación de homicidio en primer grado, que no quedará impune. Puede usted estar seguro, compañero periodista. Por eso considero que debería esperar a que cerráramos el caso. No creo que hoy sea el momento políticamente oportuno para publicarlo. Las investigaciones continúan.

María Elena Gómez, viuda de Salgado,

aceptó contra su voluntad inaugurar la escuela que lleva el nombre de su hijo mayor «desaparecido heroicamente en cumplimiento del deber». Qué desaparecido ni desaparecido. Desapareció de la Policía, y de este país; pero los desaparecidos no escriben, ni mandan fotos, ni llaman por teléfono. Y esa... ese muchacho (¿o muchacha?) (ya no sé ni qué decir) llama todas las semanas y escribe cada mes. Yo se lo comuniqué a la Policía. Les dije que no perdieran el tiempo buscándolo. Mírelo aquí. Mírelo, Teniente. Pero me dijeron que ése

no era, que la CIA tiene aparatos para inventar fotos. Por Dios, que CIA ni CIA. No hay CIA que engañe a una madre, y ése (ésa) es Rufino, o como se llame ahora. Que estas fotos eran material restringido, que debía entregarlas como prueba, que ellos encontrarían a los asesinos de mi hijo. Qué ganas de comer catibía. Mírelo antes con su uniforme, y mírelo ahora. Y la Señora María Elena me muestra un mazo de fotos donde aparece una mulata opulenta, atiborrada de silicona y coronada por una sospechosa melena rubia. Es Rufino, o como se llame. El mismo. Sin pistola ni placa, con tetas y con un culo que ya quisiera yo en mis buenos tiempos, pero es mi hijo. Ganas me dan de ampliar la foto y mandársela al director de la escuela, para que los niños conozcan a su mártir.

Yo

no camino más. Y no camino. Me detengo bajo la sombra de un laurel en la Avenida Kohly. Desde las siete de la mañana he hecho dos entrevistas y veinte kilómetros bajo un sol que derrite el asfalto y las ideas. No camino más. Me siento sobre una escalinata de mármol. Espero que no viva nadie aquí, y sobre todo que no tengan perro. Apoyo la espalda en la balaustrada y cierro los ojos. Siento cómo cada poro se abre para recibir la leve brisa que viene del mar. Me quedaría aquí sentado una semana. O hasta que apareciera un ómnibus, un taxi, la alfombra de Aladino. No camino más. «Permiso». Ni me muevo. «Permiso, por favor». Una voz que no viene de mi subconsciente, sino de algún sitio sobre mi cabeza. «¿Se siente mal?» Abro los ojos. Es de noche. Increíble. ¿Me habré dormido? El hombre me mira preocupado. «¿Se siente mal?» No. Yo... Impecables como un anuncio de BMW, el hombre y la mujer me scanean de pies a cabeza con mirada de arqueólogos. Disculpen. Y me levanto para cederles el paso. Suben los diez escalones sin volver la vista. Yo los sigo hasta que trasponen la puerta de cristal: verde amarilla verde, al ritmo del neón que cierra como un arco la entrada: **BAR BAÑANA (OPEN 24 HOURS)**. Coñó. Eso no estaba aquí hace un momento. ¿Será posible? Parece que sí. Y me detengo ante la puerta. Apoyo la punta de los dedos en el cristal y siento la frialdad del aire acondicionado. Palpo en el bolsillo los míseros diez pesos, acurrucados (¿avergonzados?) en el fondo. Sea lo que sea. Y entro al local, inundado por una suave luz ámbar. El golpe de frío disipa mi sudor en un instante. El olor dulzón del alcohol se mezcla con perfumes, respiraciones, nubes de humo rubio, opacando el cuero de los butacones y las banquetas. En un pequeño escenario tras la barra, sin placa ni pistola, una mulata rellena de silicona hasta límites pornográficos, se enrosca como serpiente alrededor de una barra de acero. Al fondo, la ruleta gira bajo un potente cono halógeno, vigilada por el croupier como tallado en cera, un manojo de jugadores expectantes y una bandada de curiosos. La música zigzaguea por el salón como si emergiera de todas partes, apenas una levísima vibración corre sobre la madera pulida de la barra, que termina en las manos del barman, de pie ante mí, con una sonrisa profesional tatuada en la cara. ¿Qué va a beber el Señor? ¿Señor? ¿De cuándo a acá un cubano de a pie, que no pertenece al

Comité Central ni a la dolarocracia, periodista raso y con diez pesos arrugados, es Señor? ¿Cuánto vale una cerveza? Depende. ¿Hatuey, Heinecken, Miller, Coro...? Hatuey. Noventa centavos. ¿De dólar? No. De peso. Aunque si el Señor no ha podido comprar pesos, aceptamos dólares al cambio. ¿Qué cambio? El cambio del día. Hoy es... Un momento, por favor. 1:1,06. ¿Un dólar por 1,06 pesos? No. Un peso por 1,06 dólares. ¿Pesos como éstos? Y coloco sobre la mesa la cara arrugada de Máximo Gómez. Exactamente, Señor. Tráigame una Hatuey, por favor. Con cara de beduino huérfano de camello a cien kilómetros del oasis más próximo, miro la cerveza fluir dentro del vaso helado. Me la bebo de un golpe y pido otra. Mientras rumio maní tostado, escucho un susurro a mis espaldas. Un hombre de mirada raída me tiende la mano huesuda; musita algo que no entiendo, por amor de Dios (quizás). Recuerdo que en mi bolsillo yace un peso huérfano de padre y madre, y se lo entrego. La cara del hombre se ilumina como un verano en Varadero. Ni que le hubiera dado un dólar. Pero se esfuma tras la espalda del gorila con chaqueta a cuadros que lo lleva en vilo hasta una puerta lateral. Regresa, se mete algo en el bolsillo de la americana, y me mira sin ver con sus ojos neutros, antes de reinstalarse entre dos arcas sobre el pedestal de sus zapatones once y medio. Una muchacha pasa vendiendo cigarros. No, gracias. Levanta a medias la tapa de la cajuela. Tengo emblemas, condecoraciones, medallas. ¿Medallas? Muestra un amplio surtido de grados militares, órdenes al mérito, distintivos del Partido, escudos de la policía, y hasta una medalla de Héroe Nacional del Trabajo. No, gracias. Y se va, de mesa en mesa, con sus Malboro, sus Camel, sus tetas extra ining y su chatarra. Al fondo, un hombre grita y manotea en inglés al croupier, que sólo mueve las cejas. El gorila acompaña al discutiador hasta la puerta y le desea buenas noches al oído. La mulatona ha cedido el turno a una trigüeña apocalíptica (¿será capitán de artillería?), aunque la barra y el meneo se mantienen. Una bandada de muchachones entra. Ocupan el centro del salón con aire de dueños, y silban a la trigüeña, que desenfunda una teta en su honor. Aplausos prolongados. Sin mediar palabra, un camarero cubre su mesa de saladitos, vasos, cubitera y dos botellas de Chivas Regal. Hasta el gorila les sonrío (increíble, no tiene colmillos), a pesar de que arman más escándalo que el yanqui borracho. Dos policías entran y se colocan a hurtadillas en la esquina menos visible. Se armó la jodedera. Pero los policías sólo miran embelesados el nalgamento de la trigüeña, mientras el barman llama por teléfono. Desde una cortina que oculta la pared del fondo viene un hombre ventruado, vestido de blanco hasta las sienes, y se acerca a los policías, que se cuadran como reclutas ante su comandante en jefe. *Mias saludas a la Coronel Urbano*. Y les entrega un sobre azul tamaño carta. Los policías echan una última ojeada a la trigüeña y se marchan tan subrepticamente como entraron. Éstos tienen cara de astronautas que no se equivocaron de planeta, pienso y concluyo la tercera cerveza. Tres Hatuey en fila india son demasiados indios para mi vejiga. Sin abrir las fauces, me responde el gorila con un dedo índice del tamaño de un plátano: Al fondo a la derecha. Y en el baño orino una cerveza completa. El espejo me devuelve la imagen de mí

mismo con el pelo engominado, una corbata a rayas y un traje gris acero. Desde arriba examino mi figura que no es mía: el pasador de oro, el cinto marrón, los pantalones de muselina, los mocasines Martinelli. No puede ser. No puede. Pero mi cara es la misma. La herida que me hice ayer en el pulgar izquierdo. El lunar que heredé de mi abuela. Tengo que irme de aquí. La cuenta, por favor. Le dejo un peso de propina y cuando estoy a punto de salir, el gorila me detiene. Se jodió la mona. De aquí no salgo. Pero el hombre me señala hacia la barra, donde el barman sostiene una Sansonite. Su portafolios, Señor. Eso no es mío. ¿Seguro? Segurísimo. Revísela, por favor. Usted entró con ella. Y efectivamente, dentro están mis papeles, mi grabadora suturada con tape azul. Gracias. Y por fin salgo hacia los últimos rescoldos de la tarde. Camino sin mirar atrás hasta la Avenida 41. Dos Ladas agonizantes y un Chevrolet del 50 esperan el cambio de luces, un ómnibus adornado con racimos de pasajeros se vuela la parada entre los hijoeputa chofer de la gente, y un cardumen de bicicletas sudorosas. Respiro aliviado cuando descubro la pizzería cerrada por reparaciones, el mercadito cerrado por reparaciones, el país cerrado por reparaciones. Una brisa caliente viene desde la Lisa y el Salón Rosado permanece en silencio. Subo hasta 43 para evitar las aguas albañales que borbotean en la acera y por fin me desplomo en mi sofá, que cruje como siempre. Cuelgo tras la puerta mi vieja mochila y extraigo los papeles, la grabadora, la caja de Populares. Mientras el cigarro humea en el cenicero, me quito las botas y el pulóver. Vacío los bolsillos del pantalón y descubro con pavor el billete de cinco pesos. No puede ser. Lo coloco sobre la mesa, al lado de la Olivetti. No puede ser. Miro en otra dirección, mastico un pedazo de pan, oteo hacia la calle oscura como boca de lobo, pero al regresar, el billete sigue ahí, burlándose de mi asombro. Quizás una ducha me extirpe ese maldito bar de la memoria. Pero hoy no hay agua. Lleno en el tanque un cubo de veinticinco litros y me lo echo por encima. Cuando salgo, me siento ante la máquina y miro hacia el techo. Le vendría bien una mano de pintura. Terapia de realidad real que suprima la realidad virtual (No está. No está. No está). Confío en el poder persuasivo de la insistencia. Autohipnosis. Pero el billete sigue allí, e intento vencer mi pavor examinándolo: República de Cuba, eso está bien. Pero no existen billetes azules de cinco pesos. No existen billetes con la cara de Narciso López. No existe ningún puñetero billete que diga **En Dios confiamos**. No existe, coño, no existe. Y después de leer el año de emisión, voy rompiendo, meticulosamente, las páginas donde he transcrito mis entrevistas, mis sospechas, las ridículas teorías que hasta hoy formaban la columna vertebral de mi artículo. No. Quizás no sea el momento políticamente oportuno para publicarlo. Ni para pensarlo. Ni para sospecharlo. Quizás ese bar sea una alucinación colectiva. No se puede mear hoy la cerveza que me tomé mañana. Y decido cepillarme los dientes y acostarme antes que esta mierda me vuelva loco. Escupo en el lavabo: agua blanquecina de dentífrico donde flotan diminutas cascarillas de maní tostado. Pero echo dos jarros de agua y todas se van por el tragante sin decir adiós, y esperemos que para no volver, como decía el Septeto.

A la mañana siguiente, sobre la máquina de escribir, hay un billete verde de cinco pesos, Patria o Muerte, desde el que Antonio Maceo me mira con su patriótica cara de tranca. La de siempre. Puedo beberme con tranquilidad el primer café de la mañana y apuntarme con alivio a la aplastante mayoría: el Bar Mañana no existe. Se lo explicaré a Guillermo: No existe. No ha existido. No se puede escribir un artículo de ciencia-ficción. Que me envíe a entrevistar a los macheteros que ganaron la emulación, al que inventó la bicicleta de tumbar cocos o a la abuelita de Manicaragua que es teniente de las milicias. Cualquier cosa. Ni Bar ni Mañana. Hoy es el único mañana de ayer. Y en la esquina compro una caja de Populares, me deshago de dos Maceos, entre ellos el fatídico billete (por si acaso) y recibo tres pesos manoseados que examino casi con cariño: Un peso correcto, con su Patriaomuerte y su Martí, que me mira por encima del hombro. Otro peso sin problemas ideológicos: República de Cuba, Banco Nacional, respaldo en oro... bla, bla, bla. Pero en el último, el Apóstol de la Patria que todos los niños del país tienen de busto presente a la entrada de la escuela, el inequívoco, el intocable, el autor material de aquella independencia, el presunto (está por confirmarse la sentencia) autor intelectual de esta otra; el mismo José Martí y Pérez —quizás a costa de la inscripción que orla los bajos del billete: *Ni en Dios confiamos*—, se ríe a carcajadas.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)

Mariel en el extremo de la cultura

Iván de la Nuez

EN EL MES DE MARZO DE 1997, PEDRO MEDINA, PRESIDIARIO de origen cubano fue electrocutado en una prisión de Tallahassee, Estado de Florida. Ese día no funcionó bien la silla eléctrica y al espectáculo, ya por sí mismo brutal de contemplar una condena a muerte, se sumó el hecho de que al reo fue necesario darle diversas descargas para consumar la ejecución. Pronto los abolicionistas emprendieron largas discusiones sobre lo sucedido, sobre todo si tenemos en cuenta que la hija de la víctima sostuvo todo el tiempo que el cubano no era en ningún caso el asesino.

Por esos mismos días, la estrella pop Madonna dio a luz su primera hija –a la que llamó Lourdes María, en español– cuyo padre es el joven cubano Carlos León. La noticia del alumbramiento de la estrella del espectáculo y la muerte –terriblemente espectacular– de Pedro Medina no tendrían ninguna conexión especial, salvo porque había dos cubanos involucrados en ellas. Sin embargo, hay algo más. Pedro Medina y Carlos León salieron de Cuba en 1980 por el éxodo Mariel-Cayo Hueso, junto a otros 125.000 cubanos, expulsados de su país bajo el epítome de «escorias». Rápidamente la filosofía de grupo afloró otra vez entre los «marielitos». Mientras unos comentaron sin disimular su orgullo que Madonna tenía una hija casi «marielita», de «uno de los nuestros», Juan Abreu fustigaba en su columna dominical del *Diario de Las Américas* la ejecución y el espeluznante espectáculo de la misma, para afirmar que a Pedro Medina lo habían electrocutado por «pobre, por negro y por marielito». Las noticias de esos días nos ofrecen un panorama de dos extremos del Mariel y, aún más, nos hacen pensar que Mariel es, en sí mismo, *el extremo*. Un espacio en una cota inclasificable de la cultura cubana que todavía está por descifrar en muchos aspectos.

Al grupo Mariel vale la pena acercarse más desde una cartografía que desde la ideología o la historia, aunque ni la una ni la otra han dejado de merodearlo. Semejante cartografía puede abordar las diferentes formas de expresión artística o las diversas ciudades en las que habitan. La Generación Mariel abarca la narrativa, las artes plásticas, la poesía, la música, el periodismo, la enseñanza universitaria, el teatro. Y los miembros de esta generación habitan y trabajan en ciudades tan diferentes como Miami, Nueva York, Nuevo México o Chicago.

Pese a que, cuando se piensa en Mariel, como grupo intelectual, suele situarse en un cono de luz a Reinaldo Arenas y, acaso, al artista plástico Carlos Alfonzo –espacio alcanzado con todo merecimiento– esa promoción ha dado nombres de envergadura en sus respectivos campos de creación. Es el caso de Carlos Victoria o Guillermo Rosales (narrativa), Alfredo Triff o Ricardo Eddy Martínez (música), Jesús Ferrera Balanquet (videoarte), Juan Boza o Juan Abreu (artes plásticas), René Ariza o José Abreu Felipe (dramaturgia), Esteban Luis Cárdenas y Roberto Valero (poesía).

Éstos y otros autores, sin embargo, han sido ignorados con frecuencia en determinadas antologías, por varios críticos extranjeros (y casi la totalidad de críticos cubanos de la isla), así como por cierta cultura oficial del exilio cubano, una fracción de la cual ha mirado siempre con reserva –acaso con temor– a este grupo clasificado de «escoria» por el régimen cubano en 1980, un seudónimo que fue asumido en diversa escala por parte de la comunidad cubana en el destierro, que trató con reserva a estos sujetos que arribaban a esa «tácita de oro» construida por el exilio y que ahora cambiaba de ritmo, de maneras, de compases y, claro está, de color. Pensar, sin embargo, que Mariel –como grupo, como generación, incluso como proyecto editorial– ha sido poco aceptado en el campo de la cultura oficial cubana no se debe sólo a los prejuicios raciales, clasistas, sexuales o económicos del exilio tradicional cubano hasta 1980. Hay fenómenos que configuran esta especie de *no-lugar* de los miembros del grupo. Fenómenos que abarcan desde la izquierda hasta la derecha y tienen resonancias estéticas, culturales y políticas.

Cuando tiene lugar el éxodo Mariel-Cayo Hueso hay una política de acercamiento entre una parte de la comunidad del exilio y el gobierno cubano. De pronto, esos 125.000 prófugos no encajan en la distensión de las relaciones gobierno cubano-exilio ni en el discurso de mejoramiento de la imagen pública del régimen cubano que los representantes del diálogo intentaban por esas fechas. Como quiera que se mirara, los marielitos desvirtuaban los postulados del diálogo: si Cuba tenía los éxitos en educación, justicia social e integración ciudadana que le reconocía esta fracción del exilio al proyecto de la Revolución, entonces, ¿cómo es posible que produjera esa enorme cantidad de escoria social, dispuesta a todo por salir del paraíso comunista? O al contrario, si todo lo que viajó en el éxodo no fue la lacra social, sino que allí iban intelectuales, profesionales, trabajadores, estudiantes, ¿cómo explicar que tanta gente «normal» desertara del citado paraíso? La llegada del grupo y las posteriores declaraciones de sus integrantes, sobre todo de Arenas, trajó

como consecuencia una agria polémica entre los sectores de izquierda en el exilio y los miembros más radicales de Mariel.

Con el exilio tradicional las cosas no fueron mejores. El éxodo del Mariel les puso delante la otra realidad de un país también negro, pagano, homosexual, iconoclasta y plebeyo. Les situó frente a un espejo terrible que la comunidad cubana de Miami había olvidado o querido olvidar. Dos novelas narran este desencuentro de una manera ejemplar: *El portero*, de Arenas y *Boarding Home*, de Guillermo Rosales. En *El portero*, desde las primeras páginas, Arenas ataca directamente sobre la actitud que se encuentra un joven recién llegado a Miami y la conducta de este exilio: «¿Qué querían ustedes? ¿Que le ofreciéramos nuestras piscinas? Que así, por su linda cara (...) le abriéramos las puertas de nuestras residencias en Coral Gables, que le entregáramos nuestro carro del año para que conquistase a nuestras hijas que con tanto esmero hemos educado, y que lo dejáramos, en fin, vivir la dulce vida sin antes conocer el precio que en este mundo hay que pagar por cada bocanada de aire?»

Boarding Home, de la que *Encuentro* ofrece un fragmento en este número, narra la vida de un escritor (sin duda el propio Rosales) desde que llega a Miami huyendo del castrismo hasta que, incapaz de adaptarse a la realidad de la ciudad, es repudiado por su familia. «Ellos esperaban un escritor famoso pero lo que llegó fui yo». El protagonista, finalmente, termina en un asilo para desamparados y locos. «Se llamaba Boarding Home pero yo sabía que sería mi tumba». Así comienza el libro.

La impronta de la imagen de Mariel fue tan impactante que *Scarface*, el brillante *remake* de Brian de Palma –protagonizado por Al Pacino– está basado en la historia de un marielito que termina siendo un capo del narcotráfico. Muchos cubanos se sintieron indignados con la película por la imagen negativa que ofrecía de esta comunidad. Sobre todo por los temas de la drogadicción, el incesto y la sordidez del personaje. Pero lo que está claro es que esos temas oscuros de la sociedad cubana (y algunos otros) habían sido trabajados por Reinaldo Arenas mucho antes –y algún tiempo después– de un modo directo y desenfadado.

Tal vez la generación Mariel debería ser leída como lo hace Greil Marcus con el punk y otros movimientos culturales «de baja intensidad», en su libro *Rastros de carmín*. Es decir, modos y discursos culturales que dejan una huella en la cultura contemporánea pero que no llegan jamás a hacerse dominantes. Una especie de bomba que surte efectos varias décadas después, cuando se produce su estallido retardado. Un rastro de carmín que puede ser borrado del rostro, pero no de la memoria. Es, tal vez, por eso que tantos miembros del grupo tienen a la memoria como leit motiv de sus respectivos trabajos. Una memoria singular por cierto, porque no está en ningún caso nublada por la nostalgia, como en la generación de los cincuenta o, más recientemente, como en algunos artistas y escritores de los ochenta.

La singularidad de Mariel en la cultura cubana está, según creo, más en ese *no lugar* que en su vanguardismo. Recordemos que Mariel se coloca justo entre la etapa stalinista más dura de los años 70 y la relativa apertura producida en

los 80, que trajo una radical negación de las poéticas anteriores. En los años 70 había una filosofía stalinista o similar para explicar el arte que allí se producía, mientras que los años 80 consiguieron un cuerpo de ideas propio de las poéticas posmodernistas. Mariel tiene una desconexión entre sus poéticas y las formas de cifrarlas en el campo de las ideas. Los artistas y escritores del Grupo Mariel se quedan, entonces, en un espacio distinto, en una playa sin salida entre el mundo de las poéticas modernas del compromiso oficial de los 70 y el mundo posterior más cínico de los posmodernistas. De hecho, es un grupo que no forma parte de la cultura oficial del stalinismo de los 70, es expulsado del país, no consigue formar parte de las nuevas tendencias de los años 80 y, para rematar, no se implica en la cultura oficial del exilio tradicional. De ahí que en varios miembros de la Generación Mariel muchas veces se mezclen contenidos iconoclastas con formas convencionales de producir la pintura, la novela o la poesía. Como si el estrecho del Golfo mediara entre las tramas narradas y las formas de significarlas. Si tomamos un género como el ensayo, que suele ser reducido en cualquier época, vemos que la Generación Mariel construye ciertos discursos de gran transgresión sobre los que reflexiona, sin embargo, de manera convencional. Un caso sintomático es el de Arenas, quien consigue innovaciones importantes en novelas como *Celestino antes del alba*, *Cecilia Valdés o la loma del ángel*, *Otra vez el mar* o *El color del verano*, pero suele escribir unos ensayos más bien convencionales inscritos en una tradición que sus novelas se han encargado de demoler. Es curioso al respecto que teniendo Arenas una influencia relativamente importante de Albert Camus –por cierto escasamente apuntada por sus estudiosos–, su colección de ensayos, *Necesidad de libertad*, tenga el aliento de Sartre desde el mismo título, algo que le horrorizaría desde luego.

La descolocación del grupo Mariel tiene otras explicaciones, algunas de éstas radican en las formas extremas –y extremistas– que muchas veces ha asumido su discurso. El anticomunismo radical de muchos de sus miembros los ha llevado a compartir, en términos declamatorios, rasgos de la retórica de ese exilio oficial que nunca los ha asimilado muy bien. En el otro extremo, sus diatribas con la oligarquía tradicional del mundo de Miami no ha sido menor. A ésta la han atacado con frases tales como «burguesía», «clase poderosa», «élite», muy próximas a cualquier ortodoxia comunista de este mundo (incluyendo la cubana). Un conocido miembro y fundador de la revista *Mariel* ha llegado a escribir al respecto que no encuentra muchas diferencias entre las diversas tendencias del exilio cubano, pues todos coinciden «el domingo en la iglesia y el lunes en la puerta del banco». Estas posiciones no son gratuitas. La Generación Mariel vivió una experiencia traumática en una Habana extremista, su salida del país es la más traumática en la historia de la revolución, vapuleados por las hordas en los tristemente célebres mítines de repudio. Fue también difícil su inserción en un exilio que vivía con la mitad de su conciencia en una Cuba pre-59 ya que estos descamisados llegaron para confirmarles que esa Cuba añorada estaba muerta y enterrada. Cuando se ha vivido en situaciones de ese tipo no es demasiado fácil dejar de colocarse en un extremo. Otro

punto a favor de esta desubicación en la cultura cubana es que la mayoría de la Generación Mariel no gozó de las prebendas como intelectuales orgánicos del régimen cubano. De hecho, muchos llevaban una vida marginal en la Cuba de los 70 y, por tanto, tuvieron que «hacerse» en un exilio generalmente inhóspito. Si tomamos la revista *Mariel*, hay que convenir, además, que la filosofía que estaba detrás del grupo más radical era igualmente «extraña» para la cultura cubana de esa época: Sade, Djilas. Por no hablar de la búsqueda de autores consagrados aunque olvidados en los medios oficiales del exilio como Lydia Cabrera o Eugenio Florit.

Jesús Barquet apunta una serie de consideraciones en su ensayo sobre la Generación Mariel, con el que concuerdo en sus líneas centrales. Ésta es la razón por la que he evitado nombres y he preferido rendir una especie de informe sobre el montaje de este dossier de *Encuentro*. En todo caso, lo que yo entiendo por Generación Mariel no implica exclusivamente al grupo de artistas y escritores que participaron en los sucesos de la Embajada del Perú y en el éxodo posterior Mariel-Cayo Hueso al compás de «que se vaya la escoria». Mi perspectiva es algo más extensa. Desde un punto de vista cronológico, el antecedente de la revista *Mariel*, por ejemplo, tal vez lo podríamos encontrar en las tertulias que varios miembros del grupo llevaban a cabo en el Parque Lenin, algo que ha apuntado Reinaldo Arenas en *Antes que anochezca*, su autobiografía.

Otro punto a destacar en la mayoría de los miembros de la Generación Mariel es su obstinación por dejar una obra hecha –desde esa perspectiva trascendental que le han concedido siempre a la literatura y el arte– por encima de toda adversidad. El homenaje que representa este dossier de *Encuentro* está obligado a ser también, necesariamente, un recordatorio. Son muchos los que hoy no tienen idea de lo que ocurrió en Mariel ni de la tragedia que para la historia y la cultura cubanas se vivió en aquellas fechas. Recordarlo es presentar una de las grandes heridas de la nación cubana y una enorme fractura en su proyecto cultural.

El Mariel trazó una línea negra sobre la corriente del Golfo que subvirtió los usos políticos, cotidianos y culturales del exilio y la revolución. Fue, acaso, la única invasión exitosa dentro de la tensa relación entre Cuba y Estados Unidos (y entre la isla y su exilio). Pero fue exitosa en la medida que no favoreció a ninguna parte y las destabilizó a todas. Fue una especie de erótica, por las pulsiones y estremecimientos que puso en juego. Pudo más que las guerrillas de La Habana frente al «Imperio», como una invasión inesperada y «bárbara». Y pudo más que cualquier tropa mercenaria armada desde la costa del Norte, porque fue una tropa que jugó para sí misma. En 1980 la revolución fue menos revolución que nunca y el exilio estuvo menos lejos que nunca. En Mariel se comenzó a quebrar, verdaderamente, el muro que cada cubano ha construido, soportado y transgredido en los últimos cuarenta años.

La generación del Mariel

EN EL SIGUIENTE TRABAJO ME PROPONGO PRESENTAR EL grupo literario cubano conocido como la «generación del Mariel», explicar –desde sus propias palabras– sus motivaciones ideoestéticas y describir brevemente su actividad literaria en el exilio desde 1980. Su mayor visibilidad como grupo ocurrió con la aparición en 1983 de la revista de literatura y arte *Mariel*. En su primera época (1983-1985) la revista se editaba en Nueva York; su Consejo de Dirección lo formaban Reinaldo Arenas, Juan Abreu y Reinaldo García Ramos, quienes también conformaban su Consejo de Editores, al lado de Roberto Valero, Carlos Victoria, Luis de la Paz y René Cifuentes. Más tarde se sumó Marcia Morgado al Consejo de Editores. Otros escritores que, desde las páginas de *Mariel* y/o desde otras publicaciones, se revelarán como parte del grupo del Mariel son Miguel Correa, Rafael Bordao, Jesús J. Barquet, Carlos A. Díaz, Andrés Reynaldo, Manuel M. Serpa (también conocido como Manuel Matías), Milton Martínez, Rolando Morelli, Guillermo Hernández y Pedro F. Báez, entre otros. Este trabajo ahondará en las propuestas de los escritores, pero el grupo contó también con artistas plásticos, tales como Carlos José Alfonso, Ernesto Briel, Jesús Selgas, Juan Boza y Gilberto Ruiz. Igualmente notamos la ausencia –hasta ahora– de escritoras dentro del grupo.

En términos estrictamente literarios, la propia denominación de «generación del Mariel» resulta problemática y dudosa para muchos, por cuanto no responde a factores propiamente intraliterarios sino más bien a factores extraliterarios. En lo intraliterario, no creo posible detectar ninguna orientación estilística que sea común a todos: los caracteriza «la diferenciación», afirma Valero («La generación» 14). Si bien en el terreno semántico son detectables las huellas, más o menos evidentes, de un abordaje crítico a veces altisonante y abiertamente antioficialista de la realidad cubana posterior a 1959 (abordaje que hacía a

Jesús J. Barquet

muchos de estos autores impublicables dentro de la Isla), las formas literarias escogidas por cada autor para expresar ese descontento e irreverencia ante cualquier autoridad se caracterizan por su eclecticismo y carácter antiprogramático. Coinciden, pues, en aspectos tales como el tono de angustia y furia (Abreu, «Art») y las imágenes de libertad y opresión (Bertot) que aparecen recurrentemente en sus textos. Sobre dicho tono anota el marielito Abreu lo siguiente:

What they [los escritores del Mariel] have in common is a way of perceiving certain things. Anguish, for instance. Anguish reigns in their works. Also a feeling of displacement, or having been violently torn out from the roots... There's a kind of fury that I think is conditioned by the fact that we lived in a society that attempted to eliminate any authentic form of expression, and that superimposed on the individual a mask and a simulation. Since art is the search for authenticity, and you lived inside a capsule in which you were watched 24 hours a day, there's a kind of energy that's cumulative, and that's the extra baggage of my generation. («Art» 12)¹

Por su parte, la crítica literaria Lillian Bertot, cubano-americana formada en los Estados Unidos e identificada con los propósitos del grupo del Mariel, asegura que

At no other time in Cuban literature have the images of freedom and oppression been as prevalent as in the texts of the Mariel generation... So reiterative are [these] images, that it appears as if urgency had supplanted originality. The double sign freedom / oppression reverberates in their individual creations as well as in their work as a group. (22)²

Es en lo extraliterario, por otra parte, donde se encuentran múltiples elementos de cohesión del grupo; el más importante lo constituye la común experiencia histórica del gobierno de Fidel Castro por más de veinte años. La «generación del Mariel» es «la generación de exiliados cubanos que ha padecido veinte años de dictadura», afirma Arenas («La generación» 2). Al respecto nos dice Correa:

¹ Lo que tienen en común (los escritores del Mariel) es su manera de percibir ciertas cosas. La angustia, por ejemplo. La angustia domina sus obras. También un sentimiento de desplazamiento, de haber sido arrancados violentamente de sus raíces... Hay una especie de furia que creo que se debe al hecho de que vivíamos en una sociedad que intentaba eliminar toda forma de expresión auténtica, que le imponía al individuo la máscara y la simulación. Dado que el arte es la búsqueda de la autenticidad, y uno vivía dentro de una cápsula vigilada 24 horas al día, hay una especie de energía que es acumulativa, y esa es la carga adicional de mi generación. (Art. 12).

² En ningún otro momento de la literatura cubana han estado tan presentes las imágenes de libertad y opresión como en los textos de la generación del Mariel... Tan reiterativas son (estas imágenes), que parece como si la urgencia hubiera suplantado a la originalidad. Ese doble signo libertad/opresión reverbera tanto en sus creaciones individuales como en su obra como grupo. (22).

La misma palabra «Mariel» explica nuestra procedencia: escapados de Cuba. Los artistas que integran esta generación son los que, de una forma u otra, «formó» la dictadura comunista de Fidel Castro en veintitantos años de histeria y represión. Creo que no ha existido un grupo generacional con un marco histórico tan extremadamente uniforme, tan idéntico, como el nuestro. Las mismas rejas que estrenó René Ariza, las conocieron Valero y Arenas. La misma represión sin salida, el mismo ciclo de persecuciones y arrestos, los mismos interrogatorios infernales. Las purgas y los trabajos forzados los conocimos todos en el mismo país y casi hasta a la misma hora. Las mismas amenazas, el chantaje comunista (el más cruel de los tiempos modernos) y el acoso físico los sufrimos todos a la vez. Es que hasta nuestros sufrimientos, nuestros sueños y alegrías son tan similares que talmente parece que salimos todos de la misma madre. Y es eso realmente. Salimos todos de la madre (mejor dicho, del coño de la madre) de la opresión y del dominio absoluto de un hombre. (31)

Conciben así entre ellos un común denominador histórico marcado por la falta de libertad y la represión oficial, y suelen referirse a él de manera exaltada, hipercrítica y desenfadada, como atestigua el fragmento anterior. Adjudicaban ese tono a una imperiosa necesidad de hablar, de decir en voz alta y pronto todo lo que tuvieron que callar y autocensurarse en Cuba. De ahí que podamos afirmar que la «generación del Mariel» es un resultado de los mismos mecanismos que provocaron una «generación del silencio» en la década del 60 en Cuba. Manuel F. Ballagas ve el origen de la «generación del silencio» en «la represión desatada por la burocracia cultural y la seguridad del estado castristas contra los intelectuales» (16) ya desde 1965. Esta represión –por causas tanto ideológicas y estéticas como sexuales– «afectó fundamentalmente y en primera instancia a los escritores de la primera generación posrevolucionaria» (Ballagas 16), también conocida como la generación de El Puente, a la que pertenecieron García Ramos, futuro marielito, y Ana María Simo, quien testimonia así aquellas primeras muestras de la política cultural oficialista:

I was very much alert to shifts back into repression. Younger people were more sensitive to that. As teen-agers we had freedom, but we became the first generation to be discarded. The people of my age had been sent to do what adults were not radical enough to do. But by 1964 or '65 I knew I was not the cutting edge, but undesirable. I continued believing in the same things, but the momentum of the revolution had stopped, or had even turned back. (En Dace 39)³

³ Yo estaba muy alerta a los recrudescimientos de la represión. Los más jóvenes éramos más sensibles a eso. En nuestra adolescencia gozábamos de libertad, pero nos convertimos en la primera generación descartada. A la gente de mi edad la habían mandado a hacer lo que los adultos no eran capaces, pues no eran lo bastante radicales. Pero hacia los años 64 y 65 ya había comprendido que no sólo no estaba en alza, sino que me había convertido en una indeseable. Yo seguía creyendo en las mismas cosas, pero el ritmo de la revolución se había detenido, o incluso había retrocedido. (En Dace 39).

Dicha represión afectó también a los jóvenes autores de la década siguiente. De ahí que el concepto de «generación del silencio» pueda ampliarse hasta incluir a todos «esos jóvenes escritores» que posteriormente «rehusaron comprometer su arte» y que comenzaron «a hacer un poco de ruido desde que una parte de sus integrantes abandonara Cuba por diversas vías» (Ballagas 16). Esto explica que dentro del grupo del Mariel se encuentren autores nacidos entre los años de 1943 (Arenas) y 1960 (Báez), fundamentalmente, quienes, según Valero, «se negaron a participar en todos los carnavales artísticos» y «comenzaron a crear en silencio, a guardar sus materiales y a poner la esperanza en el mar» («La generación» 14). Bertot explica la significación política que este éxodo del Mariel tuvo en el contexto internacional de la época:

As a group they represent the intra-historical breakdown of the Cuban revolution much before the collapse of the Soviet bloc. Their sharp departure from what should have been expected of those who grew up in the Revolution and who prospered «because of the Revolution» was marked by a sense of frustration, anger, desolation, and rejection of Cuban reality. (18)⁴

La imperiosa necesidad de expresarse es la que lleva a este grupo de escritores, una vez creada la revista *Mariel*, a incluir en ella las secciones de «Experiencias» y «Urgencias». En «Experiencias», los editores de la revista invitan a los lectores, sean escritores profesionales o no, a enviarles «crónicas, memorias o materiales autobiográficos que revelen hechos notables de la vida diaria cubana o de los cubanos en cualquier época, pero preferiblemente vivencias sufridas bajo la dominación de Fidel Castro o experiencias que esclarezcan la evolución de nuestra cultura» (*Mariel* 1.1: 27). Y en «Urgencias», se señala que tendrán cabida allí «los comentarios, ironías o cóleras que los acontecimientos más recientes y heterodoxos despierten en nuestros editores. Aquí está lo que no podemos dejar de decir, de la manera que nos dé la gana de decirlo» (*Mariel* 1.1: 31). En un número posterior añaden que también publicarán allí «documentos que se refieran a la situación actual de Cuba o a los abusos contra los derechos humanos en general» (*Mariel* 2.5: 31).

¿Por qué escogieron el nombre de Mariel para la revista y para autodenominarse? Encuentro varias razones de diferente índole. La inmensa mayoría de los editores de *Mariel* abandonó la Isla por el puerto marítimo de igual nombre localizado al oeste de La Habana. El año del éxodo masivo del Mariel (1980) se tomaba como referencia temporal de carácter nítidamente histórico que permitía abarcar no sólo a los marielitos sino también a otros creadores que salieron al exilio de forma individual inmediatamente antes y después del Mariel. Entre

⁴ Como grupo, representan la quiebra intra-histórica de la revolución cubana, mucho antes del colapso del bloque soviético. Su violento apartamiento de lo que se habría esperado de aquéllos que crecieron con la Revolución y que prosperaron «gracias a la Revolución» estuvo marcado por un sentimiento de frustración, furia, desolación y rechazo de la realidad cubana.

ellos están René Ariza, Antonio Benítez Rojo, Daniel Fernández, Esteban Luis Cárdenas, Vicente Echerri, Manuel Ballagas, Guillermo Rosales, Armando Álvarez Bravo, César Leante, Heberto Padilla, Belkis Cuza Malé y Rogelio Llopis, quienes también experimentaron en carne propia los veinte años de régimen castrista aunque en diferentes posiciones que iban desde pertenecer a la cultura oficial por un período mayor o menor (Padilla, Benítez Rojo, Leante) hasta padecer un total ostracismo (Ariza, Echerri, Cárdenas). Muchos de esos autores encontrarían tribuna en la revista *Mariel* gracias a su política abierta a «publicar a todos los cubanos de talento» (García Ramos, Carta) y porque estos disidentes individuales, aunque no pertenecieran estrictamente al grupo del Mariel, presentaban «puntos comunes en cuanto a los temas principales que explotarán los escritores del Mariel» (Valero, «La generación» 14). Como afirma García Ramos,

el fenómeno histórico Mariel cobra significado para personas que no pertenecían a esa *generación*, y les da un marco eficaz en el cual circunscribir su trabajo en el exilio (marco que contaba con la revista *Mariel* como uno de sus elementos primordiales). (Carta)

Aunque todavía sea prematuro intentar clasificar a todos estos creadores, resulta, sin embargo, obvio que el concepto excluyente de «generación del Mariel» como el grupo de escritores marginados o reprimidos por el régimen de Castro que logran escapar por dicho puerto,⁵ ha sido alterado posteriormente por la dinámica real de las publicaciones literarias periódicas, las actividades culturales realizadas en conjunto por muchos de ellos, las praxis literarias individuales y las continuas deserciones en años posteriores de autores (por ejemplo, Daína Chaviano, Emilio de Armas, Francisco Morán y María Elena Cruz Varela) que comparten con la gente del Mariel, además de parecidas coordenadas temporales, «la cólera y el deseo de olvidar el pasado» (Echerri 274). De ahí que Echerri insista en la necesidad futura de una reclasificación no sólo de los autores del Mariel sino de todos sus contemporáneos, ya que

el término «generación del Mariel» es un comodín demasiado superficial que muchos escritores de esa migración adoptaron como un desafío frente a otros estamentos del exilio cubano y como una afirmación de su propia existencia histórica, que no es la misma de los cubanos que les antecedieron en el destierro pero que, en su sentido literario, resulta demasiado precaria, embotellando, bajo una misma etiqueta, a elementos muy diversos que exigen un mejor estudio y una reagrupación más racional y formal. El Mariel fue un accidente histórico... pero no una epifanía literaria. El mosaico de escritores que lo representa tendrá que ser reagrupado por la crítica de una manera más orgánica, en tendencias y generaciones. (274)

⁵ Ver ARENAS, «La generación»; Valero, «La generación»; y Bertot.

A la salida de la revista *Mariel* en 1983, ya señalaba Carlos Ripoll lo prematuro que podía ser cualquier clasificación generacional del presente literario cubano. Apuntaba, asimismo, la futura necesidad de integrar a dicha clasificación la producción literaria de los cubanos formados fuera de Cuba. No obstante, concluye diciendo que «solamente el tiempo podrá darle el nombre definitivo a la generación de 1983, pero ahora no parece un error llamarla del Mariel» (Ripoll 30). A todas luces, esta denominación cumplió una función fundamentalmente táctica más que teórico-científica, ya que también se ha cuestionado la validez de aplicar el término «generación» a este grupo (Echerri 271-272). Los mismos que propusieron dicha denominación reconocieron las deficiencias de sus razones; por eso, coincido con Valero en lo siguiente:

¿Constituyen los artistas y escritores salidos de Cuba en 1980 una generación? Yo creo que sí, pero el trabajo es difícil puesto que lo emprendo sin la visión clara que produce el alejamiento histórico, más arduo porque formo parte de lo que se ha llamado Generación del Mariel, y más problemático aún porque hay nombres, de seguro, que no manejo en este trabajo y llegarán a estar incluidos en este grupo. Varios de los mencionados también pudieran perderse cuando el tiempo (ese magnífico antologador) y los críticos futuros se encarguen de inmortalizar lo inmortalizable, y desechar la escoria. («La generación» 14)

Sin tener que volver al problema todavía insoluble de las clasificaciones generacionales, se puede afirmar que el común denominador entre muchos marielitos y los desertores individuales es también el factor histórico de la larga experiencia personal del castrismo con el efecto consecuente de la búsqueda de la libertad en el exilio. En este sentido resulta acertado el término Mariel tomado en un sentido más amplio que su mera referencia histórico-geográfica: la palabra Mariel –en tanto que metáfora abarcadora de toda necesidad y posibilidad de escapar del régimen castrista ya percibido como infierno inhabitable tras experimentarlo por más de veinte años– se identifica en todos estos escritores con el final de un sueño hecho ya pesadilla y la consecución de ese angustioso ideal de libertad que constituye la impronta más sobresaliente de la revista y del grupo del Mariel. Según Bertot, se aprecia en la obra de los marielitos la idea de que

without freedom authenticity is impossible, man cannot be, and if man is not, he cannot know. Happiness would elude him and his spontaneity curtailed, he would be reduced to alienation, to self-hatred, or to the state of a mindless beast. (54-55)⁶

⁶ la autenticidad sin libertad es imposible; el hombre no puede ser, y si no es, no puede conocer. La felicidad lo elude, y con su espontaneidad aplastada se ve reducido a la alienación, al odio a sí mismo, o al estado de bestia irracional.

Esta búsqueda de libertad los guía y les permite sobrellevar las dificultades del exilio necesario, cuya literatura constituye lo que Enrique Labrador Ruiz y otros denominan «la otra Cuba, ésta que no tiene ni los sitios ni las costumbres que tanto amamos pero cuenta con el elemento que define y da trascendencia a la condición humana: la libertad» (Labrador Ruiz 3).

Definir esa libertad tan ansiada y su ética correspondiente, así como experimentar por primera vez en sus vidas el clima de tolerancia política propio de una democracia, era parte importante del aprendizaje que el destierro estadounidense conllevaba. De ahí que García Ramos dijera entonces:

tenemos que aprender que la libertad, esa sustancia impalpable pero luminosa que nos salva fuera de la Isla, implica dos movimientos paralelos e indispensables: el derecho a elegir nuestra conducta (con tiempo, sin que nada ni nadie nos apesure o amenace), y el deber de hacernos responsables de nuestra elección y de sostenerla mientras que creamos que es la más genuina para nosotros. («Contra» 31)

Colocan, pues, el concepto de libertad y la crítica de toda represión o programa ideológico oficial en el centro de su poética: «Rechazamos cualquier teoría política o literaria que pueda coartar la libre experimentación, el desenfadado, la crítica y la imaginación, requisitos fundamentales para toda obra de arte. Un arte doctrinal es lo opuesto a la verdadera creación», dicen los editores de la revista *Mariel* (1.1: 2). Salir de Cuba significaba además para todos ellos el rescate de una dignidad y esperanza perdidas: «Y fuimos saliendo, de cien en cien, de mil en uno, como sea, todos con las mismas esperanzas, todos con la dignidad herida y con los deseos más ardientes de vivir», afirma Correa (31).

Paradójicamente pero también como algo previsible, muchos autores anteriormente «no-comprometidos» del *Mariel* trasladan al destierro el concepto del «compromiso social del escritor» que imperaba en la Isla. Este concepto que Cuba proponía para la evaluación del escritor latinoamericano, se aplicaba sólo parcialmente a los escritores cubanos. Éstos podían censurar únicamente los trazos del capitalismo dentro y fuera de Cuba; frente al régimen socialista de la Isla y de los países llamados «hermanos» (de la órbita soviética) los escritores cubanos debían mantener una actitud apologetica. Al salir del país, sin embargo, muchos integrantes del *Mariel* sienten aún sobre sí esa responsabilidad social de denuncia y la ejercen de manera altisonante, en gran parte como reacción a los insultos y agravios lanzados por el propio gobierno cubano a través de sus publicaciones locales e internacionales y sus organismos afines en el extranjero.

Un buen ejemplo de la retórica oficial contra los escritores cubanos exiliados la tenemos en los siguientes insultos de Luis Suardíaz. Además de llamarlos «profetas sin mensaje, de la raza vendible» y «sietemesinos espirituales», dice que

De exóticos tráfugas, sin otra patria que el dólar (pues, desde luego, no tienen el atrevimiento de pedir un fusil que les quemaría las manos trémulas) se componen ese «exilio» sin mejilla ni principios que aplaude los propósitos anexionistas

del senador Goldwater. En esa confusión sin honra median los escribas, eternos veraneantes en las redacciones de publicaciones, pagadas las más de las veces por la CIA, que tienen la desfachatez de proclamar que sus desvaídas letras encarnan la verdadera literatura cubana. (13-14)

Por esto no debe sorprendernos que la contrarretórica del *Mariel* adopte, en su discurso contra Castro, el mismo tono no sólo condenatorio e insultante sino también extremado en algunas de sus conclusiones sobre la cultura cubana dentro de la Isla. Como defensa ante los ataques provenientes del gobierno castrista, *Mariel* propugna y ejerce una fuerte vigilancia ideológica en cada número. Por eso dice Correa:

Yo creo que nuestro deber es escribir y denunciar, a los cuatro vientos, a un régimen ilegal y represivo. Sin miramientos, sin intrigas, sin vacilaciones, sin posible tregua, sin negociaciones porque no se puede negociar nada con quien nos ha robado no sólo la patria, sino la mejor parte de nuestras vidas y nuestros sueños. (31)

Esta vigilancia o «deber» ideológico abarcaba no sólo las manifestaciones políticas y culturales del gobierno castrista sino también las actividades procastristas y/o en contra del exilio cubano que se realizaban fuera de Cuba. Aquí encontramos, entre otras, las acusaciones de *Mariel* contra la revista procastrista *Aréito*, dirigida también por cubanos exiliados (ver García Ramos, «Mariel»; y Kozer); contra el Festival Latino de Nueva York auspiciado por Joseph Papp (ver López; y *Mariel* 2.6: 35); contra la selección de lecturas del profesor Emilio Bejel de la Universidad de la Florida en Gainesville (ver Proenza); y contra la crítica ideológica de Ruby Rich sobre el documental *Conducta impropia* de los cineastas cubanos exiliados Néstor Almendros y Orlando Jiménez Leal (ver Abreu, «La pasión»). De ahí que Ottmar Ette señale que «el espacio literario en que se mueve la revista es casi únicamente cubano. La articulación con la literatura cubana y con sus instituciones (revistas, publicaciones, centros, etc.) tanto de dentro como de fuera de Cuba, parece total» (89).

Es quizás este tono anticastrista militante del grupo del Mariel, expresado más bien a través de editoriales, cartas, artículos y manifiestos que a través de sus propias obras literarias, lo que más molestó a cierta parte de la intelectualidad de izquierda, particularmente en los Estados Unidos y América Latina. Varios escritores y críticos de prestigio reaccionaron fuertemente contra el grupo y, especialmente, contra su vocero principal, Reinaldo Arenas. Los testimonios de la realidad socialista cubana que traían los marielitos incomodaban (cuando no desestabilizaban) a aquella izquierda intelectual que, adscrita al proyecto socialista, «mostly denied the totalitarian aspects of the Cuban model» (Bertot 18).⁷ Arenas explicó la crisis psicológica e ideológica que impli-

⁷ «en su mayoría negaba los aspectos totalitarios del modelo cubano».

caba para muchos aceptar las evidencias del Mariel: «once a myth is created, it is almost indestructible; and for a naive mentality, so is the myth of the Cuban revolution... Some people don't want to lose their illusion» (en Ellis 38).⁸ Más intolerable aún para estos intelectuales de izquierda era aceptar que buena parte del discurso del Mariel enarbolará la premisa de que «la *contrarrevolución* esta[ba] en el poder en Cuba y que, por lo tanto, su oposición [era] progresista»; esto se observa en la fuerte crítica al grupo que hace Marifeli Pérez-Stable desde la revista *Areíto* (54). Pero la revista *Mariel* no cedió en su empresa acusadora y ya desde su primer número lanzaba un desafío a los posibles descontentadizos:

Estamos contra el colonialismo y por la verdadera liberación de los pueblos, estamos por la libertad y el desarrollo de la humanidad, por eso estamos contra Fidel Castro y contra cualquier tipo de dictadura, venga de donde venga. No podemos admitir la ideología de muchos intelectuales que defienden «sus pobres» pero tienen sus esclavos. Desafiamos a los defensores y apañadores del castrismo a que nos rebatan un solo punto de los que aquí enumeramos. Los desafiamos a vivir en Cuba, pero con las mismas restricciones, leyes y humillaciones que padece allí nuestro pueblo. Basta ya de hipocresía bien remunerada. No se puede ser antifascista y amparar los campos de concentración, la represión y el crimen. (*Mariel* 1.1: 30)

En términos más teóricos, Leante retoma esta contradicción que el grupo del Mariel y autores de renombre internacional tales como Mario Vargas Llosa, Octavio Paz y Juan Goytisolo señalan en el pensamiento liberal contemporáneo de Estados Unidos y América Latina. Véase cómo al exponer sus ideas, Leante insiste en el elemento aglutinador de todos ellos, la *experiencia real* del castrismo:

¿Se puede ser de izquierda y apoyar una dictadura, sea la de Pinochet o la castrista? Pienso que no, pienso que es un monstruoso contrasentido. Sin embargo, de hecho ha ocurrido así. En todos los países donde domina la izquierda marxista-leninista impera la dictadura (lo de «el proletariado» es un eufemismo) y por lo tanto la libertad ha sido suprimida. Mas para justificar el entuerto viene entonces lo que Raymond Aron llama «las aventuras de la dialéctica»: lo que se ha erradicado no es la libertad sino las libertades «burguesas», «formales». A estas alturas sé —la experiencia, muy duramente, me lo ha enseñado— que las únicas libertades *reales* son las denominadas peyorativamente formales: el derecho del hombre a pensar por sí mismo, a desplegar su iniciativa individual, a escoger el lugar del planeta donde desea vivir. La historia del «socialismo real» hace transparente que cuando se cercenan las libertades «formales» todas las otras son castradas o decapitadas también. (31)

⁸ «una vez que se crea un mito, éste es casi indestructible, y para una mentalidad ingenua, esto es lo que ocurre con el mito de la revolución cubana... Alguna gente no quiere perder su ilusión».

Asímismo, García Ramos, con motivo de la reedición de *Narrativa de la revolución cubana* del profesor norteamericano Seymour Menton, señala uno de los presupuestos teóricos más débiles de muchos críticos extranjeros, el cual consiste en establecer criterios estéticos a partir de las posiciones políticas de los escritores exiliados. Éstos son calificados indiscriminadamente por Menton de «antirrevolucionarios», a lo cual responde García Ramos lo siguiente:

tengo la obligación de aclararle que ese vocablo hace caer sobre los escritores cubanos del exilio una especie de aversión o alergia al concepto de *revolución* en todas sus amplísimas aplicaciones, que pueden ser artísticas, científicas, personales, metafísicas, tanto como históricas y políticas. Y los escritores cubanos del exilio, por la sencilla razón de que muchos, muchísimos de ellos son verdaderos creadores de una alta sensibilidad, serán siempre partidarios de los cambios, de las renovaciones, de las *revoluciones* verdaderas y enriquecedoras del ser humano en su definición más universal. ¿Por qué no decir, sencillamente, que estos escritores son «no castristas», o si se quiere, «anticastristas»? Me niego a aceptar que Fidel Castro posea los derechos exclusivos sobre la palabra «revolución», y que esa revolución suya posea los derechos exclusivos sobre la palabra «narrativa». («Los narradores» 27)

Liliane Hasson ha sabido percibir no sólo el sentido de esta «generación del Mariel», sino también los peligros que corría cierta crítica políticamente prejuiciada que busca ignorar, cuando no desacreditar, los productos culturales cubanos que no estén avalados por el gobierno castrista. Dice Hasson:

Mariel a signifié un exode des cerveaux considérable par la qualité et le nombre. On assiste à une floraison culturelle exceptionnelle, à une remise en question des valeurs secrétées par l'idéologie officielle, à un bouillonnement salutaire, passionné et souvant passionnel, et qui n'est pas sans danger: celui de voir naître un autre terrorisme intellectuel. A quoi bon dénier tout talent à qui pense différemment? Pourquoi ignorer systématiquement tous les ouvrages parus à Cuba ces dernières années et quel que soit leur contenu? La langage de la vérité ne saurait nuire, n'a jamais nui à une cause. («La génération» 132)⁹

La revista *Mariel* tuvo también, como propósito particular, la intención de contrarrestar la versión castrista y de cierta prensa occidental sobre la naturaleza supuestamente «antisocial» y «criminal» del éxodo del Mariel. La revista se pro-

⁹ *Mariel* ha representado un considerable éxodo de cerebros, tanto por la calidad como por la cantidad. Asistimos a un florecimiento cultural excepcional, a una puesta en cuestión de los valores segregados por la ideología oficial, a una ebullición saludable, apasionada y a menudo pasional, y que no carece de peligro: el de ver cómo nace otro terrorismo intelectual. ¿De qué sirve negarle todo talento al que piensa diferente? ¿Por qué ignorar sistemáticamente todas las obras aparecidas en Cuba en estos últimos años, sea cual sea su contenido? El lenguaje de la verdad no sabría ser nocivo, jamás ha perjudicado una causa. (La generación del Mariel...).

ponía (y logró) demostrar que ese exilio incluía literatos, artistas, músicos, pintores, teatristas, profesores, editores, críticos y profesionales de todo tipo que huían de Cuba, no por sus antecedentes criminales ni por perseguir ciegamente fáciles esquemas de bienestar económico, sino por la asfixia existencial del régimen. Se trataba de creadores que sólo buscaban realizar su obra en libertad y en un espacio que consideraban más propicio para la creación (*Mariel* 1.1: 2). Por eso escribí entonces que nuestra autodenominación como «generación del Mariel»

no fue nunca un proyecto teórico-especulativo, sino una forma concreta de combatir una falsa imagen, la demagogia de un sistema en su momento preciso, y es ahora una barricada sobre la cual «no pasarán» las hordas enemigas, una trinchera colectiva desde la cual, cada uno con su estilo propio y con sus propias ideas, disparar, resistir y hacer nuestra obra, con la clara y tranquila conciencia de que hemos hallado la impronta que nos distinguirá para siempre dentro de nuestra historia literaria. (Barquet 25)

Autoerigirse como «generación» y hasta tratar de definirla marcó también una pauta en el conocimiento de la literatura cubana del exilio en el extranjero. Ette señala que, antes de 1980, dicho conocimiento «estaba ligado más bien a autores individuales de reputación internacional (como por ejemplo Severo Sarduy y Guillermo Cabrera Infante)», mientras que después de 1980 ese conocimiento se hará extensivo y concebirá la existencia de todo un *corpus* literario produciéndose en el exilio desde 1959, y que de año en año va nutriéndose más con nuevas deserciones individuales y exilios colectivos (81) que confirman lo que Arenas denominó «el ciclo casi mítico del artista cubano» (citado en Pérez-Stable 56).

Como grupo, varios integrantes del Mariel comenzaron a darse a conocer a partir de 1981 a través de diversas publicaciones periódicas estadounidenses. La primera fue una ya existente, *Noticias de arte* (Nueva York). Tres de sus números exhiben una buena muestra del grupo: «Mariel: Pintores, escritores» (6.11 [1981]), «Homenaje a Lydia Cabrera» (mayo de 1982) y «Mariel: seis años después» (10.4 [1986]). En 1982 aparecen tres revistas ampliamente respaldadas por los marielitos: *Linden Lane Magazine* (New Jersey), *Unveiling Cuba* (Nueva York) y *Término* (Cincinnati, Ohio). En 1983, los integrantes del Mariel editan el tabloide-antología *Festival de las artes / 3º aniversario del Mariel. Cuba: Pintores y escritores en el exilio* con motivo del Festival de las Artes que organizan en Miami para celebrar el tercer aniversario del hecho histórico. Es también el año en que sale, por fin, a la luz el proyecto más ambicioso y fructífero del grupo: la revista *Mariel*, cuya primera y más relevante etapa va de 1983 a 1985, con ocho números. La segunda etapa de la revista comenzó en 1986 y tuvo una vida muy irregular. Su centro directriz se desplazó a Miami y la dirigieron Abreu, Arenas, Morgado y Lydia Cabrera. En todas estas publicaciones del grupo hay un interés fundamental por dar a conocer los valores culturales del exilio cubano y por unificar a los creadores cubanos y cubanoamericanos que residen fuera de la Isla, sin importar en qué año emigraron.

La revista *Mariel*, en particular, contribuyó de varias maneras a lograr esta cohesión de la literatura cubana del exilio: abrió sus páginas a todos los escritores cubanos del exilio que quisieron colaborar; lanzó dos números especiales con una amplia muestra de poesía y narrativa del exilio, respectivamente (número 6 con cuarenta poetas, desde Gastón Baquero hasta José Abreu Felipe; y número 7 con quince cuentistas, desde Carlos Montenegro hasta Luis de la Paz); y creó las secciones de «Confluencias» y «Homenajes», en las que se rescataron figuras importantes, vivas o muertas, de la literatura cubana que habían sido injustamente olvidadas y/o censuradas en la Isla. Tal fue el caso de Enrique Labrador Ruiz, Carlos Montenegro, Gastón Baquero, José Lezama Lima y Virgilio Piñera. Algunos autores del pasado fueron revisitados: José Manuel Poveda y José Martí. En la sección «Confluencias», proponen, por ejemplo, «rescatar obras poco conocidas de nuestra cultura, o que hayan sido deformadas o silenciadas por la burocracia del castrismo. Aunque algunos de los artistas que las crearon hayan dejado de existir, todas esas obras confluyen hacia nosotros, para que nos iluminemos con su esplendor» (*Mariel* 1.4: 16). Es decir, los editores de la revista reevaluaban así su tradición literaria, a contrapelo de la versión oficial de la Isla.

No sólo intentó *Mariel* dejar constancia de esa mantenida y persistente producción literaria fuera de la Isla, sino que también intentó teorizar, de manera algo extremada quizás, sobre la supuesta principalidad de la literatura del exilio con relación a la escrita dentro de la Isla. Presa de esta opinión, necesitó elaborar un concepto contestatario que rescataba a algunos autores que físicamente nunca se exiliaron pero que eran *invisibles* en Cuba debido al ostracismo y consecuente exilio interior que sufrieron en vida, como fue el caso de José Lezama Lima y Virgilio Piñera, a quienes se les dedicó la sección de «Confluencias» de los números 1 y 2, respectivamente. Al respecto destacan en Lezama su heroísmo intelectual «en contra de todos los engranajes asfixiantes y de los que dirigen esos engranajes» (Arenas, «El reino» 20), y en Piñera su muerte «en pleno ostracismo» (Arenas, «La isla» 23; ver también Valero, «La media»).

Siguiendo su rechazo a toda represión, *Mariel* dedicó la sección «Experiencias» del número 5 a condenar la discriminación de los homosexuales tanto en Cuba como en ciertos sectores del exilio. Recordemos que los sucesos del Mariel revelaron ante el mundo, una vez más después de la instauración de las UMAP en los años 60, el carácter encarnizadamente homofóbico del gobierno castrista. Días antes de comenzar el éxodo del Mariel, el gobierno declaró públicamente a través de su vocero oficial, el periódico *Granma*, que no deseaba homosexuales en la construcción de la «nueva sociedad socialista» y que, por lo tanto, ser homosexual —una de las tantas variantes del ser «anti-social», según las directivas oficiales— era razón suficiente para obtener el requerido permiso de salida del país. Por eso, no resulta casual que muchos integrantes del grupo del Mariel sean homosexuales y que la condena a toda represión sexual haya sido una constante en muchas de sus declaraciones. Los editores de *Mariel* se proponen entonces observar «la relación que los cubanos en general establecen con el homosexualismo». Saben que dicha relación

«ha tomado características extremas bajo la dictadura de Fidel Castro» –lo cual ilustran con varios textos–, pero también quieren reflejar las formas tradicionales de represión social y familiar contra el homosexualismo que se siguen manifestando en la comunidad cubana exiliada, como puede verse en la entrevista de Simo a Alex Oyangueren, «Retrato de un cubano gay en Miami» (*Mariel* 2.4 [1984]: 14-15). Un objetivo todavía vigente de amplio mejoramiento social anima a los editores de *Mariel* cuando afirman que esta crítica doble, a la represión política pero también socio-familiar del homosexualismo, constituye «un modo de comenzar a ventilar entre nosotros aspectos de nuestra mentalidad y de nuestra cultura que deben evolucionar, para que nuestro inalienable mensaje político en contra del sistema castro-soviético gane en madurez y en amplitud» (*Mariel* 2.4 [1984]: 8).

Con los años, el homosexualismo será un asunto recurrente en la obra de varios marielitos. Según García Ramos, este asunto estaba ligado a sus obras «de manera medular, no programada» y desempeñaba en el grupo «una función más bien pasional e instintiva que coherente y racional» (Mensaje). Más que «un mero propósito de *liberación*», es decir, de reafirmación en el seno de la comunidad homosexual, como ocurría entre muchos autores *gay* estadounidenses, los movía, añade García Ramos, «una voluntad de revelarnos (y por lo tanto rebelarnos) en nuestra totalidad, que por primera vez se podía mostrar sin tapujos ni medias tintas» (Mensaje).

Como la revista *Orígenes*, no se limitó *Mariel* a una sola generación¹⁰ ni a una sola manifestación artística, sino que su labor aglutinadora se extendió a todos los creadores del exilio y a todas las artes (literatura, pintura, música, cine). Estas diversas manifestaciones artísticas aparecían en la revista de diversas maneras: en las ilustraciones que llevaba cada número –muchas de ellas de pintores marielitos–, en críticas de cine y de exposiciones plásticas del exilio, en entrevistas a músicos como Paquito D’Rivera y cineastas como Néstor Almendros, en los ensayos de Natalio Galán sobre la música popular cubana, etc.

Después de 17 años en el exilio, muchos marielitos han logrado publicar sus libros, no gracias a la CIA como acostumbra insinuar el gobierno castrista, sino a los ahorros personales de cada uno como trabajador y a las facilidades de pago de algunas casas editoriales, tales como Playor, Betania y Verbum en Madrid, y Universal, La Torre de Papel y Sibi en Miami. Algunas obras individuales de los escritores del grupo del *Mariel* son las siguientes:

En NOVELA:

- Reinaldo Arenas, *Otra vez el mar*, *El portero*, *El asalto*, *Viaje a La Habana*, *Arturo*, *la estrella más brillante*, *La Loma del Ángel* y *El color del verano*.

¹⁰ De ahí que confluyen en la revista *Mariel* autores de otras generaciones literarias y de diferentes orientaciones estéticas y comportamiento político en la Isla. Sobre esto último coinciden en la revista desde autores que fueron totalmente censurados en Cuba (Arenas, Ariza, García Ramos) hasta autores que fueron difundidos por el régimen y ocuparon posiciones clave en la cultura cubana hasta el momento mismo de su desertión (Leante, Benítez Rojo).

- Miguel Correa, *Al norte del infierno*.
- Carlos A. Díaz, *El jardín del tiempo* y *Balada gregoriana*.
- Milton Martínez, *Sitio de máscaras* y *Espacio y albedrío*.
- Manuel Matías (M. M. Serpa), *Las chilenas*.
- Roberto Valero, *Este viento de Cuaresma*.
- Carlos Victoria, *La travesía secreta* y *Puente en la oscuridad*.

En POESÍA:

- Juan Abreu, *Libro de las exhortaciones al amor*.
- Reinaldo Arenas, *Leprosorio* y *Voluntad de vivir manifestándose*.
- Pedro F. Báez, *Insomnia*.
- Jesús J. Barquet, *Sin decir el mar*, *Sagradas herejías*, *Un no rompido sueño* y *El Libro del desterrado*.
- Rafael Bordao, *Proyectura*, *Acrobacia del abandono* y *Escurriduras de la soledad*.
- Carlos A. Díaz, *La claridad del paisaje*, *Las puertas de la noche* y *Oficio de responso*.
- Reinaldo García Ramos, *El buen peligro* y *Caverna fiel*.
- Andrés Reynaldo, *La canción de las esferas*.
- Roberto Valero, *Desde un oscuro ángulo*, *Venías*, *No estaré en tu camino* y *Dharma*.

En CUENTO:

- Reinaldo Arenas, *Termina el desfile* y *Adiós a mamá*.
- Rolando Morelli, *Algo está pasando*.
- Manuel M. Serpa (M. Matías), *Día de yo* y *noches de vino y rosas*.
- Carlos Victoria, *Las sombras en la playa*.

En ENSAYO / CRÍTICA LITERARIA:

- Reinaldo Arenas, *Necesidad de libertad*.
- Jesús J. Barquet, *Consagración de La Habana*.
- Roberto Valero, *El desamparado humor de Reinaldo Arenas*.
- Roberto Valero et al., *Voces del silencio*.

En TEATRO:

- Reinaldo Arenas, *Persecución*.

En MEMORIA / TESTIMONIO:

- Reinaldo Arenas, *Antes que anochezca*.
- Guillermo Hernández, *Memorias de un joven que nació en enero*.

Numerosos marielitos han sido ganadores de importantes premios literarios, entre ellos el premio «Letras de Oro», el cual se comenzó a otorgar en los años 80, en los Estados Unidos, a la literatura escrita en español en este país. Según Octavio Paz este concurso es

el reconocimiento de una realidad cada día más poderosa y compleja: la existencia de veinte millones de personas de habla española que viven en los Estados Unidos. Esta considerable realidad geográfica es, asimismo, una realidad histórica y espiritual: esos veinte millones viven, trabajan, aman, piensan, rezan, cantan, sufren, bailan, sueñan y mueren en español. Hablar una lengua es participar de una cultura: vivir dentro, con o contra, pero siempre en ella. (3)

Entre los marielitos ganadores de este premio están Andrés Reynaldo, Carlos A. Díaz, Roberto Valero, Jesús J. Barquet, Carlos Victoria y Manuel M. Serpa.

En la actualidad (1997), el grupo del Mariel no existe como tal ni tiene ninguna publicación periódica como vocera de sus aspiraciones, pero muchos de sus integrantes han logrado crear una obra personal de calidad y mantener entre ellos los vínculos de amistad que caracterizaron al grupo en sus inicios. Varios creadores del Mariel han muerto (Arenas, Valero, Briel, Alfonso), pero dejaron una obra considerable. La gran mayoría sigue viviendo en los Estados Unidos y escribiendo en español. Después de un período de indeterminación, el estatus inmigracional de los marielitos (*parolees* con derecho a trabajar) quedó definido a mediados de los 80 y hoy muchos son ciudadanos estadounidenses. En revistas literarias de la Isla comienzan a aparecer, cautelosamente, algunas de sus creaciones y los críticos de la Isla ya comienzan también a incluirlos en sus estudios. A pesar del tiempo, la desaparición de la revista y las múltiples objeciones teóricas a su denominación, siguen siendo identificados popularmente como lo que se propusieron ser, la «generación del Mariel».

Bibliografía

- Abreu, Juan. «La pasión de Ruby Rich». *Mariel* 2.6 (1984): 34-35.
– «Art and Politics and Passion». *New Times* abril 13-19, 1988: 7-12.
- Arenas, Reinaldo. «La generación del Mariel / The Mariel Generation». *Noticias de arte* 6.11 (1981): 2.
– «La isla en peso con todas sus cucarachas». *Mariel* 1.2 (1983): 20-24.
– «El reino de la imagen». *Mariel* 1.1 (1983): 20-22.
- Ballagas, Manuel F. «La generación del silencio II». *Término* 2.5 (1983): 16.
- Barquet, Jesús J. «Cartas de los lectores». *Mariel* 1.4 (1984): 25.
- Bertot, Lilian D. *The Literary Imagination of the Mariel Generation*. Miami: The Cuban American National Foundation, 1995.
- Correa, Miguel. «Generación del Mariel». *Festival de las artes / 3º aniversario del Mariel. Cuba: Pintores y escritores en el exilio* (1983): 30-31.
- Dace, Tish. «The Interrogation of Ana María Simo: Betrayed by the Revolution, a Life Full of Magic and Hope Erased». *The Advocate* julio 10, 1984: 39-40.
- Echerri, Vicente. «En torno a la generación del Mariel». En Pedro R. Monge Rafuls, ed. *Lo que no se ha dicho*. Jackson Heights, NY: Ollantay, 1994. 271-279.
- Ellis, Edwin E. «Reinaldo Arenas and his act of fury. A Writer in Exile Documents Repression in *El Central*». *The Advocate*, julio 10, 1984: 38, 40.
- Ette, Otmar. «La revista *Mariel* (1983-1985): acerca del campo literario y político actual». En Thomas Bremer y Julio Peñate Rivero, eds. *Hacia una historia social de la literatura latinoamericana*. Actas AELSAL de 1985. Giessen/Neuchatel, II, 1986. 81-95.
- García Ramos, Reinaldo. «Contra la broncomanía». *Mariel* 1.2 (1983): 31.
– «Mariel en tres mentes». *Mariel* 1.1 (1983): 27-29.
– «Los narradores perseguidos». *Mariel* 1.2 (1983): 27-28.
– Carta a Jesús J. Barquet. Febrero 24, 1991.
– Mensaje electrónico a Jesús J. Barquet. Agosto 10, 1997.
- Hasson, Liliane. «La génération des cubains de Mariel et leur presse littéraire aux Etats-Unis». *Amérique: Politiques et productions culturelles dans l'Amérique latine contemporaine* 1 (1986): 117-135.
– «Ils ont choisi l'exil. Témoignage d'intellectuels cubains». En Agustín Redondo, ed. *Les discours des groupes dominés (domaine ibérique et latino-américain)*. Actas Grimesrep de 1986. Paris: U. de la Sorbonne Nouvelle, Paris III, 1986. 175-186.

∞ La generación del Mariel ∞

- Kozler, José. Carta. *Mariel* 2.7. (1984): 39.
- Labrador Ruiz, Enrique et al. «Cuba: Escritores y pintores en exilio». *Festival de las artes / 3º aniversario del Mariel. Cuba: Pintores y escritores en exilio* (1983): 3.
- Leante, César. «Izquierdas, derechas». *Mariel* 2.6 (1984): 30-31.
- López, Edmundo. «El festival discriminador de Nueva York». *Mariel* 2.7 (1984): 39.
- *Mariel* (New York, 1ª época, 1983-1985).
- *Mariel* (Miami, 2ª época, 1986-?).
- Paz, Octavio. «Literatura hispánica en los Estados Unidos». *Mariel* (2ª etapa) 1.3 (1986): 3-4.
- Pérez-Stable, Marifeli. «El CILC y la generación del Mariel». *Areíto* 9.36 (1984): 54-57.
- Proenza, Eduardo et al. «La batalla de Gainesville y el caballo de Troya». *Mariel* 2.5 (1984): 31.
- Ripoll, Carlos. «La generación del Mariel». *Mariel* 1.2 (1983): 29-30.
- Suardiá, Luis. «Un exilio sin mejilla». *Cuba internacional* 9 (1983): 12-17.
- Valero, Roberto. «La generación del Mariel». *Término* 2.5 (1983): 14-16.
– «La media vuelta, la vuelta entera». *Mariel* 1.1 (1983): 23.



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)

Cartas de Reinaldo Arenas

Esta carta es UVA febrero 2, 1973

Querido hermano Juan: **CADENA, pero YA ESTAS**
no sabes cuánto me alegra que aún el mar
te haya conmovido. He revisado tantas veces esas páginas,
y sin embargo, no he podido impedir siempre dejar de llorar
en algunos párrafos. Desde luego el mérito no me pertenece,
pertenece al terror que llevamos a cuentas.

Te mando casi todo lo pedido. D^o René A^llan no encuentre más
que ese poema, pero es muy importante que lo veas y lo
pidas una pieza de teatro. El está escribiendo y tiene
cosas muy buenas.

Creo que para lo de URGENCIAS se podría en el próximo número
poner eso de Lorenzo sobre Deaneas... Por cierto que sería bueno
que escribiese algo breve sobre la gentuza que fue elegida como
los "diez hombres más importantes de Miami", en verdad serían
mejor llamarlos los diez Mediociedades más apantantes de
Miami, o algo por el estilo. Gentuza que no basilé ni un momento
el corroer desde los primeros días de 1959 sin hacer la menor
resistencia y todavía se cree con derecho a determinar... Bueno
diles hasta del mal que van a morir: de estupidez, cobar-
día y miseria unánime. (lo firmara la redacción). También lo de
ubre blanca, ¿te lo dí?

Espero que todo marche, ya hable de Bossa ...y creo que la cosa
no se estosa tan mal.

un beso a ti y al grupo creador, a marcia y
al mar. tuyo

Reinaldo
al texto editorial ya lo
redacta nos. Rey lo lo manda
ESTA muy bueno!

HOMENAJE A MARIEL

Juan es Juan Abreu
Rey es Reinaldo García Ramos



Mariel Magazine, Inc.

\$2.00

Año 1 - Volumen 4

La Joven Pirca

FOTOGRAFÍA: MARIANO BRULL POR SU CANTO
 DE MALDONADO IN L'AMBIENTE (D'ARCA) 1988



VALERY
 Traducido por
MARIANO BRULL

16

RENE
Ariza EL PINTOR DE LOS VICIOS DEL IMPERIO **3**

Mariel Centerfold
 12-14



CITY MARCIA MORGADO
MAYOR
 A Fable of Miami **12**

● **¿MILAGRO EN LA HABANA?** 10
 Servando González

● **ESCRITOS EN NOMBRE DE LA PASION** 8
 Joao Silveiro Trevisan

● **CUBANO PERO FARAONICO** 21
 Roberto Valero



● **POESIA** 20
4 HOMENAJE A HUMBERTO DIONISIO

Nueva York, marzo 14 de 1983.

Mi querido Hermano Juan:

espero que todo marche bien. ~~T~~mando:
trabajo de Ciguentera. Con foto y biografía.
Comunicado, creo que es muy importante, genial.
Ensayo de Valero --con cirugía plástica.
Foto mía, tomada por Nector Almendros. Hay que poner copyright,
sino se enfurece.
Cheque de \$0 \$.

Reinaldo te manda fotos muy buenas del par Mariel, con una
señora llamada Ana M. sinc. N^oy una foto de la Embajada del
Perú que es genial. Creo que sería una portada excelente.
Van los dibujos de Rosa y de Lastreto.

En fin creo que todo saldrá bien. Revisa y vuelve a revisar,
ortografía, erratas, títulos, nombres de autores, es una labor
terrible y lamento no estar con ustedes para ayudarles. Espero
llegar en abril. Que las musas te protejan, como siempre, aún
tenemos la vida, y ya es casi demasiado... ¿Te escribieron de
Princeton? Es muy importante...3.

Esco a Marcia, avíame la dirección de tu familia en
España, y el ☎ teléfono, no sé dónde lo tengo ahora. .

Saludos a todos los buenos.
Tu hermano





Mariel Magazine, Inc.

\$2.00

Año 2 • Volumen 5

4 POETAS
GEADA/CUBANAS
PITA/ZALDIVAR 16

19

INDAGACION
SOBRE LA
LIBERTAD Y LA
PROSPERIDAD

CARLOS ALBERTO
Montaner

Milovan
Djilas

REFORMAS
EN EL
COMUNISMO

3

El autor de LA NUEVA CLASE analiza brillantemente el futuro del sistema comunista

Mariel Centerfold



12-15

The Ill-Fated Peregrinations
of Fray Servando
Reinaldo Arenas

12

"An ingenious amalgam of truth and invention, historical fact and outrageous make-believe... a philosophical black comedy." The New York Times

MOMENTOS
MUSICALES

Mercedes Cortazar **10**

BARRIO **7**

Esteban Luis Cárdenas

Conversando
con Dumé' **18**

Escrito
en Cuba **6**

Reinaldo Bragado



Autobiografía de un desesperado

Abilio Estévez

CUANDO CONOCÍ A REINALDO ARENAS, UNA TARDE DE FINALES DE 1976, AÚN NO lo había leído. Creo recordar que un compañero de curso en la Universidad de La Habana me llevó al cuarto de Arenas en el hotel Monserrate. No importaba que él tuviera apenas 34 años y que hubiera en torno a su obra un silencio terminante y oficial: ya era célebre. Por aquellos años setenta de mis primeros deslumbramientos, ya el mito Arenas había comenzado. Se decía, por ejemplo, que había llegado a La Habana con un manuscrito lleno de incorrecciones y faltas de ortografía que era, por encima de eso (¿o por eso?), una novela extraordinaria, *Celestino antes del alba*. Ya había estado en prisión, y se agregaba que vivía una vida disoluta, casi marginal, para terminar reconociendo que era un místico de la literatura. Para completar el mito, Lezama Lima y Virgilio Piñera se habían ocupado de él. El primero, para elevarlo con una de sus frases lapidarias: «El soplo del genio no tiene límites, puede llegar a un pastor holguinero». El segundo, dejando de lado su maledicencia característica, agregaba pontífice: «Desde Lezama, no ha habido otro narrador en Cuba hasta Reinaldo Arenas».

El cuarto del hotel Monserrate era mínimo. Unos centímetros menos y nadie hubiera podido vivir allí. El estrecho camastro, la mesa, la máquina de escribir y algunos libros, bastante pocos. Reinaldo estaba acostado y nos pidió excusas, tenía fiebre, una afección a la garganta; la noche anterior había estado delirando por la fiebre y se había levantado a intentar describir su delirio. Como resultado, una nueva novela cobraba forma en la cabeza del escritor incansable.

Después de esa visita, comencé a leerlo. El propio Piñera me facilitó *Celestino antes del alba*, ejemplar de la biblioteca de sabe Dios quién. Más adelante, *El mundo alucinante*, ejemplar de Abelardo Estorino; en la primera página se leía una dedicatoria con letra casi analfabeta: «Para Estorino, dramaturgo y mártir, con el cariño de Reinaldo». Aquella letra dejaba conocer que sabía de Sartre y de Genet.

Piñera, que no podía ocultar la admiración por Arenas, me narró las peripecias del concurso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), donde él quiso premiar *El mundo alucinante*, a lo que se opuso tenazmente

Alejo Carpentier. Cuando indagué el porqué de arbitrariedad semejante en el hombre que había escrito nada más y nada menos que *El siglo de las luces*, Virgilio sonrió con sabiduría y respondió rápido: «Alejo tiene excelente olfato para saber cuándo se acerca el peligro».

Ahora regresa en las páginas de *Antes que anochezca*. En el esplendor de su horror y prodigio. El libro ha corrido de mano en mano. Los ejemplares de la cuidada Tusquets, edición de apenas dos años, están deshojándose, sin carátulas, las páginas sobadas por el uso. ¿Autobiografía? Sí. No cabe duda. Delirante, exagerada, mentirosa, pero ¿quién puede discutir que ahí está él, de cuerpo entero? El personaje que prefirió para sí. ¿Qué importancia tiene, por ejemplo, que al narrar el sepelio de Virgilio Piñera hable de que «una multitud de personas e incluso de muchachos jóvenes, montados en patines y bicicletas, persiguió el cadáver»? No hubo tal multitud en patines o bicicletas: estuve en el sepelio. Pero al *personaje* Piñera podía seguirlo una multitud de *personajes* en patines o bicicletas, como salidos de su cuento *Concilio y discurso*. No hubo tal multitud: en patines o bicicletas debió haberla. El hecho tuvo lugar, en efecto, gracias a la literatura. En este sentido, revela a un autor fiel a su obsesión. Si en libros anteriores lo veíamos sacar de sí a sus personajes, aquí lo vemos elaborándose a partir de ellos, creando su persona a partir de la ficción.

La relación de vasos comunicantes entre los libros anteriores y esta trágica aventura aparecida con el subtítulo de 'Autobiografía', es de una evidencia notable. Como aquéllos, el libro parece precedido por un epígrafe de *El ser y la nada*: «Mi caída original es la existencia del otro»; o mejor «el infierno es el otro». El *otro* como centro de nuestras vidas, torturador-observador que nos lleva de modo indefectible a la autotortura y la autoobservación. El otro-despiadado que nos hace despiadados-con-nosotros. En este caso, la narración va del reino de la familia al de la historia; del padre desconocido-desaparecido, a la madre-tirana-a-base-de-abnegación-y-dulzura (esquema clásico, delicia de grises freudianos); del otro padre que lo traiciona (el gobernante) a la otra madre (la Revolución Cubana) también tirana a fuerza de maternal, de creer tener las claves e imponerlas, de suponer la eficacia en determinar qué es bueno y qué malo.

Los términos dantescos en que Reinaldo cuenta su vida dentro de la Cuba revolucionaria, ya están entrevistados en las primeras páginas en donde describe la pesadilla de la infancia. A un mal fin no podía corresponder un buen principio. El suicidio estaba previsto en una de las primeras y hermosas frases de *Antes que anochezca*: «El primer sabor que recuerdo es el sabor de la tierra». Sus íntimos cuentan que mucho antes de salir de Cuba, y de que el sida, por tanto, se inscribiera en la historia de nuestro horror, ya Reinaldo hablaba del suicidio como algo seguro, no bien traspusiera el umbral de los 40 años.

Leer *Antes que anochezca* resulta un ejercicio de desenmascaramiento, de catarsis. Por más que trate de engañarnos, termina por revelarse como moralista. El moralismo del que aquí se habla se da por antagonismo. Muy temprano se percató de la batalla; se alistó, por supuesto, en el bando de los solitarios. Y no dio tregua. Tomó el papel de enemigo aún antes de saber dónde

estaban y quiénes eran en realidad los enemigos. Se pertrechó para combatir y combatió hasta el fin con las armas que poseía: la imaginación y la portentosa capacidad para narrar. En cualquier sombra entrevió al enemigo, incluso hasta en los inofensivos y eternos molinos de viento. No podemos pasar por alto que no fue así por simple elección. La vida se le hizo difícil. Le tocó vivir la peor de las intolerancias políticas en la época de los setenta cubanos; sufrir el rigor del exilio (que nadie se merece). Fue acosado, perseguido y vigilado. Como a tantos, se le expulsó del país que le pertenecía por derecho. Resultado: el suicidio, la autoagresión final, la última herejía. Y una obra de la que ya no podemos prescindir si queremos entender un poco a esta Isla terrible. Verdadera o falsa, exagerada o no, nos llega la autobiografía de un desesperado, testimonio de un martirio que no podemos pasar por alto. Libro de un gran fabulador, de los que no permiten el segundo de tregua.

Reinaldo Arenas nos maldice y llegamos a quererlo, como deberíamos amar al demonio que nos salva mostrándonos el espanto de nuestras vidas.

Publicado en *Babelia*, Suplemento de diario *El País*, 28 de febrero de 1998



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)

Fragmentos del Mariel

Carlos Victoria

EL MARIEL FUE UN DISPARO. UN TIRO QUE RETUMBÓ A LO largo de una isla pasiva, maniatada, empapada del sudor de consignas. Un estruendo que incluso logró despertarme a mí, un escritor que ya no era escritor, o nunca fue escritor, a pesar de haber escrito siempre desde la adolescencia (aun antes), y que en ese momento, abril de 1980, tal vez me emborrachaba o me acababa de despertar de la borrachera de la noche anterior, y que vivía así desde hacía muchos años, obrero forestal en la parte visible, y en la oculta, tenaz emborronador de cuartillas con cuentos y poemas y novelas destinados a nunca ver la luz.

Yo vivía, y lo recuerdo ahora, como si la vida no valiera nada. Me habían dicho durante tanto tiempo que yo no valía nada, que al negar aquello que llamaban la patria o el socialismo o la revolución (o cualquiera de esos tantos nombres) yo negaba mi propia condición humana, mi dignidad, mi talento creador, que a la larga comencé a creer que nada valía nada, ni esos nombres ni esa isla ni yo. Tomaba y escribía. Escribía y tomaba. Sólo los allegados, algunos familiares, cierta gente querida, me demostraban que yo no era un fantasma, a veces con amor y otras veces con odio, porque un hombre en perpetuo estado de letargo puede volverse odioso.

Y en ese instante retumbó el disparo. Ver a Cuba metida en esa fiebre, donde se desataron los instintos más bajos (el vejar y golpear a un compatriota porque decide abandonar su tierra), ver por primera vez la real posibilidad de una fuga, de una vida que se pareciera a lo que vagamente yo entendía por vida, me despertó un instinto que tenía por muerto. El instinto del cambio. Tal vez el más riesgoso y el máspreciado de todos los instintos. Hay gentes, muchas gentes, que jamás lo conocen. Pobres de ellas.

Hoy recuerdo solamente detalles de aquellos locos días. Hay cosas que uno olvida, también por instinto. Y han transcurrido dieciocho años.

Recuerdo como en una neblina los actos de repudio, con sus golpizas y sus escupitazos (mi madre recibió uno en la mejilla) sus huevos y sus piedras lanzados con furor.

Recuerdo las tragicomedias de mujeriegos haciéndose pasar por maricones, de madres de familia simulando ser tortilleras o putas, de personas honradas que presentaban a la policía papeles falsos donde se hacía constar actos insólitos de delincuencia, historiales abyectos, fechorías. Esto también es Cuba. La violencia mezclada con la farsa.

Recuerdo sobre todo centenares de barcos, enormes multitudes abarrotando proas. Recuerdo presidiarios de verdad, matones muy reales, exhibiendo sus tatuajes al sol, hombres de mala facha totalmente perplejos, que la noche anterior habían dormido a pierna suelta en cárceles, con la resignación de las largas condenas, y que ahora de repente se hallaban en el mar.

Recuerdo, sí, la costa de la isla, ese instante de dolor y alivio cuando uno dice adiós a una pasión que llegó a consumirte hasta los huesos. Así se alejan los amantes gastados, devorados por la desilusión. El que no haya sufrido un amor que se volvió tortura y del que hay que escapar si es necesario muerto, no sabe de qué hablo. Recuerdo que la costa era sólo una línea. Tan poca cosa, una vegetación. Las olas terminaron por borrarla.

Luego vino otra vida. Eso mejor se describe en los libros, en la ficción. Dice Cavafis (o tal vez lo soñé, o dijo algo distinto) que quien echa a perder su vida en algún sitio, la va a echar a perder en cualquier otro. Me he esforzado en creer que no es así.

Por el Mariel abandonaron Cuba decenas de artistas y escritores. Algunos ya murieron. Otros cambiaron su ruta y no volvieron jamás a crear, ahogados por el afán de lujo, o la droga y la disipación, o la dolencia mental, o la pereza, o la fiebre política, que contamina todo lo que toca. Otros hemos persistido, ignorados por la tenaz izquierda y la tenaz derecha. No llegamos a tiempo: llegamos demasiado temprano o demasiado tarde. Pero al menos llegamos a un espacio donde pudimos ser nosotros mismos.



Carlos Alfonzo. *In Flesh*. (1987)

Pequeño elogio de la escoria

*Dios que salva el metal,
salva la escoria*

BORGES

BAJO LA TIBIA NOCHE BARCELONESA, REGRESÓ. NADA LA presagiaba. Esa sensación de extrema soledad que te ramifica. Una exaltación que sólo acude muy de tarde en tarde. Mezcla de sosiego, tristeza y espacio sin tiempo ni muerte; mezcla de contaminación y de imbatible e injustificada esperanza. Esa sensación, recuerdo, llegó en otras ocasiones de manos de mi madre. Pero esa noche a la que aludo, noche de mayo untada de amistad, calor, buena comida y grata conversación, me tomó por sorpresa. La convocó una palabra. Y eso fue diferente, inesperado. Otras veces, como he dicho, fue traída por mi madre. Ella, echada en la cama (la llama de la vela ante San Lázaro tiembla en el calor espeso del verano habanero) me mira y de repente un chorro de algo me inunda. Nunca he sabido qué, pero es algo poderoso que me toma, impone una paz, un espacio sin pérdida, sin separaciones ni distancias. Eso que se instala casi físicamente a mi alrededor está poblado de fantasmas. Fantasmas que sonríen, que hacen un gesto cómplice desde la nada y entonces no queda más remedio que sentarse y contar. O imaginar. Y seguir.

Un amigo catalán me invitó a cenar a la sombra de la Estación de Francia y charlamos, naturalmente, sobre Cuba, y sobre lo que había vivido allá la gente de mi generación durante los años setenta. Hablábamos del absurdo de la dictadura. Un joven cubano, recién exiliado, estaba entre los comensales; curiosamente, me resultaba el más extraño de los presentes. Sería difícil explicar por qué, pero era evidente que habíamos nadado en diferentes mares y habíamos habitado diferentes Habanas.

Es difícil encontrar aquí en Europa demócratas cuyos principios liberales incluyan a mi desdichado país. Quiero decir que conozco a muchos demócratas honestos que, inexplicablemente, son incapaces de simpatizar (no hablemos de defender) con el derecho de los cubanos a disfrutar de una democracia pluripartidista y respetuosa de los derechos del individuo. En cambio, no han dudado un segundo en condenar a Mobutu, a Pinochet y, por supuesto, a Franco. Pero éste no era el caso en la noche a la que me refiero. Estábamos de acuerdo en cuanto a las características del régimen cubano. No me veía en la necesidad, como en otras ocasiones, de aburrirme tratando de demostrar lo evidente: que en mi país no hay democracia, ni libertad de expresión, ni de asociación, prensa o movimiento. Ni libertad de nada. Excepto de aplaudir incansablemente al viejo caudillo.

Así que disfrutaba de la agradable compañía y de la acogida que me dispensaban aquellos amigos. Y entonces, alguien mencionó la palabra. Alguien asoció la fecha de mi salida de Cuba en 1980 con los acontecimientos que estremecieron el país aquel año, y que culminaron en el llamado Éxodo del Mariel: «así que tú eras parte de la escoria». La palabra fue pronunciada a la ligera, sin intención peyorativa. Todo lo contrario, sonó como una burla a la forma en que el régimen cubano calificó a los «marielitos». La conversación continuó entre risas y sorbos de un excelente vino, pero yo ya no estaba allí. Esa sensación mágica de la que hablaba al principio se acercó como el estruendo de los grandes aguaceros. Un golpe oloroso sobre el polvo del barrio. Esa antigua alegría que nos sube desde el estómago y se instala en los labios como la saliva del primer beso. Era escapar. Era volver.

Y estuve otra vez entre las hierbas húmedas, que me empapaban los pantalones. El chirriar de los tenis enchumbados. La neblina blanca y fría enroscada en los matorrales. El miedo. Y me aferro al cartucho que contiene la comida, la mochila con los libros. Estoy seguro de que los he burlado en alguno de los incontables cambios de guaguas. Aunque todavía miro a mi alrededor con la sospecha de que alguien me sigue. Nada. El Parque Lenin está vacío y ni en los muros ya rajados de la represa se ve siquiera un pescador de los muchos que acuden a probar suerte, en busca de alguna biajaca con la que apuntalar la escasa dieta. Cuando llego a la tubería aparto los hierbajos y escudriño en la oscuridad llena de mosquitos. Llamo: «¡Rey!... ¡Rey!» Nadie responde. Ya estoy a punto de marcharme al otro lugar de encuentro (acordado en la anterior visita) cuando algo se mueve en el extremo del cilindro. Es Reinaldo Arenas que emerge de un montón de cartones, trapos y periódicos. Una rata salta. Miro su rostro poseído, y flaco. Su rostro de escritor honesto, perseguido por diferente, por independiente, por homosexual, por libre. Veo todo eso desde mi sitio en la noche barcelonesa. Desde mi sobrevida, que se torna en ocasiones bochornosa, y me siento privilegiado de haber sido amigo de esa escoria cubana. Y me reconcilio con mi país, que lo dio a él, en una época llena de cobardes, delatores, oportunistas y canallas. Y derramo un poco de vino en su honor.

Mis compañeros de mesa piensan que he enloquecido. Pero no, simplemente viajo. El tiempo se abre como vísceras frescas y veo a mi amigo Roberto

Valero agonizando, devorado por el sida en un hospital de Washington. Muriéndose sin poder ver a su hija que se quedó. Sin poder volver a su Matanzas querida. Desconocido en su país, sin publicar una línea en su país, prohibido en su país. Y escucho desde Miami su voz cascada, de anciano de 37 años que trata de reír. Su voz de vencedor. Voz que no claudicó ni se vendió; intentando mantener la ecuanimidad, tratando de enfrentar la muerte con vergüenza. Hablaba de sus últimos poemas, ¿valía la pena hablar de otra cosa? Se burlaba de la muerte el poeta Valero. Y sólo pido para mí la misma fuerza al Dios del Estrecho, al Dios del Mariel, al Dios de las Escorias, cuando llegue mi momento.

Apenas un año antes fuimos a ver el otoño. Marcia, Roberto, su esposa María Badías y yo. Conducíamos entre todo el oro y todas las hojas incendiadas del mundo por la Interestatal 83 con rumbo norte hacia el país de los amis. Los cuatro cantábamos y a cada rato deteníamos el coche para ver los ríos crecidos y llenos ya de pedazos de hielo. Por ahí anda una foto. Estamos apoyados en la baranda metálica del puente. Uno de esos puentes repetidos, idénticos, de las carreteras norteamericanas. Reímos, mientras a nuestras espaldas el bosque es una iluminación. Un centelleo antiquísimo. Debajo, las aguas bullen escupiendo espuma en las rocas que asoman de la corriente como colmillos carcomidos. Continuamos riendo, gracias a la imagen que, por ahora, salva el instante de la infinita trivialidad, de la infinita desaparición. La muerte nos pisaba los talones y reíamos. María y Roberto se abrazaban con una felicidad arañada, delicadamente envenenada y única. A veces nos cruzábamos con camioneros (sin duda, personajes de Bukowsky) y les gritábamos cosas en español, y fuimos marielitos felices –escorias felices– en aquel otoño antesala de la muerte.

Más tarde la voz de María en el teléfono y lo único que se me ocurre es sentarme al borde de la cama y pedirle a Borges que no nos falle, que tenga razón. Que Dios, si existe, se acuerde de salvar la escoria.

Entro, ese nefasto año de 1990 (aunque continúo conversando en Barcelona con los catalanes cercanos y el cubano lejano), en el Bass Museum, una noche copiosa y ardiente de Miami Beach. Recorro los salones llenos de muerte, llenos de poderosas telas y dibujos de otro marielito: mi amigo, el pintor Carlos Alfonzo. Carlos, acorralado también por la peste del sida, dejó a un lado los colores, la exuberancia festiva de sus telas enormes, y levantó en blanco y negro (y, claro, algunos tierras, y algunos verdes podridos) el más perfecto y lírico canto a la soledad, la fuga y la desolación del fin que ha producido la pintura cubana. Carlos pintaba máscaras y la muerte le dibujó una de sus propias máscaras con sangre en el rostro. Me detengo ante el cuadro titulado Madre, que es un hueco espeluznante por el que asoman todas las madres de la separación, todas las madres que no han vuelto a ver a sus hijos, todos los hijos que no han vuelto a ver a sus madres. Toda la distancia impuesta por la vulgaridad, la intolerancia y la violencia en el poder. Y me siento agradecido a esta escoria que, al borde de la muerte, se alzó sobre sí misma y nos enriqueció, nos conmovió y nos adecentó al mirar nuestra tragedia mientras tantos miraban –y aún miran– a sitios menos problemáticos, menos peligrosos, más lucrativos. Gracias, Charly.

La noche de Barcelona, gruesa y goteante, fluye a mi alrededor mientras me posee esa sensación sin tiempo, que es como una plenitud. Siento la bondad, la rara bendición de ser libre. En el aire, en las voces de los que se agolpan y beben y hablan a gritos mientras la música es un oleaje que chapotea en los rostros. Hablamos de literatura, de mis ancestros que, posiblemente, hayan partido de estas tierras hacia el Caribe. El joven cubano, juvenilmente pedante, habla de Homero; no del cantor divino, sino de un monstruo pasado por la academia que espanta de sólo mirarlo. Quiere demostrarnos sus conocimientos. Yo, más viejo, trato de concentrarme en los ojos de una muchacha catalana. Ojos que ya contienen las noches griegas, el ponto inabarcable.

Y otra escoria acude. El novelista Guillermo Rosales, que en un cuartucho del South West se destrozó la cabeza con una treinta y ocho que nadie sabe de dónde sacó porque no tenía ni con qué comer. Guillermo, exiliado total, narrador de nacimiento, homeless en la capital de los millonarios cubanos. Guillermo, otra escoria que antes de suicidarse tuvo la grandeza de dejarnos la mejor novela sobre el exilio cubano. La primera novela miamense, sin nostalgia, asentada en el desgarro y el desamparo que es también nuestra enseña nacional. Somos la intemperie, la insolidaridad, crear en medio de una conspiración perpetua. Y también somos Guillermo Rosales, que se dispara, salpicando todo de sangre (Miami y la isla entera), pero con su novela bajo el brazo. Dando testimonio. También vencedor.

Tibia noche de Barcelona, en la que al conjuro de una palabra volví a ser parte de la tropa. Volví a ser lo que más soy, un marielito, una escoria. Es decir, una forma de ser transgresor, marginal, según lo veo. Un hombre orgulloso de venir de donde viene. Alguien feliz de haber nacido en el mismo lugar que estos amigos que acabo de recordar. De esta gente que sabía que uno no puede venderse en lo fundamental, ni claudicar en lo fundamental.

Yo no creo en Dios y, sin embargo, alzo los ojos a este cielo pastoso e imploro por ellos, con humildad llena de vida y de peligro: «Por favor, no olvides a la escoria».

El comandante sí tiene quien le escriba

Carlos A. Díaz

ME MATARON A MI PERRA SATA OUI-OUI, ACUSADA DE ser espía de la CIA en el acto de repudio. Me saquearon la casa y se llevaron todo, una libra de limones, un pan de molde y un viejo juego de dominó. Me tiraron una rata podrida por el hombro. Me llenaron las paredes de la casa con inmensos carteles que decían: «Maricón», «Tarrúo», «Putas», «Escorias»...

Mi suegro, casi octogenario, fue acusado de chulo y ya ni me acuerdo de cuántas inclemencias tropicales más. Nos llenaron el patio con muñecones de trapo ahorcados, que los cederistas quemaban como si fuera bagazo de caña. Me robaron del refrigerador los huevos que luego me lanzaron a mí y a mi familia. Al principio, fue una docena de huevos, pero luego se unieron los de otros vecinos que los guardaban en sus congeladores, para cuando estuvieran congelados, lanzárnoslos por la cabeza.

Me robaron tres camisas de nylon. Un blue jean. Un viejo Lee. Y una cajita donde yo guardaba un condón antediluviano. Ésos son los objetos menores. Los mayores, la casa, el país, los amigos... Y la superstición de pensar que uno ya no era un ser humano, por tantos meses y meses oyendo que todo el que se iba era una escoria, una mierda, un monstruo devorador de patria. Ya nos preguntábamos si los ampararía la razón de la locura.

Por falta ya de uno, me botaron de tres trabajos, la cosa fue por triplicado. Primero fue del mío propio; luego, del de mi mujer cuando fui a buscarla... Y, por último, del peor de los trabajos: el de ser cubano. Nos arrastraron por cuanto acera había en la acera... Llovieron sobre nosotros los empujones, los gargajos, los gazzatones, las latas de leche condensada vacías, repletas de orines. Me metieron en un bolsillo una familia de cucarachas para que me fueran subiendo por las costillas durante el acto de repudio...

Con todas las precauciones, nos llevaron para la Oficina de Extranjería en Ira. y 20, en Miramar, como si fuera-

mos extranjeros del planeta Marte. Nos cobraron por un escuálido emparedado veinte pesos cubanos, y por un vaso de agua sacado de un tanque con moscas, tres pesos cubanos.

Luego nos llevaron para «El Mosquito», un «campamento purgatorio» antes de la partida final. Y en quince días que estuvimos allí, nos revisaron varias veces los culos a los hombres, y las vaginas a las mujeres buscando joyas o contraseñas, papelitos con los números de teléfono de familiares en la Yuma (USA). Nos hicieron caminar por un gran pasillo donde había unas mesas. Y unos soldados sentados detrás de esas mesas. Y detrás de los soldados, gavetas que formaban altas torres. En esas gavetas echaban todo el dinero que llevábamos encima, las joyas, cualquier cosa que no fueran la carne y los trapos. Después nos soltaron los perros...

Y todos los días llamaban por el repuñetero altoparlante a los pobres infelices que serían devueltos a sus hogares en espera de sabe Dios qué acusaciones o condenas. Unos, porque habían falsificado el carné de identidad; otros, porque habían descubierto que eran miembros del Partido que querían irse; otros, porque eran graduados universitarios que deseaban escapar, o simplemente por pensar que habían enterrado dinero o joyas...

Y con una pala en mano, llevaban a los infelices a excavar en lo más oscuro de los patios de sus antiguas casas, ahora selladas. Una simbólica labor dentro de la Revolución. Una pala. Un jardín. Y un pobre diablo abriendo un hoyo, pensando simplemente que lo iban a matar y a enterrar ahí mismo, debajo de una mata.

En «El Mosquito», por todo alimento, nos dieron *spam* podrido con algunas partes verdes de las cuales asomaban gusanos blancos, un arroz blanco muy sucio y amarillento, sin grasa ni sal, y un yogurt avinagrado. En quince días no nos dieron jabón para bañarnos... Y nada de equipaje. Lo único permitido era la ropa que llevábamos puesta día y noche sin lavarla.

Cada noche todo se repetía. La espera. Los desvelos. El miedo a que nos mordieran los perros. Saber que se estaban acabando los barcos que quedaban en el puerto... Y viendo cómo llegaban en ómnibus o en camiones tapiados, asesinos y locos sacados de manicomios y cárceles, y los montaban a todos primero en los barcos, antes que a las familias que esperaban su salida.

Me acuerdo contra la luz del poniente... Me acuerdo de un negro inmenso con un bombín del siglo XIX con todo el cuerpo tatuado, que quería ser el novio de una infeliz niña de ocho años. Me acuerdo de un pobre loco que extendía los brazos como un avión y se echaba a correr dando saltos por el fango del campamento, pidiendo pista para levantar el vuelo.

Me acuerdo del cumpleaños de varios niños que celebraron los más alucinantes cumpleaños que he visto y veré en mi vida. Cada día se celebraba uno diferente. Los padres y casi todo el que podía del campamento se reunía en la carpa donde vivía el niño que cumplía años. Con las manos le hacíamos una torta de arena, y con los dedos o con un palito le poníamos «Felicidades». Luego alguien le clavaba un fósforo en el centro, y con mucha solemnidad el coro entonaba *Happy Birthday*... Después cada persona metía la mano en la

torta de arena y cortaba un pedazo del pastel imaginario, comentando lo rico que estaba.

Finalmente, nos subieron a un maloliente camaronero llamado Belkis Maggie. Tenía capacidad para cincuenta pasajeros y le metieron trescientos. La familia de mi esposa tuvo que pagar dos mil dólares por persona, y éramos cinco. Diez mil dólares por ir sentados en la resbalosa cubierta de un pestilente camaronero, hacinados codo con codo, vómito con vómito, orine con orine y culo con culo. Los cinco jinetes del apocalipsis cruzaban el Golfo de México.

Taponearon con estopas el sistema de las bombas de achicar agua para que nos hundiéramos en el golfo, ya que como era el penúltimo barco, también terminarían la fiesta con un escándalo internacional. Me imagino al viejo cucarachón en la plaza de la revolución, gesticulando como a él le gusta, diciendo que por culpa del imperialismo yanqui se hundió el barco, por no poner un Ferry o un Portaaviones para que se fuera la isla.

Por eso nos acompañó el guardacostas cubano hasta las mismas narices del guardacostas estacionario yanqui. ¡Hay que ver que también se las traen esos muchachos! Cuando creíamos que finalmente vendrían en nuestra ayuda, empezaron a darle órdenes en inglés al capitán de nuestro barco: *Go back!*, y de nuevo, persistentemente: *Go back!*

Le ordenaban regresar a Cuba, porque ya se había cerrado el Mariel y aseguraban que Estados Unidos no recibiría a nadie más. Era finales de septiembre y el mar estaba horrendo. Había hasta una depresión tropical por las costas de Venezuela. El mar estaba agitado, y el barco se estaba hundiendo. Las gentes comenzaron a gritar despavoridas que la bodega del barco y la sala de máquinas estaban llenándose de agua. Y el repañetero guardacostas americano seguía gritando: *Go back! Go back!* Y yo recordando en ese momento las ilustres palabras del comandante: «Atrás, ni para coger impulso...» Nada de *go back...*

El guardacostas cubano estaba pegadito a nosotros. Los marineros cubanos casi nos decían adiós con los ojos en blanco, virando la cafetera acorazada con sus cañoneras llenas de banderitas cubanas. Y del otro lado, el capitán del camaronero tirado en el suelo del puente con una hernia sangrante en aquella embarcación que hacía agua. Qué gran capitán americano. Que Walt Whitman lo tenga en la gloria. *¡Oh, mi capitán, Oh, mi capitán, el largo viaje ha terminado!* Mi capitán le gritaba al guardacostas estacionario en un inglés sureño que me sonaba como un rapto de violines: «We can't go back!... ¡Enfoquen con el reflector, que ya no hay línea de flotación, nos hundimos! *¡Fuck you, nada de go back!*»

Y el guardacostas negro estacionario, tuvo que llamar a otro guardacostas blanco como un ángel para que nos rescatara. Llegaron los marines con bombas portátiles de achicar agua... Y nosotros gritando y gritando... Un anciano en una silla de ruedas se deslizaba inconteniblemente de proa a popa... El mar estaba temblando, y las gentes, llorando, vomitando. Y el pobre inválido en su silla de ruedas pedía que lo aguantáramos para no caerse al mar... El mar estaba negro con la negrura de la muerte...

De pronto estalló la música en el guardacostas cubano. Era *La Internacional* a ritmo de lata vieja. Y nosotros del otro lado gritándoles: «¡Maricones!», «¡El coño de tu madre, Fidel!» Y los americanos por su lado gritando por el moderno y estereofónico altoparlante: «¡Mantengan la calma o se hunden!»

¡Qué coño... la desesperación es desesperación! ¿Qué se creen que somos? ¿Peces anfibios? ¿Oidores de *La Internacional* antes de que nos coman los tiburones? Y los aplicados *marines* repartiendo salvavidas y *chiclets*. Y los helicópteros sobrevolando las vomiteras. Y cinco infelices aguantando al pobre inválido que ya no podía sostenerse más. Y el mar levantando sus alucinantes temblores. Y el guardacostas cubano poniendo ahora *La Guantanamera*. ¡Dios mío! ¿Será esto el fin musicalizado? ¡Dios mío!

La revolución cubana siempre ha sido la más cursi en el horror. Pero no por eso deja de ser también la más terrible. Siempre tocan música con tumbadoras antes de volarle la cabeza al prójimo, desde el acto de repudio hasta llegar a Cayo Hueso apestando a camarón.

Cuando uno llega no sabe nada de nada, ni siquiera cuánto apesta. La confusión es grande. Una especie de refrigeradores blancos que estaban en los muelles eran baños portátiles. Tres veces le pregunté al *marine* dónde estaba el «pipi-room», y tres veces me señaló desganadamente con la mano: «Over there...» ¿Dónde rayos? ¿Dónde estaba el maldito meadero? ¡Yo me estaba orinando y lo único que encontraba eran refrigeradores blancos! Tarde comprendí que se orinaba en esa especie de nevera...

Tampoco sabía abrir ni una repuñaetera lata de Coca-Cola. Yo recordaba aquellas simples botellitas de cuando niño con su tapita de metal, pero estas latas tenían un mecanismo tan extraño y complicado, que era como quitarle una espoleta a una granada...

... Han pasado los años y de nuevo recuerdo con horror el Mariel. Somos náufragos de nuestra historia. Llevamos ese vacío eternamente adentro. Como si algo se nos hubiera podrido en el alma. Tal vez sea la juventud perdida, o quizás sea algo aún peor: la rabia, que cuando se pudre es mortal.



Carlos Alfonzo. *In Spirit*. (1987)

Boarding home*

Guillermo Rosales

EL SEÑOR CURBELO LLEGÓ A LAS DIEZ. VA DIRECTAMENTE A LA COCINA DONDE lo están esperando Caridad, Josefina, y otra empleada llamada la *Tía*, que, ocasionalmente, se encarga de bañar a los anormales Pepe y René. Conferencian. Desde el portal, veo a Curbelo hablar con energía a sus empleados. Luego da una palmada, y todos se disgregan. De pronto todo es un gran corre-corre. Arsenio va por los cuartos colocando grandes rollos de papel higiénico al pie de las camas. La mulata Caridad manda a Pino, el loco mandadero, a que traiga, urgentemente, de la bodega un pedazo de jamón para el potaje. Josefina, provista de un escobillón, corre por los cuartos quitando las telas de araña del techo y los rincones. La *Tía*, cargada de sábanas y toallas limpias, va con urgencia por los pasillos cambiando la ropa de cama sucia y orinada. El mismo Curbelo, moviéndose con habilidad por la sala, pone sobre el piso sucio y descascarado alfombras nuevas, traídas con premura desde su casa.

— ¡Inspección! —dice la *Tía* al pasar junto a mí—. ¡Hoy viene una inspección del gobierno!

Y se ponen manteles en las mesas, se instala un bebedero de agua fría, se reparte ropa limpia a los casos espeluznantes, como Reyes, Castaño e Hilda. Se echa perfume sobre los muebles viejos y resudados; y se ponen, sobre la mesa del comedor, cubiertos nuevos envueltos en finas servilletas de tela frente a cada silla.

— ¡Viejo zorro! —dice a mi lado Ida, la gran dama venida a menos, mirando con odio cómo Curbelo ordena, arregla, limpia, disfraz.

— Él es lo más repulsivo que hay aquí.

Lo creo. Yo también miro con odio a este viejo fofo, con cara y voz de gran burgués, que se alimenta de la poca sangre que corre por nuestras venas. Yo también pienso que para ser dueño de este boarding home hay que estar hecho de la pasta de las hienas o las auras.

Me pongo de pie. No sé lo que hacer. Lentamente me dirijo hacia mi cuarto en busca del libro de poetas ingleses. Voy a leer otra vez los poemas de John Clare, el poeta loco de Northampton. Al entrar en el pasillo de mi cuarto, encuentro a Reyes, el viejo tuerto, que orina como un perro asustado en

* Capítulo de la novela homónima, Ed. Salvat, Col. «Letras de Oro», Barcelona, 1987.

un rincón. Al pasar junto a él, levanto mi mano y la dejo caer fuertemente sobre su hombro esquelético. Se estremece de pavor.

— Piedad... –dice–. Por piedad...

Lo miro con asco. Su ojo artificial está impregnado de una legaña amarilla. Todo su cuerpo apesta a orín.

— ¿Qué edad tienes? –pregunto.

— Sesenta y cinco años –dice.

— ¿Qué hacías antes en Cuba?

— Era vendedor de ropa, en una tienda.

— ¿Vivías bien?

— Sí.

— ¿De qué modo?

— Tenía mi casa, mi mujer, un auto...

— ¿Qué más?

— Los domingos jugaba al tenis en el Habana Yatch Club. Bailaba. Iba a fiestas.

— ¿Crees en Dios?

— Sí. Creo en nuestro Señor Jesucristo.

— ¿Irás al cielo?

— Creo que sí.

— ¿Te orinarás también allí?

Calla. Luego me mira con una sonrisa dolorida.

— No lo podría evitar –dice.

Elevo nuevamente el puño y lo dejo caer con fuerza sobre su cabeza sucia y despeinada. Quisiera matarlo.

— Ten piedad, chico –me dice, exagerando su angustia–. Ten piedad de mí.

— ¿Qué canción te gustaba más cuando eras joven?

— *Blue Moon* –responde sin vacilar.

No hablo más. Le doy la espalda y sigo hacia mi cuarto. Llego a mi cama y busco bajo la almohada el libro de poetas románticos ingleses. Me lo echo en el bolsillo. Salgo de nuevo en dirección al portal. Al pasar frente al cuarto de las mujeres, veo a Francis sentada en su cama, dibujando algo en un papel. Me acerco. Deja de dibujar y me mira con una sonrisa triste.

— Porquerías –dice, mostrándome el trabajo.

Lo cojo entre mis manos. Es un retrato del señor Curbelo. Está dibujado en el estilo de los pintores primitivos. Es muy bueno. Y refleja admirablemente la mezquindad y la pequeñez espiritual del personaje. No ha olvidado dibujar el buró, el teléfono y la caja de *Pall Mall* que Curbelo siempre tiene sobre la mesa. Todo es exacto. Y todo tiene vida. Esa vida infantil, cautivadora, que sólo un primitivo puede transmitir en sus dibujos.

— Tengo más –dice, abriendo una carpeta. Los tomo todos. Los hojeo.

— ¡Es admirable! –digo.

Allí están (estamos) todos los habitantes del boarding home. Está Caridad, la mulata cuyo rostro endurecido conserva aún un remoto brillo de bondad. Está Reyes, el tuerto, con su ojo de vidrio y su sonrisa de zorro. Está Eddy, el loco ver-

sado en política internacional, con su eterna expresión de impotencia y rabia contenida. Está Tato, con su cara de boxeador groggui y su mirada extraviada. Y está Arsenio, con sus ojos diabólicos. Y estoy yo con un rostro duro y triste al mismo tiempo. ¡Es admirable! El alma de todos nosotros ha sido captada.

— ¿Sabes que eres una buena pintora?

— No –dice Francis–. Me falta técnica.

— No –le digo–. Tú ya eres una pintora. Tu técnica es primitiva, pero es muy buena.

Toma sus dibujos de mis manos y los vuelve a meter en la carpeta.

— Son porquerías –dice, con una sonrisa triste.

— Oye... –digo, sentándome a su lado–. Te juro que..., escucha bien: déjame decirte esto y créeme, por favor. Eres. Eres una pintora tremenda. Te lo digo yo. Estoy aquí, en este *home* asqueroso, y soy casi un espectro. Pero te digo que yo conozco de pintura. Eres magnífica. ¿Sabes quién fue Rosseau?

— No –dice.

— Pues no te hace falta saberlo –digo–. Tienes una técnica similar. ¿Has pintado al óleo alguna vez?

— No.

— Aprende con óleo –digo–. Dale color a esos dibujos. ¡Oye! –digo, tomándola fuertemente por el cuello–. Tú eres una buena pintora. Bueeeena.

Sonríe. Aprieto un poco más mi mano y los ojos se le llenan de lágrimas. Pero no deja de sonreír. Siento que una ola de deseo me invade de nuevo. La suelto. Voy hasta la puerta del cuarto y la vuelvo a cerrar con pestillo. Llego hasta ella suavemente y comienzo a besarla en los brazos, las axilas, la nuca. Sonríe. La beso largamente en la boca. Otra vez, la tiro a lo largo de la cama y saco mi pene. La penetro lentamente, apartando su diminuto pantaloncillo con los dedos.

— Mátame –dice.

— ¿De verdad quieres que te mate? –pregunto, hundiéndome en ella totalmente.

— Sí, mátame –dice.

Llevo una mano hasta su cuello y vuelvo a apretarlo con fuerza.

— ¡Hija de puta! –digo, ahorcándola y penetrándola a la vez–. Eres una buena pintora. Dibujas bien. Pero tienes que aprender a dar color. A dar coloor.

— ¡Ay! –dice–.

— ¡Muérete! –digo, sintiendo otra vez que me diluyo suavemente entre sus piernas.

Quedamos así un rato, desmadejados. Yo besando su mano fría. Ella jugando con mi pelo. Me pongo de pie. Me arreglo la camisa. Ella se baja el vestido y se sienta al borde de la cama.

— Oye –le digo–. ¿Quieres dar una vuelta conmigo?

— ¿A dónde, mi cielo?

— ¡Por ahí!

— Bueno.

Salimos. Cuando llegamos a la calle, Francis se me encima y me toma por el brazo.

— ¿A dónde vamos? —dice.

— No sé.

Miro a un lado y a otro. Luego señalo vagamente hacia un lugar que llaman *La Pequeña Habana*. Empezamos a caminar. Ésta es, quizás, la zona más pobre del guetto cubano. Aquí vive gran parte de aquellos ciento cincuenta mil que llegaron a las costas de Miami en el último y espectacular éxodo de 1980. No han podido levantar cabeza aún, y puede vérselos a cualquier hora, sentados en las puertas de sus casas, vestidos con shorts, camisetas de colores y gorras de peloteros. Llevan gruesas cadenas de oro al cuello con esfinges de santos, indios y estrellas. Beben cerveza de lata. Arreglan sus autos semide-rruidos y escuchan, durante horas, en sus radios portátiles, estruendosos rocks o exasperantes solos de tambores.

Caminamos. Al llegar a la calle 8, torcemos a la derecha y avanzamos hacia el corazón del guetto. Bodegas, tiendas de ropa, ópticas, barberías, restaurantes, cafés, casas de empeño, mueblerías. Todo pequeño, cuadrado, simple, hecho sin artificios arquitectónicos ni grandes preocupaciones estéticas. Hecho para ganar centavos y poder vivir a duras penas esa vidita pequeño burguesa a la que el cubano promedio aspira.

Avanzamos. Avanzamos. Al llegar ante el portal de una iglesia bautista, grande y gris, nos sentamos al pie de una columna. Por la calle pasa una manifestación de ancianos en dirección al *Down Town*. Protestan por algo que ignoro. Elevan pancartas que dicen: «Basta ya»; y hacen tremolar banderas cubanas y americanas. Alguien viene hasta nosotros y nos da sendos papeles mecanografiados. Leo: «Ha llegado la hora. El grupo ‘Cubanos Vengadores’ se ha formado en Miami. Desde hoy, prepárense los indiferentes, los cortos de espíritu, los comunistas solapados; ésos que disfrutaban la vida en esta ciudad bucólica y hedonista, mientras la Cuba infeliz gime en cadenas. ‘Cubanos Vengadores’ enseñará a los cubanos el camino a seguir. ‘Cubanos Vengadores’...»

Estrujo el papel y lo boto. Me echo a reír. Me recuesto en una columna y miro a Francis. Ella se acerca más a mí, y hunde su hombro en mis costillas. Me toma un brazo y se lo pasa por encima del hombro. La aprieto un poco más y le doy un beso en la cabeza.

— Mi cielo —dice—. ¿Fuiste comunista alguna vez?

— Sí.

— Yo también.

Callamos. Luego dice:

— Al principio.

Recuesto la cabeza en la columna y canto en voz baja un viejo himno de los primeros años de la revolución:

«Somos las brigadas Conrado Benítez
Somos la vanguardia de la revolución»

Ella lo completa:

«Con el libro en alto, cumplimos una meta
Llevar a toda Cuba la alfabetización...»

Nos echamos a reír.

— Yo enseñé a leer a cinco campesinos –confiesa.

— ¿Sí? ¿Dónde?

En la Sierra Maestra –dice–. En un lugar que llamaban *El Roble*.

— Yo estaba cerca –digo–. Yo estaba enseñando a otros campesinos en La Plata. Tres montañas después.

— ¿Cuánto hace de eso, mi cielo?

Cierro los ojos.

— Veintidós... veintitrés años –digo.

— Nadie entiende esta historia –dice ella–. Yo se la cuento al psiquiatra y sólo me da pastillas de etrafón forte. ¿Veintitrés años, mi cielo?

Me mira con ojos cansados.

— Yo creo que estoy vacía –dice.

— Yo también.

La tomo de las manos y nos ponemos de pie. Un auto negro, convertible, pasa frente a nosotros. Un adolescente miamense saca su cabeza por la ventanilla y nos grita:

— ¡Escorial!

Le enseño el dedo más largo de mi mano. Luego aprieto la mano de Francis y empezamos a caminar de nuevo en dirección al boarding home. Tengo hambre. Quisiera comerme, al menos, una empanada de carne. Pero no hay un centavo.

— Yo tengo dos *dimes* –dice Francis, desatando un pañuelo.

— De nada sirven –digo–. Todo en este país cuesta más de veinticinco centavos.

No obstante, nos detenemos ante una cafetería llamada *La Libertaria*.

— ¿Cuánto vale esa empanada? –pregunta Francis a un dependiente viejo que parece aburrirse detrás del mostrador.

— Cincuenta centavos.

— ¡Ah!

Volvemos las espaldas. Cuando avanzamos unos pasos, el hombre nos llama.

— ¿Tienen hambre?

— Sí –respondo.

— ¿Son cubanos?

— Sí.

— ¿Marido y mujer?

— Sí.

— Entren, les voy a dar de comer.

Entramos.

— Mi nombre es Montoya –dice el hombre mientras corta dos grandes pedazos de pan y empieza a llenarlos con lascas de queso y jamón–. Yo me las he visto malas también en este país. No se lo digan a nadie, pero éste es un

país de vo ra dor. —Yo le estoy muy agradecido, pero reconozco que es de vo ra dor. ¡Yo soy Montoya! —dice de nuevo poniendo ahora dos grandes lascas de pepino entre los panes—. Soy revolucionario viejo. Yo estuve preso en todas las tiranías que Cuba ha padecido. En el año treinta y tres, en el año cincuenta y cinco y ahora, la última, bajo la hoz y el martillo.

— ¿Anarquista? —pregunto.

— Anarquista —confiesa—. Toda mi vida. Combatiendo a los yankis y a los rusos. Ahora estoy muy tranquilo.

Pone los dos panes, ya preparados, en el mostrador y nos invita a comerlos. Luego saca dos cocacolas y las pone ante nosotros.

— En el año sesenta y uno —dice, hincándose de codos en el mostrador— yo, Rafael Porto Penas, el Cojo Estrada, y el difunto Manolito Ruvalcaba, estuvimos juntos en el mismo automóvil con Fidel Castro. Yo estaba al timón. Fidel estaba sin custodios. El Cojo Estrada lo miró a los ojos con firmeza y le preguntó:

— «Fidel..., ¿tú eres comunista? Y Fidel respondió: «Caballeros, yo les juro a ustedes por mi madre que yo no soy comunista ni lo seré nunca.» ¡Fíjense qué clase de tipo!

Nos echamos a reír.

— La historia de Cuba no se ha escrito todavía —dice Montoya—. ¡El día que yo la escriba se acaba el mundo!

Sale en dirección a dos clientes que acaban de llegar, y Francis y yo aprovechamos para comernos nuestros sandwiches. Durante varios minutos comemos y bebemos en silencio. Cuando acabamos, Montoya está de nuevo ante nosotros.

— Gracias —digo.

Me tiende la mano. Luego se la da a Francis.

— ¡Váyanse a Homestead! —dice después—. Allí necesitan gente para recoger tomates y aguacates.

— Gracias —digo de nuevo—. Quizás lo hagamos.

— Salimos. Caminamos en dirección a la calle Primera. Mientras caminamos, una gran idea circunvala mi cerebro.

— Francis —digo, deteniéndome a la altura de la avenida Seis.

— Dime, mi cielo.

— Francis..., Francis... —digo, recostándome a una pared y acercándola a mí suavemente—. Se me ha ocurrido una idea magnífica.

— ¿Qué es?

— ¡Vámonos del boarding home! —digo, estrechándola contra mi pecho—. Con lo que recibimos los dos del Seguro Social podemos vivir en una casa pequeña, y hasta podríamos ganar un poco más si hacemos trabajos sencillos.

Me mira, asombrada de mi idea. El mentón y la boca comienzan a temblarle levemente.

— ¡Mi cielo! —dice emocionada—. ¿Y puedo traer a mi hijito de New Jersey?

— ¡Claro!

— ¿Y tú me ayudarás a criarlo?

— ¡Sí!

Me aprieta las manos con fuerza. Me mira con una sonrisa temblorosa. Su emoción es tanta que durante unos segundos no sabe qué decir. Entonces pierde el color del rostro. Pone los ojos en blanco, y se desvanece entre mis brazos.

— ¡Francis... Francis! —digo, levantándola del suelo. —¿Qué te pasa?

Le doy algunas palmadas en la cara. Lentamente vuelve en sí.

— Es la ilusión, mi cielo... ¡La ilusión! —dice.

Me abraza fuerte. La miro. Sus labios, sus mejillas, su rostro, todo tiembla de una manera intensa. Comienza a llorar.

— No resultará —dice—. No resultará.

— ¿Por qué?

— Porque estoy loca. Necesito tomarme todos los días cuatro pastillas de etrafón fuerte.

— Yo te las daré.

— Oigo voces —dice—. Me parece que todo el mundo habla de mí.

— Yo también —digo—. ¡Al carajo las voces!

La engarzo por la cintura. Lentamente comenzamos a caminar hacia el boarding home. Un auto moderno pasa junto a nosotros. Un sujeto de barbita rala y gafas ahumadas saca la cabeza por la ventanilla y me grita:

— ¡Bótala, chico!

Avanzamos. Mientras lo hacemos, voy planeando los pasos que daré. Mañana, día primero, llegan nuestros cheques del Seguro Social. Hablaré con Curbelo y le pediré el mío y el de Francis. Luego recogeremos las maletas, llamaré a un taxi, y nos iremos a buscar casa. Por primera vez en muchos años, un pequeño rayo de esperanza irrumpe en el enorme hueco de mi pecho vacío. Sin darme cuenta, estoy sonriendo.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)

Exilios II

Andrés Reynaldo

*Todavía con el rostro perplejo de sueños llegamos al umbral
[de los grandes ascensores.
Vísperas de televisión y cena al instante,
hemos despertado antes del alba
al zumbido de un reloj digital.
(En la mesa de noche un catálogo de compras.)
Alfarero, alfarero, ¿de qué arcilla es tu cántaro?
Nuestras casas sobre libros de cuentas.
Treinta años de utilidad
(en la cama hablamos de las primas del seguro)
basta que las cañerías y los canalones, las ménsulas y las
[jambas, los alféizares, los montantes, el tejado,
se desmoronan en puntual rapsodia.
A través de paredes de cartón escuchamos el gruñido de los
[secadores de pelo
y el trino de los pájaros que nunca vemos volar.
Árida la piel,
alergias a punto,
el aire acondicionado alcanza la humedad mínima,
y de golpe se desfloran los claveles.
Alfarero, alfarero, ¿de quién soy enemigo?
Un ominoso crepitar persiste en los muebles que cambiamos antes
[de pagar
y entre las nubes veladas por la cortina de hollín.
La termita sustituye al dragón en nuestras mitologías
y el Diluvio es un mediocre rocío de escorias.
Abrimos el periódico sobre las frías tostadas;
titulares a tientas entre sorbos de jugo de naranja en polvo:
ABANDONADAS EN UN LUMINOSO LABERINTO
LAS RATAS DE LABORATORIO SE ARRANCAN LOS OJOS.
Sólo recordaremos los anuncios.
Cuatro mil años de estética para vender un detergente.
Nuevo.
Nuevo.
El sol a nuestros pies con un cepillo embetunado de fábrica.*

*Letra críptica en esa nota que nos dejamos en la puerta del
[refrigerador.*

*Alfarero,
¿de quién me evitas,
de dónde ya no vengo?
En la intestina travesía del metro,
en la autopista recién barrida por perpetuas máquinas,
nos preguntamos una y otra vez si pusimos la alarma contra robos.
Saciado está en El Engranaje nuestro Edipo.*

*Detrás de anatómicos escritorios ciframos infinitos fragmentos.
Música enlatada por debajo del asordinado teclear.
Insomnes cámaras en los pasillos,
en las escaleras de servicio, en el singular rincón,
frente a la caja fuerte que guarda los expedientes.
Ahora peligramos de nuestra intimidad.*

Base a Delta,

Base a Delta:

intruso en la Sala de Archivos.

Cambio.

*Oprimimos el teclado
y asoma en la pantalla
el arcoiris que arderá en octubre sobre los edificios sin
[ventanas,
el peso cúbico de los océanos,
la ruta del moho en la corteza del roble.
Todo lo podemos predecir,
excepto el precio de las propias acciones.
Afables especialistas tratan de moderar nuestro poder,
la tentación de usar la red con fines personales.
En sesiones a la hora del almuerzo discutimos los últimos
[reglamentos*

*y versiones condensadas de la Biblia de Lutero:
empleados y jefes en productiva comunión.
A veces nos regalan grabaciones de la brisa en el bosque.*

Aquí Delta.

El Intruso es Tres Personas y una Sustancia.

*De la sección C a la sección X sostenemos el tapiz de infalibles
[circuitos.*

*Miríadas de oscuras cigüeñas se relevan a lo largo del eléctrico
[plano.*

Pero ninguno sabe cuál punta sostiene ni cuál es el diseño.

Alfarero, alfarero, ¿a qué arcilla me atas?

Aúlla la buena,

en la primaria luna,

nuestro horror a quedar fuera del sistema.

*Una tecla en falso
y otro
ocupa nuestra terminal.
Más allá del Número Prístino,
con la espiga de cuarzo del Control Maestro,
la Operación bilvana la Máscara.*
Deuteronomio:
*«Les voy a ocultar mi rostro,
a ver en qué paran».
En la cornisa del rascacielos
la paloma alimenta a su cría
con tiras de papel.*



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)

Las islas son malvadas y nadie lo sospecha

Roberto Valero

*¿Cómo puede uno seguir viviendo
con dos lenguas, dos casas, dos nostalgias,
dos tentaciones, dos melancolías?*

HEBERTO PADILLA

*Las islas son hermosamente tristes,
sus habitantes sueñan siempre un día,
una fecha,
el instante en que el mar se va a partir en dos,
y dos serán las vidas,
los recuerdos.
Los isleños tratan de grabarse bien las flores,
las miradas,
el cementerio que está justo a la entrada del pueblo,
saben que la espuma los va a partir en dos.
Cada ínsula encierra su demonio,
no podemos acostumbrarnos a los dioses de otros sitios.
Hay islas que no conocen el verde,
ni los caracoles,
ni el simple llanto de los niños.
Las tumbas un día serán anegadas
buesos danzarán sobre las olas,
las aves jugarán con el despojo de los sueños,
con sobras de pasiones.
Las aves marinas comen cadáveres en las noches
y presencian el nacimiento de las islas volcánicas.
Debemos abandonar ese montón de rocas,
adentrarnos sin miedo en tierra firme,
alejarnos del mar;*

*el mar corroe,
el mar no te abandona nunca
y tenemos que odiarlo aunque soñemos en azul.
Azules son mis pesadillas,
los tiburones vuelan,
nos cierran los caminos.
No hay retorno si viste la nieve en las montañas
y te has adentrado en continentes.
A las islas llegan náufragos,
pedazos de buques,
cartas en idiomas incomprensibles.
Las costas se disfrazan con riscos,
los fillos de los islotes hacen cojear a las gaviotas
y llenan de cicatrices a los lobos marinos.
Los que no escapan mueren imaginando Italia,
o «se suicidan» lanzándose de los rascacielos de Chicago.
Un día las islas irán corriente abajo,
chocando unas con otras,
cayendo del planeta hacia el abismo último
y los arcángeles verán una lluvia de estrellas.
Las islas no son buenas,
surgen del mar en un momento y ya vienen cansadas,
volverán al polvo del océano,
se abogan con aire,
la lluvia las molesta.
Una vez que has puesto mar entre dos vidas
no retornes,
no podrás encontrar lo que perdiste,
Mamá será la misma,
los amigos elogiarán la espuma de las playas,
y nadie habrá visto el corazón azul de su engañosa tierra.*

Oración

José Abreu Felipe

Mar,

*tú que acogerás en tu eternidad las cenizas bastiadas de Reinaldo Arenas,
tú que insolente y colérico cantas desde otros tiempos, más inocentes,
ajeno a los hombres que desde su pequeñez y su miseria,
todavía te amamos.*

Tú, que estirando tus manos puedes tocar las dos orillas.

*Tú, que como fuego te agazapas y saltas, y golpeas,
por favor,*

no hagas daño a esos muchachos, sólo protégelos.

*Y si te es posible, burla a políticos y comisarios,
a patrias y países, y permite que sus cuerpos hambrientos
y desnudos,*

*sus cuerpos furiosos y gastados,
arriben a esta orilla.*

*Hazlo a cambio de las cenizas bastiadas de Reinaldo Arenas,
que fue joven, hermoso, y te amaba.*



Carlos Alfonzo. Ceramic plate. *Santería deity series*. (1987)

Visitas a la caverna

Reinaldo García Ramos

Para Jesús Barquet

*Nos conduce esa cinta
de la plata esperada de los conquistadores,
y vamos conversando
sobre el cielo cercano de las nieves de piedra,
aceptando los lotos abiertos por la arcilla,
ofrendas coaguladas en el estanque descompuesto.*

*Descendemos
a la neblina quieta de los siglos,
hundimos nuestras bocas en el agua del aire
que nos ha dibujado estos gigantes,
estas columnas que no vuelven al mar;
y disponemos nuestros rostros para los techos escogidos
que se aclaran en la bóveda estrecha;
deseamos las gotas de ese elixir helado
que nos busca sin luces y quizás nos sostenga.*

*Escuchamos entrar en los fosos intactos
el resoplido extraño, el espacio al acecho,
y seguimos cerrando las paredes sagradas
para beber el rastro ciego
y sumergirnos en sus horas previstas.*

*Llegamos al final, al último salón.
¿Habrà regreso?*

(Carlsbad, 1996)

Barrio¹

Esteban Luis Cárdenas

A Carlos Victoria

*Un pájaro de nácar trinaba
posado en la punta de un mástil amarillo.*

*Farolas azules y rojas y un símbolo verde.
Restos de emblemas oficiales. Signos oscuros
para los ojos alertas y el avanzar nervioso.*

*Afluyen los significados y el orgullo
se humilla.*

*Un negro (cubano o norteamericano),
cruza la calle y empuja un carro de metal
color plata.*

Barrio.

*Se deslizan rumores;
alguna puta joven grita
reclamando su pago o, simplemente, un crack.
La policía merodea por las cercanías*

y los expendedores se alteran.

Hombres diseminados con ritmos y delirios.

Barrio

*de estibadores, de drogadictos y noctámbulos.
Se ven jardines apretados. Barcos.
El olor activo y resinoso del río;
figuras esbeltas, misterios.*

¹ De *Ciudad Mágica*, Deleatur, París, 1997.

*Boarding homes, markets cubanos (bodegas)
o norteamericanos asaltados por cubanos.
El Círculo K, antiguo Utotem
y mujeres distintas, jóvenes vagamente hermosas
y buenas hembras, con los senos hacia abajo.*

Barrio.

*Seres solitarios, dibujos de las encrucijadas,
alzan los ojos y observan los relieves:
entechados de imitación, tejas fijas,
similares a alfombras.*

*El barrio está tranquilo,
soporta la tarde hermosa y las canciones
que brotan de los fogares junto a músicas
alegres y altas.
A veces gritan en las casas. Una madre
maldice a sus hijos y culpa a Norteamérica.*

Barrio.

*Los refugios perecen sosegados
bajo la ambigüedad de las luces.*

*Tardes que no les importan a los desamparados,
a los anormales. Atisban los interiores
de un Ejército de Salvación. Una limosna.*

*Nadie ruega a los dioses. Vociferan.
Los dioses no escuchan. Permanecen fatigados,
sombrios.
Los solitarios y algunos,
con premura, siguen por ciertos rumbos.
Se nutren con el viento del océano.*

*Hay lugares enrejados y pobres
en donde mueren los inexpertos, los desgastados.*

Barrio.

*Un pájaro de nácar
posado sobre la punta de un mástil amarillo
continúa trinando.*

*All America. ACLF
South Florida, 1994*

El que faltaba

René Ariza

ANTES DE ABRIRSE EL TELÓN, EN LA OSCURIDAD, SE ESCUCHA UN MURMULLO DE muchas voces ininteligibles. Luego un silencio. Una voz lejana da una orden de fusilamiento. Tiros. Silencio. Otra vez el murmullo pero más débil. Otra vez la orden. Tiros. Silencio. El murmullo muy apagado. La orden. Tiros que se repiten como un disco rayado. Debe hacerse evidente que es una grabación. Silencio. Un pequeño ¡Ay! muy débil y cansado. Silencio. Se abre el telón. Hileras de muertos. Gran pausa. Se oye a alguien en cajas que se prepara a salir carraspeando. Sale un hombre de traje negro con corbata, andar elegante y marcadamente disciplinado. Carraspea. Se sube una manga mirando a los muertos con asco. Mira al público como diciendo «Qué clase de tarea me toca realizar». Se vuelve como a una orden militar y comienza a contar los cadáveres. Termina de contar haciendo un ademán de fastidio: la cuenta no sale. Se pone de frente. Reflexiona. Está sudando. Saca un pañuelo bien dobladito y se seca la frente. Lo guarda. Comienza a contar con bríos y desenvoltura. La cuenta no sale. Mira al público por sobre un hombro haciéndole cómplice de su agotamiento. Vuelve a sacar el pañuelo ya descuidadamente y se lo pasa por la frente. Comienza a contar. Se equivoca. Vuelve a empezar. Se equivoca de nuevo. Saca el pañuelo ya hecho una bola y se seca el sudor. Se quita el saco. No sabe dónde ponerlo. Lo tira fastidiado. Cuenta. Se va llenando de satisfacción, pero al terminar se ha equivocado otra vez. Se golpea la frente. Se quita la corbata, tira y se zafa el primer botón de la camisa. Ha perdido toda su compostura del primer momento. Mira al público como exigiéndole ayuda. Cuenta. Para. Se rasca la frente. Cuenta. Le sale mal, se golpea la cabeza. Cuenta con los dedos. Falta uno evidentemente. Mira a todas partes. Mira al público. Lo mira con sospecha, y como si dijera: «No me queda otro remedio, compréndanlo». Cuenta una y otra vez: No sale. Revisa entre cajas. Vuelve a contar desfachatadamente y con rabia. No sale. Mira al público: «El deber es el deber». Se abrocha la camisa. Recoge la corbata y se la pone. Se seca la frente y vuelve a doblar bien el pañuelo. Recoge el saco y lo sacude cuidadosamente. Va adquiriendo compostura. Se pone el saco. Guarda el pañuelo. Se sube una manga como al principio, trata de contar. Es inútil. Registra entre cajas. Mira al público como si dijera: «Cumplo con mi deber hasta el final». Saca un revólver. Lo prepara. Se lo pone en la sien. Dispara. Cae muerto en el lugar que faltaba. Himno militar irreconocible tocado como por una orquesta de retreta.

(CIERRA EL TELÓN LENTAMENTE)

Versailles

Marcia Morgado

EMPECÉ A IR A VERSAILLES DURANTE MI ÚLTIMO AÑO EN LA *Inmaculada*. MAYITA, mi amiga inseparable, pasaba por casa al amanecer. Nos despertábamos en el mostrador con un café con leche de verdad. El que preparaban en casa, primero con leche del Refugio y después con esa versión descremada –según los médicos, más saludable–, no era otra cosa que agua. En Versailles la leche era como debe ser. Espesa. Color arena bruñida. El café denso. Una recholata el encuentro entre ambos líquidos en la taza.

Las camareras me conocían y trataban con cariño. Sobre todo Elsa, pelo cuidado y uñas esmaltadas a la perfección. Me sentía como hubiera querido sentirme en casa. Entendían mis preferencias, como la de espolvorear canela en el café. Tostadas como las de Abuela, café con leche perfumado con canela y croquetas. ¿Existe mejor manera de comenzar el día? Seguramente sí. Pero ésta es, sin duda, una de las mejores. Versailles, además, me sirvió de escuela. Allí aprendí de conspiraciones. Entre pastelitos y papas rellenas se discutían, con exuberante indiscreción, invasiones y magnicidios. Era innecesario que La Habana tuviera espías en Miami. Los conspiradores se encargaban de vociferar sus planes secretos en medio de la Calle Ocho. Conspiraciones multiplicadas gracias al poder magnificador de las paredes del Versailles.

Fue allí donde me picó la curiosidad. Los veía gozarse las fumadas. Cada uno a su manera. Sobaban y rechupaban los tabacos como si fueran biberones. A veces lo sostenían cual otro apéndice, de primera necesidad, entre los dedos. Aprendí a insertarle un palillo para perforar el fondillo redondo. Virgen. A hundir esa punta en el fondo acaramelado de una taza de café. A envolverlo con la lengua. A mojarlo lentamente. Para hacer más dulce la primera chupada. Más picante el contraste. Aprendí a rotarlo entre los labios, empujando con la punta de la lengua. A acariciar el otro extremo con la juguetona mecha del encendedor. Una esfera iluminada desde su interior. Rojiza. Viva. Pidiendo otra chupada. Me picó el deseo. Y me pareció digno de probar.

No me detuve a pensar que hasta ese momento la mayoría de los practicantes eran hombres. Con la excepción de tía Celia. Recordaba haberla visto fumar tabaco en Cuba. Mientras ordeñaba sus vacas. Pero no fue el olor a leche caliente, fresca, mezclado con el humo agrio lo que me provocó la apatencia fumadora. Fueron los tomadores de café congregados en Versailles. Para hablar de política. Para recordar sus años mozos en Cuba. Acodados en el mostrador. Ultimando detalles para el próximo desembarco contra Castro. Haciendo patria entre bocanadas. Para mí, fumar tabaco es un acto patrióti-

co. De ahí esa inclinación a tratarlo con reverencia y, también, la terrible sospecha de que la Patria se vuelve humo.

En ese tiempo comenzó otra dedicación. No al tabaco confeccionado con hojas de esa herbácea oriunda de la isla de Tobago, sino al que viene como colofón al cuerpo masculino, rodeado de vellos y envuelto en el misterio del prepucio. En otras palabras, intacto. Perdón pido a los circuncisos pero me encanta descorrer la capucha de piel protectora. Preferiblemente con la punta de la lengua. Entre bocanadas de humo, ver aparecer la grandeza del glande en todo su esplendor. ¡Que viva el prepucio! Y me perdone Jerusalén.

Me pierdo por los vericuetos del miembro y olvido lo que hablaba antes. Es muy fuerte su atracción. Regreso: practiqué en mi cuarto. No con el apéndice vivo, sino con el otro que algunos freudianos consideran un sustituto. Prefiero ambos, cada uno tiene su encanto propio. ¡Qué nota la que se coge fumando un tabaco en medio de una buena templeta! Atravesada por un falo, y enredada entre olorosas espirales procedentes del habano. Vuelvo al cuarto de marras donde agarré una tremenda vomitera durante aquella primera sesión de aprendizaje. Por poco suelto los intestinos por la boca. El primer buche bañó las flores del amado cantero materno. Sin chistar, para que la dueña y señora del jardín no se enterara. Al día siguiente anduvo indagando con los vecinos para ver si descubría al sinvergüenza que le había arruinado los geranios.

La persistencia me regaló la victoria. Esperaba que se fueran a la cama. Entonces abría la ventana y me daba a la tarea en la que, de haber nacido hombre, mi padre hubiera participado. Como no era el caso, tenía que evitar que los progenitores percibieran el olor. Olor que él conocía bien. Le gustaba observarse en el espejo, el rostro difuminado por las bocanadas de humo. «Fumar no es cosa de mujeres», decía activando la memoria selectiva, enterrando sabrá dios dónde el recuerdo de los cigarrillos que Abuela consumía en una cadena interminable.

Jamás olvidaré el primero que fumé en público. Incomparable. Claro que el entorno ayudó a grabar el momento. El Enano Gutiérrez me retó a que encendiera un puro junto al féretro de su abuela. En la Funeraria Rivero. Entre los gemidos, el olor a azucenas y los cuentos de relajo dichos en voz baja, entremezclados con recuerdos de familia. Accedí a la petición del Enano. Los dolientes se daban importancia como si fueran de sangre azul. Pero lo único azul que se podía observar en ellos eran las sombras amoratadas que en ocasiones afloraban sobre la piel lechosa de Clara. La madre del Enano. Aquella noche una de esas manchas adornaba su pómulo derecho. Azul violeta desparramado por debajo del enorme marco de los espejuelos oscuros con que intentaba protegerse de las miradas durante el velorio de su anciana madre. Al verla pensaba en un personaje del teatro kabuki. ¡Espeso maquillaje!

Los comentarios sobre los orígenes del hematoma corrían de un lado a otro del salón. Muy en privado Clara lo atribuía a tanto llorar. Nadie le creyó. Parecía firmado con el puño de Roberto Gutiérrez. Conocido contratista mia-

mense, dueño de una compañía multimillonaria especializada en instalación de piscinas. Connotado líder político. Se rumoreaba que bien podría ser «el próximo presidente de la ya cercana Cuba libre». Por eso Clara no me aceptaba. No me consideraba un buen prospecto para cruzar las macizas puertas del palacio presidencial cubano del brazo del minúsculo heredero. Así que cuando El Enano me retó, aproveché para hacer en público lo que llevaba tiempo practicando a solas.

El silencio retumbó en la casa de madera, devenida en funeraria, de la calle Flagler. Sin inmutarme. Concentrada en el acostumbrado ritual, encendí el tremendo H Upmann (extraído clandestinamente de la colección del patriota Gutiérrez). Cortesía del heredero. Único apéndice memorable que puedo atar al pequeñuelo. Era enano doble. Me sorprendió cuando tuve la oportunidad de observarlo. Hasta ese momento pensé que había un tamaño básico en pene. Que haría parecer mejor equipados a los hombres diminutos. De ahí el mito de los enanos pingones. Mito que desbarató el futuro heredero de una de las mayores fortunas del exilio. Era, sin lugar a dudas, un enano absoluto y, nunca mejor dicho, orgánico. Pero gracias a él hice en público por primera vez una de las cosas que más disfruto. Saborear un buen tabaco. Desde luego, como los cubanos no hay dos.

Esta afición me brindó la oportunidad de perfeccionar técnicas que habría de practicar en otros quehaceres que requieren destreza bucal. Y me hizo meditar sobre la dicotomía que sufren tantos cubanos. Homofóbicos por tradición, y asiduos fumadores de habanos. Homofóbicos pero no humofóbicos. Actividad que debería considerarse femenina si nos guiamos por la lógica más elemental. Chupar, succionar, le viene de perillas a una mujer. Y cuando se lo hacemos a un tabaco, ellos temen que les robemos el sustituto de lo que, sospecho, añoran: un gran pene.

El elefante

Nicolás Abreu Felipe

HABÍA UN ESPACIO DE LUZ QUE COLGABA DEL TECHO COMO UN GARGAJO. NO estaban allí los garabatos que veía todas las noches. Miró hacia la cortina y no pudo distinguir en la claridad que se filtraba por ella (si es que a aquello podía llamársele claridad), nada extraño. Era una baba azul, tintineante, que se negaba a moverse de la humedad de los cristales. Pero lo raro era que la luz insistía en comunicarse con él. Hubiera jurado que le guiñaba un ojo, que le sonreía mostrando una lengua húmeda entre unos dientes parejos y hermosos. Dio una voltereta en la cama y miró la pared que caía del techo como si flotara. Afincó la almohada entre los muslos y restregó los güevos contra ella. Tenía ganas de orinar, sentía la carne hincar el relleno y era rico el placer que le proporcionaba la funda fría en la piel. Pero no era guata lo que había dentro de la almohada, no fue eso lo que encontró cuando rompió la costura y la introdujo dentro. Le dio asco, la guata era más sabrosa. *Tengo que conseguir una almohada de guata como aquellas primeras que enchumbé. Mejor me levanto y voy al baño; pero si orino se derrumba y no quiero darle ese gusto. Debo agitarla y masturbarme.* No pudo definir si el deseo que sentía era el de otro cuerpo o el de él mismo. Con apretarse ya tenía, con batir por un rato lograría satisfacerse y conciliar el sueño de nuevo. Se viró hacia su mujer y colocó la carne dura entre las nalgas, la presionó contra la masa caliente, suave. A las mujeres les encanta agitarse esa estaca dentro al amanecer. *Si no se despierta me boto una paja, tengo deseos de soltar esto.* Pero si su mujer lo sorprendía masturbándose no lo perdonaría. Cómo le iba a explicar que lo hacía para no molestarla, por no interrumpir su sueño. Podía pensar que era humillante derramar aquel preciado líquido habiendo un vertedero tan cerca. *Hoy tengo ganas de diluirme en mí mismo, de templarme a mí mismo, de abrirme a mí mismo, de cagarme en mí mismo, de imaginarme a mí mismo, todo a mí mismo, siempre a mí mismo, nada en nadie sino en mí mismo. Masturbarme en mí mismo. Ser leche derramada en mí mismo.* Se incorporó sofocado con el rabo entre las manos y entonces fue que vio al elefante acurrucado a los pies de la cama. Mirándolo. Imitaba con la trompa lo que él tenía entre las manos. Todas las noches venía y se acostaba en la alfombra, a los pies de la cama. Tenía la piel limpia pero arrugada en el lomo. Ni él mismo sabía cómo aquel elefante había llegado hasta allí y no le importaba. Estaba a su lado cuando más lo necesitaba. No era capaz de abandonarlo. Al amanecer lo veía levantarse y desaparecer por la puerta del cuarto. Pero noche tras noche volvía y se tendía a los pies de la cama. Qué buena compañía que no pedía explicaciones, que llegó y se quedó. Qué buen amigo que regresaba

cada madrugada sin llamarlo, que nunca le dirigía la palabra. Lo miró sin hacerle caso como de costumbre, ya estaba habituado a sus repentinas visitas. El elefante tenía unos ojos redondos, que brillaban como dos bolones de cristal. A veces, en la oscuridad lo oía roncar feliz. Pero esta noche se puso en cuatro patas. Bufó, gruñó y sonrió. Con la trompa le dio un latigazo a la luz que colgaba del techo. El gargajo trató de afincarse pero recibió un golpe tan certero que lo hizo desprenderse. Chisporroteando, cayó sobre la cama. Los garabatos fueron llegando y se acomodaron, con precisión, en sus respectivos sitios en el techo.

— Yo también estoy excitado hoy —dijo el elefante—, tengo las mismas ganas que tú de descomponerme.



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)

Conversación con la santa

ALEJANDRO ARAGÓN

Dice:

— Vas a viajar. Pero es bueno que te limpies con siete monedas y las lances al mar desde la lancha que cruza la bahía. Y háblale a la Santa cuéntale tu problema.

Le digo:

— Odio el mar porque sobre su vientre aleja a un amante, a un amigo, atrae un enemigo.

Odio al mar que hace a esta tierra patria.

Odio al mar que hace a esta tierra patria ineludible.

Le hablo y espero remedio, miro al mar: tanto mar y ni siquiera comemos pescado.

(Llaman patriotismo a un sentido de permanencia que ha impedido que ciertos lugares de la tierra queden completamente desolados.)

Inspirado en un poema de José Martí.

Tierra sin nosotras

UN ESCRITOR (LO SABEMOS) ES EL EXTRAÑO QUE HABITA entre los otros; el desubicado. Y la escritora lo es doblemente. Cómo olvidar la mayor alabanza que la crítica de la época dirigió a Gómez de Avellaneda: «es mucho hombre esta mujer». A pesar de que ha transcurrido un siglo y medio, el conjunto de investigaciones feministas realizadas en los últimos treinta años nos reafirma que a la mujer que escribe, la que sostiene la fállica pluma entre los dedos, se le registra en los substratos del pensamiento contemporáneo como el clásico fenómeno de siempre —ése que conspira contra el orden natural de las cosas.

En el caso de la escritora de la diáspora cubana, el instante de su destierro queda fijo como punto de partida de la conciencia. Hay que preguntarse si esa interrupción de una continuidad que significa un exilio, ese desplazamiento del ser, no constituye a su vez un fenómeno antinatural, que conspira también en contra del orden establecido. Podría considerarse que la escritora cubana expatriada vive instalada en un fenómeno doble; que la escritura no es su primera transgresión, pues su «yo» geográfico ha sido subvertido con anterioridad. La escritora cubana se ubica en un espacio literario en el país ajeno. Desde allí, su imaginación logra conservar y reproducir los códigos de la cultura que la identifican, los rasgos y signos que le permiten una (re)encarnación de su ser disociado, desasido de su centro.

De ese modo, la literatura pasa a ejercer una doble función; se sacraliza; se convierte en el emporio de las ideas. Desde ahí la realidad vuelve a nombrarse y la estrategia salvadora consiste en un intento de reconciliación entre la nueva realidad y la que se ha dejado atrás. Esta transformación no puede sino efectuarse desde la subjetividad, mediante una mitificación que exige, a priori, la deconstrucción del mundo anterior, así como la del ámbito inmediato. Estimo que, tanto en el caso de la escritora como en el de la artista cubana exiliada, la mitificación ha constituido una necesidad. Esa ordenación peculiar que ella imparte a la realidad es el procesamiento de un estado anómalo de desvinculación del «yo» y su entorno; de

Loures Gil

una ansiedad tan palpable y física, que alcanza a trastornar los sentidos y las percepciones –a menudo para siempre (Ana Mendieta es el escalofriante ejemplo de este proceso mitificador que ella encarnó, no sólo con su obra artística, inscrita obsesiva y orgánicamente en la tierra, sino con su trágica muerte). Y es que el destierro, sea remoto o reciente, coloca en la conciencia una orfandad, un desamparo. La vida se torna en entramado inhóspito, que se interioriza como un deambular sin rumbo y sin tregua.

Pero si la escisión que enmarca al pueblo cubano en la tragedia fuera subsanada; si la mutilación del organismo social se reparara por medio de la única prótesis posible: una «normalización» en los trámites de entrada y salida del país, ¿cómo repercutiría en el discurso literario del exilio? ¿Y qué efectos podría producir en la literatura de la isla la recuperación del miembro descartado? Independientemente de quienes ejerzan el poder, una vez el estado cubano abandone su política exclusionista de destitución ciudadana para los que eligen otras tierras como lugar de residencia, y el gobierno norteamericano revoque el embargo, se derrumbaría el emblemático muro de Berlín cubano. El libre acceso al país liberaría a cada cubano de la ansiedad de las separaciones forzadas, las inacabables dependencias económicas entre familiares, la casi incomunicación a las que se ha visto sometido. Una eliminación relativa o parcial de esa angustia se reflejaría –cómo no– en la escritura de adentro y de afuera de la isla. Se dismantelarían, en el discurso del exilio, el morbo de la nostalgia, la abulia del sentimentalismo, el estupefaciente de las mitificaciones.



Otro factor ejerce su peso sobre esta literatura. Y hablo de cómo la producción literaria en español en los Estados Unidos, ignorada por el idioma oficial, se convierte en una zona inexistente, en un exilio dentro de otro exilio, en un ilícito ritual que nos reduce a la invisibilidad más aniquilante. Planteado así, la escritura como proyecto de autenticación asusta. Lo entendemos como una derrota paulatina, como una autonegación fundada en condiciones insolubles, a contrapelo de toda lógica sana y del deseo natural del creador a la justa valoración de su arte.

La autora norteamericana H.D., autodesterrada desde 1911, vivió primero en Londres y más tarde en Suiza y en Italia. El lector de hoy no reconoce su nombre entre los integrantes de la *lost generation*. Más bien recuerda los nombres masculinos: Eliot, Hemingway, Pound, Fitzgerald. Opinaba H.D. que, para la mujer, el exilio no era sino la externalización y concreción de otro exilio interior que su condición femenina le imponía; una especie de dialéctica interna de alienación. H.D. veía su carrera literaria como producto de su exilio, al que comparaba con una «cesárea síquica... (la) manifestación geográfica de un exilio más fundamental... símbolo viviente de mi marginación como mujer».

La escritora cubana de la diáspora no vincula su identidad femenina al contexto del exilio. Devorada por las palabras y las dificultades del entorno con que ella lucha, el lenguaje la ha investido de sus liturgias, pero no le ha

develado el mapa de sus catalizaciones y sus pérdidas, de sus miedos y sus contradicciones. Se inserta a ámbitos múltiples en su escritura –a otras geografías, a una visión metafísica, al pasado cubano, a lo personal, a la palabra misma–, pero la dialéctica interna entre marginación y exilio que señalara H.D., tan privativa para un escritor, no la resuelve en el texto.

Para mí la literatura ha significado la mayor, la única aventura salvable en este periplo sin fin. A esta ventura se aferró la inteligencia, se volcó en sus conjuros y en sus fiebres, en sus delectaciones y en sus acertijos. Pero si mi escritura se detuviera en el elemento trágico con el solo ánimo de fijarlo; si se cifrara sólo a partir de mi individualidad, cancelaría dentro de sí ese germen capaz de autorreproducirse (me) en la palabra. No sería el texto más que una célula aislada y estéril, sin sentido, desalojada de su historia y de su tiempo.

Sin embargo, cuando repaso la escritura femenina del exilio cubano, hallo invariablemente esa mitificación de la realidad circundante, que culmina en su expresión iconográfica con la obra escultórica de Ana Mendieta. Son textos que identifican la realidad como trascendente, que rehúyen la experiencia cotidiana, el desagrado, el lenguaje descriptivo, la alusión a la tragedia nacional, a la sociedad norteamericana, a los conflictos en otras partes del mundo. La voz poética se desvía por los surcos de la imaginación; reelabora los tentáculos de la modernidad que nos apresa; interioriza las tensiones entre la lengua y el medio.

Entonces, ¿qué percepción tiene de sí esa voz; cuál es su espacio? Sus recursos estructurales y estilísticos, en una primera lectura, pueden confundirnos. Nos internamos en párrafos de inesperados atavismos, en giros de desmanes aforísticos, de una desmesurada insistencia en la extrañeza. Su coherencia se dibuja como dislocación cubista, que reorganiza las imágenes y que confiere a la realidad una lógica oculta, de una invisible tinta que las escritoras sacan a la luz con su grafito. Así entendió Sarduy nuestro exilio: un discurso desprendido de su núcleo, irradiando hacia todas las direcciones posibles y arrastrando veloz materias arcanas o disímiles, tras la eclosión del Big-Bang, tras el derramamiento de la revolución cubana.

Existen, además, otras interpolaciones a la vocación literaria fuera de Cuba. Existen, por ejemplo, la indiferencia y hasta el desdén por parte de la crítica y de un público apenas existente. La escritora sobre todo, la mujer, debe publicar a la sombra de dos proyecciones imperiosas: la de los escritores que las instituciones cubanas legitiman y la de las estentóreas voces (todas masculinas) que identifican a la literatura del exilio. Preguntemos en cualquier parte del mundo quiénes son (no dónde están) los escritores cubanos de nuestra época y no escucharemos en la respuesta ningún nombre de mujer.

El valor de la obra escrita por las mujeres de la diáspora no reside en el apoyo a un organismo estatal de cultura –no lo tiene. No se sustenta de los espaldarazos académicos ni de las inversiones cautelosas de las casas editoriales. Su testimonio asoma desde la alteridad, sin glosar o desglosar aún; desde la condición subalterna en que yace sumido tras treinta y ocho años de expatriación. Ah, ¿y por qué esa realidad subvertida, ese discurso «otro», al margen de

la cultura oficial (si tal cosa existiera) del exilio? ¿Tanto difiere un testimonio de mujer del canon masculino? ¿Cómo se transfigura literariamente, y desde la androginia, la realidad? ¿Cómo se la hace reverberar en un texto acuciante que, como escudo de Perseo, pueda devolvernos la mirada irritada sin que el *pathos* alcance a consumirnos?

Sospecho que, entre las respuestas posibles a estas interrogantes, resplandece siempre Marguerite Duras. La escritora francesa nacida en Vietnam supo conjurar las propiedades misteriosas de la creación literaria y desplazó el horror de Hiroshima a la página, en su novela *Hiroshima, mon amour*. El cine hizo luego inolvidables sus denegaciones repetitivas: «Tú no has visto nada en Hiroshima. Nada... Tú no sabes nada... Nunca sabrás nada. Ni tú ni nadie... sabe nada»



Hay otra referencia literaria esencial a este trabajo. Su título, «Tierra sin nosotras», es derivativo de otro título –*Tierra sin nosotros*, el primer libro del poeta español José Hierro, publicado en 1947. La frase, el concepto tras la frase, casi parecen el lema que define a una generación. José Hierro se proponía justamente eso: describir el momento de su nacimiento como escritor, el de su entrada a participar en la vida de su país. El poeta sentía que la historia a la cual se asomaba los excluía, a él y a sus contemporáneos; que su bautizo literario ocurría en un territorio de negaciones y ausencias. Transcurría la época de la posguerra española, tan imbuída de miserias y mezquindades. Miserias del espíritu y miserias materiales, consecuencia del fratricidio bélico y de un ostracismo político que duró más de veinte años. Con él sancionaban a España las naciones europeas y americanas por su alianza con el Eje fascista.

El énfasis del título recae sobre la inesperada preposición «sin» (en vez de la afirmación idónea de una tierra «con» nosotros), revelando así que no se trataba solamente de una ausencia física del país para un número determinado de sus habitantes, sino que un profundo sentido de desposesión marcaba la vida de los que permanecían en el territorio nacional. Al decir «tierra sin nosotros» el lenguaje recoge lo históricamente real como pérdida, como carencia, como un no-estar. El lenguaje nos enfrenta, de modo dramático, con un destino nacional en la España de 1947. Los cubanos nos reconocemos en esa no-presencia, ese destino que nos ha sido arrebatado y nos alcanza dondequiera que estemos. Desde hace ya muchos años, ser cubano es una desgarradura de la conciencia, una ruptura histórica. Esta escisión se ha instalado en el alma nacional y nos lacera a todos, dentro y fuera de Cuba.

He ahí la deliberada orientación de mi título. Sé que con él me remito a un pasado que no es el nuestro, a un país ultramarino a la isla, a una voz poética masculina, a una generación algo distante de la mía. Podrán decirme que no estoy pensando a Cuba en femenino. Peor aún, que no estoy pensando a Cuba siquiera. Pero he elegido con toda intención esas definiciones que nos enmascaran. Porque tendemos a plantearnos cualquier circunstancia (con frecuencia, inadvertidamente) dentro de estructuraciones que repiten el trazado

masculinizante de la historia. Nuestros puntos de referencia son las hazañas de los hombres; nuestra visión del mundo responde a las estratagemas del poder de las naciones hegemónicas.

¿Por qué parece que reitero los cánones gastados que nos anulan y nos niegan? Al nombrar así este texto propongo un reajuste de óptica, una reformulación de la desoladora imagen que ese enunciado encierra. El «nosotros» describe un «yo» colectivo que, ubicado en la primera persona del plural, personaliza al sujeto. Nos sentimos aludidas. Pero el «nosotros», ¿es también el «nosotras»? ¿De qué nosotros se habla?

No pretendo modificar una lengua de singular plasticidad y riqueza, sedimentada por los siglos; una lengua que, lamentablemente, no nos representa con justeza. Pero sí creo que el examinar la compleja red de ambivalencias y equívocos que yacen ocultos tras esquemas diseñados por otros (los esquemas en que hemos sido educadas) puede también socavar el orden patriarcal que constriñe nuestro pensamiento. Debemos reflexionar sobre el anonimato histórico al que se nos reduce. ¿De qué modo asistimos al festejo innombrable? ¿Cómo participamos de la cacería sangrienta de la historia y del quehacer humano?

Paso a señalar un ejemplo concreto de nuestra limitada participación como concelebrantes en las gestiones del poder y sus mecanismos. La mayoría de ustedes sabe de los congresos culturales que se organizaron en Europa en 1994 –tres de escritores y uno de creadores intelectuales y artistas. El objetivo era un encuentro entre los cubanos residentes en la isla y los del exterior. Como podemos atestiguar, la presencia femenina fue mínima en estas reuniones. Por lo general se invitaba a una sola mujer en representación del exilio o de Cuba. Una versión cubanizada del sistema norteamericano del «token», que llena cupos y guarda la forma con calculado esfuerzo. A los hombres que asistieron no se les aplicó ese criterio.

No menciono dichas conferencias con ánimo de discutir el recelo con que fueron recibidas, dentro y fuera de Cuba. Una censura tácita las ha encubierto en ambas latitudes, posiblemente porque los escritores y su labor no pasan de ser instrumentaciones del poder, a ambos lados del Estrecho de la Florida. Una práctica política de antigua tradición en Cuba remite la cultura al margen del debate nacional, manipulándola según sus intereses.

Lo que yo pretendo hacer resaltar es que, a la hora de las convocatorias –sobre todo para las reuniones de subtexto político–, los hombres se autodesignan como organizadores de las mismas. No sé a qué derecho divino apelan, pero nadie cuestiona ni repudia tales decisiones, que tanto después repercuten en lo que concierne a la mujer. Como consecuencia, el hombre continúa dominando esos espacios de la realidad cubana. Resulta insólito que tal desigualdad sea perpetuada en el mundo contemporáneo, especialmente en foros a nivel internacional. Vis à vis el extranjero, sentados en las salas de recibo de países más desarrollados, la falta de representación femenina en los cónclaves cubanos se advierte como un inexplicable oscurantismo; como un provincianismo inculto instalado en los engranajes del poder.

Estos congresos culturales reprodujeron una de las estructuras raigales del pensamiento cubano, otra dimensión más profunda de su autoritarismo patriarcal, más allá de las ideologías políticas. Ratificaron una semejanza en el seno de la comunidad cubana global (intra y extramuros), que padece del mismo síndrome anacrónico: el espectro masculinizante que rige la jerarquización social de su dividida realidad.

A pesar de casi cuarenta años de suturas artificialmente impuestas, de mutuas desacreditaciones en las nomenclaturas de su lenguaje, el discurso cubano universal se legitima a sí mismo en un integrismo seminal, vigente en su presencia múltiple y extraterritorial. Aunque el orden político determina unas divisiones falsas para nuestra literatura, sabemos hoy que nada nos une e identifica más que nuestra habla. Existimos, ustedes y yo, ellas y nosotras, en ese discurso nacional, escindido e idéntico, chabacano y erótico, supersticioso y sonoro, superficial, politizado, caribe, patriarcal.



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)

Metamorfosis de una mariposa¹

*¿Qué derecho más sagrado que el de vivir
en el suelo donde se ha nacido?
La sola propiedad incontestable del hombre
debe ser esta, la patria.*

CONDESA DE MERLÍN, *Viaje a La Habana* (1844)

Para Enrico y Nivia

HABÍAN CONCLUIDO YA LAS GRANDES DELIBERACIONES que hicieron del Diálogo de fines de 1978 un momento clave en la historia tortuosa entre ambas Cubas, la de la patria y la del exilio. Mientras Fidel puntualizaba con mano en alto los últimos acuerdos del Diálogo, yo, miembro de esa generación a quienes les habían robado el «derecho sagrado» de vivir en la patria, comencé a sentir una aprehensión muy profunda. ¿A esa lista impersonal de trámites se había reducido el sueño del Diálogo? Puesto que había poco en los acuerdos acerca de lo que nosotros, entonces jóvenes cubanos de la primera generación,

¹ Este ensayo fue escrito originalmente para el número especial del *Michigan Quarterly Review* dedicado a «Bridges to Cuba/Puentes a Cuba» (publicado en Verano-Otoño 1994), en respuesta a la invitación de los editores a colaborar con un ensayo que diera cuenta de la historia de *Areíto* y de la Brigada. Sin embargo, nunca fue publicado en este número ni en esa revista (la última parte del ensayo se añadió después). La explicación que uno de los editores se dignó ofrecer era que se les había agotado el cupo, lo cual me recordó la manera en que a los escritores en Cuba no se les publicaba por la excusa de que se había agotado el papel. Curioso cómo los mecanismos de censura se aplican en uno y otro contexto, y, más peligroso aún, la manera en que el discurso del régimen cubano penetra hasta el interior de Estados Unidos (*the heartland*).

habíamos establecido como prioridad vital: una conexión real con Cuba, con su gente, paisaje, olores y ritmos, culminando con la posibilidad del regreso. Ciegos al peligro señalado por el cuento de Calvert Casey, «El regreso» era ideado por nosotros como deseo de ser plenamente recibidos, aceptados cual hijos e hijas pródigas que habíamos viajado errantes sólo para *llegar*, como nuevos cristianos, al «valiente mundo nuevo» de la revolución. Sentada en uno de los fríos asientos circulares adentro de la imponente sede del Partido, recordé las horas de desvelo pasadas en Cornell en las que un trío de estudiantes cubanos perdidos en la nieve escribíamos una propuesta delirante dirigida a la alta oficialidad en Cuba. Ahí hacíamos firme declaración de convertirnos en revolucionarios relucientes, y afirmábamos nuestro ánimo sincero de entablar puentes con Cuba. En ese documento, inventamos todo tipo de medidas fantásticas como crear sucursales de la Federación de Mujeres en el exilio o ser miembros por-un-día de los Comités de Defensa. Ahora, al concluir el Diálogo, este sueño parecía derrumbarse entre la pila de documentos sellados, notas furtivas tomadas en libreticas ofrecidas por los cari-correctos oficiales de la revolución, e interminables discusiones acerca de los ex-presos. Impelida por un enorme aliento, me atreví a alzar la mano justo antes de que el Comandante pusiera punto final a los acuerdos del Diálogo. A su pregunta, «¿Ha quedado algún otro asunto por resolver?, ¿algún otro asunto que no haya sido apuntado?» respondí con voz temblorosa, pensando que quizás este gesto quedaría grabado en el libro de la Historia: «Comandante, el derecho a la repatriación.» Acto seguido Fidel, con mano serena y semblante serio, anotó este punto en una misteriosa página que nunca salió a relucir en las actas oficiales del Diálogo. Página perdida, como el manuscrito del *Diario* de Colón, entre las aguas turbulentas del mar Caribe.

Desde la orilla de allá, el Diálogo se veía como solución al problema que el gobierno de Castro consideraba de mayor magnitud: la liberación de los ex-presos políticos que constituían un elemento de tensión constante y de oposición latente al régimen. Según la posición oficial, era imposible re-integrar a los ex-presos al paradigma imperante de la sociedad «socialista.» Desde la orilla de acá, la del exilio, el Diálogo representó una cosa diferente para cada uno de los 75 integrantes. Para algunos, brindó una coyuntura política para restituir alguna tragedia familiar como el caso de la gran dama cubana, envuelta en joyas y pulcramente vestida de negro, que viajó a Cuba únicamente para reclamar a su hijo, un famoso preso político, quien inmediatamente fue puesto en libertad por el mismísimo Comandante como prueba de buena fe. Para nosotros, hijos de los denominados *gusanos* que fuimos arrancados de Cuba en la niñez o en la adolescencia durante los tempranos '60, ahora volcados con el idealismo de la época hacia Cuba, el Diálogo significó una posibilidad, hecha ya carne, de entablar una conexión vital con nuestra isla, con el cielo y el sol que alumbró nuestra infancia y que considerábamos irremediablemente perdidos. Era nuestro paraíso, y se imponía la tarea de recuperarlo.

Desde nuestro punto de vista, el Diálogo aparecía como realización a nivel de la praxis política del *potens* histórico ideado por Lezama, lo que implicaba

necesariamente el tender puentes tanto para uno como para otro lado. Pero la intención del estado cubano era mucho más pragmática, ya que con frases altamente retóricas se había promovido la instantánea metamorfosis de los antiguos «gusanos» en respetables «miembros de la comunidad cubana en el exterior» no para consagrarlos de nuevo a la patria, sino para sacarles sus dólares. Mientras tanto, nosotros, los de la «generación herida» —epíteto con que nos consagró un joven poeta de la isla— nos vimos casi inconscientemente involucrados en una metamorfosis muy distinta. Sin saberlo, en el momento de pisar suelo cubano nos habíamos convertido ya en «mariposas,» otro término oficial con que se bautizó en Cuba a los nuevos simpatizantes del régimen. Con esta retórica el estado trató de rematar años de destinos disparejos, de conflictos políticos que sacudían la esencia misma de cualquier noción de patria. Nuestra ingenuidad política respondía, más que nada, a una necesidad vital, a un hueco existencial: cancelar de golpe los largos años de distancia y de exilio y, haciendo eco del arquetípico verso antillano, finalmente regresar a nuestro país natal.

«Mariposas» habíamos sido especialmente aquéllos de nosotros que participamos en el famoso primer contingente de la Brigada Antonio Maceo, que en diciembre de 1977 viajó a Cuba para descubrir la isla, en abierto desafío a las tensiones de la guerra fría. Este viaje resultó mayormente de los esfuerzos de Lourdes Casal, una socióloga de Rutgers que se entregó a la tarea de aglutinar a la juventud cubana dispersa en el exilio en torno a Cuba y a la revolución. En retrospectiva, Lourdes aparece ahora cumpliendo una misión cuasi-evangélica: en todas partes y en cada *college* o universidad a donde iba a hablar, ella predicaba con paciencia de santa a los jóvenes de la generación perdida un nuevo mensaje: el acercamiento a Cuba, el perdón de los años, el sueño del regreso. Aunque en ese entonces me mantuve ciega a las repercusiones tanto de mis acciones individuales como de las del grupo, ahora comprendo que el nivel emotivo de la BAM se sostenía en una plataforma política que aparecía como alternativa a la «línea dura» que seguía siendo creencia fiel de nuestros padres. Me acuerdo de que antes de viajar a Cuba, tuvimos que firmar un documento en el que no sólo reconocíamos los «logros» de la revolución, sino también nos suscribíamos unilateralmente al cese de tensiones entre Cuba y Estados Unidos. Esta declaración de lealtad política me pareció un poco forzada, pero era tan fuerte el deseo de regresar a Cuba, de realizar el sueño, que hubiera sido capaz de cualquier cosa con tal de montarme en ese avión. Los esfuerzos de Lourdes y de Marifeli Pérez-Stable, miembro de nuestra generación y especialista en ciencias políticas, se canalizaron a través de *Areíto*, revista que durante los años '70 ensayaba una visión alternativa del fenómeno cubano basada fundamentalmente en las premisas analíticas de las ciencias sociales norteamericanas. Poco después de escribir nuestra delirante propuesta, los «tres tristes tigres» de Ithaca la tiramos al cesto de la basura para integrarnos plenamente al grupo *Areíto*, con sede en Nueva York, de donde surgió la posibilidad de viajar a Cuba con la Brigada Maceo.

En esa época, y bajo el liderazgo de Lourdes, escribimos las historias comunes del desarraigo en las páginas de *Contra viento y marea* (1978), libro

que ganó el Premio Testimonio en Casa de las Américas. Aunque el libro proponía ser una memoria colectiva, los fragmentos de vidas individuales tan dolorosamente labrados se redujeron, en el texto final, a una corrosiva crítica de Estados Unidos y del susodicho *American way of life*. El mismo exceso de sobreideologizar nuestra experiencia generacional se palpa en *55 hermanos*, la película que dirigió Jesús Díaz para grabar las emociones y experiencias del primer viaje de la BAM. A pesar de lo acertado del título, también se pudiera haber llamado *Los doce apóstoles*, pues aparecieron en la película o bien las voces más abiertamente militantes, o sea, las más apegadas a la posición cubana, o bien las que expresaban mayor resentimiento contra Estados Unidos. En honor a Díaz, debe decirse que tuvo la valentía de incluir en la película el cuadro elocuente de un brigadista rebelde, cuyo pelo largo y gesto lacónico indicaba que era, quizás, el único de los 55 que no se «tragó» la versión oficial de las cosas con que desayunamos, comimos y cenamos durante ese memorable mes en Cuba.²

Escasos tres años después, cuando el éxodo del Mariel de 1980, la mayoría de nosotros, ex-dialogueros y ex-brigadistas, ya nos habíamos convertido en otra cosa, puesto que las alas de la mariposa eran demasiado frágiles para sobrevolar por encima del drama de miles y miles de cubanos que cada día se escapaban por el mar. Mariel marcó a nuestra generación de manera rápida y definitiva. Ya no podíamos fácilmente enarbolar la bandera, ni repetir las mismas consignas; fue en ese momento que muchos de nosotros abandonamos nuestro compromiso con la Brigada y/o con *Areíto*.³ Pues Mariel cifró un agotamiento, el fracaso de un ideal: el cúmulo de obras, cambios, fervor nacionalista y atrevimiento histórico que habíamos designado bajo el utópico rubro de «Revolución cubana.»

Después de Mariel, no quedaba ya ni el consuelo de un nombre, ni tampoco la fe (martiana) en la historia que había sostenido esos viajes de luz a nuestra tierra. ¿Quiénes éramos ahora? ¿Disidentes, como los opositores pujando dentro de la isla? ¿U otra categoría impensable, indefinible, aún por venir? Lo único cierto es que lo que se vislumbraba en ese entonces como tercera opción –la mayoría éramos críticos del régimen fidelista pero no por eso partidarios de la intransigencia miamense– era producto tanto de nuestra vivencia fuera de Cuba como de los momentos que se nos permitió vivir dentro de ella. Al cabo de los años, y especialmente después del fusilamiento del General Arnaldo Ochoa y la persecución de María Elena Cruz Varela y otros disidentes, muchos miembros de nuestra generación, antes «liberales a la violeta,» nos encontramos, no sin culpa por abandonar «la causa,» más cerca de la

² DÍAZ, escritor cubano ahora exiliado en Madrid, dejó también constancia de las experiencias de la Brigada en su libro de testimonio, *De la patria y del exilio* (1979).

³ Román de la Campa así lo expresa: «La decisión de romper filas con ese grupo de jóvenes intelectuales ‘fuera de Cuba y del exilio’ [...] no fue fácil, pero casi se impuso a sí misma después de la invasión soviética de Afganistán, y el éxodo del Mariel.» En «Memorias de un dialoguero,» *Linden Lane Magazine*, 9: 4 (octubre-diciembre 1990), 29.

posición miamense que de otra cosa. A través de mi amigo Sergio López Miró supe que esto tenía un nombre: la posición «dura» se podría definir como «opción cero»: no a la negociación con el gobierno fidelista, sí a una transición pacífica y democrática que tome en cuenta el verdadero sentir del pueblo cubano, entendido como los de «allá» y los de «acá.» Ésta es la crónica de ese tránsito, de la lenta y profunda evolución de «mariposa» al sepulcro introspectivo del exiliado, a la marginalidad tejida como capullo protectorio del disidente exterior.

El primer hito en esta transformación lo constituyó el Diálogo mismo. Entre los 75 que integramos el primer Diálogo se encontraban ex-asaltantes de la Bahía de Cochinos, madres de prisioneros, hombres de negocio, profesores y líderes intelectuales del exilio, junto con nosotros, el pequeño puñado de Brigadistas ilusos. Pero el Diálogo no fue sólo una actividad diplomática; al contrario, nos sirvió para enfrentarnos con una realidad a la que nuestros ojos de «mariposas» se habían mantenido cómodamente ciegos: la existencia de una fuerte oposición interna al gobierno de Castro, aún dentro de las capas populares. Si durante el día nos sentábamos a escuchar las interminables negociaciones, a la caída de la noche nos esperaban en el lobby del Hotel Riviera una masa intranquila de desesperados, que acosaban a los dialogueros con el propósito de encontrar a alguien que les ayudara a tramitar su salida de Cuba. A mí me tocaron dos campesinas, una blanca y la otra mulata (después sospeché que las dos eran lesbianas), que insistían en que yo les ayudara a tramitarles la salida. Aún ingenua y «militante,» traté de convencerlas a no abandonar la isla; inclusive les advertí de los peligros que con seguridad les esperarían en Estados Unidos y les exhorté a quedarse y «vivir la revolución.» Había aprendido bien mi lección, repitiendo el «teque» o alto tono moralizante de la retórica oficial.⁴ Cuál no fue mi sorpresa cuando ambas gritaron a la vez que no querían quedarse ni un minuto más en «este infierno rojo» (textual).

Otra noche, me valí de un amigo periodista, Jorge Dávila, antes reportero para la Brigada en Cuba y ahora corresponsal de *El Nuevo Herald*, para hacer una visita furtiva al escondido escritor Reinaldo Arenas. Como estaba en Cuba por motivos oficiales, no me atreví a revelar mi verdadera identidad; al contrario, me disfracé de inocua estudiante puertorriqueña que cursaba Letras en la UNAM, y así pude escuchar de boca de Reinaldo cuentos fantásticos que parecían brotar de un manantial interminable de fábulas. Nada me dijo acerca de sus padecimientos con la política oficial, pero la barbacoa que había tenido que construir en un edificio destartado del barrio viejo de La Habana era prueba suficiente.

Aún a pesar de estos claros indicios de que el apoyo popular a la revolución no era ni tan uniforme ni tan unilateral como lo propagaban los organismos oficiales, seguía con mi tarea asignada de estrechar los dos lados de la isla. Junto con otros miembros de la Brigada e integrantes del Diálogo, se nos

⁴ El vocablo «teque» se refiere a los discursos altisonantes de militantes u oficiales comunistas.

encargó –ya no sabría decir por quién– acompañar al primer vuelo de ex-presos políticos liberados como consecuencia del Diálogo. Salimos de La Habana temprana la noche en un avión jet y al aterrizar poco después en Miami, los pasajeros, ex-presos todos, gritaron en júbilo instantáneo. En Miami nos esperaba una comitiva de cubanos supuestos simpatizantes del Diálogo, pero noté que los líderes más vociferantes del exilio –como Bernardo Benes– tenían sus propios chóferes que los escoltaban fuera de la turbamulta miamense. Los acontecimientos se siguieron unos a otros sin mucha conexión o sentido. No entendí por qué se nos llevó al Miami Arena para celebrar la llegada de los presos. Tampoco me cupo en la mente cómo fue que partimos de regreso hacia La Habana en altas horas de la noche, sin apenas haber probado bocado (excepto Bernardo Benes, cuya señora le sirvió una tremenda comida criolla en su casa, parada intermedia antes de partir). Ahí estábamos, diez o doce embajadores ingenuos montados en una estrecha avioneta en el aeropuerto de Opa-Locka, en una espera interminable para volar de vuelta hacia La Habana. El piloto, un tousco americano (¿financiado por quién?, nunca lo supe) nos explicó que había interferencia con la señal aérea requerida para emprender vuelo de nuevo. Algunos de los más políticamente sagaces –Francisco Aruca, entre otros, y María Cristina Herrera– interpretaron esto como una posible represalia contra nosotros por parte de los sectores más intransigentes de Miami. Por primera vez la «mariposa» temió por su vida.

Tampoco tuvimos la debida protección una vez de regreso a La Habana, antes del amanecer. A pesar del cansancio y la aventura nocturna, se nos apareció en el hotel y a esa hora inoportuna un oficial del ICAP, a quien yo había conocido como inocente anfitrión pero que de repente se convertía en insistente acosador. Éste me preguntó acerca de la llegada de los prisioneros y la recepción en Miami, primera señal de que había «gato encerrado» en todo este asunto del Diálogo. En fin, me sentí utilizada por fuerzas mayores a mi voluntad y que yo no acababa de entender. Irónico el hecho de que, en Estados Unidos, los dialogueros estábamos en la lista negra del Alpha 66 para ser aniquilados por alta traición, como lo fueron Eulalio Negrín en New Jersey y el co-Brigadista Carlos Muñoz Varela en Puerto Rico. Irónico también el hecho de que en vez de permitirse libre tránsito a parientes en Cuba, se crearon los famosos viajes relámpagos de una semana para visitar a familiares en la isla, parodia evidente de la soñada «reunificación familiar» prescrita en el Diálogo.

Aunque compartía con los otros integrantes de la Brigada el haber salido de Cuba poco antes o después de 1961, era la única del grupo *Areíto* ubicada en México, maravilloso país donde por primera vez me identificaron como cubana. Durante mis años en México, mantuve vivo el sueño del regreso como estrategia de sobrevivencia. Mientras tanto, vivía suspendida entre Cuba y México a la manera de un personaje cortazariano, tambaleando en una cuerda floja que medía la distancia entre Cuba y Estados Unidos. En ese tiempo sin tiempo, me mantuve creyente y leal a todo lo que emanara de Cuba o de su pedacito de isla en tierra alta –la enorme mole de la Embajada Cubana en la Avenida Masaryk, Colonia Polanco– edificio rodeado de lujosas boutiques y de

casonas tipo español que me recordaban las mansiones someras de Miramar («burguesas,» sería el adjetivo *granmesco*). En mis años de mariposear en torno a la embajada, seguía fielmente las indicaciones de los burócratas de turno, a quienes, en su tosca cubanidad, veía como los únicos enlaces concretos con la isla. Los oficiales de la embajada nos invitaban a suntuosas fiestas *cocktail* atendidas por mestizas sumisas, donde se reunía, dependiendo de la función, o bien el resto de la comunidad cubana «progresista» o bien la alta intelectualidad izquierdista congregada en México. Ahí aprendí que las señoras de los burócratas cubanos se negaban a educar a sus hijos junto con los niños de sus criadas mexicanas, ya que esto, repetían con severísima rectitud, los iba, sin dudas, a «deformar.» Esta evidente contradicción con los principios de la sociedad socialista y, más aún, con el parangón de virtud que era la educación en Cuba me estremeció, pero era tal mi ansia de orígenes que callé las primeras dudas que empezaron a surgir en mi proceso de acercamiento a Cuba. Me era demasiado importante sostener el privilegio (ya que no era un derecho) de viajar a Cuba. Los burócratas tenían el poder y de ellos dependía el hilo tenue, el delgado puente, que nos unía a Cuba: la anhelada visa. Cada vez que la comunidad (de tendencia pro-castrista) de cubanos en México tenía ocasión de viajar a Cuba, se congregaba en los pasillos de la embajada en ansiosa espera, todos cuchicheando y aguardando el anuncio de la visa, sin la cual no se podía entrar a Cuba.

La víspera del XI Festival de la Juventud y de los Estudiantes, celebrado en verano de 1979, provocó una escena como éstas. El burócrata de turno –un hijo de guajiro bajito y regordete, tabaco siempre en boca– les había prometido a todas las amas de casa cubanas, esposas de mexicanos, que iban a presenciar la gala y fanfarria del Festival en la mera Habana –este premio, claro, a cambio del trabajo infatigable de las «compañeras» para promover la causa cubana en México con rifas, comidas y otras funciones. Buenas criollas todas, ellas soñaban con brindarles a sus hijos– pequeños mexicanitos ya –una experiencia cumbre de la patria socialista, la isla entera convertida en un albergue de estudiantes entusiastas, puño en alto para un futuro mejor. La tarde anterior al comienzo del Festival aún no había visa para nadie: ¿llegará o no llegará del Alto Comando de La Habana? Nadie lo sabía, y lo único cierto era la espera interminable entre los muros de la embajada, cubiertos de evocaciones tropicales –las pinturas del entonces agregado cultural, Fayad Jamís, y los lienzos azules de Portocarrero. La ansiedad crecía conforme se acercaban las ocho de la noche, hora que marcaba el fin de la jornada laboral y, por ese motivo, también la esperanza de obtener la visa. Por fin, pocos minutos antes de que se cerrase la embajada, apareció sonriente el pequeño burócrata, papel en alto, llamando a cada quien por su nombre para sellarle en el pasaporte la estampa de entrada a su propio país: privilegio espurio del exiliado. Hecho héroe por un día, el burócrata sonreía complacido al tener a su greña de feligreses bajo control, mientras que las cubanas corrían a sus casas de las colonias del Valle, Mixcoác y San Ángel a empacar maletas y preparar muchachos para el viaje de mañana. Yo regresaba a mi departamento de la Plaza

Conchita, contenta de haber sido asignada a cumplir aún otra Gran Misión para la Patria.

Pues la embajada, que generosamente me pagó el viaje a La Habana, me designó delegada al XI Festival, honor acordado no sólo por mi participación en el primer contingente, sino también por haber ayudado a fundar la sucursal mexicana de la BAM. De más está decir que esta elección cayó muy mal entre las cubano-mexicanas, pues ellas me veían como intrusa en la comunidad cubana en México; era una recién llegada, contaminada por mis largos años en Estados Unidos y por lo tanto sospechosamente gringa. Con mi «pecado original» a cuestas, viajé a Cuba de todas maneras, llena de ilusión y de alegría, para el XI Festival, verdadera orgía de hombres nuevos y viejos, de juventud desatada por la política a dar rienda suelta a sus instintos más vitales.

REGRESOS Y ROMANCES

El corazón se me oprime, hija mía, al pensar que vengo aquí como una extranjera. La nueva generación que voy a encontrar no me reconocerá a mí, y a una gran parte de la generación anterior acaso yo no la reconoceré!

CONDESA DE MERLÍN, *Viaje a La Habana* (1844)

Junio 1980. Estábamos en La Habana para un muy formal «Encuentro sobre Literatura y Crítica Literaria en la Cuba Contemporánea,» título que se le dio a los esfuerzos combinados del Círculo de Cultura Cubana de Nueva York y del Ministerio de Cultura de Cuba. Representando al primer lado, estaba Marifeli Pérez Stable; al segundo, Alfredo Guevara, temible jefe del Instituto de Cine y avatar menor de Armando Hart, Ministro de Cultura. Más que ningún otro, este viaje iba a significar nuestro verdadero regreso, el más memorable y definitivo: la llegada intelectual, o, en términos lezamianos, «el arribo a la plenitud del espíritu.» Nos reunimos en la sede del ICAIC una semana entera para discutir acaloradamente en torno a la literatura cubana. En un momento dado, Guevara fulminó contra Román de la Campa por no adherirse estrictamente a la metodología marxista; en otro, lanzó contra mí un severo ataque por haberme atrevido a juntar en un mismo ensayo a escritores de adentro y de fuera de la isla. La verdadera razón de su diatriba sexista se debía al hecho de que mi trabajo sobre la novelística de la revolución representaba un reto a la política cultural, ya que no sólo había tenido la osadía de concebir a la cultura cubana como un todo, sino, peor aún, había nombrado y reconocido a escritores exiliados (como Arenas y Cabrera Infante) que eran ya anatema dentro de Cuba. No sólo estábamos ahí miembros de una generación a destiempo, sino que nunca hubo oportunidad de sentarnos cara a cara

con los escritores y críticos cubanos, tal era el control y la vigilancia de los silencios oficiales del ICAP, quienes grabaron asiduamente cada una de las sesiones. Frustrados por la incomunicación, un día exigimos que los escritores cubanos almorzaran con nosotros –todo parecía marchar bien, hasta que llegamos a la puerta del Hotel Nacional. De repente, y sin previo aviso, ¡los escritores cubanos desfilaron hacia un restorán del hotel y nosotros a otro! Nunca se produjo, por lo tanto, la anhelada comunión con nuestros pares en la isla; el *potens* histórico se frustró de nuevo, y nunca llegamos a saber qué pensaban, realmente, los escritores de Cuba.

Quizás más importante que lo que ocurría en el encuentro fueron los acontecimientos en la calle. Por donde quiera que iba, me topaba con las huellas del Mariel (suceso por otra parte silenciado en la tertulia literaria). Casas pintarrajeadas en rojo con lemas alentadores –«¡Que se vaya la escoria! ¡Que se vayan!» o personalizados: «¡Aquí vivía Juanita Pérez, traidora a la revolución!»– eran símbolos vivos de la violencia desatada contra los que se atrevieron a emigrar poco tiempo atrás. A nuestras preguntas insistentes acerca de los famosos actos de repudio, los oficiales del ICAP se limitaban a la somera explicación de que los había cometido «el pueblo»: «El pueblo, fueron acciones espontáneas por parte del pueblo,» insistían, y ya no cabía mayor discusión. Una tarde, caminando por el Vedado junto con Reynaldo González y Miguelito Barnet, me atreví a sacar una foto de estas casas ultrajadas, pero, cuando volví, descubrí que andaba sola, pues ¡mis amigos se habían esfumado!⁵

Nueve años tuve que esperar para volver a Cuba de nuevo. Una vez de regreso a los Estados Unidos en 1985, se me hizo prácticamente imposible viajar a Cuba. Desvinculada como estaba desde mis últimos años en México de organizaciones del exilio simpatizantes con el régimen, cuya membresía activa era requisito indispensable para poner pie en Cuba, me había convertido en una paria política, tristemente «sin patria pero sin amo.» Por fin, en 1988 solicité la visa para viajar a Cuba como investigadora, que fue concedida gracias al respaldo oficial de Roberto Fernández Retamar. Esto me permitió estar en Cuba durante el fatídico verano de 1989, en pleno juicio de Arnaldo Ochoa y los hermanos de la Guardia, que fueron acusados de narcotraficantes. Durante el día, trabajaba asiduamente en los archivos de la Biblioteca Nacional; por la noche, me retiraba al hotel para ver los juicios televisados del caso Ochoa. La alucinante arbitrariedad del juicio, los arrebatos acusatorios del fiscal y la débil, timorata defensa del abogado defensor, me crearon un pavor sin límites. Uno de mis pocos escapes era salir al Malecón acompañada de las negras lavanderas del hotel, quienes se habían hecho mis amigas en espera de recibir algún regalito de las tiendas diplomáticas. Después de fusilado Ochoa, una de

⁵ Con Miguel Barnet me había reencontrado sorpresivamente durante el primer viaje de la BAM en la sede de la UNEAC. Recordamos la convivencia familiar que nos unía desde la niñez, pues sus primas, Tere y Cary, ahora perdidas entre las brumas de New Jersey, y yo, habíamos crecido juntas; extraña familiaridad que no sobrevivió la prueba del tiempo.

ellas sostuvo con vehemencia que «Ochoa no ha muerto, no, él está vivo, él vive aún.» Esta fe instintiva me recordó la escena de *El reino de este mundo* cuando los esclavos rebeldes gritan «*Mackandal sauvè!*» aún después de presenciar a su héroe escarmentado en la horca.

Ese verano triste, comprobé que Fidel nos había devuelto al tiempo de la colonia: novísimo Capitán-General, él imponía su voluntad de hierro a toda la nación y trataba inútilmente de recuperar una economía rota con hoteles de lujo financiados por capital español. Como tan elocuentemente lo expresó Jesús Díaz en su artículo «Cuba: los anillos de la serpiente»

los logros emblemáticos de la revolución están en peligro. Los niveles de alimentación descienden día a día, la calidad de la salud pública se ha requiebrajado debido a la falta de medicamentos, el empleo pleno pronto será sustituido por el desempleo pleno; resulta cínico hablar de la dignidad de los ciudadanos de un país que ha establecido una suerte de *apartheid* entre sus nacionales –verdaderos ciudadanos de segunda– y los turistas.⁶

Frente a tanta miseria, decidí renunciar para siempre al dudoso privilegio de viajar a Cuba como «hija pródiga y turista política», términos con los cuales Román de la Campa calificó la manera un tanto estereotipada en que se interpretaron, desde Cuba, nuestras experiencias en tierra cubana durante los años '70.⁷ Ese verano, desfilé con mi panza de embarazada frente al monumento a Martí para brindar homenaje al cuerpo tendido de Nicolás Guillén. En ese momento, me sentí más cubana que nunca, una más del pueblo, quien llevaba horas formado en fila bajo lluvia y sol en velada perpetua al poeta nacional.

Desde ese momento no he vuelto a Cuba. La «mariposa» había volado lejos. Pero el cambio y la renuncia no se hizo sin dolor, ni tampoco sin resquemores por verme extrañamente metamorfoseada en nueva especie de «gusana.» Una cosa era ser opositor silencioso, temeroso de represalias tanto de uno como de otro bando, y otra cosa era hablar, tomar la pluma, declararse públicamente en contra del régimen de Fidel Castro. En octubre de 1992, cuando Roberto Fernández Retamar fue invitado a la Universidad de Iowa para dictar la conferencia inaugural en un congreso de celebración del Quinto Centenario, sentí que ya no podía callarme más. Escribí una carta abierta invitando a Retamar a un diálogo sobre la situación actual de Cuba, en la cual mencionaba, entre otras cosas, la represión de los disidentes y el caso específico de María Elena Cruz Varela. Terminé la carta uniéndome al llamado de los profesores de instituto y de universidad en Cuba, que en una declaración dirigida a Fidel Castro en 1991, exigían la apertura política, la democratización del país, y la restitución de la autonomía universitaria, abogando también por la unión de todos los

⁶ *El País* (12 marzo 1992), 11.

⁷ De la Campa, «Memorias», 29.

cubanos dentro de un amplio proceso de reconciliación nacional.⁸ En La Habana, este acto les valió a los profesores la expulsión de sus respectivos recintos académicos; en Iowa City, me costó no solamente el rechazo de mis colegas izquierdistas, sino el repudio de Retamar, quien me acusó de pertenecer al Alpha 66 y además, de haberme «unido al carro de nuestros enemigos.»

Todo parece indicar que el Diálogo –con *d* minúscula y mayúscula– ha terminado. Los puentes están rotos, al menos por un buen tiempo. El drama cotidiano de cubanos que se lanzan desesperados hacia el mar en busca de una efímera libertad cancela, desde un punto de vista ético, cualquier posibilidad de diálogo. La renuncia a un viaje de paseo político, académico o turístico por Cuba se afina en lo que tan prístinamente exhortó María Elena Cruz Varela: «*Cubano, no ayudes a legitimar con tu presencia la barbarie...*»⁹ Al menos hasta el día en que a todos se nos devuelva nuestro más sagrado derecho de vivir en una nueva patria.

CODA: LA MARIPOSA LEVANTA VUELO

Poco me duró este propósito. A pesar de todo, regresé. A pesar de tantos años de ausencia, no puedo vivir sin Cuba. Regresé, no como popularmente se dice «con la cola entre las patas», sino con dignidad. Después de tantos inviernos, de tantos fríos consumados, de tanto tiempo, quise volver. Al recibir una circular de Casa de las Américas, que anunciaba un congreso sobre la mujer en el siglo XIX, a celebrarse en febrero de 1996, supe que ése era mi momento, se abría quizás una nueva oportunidad. El coloquio prometía un tour a «los espacios habaneros de la Condesa de Merlín», incluyendo una visita a la casa de los condes de Jaruco en las afueras de La Habana. En 1989, había emprendido el mismo viaje junto con mi primo Erick, que nos llevó también a una búsqueda frustrada de las famosas esculturas en piedra de Ana Mendieta por las Escaleras de Jaruco. Estaba a punto de terminar mi libro sobre la Condesa, que me había demorado casi once años escribir. Toda mi alma volcada en ese libro. Era mi momento. ¿Cómo no estar ahí, entre los míos? Los míos que ya no eran, no son míos. ¿Cómo no testimoniar con mi presencia, no sólo la ausencia visible de nuestra gran antepasada, musa que había guiado mis pasos por tanto tiempo, sino la de todas nosotras, las mujeres cubanas, que vivimos acá? Mi amiga Lourdes Gil había llenado el hueco de esa ausencia con un hermoso ensayo, «Tierra sin nosotras», que leyó en el congreso «Pensando a Cuba en femenino» organizado por el Instituto de Estudios Cubanos de Miami durante julio de 1995. Más que un ensayo, el texto de Lourdes es un conjuro ritual sobre nuestra larga ausencia, la «isla en peso» desde el otro lado de la barrera biológica (*gender divide*): nuestra común experiencia como mujeres,

⁸ «Queremos una Cuba donde creyente y ateo, comunista y no comunista, exiliados y los aquí presentes, se respeten mutuamente y trabajen conjuntamente para el desarrollo de la nación cubana.» Declaración de Profesores Universitarios, La Habana, 1991.

⁹ «Alocución por la Dignidad Nacional,» citado en Jorge Dávila Miguel, «El ángel agotado,» *El Nuevo Herald* (28 de mayo 1993), 10A.

como mujeres desterradas, cuyo íntimo ser ha sido «desasido de su centro.»¹⁰ El centro que siempre buscó Ana Mendieta en el cuerpo, la escultura en la tierra que traté desesperadamente de encontrar, un día de sol y espanto, entre el terreno escarbado de Jaruco.

Entonces, tenía que ir, tenía que estar ahí, a pesar de todo. ¿Quién hablaría por mí? Se me ocurrió conjurar a las dos precursoras, a las dos grandes ausentes, Madame Merlin y Gertrudis, en un coro único de voces. El ensayo en sí también era repetido, pues lo había leído en el mismo encuentro «Pensando a Cuba en femenino» celebrado en Miami el verano anterior. A pesar de lo ocurrido con Retamar, pensé que si me aceptaban el trabajo, eso quería decir que me podían aceptar, aún tentativamente, aún a pesar de las diferencias. Arrancadas del origen, siempre nos queda la necesidad de aceptación, cerrar la herida. Para mí, se trataba de un gesto de reconciliación, como para decir: «sigo pensando igual, pero hay algo más grande que todos nosotros, y que, inevitablemente, nos une: la cultura cubana.» Merlin y nuestras otras antepasadas son más grandes que los vientos y las aguas que nos separan.

Hubiera querido decirles (¿A quién? ¿Al sonriente y obediente funcionario de Casa de las Américas quien me ayudó a tramitar la visa, ya que en el aeropuerto por nada me deportan de vuelta a Canadá por no tener el permiso de entrada requerido para que los cubano-americanos entren a Cuba? ¿A Retamar mismo? A quien traté de explicar el porqué me atreví a escribirle esa carta abierta en ocasión de su visita a Iowa, y de quien sólo recibí una enigmática sonrisa), pero no pude decir nada. Simplemente no pude decir nada, pues ya no era uno de ellos; la distancia había sido marcada, la barrera impuesta.

La tarde de paseo a la casa de los condes de Jaruco me senté en la guagua al lado de Luisa Campuzano, la organizadora del evento, y le comenté mis impresiones cuando una argentina, proveniente de una remota provincia, se atrevió a sugerir durante el encuentro que los cubanos de afuera «no eran verdaderamente cubanos.» Campuzano me replicó que la ponente, una cubana de la isla, también se había dado por aludida. Entonces, pensé, estamos en las mismas, sólo que desde diferentes laderas. Pero no podía ser lo mismo, pues ahí estaba, en mi patria, pero sin ningún derecho, una visitante más. ¿Otro muro inquebrantable? Respiré la brisa que soplaba del mar, me refugié en la vista de las elegantes palmas, y pensé cuán diferente hubiera sido mi vida si hubiera podido cumplir el imposible sueño del regreso, el espectro que siempre roe mis entrañas.

Pronto descendimos frente al Convento de Santa Clara. Estaba casi idéntico a la descripción que hace Reinaldo Arenas en *El color del verano*, o, quizás, esa escena ya había determinado mi mirada. En todo caso, quedé pasmada ante la amplitud de la sala, totalmente vacía de muebles (el guía explicó que alguien se había llevado los pesados muebles coloniales labrados en madera,

¹⁰ LOURDES GIL, «Tierra sin nosotras,» *Encuentro* 8/9, p. 166.

lo cual despertó la imagen del frenético robo narrado por Arenas en su novela). Frente a frente al famoso portón desde el cual la joven Mercedes se escapó del convento, casi sentí su presencia, una leve ala me tocaba desde la eternidad. Afuera, la antigua residencia de los condes de Jaruco («los espacios habaneros de la Condesa de Merlín») quedó insepulta en medio de la plaza atrincherada en pleno proceso de restauración o demolición, lo cual imposibilitó la entrada a la Casona. Montar a la guagua de nuevo entre los gestos de niños —¿hambrientos? ¿fugaces?—, cuyas caras no reflejaban ya la frescura de la niñez, ni tampoco la sonrisa del bienestar, sino un tímido movimiento, casi una paradoja instintiva, de querer acercarse a esas bienvestidas señoras y al mismo tiempo no poder (quizás ya se habían enterado los niños de que se trataba de un grupo de feministas). Seguimos, pues, los pasos perdidos de la Condesa en un pequeño pueblo circundante (que no era, como había pensado, el mismo que había visitado con mi primo).

En ese pueblo, nos llevaron a una iglesia en ruinas: el cura se encontraba en esos precisos momentos en Miami, así que se nos pedía deambular por la nave central de la iglesia ya que el altar estaba a punto de caerse. En una capilla olvidada, me encontré con la imagen de la Virgen de las Mercedes que parecía sonreírme desde su altar. Durante el brindis de bienvenida en honor a los participantes que se ofreció dentro de los portones del pueblo, la misma insulsa argentina puso en entredicho el hecho de ser «realmente cubana,» y siguió atropellando al guía con preguntas indiscretas. Tomé un trago del delicioso ron ámbar, cuyo ardor me ayudó a solventar las lágrimas. El guía me devolvió una mirada que parecía indicar que él, al menos, había entendido, pero puede que me haya equivocado, pues tampoco dijo nada. Nadie era capaz de decir nada.

Me despedí de la isla no sé cómo. Todo tan familiar, tan ajeno, como si una estuviera en otro mundo. Todo tan imposible, tan prohibido, en la ciudad de una. Al cruzar de nuevo los pasillos del aeropuerto José Martí, pensé que quizás los cubanos de allá tienen, después de todo, la mejor partida. Hemos cambiado el confort material por el cariño.

Nos tocó vivir en otro tiempo, en otro lugar. No obstante, pertenecemos. Ha llegado la hora del recuento. El «son» de la loma ya empieza a tocar. Se habla de democracia y transición en importantes congresos internacionales, en los que yo nunca he participado. No tengo una predicción o conjuro político; ya todo ha terminado. Además, hace doce años que vivo en Iowa, entre cañaverales de maíz, casi mimetizada en la nieve. Aquí no hay cubanos, y los pocos que hay, parece que se han olvidado. Quizás por eso tampoco me he ganado una beca Rockefeller, para tener, al menos, la dicha de pasar una temporada en Miami, entre mi gente, oír los ritmos y probar los sabores, insertarme aunque sea un instante en el flujo y reflujo de la cubanidad. Estoy lejos, y seguiré estando lejos. La mariposa ha levantado vuelo, quizás para siempre, quizás por ahora. Desde la altura, ¿se ve el porvenir? ¿Se abrirá el sendero, se tenderá el puente? Puente que para serlo tiene que ser transitado por ambas partes, de uno y otro lado, un ir y venir. Libre, como la mariposa. Vuelan las mariposas, y, algún día, se dará el abrazo.

El retorno

SON LAS CUATRO DE LA TARDE DEL 10 DE NOVIEMBRE DE 1990. Una última mirada al patio, a los cuartos, a los cientos de libros; a nuestros queridos cuadros –una colección de obras de pintores cubanos contemporáneos, casi todos regalos personales. Rumba, nuestra perrita fox-terrier, me sigue a todas partes, se ha percatado de que algo raro hay en el ambiente. Al parecer le pegamos la tristeza y el temor que sentimos en vísperas de nuestra próxima aventura.

Afortunadamente ya no queda tiempo para pensar. Tras una revisión final de todos nuestros documentos arrancamos para el aeropuerto. Tantas veces he hecho este viaje que conozco cada bache.

Tenemos que estar en el aeropuerto tres horas antes de la salida planificada del avión; tres horas que me parecen tres años. Mi auto *Lada* descachado y resoplando como un rinoceronte centenario, estado que adquirió a raíz de un choque terrible con una guagua, se comporta como un héroe. No falla ni una vez en el camino largo al aeropuerto.

A los acompañantes no se les permite entrar en el edificio de la terminal aérea. Jesús, mi ex-amor, mi ex-esposo y ahora amigo de por vida, se despide de mí y de Dani, nuestro hijo chico. Estoy poniendo punto final a casi treinta años de vida en Cuba.

Para los amigos, compañeros de trabajo y familiares nos vamos, Dani y yo, a pasar un mes de vacaciones en casa de mi madre. Yo tengo que participar en un congreso antes de poder seguir viaje a la casa de mi infancia. Dani y yo sabemos que no regresaremos. Los demás no lo saben; no lo deben saber para que no se les pueda reprochar no haber impedido nuestra salida. Me siento como si tuviera un letrero lumínico en la frente que dijera: «No regresaremos». Tengo miedo: si me revisan minuciosamente, van a encontrar todos mis documentos, diplomas, certificados, incluso libros que no tienen por qué estar en la maleta para un viaje a un congreso, menos para ir de vacaciones; van a encontrar mi pasaporte alemán. ¿Por qué –podrán

preguntar— tienes dos pasaportes? Y yo no estoy segura de si mi posible respuesta los ha de convencer.

Las formalidades de rigor abarcan tres pasos fundamentales: despacho del equipaje, control del pasaporte y aduanero. En cada uno de ellos puede suceder una catástrofe. Estamos chequeando el equipaje. El funcionario cubano mira la pesa. «Su maleta tiene diez kilogramos más de lo permitido; tiene que sacar las cosas que no le resulten imprescindibles, porque ¡así no se puede...!» Desesperada le pregunto: «¿El avión va lleno?»

El funcionario no responde, sólo está mirando mis papeles. Noto que se le ilumina la cara y, en vez de responder a mi pregunta, me dice: «Mónica, ¡al fin la tengo delante de mí! Quiero que sepa que su último programa en la radio levantó polvo como loco, esto de que ella tiene necesidades iguales que el hombre... Me parece que Vd. exageró, aunque, por cierto, hay hombres torpes y bastante brutos...»

No tengo ánimos para escuchar su análisis de mi último programa de radio sobre las supuestas y reales diferencias entre el hombre y la mujer en lo referente a la esfera sexual. Quiero, simplemente, saber si mi maleta completa, con todo lo que lleva adentro, puede hacer el viaje conmigo o no.

Al fin el funcionario se percata de que estamos en el aeropuerto, de que le corresponde despachar las maletas para el vuelo número tal más cual y que tiene que tomar una decisión respecto a mi sobreequipaje.

«Mónica, esto se resuelve enseguida, ¡no se preocupe! He tenido mucho gusto en conocerla. ¿Cuál va a ser el próximo tema del programa radial? ¿Estará de regreso en tiempo?»

«Por supuesto», le contesto y ya bastante intranquila lo guío otra vez hacia el asunto de la maleta: «Y ¿qué podemos hacer con mi equipaje? No puedo sacar nada y necesito las cosas que están dentro»

«Mónica, ¡por Vd. hago cualquier cosa! Su maleta sólo pesa veinte kilogramos. Los diez restantes los despacharé con el pasajero que va detrás de Vd. Total, él lleva sólo un maletín y el avión volará con menos de la mitad de su capacidad de carga. No hay ningún problema. Le deseo un buen viaje y que regrese pronto. Yo no me pierdo ninguno de sus programas, ¿por qué no amplía un poco el tema de la semana pasada? O, a lo mejor le escribo para que me conteste directamente a mí. ¿Verdad que me va a contestar exclusivamente a mí?»

«¡Claro que sí, siempre estoy contestando exclusivamente a las preguntas del público!», replico, sintiendo mucho tener que mentirle a este funcionario amable que acaba de sacarme de un gran aprieto.

Seguidamente nos dirigimos a la casilla de inmigración, la valla más difícil de saltar.

Una teniente le pide el pasaporte a Dani. «Ojalá el muchacho no confunda los bolsillos, porque si saca el documento alemán, aquí mismo se acaba nuestro proyecto», pienso, aparentando indiferencia.

Me parece que los relojes están detenidos, que el tiempo que se toma la teniente para la revisión de los papeles de mi hijo no termina nunca. Al fin lo

dejan pasar a la próxima prueba, la de la aduana. Y ahora me toca a mí ser analizada por la teniente.

En el bolsillo derecho tengo el pasaporte cubano, el que corresponde enseñar ahora; en el izquierdo el alemán que debo dejar escondido. La teniente hojea minuciosamente el documento, como si estuviese atendiendo a la única pasajera del vuelo a Berlín. De vez en cuando levanta la vista para examinar detenidamente mi cara. Miles de ideas me pasan por la mente. La teniente se levanta y se va, llevando consigo mi pasaporte. La tensión nerviosa resulta insoportable. «Es por la maldita foto que me sacaron en la Casa de los Monstruos» (así llama la gente a la única institución en aquellos momentos existente en La Habana para hacer fotos de pasaporte), pienso, pues ciertamente hay que recurrir a mucha fantasía para poder encontrar la similitud requerida entre la fotografía y el original.

Por suerte, también esta espera tortuosa termina. La teniente regresa y me devuelve mi pasaporte cubano. Ella no sabe que nunca más en mi vida lo voy a utilizar. Me dice: «¡Que tenga buen viaje!» Y aprieta un botón desde su jaula, que acciona la puerta más importante en este instante. Teóricamente ya no existe ningún obstáculo para poder tomar el avión a Alemania. Siento tremendo alivio, pero guardo en algún rincón de mi fuero interno una dosis de desconfianza y de miedo y pienso y vuelvo a pensar: «No puedes sentirte segura antes de que el avión haya atravesado por lo menos Las Bahamas» (he hecho más de un viaje de trabajo, en que el avión de turno regresó a La Habana por algún defecto técnico, después de haber volado más de media hora).

Han pasado dos horas desde que Jesús nos dejó en la terminal. La revisión aduanera debe ocupar muy poco tiempo. La maleta grande se despachó al comienzo de nuestra peregrinación, ya debe estar en el contenedor al lado del avión. Sólo queda por revisar el equipaje de mano y soportar el cacheo que se practica con ahínco y meticulosidad cuando los aduaneros encuentran a una persona sospechosa de esconder algo prohibido.

El puesto de control aduanero esta tarde se encuentra en manos de un grupo de funcionarios muy jóvenes. Se parecen más a alumnos de la escuela secundaria que a empleados públicos de la aduana. Se ríen, hacen chistes e intercambian cuentos de los acontecimientos más recientes de su vida privada. A Dani lo despachan en un santiamén. Ahora me toca a mí. Veo cómo dos de los jóvenes se dan codazos. Uno comunica al otro mi presencia, mi nombre y oigo cómo le dice en voz baja: «Pregúntale a ella, Manolo, ¡aprovecha la oportunidad!»

Como un niño chiquito sorprendido haciendo alguna travesura, me mira de soslayo y solicita a su colega que me haga ella la pregunta que él no se atreve a pronunciar. Acompañando su planteamiento de una risa nerviosa, mirando al piso, buscando las palabras como si fuera necesario envolver en un vocabulario rebuscado el tema a tratar, ella trata de ayudar a su compañero. Estoy acostumbrada a tener que adivinar cuando del tema sexual se trata. Y tal como tengo la costumbre de proceder en mi programa de radio, repito, con palabras muy simples, toda la historia-pregunta que me acaban de hacer. El

grupo de jóvenes me mira con caras de satisfacción y de alivio. Para asegurar haber captado correctamente su preocupación expresada de forma tan complicada como si estuviésemos jugando a las escondidas, pregunto: «¿Es esto lo que quieren saber?» Un coro disonante de «SI», de nuevo acompañado de risas, es la respuesta. El hielo está roto. Debatimos largo rato. Siempre me ha gustado el intercambio con los jóvenes. Por un momento se me olvida por completo que no estoy en el aeropuerto para ofrecer una charla sobre problemas de convivencia y conflictos generacionales. Cuando me están haciendo la quinta o sexta pregunta, me doy cuenta de que hay una cola larga detrás de mí, pasajeros que esperan poder pasar el control de la aduana para tomar sus aviones respectivos. Los muchachos se despiden de mí muy efusivamente, me dan las gracias, me desean un buen viaje y me piden que regrese pronto. «¡Claro que voy a regresar pronto!», miento y continúo cargando mi conciencia con sentimientos de culpa.

Queda casi una hora de espera. Subimos a la cafetería. El aire acondicionado no funciona; hay un calor pegajoso y huele a sudor, a diferentes tipos de bronceadores, a café con chicharos, a pan quemado y fritura mantecosa. Turistas tostados por el sol de Varadero, algunos con quemaduras que les harán recordar –todavía semanas después de su regreso al frío inhóspito de sus países nórdicos– la calidad del sol tropical, conversan, toman cerveza *Hatuey* o sorben un último «mojito» antes de retornar a la vida cotidiana. Escucho palabras en holandés, alemán, francés e inglés. Trato de seguir el hilo de alguna conversación. No puedo concentrarme. Por mi mente pasan tantas vivencias y tantas ideas que estoy atolondrada. Y constantemente se impone el temor, el miedo de que alguien pueda acercarse a nosotros para decirnos que no se nos permite viajar, que regresemos a nuestra casa, que allí se nos dirán las razones...

No aguanto más esta atmósfera maloliente y ruidosa. «Acompáñame a pasear por las tiendas de abajo», le sugiero a Dani.

Las tiendas están vacías de clientes, llenas de dependientas que conversan en grupos. Apenas me permiten mirar la magra muestra de mercancías expuesta cuando se abalanzan sobre mí, bombardeándome con preguntas. Se dirigen a mí como si fuera su confidente. Me tutean. Parece que mi último programa en la radio, en el que traté un tema escabroso por excelencia para los cubanos, encontró la aprobación de la mayoría del público femenino. Recuerdo que suscitó un debate muy acalorado y llamadas cargadas de agresividad por parte de algunos oyentes como también de aplauso y felicitación por parte de otros. Se trataba de las necesidades sexuales del hombre y de la mujer y de los derechos de ambos a satisfacerlas. Algunos hombres me llamaron durante el programa para manifestar su indignación, insultándome. Otros –al parecer por primera vez en su vida– habían cavilado sobre la aceptabilidad de mi planteamiento de que la mujer tiene iguales necesidades sexuales que el hombre, de que la manifestación varía individualmente y de que la satisfacción depende enormemente de las circunstancias y características ambientales. Me acuerdo que hice mucho hincapié en aspectos tales como el

amor verdadero en lugar de la competencia mecánica, el intercambio de caricias, de ternuras, la necesidad del respeto mutuo y de la consideración, de la prohibición de exigencias inaceptables, de la imposición y de la coacción en la relación de pareja. Había tocado un punto álgido de los machistas que siguen un programa sexual riguroso, sin contemplación, sin perdón a sí mismos y a su pareja, de acuerdo con el cual el hombre tiene que ejercer la función sexual diariamente, aunque no sienta ganas o esté indispuerto. Y la mujer tiene que servirle como objeto. Para una gran parte de la población masculina, la sexualidad es una función mecánica y una demostración de la medida de su hombría. Si surge un embarazo involuntario (para ella), el hombre se siente confirmado como semental potente y manda a la mujer al hospital a que le practiquen un aborto. Total, es una operación de rutina que no cuesta nada y que los médicos saben hacer bien. Lo de los riesgos, los peligros para la salud y, a veces, para la vida de la mujer, es puro cuento. Y la consideración ética y moral en torno al aborto no cabe en la mente de hombres con actitud y conducta machistas, para quienes «hacer el amor» significa practicar un deporte sexual, cumplir un programa cuantitativo sobre el colchón, en la playa, en la hierba, acostados o de pie o flotando en el agua y para quienes el mejor «amante» es el que tiene en su lista el mayor número de actos realizados y de nombres de mujeres conquistadas. Una réplica más o menos con este contenido le había lanzado a la cabeza a un hombre que me había llamado por teléfono durante este último programa radial, vanagloriándose de su condición de hombre, de sus cualidades inigualables en el campo amoroso, quejándose al mismo tiempo de los deseos infantiles, «absurdos» e inmaduros de muchas mujeres que preferían «cosquillas» a la función magistral del «señor pene».

Las dependientas comentaban vivamente mis argumentos y los de las partes contrarias. Hubo divergencias, pero no agresividad. Cuando me despedí, dos mujeres de la tienda me hicieron señas, indicándome que las esperara.

La interesada y necesitada de consejo y orientación obviamente había delegado en la otra la función de representarla. Con mucho disimulo me susurró al oído el problema de su colega: había abortado hacía poco y quedado embarazada nuevamente antes de transcurrido el tiempo necesario para restablecerse de la intervención quirúrgica. Por supuesto, este embarazo tampoco lo quería llevar a término, fue involuntario. Su esposo no había podido esperar el tiempo requerido para que las heridas causadas por la maniobra abortiva se curaran y ella, sumisa y sin fuerza de voluntad, se había entregado a sus exigencias.

Y allí me tenían otra vez, sólo a pocos minutos de terminar mi estancia en Cuba, enfrentándome al problema más frecuente, más contradictorio y más difícil de abordar y solucionar de los múltiples problemas objeto de mi labor cotidiana de los últimos diez años: el aborto. Sentí pena por esta mujer y al mismo tiempo indignación y frustración. ¡Cómo jugaban con su salud tantas y tantas mujeres cubanas, sabiendo perfectamente que se arriesgaban a graves daños, incluso a perder la vida! Y siempre recurrían a un pensamiento mágico digno de un niño pequeño: no me va a pasar nada.

Le anoté en un papelito nombre, dirección y teléfono de uno de mis ex-colegas, un ginecólogo no sólo muy competente, sino también con experiencia en ayudar a superar conflictos de esta envergadura. Yo, con un pie en el avión, no podía ya hacer otra cosa que delegar en él la compleja tarea de tratar de disminuir los daños ya causados a esta pobre mujer. Le deseé mucha suerte. En efecto, la iba a necesitar. Con lágrimas en los ojos me dio las gracias y se despidió de mí.

Faltaba media hora para ser llamados a presentarnos en la puerta de salida. La vendedora de tabacos, cigarrillos y libros, que había observado desde su quiosco mi conversación con sus colegas del puesto de venta de al lado, solicitó, a su vez, mi presencia. Tras un panegírico bastante cursi, presentado con palabras rebuscadas y gestos un tanto exagerados (parece que empleó estos recursos oratorios para «entrar en confianza»), María Antonia me relató sus cuitas matrimoniales con lujo de detalles. Una vez más me quedé asombrada ante la franqueza y desinhibición con las que personas nunca vistas antes, totalmente desconocidas para mí, me contaban sus vivencias, venturas, aventuras y desavenencias más íntimas.

«Mi marido tiene trastornos nerviosos, y para tranquilizarse se toma todos los días varias cápsulas de Diazepam. Esto le ayuda muchísimo, pero cuando queremos hacer el amor, la naturaleza le falla, él no puede».

«Si pudiera, sería un milagro», le repliqué. «¿El médico le recetó esta cantidad de tranquilizantes?»

«No, qué va, tú sabes que como escasean, sólo le está dando un tratamiento a base de ‘bla-bla-bla’, le orienta que haga esto, lo otro y aquello, pero sin medicamento él no puede resolver su situación. Un amigo farmacéutico le consigue las cápsulas, ¡por suerte!»

«Yo diría por desgracia, pues tomando este medicamento sin control médico, lejos de resolver sus problemas los está profundizando, y con el tiempo le resultará muy difícil salir de este círculo vicioso que ya se ha creado. Porque el Diazepam es un inhibidor por excelencia de la erección, es decir, aún por mucho que él quiera, la naturaleza –como Vd. lo denomina– le va a seguir fallando».

María Antonia quedó perpleja. No quiso creerme. Le expliqué el mecanismo de acción de los tranquilizantes. Ella terminó balbuceando palabras de agradecimiento y dándome un abrazo efusivo. «¡Qué barbaridad, entonces estamos haciendo todo lo contrario de lo que deberíamos!», comentó aún con un dejo de incredulidad en la voz. Le señalé con el dedo índice el libro *El hombre y la mujer en la intimidad* (del cual había realizado la revisión técnica) que estaba expuesto en su quiosco y que ella debía vender por dólares a turistas extranjeros. Le sugerí que se leyera el capítulo que trataba justamente el asunto de su interés. «Enséñeselo también a su marido, para que sepa que él no es el único con este problema y para que los dos juntos traten de superar la situación difícil que no requiere ningún tipo de medicamentos, pero sí una buena dosis de conocimientos, voluntad, sensibilidad y ayuda profesional. Aquí le anoto el nombre y el número de teléfono de un buen colega mío que

los puede apoyar. Es una persona muy competente y discreta y si le dice que yo le dí sus señas, estoy segura de que los atenderá muy pronto. Y ahora tengo que despedirme de Vd. porque están llamando a los pasajeros a que aborden el avión. ¡Le deseo mucha suerte!»

«¡Espera un segundo, Mónica, no te vayas todavía! Quiero pedirte un último favor: ¡fírmame este libro!» Sacó uno de los ejemplares del estante y me alcanzó un bolígrafo.

«Pero, María Antonia, este libro no es suyo, es mercancía que debe vender».

«Ahora que sé que trata también sobre el problema nuestro, este libro es mío. Tú no sabes lo feliz que me siento de haberte visto y hablado. Mira, muchacha, esta suerte la tengo que coronar con tu firma en mi libro».

A María Antonia le hice el favor que ella me solicitara con tanta insistencia. Con esta última firma de un libro publicado en Cuba con la sensacional tirada de trescientos mil ejemplares, que vio la luz a lo largo y ancho del país gracias a mi persistencia y tenaz lucha contra bastiones de mojigatos, hipócritas y burócratas que veían en él una amenaza capital a la moral, un detonador de la sexualidad (como si en Cuba la sexualidad no explotara todos los días) era de repente consciente de que había terminado una etapa importante de mi existencia, de que nunca más iba a tener tantas satisfacciones en mi vida profesional, ni tampoco a sufrir tantas decepciones, temores y disgustos como los experimentados desde que el trabajo de educación, orientación y terapia sexuales se había convertido en mi campo de batalla cotidiano.

Ya nadie me llamaría «La temible», «La corruptora de menores», «La obsesa sexual», «La defensora de las mujeres» o «La reina del condón» o, simplemente, «Mónica, de educación sexual», título honorífico que sustituyó durante años mis apellidos oficiales.

Ya no habría de contestar cientos de cartas, ni responder a llamadas telefónicas que desde los lugares más remotos del país me hacían personas pertenecientes a las capas sociales más diversas, representando una gama de ideologías sexuales extraordinariamente versátil, contradictoria por excelencia y, a menudo, verdaderamente folklórica.

Ya no recibiría cartas anónimas con los insultos y acusaciones más horribles que van más allá de lo imaginable. Ya nadie se vería en la necesidad de recurrir al anonimato más absoluto para comunicarme su fantasía morbosa, sacando de revistas y periódicos la cantidad requerida de letras para componer verdaderas obras de *collage*.

Tampoco seguiría recibiendo solicitudes de ayuda, ni visitas anunciadas ni inesperadas. Ya nadie me haría preguntas durante el breve tiempo de espera ante un semáforo o en el camino al comedor o en la cola de la bodega. Nunca más volvería a entrar en un estudio de la televisión o de la radio para dialogar «en vivo y en directo» con cientos de participantes. Mónica con C dejó de existir para convertirse otra vez en Monika con K: una pequeña diferencia involucrando cambios como los del día a la noche.

La metamorfosis de cabeza de leona a rabo de ratona acababa de producirse. Una terrible ambivalencia de sentimientos se apoderó de mí, y al pasar

de la guagua al avión ya empecé a sentir una nostalgia por la Isla que hoy, casi siete años después de mi salida, aún no me ha dejado. Creo que nunca me abandonará. Sigo soñando en español y en alemán. Cuando converso con mis hijos, mezclamos ambos idiomas, saltando de uno a otro sin darnos cuenta. Amigos que de vez en cuando presencian estos encuentros, se quedan atónitos, no pueden entender el cambio tan radical, tan mágico que se observa en nosotros cuando cambiamos de alemanes a cubanos, cuando del lenguaje pausado, bien articulado, que no permite ni muecas ni la participación de brazos y piernas para establecer una comunicación entendible, caemos en nuestro «cubaneo», aumentando el volumen de voz y la velocidad como si fuéramos ametralladoras parlantes, acompañando nuestras verborreas con movimientos de todo el cuerpo.

La más insignificante noticia de Cuba provoca sueños nocturnos intensos. Despierto agotada, sudando, a veces llorando, a veces riendo y con alivio digo: sólo son sueños. Me levanto y bajo la ducha termina el cambio de ciento diez vatios a doscientos veinte. Y salgo al trabajo hecha una alemana de pies a cabeza como si Cuba nunca hubiese existido en mi vida. Pero la Isla es un fenómeno omnipresente. En el momento menos pensado se apodera de mí, me tortura, me persigue, me da alegría y tristeza a la vez, ejerce sobre mí un encanto que me permite entender ahora la actitud vacilante de los españoles-cubanos: si me muero en La Habana, que me entierren en Madrid y si me muero en Madrid, que me entierren en La Habana.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)

La noche de Cienfuegos

Impresiones de un cicloturista durante el período especial

Vladimir Guerrero

EL PLANO DE LA CASA CONSISTE EN UN GRAN PATIO CENTRAL rodeado por tres partes; los dormitorios de un lado, una enorme cocina comedor del otro, y el salón en el centro, todos bajo un techo de teja criolla que desagua en el patio, a la sombra de un enorme almendro centenario. Aún a mediodía el sombreado patio es fresco y tranquilo, distante del trajín de la ciudad. Las vigas de madera del salón ascienden hacia el muro de la calle hasta encontrar cuatro largos ventanales enrejados, con persianas blancas y un semicírculo de cristales coloreados arriba del todo. A lo lejos canta un gallo. De vez en cuando otro muy lejos, le contesta.

Viniendo por la carretera con el viento a favor desde Trinidad llegué a primera hora de la tarde, a tiempo para una ducha fría y una siesta. Ahora, al terminar la tarde, me siento a escribir en el patio con un clima de diciembre que me resulta increíble, una temperatura demasiado fresca para los mosquitos, y absolutamente ideal para los turistas canadienses y europeos. El aroma de pescado frito llena el patio. Con tres huéspedes en casa Elisa esta tarde compró un pez espada por 200 pesos, moneda nacional. Justamente estaba discutiendo con el pescador cuando llegué.

Los sillones de mimbre y la mecedora rechinan a coro. El canadiense va por su segundo vasito de ron. Su compañera de viaje podría pasar por nieta suya, si su hijo se hubiera casado con una negra. A falta de conversación, Luis, el marido de Elisa, enciende la televisión, lo cual nos evita el esfuerzo de decir trivialidades. El programa es un episodio de una serie histórica sobre la Guerra de Independencia. Ocurre sobre 1895 ó 96 y los mambís, blancos

y negros, mal equipados con machetes, luchan unidos contra España. Por otra parte los militares españoles en uniformes impecables, parecen crueles e incompetentes, y hablan castellano con acento cubano. Sin duda este programa no tiene participación de Televisión Española.

Las ruedas de pez espada ya están listas y huelen a maravilla. El grupo reunido esta noche en un patio colonial de Cienfuegos resulta algo inverosímil. Consiste en los dueños de la casa, Luis y Elisa, obreros ejemplares jubilados los dos, nombrados respectivamente «Vanguardia Nacional» en años distintos; un turista canadiense viajando por Cuba con una chica de Varadero, y un maestro de escuela de Noruega. Elisa ha preparado una cena deliciosa para los cinco; el pescado jugoso y con buen color, arroz blanco con frijoles negros, yuca con mojito, plátanos fritos, y hasta ensalada con aceite y vinagre.

Y como si esto no fuera suficiente, a pesar de la Guerra de Independencia que transcurre en la pequeña pantalla, ahora nos entretiene con su muy amena conversación. El año cuando le honraron como maestra modelo de la provincia, recibieron un viaje de dos semanas a la Unión Soviética, con todos los gastos pagos; –Moscú, Kiev, Stalingrado... ¡Maravilloso!–. Cuando Luis, el jefe de mantenimiento de un central azucarero, fue nombrado Vanguardia Nacional ganó el derecho de comprar un Lada, que todavía tiene. –Muy buena máquina, chico, tiene más de 200.000 kilómetros, y sin problemas.

Entonces todo era distinto. El esfuerzo no costaba. Todos tenían fe en el porvenir y la cooperación era natural y espontánea. Con un suministro continuo de caña él podía moler toda la zafra sin interrupciones mecánicas. Desde 1960 cuando el último de los ingenieros de la empresa se había marchado del país, le habían nombrado jefe de mantenimiento. Él era el mecánico que conocía todo, hijo a su vez de un empleado, había empezado a trabajar de ayudante a los catorce años. Había armado más filtros y cambiado más juntas en más bombas que nadie. Y durante los primeros años la producción de azúcar hasta había aumentado. En una ocasión se acuerda que para no interrumpir la molienda estuvo trabajando 76 horas consecutivas, y sus hombres con él. La gente entonces creía en la revolución. Fue por esa época que nacieron sus hijos. Marta, la primera, en el 60 y Pepito en el 62. ¡Buenos muchachos!

La Guerra de Independencia parece que está terminando pero mi esperanza de tranquilidad acústica se ve frustrada por el *Noticiero de Televisión*. Doscientas ochenta caballerías serán sembradas de café en Pinar del Río. El Ejército de Occidente está terminando sus ejercicios de invierno (una formación de cazas a reacción MIG llenan la pantalla) y Fidel Castro termina su visita a Vietnam. Los ecos de su discurso llenan el patio procedentes de las casas vecinas a los dos lados, de la de atrás y de la de enfrente.

Oportunamente se va la luz, y un delicioso silencio desciende sobre Cienfuegos. A la luz de una lámpara de kerosene se oye a Elisa lavando los platos. En el patio Luis nos habla de sus hijos con el amor apenas disimulado de padre orgulloso. Marta se hizo ginecóloga y Pepito se graduó con distinción de Ingeniería Industrial. Sí, los dos están casados pero aún no tenemos nietos.

Elisa limpia la mesa y el grupo se traslada a los sillones. Un vecino, el médico

del barrio, entra de la calle y se une al grupo. Parece ser una rutina diaria. El canadiense y su pareja parecen incómodos pero tienen miedo de salir a andar mientras falte la luz. Las irregularidades del pavimento y los desagües abiertos son peligrosos aún cuando se pueden ver. Inevitablemente la conversación pasa, como ocurre a menudo, al costo de la vida, al *período especial*, a la situación.

¡200 pesos por un pez espada...! ¿Puedes crearlo? El sueldo del médico, a quien va dirigida la pregunta, es de 350 pesos al mes. A 25 pesos por dólar, los 15 dólares que yo pago por el cuarto por una noche, rebasan su sueldo de un mes entero. Por quinceava vez en dos semanas me dan la explicación de la cartilla de racionamiento. Tantas libras de arroz, de azúcar, de frijoles, tantas onzas de café al mes... y todavía nos deben el café del mes pasado. Ni jabón, ni bombillos, ni papel higiénico... Éstos hay que comprarlos en el «chopi» (el *shopping*; las tiendas en dólares). La explicación casi siempre va acompañada de la cartulina gris cubierta de plástico transparente donde la narradora con su dedo índice insiste en mostrarme la evidencia.

La primera vez que me lo explicaron no había estado en La Habana ni 24 horas. Con el cambio de horas me desperté muy temprano, armé la bicicleta en mi cuarto y salí del hotel a dar una vuelta. Me senté en un banco del Parque Central para ajustar las zapatillas de los frenos al lado de una enorme señora negra. Como en Cuba la conversación fluye tan natural y espontánea como la brisa del mar, la señora no perdió tiempo en dirigirse a mí.

¿De dónde venía? ¿Era todo tan caro en Noruega? ¿Por qué hablaba español tan clarito? Su hijo también era maestro y su nieta acababa de empezar los estudios universitarios. Ella también había viajado por Cuba. Al principio a menudo llevaban a los trabajadores de vacaciones en «guagua». Conocía el Valle de Viñales, la Virgen del Cobre, Santiago... Yo tenía mucho por ver, y Cuba era tan bella. Si sólo las cosas no fueran tan caras. Hasta los dulces. Ahora sólo había en el «chopi». —Y no es que esté pidiendo, —añadió inmediatamente, como avergonzada. —Tengo dinero, —dijo a la vez que me mostraba un rollo de pesos de varios colores. Acto seguido sacó la cartilla gris cubierta de plástico transparente y me dio la explicación.

Otro vecino y su mujer entraron de la calle, el hombre estrechándole a todos la mano, la mujer dándole un beso en la mejilla a cada uno, a medida que Luis hacía las presentaciones. Elisa estaba terminando de limpiar en la cocina. En el patio, a la luz de la lámpara de kerosene se distinguía un grupo de mulatos, blancos y negros. La conversación entre ellos, relajada y amena, los turistas más bien escuchando en silencio.

Las preparaciones para la zafra estaban terminando. Algunas cosechadoras habían sido modificadas y equipadas con motores diesel de Suecia. Los centrales eran un nido de actividad y pronto despertarían sus enormes calderas. La semana pasada habían llamado a Luis del ingenio para ayudar con un problema. Nada grave, sólo unos días de trabajo voluntario, que él hacía con gusto.

Pero los pronósticos para la zafra eran modestos. En los últimos años la cosecha era apenas un poco más de la mitad de lo que había sido normal antes del 59. Escaseaba el abono, las nuevas variedades de caña no habían

resultado tan apropiadas como estaba previsto, la infraestructura estaba anticuada y en malas condiciones, faltaban repuestos para casi todo... y sí, también la gente estaba cansada. Parecía como si hubieran perdido la fe. La supervivencia de cada uno se había vuelto más importante que el sueño colectivo.

Oyendo estos comentarios de los vecinos no pude menos que pensar en todos los individuos que durante las dos semanas que llevaba en Cuba, habían hecho tanto por ayudarme. Al intentar coger un tren a las seis de la mañana en Santa Clara, la joven azafata que revisaba los billetes sobre el andén me dijo secamente: —La bicicleta está prohibida, —a la vez que me impedía subir y no me ofrecía alternativa ninguna. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, un hombre a mi lado, con quien había estado hablando durante más de una hora en la fila de espera, respondió: —Esto no es una bicicleta... Es equipaje, —le dijo, y volviéndose a mí: —Desármala rápido. Dos segundos después estaba en la escalera con mis ruedas en la mano, mientras yo pasaba junto a la azafata con el cuatro de la bici bajo el brazo. Entre los dos la acomodamos entre un asiento y la pared y el «equipaje» desapareció de vista.

El hablar «clarito» ayuda mucho pero no todas las palabras sencillas, como un «sí» o un «no», tienen en Cuba un significado tan consistente como se dice en los libros de texto. Con los transportes públicos insuficientes para la demanda y regularmente abarrotados de público, la bicicleta también está prohibida en los autobuses. Pero más de una vez el conductor o el chófer se las arreglaron para esconder la mía en algún sitio, o me bajaron antes de entrar en la ciudad para evitar ser vistos por algún inspector. Una y otra vez los individuos que desinteresadamente se ofrecieron para ayudarme fueron muchos más que los pocos funcionarios que me crearon dificultades.

El canadiense acaba de abrir una segunda botella de ron comprada en el «chopi». El ron también está en la cartilla de racionamiento a razón de dos botellas al mes. Un joven con un bongó, aparentemente un compañero universitario de Pepito, viene a anunciar que Florencia llegó de Miami esta misma tarde y que tiene un video para Elisa. Después de saludar con un beso en la mejilla a cada una de las mujeres presentes y estrechar la mano de cada hombre, se une al grupo de pie. Se oyen varias conversaciones al mismo tiempo.

Me sorprende aprender que hay un vuelo regular entre La Habana y Miami, y que individuos superdotados de perseverancia logran convencer a la burocracia de ambos países en número suficiente para justificar el servicio. La hermana de Florencia, a quien no había visto en 34 años, se estaba muriendo de cáncer en la Florida (ya murió) y Florencia logró obtener permiso de salida y visa de entrada para hacer el viaje. Naturalmente también aprovechó para ver a sus hijos, y a nietos que no conocía, y a tantos primos y parientes, y antiguos vecinos. El joven va repitiendo de segunda mano todo lo que él le ha oído contar. Luis y Elisa escuchan atentamente cada palabra. Parece que María la monja también volvió en el mismo vuelo.

El médico y el canadiense están hablando de la salud pública y del sistema en sus respectivos países. El médico le confiesa que las cosas no están tan bien como solían, otra vez el período especial, escasea casi todo. ¿Para qué sirve

diagnosticar la otitis del niño cuando no se encuentran antibióticos? Hasta les llaman la atención cuando recetan medicinas que deberían de saber que no se encuentran. Por eso tantas visitas en estos días terminan con el médico preguntándole al paciente qué tiene en casa, y si es aspirina, eso le receta.

Por suerte está la monjita María. Como miembro de ese irritante que es la Iglesia, María viaja a Miami una vez al año, a veces más. —Y siempre vuelve por lo menos con una maleta llena de medicinas, que ayudan algo. Nos deja saber qué es lo que tiene. A veces son productos caducados que recoge gratis. Pero más efectivos que la aspirina.

El médico fue compañero de promoción de Marta en la Universidad de La Habana; el del bongó es un amigo de infancia de Pepito. La facilidad de la conversación, la naturalidad de la risa y la confianza con los padres revela una relación de muchos años. —No sólo son del barrio —dice Luis—, prácticamente crecieron en esta casa. La diferencia de generaciones y de razas desaparece en la caótica conversación. ¿Quién habla? ¿Quién escucha? Para los turistas es imposible seguir los cambios, pero gracias al apagón, por lo menos no tienen que competir con el *Noticiero Nacional*. Pedacitos de recuerdos vuelan como tormenta por el patio, la infancia, la adolescencia, los noviazgos, los grandes proyectos, los estudios... Hablan con las manos, se tocan, estalla la risa, un gesto, un recuerdo compartido. En la noche de Cienfuegos la vida florece desbordando un entusiasmo contagioso.

Sólo los tres huéspedes permanecen absortos observando en silencio. Los ojos del canadiense muestran el efecto del ron. Su joven compañera, que ha sido objeto de alguna atención, apenas ha dicho nada, recordando quizás a su propia familia. Sin duda es la más joven de todo el grupo. A su edad estaría más a gusto en el uniforme de la secundaria, falda mostaza y camisa blanca. ¿No fue eso el año pasado? Ahora trabaja en Varadero, una de las tantas monísimas jineteras disponibles para pasar la noche o la semana con un turista. Siempre dispuesta a acompañar a un restaurante, o de compras... o a conocer la isla. Por lo cual gana en un día lo que un ingeniero en un mes y de eso se mantiene toda la familia.

Las dos economías paralelas que coexisten son difíciles de comprender para los extranjeros y aún más para los cubanos. Los dólares son legales y circulan libremente. Los pesos son de dos tipos, la moneda nacional y el peso convertible, que dentro de Cuba es intercambiable con el dólar. El cambio entre uno y otro es de 25 a 1 en la calle. Sin embargo, oficialmente, la persona que quiere comprar una barra de jabón o una bombilla eléctrica en el chopi le paga al gobierno 30 pesos por un dólar.

Por eso el cubano que recibe su sueldo en moneda nacional, como todos, apenas gana para jabón. En Matanzas estuve en el apartamento de una viuda cuya pensión era de 72 pesos al mes. Un empleado de la Biblioteca Nacional en La Habana gana 210 pesos. Médicos, ingenieros, y abogados ganan entre 300 y 400 pesos al mes. Y en la misma escala, una jinetera casi adolescente puede ganar 15.000 pesos en un mes.

Sin previo aviso vuelve la electricidad. El discurso de Fidel ha sido sustituido en la pantalla por Meryl Streep que desciende los rápidos de un río en una

balsa de goma, hablando de vez en cuando con acento mexicano. Bonito idioma musical. Por suerte el patio está tan animado que Luis apaga el televisor.

Aunque jubilado Luis aún mantiene contacto con el central azucarero. Hablando con un vecino critica severamente lo que presencié recientemente y el aumento de nombramientos de personal técnico por razones políticas. —Habían utilizado una junta equivocada, el rodamiento estaba al revés, y naturalmente para evitar que goteara, habían apretado excesivamente. Claro que se recalentó el motor, y como los termopares no funcionaban, el automático no lo detuvo, y acabó quemándose. Estaba hablando de una de las bombas de jugo más grandes del ingenio que sería imposible reparar antes de la zafra. —Pero no se les puede decir nada, esta gente se las sabe todas... y después, si te descuidas, te echan la culpa a ti.

El que le escuchaba, aún empleado, asintió con la cabeza sin decir nada y le ofreció un cigarro, olvidándose aparentemente de que a Luis le tenían prohibido el tabaco. Hablaron después de la nueva termoeléctrica nuclear en construcción al lado de Cienfuegos.

El joven del bongó ya había repetido varias veces todo lo que había oído de Florencia así como su opinión de cada asunto. Así y todo con cada vecino que llegaba volvía a empezar. Ahora que había vuelto la electricidad esperaban que Florencia apareciera con el video de un momento a otro. Elisa parecía excesivamente nerviosa, mirando a Luis respirar hondo y despacio el humo prohibido.

El canadiense retomó el tema de la termoeléctrica nuclear, asunto sobre el cual parecía saber algo, y siguiendo la corriente de la conversación previa, se puso a criticar en su acento anglófono la falta de competencia técnica. Sus comentarios provocaron el silencio total del grupo. Aprovechando que había vuelto la luz, su amiga le propuso que salieran a dar un paseo junto a la bahía.

Fue entonces cuando llegó Florencia en una explosión de besos y abrazos. El grupo se polarizó brevemente alrededor suyo inundándola de preguntas a las que no lograba dar a basto. Sólo cuando comenzó el video, y aparecieron en la pantalla las imágenes de Marta, Pepito, y sus respectivos cónyuges, descendió por primera vez sobre el patio, un silencio absoluto y total.

Hacía ya casi dos años, durante un breve período en el que se autorizó libremente la emigración, habían salido los cuatro desde Cienfuegos en una pequeña embarcación de pescadores llegando en un par de días a Caimán Grande. Allí estuvieron detenidos unos meses por entrada ilegal, hasta que los Estados Unidos los aceptaron como refugiados y los internaron en Guantánamo. La estancia en el campamento de refugiados se prolongó interminables meses, pero por fin habían sido instalados legalmente en Florida, donde ya llevaban casi medio año.

Y ahora, por vez primera, reaparecían en la pequeña pantalla del patio de su infancia. Con una camiseta roja y una cerveza en la mano, Pepito hablaba, despacio e inseguro de cómo empezar. Pero pronto entró en calor, no pudo permanecer sentado, y dejando a los otros en el sofá, se puso de pie. La cámara lo seguía. Su cuñado se le unió y le puso el brazo sobre el hombro, también

con una cerveza en la mano. Uno bebía mientras el otro hablaba. Bromeaban y reían nerviosamente. En el sofá las dos mujeres permanecían en silencio, Marta con un pañuelo en la mano.

Cuando los hijos emigraron, Luis se había enfermado gravemente. Aunque fue durante la zafra y quería permanecer en el trabajo, no lograba funcionar. Su jefe insistió en que permaneciera en el hospital. Después de unos días le dieron de baja y Elisa pidió permiso en su trabajo para cuidarlo en casa durante su convalecencia. El arreglo duró varios meses durante los cuales Luis se encerró en un mundo de silencio, aislado y totalmente vacío. Sólo al principio de la zafra siguiente, la que sería su última, volvió a la vida activa y pudo reincorporarse al trabajo.

De pie a mi lado ahora, sus ojos clavados en la pequeña pantalla, no pareció darse cuenta cuando Elisa tomó su mano entre las de ella. El milagro de diez cubanos simultáneamente en silencio continuaba. Sólo las voces plásticas del televisor se oían en el patio.

Pepito y su cuñado se habían animado. Hablando vertiginosamente nos mostraban la cocina con el congelador lleno, el garaje, los automóviles, el jardín con sus flores y el césped fresco y verde. Acercándose al sofá de donde las mujeres también se habían levantado, Pepito se dirigió a su hermana:

—¡Dileh jalgo mugel! Pero, Marta, encinta de varios meses, no logró más que un suspiro mientras trataba en vano de secarse las lágrimas con el pañuelo.

En la noche de Cienfuegos se oyó claramente el primer canto de un gallo. Desde muy lejos, y hace ya mucho tiempo, otros dos le respondieron.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)

Semblanza de Mañach

NACE EN SAGUA LA GRANDE, EL 14 DE FEBRERO DE 1898 y muere en San Juan de Puerto Rico el 25 de junio de 1961. Su padre es un español que ejerce como notario, se destaca en la oratoria e interviene activamente en la política peninsular. Tanto le duele a Eugenio Mañach la independencia de Cuba que acaba por regresar a España a establecerse con su familia. Primero viaja él solo y deja a sus tres hijos varones, a los mayores y al pequeño que acaba de nacer, bajo la tutela de su esposa, una criolla bellísima, nieta de un italiano capitán de navío, y que se llama Consuelo Robato.

Consuelo Robato y sus hijos vienen al encuentro de don Eugenio en 1907, cuando nuestro futuro escritor ha cumplido los nueve años. Pasa una temporada corta en Madrid y toda la familia se traslada a Tembleque, pueblo de la provincia de Toledo, entonces tan apacible, tan limpio y señorial como ahora. Cuando mucho tiempo después, en 1951, haga un viaje a Europa luego de largos años sin cruzar el Atlántico, al pisar tierra española le faltará el tiempo para correr a Tembleque. En 1955 hará en Madrid otra estancia fugaz. Se alojará en el hotel Emperador y a las pocas horas de llegar, sintiéndose indispuerto los amigos llamarán al médico, que diagnosticará pulmonía. Yo era entonces un estudiante feliz alojado en el Colegio Guadalupe y ejercía a la vez como corresponsal del periódico *El Mundo*. No hice más que entrar en la habitación de Mañach, me invitó a compartir su merienda y no me había acomodado en la butaca frente a la suya cuando me participó su decisión de ir a Tembleque al día siguiente. ¡Pero usted está loco! ¡Si todavía tiene fiebre! Inútil hacerlo desistir. Fue a Tembleque como se había propuesto y tomó el avión de La Habana unas horas después muy ufano de su proeza.

En 1956, cerrada la Universidad de La Habana, fracasado el partido político que intentó fundar, el Movimiento de la Nación Cubana, se estableció en Madrid durante tres años. Vivió al principio en el hotel Princesa y de inmediato se instaló en el Tirol, Marqués de Urquijo número 4. Lo

Mario Parajón

recuerdo con un bastón y una boina, lleno de entusiasmo, feliz de asistir a las reuniones de la Academia, gozando de la tertulia de José María de Cossío en el café Lyon a las tres de la tarde. Don José María ha sido el más exquisito catador de versos de cuantos he conocido y no daba permiso para que en su mesa, como la llamaba él, se hablara de otro tema que no fuera el que viniese arropado por estrofas. Mañach disfrutaba intensamente aquel banquete de ritmos y rimas clásicas, así como la compañía de don Gregorio Marañón, de Dámaso Alonso, de don Pedro Laín o la de Marías en el local de la *Revista de Occidente*. Era generoso reconociendo los méritos de los demás y se sentía feliz hablando de literatura y de filosofía, así como viajando por el interior de España. En su libro *Visitas españolas* dejó constancia de algunas de esas excursiones. A Tembleque, por supuesto, acudió varias veces.

El artículo en que resumió la emoción que le causaba volver una y otra vez a este bendito pueblo, es una página que no pienso ponderar porque ella se basta y se sobra para suscitar todos los contentamientos. Lo que sí quiero es no pasar por alto cómo en ella se apodera el alma de un niño recién llegado de Cuba del espíritu de la raza de sus antepasados. Mañach toma posesión entrañable de la tierra de su padre. Intuye qué rica sustancia, qué nobleza de abo-lengo, qué entereza y sabiduría de pueblo y qué ánimo sosegado se esconde tras las faldas negras de las mujeres, los bigotes lacios de los ancianos y las paredes enjalbegadas de las casas. El «blanco muro de España» le proyecta todo su resplandor y se le enreda a su andadura para acompañarlo siempre. Pero no lo fascina ni lo paraliza en el gesto inútil del éxtasis. El niño que corre por las tardes al huerto familiar, le verá su cara y su cruz a la España tan amada así como a Cuba también le verá su anverso y su reverso. Mañach fue siempre comprometido y entregado, pero nunca se abandonó al culto de ninguna realidad.

El amor a España se le fue acendrando con el paso de los años. En la temporada larga que vivió en Madrid casi en vísperas de muerte, escribió sobre el paisaje de España y el carácter de los españoles, páginas que cuentan entre lo más valioso de su obra. Yo creo que todo hispanoamericano, así como todo español, si quiere llegar a ser quien es está en la obligación de ponerse de acuerdo consigo mismo con relación a España si es lo primero y a Hispanoamérica si es lo segundo. Para Mañach España es la que inculca en Hispanoamérica la vocación de la integridad. Hispanoamérica es flexible, imaginativa, creadora, poética, sentimental, intuitiva, muy vital y romántica. España tiene los pies en la tierra, le sirve de arbotante al hispanoamericano, le regala signos de expresión en una lengua pasada por el obrador de ascetas, místicos, cronistas de allende el mar, poetas líricos y narradores excelsos. El español de la mejor casta intenta que su vida no se disperse, sino que se unifique; y parece tocado por la fortaleza y la sensatez de los héroes de la reconquista. Además, la realidad española, sobre todo la popular, parece hecha de una bohomía y un encanto natural que Mañach goza como nadie. De ahí el entusiasmo que le despierta una castañera, un cura de pueblo gruñón, un gallego (su abuelo materno) que funda una alcoholera y le pone por nombre *El infierno*; y si hemos de pasar de las personas a las cosas, difícilmente encontraremos en

Mesonero, en Luis Taboada, en los autores clásicos o en los Cronistas de la Villa, una descripción de la horchata de chufas como la hecha por ese Mañach sediento que le canta a la gloria del refresco castizo el himno que ningún madrileño ilustre le ha entonado.

Esta asimilación de lo hispánico la realizó Mañach en Tembleque. Sabemos que regresó después a Cuba y que ya en 1914 se encuentra en Boston. Estudiará en Cambrige High School y de inmediato en Harvard. Y si en España aprendió que el hombre está llamado a ser y que ser equivale a ser consistente, en Boston supo que no hay persona lograda como tal para quien la teoría, la belleza, la vida social y política y la pregunta incesante por lo religioso no le ocupe la mayor parte de las horas de su existencia.

El Harvard de esa época está impregnado por la enseñanza de tres maestros: Josiah Royce, Jorge Santayana y Pierce. Royce, como buen norteamericano, es un metafísico que le teme a las disquisiciones y a los matices excesivos del razonamiento escolástico. Empeñado en que la filosofía sea una ciencia práctica, Royce coloca la pregunta por el comportamiento humano a la altura de la que interroga a las cosas para que develen su ser. Por eso, si fuera necesario elegir tres términos para caracterizar de un plumazo el conjunto de su obra, nos encontraríamos con: el idealismo, el espíritu práctico y la fidelidad. Si se lee atentamente uno de los mejores libros de Mañach —el *Examen del qui-jotismo*— descubrirá quien lo haga cómo Mañach se debate valientemente con los dos extremos de la cadena: cómo no renuncia a ser idealista y cómo descubre que un ideal desconectado de la realidad, imposible de ser llevado a términos concretos, sólo conduce al desastre. Yo he soñado varias veces que los cubanos jóvenes de los años 50 amanecen una mañana con un ejemplar del *Examen del qui-jotismo* junto a la cama. Que lo abren, que lo leen, que lo discuten en sus reuniones. Sé lo que ocurre entonces: no se produce lo que se ha producido en las últimas cuatro décadas. Éste no es más que un sueño fracasado, pero que alimenta otro aún por venir: que los jóvenes del año 2000 sí lean el *Examen del qui-jotismo*, sí sepan lo que hay en ese libro, y sí hagan suya la lucidez de Mañach para curarse en salud de los falsos idealismos y descubrir penosamente los idealismos buenos.

La tercera palabra de Royce pasó al espíritu de Mañach como si fuera el grano perfecto para dar fruto en esa tierra: fidelidad. Hablando de su abuelo materno, Mañach se enorgullece repentinamente y deja escapar esta expresión: «Su palabra como una escritura». Se preocupó por hacerse de las convicciones fundamentales que afectan a todo vivir y no dejó ni un instante de serle fiel a las suyas. Liberal de nacimiento, eligió la mejor tradición que la cultura occidental conoce, la ilustrada, para que no hubiera decisión suya que no fuera razonable. Hablar con Jorge Mañach era asistir al espectáculo maravilloso de un hombre que piensa en voz alta y que se siente obligado a justificar todo lo que dice. Nunca arbitrario, nunca exagerado, nunca injusto, nunca propasándose en la seguridad en sí mismo, de tal manera que lo vi rectificar no una, sino varias veces, excusar a algunos de los adversarios que lo habían atacado y lamentarse de haber aceptado el Ministerio de Relaciones

Exteriores. Fiel a su liberalismo, no aceptando otro estado que no fuera el de Derecho y condenando públicamente todo acceso al poder que no pasara democráticamente por las urnas y por la legalidad constitucional. Fiel a sus amigos, afable y muy cordial en su trato, un día me dijo que a los hombres se les conocía por la manera que tenían de tratar a las mujeres. Ya ella, a Margot Baños, le oí decir una tarde en un arrebato instantáneo de explosión confidencial, que Jorge era como esposo la finura en persona. No se me olvida con qué tono de voz añadió: «¿Sabes? Cuando llegan a la vejez no tienes idea de lo mucho que se quieren las parejas».

Por estos caminos llegó Mañach a la clave de toda fidelidad: la que consiste en hacer seriamente todo lo que se hace infundiéndole a cada uno de sus actos una rúbrica de estabilidad y permanencia. Así fundó una familia sometido al régimen de tres artículos a la semana, varias horas de clase, un programa de radio en que fungía de moderador y otro dominical destinado a una difusión popular de la cultura, eso aparte de sus conferencias y las horas de la noche destinadas al estudio y a la redacción de sus ensayos. Y ocupó una cátedra de Historia de la Filosofía encontrando tiempo para leer y releer a los maestros y preparar cada una de sus clases. Si se repasan los dos mil artículos (más de dos mil) que deja en revistas y periódicos, se verificará la importancia de muchos de ellos y cómo merecen ser recogidos en libro. Fiel a sí mismo en esta dimensión de los quehaceres, supo serlo por último en la radical de su ser, ya que no sólo fue sincero, sino veraz.

Creo que Santayana lo ayudó a descubrir su amor a la belleza y por supuesto que no me refiero sólo a la de la obra de arte. Mañach ha sido el primer cubano que no olvidó nunca ni en un gesto, ni en un párrafo, ni en una conversación, ni en el trato con los amigos ni con los alumnos, que todo lo que se hace en este mundo ha de encontrar el cauce de una forma.

Tal sentido de la vida como arte le sirvió de mucho cuando al mediar la década del veinte escribió sus primeras glosas. Ese primer Mañach no fue esteticista, pero sí alguien que se enfrentó a la realidad desde una actitud estética. Habría mucho que decir sobre lo que significa ese impulso inicial. Ese Mañach juvenil del *Glosario* y de las *Estampas de San Cristóbal*, inseguro aún del terreno que pisa, prudente, enamorado no sólo de las realidades sino de la realidad, ufano, orgulloso de un estilo literario que estrena mostrándolo al público con algún énfasis disculpable, ya esgrime el arma que no se le caerá jamás del cinto: el estilo.

Un hombre que tiene estilo es alguien que se representa a sí mismo y que no hace nunca el papel de histrión. El estilo es el resultado de un aviso de la conciencia escuchada. El hombre se vuelve más lúcido. A lo largo de las páginas del *Glosario* y de las *Estampas*, se ve cómo el joven escritor va encontrándose a sí mismo a la vez que a la realidad cubana. Es importante este crecimiento armónico de un yo que nunca se desmesura y de una realidad exterior que nunca invade ese yo.

No voy a seguir ahora toda la trayectoria de Mañach. Le preocupó el pasado cubano, sin la memoria del cual no hay porvenir posible; procuró por

todos los medios a su alcance que el cubano viviera mirándose vivir y reflexionando en las consecuencias de sus actos; no hizo jamás ni un adarme de concesión a ninguna dictadura; fue hasta cierto punto un hegeliano al pensar que se avanza en la historia merced a un juego de contraposiciones, pero su manera de ver la dialéctica fue mucho más la que considera las fuerzas opuestas que se complementan y no las que luchan violentamente.

Si se me pregunta dónde yo pienso que reside su gran originalidad, su aporte decisivo a la cultura cubana, yo diría que en dos cosas: la primera, en haber elevado la vida cotidiana del cubano a una altura que urge recuperar. Y la segunda, para mí importantísima: en haber desarrollado su vocación de hombre íntimo que invita a los demás a tener también una intimidad. No hay amor posible ni a sí mismo ni al prójimo si se está huérfano de esos jardines interiores cada uno recogido en su clausura. Al cubano le han faltado, de tal manera que se podría escribir una historia de nuestra narrativa al hilo de esa carencia. Puede ser que alguno de los desastres nacionales se encuentren en el vacío de esa dimensión de la existencia sólo en apariencia tenue. Mañach es quien inaugura entre nosotros la exploración en el arcano del alma. Lo hizo con Martí, no sólo en la biografía, sino en *El espíritu de Martí*, uno de sus libros mejores y en las docenas de semblanzas publicadas en el *Diario de la Marina* y en *Bohemia*.

Creo que a partir de ahí, de esta manera que tuvo de hacer del otro el objetivo de su complacencia, su estudio y su escritura, se puede considerar el conjunto de su obra. El día que ésta sea leída por una inmensa mayoría de cubanos, cuando hablemos de Luján como de un amigo y hagamos un recorrido por la isla con el *Glosario* en la mano, quizás hayamos dado un paso en la ganancia de esta interioridad.



Carlos Alfonzo. Cerámica. *Swan*. (1985)

Mañach y los inicios insulares de la nacionalidad cubana

V í c t o r B a t i s t a

EN SU PRIMER ENSAYO HISTÓRICO CUBANO JORGE MAÑACH relaciona independentismo con conciencia insular. Según él cada época se hace una imagen representativa de sí misma, y los vocablos «la isla» prevalece entre sus habitantes cuando a comienzos del siglo XIX surge un fuerte anhelo de independencia política. Para nuestra historiografía oficial la figura paradigmática de esta etapa es Félix Varela, pero Mañach destaca a una minoría intelectual que comparte ideales y proyectos de futuro por encima de cualquier figura aislada:

Aunque ni por la calidad ni por la cantidad de su producción intelectual pudiera decirse de los Varela, Luz y Cabañero, Saco y Del Monte que fuesen representantes de un apogeo deslumbrador ¿quién negará que fue aquélla la época en que nuestra cultura ha sido más rigurosamente tal, debido en cierta medida a la comunidad de ideales que la integraba?¹

Mañach agrupa a Félix Varela con los demás intelectuales de la época, aunque la historiografía oficial lo suele presentar como precursor en solitario del ideal independentista. Lo cierto es que no hubo diferencias sustanciales entre el evangélico presbítero y sus conservadores discípulos, salvo una de orden biográfico: Saco, Luz y Del Monte pertenecían al patriciado criollo mientras Varela, además de sacerdote, era hijo de un militar español. Ellos compartían un anhelo independentista relativo pendiente de complejas circunstancias internacionales. Y el pensamiento político de Mañach, su concepción de la nacionalidad

¹ *La crisis de la alta cultura en Cuba*, 1925.

cubana, como el de aquella minoría criolla, oscila entre dos polos: la utopía y el pragmatismo, el deseo insular y la realidad internacional.

Desde 1824 Varela se dedicó, en el destierro, a luchar por la independencia de Cuba, compartiendo ese mismo anhelo con todos los cubanos ilustrados de entonces, muchos de los cuales conspiraban y también coincidieron eventualmente con él en Nueva York. En aquellos momentos la causa de Cuba se confundía con la de los demás países hispanoamericanos, y los esfuerzos de estos cubanos se concentraron en fundar un periódico revolucionario y conseguir el apoyo de Bolívar, o de Guadalupe Victoria, para invadir la isla. El periódico que se fundó fue *El Habanero*, dirigido y redactado por Varela en Filadelfia y Nueva York, entre 1824 y 1826, y hay motivos suficientes para inferir que las opiniones políticas vertidas en él respondían a su consenso general. El discípulo más destacado del presbítero –junto con Luz y Caballero, que continuó su labor pedagógica en Cuba– fue Saco, su continuador en lo político, y codirector con él en otro periódico, *El Mensajero Semanal*, publicado en Nueva York entre 1828 y 1831. Son demasiadas coincidencias para dudar de la intervención de Saco –que había convivido con Varela en los Estados Unidos entre 1824 y 1826, justamente durante la publicación de *El Habanero*– en la elaboración de nuestro primer texto revolucionario. Además, por aquella fecha frecuentaban o residían en Nueva York otros ilustres refugiados: Heredia, El Lugareño, Luz y Caballero, Gener, Santos Suárez ... y todos mantenían estrechos contactos entre sí. Las opiniones vertidas en esta publicación reflejaban seguramente el sentir de los cubanos ilustrados, según indica un alerta joven de la época llamado Cirilo Villaverde:

Yes perfectamente claro que, sin la oficiosa intervención de los Estados Unidos en 1826, se habría llevado a efecto la invasión de las dos antillas españolas por las fuerzas combinadas de México y de Colombia, de acuerdo con los planes de Bolívar y los deseos de los cubanos...²

Un examen del contenido de *El Habanero* muestra los condicionamientos internacionales desde los cuales se desenvolvía el pensamiento político de Varela, y la actitud escrupulosamente democrática que lo inspiraba. En el primer número él expone diáfananamente la situación: «Ya hasta los niños de escuela saben que concluirse la guerra del Perú y efectuarse la invasión de la Isla por las tropas colombianas es casi todo uno ...». En el tercer número acuña la célebre frase: «Yo soy el primero que estoy contra la unión de la isla a ningún gobierno, y desearía verla tan isla en política como lo es en la naturaleza», para exponer a continuación su preocupación inmediata: «pero (...) si llegase a efectuarse la unión a Colombia (...) No hay que temer (...) Lo que conviene es (...) acelerar el momento en que no siendo necesarias las tropas extranjeras, que a mi juicio nunca lo han sido, se las despida ...». A este número viene añadido un suplemento de la más viva actualidad. «Las últimas noti-

² Cecilia Valdés.

cias de Europa y América (...) Derrotado enteramente el ejército español en el Perú, está libre toda América. Queda pues el ejército colombiano en disposición de invadir la isla y en necesidad absoluta de hacerlo». En el quinto número, por último, reitera la pregunta que ha servido de *leit motiv* a la especulación sobre el futuro político de la isla, pero introduce un nuevo elemento –la opinión de una anónima mayoría– que determina en él un posible cambio de actitud: «¿Es necesario, para un cambio político en la isla de Cuba, esperar las tropas de Colombia y México? En mi opinión no, en la de muchos sí; y como en casos semejantes conviene operar con la opinión más generalizada, si ésta lo fuese, yo contra la mía me conformo a ella».

La desaparición de *El Habanero* en 1826 coincidió con el fracaso de la gestión de los cubanos ante Bolívar, puesto de relieve en el Congreso de Panamá. A partir de entonces Varela, que seguía en íntimo contacto con los activistas cubanos, dio un giro radical. Ya, en 1827, propuso un plan mucho más cauteloso, y que tomaba en cuenta el factor racial. Así enjuicia Vidal Morales aquella incierta época:

La idea de no ser apoyados directamente por el gobierno de Colombia causaba el mayor desaliento en el ánimo de las personas más influyentes que se hallaban en Nueva York y las decidía a resistir cualquier proyecto que no contase con su apoyo. Idea ésta de que participaban la mayor parte de las personas residentes en la isla, y que estaban de acuerdo con las de los Estados Unidos...

Merece atención particular entre esas comunicaciones la del Padre Varela, quien siempre fue justamente considerado por los cubanos como un oráculo en los asuntos de Cuba. Esta comunicación expresaba la desaprobación de cualquier empresa que no fuese apoyada directamente por alguno de los nuevos gobiernos republicanos, y, además, que el apoyo o auxilio que diesen debía ser de una fuerza numerosa compuesta en la mayor parte de personas blancas. Y concluía que, puesto que Colombia no podía darnos ese apoyo debíamos dirigirnos a México y solicitar de aquel gobierno lo que Colombia no podía darnos, y que otra cosa sería arruinar la isla de Cuba.³

Realmente, el lamentable estado que estaban ofreciendo las recién emancipadas repúblicas hispanoamericanas decepcionó profundamente a aquellos cubanos; apenas diez años más tarde, en 1837, ya la clase patricia ilustrada había perdido la fe en la independencia. Mañach afirma en su ensayo *La crisis de la alta cultura en Cuba* que el ideal separatista congregó a todas las voluntades, pero no aclara que fue sólo durante el primer tercio del siglo XIX, en tanto era un proyecto que contaba con decisivo apoyo exterior. Aunque Saco, que había tomado el relevo de Varela en lo político, escribe en 1837, con un lenguaje reminiscente al de *El Habanero*, que desearía poder darle a Cuba

³ *Iniciadores y primeros mártires de la revolución*, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963, tomo I, pág. 108.

«una existencia independiente, y si es posible fuera tan aislada en lo político como lo está en la naturaleza», esa posibilidad ya no existía, ni por lo tanto había ya consenso entre las cabezas pensantes. No se puede hablar de una comunidad de ideales después de 1837, cuando Varela se sume en el silencio, Luz y Del Monte polemizan en un debate filosófico de claras connotaciones políticas, y Saco, según la categórica opinión de Hugh Thomas, «nunca se ponía de acuerdo con nadie». El ideal independentista que había congregado e ilusionado a Varela y a Saco, máximos representantes de dos sucesivas tendencias, la revolucionaria y la reformista, que aún no eran antagónicas, no pudo imponerse hasta la insurrección del 68, y la incorporación a ella de todos los estratos de la población nativa.

Veinte años después de su primera indagación en el proceso histórico cubano, en diversos ensayos publicados bajo el título de *Historia y Estilo*, Mañach reconoce la inviabilidad del inicial ideal insular:

Cuba se ve obligada al descubrimiento de su propia insularidad (...) Tiene, a la vez, la conciencia de su insularidad y de su debilidad. De una y otra condición, del conflicto de ellas, surge una conciencia problemática. Se quisiera ser lo que se es y, al mismo tiempo, parece ineludible la gravitación hacia una masa histórica mayor. ¿Cuál sería ésta? ¿La América de Bolívar? ¿Los Estados Unidos? ¿España todavía? El grupo rector no está acorde en la fórmula...⁴

Pero el grupo ilustrado de Varela y Saco sí estuvo de acuerdo en las fórmulas ensayadas hasta 1834. Durante una década ellos compartieron y articularon un mismo anhelo de independencia con la esperanza del apoyo de las repúblicas sudamericanas primero, y el interesado apoyo de la metrópoli después. Desde su presumible colaboración anónima en la *Revista Bimestre Cubana*, el cierre de la misma y la deportación de Saco en 1834, ellos coincidieron en las directrices a seguir. Su trayectoria se divide en dos fases: la separatista, fraguada en el destierro y encabezada por Varela, y la reformista –lo que Mañach denomina «el breve período de promesa liberal comprendido entre 1829 y 1834»–, desarrollada en la isla y acaudillada por Saco. Al fracasar las gestiones ante Bolívar y Guadalupe Victoria estos hombres se replegaron y optaron por la vía pacífica de reformas y colaboración con las autoridades locales, amparados en la permisividad de éstas. Esa colaboración venía dándose desde antes por patricios criollos como Arango y Parreño y el padre Caballero, y por liberales peninsulares como Alejandro Ramírez y el obispo Espada, con el beneplácito de algunos capitanes generales. Pero con la llegada de Tacón desapareció la precaria alianza que se había establecido entre los gobernantes metropolitanos, el patriciado criollo y la minoría ilustrada. Una nueva clase de comerciantes peninsulares hizo causa común con el Capitán General, desplazando política y económicamente al patriciado criollo.

⁴ *Historia y Estilo*, Ed. Minerva, La Habana, 1944, pág. 136.

Al abordar la espinosa cuestión de las relaciones entre el patriciado criollo y la minoría ilustrada se debe evitar medir a los hombres del pasado con criterios actuales. No se trata de dirimir si esa minoría era conservadora –ya que en definitiva toleraron la intransigencia metropolitana y la institución de la esclavitud– o si, por el contrario, inauguraron el movimiento de auto-afirmación que ha engendrado la nacionalidad. Ambas cosas son verdad, y la trayectoria de tan intachable figura como el padre Varela ilustra esa contradicción. Sin renunciar nunca a su independencia de criterio, y a pesar de sus enérgicas censuras a la mentalidad mercantilista reinante, Varela ligó su suerte en cierto modo al patriciado, ya que la única manera eficaz de influir entonces en los destinos del país era a través de las capas más altas de la sociedad. Cuando fue electo –por miembros del patriciado– a diputado a las Cortes de Cádiz en 1822, preparó un alegato que favorecía la abolición gradual de la esclavitud, «desatendiendo –como dice Leví Marrero⁵– las sugerencias de los esclavistas y sus instrucciones ...» [el subrayado es mío]. Sin embargo, una década más tarde la actitud de Varela ha cambiado, estima contraproducente, no ya interesarse por la abolición de la esclavitud, sino ni siquiera aludir superficialmente a ello. El 12 de septiembre de 1834, él y Gener escriben desde Nueva York conjuntamente a Manuel González del Valle, a Vicente Osés y a Domingo Del Monte una carta desaconsejando la publicación de un libro contra la esclavitud, y recomendando mucha prudencia, entre otras razones porque «... no van a chocar contra una clase sola de la sociedad cubana, sino contra todos, pues la familia más pobre posee uno o dos esclavos». Varela y Gener opinan que «el mal debe curarse en su origen (...). No se debe hablar ni una palabra de libertad porque se alarman y no conceden nada. Debe tratarse sólo de aumentar la población blanca y concluir el tráfico de negros». Precisamente dos medidas por las que posteriormente lucharon Saco y la mayor parte del patriciado criollo. Tanta prudencia no se debía, por supuesto, a insensibilidad moral, como se transparenta en la misma carta al sugerir medidas para amortiguar el problema, aunque «no es todo lo que debe ser, pero es todo lo que puede conseguirse». Porque, en 1834, ya habían desaparecido las expectativas de autonomía política del trienio liberal 1820-23, y que habían vuelto a aflorar hasta la llegada de Tacón. Un alto grado de realismo presidió las relaciones entre la élite económica y la intelectual criollas de entonces; a esa conflictiva colaboración se debió la articulación de esfuerzos y la selecta actividad cultural que Mañach admiró, y que, según él, no había vuelto a darse en igual medida en Cuba.

Para Mañach no son los individuos señeros ni las masas los que forman el núcleo de la acción histórica, sino los grupos cuando alcanzan categoría de minorías. Los grupos obedecen a intereses particulares, y la conciencia colectiva, que «comienza por una intención mínima de grupo», se va decantando en minorías mediante un proceso dialéctico: las minorías se perfilan como

⁵ *Cuba: Economía y Sociedad*, Ed. Playor, Madrid, tomo IX, pág. 50.

consecuencia de la superación del conflicto entre grupos, se crean por «armonía de contrastes». En la Cuba del siglo pasado el grupo integrista, poderoso política y económicamente aunque con escasa intención cultural, rivalizaba con el pujante grupo criollo, el cual fue configurando, en estrecha relación dialéctica con el anterior, minorías en una dinámica cultural que «describe una trayectoria ascendente que alcanza su nivel máximo en la época inmediatamente anterior a las guerras por la independencia». Esta trayectoria culmina –conjurada temporalmente la tentación anexionista– con la «esperanza reformista que ha de cuajar en el movimiento, ya unánime, de 1865». Pero a partir de entonces la alta cultura cubana, según Mañach, inicia un proceso descendente que él atribuye a los efectos de las guerras de independencia. Las guerras, según él, dejan siempre como saldo un déficit cultural. Pero el déficit se debió también, tras el Pacto del Zanjón, a la falta de un claro y urgente objetivo común. La superlativa inquietud cultural de Martí vino a suplir esta falta: él encarna «la gran impaciencia de los que comprenden que la independencia de Cuba es una necesidad histórica inmediata, y que sólo puede operarse mediante una movilización de abajo arriba»,⁶ dándole un impulso decisivo a la formación de la conciencia cubana y refutando, de paso, el método de interpretación histórica de Mañach, según el cual las minorías son el verdadero motor de la historia. Mañach, sin embargo, se ha anticipado a esto, advirtiendo que «de individuos señeros parte casi siempre el impulso, pero la acción sólo empieza a cobrar relieve social con la adhesión del grupo».

Habría que precisar como Mañach, más confiado en la «adhesión del grupo» que en el «impulso individual», percibe la singular influencia del Apóstol en sus compatriotas. ¿Era realmente claro el objetivo propuesto por Martí? Martí ejerce poder de fascinación sobre cuantos se acercan a él, y Mañach no es la excepción. Pero es de agradecer que haya vislumbrado, siquiera de soslayo, la equívoca posición, a la vez excéntrica y central, que ocupa Martí dentro de la historia de Cuba. Desmitificarlo ha sido uno de sus propósitos, aunque lo haya logrado sólo a medias, y a costa de cierta dosis de ambigüedad. De él dice que representa la «síntesis del idealismo romántico y el realismo positivista...»,⁷ pero en un libro posterior (*El Espíritu de Martí*, 1951) destaca la «autonomía como de alma de Martí, que no se siente en modo alguno condicionada por el mundo, sino llamada a exaltarlo y conformarlo a su medida»,⁸ aún cuando matiza esa idea, «por la observación reiterada que venimos haciendo de la frecuencia con que (...) se plegaba el requerimiento práctico».⁹ Mañach se inclina por un idealismo práctico que sólo parcialmente podría aplicarse al Apóstol.

Años después de sus ensayos históricos cubanos encuentra en la figura de un arquetipo literario marcadamente hispánico las remotas causas psicológicas

⁶ *Historia y Estilo*, Ed. Minerva, LH, 1944, pág. 87.

⁷ *Ibid.*, pág. 88.

⁸ *El espíritu de Martí*, Ed. San Juan, Pto. Rico, 1973, pág. 91.

⁹ *Ibid.*, pág. 124.

de la insolidaridad que invade a la sociedad cubana e hispanoamericana de su tiempo. Es el individualismo exacerbado que personifica Don Quijote, al cual Mañach le dedica un extenso ensayo (*Examen del Quijotismo*, 1951); es nuestro ensimismamiento hereditario, que se añade al geográfico y nutre nuestro exagerado nacionalismo, y que Mañach llama –citando a Ganivet e incidiendo en el tema insular– la «vocación robinsoniana del alma española». Él opone el equilibrado idealismo de Cervantes al «idealismo fatuo» que a menudo asalta al protagonista de la inmortal novela; identifica el caudillismo con una predisposición insular que conlleva –de nuevo Ganivet– un carácter agresivo; descubre en Bolívar esa condición atávica donde el idealismo y autoritarismo forman las dos caras de la misma moneda:

¿No se manifiesta en el espíritu de independencia –que Bolívar representó arquetípicamente– esa doble dimensión de idealismo moral (...) y de autoritarismo imperioso (...) que forma el bulto de lo quijotesco?¹⁰

Martí no es mencionado en dicho ensayo, aunque en otro texto Mañach afirma que, en él, «el más puro quijote está a la vista». ¿Cabe inferir que coloca a Martí en la misma categoría que Bolívar? Una oportuna distinción entre idealismo práctico e idealismo absoluto nos permite entrever una respuesta, pues no es difícil detectar en su definición de idealista absoluto rasgos del Apóstol:

Misión de vanguardia, consiste la suya en mantener el rumbo, abrir brecha y, casi siempre, fecundar con su propio sacrificio (...) Semejante heroísmo sólo resulta nocivo cuando pretende generalizarse por la violencia. Glorioso para cualquier pueblo es tener un quijote de genuina estirpe (...) lo grave no es Don Quijote, soñador sublime, sino la generalización y como profesionalización que todo quijotismo implica (...) la dinamización pugnaz del modo de ser de Don Quijote.¹¹

La intransigencia del idealista absoluto no es necesariamente impositiva y Martí, por supuesto, no advocaba la violencia sino como último recurso. La violencia era necesaria para lograr la independencia, la guerra contra España una herencia que le tocó a Martí. Él no pretende partir de cero –su idealismo absoluto es también práctico– sino rematar una tarea, cumplir un ciclo iniciado ya por las generaciones anteriores. Esta solución violenta, sin embargo, entra en conflicto con su talante más íntimo, como lo muestran sus manifestaciones de que «aún por el derecho es un pecado verter sangre», y que «sólo son permanentes las conquistas de la masedumbre», o su constante invocación a la guerra cordial. Martí carece del autoritarismo caudillesco de Bolívar, y si coincide con él en la idea de una integración o confederación política de naciones hispanoamericanas, es desde perspectivas diferentes: el Libertador

¹⁰ *Examen del Quijotismo*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1950, pág. 155.

¹¹ *Ibid.*, págs. 138-139.

sólo se proponía mantener la unidad continental sobre las bases existentes del caduco sistema metropolitano, de ahí sus veleidades monárquicas y su obligatorio cesarismo; Martí, en cambio, soñaba la unificación desde fundamentos nuevos, aunque decía querer escribir la última estrofa del deshojado «poema de 1810», y culminar el ciclo bolivariano. Martí fue más innovador que continuador; en él prima la exaltación romántica del yo, del pasado le interesan sobre todo las individualidades excepcionales, en vaga simbiosis mística con el pueblo. Su compasivo paternalismo –poco acorde con la democracia, que presupone cierto grado de igualdad– propicia, a pesar suyo, el caldo de cultivo para un inspirado caudillismo. Martí, por supuesto, no era indulgente con los caudillos; fue implacable con los brotes autoritarios de sus contemporáneos Gómez y Maceo (aunque menos severo en su juicio retrospectivo sobre Céspedes, por ejemplo, o sobre Bolívar). Pero creyó, con injustificado optimismo, que el caudillismo era una enfermedad ya superada en Hispanoamérica. Y el remedio que repetidamente propuso para erradicarlo –sudar la enfermedad– sugiere una suerte de resistencia pasiva que tampoco ha gozado de mucho predicamento entre nosotros. ¿Hasta qué punto el complejo y confuso legado martiano se aproxima al idealismo práctico con el que se identifica Mañach? Martí conjugó su espíritu cordial con la necesidad de la guerra para impulsar la imagen histórica de Patria que, según la cronología mañachiana, sucede a la de isla. La Patria, sin embargo, no es todavía la Nación, imagen en la que culminan todas las demás y que, para Mañach, en la Cuba de su tiempo todavía no se había realizado. Está implicada, sin embargo, en la imagen de insularidad adoptada por él para señalar el despertar de la identidad propia, que a lo largo de su obra se problematiza y subjetiviza hasta devenir aislamiento y en definitiva insolidaridad. Para él la conciencia insular ha sido un factor necesario pero no suficiente en la conformación de la nacionalidad cubana; y a la larga se pregunta si la superación de la nacionalidad, o más bien del nacionalismo, es la condición para ingresar de lleno en el mundo contemporáneo. Ya, en 1942, comenta que «los instintos económicos (...) se ven en exceso constreñidos por los marcos nacionalistas. Acaso la única sociedad verdaderamente saludable en lo material tenga que ser la sociedad internacional del futuro»¹² y en su póstuma *Teoría de la frontera* (1971) vuelve sobre ese tema. En la encrucijada entre lo deseable y lo posible Mañach, a diferencia de Martí, se inclina por lo segundo. Está totalmente exento de ínfulas autoritarias; admira a Don Quijote, pero no al quijotismo; ama a Martí, no su culto. Desconfía del efecto de los individuos señeros sobre las masas; está temperamentamente más cerca del consensualismo elitista de Varela y Saco que del consensualismo populista de Martí, aunque le tocó vivir en una época populista. Su inclinación por la alta cultura –que estaba, y está, en horas bajas– lo atemperó con el reconocimiento de la «individualidad excepcional» que fue Martí, y el intento de formar un grupo –una potencial

¹² *Para una filosofía de la vida*, Ed. Lex, La Habana, 1951, pág. 87.

minoría— que le otorgara al Apóstol un póstumo pero adecuado «relieve social». Este intento naufragó con la efímera revista *Avance*, pero Mañach siguió el ejemplo martiano de aunar vocación personal con conducta cívica hasta sus últimas y amargas consecuencias. Él también pertenece a la vertiente tolerante y civilista de nuestra desdoblada tradición revolucionaria. En lo fundamental ambos idearios coinciden, y suponen superar, sin negarlos, el marco estrecho del nacionalismo y el recurso a la violencia para consolidar un proyecto de convivencia. Doble meta que Cuba aún no ha alcanzado.



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)

Un enfoque indispensable

José Olivio Jiménez sobre José Martí

MI CONOCIMIENTO DE LOS ESTUDIOS DE JOSÉ OLIVIO Jiménez en torno a la vastísima obra del cubano José Martí (1853-1895) ha otorgado a mi investigación una dimensión desconocida hasta el momento. Fue un breve artículo suyo, titulado «La ley del día y la pasión de la noche en la poesía de José Martí»,¹ el que me introdujo en un enfoque inusitado de la obra del cubano. Yo trabajaba ya en un ambicioso proyecto de exploración en la teoría poética de esta figura germinal del modernismo hispánico, cuyo resultado apareció publicado en mi libro *La poética de José Martí y su contexto* (1994). Por eso creo que las líneas siguientes pueden incentivar a una lectura más íntegra y luminosa de la obra de este maestro cubano y universal. Y es que leer y releer a Martí debe constituir siempre un *encuentro* de la cubanidad en su sentido más pleno, tal como se propone esta revista.

En ese momento antes aludido yo conocía gran parte de la tradición crítica sobre Martí, que podría caracterizarse según dos vertientes claramente definidas a partir de los años cincuenta: de un lado se sitúan los estudiosos que delinean un perfil humanitario y apostólico de este escritor, si bien es verdad que tampoco descuidan el aspecto estilístico de su producción literaria. Entre ellos cabe citar como figuras capitales a Juan Marinello, José Antonio Portuondo, Cintio Vitier y Fina García Marruz. Este modo de acercamiento a Martí se proponía enunciar –de un modo más o menos explícito según los casos– el carácter antimodernista del cubano, aunque sin dejar de señalar sus concomitancias con el movimiento encabezado por Rubén

Carlos Javier Morales

¹ *Ínsula*, xxxvii, N° 428-429, 1983, pág. 3.

Darío, las cuales se explicaban teniendo en cuenta el signo de los tiempos, es decir, las inquietudes vitales y artísticas del último tercio del siglo XIX.

No les faltaba razón: la obra de tales estudiosos ha iluminado una faceta de Martí que resulta imprescindible para la comprensión cabal de su figura. Pero esta corriente crítica, en la que se inscribieron autores más jóvenes, evolucionó posteriormente –a partir de la década del 70– hacia posturas de intención radicalmente política, que trataban de realzar el papel revolucionario de Martí como pionero lejano de la Revolución cubana de 1959. En los años 70 y 80 tal vertiente ha pretendido ofrecernos a un Martí comprometido con la realidad política y social según principios de clara filiación marxista. Esta tentativa, animada fervorosamente por motivos extraliterarios, ha llegado en ciertos casos a adular la significación del pensamiento y la escritura del insigne cubano, cuya vinculación social y política no puede reducirse a los esquemas trazados por los distintos partidos comunistas que han surgido en nuestro siglo.

Desde otro lado conocía la encomiable aproximación crítica de unos autores –casi todos ellos residían fuera de Cuba– que analizaron la obra del gran escritor señalando una enorme multiplicidad de elementos que lo insertaban en el movimiento modernista, aunque sin empobrecer su personalidad bajo ningún signo de escuela. Para estos autores (Guillermo Díaz Plaja, Max Henríquez Ureña, Manuel Pedro González, Ivan Schulman, entre otros) Martí debería situarse en la misma génesis del modernismo, no ya como un simple precursor, sino como un verdadero iniciador y uno de sus genios capitales. A ellos debemos, en gran medida, el minucioso análisis estilístico de la obra martiana, que corrobora sin duda alguna su afinidad con la estética modernista.

Y fuera de estos caminos críticos enunciados –pese a su evidente inclinación hacia el último– debemos situar la paciente y fructuosa investigación de José Olivio Jiménez. En efecto, partiendo de esa innegable naturaleza modernista de Martí, José Olivio abordó la obra martiana desde una nueva dimensión, la existencial, que no anula los otros dos aspectos de la personalidad literaria de Martí, sino que los eleva a un nivel de suprema riqueza. Desde esta perspectiva hemos podido reconocer en el autor cubano no sólo a un escritor modernista, sino moderno en sentido absoluto, es decir, consciente de las inquietudes que han espoleado al hombre de nuestro siglo XX, por más que su vida malograda no llegara a traspasar el umbral de esta centuria.

Después de leer el citado artículo aparecido en *Ínsula*, no pude dejar de conocer los restantes estudios martianos de Jiménez, entre los que debe citarse su excelente introducción a la *Prosa escogida* de Martí (Ed. Novelas y Cuentos, Madrid, 1975), su libro *José Martí, poesía y existencia* (Ed. Oasis, México, 1983), su semblanza precisa del cubano en su *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana* (Ed. Hiperión, Madrid, 1985) y su reciente libro *La raíz y el ala: aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí* (Ed. Pre-Textos, Valencia, 1993), además de la cuidada selección de los *Ensayos y crónicas* del maestro (Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1995), que cuenta con una escrupulosa anotación sobre todas aquellas referencias indispensables para una exhaustiva comprensión de los textos. Asimismo, al leer otros estudios de

su dilatada labor investigadora, he llegado a considerarlo como uno de los críticos fundamentales, junto con Max Henríquez Ureña, Manuel Pedro González, Ivan Schulman y Ricardo Gullón, que han operado la revalorización del movimiento modernista hispánico, sobre el que existían enormes lagunas e incógnitas hasta hace muy pocos años, cuando no lamentables incomprensiones y aun miradas despectivas.

La concepción integral del modernismo que alcanzó José Olivio Jiménez le permitió resolver numerosas interrogantes que planteaba la obra literaria del escritor cubano. Por de pronto, baste decir que gracias a él el perfil modernista de Martí ha sido iluminado con razones nuevas y hartamente consistentes.

En los libros martianos de Jiménez se asume desde nuevos presupuestos la enorme entraña romántica del cubano. Nuestro crítico ha advertido en la obra de Martí una concepción del mundo que remite inevitablemente a los románticos alemanes, los auténticos paladines del romanticismo occidental. La visión del mundo según la dialéctica de la analogía e ironía, patente a lo largo de toda la producción martiana, nos conduce al pensar y al sentir de Friedrich von Schlegel y Novalis. Trataré de sintetizar con las formulaciones propias de nuestro estudioso esos conceptos de analogía e ironía que explican la visión del mundo de estos románticos señeros y la del propio Martí. La *analogía*, en palabras suyas, nos conduce a una visión del mundo «como un vasto lenguaje de ritmos y correspondencias, donde no tienen sentido el azar y los caprichos de la historia (...). Esta idea arranca de una intuición germinal muy antigua, pero que aquellos primeros –y verdaderos– románticos potenciaron artísticamente y dejaron como herencia indeclinable a la modernidad».² La analogía, en este sentido cosmológico, se puede identificar con la armonía universal, en cuya búsqueda se empeñaron los afanes de filósofos y poetas desde el primer romanticismo. Su reto consistía precisamente en contemplar una esencia única del universo en la que pudieran fundamentar la diversidad aparente de los seres y acontecimientos del mundo, que en tantas ocasiones se nos muestran contradictorios. La armonía universal, por tanto, supone una visión conciliadora del mundo en la que todos los fenómenos –seres y acciones– se nos presentan como esencialmente idénticos, como accidentes de una misma sustancia infinita, que muchos no dudan en identificar con Dios, según una concepción que en ocasiones hace profesión abierta de panteísmo.

Pero el romántico –y en este sentido debemos incluir el radical romanticismo de Martí– observa en su acontecer vital repetidas causas desintegradoras de la analogía, factores que aparentemente desequilibran esa armonía esencial del universo; y entonces emerge –aunque en el cubano sólo momentáneamente–

² José Martí, *poesía y existencia*, ed. cit., pág. 13. También se define y se explica este concepto en su libro *La raíz y el ala...* (ed. cit., pág. 178 y ss.). El autor advierte en el texto que recoge la concepción de analogía e ironía formulada por Octavio Paz en su libro *Los hijos del limo*, donde el mexicano analiza la evolución de la poesía contemporánea desde el romanticismo. El mérito de José Olivio reside en la aplicación de tales conceptos a la obra martiana, tarea que nos ha permitido comprender la entera visión del mundo de José Martí.

el contrapunto irónico. En propias palabras de José Olivio, la *ironía* es «la experiencia de lo fragmentado y roto, en que la vida de continuo consiste, aquello que de un modo más turbador e incisivo nos reclama». E inmediatamente constata la raigambre romántica de tal concepto: «Esta experiencia de la ruptura lo es de la unicidad irrepetible y casi siempre azarosa de los actos del hombre, a través de los cuales, y de su fatal temporalidad, asoma el rostro de la Nada y de la Muerte. Y todo esto, que es producto de nuestra conciencia soberana, tiene su nombre desde Novalis y Schlegel: la *ironía*».³

El reto de Martí, como el de los grandes románticos, será el de superar la conciencia de esa ruptura del mundo para instalarse de nuevo en su primaria intuición de un universo armónico. La gran tarea de nuestro investigador en este campo ha sido la de analizar a lo largo de toda la poesía, y de otros textos en prosa de Martí, cómo se desarrolla esa cruda dialéctica entre la analogía y la ironía, desde el *Ismaelillo* (1882) hasta *Versos sencillos* (1891) y *Flores del destierro*, libro póstumo, prestando especial atención a otro poemario, *Versos libres* –escrito en su mayoría en torno a 1882–, donde la presencia de la ironía se hace más sangrante y dolorosa. En este sentido invito a leer el texto de Jiménez «Un ensayo de ordenación trascendente de los *Versos libres*», perteneciente a su libro *José Martí, poesía y existencia*.⁴

Gracias a José Olivio Jiménez hoy podemos conocer, de un modo sistemático y extraordinariamente documentado con textos martianos, la dramática conquista de la armonía que el cubano debió batallar en su áspero acontecer vital. Como resumen de tan complicado proceso, apunta el crítico que «el verso martiano se ve taladrado, en numerosas ocasiones (y en especial en el tramo inicial de su trabajo poético) por el imperativo de la ironía: la lucidez y la reflexión le llevarán entonces a grabar sus más desoladas verdades, pues allí habla el hombre angustiosamente situado frente al azar de su vida, y frente a su dolor e inutilidad. Esa lucidez irónica creó así un contrapunto tenaz a la opuesta y progresiva volición, de signo afirmativo, que acabaría por inscribir –desde el espíritu, desde las fuerzas más firmes del espíritu– la analógica correspondencia del hombre con la lección ejemplar del Universo, la Creación, la Naturaleza. En ese contrapunto, en esa tensión, que es algo más y superior a la mera contradicción o exclusión, reside

³ *José Martí, poesía y existencia*, ed. cit., pág. 13. Nuestro crítico se encarga de puntualizar debidamente este peculiar concepto de ironía. Para ello también debemos acudir a su libro *La raíz y el ala...*, en cuyo capítulo v, «Visión analógica y contrapunto irónico en la poesía de Martí», el autor nos aclara que no es la de Martí una ironía sentimental, ni una ironía burlesca, como mero recurso de estilo, sino una *ironía trágica*: «aquella que se perpetra contra las verdades supuestamente más estables y permanentes del hombre: el amor de éste a la existencia tanto como su confianza en la trascendencia» (*La raíz y el ala...*, ed. cit., pág. 177).

⁴ Como ayuda al lector, he de apuntar que los estudios del citado libro *José Martí, poesía y existencia* han sido incluidos en el nuevo volumen *La raíz y el ala: aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí*, debido a la escasa distribución que alcanzó aquella obra por razones de la propia editorial.

el alcance más alto, más universal también, de aquel pionero de la modernidad que fue José Martí». ⁵

Aunque con estas breves páginas tan sólo pretendo expresar la calidad y eficacia del enfoque martiano emprendido y desarrollado por Jiménez, no puedo dejar de sintetizar los hallazgos capitales que él ha conseguido aportar a la investigación sobre Martí. Si atendemos al desarrollo dialéctico que opera el cubano entre los polos de la analogía y la ironía, hemos de reconocer en la exégesis de José Olivio la formulación y análisis de tres estaciones en la evolución existencial de Martí desde *la raíz*, símbolo de la experiencia inmediata, hasta *el ala*, que representa simbólicamente el estadio final de la analogía en que se resuelve su visión del mundo y de la vida. En efecto, esas tres estaciones pueden denominarse –según la terminología empleada por nuestro estudioso– *circunstancia*, *naturaleza* y *espíritu*. La experiencia de Martí, que parte de la circunstancia o acontecimiento vivido, le hace partícipe del dolor, de la ruptura que la acción del hombre instauro en el orden de la Creación. La poesía de Martí, que arraiga con frecuencia en situaciones biográficas explícitas, suele constatar la experiencia de la maldad humana desintegradora de la bondad esencial del Universo. Pero su voluntad ética y afirmativa de los valores de la vida le conduce hacia la superación de ese estadio negativo inicial mediante la contemplación de la armonía de la Naturaleza, que se presenta como modelo de equilibrio armónico y de pacificación conciliadora. No en vano manifiesta su predilección por los espacios naturales –ampliamente documentada en las citas martianas de Jiménez–, donde el alma puede recuperar su confianza en la bondad y la armonía, frente a la ruindad depredadora que la *ciudad* ejerce sobre las potencias humanas.

Sin embargo, esa voluntad de plenitud gozosa que impulsa a Martí, dotada de un predominante sello ético, no se agota en esta dimensión horizontal, sino que le impele a elevarse mediante el *espíritu* hacia los valores morales absolutos, que se encuentran no en la urbe, ni siquiera en la naturaleza, sino en el reino celestial, en la vida ultraterrena, en la que el espíritu podrá descansar en la bondad y la belleza infinitas; todo lo cual le lleva a una fe inquebrantable en la inmortalidad del alma.

Con la mención de esas tres estaciones –circunstancia, naturaleza y espíritu– no he pretendido más que parafrasear del modo más sintético posible las conclusiones alcanzadas por la exhaustiva labor exegética de este crítico sobre los textos martianos. ⁶

Pero otro de los grandes méritos de Jiménez en esta tarea –y tal vez de los mayores– radica en el análisis de los elementos estéticos e ideológicos que

⁵ «Visión analógica y contrapunto irónico en la poesía de Martí», en *La raíz y el ala...*, ed. cit., pág. 192.

⁶ Sobre este particular pueden consultarse los estudios «Un ensayo de ordenación trascendente de los *Versos libres*», «Visión analógica y contrapunto irónico en la poesía de Martí», «Ironía y analogía en la Naturaleza y la Historia», así como «Martí, Darío y la intuición modernista de la armonía universal». Todos ellos forman parte de su reciente libro *La raíz y el ala...*

vinculan la literatura del cubano a la modernidad más avanzada, entendiendo por tal la representada por la creación literaria del siglo xx. En efecto, consciente de esa genuina entraña romántica que late en la obra de Martí, José Olivio también se detiene en la indagación de aquellos aspectos de su obra afines no sólo al movimiento modernista –en el que debe encuadrarse como auténtico iniciador–, sino a la misma modernidad contemporánea. Jiménez repara en que esa visión analógica del mundo que Martí posee, mediatizada por el contrapunto irónico, si bien remite a los primeros románticos, recibe nuevas modulaciones que lo sitúan en una visión del mundo y una consecución estética mucho más modernas.

Nos enseña Jiménez que su fe en la palabra poética y en su belleza redentora impulsará a Martí a incorporar técnicas estilísticas casi desconocidas anteriormente en las letras hispánicas, tales como el impresionismo, el simbolismo e incluso otros estilos de mayor audacia renovadora, como el expresionismo, cuya codificación y generalización –me refiero a éste último– pertenece a la segunda década del siglo xx. Los estudios de José Olivio sobre la crónica martiana, en la que se inspiran todos los célebres cronistas posteriores del modernismo –empezando por el mismo Darío–, ponen de relieve la eficacia con que Martí domina tales técnicas al servicio de una expresión de la realidad portadora del hondo temple emocional del autor. De esta manera sus artículos periodísticos, sin perder su *raíz* –su información sobre acontecimientos históricos– se proyectan hacia niveles artísticos que, gracias a su concepción armónica de la belleza y la bondad, transmiten asimismo sublimes mensajes morales. En su trabajo «Hacia la forma interna en la crónica modernista de Martí» el crítico nos advierte sobre esa «vigilancia del artista que quiere dotar a esa palabra suya, no ya del brillo vano del puro preciosista o de la perfección formal del parnasista, sino del poder evocador de quien sabe condensar, en una sugerencia simbolista, o en una imagen impresionista o expresionista (...) toda una vastísima red de secretas implicaciones que sólo el arte permite, y no el lenguaje discursivo y mostrenco».⁷

La precocidad y perfección con que Martí emplea dichas técnicas expresivas en la literatura hispánica lo convierten, según nuestro crítico, en un auténtico iniciador del movimiento modernista y en el primer gran renovador de la lengua literaria en castellano, estatuto que ya le concedían anteriormente otros estudiosos, pero que Jiménez ha fundamentado con rigurosos análisis personales.

Dentro del terreno específico de la crónica martiana, nuestro autor ha inaugurado un campo de investigación inexplorado hasta el momento y que promete hallazgos muy esclarecedores para el conocimiento de la teoría poética del cubano: me refiero a la mutua relación entre sus textos en prosa y sus

⁷ *La raíz y el ala...*, ed. cit., pág. 202. Sobre el impresionismo, y especialmente sobre la naturaleza del expresionismo martiano, véase un excelente estudio de José Olivio: «Ironía y analogía en la Naturaleza y la Historia (Sobre «El terremoto de Charleston»», incluido en la misma obra.

poemas, esto es, a la identidad de motivos que inspiran muchas de sus obras en prosa y sus creaciones en verso, aunque ambos cauces expresivos requieran en Martí unos procedimientos muy peculiares en el tratamiento de ese motivo común. Sobre este paralelismo entre prosa y poesía martianas reviste especial importancia el ya citado ensayo «Hacia la forma interna de la crónica modernista de Martí», que gira en torno a las «Fiestas de la Estatua de la Libertad», así como otro ensayo antológico suyo dedicado a «El terremoto de Charleston».

Aunque el apretado espacio de estas páginas no me permita ni siquiera esbozar debidamente la contribución de nuestro crítico en los estudios martianos, me es imposible silenciar otro de sus grandes méritos: el reconocimiento de la obra de Martí como germen de numerosas corrientes estéticas de nuestro siglo, que lo convierten en el más moderno de nuestros modernistas. En efecto, partiendo de esa dialéctica romántica de la analogía y la ironía, Jiménez percibe en el cubano un dramatismo existencial en la vivencia y en la expresión de esa dialéctica, que abre el camino de tantos conflictos existenciales como nos ha ofrecido la literatura de nuestro siglo: no es gratuito el hecho de que Unamuno juzgara a Martí como uno de sus predecesores más señeros. En este sentido, la presencia del «yo histórico», no sólo en la prosa sino también en gran parte de su poesía, sitúa a Martí en una posición mucho más avanzada, mucho más contemporánea, con respecto a los románticos y a los mismos modernistas. Nuestro crítico concibe este fenómeno como una manifestación directa de esa «estética de la sinceridad», tan martiana y, a la vez, tan intensamente moderna.

Por otra parte, la apertura de la poesía y la prosa del genio cubano a los acontecimientos cotidianos e «intrahistóricos» del hombre moderno, con una particular atención al mundo del trabajo, elevan a Martí a la categoría de pionero de una poesía solidaria por vía directa con la problemática humana en su dimensión social, que en Hispanoamérica ha contado con exponentes tan cimeros como Vallejo y Neruda. La afinidad Martí-Vallejo es otro de los objetos de atención en la investigación de Jiménez, quien señala el empleo de símbolos óseos y corpóreos como una constante en ambos poetas.⁸

Creo que estas sintéticas observaciones nos permiten vislumbrar algunos de los resultados de la crítica martiana de José Olivio, que hoy resultan indispensables para todo aquel que se aproxime a la indagación en el denso espesor de la obra de Martí. Tales resultados no constituyen un cúmulo de aportaciones aisladas –lo cual ya sería digno de admiración y agradecimiento–, sino algo aún más importante: una novedad de enfoque de la personalidad literaria del cubano, que podríamos denominar existencial, como ya anticipé al comienzo de estas páginas.

⁸ Estas distintas facetas de la modernidad de Martí, abordadas en diferentes lugares de la obra de nuestro crítico, encuentran un tratamiento específico en su ensayo «José Martí a las puertas de la poesía hispánica moderna», perteneciente al mismo libro *La raíz y el ala...* (págs. 251-276).

Estrategias laborales y domésticas de las mujeres cubanas en el período especial¹

Isabel Holgado Fernández

EL AGRAVAMIENTO DE LA CRISIS ECONÓMICA Y SOCIAL QUE devino en Cuba tras el derrumbe del campo socialista y las repercusiones de las medidas adoptadas por el Gobierno, en lo que denominó «Período Especial en tiempos de Paz» han afectado de forma dramática a la población femenina, siendo ésta el grupo que mayor dislocación ha sufrido tanto en los ámbitos laboral y doméstico como en el subjetivo.

Las medidas de choque para paliar los efectos del colapso económico se aplicaron en el último trimestre de 1990. Entre otros, los programas priorizados fueron la producción alimentaria («para asegurar los alimentos básicos a la población»), la industria azucarera, el Turismo (sector principal donde se permitió la inversión de capital extranjero) y la Seguridad Social, que engloba la Educación y la Salud, cuyo presupuesto, según datos oficiales, creció un 33% entre los años 89 y 93.

La despenalización del dólar en 1994 y la implementación de mecanismos de mercado controlados estatalmente, complementaron el paquete de reformas urgentes que perseguían garantizar los logros obtenidos en la obra social de la Revolución y menguar en lo posible los efectos negativos sobre la ciudadanía.

Sin embargo, a seis años vista de estas resoluciones, es evidente que las consecuencias del derrumbe económico

¹ Ponencia presentada en la 1ª Conferencia Mundial sobre Estudios Cubanos, organizada por el Cuban Research Institute y la Florida International University, celebrada en Miami los días 9, 10 y 11 de Octubre de 1997.

han sumido al pueblo cubano y, en especial, a sus mujeres, en una trágica encrucijada: incremento de la desocupación y el subempleo, aumento de la deserción escolar, inversión en la pirámide de ingresos (a menor cualificación, mayor remuneración), agudización de la estratificación social, elevada corrupción administrativa y policial, hacinamiento en las viviendas, deterioro de las condiciones materiales de vida familiar, inestabilidad en las relaciones de pareja, aumento de la delincuencia y prostitución y, en definitiva, la agresividad y el individualismo como pautas predominantes en las relaciones sociales, son algunos de los efectos más sangrantes de la actual coyuntura en la isla caribeña.

La necesidad de máxima productividad económica en el proyecto revolucionario fomentó la incorporación masiva de las mujeres al trabajo asalariado: en 1995, el 42,3% de las mujeres eran contabilizadas como población activa, pero el porcentaje de trabajadoras disponibles se elevó hasta el 54%, tras el cierre de industrias y otros centros laborales, sin incluir el considerable número de «trabajadoras desalentadas», o aquellas que no buscan empleo porque consideran su esfuerzo inútil, dado el bajísimo poder adquisitivo del peso cubano.

En los programas priorizados por el Estado, se apreció un avance de la presencia femenina en Turismo y Ciencia, así como en sectores de tradicional participación elevada: Salud y Educación. Pero las mujeres se concentran en los niveles inferiores de la escala de promoción y, por ende, de menor remuneración. Es cierto que el Gobierno asegura igual salario a igual trabajo, pero la segregación ocupacional introduce una brecha de género que 38 años de Revolución no han sabido solventar. Mirta Rodríguez Calderón, en un estudiando artículo publicado en *Bohemia* en abril del presente año, se preguntaba: «¿en qué posiciones se ubican las mujeres, cuántas son jefas de organismos, directoras, presidentas, cuántas disponen de despachos o suben a las tribunas?». Sí, existe igualdad de salarios, pero no una equitativa ubicación en los puestos mejor remunerados.

A modo de ejemplo, aunque las cifras muestran que en Educación un 48,6% de los dirigentes son mujeres, estos datos responden fundamentalmente a las directoras de escuelas primarias y no a la promoción en los niveles superiores. Es imposible hallar en Cuba datos que informen sobre qué porcentaje del fondo de salarios nacional va a parar a las mujeres. Esta ausencia es, cuando menos, reveladora.

Igual suerte han corrido las mujeres en los puestos dirigentes. Si ya antes del Período Especial su presencia era quasi simbólica (sólo 3 mujeres pertenecen al Buró Político del Partido Comunista, lo que supone un pírrico 12%), la actual coyuntura ha supuesto un destacable retroceso en todas las esferas con poder decisorio. La razón argüida por la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) se basa en la sobrecarga de trabajo, por una cotidianeidad difícil y, especialmente, por la no transformación total de la herencia cultural-ideológica del anterior sistema patriarcal.

Por su parte, Mirta Rodríguez lo llama significativamente «la vuelta a casa» en oposición a la FMC que descarta cualquier retorno al hogar. Para ello se basa en el aumento continuado de la población activa femenina, situado en el

ya citado 42,3%. De cualquier forma, este porcentaje no arrojaría esa cifra sin la autorización, en septiembre de 1993, del Trabajo por Cuenta Propia, que permitió a muchas mujeres reubicarse laboralmente y, a otras, las amas de casa, incorporarse a la esfera del trabajo público.

Dentro de esta nueva categoría laboral, las mujeres son mayoría entre peluqueros, manicures y masajistas. En la artesanía, suelen ser las tejedoras y las creadoras de bisutería. Pero es en el área gastronómica donde tienen una aplastante presencia, ya sea ofertando «golosinas» en las llamadas sombrillitas, ya sea regentando paladares (restaurantes limitados a 12 cubiertos instalados en sus casas) o vendiendo a domicilio sus productos. Es en este contexto que la afirmación de Mirta Rodríguez de «vuelta al hogar» adquiere toda su dimensión: una parte de la población femenina no abandona el trabajo remunerado, pero lo realiza desde las «cuatro paredes» de su hogar, extendiendo a la sociedad una de sus principales labores domésticas, esto es, proveer y alimentar a los miembros de la familia.

Muchas de estas mujeres son jubiladas, con trayectorias laborales meritórias, que se han visto obligadas a retomar su rol de principal proveedora del núcleo familiar. Además, muchas de ellas no constan como titulares en la licencia emitida por el Ministerio de Trabajo. Ellas trabajan, y sus maridos las representan.

Por añadidura, en los últimos meses, los altísimos impuestos que gravan sobre todo a la producción y comercialización de alimentos han supuesto varios miles de bajas ante la imposibilidad de hacer frente a éstos.

En el sector turístico emergente, las mujeres participan en torno a un 45%, pero de nuevo se ubican en los puestos de peor remuneración, alejadas del acceso a los dólares. Son ellas quienes limpian los suelos de las hamburgueserías y hoteles, quienes sufren jornadas de hasta 18 horas, encerradas en el cuarto de baño de señoras, percibiendo, como único salario, el menudo (calderilla) que las clientas tengan a bien dejarles.

Enmarcadas en la imparable economía sumergida, otras estrategias laborales tienen como principales protagonistas a las amas de casa.

Es el caso de las puertapropistas, que define a las mujeres (en mucha menor medida también hombres) que venden, puerta por puerta, los productos básicos a menor precio que los ofertados en el mercado agropecuario o en la «shopping». Estas mujeres se desplazan diariamente al campo para obtenerlos directamente del campesino o se los compran a los empleados estatales que los sacan clandestinamente de sus lugares de trabajo. Es la popularmente conocida como bolsa negra. Entre estas mujeres predominan jefas de familia y jubiladas, sin apoyo marital o familiar.

El alquiler de habitaciones en las casas privadas y cocinar «una auténtica comida criolla» para turistas son otros de los medios usados por las mujeres para aportar dólares a la economía familiar, facilitado por el enorme problema de escasez de viviendas que sufren principalmente los núcleos urbanos y la creciente demanda de «sitios invisibles» por parte de los cubanos provenientes del interior que llegan a La Habana o Santiago, en busca de una mejora en sus

condiciones de vida. La clientela entre los turistas, deseosos de ahorrarse unos dólares en el alojamiento, también ha mostrado un considerable aumento.

Pero, sin duda, la «nueva» estrategia femenina que mayor trascendencia tiene es el jineterismo o prostitución con los turistas, no sólo por las implicaciones a nivel individual y social, sino también porque ha puesto al Estado cubano en el punto de mira de la opinión internacional.

Las jóvenes que se dedican a esta prostitución sui generis pertenecen a un amplio abanico socio-educativo, aunque predominan las que no llegaron a niveles superiores o provienen de una familia desestructurada. Muchas de ellas provienen de las zonas campesinas del país: son «guajiras», como las denomina despectivamente un sector amplio de la población citadina. Generalmente su dedicación es intermitente, es decir, salen en busca del cliente potencial cuando los dólares se han acabado o tienen una necesidad concreta, aunque muchas de ellas utilizan sus profesiones (bailarinas, masajistas...) como plataforma para sus actividades. Prácticamente todas, implícita o explícitamente, tienen como principal objetivo enamorar a un extranjero que las saque del país o se convierta en su pigmalión particular.

La franja de edad es amplia, aunque los turistas cada vez las solicitan más jóvenes y, en su totalidad, son las principales, si no las únicas, proveedoras de sus familias. Una joven entrevistada lo ilustra así: «todas ayudan, todas. Hasta la más mala, le compra a su madre un pomito de aceite para cocinar».

La prostitución en Cuba es una actividad penada: sólo bastan tres advertencias para exponerse a una pena de privación de libertad de hasta 8 años.

El despliegue policial es formidable: en ciudad de La Habana o Varadero, los policías controlan continuamente los puntos «neurálgicos», éstos son, los de mayor afluencia turística. Muchos de ellos obtienen un sobresueldo con la extorsión y la vejación a que someten a estas niñas-mujeres, especialmente si éstas no gozan de la «protección» de un proxeneta que, en no pocas ocasiones, es su propio marido o pareja. La figura del chulo ya es cotidiana en el deshumanizado paisaje que cobija a estas mujeres.

Oficialmente, sólo practican el jineterismo las féminas, obviando a los muchos jóvenes que intercambian sus cualidades amatorias por una entrada a una disco o unos vaqueros, cuando no por un pasaporte al exterior. Esta omisión es consecuente en un estado dominado por la ideología de la preeminencia del falo. Los hombres no se cosifican. Ellos seducen y conquistan; ellas se entregan y comercian con su cuerpo.

La erradicación del jineterismo y la delincuencia son, teóricamente, prioridades máximas en las medidas sociales de cara a afianzar el avance del sector turístico. La triste paradoja es que, las jineteras, se han convertido en excelente reclamo turístico para las hordas de machos que abarrotan los vuelos carácter en busca del mito sexual que envuelve a la mujer cubana. Y si es negra, mejor que mejor. ¿Crean ustedes que algún turista ha sido sancionado por traficar con las hijas de la Revolución?

El gobierno cubano, lejos de asumir el fracaso de su política economicista para subvertir los valores heredados y crear otros modelos de relación, ataca a

las mujeres que se prostituyen y a todo el submundo articulado alrededor de ellas (chulos, policías, trabajadores del Turismo, traficantes...), que generan y manejan una importante cantidad de dólares que escapan al control estatal. La hipocresía del estado cubano se reafirma en las diferentes opiniones sobre su razón de ser desde distintos foros oficiales: «el móvil es un cierto culto a lo suntuario y a la ostentación», «las mueve un cierto afán de lucro», «es un raro virus de consumismo ajeno a los valores espirituales de la revolución», «buscan trabajos que no implican demasiado esfuerzo físico», «no se llega por una compulsión de miseria que atenta contra sus vidas». Una afamada periodista tuvo la osadía de etiquetarlas como «flores desechables».

Sólo la FMC ha calificado al fenómeno de multicausal y, sin desdeñar las razones económicas, ha introducido la óptica de género, denunciando la percepción y autopercepción discriminatoria de la mujer/objeto sexual, situando la problemática en un contexto mucho más real.

El trabajo doméstico y la vida familiar es el ámbito donde, junto a los servicios sanitarios, más ha repercutido la grave situación económica.

Las restricciones en el fluido eléctrico y el combustible para cocinar, así como las dificultades para aprovisionarse de agua han alargado enormemente la jornada laboral de todas las mujeres. Si añadimos la escasez o el elevado precio de muchos productos básicos para la supervivencia, hacen que las mujeres cubanas tengan que «inventar» continuamente, sobre todo por la escasa o nula cooperación del marido o compañero en las tareas del hogar.

En la pareja, el modelo tradicional continúa reproduciéndose: persiste una doble moral en cuanto a las posibilidades de las mujeres y una mayor sobrecarga de éstas en las tareas domésticas y en la educación de los niños.

Alrededor del trabajo del 85% de los hogares cubanos recae únicamente en manos femeninas, siendo insignificantes las diferencias en función de la inserción socioclasista, del vínculo laboral o del tipo de trabajo remunerado que desempeña la mujer.

Respecto a los hijos, se perpetúa el modelo sexista en la distribución de las tareas, siendo las jóvenes de 14-16 años las sucesoras incuestionables de sus madres.

Por su parte, el Estado delega de nuevo funciones sociales (servicios de guardería, provisionamiento de alimentos, atención a los ancianos...) en las mujeres, a la vez que determinados servicios que se contrataban en el mercado, tales como lavanderías y tintorerías, vuelven a enmarcarse en el hogar. El gobierno no escatima elogios a la importancia de la familia para la reproducción social, asegurándose así, en momentos de escasos recursos como el actual, la asunción pacífica «de sus deberes» por parte de las mujeres.

La preeminencia del mito de María o de Mariana Grajales en el imaginario cubano es el factor determinante para mantener la flagrante asimetría de responsabilidades en los hogares cubanos: la madre abnegada y entregada a su prole se erige en el eje familiar, alrededor del cual gira la estabilidad y la supervivencia de la unidad doméstica.

Esta sobredimensión del rol de madre y esposa legítima la política guber-

namental para socializar el trabajo doméstico. Los ideólogos e ideólogas nunca cuestionaron ni reflexionaron sobre la naturaleza del mismo. Se siguió esencializando el trabajo doméstico como algo inherente al ser femenino. Algunas de las mujeres entrevistadas, independientemente de su nivel educativo o profesional, justificaban a los hombres de su casa por no asumir responsabilidades en el hogar. Es claro que las mujeres participan en gran medida del sistema de representaciones que las oculta.

La solidaridad femenina entre familiares y amigas permite paliar, en cierta forma, las enormes cargas a las que tienen que enfrentarse a diario. Las madres se han convertido en ayudas decisivas, especialmente para atender a los nietos y no perder los alimentos que llegan a la bodega.

El trueque de alimentos normados o medicinas también es común entre las mujeres: picadillo de soya por arroz, un poco de café por frijoles, lubricante por una tela de saya, un pomito para el asma por unas onzas de grano...

Recurrir a la bolsa negra para proveer de alimentos la olla familiar se ha convertido en recurso indispensable para aliviar las importantes carencias alimentarias, aunque el mercado sumergido de alimentos ha perdido fuelle tras la apertura, en el año 94, de los mercados agropecuarios.

La canasta familiar ha sufrido un descenso espectacular a pesar de que fuentes oficiales estiman que el insumo calórico diario disminuyó sólo en un 14%. Lo cierto es que productos como la leche, el pollo, la carne de res y el aceite, desaparecieron de las bodegas, algunos de ellos, desde el ya lejano año 92.

El mayor déficit alimentario se centra en las proteínas, que el Estado pretende compensar con 7 huevos mensuales por persona y dos libras mensuales de pescado. Los precios de los mercados agropecuarios y las «shopping» son absolutamente prohibitivos para toda la población que no dispone de dólares que añadir a su sueldo en pesos cubanos.

A pesar de esta multiplicación de sus tareas, las mujeres cubanas son las primeras dinamizadoras de la comunidad, participando activamente, y en mayor número que los hombres, en las actividades barriales, los CDR, las delegaciones de base, en los sindicatos, la federación y en las escuelas y consultorios como auxiliares...todo ello ejercido de forma gratuita. Ésta es una clara forma de servidumbre voluntaria que los demás llaman amor.

CONCLUSIÓN

Es evidente que 38 años de socialismo cubano no han bastado para desterrar las relaciones asimétricas entre sexos. La ideología marxista de la Revolución parte de un error de planteamiento, al constatarse que la eliminación de las clases sociales omitía otras divisiones sociales no secundarias, como la de género y la racial, que forman parte intrínseca de la reproducción de la desigualdad social. La homogeneización impuesta oficialmente truncó la posibilidad a las subculturas de crear sus propios moldes y categorías, de ser protagonistas en el diseño de las instituciones que rigen toda sociedad.

El aparato estatal cubano y la creación de sus políticas oficiales siguen estando bajo total dominio masculino. La FMC, aun cuando ha auspiciado

proyectos claramente reivindicativos de los derechos de las mujeres y, entre sus filas, han trabajado y trabajan mujeres realmente concienciadas y capacitadas, ha visto diluida su capacidad de acción por la carencia de autonomía ideológico-política, y en gran número de ocasiones ha sido el instrumento más eficaz para legitimar y reproducir lo que Eldhom ha denominado la «patriarquía».

No debemos olvidar que los hombres cubanos son también víctimas de esta ideología del supermacho porque ellos también deben asumir, sin objeción, la identidad asignada. Nunca olvidaré la amargura de un joven cubano que, al asumir el rol de amo de casa, mientras su esposa proveía al hogar de dólares obtenidos en el sector turístico, se había visto literalmente excluido del mundo varonil en el que, hasta ese momento, era aceptado.

En la diáspora cubana y, especialmente en Miami, el panorama no es mucho más esperanzador. Como ejemplo, las lagunas académica y editorial acerca del papel, sin duda importantísimo, desempeñado por las mujeres cubanas en el exilio. Y qué decir de los hombres y mujeres negros. Obviamente, el silencio u omisión es la forma más eficaz de exclusión. La jerarquía por género persiste en todos los sistemas sociales conocidos.

En definitiva, la trampa ideológica del poder doméstico femenino sigue mostrándose desgarradoramente eficaz: les otorga a las mujeres más trabajo, más sacrificio, más insatisfacciones y, por supuesto, las aleja del ejercicio político del poder, situándolas en sempiterna desventaja en los procesos de decisión respecto a los hombres. Las mujeres cubanas baldean la casa...mientras los hombres deciden por ellas. Ellos piensan, ellas ejecutan; ellos deciden, ellas palian y subsanan los resultados catastróficos de sus políticas. ¿Acaso fueron las mujeres cubanas quienes mandaron a sus hijos y maridos a Angola?

Se sigue infravalorando la acción real y transformadora de las mujeres. Ellas son las verdaderas dinamizadoras del cambio social en sus infraestructuras básicas y, en el Período Especial, están ejerciendo de amortiguadoras, de elementos clave, para evitar un predecible colapso. En los momentos de cambio, surge el potencial femenino al espacio público, porque los límites espaciales sólo existen en el discurso dominante: el campo de acción de las mujeres no entiende de demarcaciones impuestas cuando se trata de asegurar la sobrevivencia de los suyos.

Las mujeres cubanas siguen «inventando» y «resolviendo» para asegurar la estabilidad familiar y social, aun a costa de grandes renunciaciones.

Un ritual de la memoria crítica

DESDE SU FUNDACIÓN, HACE POCO MÁS DE DOS AÑOS, EL Grupo La Má Teodora ha pasado a ser una referencia insoslayable en el mapa cultural de Miami. En una cartelera teatral dominada por las producciones de estilo frívolo y sustentadas en una estética populachera, un costumbrismo resultón y una sátira política epidérmica, sus puestas en escena ofrecen, junto con el meritorio esfuerzo que desde hace varios años desarrolla Teatro Avante, las escasas oportunidades de ver buenos espectáculos que tiene el público hispano de la ciudad.

Tras estrenar, con una recepción poco usual en Miami, *Santa Cecilia* y *La noche*, de Abilio Estévez, *La Chunga*, de Mario Vargas Llosa, y *Manteca*, de Alberto Pedro Torriente, La Má Teodora ha reincidido en la dramaturgia de éste último y ha montado *Delirio habanero*, definida por su autor como una «tragicomedia musical a capella». El texto tiene como protagonistas al Bárbaro, Reina y Varilla, tres personajes que viven entre la ilusión, el sueño y la fantasía. El primero vive convencido de que es Beny Moré; la segunda se cree Celia Cruz; y el tercero, que es Varilla, el legendario cantinero de la Bodeguita del Medio. El dramaturgo los sitúa en un bar clausurado en los años sesenta, durante la que Varilla llama «la otra ley seca», cuando los bares y cabarets fueron cerrados como «un plan de purificación del ser humano». A partir de esa idea, Alberto Pedro Torriente ha creado una obra de mucha densidad y riqueza, que saca a la luz rasgos claves de la traumática realidad de la Cuba de hoy y propone un debate moral y existencial sobre ese tema.

Esa nave vacía, tan destartalada como la propia Habana, viene a recrear un espacio que ya no existe, en una suerte de delirio habanero que resume la locura nacional. Pero más allá de su aparente enajenación, Reina, Varilla y el Bárbaro hacen de ese lugar secreto que sólo ellos conocen, el último reducto de la cordura, en desacato a un

Carlos Espinosa

mundo que, como apunta Wilfredo Cancio Isla en el programa de mano, «extravió la espiritualidad de *lo cubano* en un laberinto de chifladuras patriotas y ciegos voluntarismos». En esos tres fantasmas que intentan afirmar su identidad, el dramaturgo refleja con acierto a una sociedad que, tras la caída de los iconos impuestos por la revolución, busca desesperadamente reconciliarse con los pilares de la cubanía. Beny Moré, Celia Cruz y Varilla vienen a ser el pretexto que los protagonistas de *Delirio habanero* toman para su ritual de memoria crítica, los mitos en los que su identidad se sostiene precaria y alucinadamente. Es también su modo de escapar de la realidad inmediata —«lo que pasa allá afuera no nos importa. No quiero oír hablar más de hambre, ni de miseria, ni de derrumbe, ni de política», le dice Varilla al Bárbaro—, donde la basura y los escombros se han acumulado por más de treinta años. Esa realidad está dada en el texto mediante alusiones breves y detalles sutiles (los zapatos que Reina usa desde hace cinco años, las tiendas en las que sólo se puede comprar con dólares), para alcanzar su plasmación más contundente al final de la obra, cuando el local empieza a ser demolido por las grúas de los inversionistas extranjeros que están invadiendo la isla. A propósito de la puesta en escena del Teatro Mío, de La Habana, la crítica de la isla resaltó el problema de la reconciliación entre los cubanos de las dos orillas y la necesidad de que unos y otros puedan vivir en paz, por encima de actitudes personales y opiniones políticas, algo que, en efecto, está presente en el texto. Y en ese sentido, critican a *Delirio habanero* el no desarrollar debidamente las posibilidades del encuentro-rechazo entre Reina y el Bárbaro, un aspecto que, a juicio de Rosa Ileana Boudet, se simplifica y extingue. Con ello se trata de disimular o restar relevancia al que es el verdadero conflicto de la obra, la pérdida de la identidad nacional y la memoria.

El primer acierto del montaje de Alberto Sarraín es rehabilitar un texto que cuando se estrenó en Cuba pasó con más pena que gloria. Lo consigue a partir de una lectura seria y rigurosa del texto, que aparece plasmado en escena con una fidelidad que no restringe su capacidad imaginativa como director. A partir de esa doble premisa, Sarraín concibe un montaje de sólida y profesional factura, lleno de referencias y guiños que el espectador cubano capta y disfruta. Lo recorre de principio a fin una comicidad que, no obstante, se mantiene siempre dentro de la tragedia (Matías Montes Huidobro ha hablado de choteo expresionista). Se trata de un humor que nunca se inclina por el trazo grueso ni las formas vernáculas, pese a que hay diálogos que incitan a ello. Está extraído, en ocasiones, del tratamiento inteligente del texto: una simple pausa a mitad de una frase sirve para que ésta se cargue de nuevas intenciones. Una comicidad, en resumen, refinada, sutil, que no recalca ni se excede, y que permite que el conflicto no se banalice. Todo ello arropado por una admirable teatralidad, uno de los rasgos distintivos de la estética de Sarraín.

Delirio habanero cuenta también con un magnífico trabajo actoral. Magaly Agüero ha construido una Reina vital y sandunguera, pero que tal como pide el autor, no pierde su *glamour* ni su elegancia. Espléndida muestra de la madurez de una actriz que, además, cumple con solvencia las exigencias musicales

del papel. Del Bárbaro de Raúl Durán, hay que destacar la limpieza del diseño, la precisión de movimientos y gestos, el muy buen nivel técnico. A Juan David Ferrer le tocó, en cambio, un personaje soporte, eso que en el argot teatral cubano se define como un «hueso». Varilla es un poco testigo, un poco árbitro de los enfrentamientos y discusiones de sus dos compañeros. Gracias a su profesionalismo, Ferrer consigue darle la dimensión de gran papel, y lo convierte, por obra y gracia de su talento, en un ser patético, tierno, temeroso y, a ratos, de un candor chaplinesco. En ese joven elenco no puede hablarse, sin embargo, de mejores ni peores. La suya es una labor perfectamente interrelacionada, un trazado coral de caracteres en el que cada uno encaja en ese ajustado mecanismo de relojería que es el montaje.

Las invitaciones para presentarse este año con *Delirio habanero* en los festivales de San José, El Salvador, Cádiz y París, acreditan el prestigio internacional que empieza a tener La Má Teodora. Reconocimiento más que justo para un proyecto que, desde las precarias y duras condiciones que impone una ciudad como Miami, pretende conjugar en sus puestas en escena la formación y los orígenes cubanos con su condición de exiliados.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)

Las salas del Museo Nacional de La Habana en la Fundación Cultural MAPFRE VIDA

Osbel Suárez Breijo

EL 13 DE NOVIEMBRE DE 1997 SE PRESENTABA AL PÚBLICO madrileño en la sala de exposiciones de la Fundación Cultural MAPFRE VIDA la exposición *Pintura europea y cubana en las colecciones del Museo Nacional de La Habana*, culminando así una serie de colaboraciones entre el Museo Nacional de Cuba y la citada institución. El hecho de que la más importante de estas exposiciones se inaugure en el 98 responde al objetivo de «plantearla como reflexión sobre la pérdida colonial que marca el 98, una revisión del espíritu y de la identidad de aquellos españoles de ultramar que en esa fecha dejaron de serlo».¹

Antes se habían traído *Pintura española del siglo XIX del Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana* y *Eugenio Lucas Velázquez en La Habana*. La exposición que sobre Joaquín Sorolla (1863-1923) presentó MAPFRE al público en noviembre del 95 también contó con importantísimas piezas del pintor que reposan en las colecciones del Museo de La Habana² y una primera que hace el Museo de Bellas

¹ Palabras de Juan Fernández-Layos Rubio, presidente de la Fundación Cultural MAPFRE VIDA en el catálogo de la muestra.

² Entre las piezas de Sorolla traídas desde La Habana se encontraban *Entre naranjos*, un óleo sobre lienzo de 100 x 150 cm, que pasó de la colección Semprún de Buenos Aires a la de la familia cubana de Don Tomás Felipe Camacho. La pieza ingresó en el Museo en 1967. Otra importante pieza de la etapa de culminación del pintor, traída de La Habana es *Verano*, que representa uno de sus característicos temas de playa. El lienzo era propiedad de la familia de José Gómez Mena e ingresa en las colecciones del Museo en 1979. *Clotilde en los jardines de La Granja* es otra de las importantes obras prestadas para la ocasión, que también pertenece a la etapa más valorada del pintor. El lienzo pertenecía

Artes de Bilbao sobre Landaluze con obras provenientes del museo cubano, también ha contado con el apoyo de MAPFRE. Se sabe que la fundación le da vueltas al proyecto de cerrar todas estas colaboraciones –que también se han extendido a los aspectos técnicos de restauración y conservación de obras de arte– con una exposición sobre la vanguardia en Cuba, con obras de pintores cubanos siempre anteriores a Wifredo Lam.

Pintura europea y cubana... ha sido, con certeza, la más ambiciosa y lograda de todas estas exposiciones. La muestra, compuesta por más de sesenta obras, se estructura en siete apartados: pintura italiana, pintura flamenca, la escuela holandesa, pintura española y las escuelas francesas e inglesa. Una excelente colección de pintura cubana del XIX, prácticamente desconocida por el público español, cerraba el recorrido de esta exposición.

Dentro de la pintura italiana habría que destacar un retrato hecho por Giovanni Boldini (1842-1931) a la Marquesa de Pinar del Río. La marquesa, que posa incómodamente, fue retratada en 1924 por el pintor italiano, uno de los retratistas más importantes de entre siglos. Boldini, que tiene un museo en Ferrara, es de esos pintores que en vida logran fortuna y fama y caen después en el más absoluto de los olvidos. *Laguna frente a la Fondamenta Nove*, es una de las tantas escenas venecianas hechas por Francesco Guardi (Venecia 1712-1793), llena de gracia y oficio, donde destaca el excelente tratamiento de la atmósfera.

De la Escuela Francesa sobresale el *Martirio de Santa Úrsula*, de Monsú Desiderio. Monsú es una vulgarización, creo que napolitana, de monsieur; el verdadero nombre del pintor, del que apenas nada se sabe, es François Nomé, nacido en Metz y afincado en el sur de Italia. Monsú Desiderio, que cuenta con una producción artística registrada bastante escasa, gustaba pintar escenas de martirios y desastres. En la novela *El Siglo de las Luces* Alejo Carpentier tomó una de sus obras, *Explosión en la catedral* –el escritor la describe como la apocalíptica inmovilización de una catástrofe–, para colocarla en la casona de Sofía y Esteban, producto de un embargo traído, pieza invendida de una colección puesta a subasta. En el *Martirio...* los personajes colocados en un primer plano se aplastan y minimizan ante la teatral arquitectura que les sirve de fondo, el martirio de la santa, los personajes populares y la soldadesca, el hecho mismo, vuelve a ser la carnada que nos pone en boca Monsú Desiderio para representarnos en toda su desoladora decadencia una arquitectura que parece venir de un mundo ajeno.

La pintura inglesa, sobre todo la producción retratística y paisajística, conforman una de las más representativas colecciones del Museo Nacional de La Habana. Obras de Reynolds, George Romney y John Hoppner demuestran la calidad de la misma. La Escuela Española está representada por un Ribera de

a Gómez Mena, ingresa en el Museo en el año de 1959. Otra de las obras prestadas, *Niño comiendo sandía*, fue adquirida al propio Sorolla en el año de 1920 por el Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana. Para más información de los Sorollas habaneros (Cuba cuenta con una de las colecciones de Sorollas más importantes fuera de las fronteras españolas), consultar catálogo Sorolla, Fundación Cultural MAPFRE VIDA, noviembre de 1995.

dudoso origen,³ un bellissimo San Juan, de Valdés Leal y un anónimo aragonés representando la apoteosis de la Virgen del Pilar, entre otras importantes piezas comprendidas entre los siglos XVII y XVIII.

El último bloque de pinturas está compuesto por una excelente y cuidada selección de pintura cubana del siglo XIX. Hay ciertas características que definen a estos pintores, como el hecho de haberse formado fuera de Cuba y el de inscribirse dentro de una línea académica, con temas recurrentes como el paisaje y el retrato y, en muy menor medida, el tema histórico. Para descubrir las escenas populares y costumbristas habrá que acercarse a manifestaciones como el grabado o las publicaciones periódicas o algún óleo (generalmente de pequeñas dimensiones) de Víctor Patricio de Landaluze, un pintor vasco que se estableció en La Habana ya entrada la segunda mitad del XIX, decidido defensor de la corona (sus caricaturas publicadas en *Don Junípero* o en *Juan Palomo*, ridiculizan el ideal separatista de los criollos a través de las figuras de los líderes independentistas) y que está presente en la muestra con un lienzo de reducido formato que representa un día de Reyes en La Habana, lleno de color y sabor insular.⁴ La pintura de caballete sigue siendo un noble arte, el más noble de todos, y la pintura no logra desprenderse de ese «aire frío», de ese oficio sin emoción que obliga a ceñirse a los preceptos que impone San Alejandro, institución que será sagrada e incuestionable hasta entrado el siglo XX. La norma que la Academia exige está muy presente en la obra de los pintores cubanos seleccionados en la exposición, el retrato del pintor Miguel Melero (La Habana, 1836-1907) o la *Joven Alemana*, de Juan Jorge Peoli (New York, 1825-1893) son óleos de buena factura donde la figura resalta sobre el fondo oscuro para destacar la fuerza del retrato, pero no pasan de buenos ejemplos del buen pintar, se quedan en la reproducción de lo aprendido, mimesis que no aporta nada más allá del halago del retratado y de la confirmación del oficio. La marina de Romañach (Corralillo, Cuba, 1863-1942) tiene una pincelada mucho más suelta y un estudio mucho más sentido y pensado del paisaje y de la composición. El reproducido hasta la saciedad *Retrato de Lily Hidalgo*, de Armando Menocal (La Habana, 1863-1942) y una vista del Castillo de la Chorrera, de Esteban Chartrand (Matanzas, Cuba, 1840-1883) que es un pretexto para pintar un atardecer en la costa de La Habana, completan la selección de pintura cubana del siglo pasado.

³ La obra de José de Ribera (Játiva, 1591-1652) es, en cuestión, *San Juan Bautista con el Cordero*, un óleo sobre lienzo sin firmar reentelado en el siglo pasado. Todavía los especialistas no se han puesto de acuerdo en considerarla salida de la mano del artista o de alguno de los discípulos de su taller. Dicha obra se había traído con anterioridad para dos exposiciones: Játiva, *La impronta de Ribera*, en el Museo de L'Almodí, en 1997 y ese mismo año en Valencia con la muestra *Pintores valencianos en el Museo de La Habana*.

⁴ En el mes de febrero se inauguró en el Museo de Bellas Artes de Bilbao una exposición, la primera, de Landaluze. De esta forma los españoles y muy particularmente los vascos rescatan la figura y la obra del pintor (la exposición se hizo con préstamos del Museo Nacional de La Habana), prácticamente desconocido en la península.

Francisco Prat Puig, bajo la luz del caney

Carlos Barbáchano

En los días de cierre de la revista, me llega –tarde y mal– la noticia de la muerte, meses atrás, de mi amigo el Dr. Francisco Prat Puig, autor de una de las obras clave de la arquitectura colonial en América –*El pre barroco en Cuba (Una escuela criolla de arquitectura morisca)*, La Habana, 1947–, profesor y maestro de generaciones de especialistas en arte y arquitectos, co-fundador de la Universidad de Oriente, restaurador de una buena parte del mejor patrimonio colonial cubano, singularmente de la fortaleza del Morro de Santiago de Cuba y de la supuesta Casa de Velázquez, también en la antigua capital de la isla.

Nacido en Cataluña, exiliado con la guerra civil, hace de Cuba algo más que su segunda patria: la tierra de su trabajo incansable, la de sus hijos, la de sus ilusiones, realizaciones y esperanzas. Cuando lo conocí, a finales de los ochenta, ya era octogenario y conservaba el entusiasmo casi juvenil con todo lo que tenía que ver con el mundo del arte. Su casa del Caney, modesta y bella, era un verdadero e improvisado museo, levantado en medio de uno de los valles más feraces del Caribe, donde convivían pinturas del XVII y del XVIII, esculturas y relojes neoclásicos y románticos, junto a rarezas sin precio de la escuela de Fidias y exquisiteces criollas que había rescatado de la pica. Todo su rico patrimonio fue legado, ya en vida, a la Universidad de Oriente, en la que seguía como docente ocasional, que habilitó alguno de sus pabellones para alojar lo que Prat reunió a lo largo de su existencia. Algo pudimos por entonces colaborar, desde los servicios culturales de la Embajada de España, para acondicionar mínimamente las salas así como en las labores de urgente rehabilitación de la Casa de Velázquez, el primer gobernador de la isla, que sufrió un desgraciado incendio que daba al traste con una de las obras de restauración más ambiciosas y queridas por Prat.

Después de más de medio siglo en la isla aún conservaba su acento catalán y la pérdida casi total de la vista entenebrece sus últimos años –él que tanto nos había ayudado a todos los que le reodeábamos a ver, a saber ver para poder así admirar los trazos de aquel pintor, la energía del escultor, la habilidad espacial del arquitecto–; a veces aparecía la desilusión, acrecentada por el deterioro físico de su pobre esposa, a la que atendía, con ayuda de su hija, con una atención y un cariño infinitos; pero muchas más veces venía la fuerza de su indomable voluntad, su inagotable espíritu de trabajo que le llevaba a restaurar una pieza recién hallada, a reeditar un viejo trabajo, a ilusionarse con los nuevos cuidados que le ofrecía su colección. Gracias a su renovado entusiasmo, y a la tenacidad de Manuel Moreno y de Alicia García Santana –su discípula dilecta, su heredera espiritual– hace un par de años pudo ver de nuevo la luz su *Prebarroco en Cuba*, en edición cuasi facsimilar realizada por la Diputación de Barcelona, tras largo peregrinaje. Ver reeditada su obra maestra era una de sus últimas ilusiones en vida. La otra, no cumplida, era poder visitar, siquiera fuera temporalmente, su pequeño pueblo natal, cerca de la frontera francesa, donde en este 98 de los grandes y tristes centenarios se rendirá memoria a su trayectoria vital, fecunda y desprendida como pocas.

En el 92 tuve el honor, y la satisfacción, de poder colaborar y participar en el homenaje que la Universidad de Oriente y la Embajada de España, encabezada por Gumsindo Rico, le tributaron en su otra tierra, la santiaguera. Se le impuso la Orden de Isabel la Católica, luego vino la placa de San Jordi. Antes había recibido, entre otras, la Orden Félix Varela y la de la Cultura Nacional. Hubiera querido estar a su lado cuando se despidió de sus dos patrias.

Francisco Prat Puig fue, desde su Caney adoptivo, desde ese valle donde nunca muere la luz, uno de los jóvenes republicanos transterrados a otro mundo que resultó ser también el suyo. Convirtió su vida en entrega, su sabiduría en amor.

La nueva ensayística cubana

"El arte de la espera" es un libro admirable tanto por la diversidad e importancia de los asuntos que trata, como por la claridad, erudición, y serena belleza literaria con que los aborda.

JESÚS DÍAZ



Rafael Rojas

El arte de la espera

Notas al margen
de la política cubana

EDITORIAL
Colibrí

 EDITORIAL
Colibrí

Pídalo a

Apartado Postal 50897 • Madrid, España
Telf. / fax: 91-560 49 11
e-mail: editorialcolibrí@mail.sendanet.es

La isla cautiva

JUAN VILLORO

Eliseo Alberto
Informe contra mí mismo
Alfaguara
México, 1997, 294 pp.

ESTA HISTORIA EMPIEZA, PARA MÍ, EN LA Nevería de la familia de mi madre, en Progreso, Yucatán. Después de la jornada de trabajo, los heladeros de los que desciendo se dirigían al malecón a ver el mar y, en las grandes noches, el resplandor que surgía más allá del horizonte. Mi familia estaba convencida de que lo único que superaba al arte de confitar en frío eran las luces del mundo, es decir, de La Habana. Aislada del resto del país, la playa de Progreso miraba el brillo de donde provenían los sones, los astros de la pelota caliente, los poetas de fábula.

Mi abuelo nació en la fría sierra de León, España. Era pastor de ovejas y pasó su infancia detestando la nieve que aniquilaba su baño. Cuando llegó a México se convirtió en comerciante de azúcar y muy pronto se dirigió al sitio donde estaban los mejores clientes para lo dulce. En la Nevería Milán, de Progreso, conoció a mi abuela. Describí su encuentro en el libro *Palmeras de la brisa rápida*: «nada mejor para un prófugo del frío que una muchacha para quien la nieve era algo que sabía a guanábana».

Cuando se casaron decidieron vivir en el paseo Colón, de Mérida, cuya mayor virtud es que se parecía a La Habana, es decir, a la ciudad ideal.

Años después, Cuba fue para mi generación el país de «las palmeras en las sabanas que más que palmeras son milicianas», donde la noche podía ser tropical y socialista, el enclave de los valientes que no se hacía para atrás ni pa' tomar impulso.

Acaso por su condición insular, Cuba ha operado como un espejismo en el que miles de latinoamericanos han volcado sus más

variadas esperanzas; es «la isla que se repite», para usar la feliz expresión de Antonio Benítez Rojo, el cuentista de *Tute de reyes*.

Cuba ha sido la playa propiciatoria de las ilusiones y las repulsas de muchos de mis paisanos. En lo que a mí toca, he tenido la fortuna de escuchar el poderío retórico de habaneros capaces de hablar durante cuatro horas del monocultivo, de ser procesado por no entender a Lezama y vuelto a procesar por querer entenderlo, de probar la contundencia gastronómica de los frijoles de «veldá», que reducen las variantes mexicanas, de los refritos a los charros, a fórmulas imaginarias. He conocido y querido a muchos cubanos, siempre deslumbrado por el hecho de no encontrar a dos que estén de acuerdo. En una ocasión, tomé una *guagua* en La Habana y extravié mi recorrido. Le confesé al mulato de junto que estaba perdido y en un santiamén todos los pasajeros del autobús opinaron acerca del camino que debía tomar. Sobra decir que cada quien me recomendó uno distinto. La capacidad de discusión caribe no tiene límite y la isla llegará al paraíso en el momento en que todos estén maravillosamente en desacuerdo. No en balde es la nación que ha creado el más gozoso himno para la otredad: «Los marciales llegaron ya, y llegaron bailando el cha cha cha».

Al igual que *Tres tristes tigres*, *Informe contra mí mismo*, singular volumen de memorias de Eliseo Alberto, está organizado como un coro de voces, una estridente merienda de negros donde nadie tiene razón definitiva y donde todos reclaman su soberano derecho a opinar. Uno de los sesgos más logrados del libro, es el de incluir cartas de la diáspora cubana y de los residentes en la isla que complementan y, en buena medida contradicen, al autor. La variada y precisa musicalidad de estos corresponsales hace pensar que se trata de heterónimos de Eliseo Alberto.

Desde La Habana, un amigo lo interroga a quemarropa: «¿En cuál bando queda tu libro? ¿Quién va a comprarlo? ¿Y a leerlo? ¿En qué mesita de noche pasará la noche?» Retra to del autoritarismo castrista y de la invasión

kafkiana del poder en la vida privada, *Informe contra mí mismo* es un doloroso acto de pasión. Eliseo Alberto rinde tributo a las muchas formas de la cubanía y es el primero en someterse a examen. El libro comienza con la confesión de que informó sobre su familia; sin embargo, ahí detiene su fiscalía. No estamos ante una cacería de culpables sino ante un profundo acto de comprensión. En este sentido, *Informe contra mí mismo* es un libro sin bando, o sin otro bando que el de la Cuba futura, múltiple y ruidosa.

Desde el título, el autor se declara testigo de cargo y único culpable de su narrativa. No imparte juicios sumarios contra la «castroenteritis» ni justifica el desastre en aras de intereses superiores. Como Stendhal en Waterloo, busca captar lo real en su contradictoria riqueza. Al pasar las páginas, el novelista afloja un poco y por momentos cede su sitio al ensayista; sin embargo, en todo momento predomina la recuperación literaria de la Historia.

«En los momentos históricos, los hombres no sólo hacen cosas históricas», escribe Isaiah Berlin y ésta parece ser la divisa de Diego: ajeno a las interpretaciones globales y las denuncias amarillistas, recrea los destinos de la gente que conoce. Un hombre que ha estado más de veinte años en la cárcel es expulsado del país y viaja al norte del planeta; en Gánder, en una noche entre dos aviones, conoce a una puta cubana; es la primera mujer con la que duerme en varias décadas; ha olvidado las expresiones de los bolderos y la poesía amorosa y no sabe cómo atesorar el hecho; en la madrugada, sale a la estepa y en el tronco de un abedul escribe el nombre de la mujer. Pocas imágenes del exilio, la ternura y el horror se comparan a la de este árbol del frío rubricado por un cubano sin rumbo.

El repertorio de Eliseo Alberto es inagotable: un homosexual de indecible torpeza para las tareas físicas, es obligado a cortar caña hasta el amanecer; una experta en arte antiguo es llevada a los cementerios para que localice el arte funerario que merece ser vendido al extranjero; un héroe de la revolución es procesado por atreverse a dudar (cuando empieza a disentir, ya es un asocial); un poeta de

barba rasputina y soberana indefensión para las cosas del mundo es enviado a la guerra. Aunque se ocupa de los Grandes Temas (el caso Ochoa, el período especial, el quinquenio gris, la crisis de los misiles), Eliseo Alberto es insuperable al reconstruir destinos individuales y al cruzar lo cotidiano con la Historia: «Las medias verdades van a acabar con la patria. La media verdad de que las bicicletas han atenuado el problema del transporte urbano esconde la media verdad de que morir en bicicleta es hoy una de las principales causas de fallecimiento en las ciudades de la isla».

Como suele ocurrir con la gran literatura cubana, *Informe contra mí mismo* es un triunfo del oído. Las copiosas consignas de la revolución se articulan en una especie de rap de la desesperanza. Si en *Caoba* de Boris Pilniak, las siglas de organismos soviéticos se convierten en un viento que barre las estepas, en *Informe contra mí mismo* los eslongans castristas son huracanes de la mente. Un ejemplo del tino para mezclar los avatares históricos con el ritmo verbal: «La invencible Unión Soviética desapareció del mapa y no hubo ni un solo bolchevique... ni un solo veterano de la gran guerra patria ni un solo bailarín del Bolshoi ni un solo héroe del trabajo ni un solo diplomático ni un solo koljosiense ni un solo estudiante universitario ni un solo general de mil estrellas ni un solo genio del ajedrez ni un solo albañil del proletariado ni un solo francotirador ni un solo malabarista del Gran Circo Ruso ni un solo cirujano ni un solo pedagogo ni un solo centinela de la Siberia ni un solo almirante de la armada ni un solo campeón olímpico ni un solo científico ni un solo levantador de pesas ni un solo artista emérito del pueblo... ni un solo cosmonauta ni un solo leninista ni un solo estalinista ni un solo espía de la kagebe ni un solo guardia rojo ¡ni un solo loco! que defendiera con una hoz y un martillo las conquistas de la Revolución de Octubre».

Acaso el detalle más conmovedor del libro es que, una y otra vez, Eliseo Alberto se refiere a La Habana como el sitio donde vive y donde está su casa. El lector sabe que la desgarrada valentía de *Informe contra mí mismo*

puede significar un boleto sin retorno. Sin embargo, Eliseo Alberto insiste: escribe en Cuba, el país portátil que viaja en su libro.

En una carta de 1971, dirigida al compositor Julián Orbón, comentaba José Lezama Lima: «A veces yo también me desespero, pues íbamos alcanzando todos la madurez para la compañía maravillosa, en la que el tiempo se borra, pero entonces ocurrió la gran prueba definitiva, la que nos llevó a vivir en *terra aliena*, en el mundo desconocido de la dispersión y la secreta vida heroica». El autor de *Paradiso* reconoce dos amargas realidades para los cubanos, el exilio o el insilio, la aventura nómada o la resistencia sosegada.

Al inicio del «período especial», en 1990, visité al poeta Eliseo Diego en su inolvidable casa del Vedado. Junto a un cuadro de Carlos Pellicer López y una fotografía de las hermosas hermanas Elío, el poeta habló de la inimitable poesía de Vallejo y de la irresistible tentación de imitar a Neruda. En alguna de esas pausas a las que lo llevaban el humo del cigarro y la trabajosa respiración, Eliseo dijo: «nos hemos quedado solos». Como Lezama en su carta a Orbón, no mencionó circunstancia política alguna; el tema de fondo era el desasosiego de vivir en *terra aliena*.

Me vino a la mente el poema «Isla», de Virgilio Piñera, que habla del exilio terminal de un hombre que asume una condición insular:

Se me ha anunciado que mañana, / a las siete y seis minutos de la tarde, / me convertiré en una isla, / isla como suelen ser las islas. / Mis piernas se irán haciendo tierra y mar, / y poco a poco, igual que un andante chopiniano, / empezarán a salirme árboles en los brazos, / rocas en los ojos y arena en el pecho. / En la boca las palabras morirán / para que el viento a su deseo pueda ulular. / Después, tendido como suelen hacer las islas, / miraré fijamente el horizonte, / veré salir el sol, la luna, / y lejos ya de la inquietud, / diré muy bajito: / ¿así que era verdad?

Contra el silencio y el aislamiento, Eliseo Alberto ha escrito un libro fervoroso, en un lenguaje sincopado y ávido, buscador de giros

y metáforas. No es frecuente que la denuncia sea un acto piadoso, *Informe contra mí mismo* es una de las raras instancias donde la literatura comprende y muchas veces perdona a partir del dolor. Como Primo Levi después del holocausto, Eliseo Alberto no escribe desde la venganza. Retratar a un hombre en su íntima complejidad es la mejor manera literaria de combatir todo lo que atenta contra el hombre.

En la playa pobre de Progreso, el viento del mundo es el viento de Cuba. No es mucho lo que sabemos de lo que ocurre al otro lado del mar, sólo sabemos que existe y que en las noches despejadas brilla como una promesa irresistible. *Informe contra mí mismo*, de Eliseo Alberto, es la forma literaria de ese resplandor. ■

Naturaleza viva con abejas muertas

LUIS MANUEL GARCÍA

Atilio Caballero
Naturaleza muerta con abejas
Olalla Ediciones
Madrid, 1997, 210 pp.

EN LA CONTRAPORTADA DE LA NOVELA *Naturaleza muerta con abejas*, de Atilio Caballero se lee:

«(...) es la historia de un impulso vital de liberación personal, de escapar de una sociedad cerrada (...) la descripción y el análisis de las consecuencias que el poder absoluto tiene sobre el individuo, de las utopías utilizadas como valor supremo frente a otros aspectos de la vida (...) un simple ser humano en lucha permanente por recuperar su identidad. *Naturaleza muerta con abejas* es una novela que dará mucho que hablar.»

Y si confío, con los autores de la solapa, en que esta novela dé mucho de qué hablar,

cabría añadir que, en primera instancia, es una novela que da mucho que pensar.

Como ya es norma en la narrativa de Atilio, el hilo argumental es apenas una excusa: las aventuras (mayoritariamente introspectivas) de un joven confinado en el «Convento» –por la palabra «guardia» que le espeta su hermano, lo suponemos una unidad donde pasa su servicio militar, pero bien podría ser una escuela, una beca: tan parecidos en su rígida estratificación diaria, en su estricta planificación de las conductas externas que pretende como fin último la planificación neuronal de todos los elementos–. Sus escapadas del hermético círculo conventual, cercado de muros y jerarquías, hacia el otro círculo, la ciudad, de muros difusos. Espectador y partícipe casual de los tumultos y represalias que acompañaron en 1980 al éxodo por el Maríel, el joven roza el tránsito hacia la otredad: la salida hacia el vasto círculo del mundo. Pero a lo largo de toda la novela, su éxodo ocurre en sentido opuesto: es un éxodo hacia sí mismo.

Aunque el personaje represente, al mismo tiempo, esa voracidad de horizontes, esa vocación apátrida (en su sentido universal) que ya Lezama achacara a la insularidad. Si el ciudadano continental cree con frecuencia haber contraído el mundo por vía genética, el insular se siente compulsado a conquistar y digerir ese mundo, a tender los puentes que le permitan enlazar culturas y órdenes de pensamiento, para lograr, en un efecto de contrapunteo, esclarecer las coordenadas de su propia circunstancia. Arquetípico en su construcción, este personaje que hilvana filosofías para explicar(se) el mundo inmediato, aseña el bostezo de un hipopótamo, o responde a las acusaciones del *stablishment* mediante un alegato sobre el sentido de la creación y la «utilidad» de la poesía, ese joven recluta que por momentos compone una retórica punto menos que imposible; es al mismo tiempo el que ríe con La Comedia Silente (tan parecida a la cotidiana), el que se acoge al placer gregario de la amistad y descubre con pavor que la complicidad y el miedo pueden ser siame-

ses. Un personaje, en suma, que se nos convierte en persona casi sin darnos cuenta. Que nos conmueve a su pesar, como si quisiera mantener siempre a distancia los intrusos ojos del lector.

Y ese juego de acercamientos y alejamientos alternos es seguido, en cuidadas dosis, por el punto de vista, que se mueve desde un narrador semiomnisciente en tercera persona, hasta la franca primera persona, pasando en ocasiones por el estilo indirecto libre, ese modo de estar dentro y fuera al mismo tiempo. Como tampoco es gratuito que sea un capítulo en minúsculas el VIII: es la rapidez, el juego, las mutaciones, los disfraces que derriban categorías, la farsa igualizadora del travestismo carnavalesco.

No es un «ser humano en lucha permanente por recuperar su identidad», es un ser humano cuya identidad se va conformando al margen, sesgadamente, respecto a la identidad colectiva que postula el criador de abejas en el capítulo IX (Prólogo), donde se hace más explícita la naturaleza tráfuga del personaje respecto a la fe oficial, al papel de cada individuo en (y supeditado a) la colmena, los mecanismos de opresión y supresión del individuo, presuntamente al servicio de la colmena. En realidad, al servicio del criador de abejas, que es quien dicta las normas, vigila el obediente curso de los acontecimientos, y determina en última instancia dónde y cómo colocar los cristales que confinarán a las obreras tras una frontera invisible.

Pero en este caso, «escapar de una sociedad cerrada», tiene una connotación más amplia: el personaje reivindica su libertad a la diferencia, su derecho a la individualidad. Es la abeja que ha descubierto la parte superior de la colmena, donde no hay barreras de vidrio. Y echa a volar, aunque el criador sospeche de inmediato que se pasará a la colmena enemiga. El personaje ya ha detectado «la similitud que existe entre este elemento [el oleaje] y su nuevo régimen disciplinario: ambos comienzan donde termina la razón»; dado que el poder aplica a los súbditos técnicas de apicultor. Para su mal, los humanos somos con frecuencia

coleópteros más complicados. Atilio Caballero, en esta novela de intensa lectura, lo demuestra. ■

Los resbalosos relatos de Carlos Victoria

FERNANDO VILLAVERDE

Carlos Victoria
El resbaloso y otros cuentos
Ed. Universal
Miami, 1997, 176 pp.

ENGAÑA CARLOS VICTORIA. SE DIRÍA QUE a pesar suyo, no es ése su fuerte. Más de una vez se ha quedado sin ganar una codiciada mano de póker por no saber disimular; peor, por no haber resistido a la tentación de dejar ver sus cartas. Quién sabe, a fin de cuentas, si su más profundo amor es ese desafío de la batalla al descubierto.

Y sin embargo, Victoria engaña. Engaña para empezar su andar, tercamente cabizbajo y con las manos a perpetuidad ocultas en los bolsillos, en la apariencia de una pesarosa resignación. Puede que sí, puede que algunos o muchos vapores de pesadumbre anden ahí, retorciéndose por esos interiores con las mismas contorsionadas figuras que dibuja en el aire el humo de sus perennes cigarrillos. Pero la verdad final de este aparente jugador al descubierto es la mano oculta, esas manos que esconden una rabia hundida, a punto de perforarle los bolsillos. Esa turbia furia brota a borbotones, a las claras, en sus relatos: no vahos de pesadumbre con su posible traducción de pesimista agotamiento sino brasas permanentes de donde surgen sin parar inagotables humaredas, aviso incansable de la candela, sedimento de un mundo calcinado y oscuro que, visible como nunca antes –los años no pasan en balde– en esta colección de *El resbaloso y otros cuentos*, se está convirtiendo en aura

principal de su mundo, una especie de satélite oscuro con escasa atmósfera, con gente y ambientes en un perpetuo hervor que cada cierto tiempo se desata y rebosa, caldeado a perpetuidad como los montes de desperdicios humeantes de los vertederos. Como en los vertederos, van apareciendo los diamantes triturados, perdidos, entre las inmundicias; algunos ni siquiera descartados, refugiados ellos mismos en el espeso calor, fugitivos de bellezas comprendidas como apariencia pura.

Con la implacable tenacidad del sepultado vivo que escarba entre los escombros que lo aplastan, hurga Victoria sin descanso entre los carbones encendidos y, sin engañarse él mismo, incluso consciente a las claras de que se está también quemando, muestra sin reparos la consumida mugre de gentes y lugares –dos son los suyos, muy claros: Cuba y Miami– calcinados a medias, infiernos más grises que los atroces de ultratumba, y los recorre y nos los presenta, ufano y entusiasta –engañoso–, como si fueran el único espacio posible, por lo menos los únicos seres vivos de que vale la pena contar. Los exhibe sin titubeos en todo el esplendor de su acabada destrucción y sin dedicar un solo plumazo a embellecerlos con los falsos tintes de esos relatos con regusto a misionero, ya sea moral o social, le sale espontánea una colección de figuras completas con atributos y encantos, gente que a su manera también ha recurrido al engaño, que se finge total ruina y, como ese novio de la noche capaz de retozar y reír ingenuo por el simple placer de correr veloz por la autopista o la mujer desnuda en su casa desnuda que desesperada grita improperios porque la droga le ha hecho perder a sus hijos, al conjuro del relato de Carlos Victoria estos deshechos personajes abren sus fisuras y dejan ver cuánto les queda, a veces inmensas cantidades, de sentimientos y pasiones que se les revuelven por dentro desordenados o les brotan y se les deshilachan sin encontrar dónde posarse. Victoria no los deja engañarnos, no les permite, como algunos quisieran, pretenderse desnaturalizados del todo.

Para dejarnos presenciar este hosco desfile Victoria nos coloca, como mediadores, a

protagonistas a veces equilibrados, a veces a medio camino del desajuste ellos también, que se codean pretendidamente ajenos con esta tropa desfachatada y la miran sin desdén ni apego excesivos, a veces hasta contagiándose con sus desmanes, sin guardar más distancia que la conciencia; a veces ni siquiera, arrastrados por los mismos afanes inconexos e inconclusos, como el protagonista de «Pornografía», fascinado con una bailarina desnudista que a diario va a hipnotizarse con sus exhibiciones escénicas. Pero lo que se fingen lazos o pasiones se deshacen con la imprecisa dejadez de lo pasajero, bien lejos de la angustia de los amores entregados, un mundo a tientas. Tanto que ni siquiera en este cuento, donde el eje del relato es la sexualidad, alcanza sensualidad el texto. Esa pasión está siempre mostrada de manera demasiado clínica, con mucho de remoto y fugaz, sensaciones de paso que no por casualidad terminan casi siempre en la posición fetal de la mente onanista.

Un humor cercano a ratos al sarcasmo serpentea y se filtra por entre los relatos, patente en el distanciamiento con mucho de divertido con el que se contemplan situaciones de trasfondo trágico donde lo que Victoria resalta es su apariencia más descoyuntada y cómica: los muchachos drogadictos encerrados en una jaula dentro de la casa remolque de su proveedor, las atolondradas víctimas nocturnas de ese fantasma resbaloso que se les aparece de noche y les deja sólo el rastro de su untuoso aceite.

Sin la más mínima piedad, entendiendo bien por qué parajes de cinismo circula, ahonda Carlos Victoria en esas vidas y mundos de perdidos rumbos, rasga metódicamente la opacidad de sus superficies y lo que encuentra debajo no son motivos de rendición. Se dedica, con saña inexorable, delatando que para él jugar póker al descubierto es la mejor faena posible, a hacer cada vez más visible el extravío de sus personajes, que con esta inspección, con la desnudez, evidencian lo arduo, lo absurdo e inútil de intentar huir de esos infernales círculos que los atenazan, en la medida en que él exhibe con largueza la carcoma circundante que, como un ancla trabada, no deja

a sus vidas espacio hacia el cual oscilar, que más bien las fuerza a seguir zozobrando poco a poco.

No se trata de que, con simpleza, se eche al entorno la culpa de estas eficientes tragedias. Es que entorno y personajes se vuelven lo mismo y la mezcla de ambos la pasta del mundo, y los brillos que a veces nos deja entrever Victoria se intuyen a lo lejos, no como algo presente y alcanzable sino como anuncios de un más allá con rasgos de espejismo. Un renacer imposible, por lo menos hasta tocar primero fondo.

Se vuelven los cuentos una colección de callejones sin salida: la alucinada que vive junto al río Miami y grita insultos a jaurías callejeras; la caída hacia la muerte de enfermos de sida, el descenso de los drogadictos a sus mundos sin razón. No es un azar: a este carrusel de desesperados los acechan y dan caza vicios y males de regreso imposible: la locura, la droga, las enfermedades incurables. Su desenlace, en el mejor de los casos, sólo será el de seguir siendo Sísifos atolondrados e insatisfechos.

Más allá de su tono y ambiente parejos, de propósitos que se perciben afines, los cuentos dejan ver un hilo, tenue, que los va uniendo con paciencia: en lo profundo de su forma, de sus concepciones y sus metas. La trabazón sale a relucir desde el primero, «La estrella fugaz», donde tres amigos –ostensiblemente, Carlos Victoria y los escritores Reinaldo Arenas y Guillermo Rosales, estos dos fallecidos y grandes amigos los tres–, se reúnen para leer y discutir sus respectivos relatos a la vista del espesor macilento del río, en un paisaje herrumbroso entrecruzado por destellos de vegetación, pájaros marinos, el pasar del día. Dos de los amigos hacen al tercero –Victoria, su metáfora, sus símbolos y estereotipos como posible personaje– un insistente reproche: suelta amarras en tu escritura, déjate llevar por tus demonios.

Como retomando y siguiendo en su interior la pauta de esa censura, el relato hace en sus primeras partes gala de elegancia, abunda en esos preciosismos literarios que los colegas reprochan, disfruta de un regodeo descriptivo profuso en adjetivos, rozándose la

caricatura de un texto incapaz de prescindir de adornos y orden. Pero en la tercera parte, cuando Marcos, encarnación literaria de Victoria, queda solo, la escritura atiende a los reproches y se despeña en una algarabía de atropellados momentos culminados entre verdaderas llamaradas, en una aturrida apoteosis. Así, dentro del visible relato de los destinos de los tres amigos se trenza el otro, el del devenir de la escritura de Marcos, que se vuelve una aceptación y a la vez un reto, como diciendo, esto me pedían, aquí está, y convierte el texto mismo en el verdadero corazón, la trama del relato.

Como para remachar, viene justo después «El resbaloso», uno de los puntos culminantes de la narrativa de Carlos Victoria, y más: un relato emblemático de un lugar y un tiempo, La Habana agonizante de estos años noventa, personificador y aglutinante por sí solo de una época.

En él, es como si Victoria llevase a su clímax la ruta iniciada en el relato previo: se han liberado los duendes, no hay sino tinieblas, terrores, ruina y la patética figura que dice adiós a esa ciudad que alguna vez existió. Este cuento, donde el humor y la sorna no paran de asomar por entre los innumerables resquicios del derrumbe, es cabal despedida al esplendor, interior y exterior, de otra de las ciudades que devoraron las rabias ideológicas del siglo xx.

La otra amarra del libro es «El novelista», con su doble narración paralela de los sucesos que transcurren en torno al escritor protagonista y lo van envolviendo y arrastrando como incesante testigo y las tenues mutaciones con que esos hechos van pasando a los papeles que, como las vidas narradas en ellos, terminan volándose y están a punto de desperdigarse perdidos, arrastrados por el viento y los aguaceros.

A partir de ahí, este novelista, con su indefinida línea divisoria entre la realidad y sus escritos, nos indica la pauta de relatos circundantes, «La herencia» o «El novio de la noche»: personajes y situaciones y trama logrados a partir de un texto que es sólo apuntes, impresiones, semejante a esos retozos inconexos de la vida de los otros que le

llegaban esporádicamente al novelista por sus ventanas abiertas.

En su anterior libro de relatos *Sombras en la playa*, Victoria combinaba y alternaba los espacios de Cuba y Miami. Aquí Miami predomina –quizá porque *La Ruta del Mago*, una novela corta que pensaba estar aquí y que transcurre en su Camagüey natal, terminó en libro aparte– como espacio exterior: sólo dos de los siete relatos transcurren en Cuba. No por eso pierde presencia la isla, aunque el interés del autor se haya vuelto más a estos nuevos territorios: definida y bien viva Cuba en muchos momentos y personajes, lo que los dibuja y los sitúa. Notable cómo esa presencia, prominente o latente, poderosa, no hace caer a este libro ni por asomo en la nostalgia; Cuba no está aquí para remembranzas ni melancolías sino para dibujar, como en «El resbaloso», un ámbito monstruoso, o como en «La ronda», el otro relato situado allí, presentar un sitio impreciso, abstracto, donde los actos de los personajes se vuelven círculos absurdos, una especie de territorio teatral beckettiano.

Por eso, la cita de Heredia que el personaje de «El novelista» recuerda y que quizás Victoria quiere hacer suya no se ajusta del todo a este libro: «Como en huerta de escarchas abrasada, se marchita entre vidrios encerrada la planta estéril de distinto clima». No parece justo definir así a los desterrados de Carlos Victoria. Desconectados o destruidos sí pero ni marchitos ni estériles no obstante apariencias. La savia corre en ellos demasiado abundante, acelerada, aunque haya perdido su reloj, su guía; desbordan vitalidad, una vitalidad desconcertada que los arrastra al peligro por rutas sin sentido, gente más entusiasmada por las espesuras y los abismos que por los caminos rectos y despejados. Demasiado incandescente este libro para personajes marchitos, siembra arraigada la sospecha de que no es sólo el distinto clima lo que ha llevado a esta gente a sus alucinaciones. Detrás hay más, mucho más, un entreverado que asoma entre las malezas. Lo sabe y nos los sugiere Carlos Victoria, con su andar y su libro: un libro de puños en los bolsillos. ■

El símbolo rendido

RAFAEL ROJAS

Jorge G. Castañeda

La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara

Alfaguara

México, 1997, 540 pp.

¿CÓMO ELUDIR LA SIGUIENTE PARADOJA? Che Guevara, tal vez, el comunista latinoamericano que creyó, con más devoción, en aquella profecía que anunciaba el fin del mundo por obra de la «mano invisible del mercado» y de la siniestra «ley del valor», es hoy un fetiche mercantil, un ícono de la cultura postmoderna. Ese rostro que, irremediadamente, asociamos con la foto romántica de Alberto Korda, encarnaba, hace apenas unos diez o quince años, la más testaruda rebelión contra el capitalismo moderno. Ahora, en cambio, es un símbolo rendido, un emblema domesticado: la escuelita de la Higuera, en Valle Grande (Bolivia), es destino de interminables peregrinaciones exóticas; camisetas, *afiches*, boinas, sellos y hasta relicarios, con motivos guevaristas, se venden en tiendas exclusivas para turistas extranjeros de la Habana Vieja, Santa María y Varadero.

¿Cómo eludir esta otra paradoja? El Che nació y creció dentro de una familia anticlerical y en su juventud se convirtió, de manera autodidacta, en un marxista *sui generis*; fue crítico de las ortodoxias soviética y china, pero, en tanto marxista convencido, se definió siempre como ateo. Sin embargo, su vida fue –salvo en la observancia del quinto mandamiento– una imitación de Cristo: el estoicismo, la errancia, el culto a la voluntad, cierta vocación sacrificial, la temeridad y un sentido mesiánico de la trascendencia eran atributos que él supo fundir en su carácter, por medio de una disciplina casi monástica. Esa imagen de sí, fijada trágicamente en la historia, es la que hace que aquel comunista hoy sea venerado como un mártir o un santo –San Ernesto de la Higuera– y

que su retrato aparezca detrás de las velas de los altares, al lado de la Virgen de la Caridad del Cobre.

El hallazgo reciente de los restos del Che ha desatado una especie de necrofilia mediática. Se sabe que en América Latina, la cultura de la muerte es muy particular: hay un morbo funerario, cierta fascinación por el cadáver exquisito, que explica algunas estetizaciones políticas del cuerpo, como el entierro de la pierna de Santa Anna, el cerebro de Rubén Darío analizado por los frenólogos, el ataúd de Amado Nervo haciendo escalas en cada puerto o Evita Perón ofrecida después de muerta a la lujuria de un general argentino. Las honras fúnebres del Che, en la Habana, escenificadas, tal vez, como una resistencia a admitir que ese cadáver es, también, el cadáver de la Revolución cubana, son un capítulo más de nuestra escatología política.

En un discurso ante el gigantesco monumento al Che en las afueras de Santa Clara –muy al estilo, por cierto, de los que se levantaban en la Rusia de Stalin– Fidel Castro usó lo mejor de su don retórico para demostrar que, por obra y gracia de la transmigración ideológica, el célebre guerrillero aún vive. Una señal de que sus ideas son todavía vigentes, según Fidel, es el reciente traspaso de Hong Kong a la soberanía china. Curiosa vigencia la de una descolonización radicalmente distinta a la que defendía el Che: pacífica, negociada, gradual y no violenta ni revolucionaria. Pero ninguna de estas paradojas debería extrañarnos cuando escuchamos al propio Fidel Castro afirmar que Su Santidad, el Papa Juan Pablo II, es «un verdadero santo». Entonces ya no nos cabe la menor duda: hay que ser el mismísimo demonio para atreverse a santificar al supremo santificador.

Esta gloria mediática del Che Guevara no se ha dado al margen del mercado editorial. Entre las montañas de papeles dedicadas a reforzar o debilitar el mito guevarista se salvan, a mi juicio, cuatro biografías: la de Jon Lee Anderson, la de Paco Ignacio Taibo II, la de Pierre Kalfon y la de Jorge Castañeda. Cada una tiene su particular virtud. Es como si los cuatro biógrafos se hubieran distribuido

el trabajo para captar eso que los griegos llamaban el *areté* del personaje. Anderson describe la construcción cultural del mito, Tai-bo su apasionante y caprichosa psicología, Kalfon su mundo literario y Castañeda su política. La principal virtud, pues, de *La vida en rojo* es que nos presenta al *Che* como un político entre políticos. En este sentido, Castañeda es el que más se aleja de lo meramente biográfico, pero, también, el que más se acerca a lo propiamente histórico.

En sólo 39 años de vida, el *Che* experimentó la historia con una frenética intensidad. Era como si tuviera un don especial para estar en el momento justo y en el lugar adecuado. Vivió, como un nómada de la política, en la Bolivia de Paz Estenssoro, en la Guatemala de Jacobo Arbenz, en el México postcardenista. Hizo la Revolución en Cuba y, como ministro del nuevo gobierno, viajó a los Estados Unidos, Europa, América Latina, Asia y África. Conoció de cerca la China de Mao, la Unión Soviética de Kruchov y los países socialistas de Europa del Este en época del deshielo. Estuvo refugiado en Praga y peregrinó en las selvas del Congo y de Bolivia. Esta experiencia casi febril de la historia es el trasfondo de *La vida en rojo*. Castañeda no sólo escribe la biografía de un héroe, sino las biografías de esas comunidades en las que el *Che*, como un misionero o un antropólogo armado, se infiltró. Desde las primeras páginas, nos dice el autor: «Ernesto Guevara conquistó su derecho de ciudad en el imaginario social de una generación entera por muchos motivos, pero ante todo mediante el místico encuentro de un hombre y su época».

A Jorge Castañeda le interesa, más que nada, reconstruir las ideas del *Che* dentro del movimiento comunista internacional y dentro de la Revolución cubana. En este sentido, es probable que de las cuatro biografías que han aparecido en los últimos años ésta sea la que toca el punto más sensible y polémico de la vida del célebre revolucionario, es decir, el punto de sus diferencias teóricas y prácticas con el comunismo soviético y con el gobierno de Fidel Castro. Diferencias de fondo y superficie que lo llevaron, primero, al África belga y luego a Bolivia,

dos aventuras guerrilleras totalmente fallidas. Ésa es, acaso, la audacia de esta biografía: cuestionar el mito de una supuesta lealtad incondicional de Fidel Castro y el Partido Comunista de Cuba al *Che*.

En contra de un estereotipo bastante extendido, el libro muestra que Guevara no fue siempre antisoviético. Uno de los pasajes más interesantes de *La vida en rojo* es el que reproduce los contactos del *Che* con Nicolai Leonov, un agente de la KGB en México que lo introdujo en los círculos de la embajada soviética y le proporcionó literatura comunista. Las entrevistas de Castañeda con el propio Leonov y con Fernando Gutiérrez Barrios confirman que luego de su paso por Bolivia y Guatemala, el *Che* llega a México desilusionado del populismo latinoamericano y con el fervor de un comunista recién converso. Cuando la policía mexicana detiene a los futuros expedicionarios del Granma, el *Che* es el único que se declara abiertamente partidario del comunismo soviético.

Todavía entre 1959 y 1962 Guevara es defensor de una alianza total con la URSS y uno de los que más presiona al gobierno de Fidel Castro en esa dirección. La ruptura con Moscú se da a raíz de la crisis de los misiles en octubre de 1962. Castañeda es el primero en analizar detalladamente las tensas conversaciones entre el *Che* y Anastas Mikoyan después del pacto Kennedy-Kruchov. Guevara le reprocha en términos bastante rudos al soviético el hecho de que la URSS retirara los misiles de la isla y «pactara con el imperialismo». Es entonces cuando Mikoyan le responde: «hicimos todo lo posible porque Cuba no fuera destruída. Vemos vuestra disposición a morir bellamente pero pensamos que no vale la pena...» Este choque, además de sus habituales enfrentamientos con los viejos stalinistas cubanos en materia económica, lo convirtió en una persona *non grata* a los ojos del Kremlin.

Castañeda demuestra que a partir de 1963 la posición del *Che* dentro de la clase política cubana se vuelve precaria, ya que los soviéticos lo consideran un enemigo y presionan a Fidel Castro para que lo saque de Cuba. Castro, quien probablemente recela la popularidad del *Che*, cede a esas presiones

sin dejar traslucir su propia complicidad con el virtual destierro que le aplicarán al argentino. Las dos aventuras guerrilleras, la del Congo y la de Bolivia, fueron concebidas por el Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), el principal centro de exportación revolucionaria, que encabezaba Manuel Piñeiro. El fracaso de ambas operaciones tiene que ver con el apresuramiento y la ineficacia con que este aparato las planeó; lo cual, desde la perspectiva de Castañeda, podría confirmar la tesis de un sacrificio de Guevara, por parte de Castro, para satisfacer a Moscú y a su propia egolatría política. El hecho de que Fidel haya leído la carta de despedida del *Che* en 1965, mientras éste se encontraba en El Congo, fue la mejor prueba de que las puertas de Cuba se le cerraban para siempre al guerrillero argentino.

El capítulo «¿Traicionado por quién, en dónde?», que es el que se adentra en esta zona oscura de la historia, está escrito con cuidado, a partir de indicios, preguntas e hipótesis que nunca pretenden ser conclusivas. ¿Por qué Manuel Piñeiro y el PCC desinformaban al *Che* sobre las condiciones para una guerrilla en Bolivia, mientras Fidel desinformaba a Mario Monje y al Partido Comunista Boliviano sobre los planes del *Che*? ¿Por qué la Habana manda llamar a Renán Montero, el único enlace del *Che* en la Paz y fuente de toda su información, justo en el momento en que se cerraba el cerco del Ejército boliviano? ¿Por qué no se organizó una operación de rescate como la que los cubanos habían realizado en Santo Domingo, Venezuela y otros países latinoamericanos? Castañeda, con prudencia, no nos dice quién traiciona ni dónde, pero el peso de sus preguntas es tal que difícilmente se puede descartar la idea de que la muerte del *Che* fue la confluencia de varias traiciones, fraguadas no sólo por sus principales enemigos en Washington y La Paz, sino por sus supuestos aliados en Moscú y la Habana.

La vida en rojo tiene implícitas unas «Vidas Paralelas» entre Fidel y el *Che*. El primero es Proteo, un héroe de mil caras o, al menos, de dos, como el Rey Jano: una severa y otra clemente, una fanática y otra flexible,

una pública y otra secreta. Esta ambigüedad lo lleva a veces al cinismo de un príncipe maquiavélico que da rienda suelta a la más desenfrenada voluntad de poder. El segundo, en cambio, es la transparencia, la visibilidad: la vida del *Che* refleja el firme deseo de alcanzar una correspondencia entre los valores y las prácticas, entre la moral pública y la privada. Guevara no sabe ocultar sus fines y así lo demuestra frente a la policía mexicana, frente al Kremlin, frente a la CIA o frente a los militares bolivianos. De hecho, habría que reconocer que el *Che* fue uno de los pocos miembros de la clase política cubana que promovió cierto clima de pluralidad y debate dentro del gobierno de la isla. Es por ello que estas «vidas paralelas» se asemejan mucho a otras de la tradición comunista: las de Stalin y Trotsky narradas por Isaac Deutscher.

Sin embargo, es precisamente esa rara honestidad, esa transparencia, la que, como en Narciso, produce en el *Che* una terrible vanidad. La vehemencia y el fanatismo con que Guevara defendió y realizó sus ideas, lo mismo si se trataba de lograr en Cuba una economía sin mercado ni dinero ni salarios o de producir el «hombre nuevo» en menos de dos generaciones a través de la clonación ideológica o de entrenar a sus guerrilleros como «frías y calculadoras máquinas de matar», son los perniciosos efectos del «triunfo de su voluntad» y de la estetización de la violencia y la muerte. Estos rasgos del temperamento guevarista son los que determinan la seducción casi heideggeriana de ese «ser destinado a morir», disciplinado como Séneca en el asma de los estoicos, pero también por su naturaleza destructiva y letal.

Alguien poco familiarizado con la obra de Jorge Castañeda podría pensar que la principal virtud de *La vida en rojo*, esto es, presentar al *Che* como una víctima colectiva de Moscú, Washington, la Paz y la Habana y no como un victimario, es también su mayor limitación. Ese lector se haría, con razón, la siguiente pregunta: ¿no tiene Guevara una buena parte de responsabilidad moral ante los cientos de miles de muertos que dejaron las guerrillas latinoamericanas? A lo que yo respondería, si se me permite,

con una recomendación: reléase *La vida en rojo* con *La utopía desarmada* a la vista y se observará el inteligente esfuerzo por comprender las raíces sociales de las ideas del *Che* sin renunciar a una crítica de ese violento mesianismo que lo llevó al genocidio y a la inmolación. ■

Los amores de las cuerdas y el tambor

VÍCTOR BATISTA

Tony Évora
Orígenes de la música cubana
Alianza Editorial
Madrid, 1997, 368 pp.

ESTA AMENA HISTORIA DE LA MÚSICA CUBANA es un libro de divulgación y consulta, profusamente documentado e ilustrado, que deberá ocupar un lugar singular en la bibliografía sobre el tema. Ha sido editado en España y por tanto dirigido al lector español, pero es igualmente útil para un lector cubano. Para el español que recibe indiscriminadamente la reciente invasión sonora procedente de la isla, y pasa de Compay Segundo a Irakere sin transición ni conocimiento de causa –lo cual es como ir de un cuarteto de Haydn a una sinfonía de Stravinski desconociendo el corpus musical elaborado entre uno y otro– llena un vacío. Para el cubano, más familiarizado pero no necesariamente más educado, es fuente de reflexión e información, con «algo de hipótesis, bastante de empirismo y mucho de investigación», según nos advierte el autor. Abarca la historia entera de la isla al hilo de su evolución musical, desde los taínos hasta Lecuona. «Después de todo», nos dice, «en la música puede estar la clave para explicar la historia de un país».

Omitimos comentar, por razón de espacio, distintas manifestaciones de la música

de la isla que han recibido abundante tratamiento en este libro, centrándonos en lo que nos ha parecido un aspecto fundamental de su evolución musical. Desde un principio Évora define su propósito con un sugerente subtítulo: *Los amores de las cuerdas y el tambor*. Se refiere naturalmente a la guitarra española y el tambor africano, instrumentos símbolos de las dos culturas fundamentales de Cuba. Pero entre estas dos, nos recuerda, no siempre hubo amores, sino también desamores. En definitiva nos cuenta los amores ilícitos, socialmente mal vistos, que engendraron nuestra «música mulata», y que el tiempo ha legitimado. Componen el libro tres secciones fundamentales: la fuente eurocubana –donde expone la influencia recíproca entre las músicas que se dividen, a su entender artificialmente, en «popular» y «cult»–; la fuente afrocubana –donde indaga en las manifestaciones musicales de las diferentes etnias–; y el resultado de la fusión de ambas, la «sandunga musical». Esta clasificación es necesariamente didáctica, porque bien pronto las dos fuentes se entremezclan, aunque se comete frecuentemente el error de creer que la música cubana es un engendro de melodía europea con ritmo africano, ignorando el gradual proceso de interacción que se efectúa desde los tiempos más remotos, y que permea todas las capas de la sociedad insular. Aún la música de los cultos afroides, insiste el autor, «considerada por algunos como totalmente africana», ha sido un desarrollo en cierto modo paralelo al del punto guajiro, manifestación netamente hispánica, que se fue transformando y «produciendo una manera típica de cantar y tañer las cuerdas que viene a corresponder con las evoluciones sufridas por los instrumentos de percusión, el canto y el baile de origen africano». Y aunque «la gama modal cubana es eminentemente española», es en definitiva la imaginación rítmica del negro la que dota de personalidad propia a la música de inspiración europea, ya que «la percusión afrocubana es simultáneamente rítmica y melódica» –«concepto difícil de comprender» para un oído blanco–, y lo que caracteriza a la música cubana es «su peculiar manera de integrar la melodía en el ritmo».

El aporte musical del negro en Cuba es, sin duda, fundamentalmente percusivo, y no se reduce a la riquísima polirritmia ancestral africana. Su sentido del ritmo se organiza alrededor de una básica pulsación binaria que contrasta con la pulsación ternaria (el compás de 3/4 y sus derivados) de la música africana. Esa tendencia ternaria, propia de la música de España tanto como la de África (dice el musicólogo británico Arthur M. Jones: «el ritmo de tambor básico, casi universal, es ternario»), sufre una progresiva binarización que constituye un rasgo distintivo de su transculturación en América. Es por eso que Évora centra su estudio parcialmente en «la reconstrucción de fases en el proceso de transformación que convirtieron muchos ritmos ternarios ibéricos y africanos en ritmos binarios sobre suelo cubano». La tendencia binarizadora en Cuba, y en América, proviene originalmente de la música vocal africana, y de la forzosa convivencia inter-étnica en los barracones, donde se impuso la influencia conga o bantú, más maleable: «A este inmenso grupo africano se atribuye la mayoría de las canciones de las negradas de los ingenios». Pero cala en toda la sociedad y cubre el siglo XIX, desde la popular guaracha y las contradanzas de Saumell (1811-1870) —donde lo ternario y lo binario coexisten— hasta las danzas de Cervantes (1847-1905) y toda la músicaailable de la época, todavía bajo la impronta de la música «culta» europea, que no admiten ya el compás ternario. A fines de 1870 aparece el danzón, considerado a partir de entonces el baile nacional cubano, y éste, en la segunda década del siglo XX, es desplazado por el son como principal baile popular. Pero la binarización de la música cubana no es un proceso de negación, sino de integración; lo ternario ancestral queda adaptado y contenido dentro de una estructura binaria. Esto se manifiesta, por ejemplo, en la típica célula rítmica que es el cinquillo, elemento unificador dentro de la diversidad de la música cubana, y que está presente, en la variante del acompañamiento de las claves, en casi toda la música popular.

«Todo sale de la madre rumba» dice una popular guaracha de Humberto Jauma que

canta Celia Cruz. Y lleva razón», afirma Évora, y añade: «Junto al complejo del son, la canción, el danzón y el punto guajiro, la rumba constituye uno de los cinco complejos básicos en que los investigadores cubanos de los últimos treinta años han insistido en estructurar los géneros musicales». La rumba —con su compás 6/8, un derivado ternario que se presta a la binarización— tiene mucho de la música del culto yoruba, aunque sobre ella han incidido numerosas influencias. Es la «traducción al lenguaje vulgar de las sagradas danzas yoruba», pero desprovistas de todo elemento ritual, una versión «profana y genuinamente popular, basada sólo en voces y percusión». Y aunque el autor afirma que «la rumba agrupa a todos los sectores de la población cubana», la ubica más exactamente como el «puente entre lo africano y la síntesis africano/española». Mientras otros génerosailables han competido por el favor popular e interactuado en una simbiosis que produjo una música cada vez más mulata, la rumba se ha mantenido relativamente al margen, sin contaminarse (salvo en sus adulteraciones comerciales) ni apenas evolucionar. En su pureza está su fuerza. Pero si la rumba es la madre, las hijas le salieron rebeldes; no en balde Benny Moré, el sonero más popular que ha dado Cuba, cantaba: «A mí que no me vengas con tantos rumbones, que a mí me gusta gozar», y le coreaban: «no quiero rumba, yo quiero cha-cha-chá».

El son se impuso debido, quizá, a una «capacidad integradora» que lo convirtió «—junto al bolero— en el sistema sonoro más difundido e influyente salido del territorio cubano». Surge en zonas rurales de la región oriental de la isla —que contó siempre con una preponderancia bantú sobre la yoruba— y en su raíz campesina el ascendente hispano es fácilmente discernible. Está relacionado con otras formas musicales del área del Caribe, como el merengue dominicano y la plena puertorriqueña, pero con una trayectoria propia debida al mayor grado de transculturación efectuado en la isla, que hace que «tomada en su conjunto la música cubana presenta un balance mucho mayor de ingredientes africanos y españoles que

cualquier otro país de origen ibérico con la excepción de Brasil». Si exceptuamos a grupos como el de Miguel Matamoros, cuyos sonos de inspiración campesina se acompañaban de dos guitarras y un par de maracas, el conjunto sonero tradicional lo constituye un sexteto, compuesto por (además de los instrumentos ya mencionados) bongó, bajo, tres y claves. La guitarra española jugaba siempre el papel central junto a los tres de invención cubana, adoptando «maneras de ejecución y concepciones interpretativas en que se imitaba a los instrumentos de percusión». Es con la incorporación de la trompeta –robándole protagonismo al tres por su mayor sonoridad– que triunfó el habanero Ignacio Piñeiro (1888-1969) y su Septeto Nacional, consolidando el género del son «como un fenómeno urbano y de carácter nacional». Dice de él Évora: «Es este modesto albañil quien une la dinámica del son oriental con la guajira tradicional (...) de donde extrae la métrica, agregándole finalmente la sandunga del guaguancó». El son, por lo tanto, es el mejor exponente de la capacidad de integración –no sólo racial, sino también geográfica– de la sociedad cubana. Oriundo de Oriente, simboliza adecuadamente un aspecto de la evolución del país, cuyas guerras de independencia comenzaron en aquella región, y en la base se compone tanto de instrumentos originales de la región oriental –bongó, tres– como de la occidental –maracas, claves–, configurando una metáfora de integración nacional.

Posteriormente el son incorporó fuertes influencias norteamericanas, otorgándole función percusiva a una sección de metales, y se introdujeron innovaciones como las de Arsenio Rodríguez (1911-1971) «quien se propuso ampliar la base instrumental de las agrupaciones soneras agregándoles el piano y una tumbadora (...) una evolución que no concluiría ni con las modernas orquestas de salsa». Pero esto ya forma parte de su desarrollo internacional bajo la denominación de «salsa», una evolución de los últimos decenios, período que no cubre el presente texto. La opinión del autor sobre los últimos cuarenta años de música cubana es tajante, porque aunque «Durante el largo período revolucio-

nario han habido importantes logros musicales, particularmente en términos de formación profesional (...) El autoaislamiento político de Cuba y su consecuente exaltación de un nacionalismo feroz no han logrado producir un renacimiento de la música cubana». Évora promete poner al día sus impresiones sobre la música cubana; se despide en la última página con una anaforuana –un ideograma abakuá– que significa: continuará. ■

La ruta del mago

RAFAEL ZEQUEIRA

Carlos Victoria
La Ruta del Mago
Ed. Universal
Miami, 1997, 154 pp.

LA ADOLESCENCIA SE HA PUESTO DE MODA más en la vida que en la literatura. Aunque cuando se piensa en Longo o en Stendhal o en Dickens o en cualquier otro, más bien parece que el descubrimiento de ese personaje apasionante que podría identificarse como el protagonista cínico, ha desplazado al protagonista adolescente, muchacho siempre inteligente, sensitivo, bondadoso, atractivo y con unos ojos de mirada tal vez demasiado azorada para los tiempos presentes.

Quizá el asunto se pueda resumir en que hoy día todo el mundo quiere tener aspecto adolescente, comportarse con cierto impulso espontáneo e irresponsable y pensar y valorar la realidad como si la cabeza fuera una computadora adecuadamente programada para enfrentar los más insólitos avatares de una vida que cada día se vuelve más administrativa, burocrática y policial.

Y precisamente cuando esto ocurre, Carlos Victoria escribe *La Ruta del Mago*, novela breve en la que se mete a fondo, sin temor, sin aspavientos, sin gesticulaciones, en la vida de un adolescente camagüeyano en los primeros

años del triunfo de la revolución de Fidel Castro.

No sé si es fortuita o intencional esta combinación edad del protagonista-circunstancia histórica de Cuba, pero sea como sea es ya el primer acierto de este libro y posiblemente una de las claves para entenderlo, aun cuando no esté seguro de si los libros son escritos para ser entendidos y comentados o para ser disfrutados y asimilados según cada cual. No obstante, me parece importante hacer referencia a esta particularidad porque ese proceso revolucionario, adolescente en su raíz y en su espíritu, formó parte de ese gran movimiento mundial que por esos años proclamaba las ventajas indiscutibles de la irresponsabilidad y el disparate.

Es curioso recordar que, aun cuando hacia los años sesenta de este siglo ya Choderlos de Laclos había escrito sus *Liaisons dangereuses* y los norteamericanos habían publicado sus novelas negrísimas, no es hasta después de esa apoteosis del desatino (que muchas cosas excelentes nos dejó) que aparece lo que con alguna propiedad podría llamarse «la novela cínica», que ha sido cultivada con más o menos éxito hasta en los países que menos participaron de aquel jolgorio, y que quizá sea el producto de «la personalidad neurótica de nuestro tiempo», o del deterioro de tantos valores que no eran tales y que fueron sustituidos por otros que lo eran menos, o del deterioro de los deterioros.

Y es justamente entonces cuando Carlos Victoria, desde su exilio de Miami, tiene el valor de contarnos con tono mesurado y sin pretensiones de impactos formales, sin ruido, casi en voz muy baja (cosa que le agradezco) esta historia de un jovencito, casi un niño que empieza a dejar de serlo, camagüeyano como él, al que nadie puede odiar, ni siquiera los personajes que dicen odiarlo y lo insultan y lo humillan. Y esto en un país en el que, por la época más o menos en que se desarrolla la acción novelesca, se veían por las calles proclamas convocando a la población «al odio como arma de lucha». Un personaje que, para colmo —y esto quizá sea lo único que resulte un poco forzado en la novela— se llama Abel, y que se masturba frecuentemente y que acaba de ser desvirgado, en una escena

estupendamente bien narrada, por una señora sudorosa y de pechos opulentos que se ha quedado con la casa de sus antiguos amos después de que éstos se marcharon a Miami.

El Abel de Carlos Victoria, al igual que su homónimo bíblico, tiene mucho de santo, pero no tanto en su conducta ni mucho menos en su proyecto de vida, que no lo tiene, sino en la combinación de su origen, su edad y su destino histórico con ese don rarísimo de ser, sin proponérselo y sin hacer nada para lograrlo, el receptor forzoso y el consolador comprensivo de las penas del prójimo.

Y es por eso que ya desde la primera página, cuando Abel regresa a la casa después de haber resuelto una gestión de dinero que parecía no tener solución, su tía le dice: «— Eres un mago, jovencito, un mago». Es decir, alguien que logra lo que no logran otros.

Abel es un personaje (no sé si decir como todo adolescente) lleno de matices, confusiones y carencias. Vive con su tía Alicia después que ha quedado huérfano de madre y su actual vida familiar no transcurre precisamente sobre un lecho de rosas. Alicia es la propietaria de una tienda de ropa y tiene la vivienda, como era frecuente en Cuba, en la parte trasera de su negocio. Abel se dedica a visitar las casas de los clientes para intentar cobrar cuentas pendientes. Pero estos clientes saben que ha triunfado una revolución que va a abolir la propiedad privada, que habla de derechos para todos, de igualdad, de vivan los pobres buenos y mueran los ricos malos y se hacen los morosos en sus pagos en espera de que la tienda sea intervenida y, consecuentemente, canceladas todas las cuentas. Y por si no bastara con esto, Alicia, que es viuda, se enamora perdidamente de Sebastián, el interventor que siempre va vestido de miliciano. El romance, por supuesto, deviene en catástrofe para ambos, y también para Abel:

Lo despertaron las voces iracundas, los gritos de: «¡Vieja burguesa!» «¡Miliciano de mierda!» «¡Putas!» «¡Maricón!» (...) Abel se tapó la cabeza con la almohada y siguió durmiendo.

Manuel, uno de los personajes que presuntamente lo odia, en algún momento le pregunta: «Tú ¿de qué parte estás? ¿Estás de

parte de ella? ¿De parte de los enemigos?» Y cuando Abel responde que no está de parte de nadie pero que se debe pagar lo que se debe, Manuel le afirma, categórico: «Tú naciste para criado».

Pero a pesar de Manuel y su espíritu beligerante necesitado de encontrar enemigos a toda costa, Abel se va haciendo amigo íntimo del lector lo mismo que de Arturo, el homosexual que muelen a golpes, o de Sofía y su hijo medio retrasado; se le toma afecto y se hace entrañable a lo largo de los siete capítulos (¿cábala?) que componen esta ruta que a derechas (o a izquierdas, lo mismo da) no se sabe adónde conduce y que Carlos Victoria tiene el acierto y la gentileza de no intentar averiguar. Y es que estamos ante un autor que, valiéndose de cierto realismo psicológico y de una narrativa que nunca logra ocultar del todo su tendencia lírica, anda siempre proponiendo trayectos cuyo final es una incógnita. Su primera novela fue *Puente en la oscuridad* (enlazar lugares o destinos sin poder ver desde dónde ni hacia dónde); la segunda fue *La travesía secreta* (un viaje cuyo punto de llegada lo sabe otro, pero no el viajero); y ahora *La Ruta del Mago* (un itinerario de prestidigitación, es decir de escamoteo). Pero, en cualquier caso, si estas rutas nos conducen por los senderos de la sensibilidad, la tolerancia, el buen humor, la inteligencia, la belleza y la bondad, es ya más que suficiente y poco importa cuáles sean sus puntos de destino. ■

que escribiera el marqués de Sade en el asilo de Charenton hasta el *Elogio de la madrasa* o *Los cuadernos de Don Rigoberto* de Mario Vargas Llosa, pasando por tantas y tantas obras buenas, regulares y detestables.

Pero el hecho de que el tema se haya convertido en recurrente no quiere decir que no haya aproximaciones originales y atractivas. Ése es el caso de *Las tetas europeas*, de Fernando Villaverde (casi caigo en la trampa de ambigüedades eróticas, si no fuera por la coma), un libro cuyo título podría hacer sonrojar a más de un falso moralista.

En él su autor ha conducido su imaginación partiendo de los siempre admirados, atacados y deseados atributos femeninos, por caminos que oscilan entre la recapitulación autobiográfica, la evocación de otros tiempos habaneros y la reflexión acerca de las conexiones entre vida y muerte, entre vida y literatura, entre realidad e imaginación.

Las tetas europeas desarrolla su continuidad en tres momentos narrativos, como tres grandes viñetas que se encadenan en la consecución de un superobjetivo: demostrar las innumerables aristas de la imaginación.

A través de lo distintivo de cada una de esas partes, el autor demuestra que es capaz de alcanzar la unidad a partir de lo diverso. El libro es una especie de viaje febril por la imagen cinematográfica hacia la sexualidad.

La búsqueda de un objeto ansiado nos lleva a una interesante saga que al final es una enciclopedia fílmica de escenas atrevidas, así como un recorrido histórico sensual del seno codiciado, logrado, y perdido para volver a aparecer en la memoria. Como señala en los párrafos finales de esta primera revelación de este recorrido de palabras e imágenes que: «...Nos envuelven; no sólo iluminan el celuloide que pasa por la mirilla del proyector, en ilusorio movimiento, sino nos cubren, nos hacen uno con la película. Crece la luz; tan intensa es ya que perdemos la consistencia, nos atraviesa y transparente, nos confunde con la imagen proyectada. Nos volvemos, con la película, luz y sombra, somos uno con ella, nuestros movimientos se entremezclan, se funden unos en otros. Dejándonos

Villaverde, Eros e imagen

JESÚS VEGA

Fernando Villaverde
Las tetas europeas
Término Editorial, Col. Ficciones
Cincinnati, 1997, 242 pp.

LA REMEMORACIÓN ERÓTICA NO ES NADA nuevo en la literatura. Desde los libros

llevar abrazados dejamos de ser nosotros, somos una proyección, haces de gris...»

Por su parte, en «Las criadas» Villaverde realiza otra incursión anecdótica que se bifurca en dos direcciones. Una nos lleva por aquellas remotas pasiones que despertaban manejadoras y otras auxiliares domésticas, con el resumen de varias experiencias que en su devenir se acercan, aunque sea tangencialmente, a las de muchos de nosotros que amamos desesperadamente a aquellas mujeres venidas del campo lejano para hacer «carrera» en la ciudad, y que de repente se iban de nuestras vidas tan abruptamente como habían entrado.

La otra ruta de esta segunda viñeta tiene que ver con una fallida representación de *Las criadas* de Jean Genet, a causa de la envidia y la mediocridad que abundan en el exilio, tanto como en la isla, y que abortan un proyecto que pudiera haber tomado un camino diferente: «Es evidente: mis planes teatrales, en Miami, serán una lucha cuesta arriba. La presencia en los escenarios de Genet, de otros como él, nombres ligados a la subversión, azora: en esta emigración que va llenando la ciudad, nadie quiere repetir pasadas experiencias, les resulta demasiado temible una posibilidad que vislumbran a cada sobresalto de las costumbres: vivir dos revoluciones seguidas. Olvido mi idea de montar *Las criadas*, y, poco a poco, olvido del todo hacer teatro en Miami. Esta renuncia, Genet me la reprocharía...»

Finalmente, «Las novias falsas» es una especie de diario de viaje que nos descubre rincones secretos de Nápoles a partir de imágenes y conceptos que en muchas ocasiones nos traen a la mente el fervor y la pasión de cualquier película neorrealista. Es como si Villaverde se contagiara con los ideales de un Vittorio de Sica o un Cesare Zavattini, vibrando con la misma intensidad y el mismo sentido de humanidad.

Tales reflexiones italianas, en un admirable *tour de force*, se conectan con la imaginación acerca de ese tema tabú de la sexualidad y su vinculación con lo mejor de la tradición literaria y con la historia cinematográfica, para, con el recurso de la serpiente mordiéndose la cola, con el eterno

retorno, cerrar este admirable volumen que constituye una extraordinaria indagación acerca de la inagotable posibilidad de la palabra. ■

Pepe pinta a pistola

RAÚL RIVERO

José Prats Sariol
Mariel
Ed. Aldus
México D. F., 1997, 492 pp.

CREO EN ESTA NOVELA INESPERADA DE JOSÉ Prats Sariol. Y sé muy bien por qué creo en ella. Allí, en ese mundo municipal descrito sin anestesia, sin discreción y, a veces, con un lirismo ambiguo, aparece la vida, nuestra vida.

Y la vida que aparece, que Prats hace aparecer con una prosa siempre limpia, no está contada con inclinaciones de la geometría política, quiero decir, no se mueve a la izquierda ni a la derecha, sino que fluye en toda la lozanía de su equilibrio. Para decirlo pronto: es una aproximación a la sociedad cubana contemporánea con todo el instrumental de un escritor profesional (que es algo así como una escoria eminente) y una provisión de objetividad y coraje libre de toda sospecha.

Este escritor no hace propuestas ideológicas y eso, en este planeta desbordado de panfletos y fotocopias de convocatorias políticas, es una virtud. Pero en Cuba, en la Cuba de los noventa, me pone al borde de proponer su canonización.

Prats cuenta las viditas (que ya sabemos que pudieron ser algo) de cuatro cubanazos metidos en las redes del fin del siglo en un país donde ni ellos, ni nadie, sabe qué va a suceder mañana, o en el minuto siguiente al que se vive. En esa excursión, el lector encuentra no sólo el curso y el latido del tránsito por la tierra de los protagonistas, sino

una serie de senderos, desvíos y hasta caminos reales que lo enfrentan a un panorama amplio y tangible de lo que pasa en estos años dentro de nuestras fronteras.

Es, desde luego, un libro con trampas. Con pequeñas trampas pero que, al menos, permite que se seleccione el sabor del final. Por momentos, sobre todo si uno se deja provocar por el título, *Mariel*, que está asociado a un éxodo de decenas de miles de cubanos hacia Estados Unidos, se puede tener la impresión de que leeremos un novelón anticastrista y amargo. En otros momentos puedes seguir teniendo esa impresión. Pero no es así. A mi modo de ver, se trata de un retrato amargo y amoroso y una llamada urgente a fijar la atención en esa tabla de salvación nacional que es la cubanía.

Hay en el libro un pasaje que ilustra muy bien este reclamo. Se trata de una señora, propietaria de un apartamento en el edificio FOCSA, en el centro de El Vedado. Ella, tiene más de setenta años y vive sola. El administrador del recinto viene a proponerle que seleccione otra vivienda en cualquier zona de la ciudad y que entregue su apartamento, porque el edificio está destinado a los técnicos extranjeros: rusos, búlgaros y checos entre otros. La mujer se niega a abandonar la casa y, entonces, el administrador le propone que el Gobierno le facilitará la salida hacia los Estados Unidos, si ella lo desea...

— Jamás abandonaré mi patria —responde la anciana con firmeza.

— Ah, disculpe compañera, no sabía...

— ¡Compañera tampoco, señor, eso es otra cosa. Yo soy hija de un coronel mambí!

No puedo y no quiero perderme la oportunidad de informar al lector que la señora de la anécdota es la madrina de Prats. Ella, por cierto, murió hace pocos años, en el apartamento codiciado por los técnicos extranjeros y sus sirvientes criollos.

Así, me parece encontrar zonas de la biografía del autor en casi todos los personajes centrales del libro, datos y asuntos repartidos para enriquecer el universo individual del hombre inventado, unas veces con la alegría y otras con la agonía de haber vivido en Cuba en los últimos cincuenta años.

Adivino también fragmentos, cuentos, chistes, chascarrillos y aventuras de muchos amigos comunes que aparecen en las vidas de los cuatro José que integran la historia guía de *Mariel*. El pesquisaje en la experiencia personal y en la de gente cercana, le confieren a la novela esa diminuta corona de cubanía que enuncié y que convierten al libro en un estudio de la frustración, los escombros y la fatiga.

Es muy duro el laberinto que el novelista pone frente a nosotros y está dibujado, casi siempre, con un ansia desatada, con un fulgor que va poniendo claridad, paso a paso, por un territorio de la Cuba de hoy que todavía disfruta y padece alternativamente del anonimato. Estoy hablando del *insilio*. Ésta es, sin muchas dudas, una novela de los insiliados. Esos tipos empecinados en vivir en el país donde nacieron, esos raros individuos que quieren trabajar, dormir y amar y —¡Qué se le va a hacer!— morir en el mismo sitio donde nacieron.

Desde el exilio, siempre más publicitado y exuberante, llaman la familia y los amigos con crisis de nostalgias, extrañando los lugares donde se enamoraron y crecieron, donde leyeron el primer libro o escribieron en una hoja mínima la sustancia del primer verso. Los *insiliados* —anuncia la novela de Prats Sariol— se han quedado en esos lugares, pueden verlos, tocarlos y volver. Sólo que ya no serán nunca los lugares porque faltan precisamente los que los añoran y reclaman en cartas, llamadas y textos tristes y bellos, inocentes, como escritos con sangre de gacela.

Prats Sariol nos sube a una atalaya y dice: Miren. Y uno mira, y lo que ve es una región de la sociedad que encarna la verdadera resistencia de los cubanos. La resistencia lúcida, sin fobias ni fanatismo, la que impulsa sólo el amor a la patria, seguros de que la patria no es ningún partido político, ni ningún hombre, sino la familia, los mangos del patio, los versos de José Martí y un bar que se puede llamar, por ejemplo, el Two Brothers.

Mariel es también, de alguna manera, una novela de amor, pero como lo entendió William S. Burroughs, el más natural y doloroso de los verdugos. ■

Venga a nos, él, tu reino

JOAQUÍN ORDOQUI

Abilio Estévez

Tuyo es el reino

Col. Andanzas, Tusquets Editores
Barcelona, 1997, 346 pp.

LA DÉCADA DE LOS 90 TERMINA CON UN neo-boom de la narrativa latinoamericana. Ello ha hecho posible la publicación de múltiples escritores hasta ahora poco (o des) conocidos, por las principales editoriales de nuestra lengua. Al igual que el primero, protagonizado más por Carlos Barral que por Carlos Fuentes, se trata de un fenómeno editorial, ya que la literatura ni se escribe por décadas ni se redacta en un espacio tan vasto e indefinido. En ese espacio se ha escrito ininterrumpidamente desde la segunda mitad del siglo XIX y se han definido corpus literarios nacionales muy relacionados con la búsqueda —consciente o no— de las respectivas identidades que componen esa amalgama. Si existe algo que pudiéramos llamar latinoamericano es, precisamente, esa necesidad de saber qué somos que nos ha impuesto un mestizaje históricamente singular. Lo que otros pueblos obtuvieron en milenios, nosotros hemos tenido que proporcionárnoslo en apresurados siglos, cuando no en décadas.

Para el cubano, esta búsqueda se ha convertido en obsesión, sobre todo desde que la historia nos ha conducido por derroteros tan diferentes a los de nuestro entorno geográfico y cultural. Sin embargo, la relación de la literatura con el ser nacional ha sido una preocupación temprana y persistente en nuestra cultura. José Martí se quejaba de la ausencia de una gran literatura escrita en América y en castellano, no por su carencia en sí, sino porque ella denotaba la falta de grandes pueblos que la produjeran. Durante la primera mitad de nuestro ya exhausto siglo, la relación entre literatura y nación se generaliza entre autores disímiles y, en muchos casos, con puntos de partida opuestos entre sí. Ba-

llagas y Guillén trasladan el habla negra-urbana-popular a la poesía en un intento, todavía inconcluso, de comprendernos no sólo desde lo negro, sino desde lo popular, tan ausente en nuestras raíces literarias. Cintio Vitier nos depara una indagación tan singular —desde tantos puntos de vista— como *Lo Cubano en la Poesía* y Mañach dedica múltiples páginas no sólo a saber qué somos, sino a proponer que deberíamos ser.¹

Lo cierto es que un libro como *Tuyo es el reino* nos evidencia, una vez más, que existe una literatura (en este caso, narrativa) cubana entendida no necesariamente como una búsqueda de lo cubano (aunque sin excluir esta posibilidad) sino como una tradición literaria desde la cual se escribe. En Abilio Estévez percibimos a Virgilio Piñera, a José Lezama Lima, a Antonio Benítez Rojo, a Reinaldo Arenas. No me refiero a una influencia estilística directa, sino a una forma de percibir-mostrarse eso que solemos llamar la realidad.

La aparición del boom de los 60 puso de moda dos expresiones que pretendían sintetizar toda la literatura escrita en la América ibérica, así como explicar su singularidad e, incluso, su calidad: *realismo mágico* y *lo real maravilloso*. Si algo hay evidente en ambos conceptos es su origen externo a la realidad (mágica o maravillosa) que pretenden describir, hasta el punto que parecen extraídas más del argot turístico que del lenguaje literario.² Lo real sólo es mágico o maravilloso para quien puede mirarlo desde afuera. Para el lugareño se trata de simple cotidianidad. Otras dos aberraciones muy socorridas a la hora de abordar toda aquella narrativa que no hereda el realismo del siglo XIX, son *kafkiano* y *surrealista*. Menciono estos cuatro tópicos engendros porque sospecho que pueden acudir a la mente y aun a la letra impresa de más de un lector de *Tuyo es el reino*, una de las prime-

¹ Otra de las obsesiones nacionales.

² El hecho que fuera Alejo Carpentier quien acuñó la segunda de las expresiones citadas no sólo no contradice lo que afirmo, sino que lo confirma: Alejo Carpentier siempre fue un escritor francés que escribió en un magnífico castellano sobre el Caribe, lo cual ni quita ni pone ni un adarme de calidad a su espléndida obra.

ras novelas intencionada y evidentemente postmodernas de la literatura cubana. Como creo que eso de la postmodernidad es una moda pasajera —que al igual que otras, propiciará magníficas o pésimas obras de arte—, prefiero detenerme en lo que considero más significativo y permanente en la obra de Estévez y en gran parte de la literatura cubana, es decir, su negativa a participar de un orden cartesiano de relaciones causa-consecuencia, negativa que ha alentado el uso y abuso de las cuatro expresiones en cuestión.

La novela se desarrolla en un espacio ficticio llamado *La Isla*, decisión audaz, si las hay, ya que sitúa a la obra de forma evidente en uno de los terrenos literarios más peligrosos: la alegoría,³ peligro que resuelve de la única forma posible, es decir, trascendiendo la alegoría a un sistema metafórico irreductible a esquemas simbólicos obvios. Una vez aclarado ello, intentaré al menos indagar en algunos de esos símbolos y su relación con esa tradición literaria que intenta explicar, mostrar o entender lo cubano. La isla es siempre un espacio cerrado, carente de fronteras, es decir, de zonas de transición. A partir de una isla, siempre se está adentro o afuera de un borde perfectamente definido que contiene o excluye. Por ello, toda isla tiene vocación de universo y lo que no participa de ese universo es ajeno, es decir, es irreal, ya que la isla crea su propia realidad y sus propios paradigmas. Pienso que ello ha dotado a la narrativa cubana de dos características: orbicularidad y maximalismo. El escritor cubano casi nunca nos cuenta historias de individuos, sino que nos da su versión del país y su historia, cuando no del universo y del pensamiento humano.⁴ La insularidad cubana, sin embargo, ha estado matizada (o potenciada, valga la paradoja) por su relación con el resto del mundo. El cubano, aun el que nunca ha viajado, siempre ha sabido lo que ocurre *afuera*, ha vivido pendiente de

ello, aun cuando no sea más que para denostarlo. Esa esquizofrenia nacional que consiste en sentirnos el centro del universo y dueños de verdades que algún día compartirán otros pueblos no tan felices como el nuestro, por un lado, y la conciencia de que nuestro egocentrismo es un disparate, por el otro, han dotado al cubano de una sensación de irrealidad, que muchos han confundido con magia, y que está presente en gran parte de nuestra literatura, en general, y de forma muy consciente y evidente en *Tuyo es el reino*, en particular. «El profesor Kingston, aclara, socarrón, que la Isla es como Dios, eterna e inmutable.⁵ Para un isleño la perenne discordia del hombre contra Dios no se da entre la tierra y el cielo, sino entre la tierra y el mar.⁶ ¿Pensará en la ingenuidad que implica creer que el mundo existe, que existen esas ciudades extrañas y lejanas? No hay más que esto, aquí comienza y termina todo, ¿por qué ilusionarse inútilmente?».⁷

A lo largo de 346 páginas, Abilio Estévez nos recuerda esa sensación de irrealidad que aparece como característica de buena parte de la literatura cubana, muy explícitamente en los *Cuentos Fríos*, de Virgilio Piñera, y en *Estatuas Sepultadas*, de Antonio Benítez Rojo, cuento que también acude al recurso de la isla dentro de la Isla y antecedente directo de *Tuyo es el reino*. Irrealidad que no es surreal, porque no es una indagación acerca de lo que está más allá de la realidad, sino de su carencia y que nada tiene que ver con Kafka, porque en ningún caso se trata del drama del ser humano que pierde su lugar dentro de un orden o que no tiene acceso a él, sino precisamente, de la falta de un orden, de la vida vista como un caos.

Esta sensación de bruma, por un lado, y el carácter orbicular de la novela, por otro, atentan contra su plenitud. Da la impresión de que Estévez, preocupado por transmitirnos una visión del mundo y una intención literaria, se olvida a menudo de sus personajes y

³ Insisto que me refiero a un peligro estrictamente literario: el de la obviedad.

⁴ *Paradiso* es, sin dudas, la propuesta más absoluta y lograda de esta tendencia ya que no sólo lo hace, sino que para hacerlo recrea un lenguaje propio.

⁵ *Tuyo es el reino*, Ed. Tusquets, pág. 19.

⁶ Op. Cit., pág. 21.

⁷ Op. Cit., pág. 51.

sus avatares, de modo tal que la historia y sus protagonistas se desdibujan y el lector puede llegar a aburrirse, lo cual es el peor peligro que acecha a cualquier novela. Creo que, en este caso, se trata de un problema generacional. Quienes nacimos en la década de los 50 y crecimos y nos formamos en Cuba, tuvimos siempre la sensación de haber llegado o demasiado tarde, o demasiado temprano. Asistimos, sin mucha o sin ninguna conciencia, a la vorágine de un país en constante cambio. No tuvimos edad suficiente para vivir la Cuba anterior a 1959, pero sentimos algo de su palpitante. No participamos, activamente, del cambio. Tampoco nos engendró el sistema. Ni siquiera fuimos escritores jóvenes alguna vez. Cuando debíamos eclosionar –finales de los 60, comienzo de los 70– la cultura cubana vivía uno de sus momentos más terribles, oscurantistas y totalitarios. Sólo se publicaban panegíricos y tonterías y el sólo hecho de ser nostálgico implicaba un veto; el poder decir ciertas cosas, una obsesión. Nos hicimos extraliterarios en nuestro afán de ser honestos y es muy probable que por ello estemos hablando de la generación literariamente más tardía de nuestro siglo. Creo, sin embargo, que hay en Estévez un escritor y un buen escritor. Cuando pueda entregarse de lleno a contar historias, encontrará la voz que se advina en *Tuyo es el reino*. ■

Las memorias de Alina Fernández

MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ

Alina Fernández
Alina. Memorias de la hija rebelde de Fidel
Plaza & Janés
Barcelona, 1997, 252 pp.

«ÁRBOL GINECOLÓGICO»

DESDE QUE ESTA PRIMERA LÍNEA APARECE el lector comprende que no va a tener

por delante una lectura típica. No sabe aún si será irreverente, desenfadada, iconoclasta, o sencillamente una mezcla chapucera de groserías y malos lugares comunes (si es que los hubiera buenos) de literatura erótica, como algunos erróneamente suponen para desencanto de la autora. A estas alturas ni siquiera sabe si será una buena lectura. Lo mueve la curiosidad, incluso un poco de morbosa curiosidad y sin lugar a dudas la esperanza de que habrá de encontrar en esos párrafos un fragmento o al menos un atisbo de historia de lo que hasta ahora resultó un coto vedado.

Se trata de un libro complejo sin tapujos ni falsas presunciones que ha ganado a la autora insospechados elogios e infinitos desdenes. Es por ello que este relato autobiográfico tiene mucho más valor que la mera circunstancia de Alina Fernández como hija biológica del «comandante» para convertirse en una pieza muy particular de ese rompecabezas que es la historia cubana en el siglo xx a partir del surgimiento de la figura de Fidel Castro. *Memorias de la hija rebelde...*, un título en el que Alina no participó y al que aborrece, no es por otra parte un estilo de narración sin raíces nacionales, por el contrario encaja y pasa a formar parte de un tipo de literatura femenina cubana que fue creciendo desde la Avellaneda y encuentra en el actual siglo otras exponentes como el diario de Anaïs Nin, los poemas de Carilda Oliver Labra y las novelas de Zoé Valdés, aunque en este caso en un terreno alejado de la ficción. La clave del libro, lo que va a darle ese sabor tan particular, está en la decisión por parte de la autora de escribirlo por su cuenta. Así cuando alguien le propuso la inclusión de un «escritor fantasma» su respuesta fue que no tenía noticias de que la estafa formara parte de la literatura. Gracias a esa certeza suya de contar con una manera propia de narrar es que se descubre la frescura del estilo de la autora y se produce esa paradoja en la cual un relato lleno de tantos momentos de amargura provoca tales arranques de hilaridad. Otro elemento valioso del libro es su capacidad para evitar las descripciones melodramáticas en los momentos en que éstas amenazan con hacer su aparición.

Nada en la trayectoria anterior de Alina Fernández hacía pensar en este talento, aunque quizá sea injusto, pues sus comentarios orales o entrevistas, durante su fase de disidente dentro de la isla, mostraban una mujer de agudas opiniones y de sorprendente capacidad para crear figuras literarias de dicción y construcción con un lenguaje que, detrás de la ironía, el sarcasmo y el humor, escondía una frágil figura de gran tristeza y nostalgia. Muchos de esos criterios y opiniones son luego ampliados en el libro que incluye hasta palabras de gran carga de fuerza descriptiva –creaciones o variaciones de la autora–, tales como «escuchimizada y vermicular» que utiliza para identificar a Celia Sánchez. Esta combinación del uso del idioma y de conceptos críticos sobre la vida cotidiana en un país dominado por el «imperio ideológico», como le llamó Albert Camus al marxismo-leninismo, es lo que le brinda a estas memorias un valor distinto, tanto narrativo como humano, a su único antecedente en la materia, que fue la autobiografía de Svetlana Stalin. No hay nada ni remotamente parecido, en el libro de Svetlana, a una descripción de Moscú, como la que hace Alina de La Habana con una enorme devoción nostálgica:

...Desde cualquier parte se llegaba al mar y el mar llegaba a todas partes con su fermento de salitre y por eso era siempre una ciudad nueva, de pinturas y maderas estrenadas. Aire de sol y sal, la Habana era una maga. Enamoraba con sus olores, sus humores y sus desvelos. No he visto en el mundo una ciudad más hembra. En la parte vieja de la ciudad –cantaría patinada por el humo y el tiempo, con los vitrales de medio punto rematando las enormes ventanas y las rejas arqueándose entre balcón y balcón... la virilidad castellana queda oculta por esa exuberancia de curvas. El aire se quitaba en los portales el aspaviento del calor antes de colarse en las entrañas de la casa y en ellos pasaban los cubanos el camino de la noche jugando al dominó. Portales de fresco y de tertulias. Esquinas donde comprar ostiones. El olor de todas las frutas de la creación... Tenía un aire de disipación austera. Cualquier mulata podía venir de una novela

de otro siglo. Desde un banco del Prado veías desfilar toda La Habana...

Éste es un párrafo que Carpentier hubiera firmado con placer y que recuerda aquella descripción habanera del siglo XVIII hecha por él: «enormes casas amodorradas que olían a tasajo, a melaza, arrojando aquí, allá, según entrara la brisa del puerto, vahos de azúcar prieta, horno caliente y café verde, un vasto respiro de establos, talabarterías y mohos de viejas murallas aún frescas de rocío nocturno, salitres y musgos».

Y luego la decrepitud posterior es asimismo descrita en otro magnífico párrafo:

Pero desde que llegó Fidel a La Habana la ciudad empezó una cuenta atrás en el tiempo, como esas mujeres en su esplendor que adivinan la ruina de su belleza y se van plegando a sus arrugas futuras.

Alina cuenta en él sus innumerables escaramuzas con la vida y todos los traumas que su mismo alumbramiento traería a la familia. Sus tiernas relaciones con Fidel Castro cuando era niña y no conocía que se trataba de su padre y luego la de los tormentosos años de pubertad, juventud y madurez a la sombra cercana de un hombre que en los umbrales del siglo XXI arrastra aún todos los prejuicios que destrozaron España bajo el reinado de Felipe II, el monarca que veía en el capitalismo una satánica forma económica engendradora por las naciones herejes, que eran todas las que habían repudiado el catolicismo romano.

El libro introduce una pequeña cuña de luz en el hasta ahora mundo de tinieblas que es la vida privada de Fidel Castro después de 1959. Esa puerta que ella abre fugazmente ofrece la única visión más allá de una pared impenetrable, que sólo tiene parangón en este siglo con otros dictadores-dioses del mismo cuño tales como Mao, Stalin, Kim Il Sung, Hitler y Mussolini. Las diferencias son que Alina Fernández descubre el velo mientras el personaje aún está vivo, y que, contrario al resto de sus pares, Fidel Castro deja una amplia prole (al menos seis hijos varones que se sepa), acercándose más en ese

sentido al caudillo clásico latinoamericano, al estilo del personaje literario Coronel Aureliano Buendía.

Por otro lado no queda más remedio que volver a comparar su relato con el de su predecesora histórica, Svetlana Stalin, la hija del dictador ruso. En ambos casos se pueden apreciar dos hechos coincidentes: ninguna de las dos quiso convertir el libro en una *vendetta* personal contra sus progenitores, lo que no quiere decir que ambos textos no se hayan convertido en una dura crítica contra ellos y contra el sistema ideológico que ambos dijeron representar. Asimismo, en ambas obras el lector descubre los profundos prejuicios de Stalin y Castro respecto a la vida y decisiones personales de sus respectivas hijas. En el caso de Stalin porque Svetlana había escogido a un judío; en el caso de Alina porque su preferencia era un «violador... se sabe que cuando era interrogador en Villa Marista violó a algunas detenidas», según le dijo Castro mientras intentaba evitar un matrimonio al que él no había otorgado su consentimiento. Alina narra que se le acabaron los argumentos tras responderle que le apenaba muchísimo que hubiera escogido como oficial de la contrainteligencia a un ladrón convicto y sospechoso de ser un violador. Y aunque la boda llegó a celebrarse, incluso con la presencia del padre de la novia, su despedida el día de la unión fue: «no me avises cuando te divorcies». Unos meses después ella «... era una divorciada de dieciocho años». La acusación de violador había crecido dentro de ella lo suficiente para impedirle dormir con aquel hombre.

Los que han leído el libro se preguntan por qué Fidel Castro lanzó una acusación tan despiadada contra el hombre elegido por su hija, cuando de acuerdo a la retórica del sistema, la selección parecería impecable: un oficial de los servicios de seguridad del estado, miembro del Partido Comunista. También me hice esta pregunta y lo comenté con varios amigos. La mejor explicación fue que Castro, en tanto que monarca, no quería que su hija (no importa el cuidado que hasta entonces le hubiera prodigado) se casara con un verdugo. Los tiranos y los

sátrapas requieren de esos personajes para mantenerse en el poder, pero no para verlos aparejados con su linaje. ■

Un extranjero en La Habana

JOSÉ RAMÓN SUÁREZ

Dominique Robelin
Havana Tránsito
Prólogo de Eduardo Manet
Edition Aréopage
Paris, 1997, 86 pp.

ACABA DE APARECER EN PARÍS, CON EL SELLO de la casa editora Aréopage, el libro *Havana Tránsito*, del joven fotógrafo francés Dominique Robelin, quien agrupa en cerca de noventa páginas una serie de fotos tomadas en La Habana entre mayo de 1996 y junio de 1997.

Fiel a la tradición francesa que llevó, por ejemplo, a Cartier Bresson a recorrer algunas ciudades del mundo en las circunstancias más difíciles, Robelin llega a Cuba, a un país que le era hasta entonces ajeno, con su cámara *lovée dans la main*, ceñida, en un gesto que sólo quien es fotógrafo conoce, a la caza de impresiones, tomas, miradas que nunca, ni en un remoto sueño, podría haber imaginado en su país de origen.

Pero éstas no son fotos cualesquiera. Si el título combina la transcripción al inglés del nombre de la capital cubana (*Havana*, no *Habana* o *Havane*, como es usual en los afiches de las agencias de viaje parisinas), le sigue la palabra *Tránsito* —en verdadero castellano—: recorrido incisivo por entre calles, callejones, solares, parques de la Habana interior, esa Habana que nada tiene que ver con las imágenes estáticas que solemos encontrar en las guías turísticas que se venden por todo el mundo. Una Habana de *barrios malos*, de ocio, de ruidos y voces desenfadadas, de rumba y de bicicletas.

Y es precisamente a esa Habana oculta, Habana intensa, profunda, a que se refiere el escritor cubano Eduardo Manet en sus palabras de presentación del álbum. Manet, quien reside en París desde hace cerca de treinta años, nunca se ha desligado de su sentir habanero, a pesar de la distancia, los viajes y los premios. Es por eso que aceptó de buena gana acompañar este libro con sus palabras de elogio, pero también de reflexión, sobre su Habana vivida y sobre la Habana también roída que seduce sin embargo, las más de las veces, al visitante foráneo.

Havana Tránsito, además, no es la simple exposición de unas tantas fotos, pues el autor intercala sus reflexiones a modo de un *cahier de notes*, tejiendo una trama, el monólogo de quien descubre tomas y no se queda callado, sino que –al unísono– oprimiendo el obturador de su cámara, rasga palabras, notas, al modo de aquellos visitantes (William Cullen Bryant, Sir John Maxwell Tylden, Gemelli Careri...) que a inicios de la vida citadina de lo que fue y es San Cristóbal de La Habana, dejaron también su huella escrita para la posteridad. Notas –¡a veces sólo una frase!– que para bien de los lectores de habla hispana, sobre todo para los habaneros que gustan de ver su ciudad a través de otros ojos, han sido traducidas al español para este libro bilingüe por el joven poeta habanero Gerardo Fernández Fe.

En fin, este libro se suma a aquéllos que a lo largo de cuatro siglos de construcciones, ataques y decretos oficiales, han revelado la pasión por una ciudad: desde los grabados de la Habana antigua del también francés Federico Mialhe hasta los interiores del Cerro de René Portocarrero, pasando por las crónicas de Casal, los relatos de Méndez Capote, las novelas de Cabrera Infante..., y de allí a nuestros días más recientes.

Habrán quizás una raza de hombres que, unas veces hallándose lejos y con pocas esperanzas (o intenciones) de regresar, otras veces percibiéndolo desde *adentro*, con pocas esperanzas (o posibilidades) de salir *afuera*, sienten La Habana como una pasión, un destino, un *telos* imperioso; esa raza que Lezama Lima llamara *homo habanensis* y que marca un toque diferente –tal vez por orgullo, otras veces por

celo regionalista– del resto de los cubanos. Tras el contacto directo con ellos precisamente, ha aparecido en Francia, quizás por qué no por nuestros lares, este libro de fotos marcado por la sobriedad, también por la pasión. ■

De discos y otras criaturas

TONY ÉVORA

Cristóbal Díaz Ayala
Cuba canta y baila: Discografía de la música cubana. Primer volumen: 1898 a 1925
Fundación Musicalia
Puerto Rico, 1994, 366 pp.

HACE ALGUNOS AÑOS QUE EL INVESTIGADOR cubano Cristóbal Díaz Ayala (La Habana, 1930) se lanzó a realizar –sin reparar en la magnitud del esfuerzo económico ni intelectual que su decisión implicaba– una exhaustiva discografía de todas las grabaciones hechas, fuera y dentro de Cuba, por artistas cubanos. El proyecto incluía, además, la búsqueda de datos biográficos y en algunos casos, fotos de dichos intérpretes, así como material informativo que le permitiera redactar comentarios generales sobre las grabaciones.

Éste es el primer volumen de una obra fascinante que continuará desde 1925 hasta el desfase, a principios de los años 50, del disco de 78rpm (o disco de pasta). Como esa segunda etapa cubre un período más largo, e incluirá evidentemente un gran aumento en el número de compositores, cantantes, etc., el autor calcula que necesitará otros dos o tres volúmenes. Al final habrá un índice onomástico que cubra tanto el cilindro como el disco.

Licenciado en Derecho Administrativo y Derecho Diplomático y Consular, y más tarde Doctor en Derecho Civil y Doctor en Ciencias Sociales y Derecho Público, una

vez en Puerto Rico, a partir de 1960, y con tres hijos pequeños, el joven Díaz Ayala tuvo que fundar empresas y luchar muy duramente junto a su esposa Marisa. Pero pronto su inquietud le llevó a continuar lo que en Cuba era un *hobby* y que ahora en el crudo exilio se había convertido en una pasión: investigar la música cubana a fondo. El resultado ha sido tres libros clave: *Música cubana. Del areyto a la nueva trova*, (1981), que va por su tercera edición, y una joya deliciosa: *Si te quieres por el pico divertir... Historia del pregón musical latinoamericano*, (1988). La tercera obra es la que aquí se reseña. Todos se pueden adquirir a través de la Fundación Musicalia, P.O.Box 190613, San Juan, Puerto Rico 00919-0613.

Díaz Ayala es uno de esos raros hombres que van recogiendo y decantando información, coleccionando discos, organizando y clasificando versiones musicales, así como datos, comentarios y anécdotas de orígenes muy diversos. Es además, alguien que sabe escuchar, y no sólo música. Una persona llena de curiosidad y de rigor por el fenómeno musical, de Cuba y de casi toda la América, que no escatima esfuerzos para llegar al fondo de las cosas. Para él los conceptos *precisión*, *veracidad* y *honestidad* son ejes centrales en su labor. Y lo sorprendente es que hace todo eso con un fino sentido del humor y una energía envidiables. Valga anotar que por este primer volumen de su *Discografía* obtuvo en septiembre de 1995 el premio ARSC (Association for Recorded Sound Collection) a la investigación histórica de sonido grabado.

En más de una ocasión le he comentado que si él no hubiera existido, yo habría tenido que inventarlo; porque sin su importante labor, el desarrollo de mi propia investigación y análisis de la música cubana habría sido imposible. Lo digo sin ambages. Es mucho lo que hay que agradecerle a este hombre, y se le agradece tanto desde la propia Cuba como en cualquier otro confín del mundo donde se hayan teñido los colores musicales de nuestra bandera. En la inmensa cuenca del Caribe se habla de Cristóbal como de un entrañable erudito. Y no sólo en el Caribe. Músicos, musicólogos e

investigadores de toda traza, barnizados de marxismo o no, reconocen en Cristóbal Díaz Ayala a un fenómeno único y en especial, a un verdadero conocedor de la música cubana. Valga agregar el título de salvaguarda de todo lo acaecido a cuanto músico se largó de la isla en estos largos treinta y ocho años.

Este primer volumen ofrece multitud de información, como cuáles fueron los géneros musicales más grabados entre 1898 y 1925, los primeros trovadores, el auge de las danzoneras o el surgimiento del son cubano. Para escoger uno entre los muchos episodios que Díaz Ayala refiere, aparece Manuel Corona (autor de *Longina*, *Doble inconsciencia*, *Mercedes*, etc) haciendo de segunda voz a una figura pintoresca de los años 20: Pancho Majagua. Criatura farandulera por antonomasia (su verdadero nombre era Francisco Albo Salazar), Pancho unió su voz de tenor a Tata Villegas, quien tocaba la guitarra y hacía de segunda. Cuando comenzaron a cantar juntos en 1910 –y lo harían durante casi 50 años– sellaron un pacto que cumplieron totalmente: no cobrar por sus actuaciones.

Me pregunto si la decisión de Pancho y el Tata influyó en nuestro Cristóbal porque en los libros no hay dinero y mucho menos en los de investigación. Lo cierto es que varios viajes a los Estados Unidos y largas horas anotando, clasificando e interpretando la información obtenida en los archivos de la vieja RCA Victor (ahora B.M.G. International) y en los de la Columbia (Sony Corporation) avalan la dedicación de Díaz Ayala. Curiosamente, los suyos sugieren alguno de aquellos apellidos de guerreros-historiadores que nos dejaron referencias de los indígenas insulares: Cabeza de Vaca, Fernández de Oviedo, López de Gomara y otros conquistadores, entonces muy dados a profecías, presagios e intervenciones sobrenaturales. Por supuesto, no hay nada de profecías ni presagios en esta labor de búsqueda de datos reales. En el caso de Díaz Ayala sólo mucha paciencia, una nariz de sabueso, una letra indiscutible y acopio de buena voluntad.

Sobre la terrible miseria que siempre han sufrido nuestros autores comenta en la

pág. 34: «Cuando el compositor se acercaba a una casa editora, la situación era peor. Ésta podía compararle los derechos de autor por una suma irrisoria: Gonzalo Roig vendió sus derechos de autor de *Quiéreme mucho* por tres pesos». Más adelante, en la pág. 238 refiere: «Lo cierto es que paulatinamente la trova se va convirtiendo en un medio de vida *per se*. Pasando muchas penurias, pero en La Habana se puede ser trovador a tiempo completo, o casi completo. Es posible también que la noticia de Sindo (Garay) grabando cilindros para la Edison en 1906 impulsase a otros trovadores a irse para La Habana. Y ésta fue una de las fuentes de trabajo para el trovador: la grabación, aunque trabajo muy escasamente retribuido –posiblemente al principio tres dólares por número grabado– daba la alternativa de darse a conocer, y además, tres dólares viajaban muy largo en aquellos tiempos».

Otros dos aspectos fundamentales para un mejor conocimiento de la vida artístico-musical de la isla los constituyen los capítulos «Música guajira» y «Teatro musical cubano», donde Díaz Ayala nos pone en escena tanto a las criaturas creadas como a los que las crearon. En su esclarecedora «Introducción», el autor discurre sobre los derechos de autor, de ejecución y de grabación. También aclara aspectos importantes de los medios reproductores, la organización y ambiciones de las pujantes casas discográficas norteamericanas y el advenimiento de la radio a principios de los años 20. Y al preguntarse si, en el período estudiado, realmente fue grabado comercialmente lo mejor de la música cubana, analiza el caso de ausentes importantes, como la orquesta de Miguel Faílde, el creador del danzón, o la voz de Pablo Quevedo, quien compartió la preferencia del público con Fernando Collazo a fines de los años 20 y principios de los 30. Por último, las notas al final de cada uno de los nueve capítulos de esta hermosa *Discografía* resuenan, con precisión de bemoles, en los surcos de una historia musical que había comenzado mucho antes de 1898. Por todo eso espero los próximos volúmenes con ansiedad. ■

Mordidas de serpiente

ARMANDO VALDÉS

Armando de Armas
Mala jugada
D'Fana Editions
Miami, 1996, 130 pp.

LA ESCRITURA PUEDE SER LA BÚSQUEDA DE una respuesta aunque ignoremos la trascendencia de ese acto recurrente. Cuando Armando de Armas escribió en Cuba los cuentos de su libro *Mala jugada*, su escritura era ese acto de venganza que acepta comprender Cabrera Infante cuando se refiere a Reinaldo Arenas.

Como la más importante narrativa cubana de los últimos años, las historias narradas en *Mala jugada* no son historias de héroes; todo lo contrario, sus protagonistas intentan por cualquier vía escapar del coro repetitivo impuesto por la fuerza. Sabemos por experiencia que *escapar*, dentro de la isla, es sinónimo de *simular*, pero los personajes de estos cuentos no esconden sus diferencias; quieren vivir al margen de las órdenes porque para ellos ésa es la única forma de sentirse libres.

Armando de Armas acude a una representación alegórica de la realidad cubana. Los personajes del libro se dividen en dos grupos irreconciliables. Los *monikongos* son despreciados entre otras cosas por «contrahechos», «regimentados», «serviles» y «violentos», más que personajes forman parte de una masa uniforme encargada de impedir el nacimiento de cualquier diferencia; son referidos por sus actos en grupo porque carecen de voz propia. Los *vikingos* constituyen la contrapartida, en la desigual «lucha» contra las sombrías ordenanzas de los *monikongos*. Sin embargo los textos no se proponen estructurar una respuesta política al lenguaje oficial: basta con transcribir los testimonios de sus protagonistas.

Los siete cuentos de *Mala jugada* giran sobre las sucesivas reflexiones e historias

(«serpiente que se muerde la cola», aclara el autor) de tres personajes; el hidalgo Amadís, Cortadillo y la Pía. Reflexiones de nuevos caballeros andantes (jinetes) y de nuevas heroínas (jineteras), absueltos de condenas mojigatas si se presta atención a sus testimonios. Historias donde se reiteran progresivas alusiones intertextuales a las novelas de caballería y a la picaresca española.

Siete historias como el número de pecados capitales, o el paso de algo conocido a lo desconocido, un ciclo que se cumple –siete días– y otro que se apresta a comenzar. Una repetición de ruinas (también circulares) donde (como en el texto borgiano) algunos personajes alegan ser el resultado de un sueño, «el sueño de un escritor loco y presidiario en la España del siglo XVII» o (como la Pía), eslabón final de múltiples reencarnaciones, «de un tiempo viejo en que había sido soldadesca de las tropas de Pancho Villa y puta del harén de Alberto Yarini».

No menos delirante que los orígenes de estos personajes son sus confesiones en medio de la persecución de los *monikongos*, las paradojas de la supervivencia, y los efectos del alcohol y el sexo.

Armando de Armas deja «fluir» la conciencia de sus protagonistas adaptando el punto de vista del narrador a la naturaleza de lo narrado; explora la espiritualidad de estos marginales que una vez identificados entre sí, defienden con la libertad de sus cuerpos (y sus actos) el espacio que el discurso oficial les niega. El autor alterna la utilización de un narrador *homodiegético* que se presenta como un personaje dentro de la historia, con un narrador *autodiegético* héroe de la historia,¹ pero se parcializa también desde una tercera persona con la angustia (y el desenfreno) de los *vikings* en su enfrentamiento contra los *monikongos*. Esta alternancia enriquece sin dudas el discurso narrativo y, unido a la utilización de *lo fan-*

tástico y a las lúdicas referencias intertextuales, amplía el diálogo de significaciones de los textos.

En su interés por atrapar el vértigo que bordea las fronteras de lo lógico, no es casual que en dos cuentos del libro se arribe a *lo fantástico*. En Cuba se desconocen los límites entre lo real y lo irreal, sólo que en *Mala jugada* no se recrea la presencia del (absurdo) azar retomando el entusiasmo de una deslumbrada visión carpenteriana, sino como consecuencia de angustiosas imposiciones que vienen a unirse a otro azar ya (pre) existente.

El primer texto del libro «La Pía» (cabeza de serpiente) y el último «La Trinidad y el Triángulo» (cola), transgreden «las normas» de lo real. En una mezcla desaforada de orgía, alcohol, drogas y enfrentamientos al orden de los *monikongos*, se altera la lógica del tiempo y se metamorfosea lo aparental, en una ruptura de límites muy común en textos donde la hiperbolización de lo erótico ocupa un espacio protagónico.² Ambos cuentos remiten al lector a una realidad de dimensiones sobrenaturales (la escultura de India Guanaroca, especie de protectora divina de marginales, se convierte en un personaje más de la orgía) muy cerca de lo que Tzvetan Todorov ha llamado relatos de *lo maravilloso hiperbólico*.

«La Pía» y «La Trinidad y el Triángulo» abren y cierran otras cinco historias donde Aramis (a la postre personaje centro del libro) cabalga a través de un picaresco itinerario, en abierta lucha por sobrevivir sin entrar en el ruedo de la sociedad. Aquí lo que puede ser fantástico para un lector ajeno al contexto *absurdo-real* cubano (donar sangre para ganar a cambio una botella de ron, vivir del mercado negro, tratar de participar en una fiesta reservada a dirigentes y «vanguardias», acudir a un viejo amigo que viene de turista para comprar con dólares en una tienda) no lo es; forma parte de una cotidianeidad incoherente, especie de *situación límite* interminable que fascina por su rareza a

¹ GÉRARD GENNETTE. «Discours du récit», en *Figures III*, Paris, Seuil, coll. «Poétique», 1972, págs. 252-253. (Citado por Claudia Hannerschmidt en «Une 'galerie de voces' à la recherche de son écriture ou De l'impossibilité de commencer à parler». *Le néo-baroque cubain*. Editions du Temps, Paris, 1997, pág. 116.

² JEAN-LUC STEINMETZ. *La littérature fantastique*. Presses Universitaires de France, Paris, 1990, pág. 32.

sociólogos de laboratorio, utópicos militantes y turistas ingenuos, pero no a quien la padece trágicamente a diario.

A pesar de esto, la búsqueda de la libertad (o el disfrute de ella relegada por el contexto opresivo al territorio del cuerpo y a sus instintos sin límites) puede proponerse como tema de *Mala jugada*. Una búsqueda de libertad que en su relación con el contexto narrado, nos remite a lo que Barthes denominó *sentido afectivo* o *sentido patético* de una sociedad referida.³

Con su primer libro Armando de Armas se incorpora a una tradición de nuestra literatura inevitablemente vuelta a citar en los últimos años; la llamada literatura de la marginalidad. Textos de Carlos Montenegro, Lino Novás Calvo o Carlos Enríquez, pueden citarse como antecedentes.

La que en Cuba Salvador Redonet ha nombrado generación de *los novísimos*,⁴ explora muchas de estas zonas marginales, aunque estos textos llegan con bastante retraso a los lectores, esperan oportunidades de hacerse publicar o, en el peor de los casos, no se publican nunca. Será tarea futura de los estudios literarios establecer las relaciones de dos hechos artísticos (llámese de adentro y de afuera, dos orillas, exilio e insula) ocupados en representar un mismo referente. El desconocimiento de este referente (o la defensa esquemática de posiciones extra-artísticas) puede generar polémicas a la hora de valorar una escritura transgresora que necesita, además, la mención de circunstancias nada literarias para señalar sus diferencias compositivas. Con otras palabras: no es lo mismo escribir (e intentar publicar en Cuba) que lograr salir con los manuscritos inéditos, o (re) escribir en el exilio.

Para Jung y Keyserling la metáfora de la serpiente alude a zonas oscuras del incons-

ciente. Para Bachelard es una importante representación arquetípica del alma, la alternancia de vida y muerte. La Hidra de Lerna perduraba eternamente por la inmortalidad de su cabeza-centro, hasta que fue destruida por Hércules. La serpiente (con siete anillos) que se muerde la cola, repite ciclos de un tiempo detenido, como el Ouroboros (disco de bronce considerado el imago-mundi africano) retorna eternamente a un mismo comienzo.

Los textos de *Mala jugada* se adueñan de esa metáfora para representar con sus giros una danza desenfadada en medio de las angustias de la isla. Angustias que se repiten sin anunciar la cercanía de un fin. Pero ni siquiera en milenarias historias las astucias de demonios mitológicos han logrado sobrevivir al tiempo. Esperemos al menos que se salven (y se lean) libros como *Mala jugada*, para futuros inventarios de la memoria de estos años. ■

Un disidente total

ORLANDO CORÉ FERNÁNDEZ

Reinaldo Arenas
Adiós a mamá (De la Habana a Nueva York)
Prólogo de Mario Vargas Llosa
Ediciones Altera
1995, 176 pp.

EL NUEVO LIBRO DE REINALDO ARENAS (Holguín, 1943 - Nueva York, 1990) se abre y se cierra con dos relatos afines por su estructura: «Traidor» (La Habana, 1974) y «Final de un cuento» (Nueva York, julio de 1982). Ambos soliloquios —el de la vieja medio enloquecida, sobreviviente a la tiranía y a la revancha poscastrista, que testimonia sobre su amante ante un micrófono; y el del escritor frente a su doble, en el exilio— tienen una dramaturgia tan coherente, los personajes de una carnalidad tan enfurecida, que se diría fueron creados por su autor

³ VINCENT JOUVE. *La littérature selon Barthes*. Les éditions de Minuit. Paris, 1986, pág. 16.

⁴ Ver la antología *Los últimos serán los primeros* (1993), aunque el propio Salvador Redonet en «Otro final provisorio (Post) Novísimos ¿Y / o qué?» (*Unión*, N° 22, enero-marzo, 1996, pág. 68), nos presenta ya a los *post-novísimos*.

pensando en la puesta en escena. «Final de un cuento» creo que tiene su antecedente en «Los heridos», un cuento recogido en *Con los ojos cerrados*, libro de relatos de Arenas (Uruguay, 1972). El protagonista de «Los heridos» a escondidas de su madre, quiere salvar a un joven llamado Reinaldo que ha llegado herido a su puerta.

En «La torre de cristal» (Miami Beach, abril de 1986), el segundo cuento de *Adiós a mamá*, un narrador en tercera persona relata la pesadilla de un famoso escritor cubano exiliado en Miami. Reclamado por los notables de la diáspora, de un lado: «... Gladys Pérez Campo, máxima anfitriona de las letras cubanas en el exilio, a quien el mismo H. Puntilla había bautizado, para bien o para mal, como «la Haydee Santamaría del exilio...» y de otro lado por cinco personajes de su creación: «... el talentoso Delfín Prats Pupo. Mientras se bebía una cerveza (¿la quinta?, ¿la séptima?) a pico de botella, parodiaba a su creador, es decir, a Alfredo Fuentes, de una manera grotesca además de obscena e implacable. Con diabólica maestría, Delfín Prats Pupo imitaba, exagerándolos, todos los tics, gestos y manías del escritor, incluyendo su manera de hablar, de caminar y hasta de respirar...» Dentro de una torre de cristal, en medio de personajes –de uno u otro bando– reconocibles entre la farándula literaria cubana (aquí hasta sin el arreglo en los nombres establecidos en la autobiografía póstuma de Arenas). Cuento onírico; parodia pirandelliana; *poética* contestataria, disidente en los dos sentidos.

El tercer ¿relato? es «Adiós a mamá», que da nombre al libro. Su primera versión, perdida, según consigna el autor, data de septiembre de 1973; la segunda versión es de noviembre de 1980; lo que significa que ya estaba Arenas en el exilio cuando reescribió este canto funerario en 18 partes ¿o estrofas?, donde son sus personajes (el hijo, las moscas, los ratones, las cucarachas y los gusanos) quienes narran y comentan un alucinante rito de necrofilia alrededor de la Mamá: un personaje y un tema recurrentes en la obra de Reinaldo Arenas que, en «Adiós a mamá», da muestra de un auténtico barroquismo verbal y se reafirma como *maudit*.

«... Y si García Lorca dejó la historia trunca y confusa, lo justificamos. Aún más arrebatado –y con razón– que sus propios personajes, se fue detrás de Pepe el Romano, ese gigante con algo de centauro que respiraba como si fuera un león... Pocas semanas después (pero ésta es otra historia) el pobre Federico parecía a manos de aquel espléndido truhán, quien luego de desvalijarlo, ay, sin siquiera primero satisfacerlo (hombre cruelísimo), le cortó la garganta». En el cuento, Arenas rescata a las cinco hijas de Bernarda Alba –la Adela resucitada y embarazada–, quienes, ayudadas por la Poncia, huyen a Cuba. Allí se desarrolla la historia de «El cometa Halley» (Miami Beach, enero de 1986), contada en tercera persona por un narrador que recrea el ambiente de la isla a finales del siglo pasado y comienzos de éste, y se recrea en escenas de incesto y desparpajo erótico (mientras fugista de paso a algún personaje no muy difícil de reconocer como el del señor escritor García Markos), aprovechando el paso del cometa de 1910 como motivo para el clímax argumental. Los motivos estelares son de la preferencia de Reinaldo Arenas: un cuento como «El reino de Alipio» (en *Con los ojos cerrados*) da fe de ello.

«Algo sucede en el último balcón» es el quinto cuento. Qué bien narrada, en tercera persona, la historia de un hombre común que, en el balcón, mientras oscurece, recuerda su vida. Qué sentido de síntesis, qué eficaz estructura narrativa con que el autor logra una peculiar identificación del narrador y el personaje. Es un cuento escrito en La Habana, en 1963. Dentro de la sobriedad del tono hay, en «Algo sucede...» rasgos inconfundibles de un auténtico Arenas.

«La gran fuerza» (Nueva York, 1987) es un relato alegórico acerca de la Creación, con las figuras principales de La Gran Fuerza y su hijo: «... Pero el hijo ya no es el joven delgado y melenudo que para reafirmarse tuvo que desobedecer a su padre. Dueño de una gigantesca nebulosa, cultiva asteroides fluorescentes, ha perdido casi todo el cabello y tiene una hermosa prole (orgullo de la gran fuerza, algo debilitada por los años) a la que le está vetado el conocimiento de la astronomía...» No sólo en esta pieza, sino disperso a

través de toda la obra de Arenas, tratado con la misma irreverencia y sin prioridad alguna –como en el cuadro de Brueghel el Viejo donde el que marcha cargando la cruz hacia el calvario se confunde en la abigarrada multitud de escenas–, hay un sentido de religiosidad ligado al misterio del Universo y al «mito de la vida» («Regreso a La Habana», en *Viaje a La Habana*), que habrá que estudiar, y que me recuerda una idea de Lezama: «... Sólo existe el bien y su ausencia...»

A continuación viene un conjunto de cuatro viñetas o piezas: «Monstruo I», «Los negros», «La mesa», «Monstruo II», agrupados bajo el título general de «Memorias de la tierra. Monstruo I» (La Habana, 1972). Es un cuadro expresionista del dictador y la ciudad esclavizada: «... Al él cantar –así le decían a los estragos que producía su garganta– qué multitud congregada devotamente aplaudía. Al defecar, qué inmensa cola para aspirar de lejos el monumental vaho monstruoso...» Una parábola del poder.

«Los negros» (La Habana, 1973) parodia el género de ciencia-ficción: «... Lanzallamas invisibles, ondas sonoras que rajaban los cuerpos, desintegrantes que lanzaban al aire los cuerpos convertidos en pequeñas partículas luminosas, ratas atómicas y, sobre todo, aquella jauría voraz de perros supersónicos comprados a la Séptima Galaxia (nuestro enemigo) gracias a un despiadado convenio que casi nos llevó a la total ruina, dieron cuenta de los perseguidos en un tiempo *récord*, superando los planes previstos por el Ministerio del Acoso...» En «Los negros» –paradoja del odio–, el color de la piel intercambia su valor: «... Los negros ahora no eran negros. Eran extremadamente blancos...»

«La mesa» (La Habana, 1969) es, a mi juicio, de este conjunto de cuatro piezas narrativas, donde Arenas logra la plenitud del símbolo, la metáfora de una estafa de proyección universal, entrañable: tan cubana.

«Monstruo II» (Nueva York, 1980) sintetiza la tensión entre parodia y símbolo; el ciclo se cierra y recomienza: El tiempo circular recurrente en Arenas.

El círculo. En La Habana: «... Una ciudad de balcones abiertos con ropa tendida, una ciudad de brisa y sol con edificios que

se inflan y parecen navegar...», leí por primera vez (gracias a un amigo y con las consabidas precauciones), en un ejemplar de la revista *Mariel* –fundada y dirigida por Reinaldo Arenas en el exilio– el cuento que cierra *Adiós a mamá*: «Final de un cuento». Entonces, allá, entendí su *otra* lectura. Ahora, en el exilio, las dos mitades conmigo –en mí– conversan.

En La Habana, en la casa de Trocadero 162, me dijo María Luisa Bautista, viuda de José Lezama Lima: «A Lezama lo mató la Historia». A Arenas también lo mató la Historia. Su nuevo libro contiene algunos de sus temas predilectos –la disidencia y la homosexualidad–, su tono enfurecido y reidor, las antinomias de su estilo: nostalgia y odio, rechazo y amor... Pero, *Adiós a mamá* revela, sobre todo, la nueva *posibilidad* en la obra de Reinaldo Arenas: Si la Historia no lo hubiera matado habría vuelto a disentir, a superarse. Desde la *sobrevida* nos sigue provocando. ■

Otra vez (otras veces) la crítica

WALDO PÉREZ CINO

Ambrosio Fornet
Las máscaras del tiempo
Letras Cubanas
La Habana, 1994, 188 pp.

DE LO PRIMERO QUE INFORMA –ADVIERTE– Ambrosio Fornet al lector es del lapso de escritura de su libro: «Los trabajos aquí reunidos abarcan un período de casi treinta años». Esa afirmación no es meramente editorial y sobre ella se articula el discurso central de *Las máscaras...*, que es un discurso poblado o compuesto de otros y cuya fuerza reside en, justamente, esa yuxtaposición. Por eso es, también, en su mayor parte un discurso que no hallamos en el texto mismo, sino que se desprende de él. Fornet

dispone (casi a modo de *exempla*, de motivos jalonados para su articulación ulterior) las partes que lo hacen posible, y cuya composición independiente, adscrita sin remedio a la circunstancia que la generó, permite (¿u obliga a?) construir otra figura, desenvuelta en esos espacios entre huella y huella, artículo y artículo, y cuyo fondo difícilmente podría definirse o formularse. Casi –casi– una planta cartográfica de la crítica, que no llega a serlo porque sus contornos son por definición evanescentes y tenemos un plano sobre otro, rasgos superpuestos. Paradójicamente, el que las partes que integran el todo no hayan sido concebidas como unidad –como libro– es lo que confiere aquí sentido unitario al texto y explica su título.

El libro consta de tres cuerpos bien diferenciados, temáticamente: en el primero, *Proposiciones*, Fonet se ocupa de la narrativa cubana de la segunda mitad del siglo; el segundo, *Indagaciones*, abarca una miscelánea que va de Kafka a Roa o Benedetti; el último, *Carpenteriana*, lo dedica íntegro al estudio –como el título proclama– de la obra narrativa de Carpentier. En todas, la superposición de textos escritos en diferentes momentos y –por eso– desde distintas perspectivas nos conduce a una visión de conjunto, donde la relación entre las partes cuenta tanto como (¿o más que?) cada una de ellas.

Lapso de escritura: tiempo recorrido. No te bañarás dos veces en el mismo río ni ejercerás –al tiempo indiferente– idéntica la crítica, lo que vale, a fin de cuentas, como el reconocimiento de su doble condición: llevada por seducciones y aquiescencias efímeras, vuelve una vez y otra sobre un objeto sin variación en sí mismo, esto es, sobre textos ya fijos, anclados en la palabra, inmutables. Mudable es el sentido, el de las lecturas, el que condiciona o configura o ilumina o enmudece la crítica.

Y de eso se trata: como otros *saberes* afines, la crítica (por suerte o por desgracia, pero esto es un hecho) convive en promiscua mescolanza con lo histórico y lo contingente, con motivaciones ajenas a lo propiamente literario y con la tendencia, no por cuestionada menos ejercida, a establecer juicios valorativos, curiosamente, a partir de otras realiza-

ciones de valor –como pueden serlo (en sentido amplio) la ideología, o la ‘bondad’ de ciertos raseros metodológicos, o la simple preeminencia de unos enfoques o márgenes teóricos sobre otros–. Sobre esos varios criterios de legitimación funda la crítica, en proceso de convalidaciones circulares y sucesivas, la legitimidad de un canon literario cuyos rasgos pertinentes, sin cesar en mudanza, podemos rastrear en las páginas de *Las máscaras...*; aquí circunscrito –y contrastado, claro, con otros espacios– a los últimos treinta años de la construcción de ese canon, en Cuba. No creo que una lectura que privilegie sobre todo las *Proposiciones*, subordinándole las *Indagaciones* y completándolas con *Carpenteriana*, desvirtúe –más bien, lo contrario: probablemente coloque en su justo sitio– el alcance de la obra ni su figura última.

Fonet, qué duda cabe, es de los críticos que más asiduamente ha participado como tal en la narrativa cubana del período, cuyo complejo entramado –y sus entretelones incluso, de no menor densidad– él ha conocido muy bien, siguiéndolos de cerca: juez y parte. Al punto –valga como dato– que por sus manos han pasado, antes de publicarse y tomar su forma definitiva, muchas de las obras de las últimas décadas. Así que no hay que extrañar que aparezcan aquí, contrastados y puestos en evidencia, los tópicos y los tics y las venturas y desventuras del ejercicio crítico en Cuba.

Y volviendo (porque algo habrá que decir) a las partes –menos que al todo–, a los discursos que jalonan el continuo –dejando de lado la figura que el espacio entre esas muescas compone–: se puede concordar o discrepar con mucho de sus asertos, de los criterios teóricos que los sustentan y de los principios de los que parte; pero el caso cierto es que una serie importante de los elementos que, hoy por hoy, conforman el canon literario en Cuba, se deben en alguna medida (y aparecen en: la cesión es mutua) a su continuo trabajo crítico. Piénsese, por citar sólo un par de ejemplos, en la delimitación generacional al uso para la narrativa posterior al 59, en gran parte responsable suya; o en la tan llevada y traída noción de *narrativa de la Revolución*, que tanto se maneja en *Las máscaras...*, y que como apunta el

propio Fornet, devino en una fórmula ritual de nuestra crítica; o en el peso de sus observaciones sobre la cuentística cubana, y así un amplio etcétera –que no vamos a desgranar ahora porque desbordaría esta reseña.

¿Por último? Pues que, por todo eso, *Las máscaras del tiempo* resulta, si no un documento imprescindible (lo cual es un lugar común que poco dice), sí un referente interesante, y mucho, a la hora de estudiar las realizaciones del discurso crítico en Cuba. Y que su mayor virtud prefiero buscarla por los borrosos contornos de ese discurso –¿o figura?– que no está en las partes sino en el todo, que no encontraremos explícito en el texto –acaso porque no podría escapar a alguna de sus máscaras, a los rasgos efímeros del rostro de la crítica– y que, en cambio, se deja tan bien hilvanar, seguir en su movimiento, entenderse sin formulaciones porque –amén de un ejercicio de lucidez y honestidad crítica– es, sobre todo, vislumbre, asunción de los tiempos (del tiempo). ■

De la sequedad y la paramera

GERARDO FERNÁNDEZ FE

Roberto Friol
Tramontana
Ediciones Unión
La Habana, 1997, 72 pp.

UN SIMPLE RELATO DE ANTON CHEJOV, uno más: el del oficial Riabovich, de pequeña estatura, *hombre tímido y falto de mundo*, capitán de una brigada artillera de reserva, debatiéndose en silencio entre la aspereza de la vida militar, su torpeza de mujik..., y una obsesión, no importa cuál, de esas que nos arrumban.

Si la poesía toda de Roberto Friol ha sido la de un estar entre el clamor de la Realidad y el silencio del Ser, entre el *afuera* que le re-

sulta hostil y el *adentro* de tanto ardor, *Tramontana* deviene corolario de una obsesión ya evidente en *Alción al fuego* (1968), y una sequedad (sequedad del Ser pero también del trazo), que tomó cuerpo en *Turbión*, *Tres*, *Gorgoneion*...

Más allá de cualquier visión reductora que la circunscriba al testimonio de una angustia, o a la insistencia en la Muerte, o a la remembranza rilkeana de un tiempo pasado, inocente y perfecto, la escritura de Friol parece ser la de la encrucijada entre el estar y el no-estar, el incluirse y el no-incluirse –o quizás el ser incluido y el no ser-incluido. Hay constantemente un *afuera* y un *adentro*; y en pocos poetas, como en Friol, se vislumbra ese cisma entre el uno y el otro. Tal vez sea esto la paramera (región desierta, sin vegetación, tan poco usual en nuestra topografía poética insular) que le acerca a la aspereza eslava del expoliado Joseph Brodsky o a la del siervo Taras Shevchenko..., como mismo a aquel oscuro oficial de Chejov. Escritura del impedimento (no importa el que sea; insisto), del vivir lastrado, que es además escritura de humildad inaudita.

También aquí, en *Tramontana*, como en *Turbión* y en *Tres*, aparece el relator, el destinado a contar cuanto ve y cuanto le abruma, cuanta Realidad lo ensordecce y cuanto Ser se le escapa a un *adentro* y a sus palabras de siempre: *tumulto del solitario*, *esquinazos de la vida*, *humildad de cerrar los ojos sin espanto*... Aunque el propio Friol no reconozca su posible herencia, la lectura de su poesía toda suele remitirnos al diecinueve cubano, al dolor de la Zambrano o al Casal más obsesivo –menos biombo y jardín japonés–, al de *tranquilo, iré a morir con los pequeños*.

Entre tanta bruma del afuera, tanta pompa y aderezo de moda, leer, nuevamente, en *Tramontana*, el *adentro* –sus texturas–, como si leyéramos a secas cartas del diecinueve, que se deshacen de tan poca humedad; o como si palpáramos aquella *tela de rusia* que vestían, hacia 1868, las primeras partidas de mambises: hombres también obsesivos y violentos, a veces relatores, oscuros y claros oficiales (de Chejov), en la manigua o en la paramera, entre el clamor y el silencio. ■



Revista de Occidente

Número doble 202-203

1898:

¿DESASTRE NACIONAL O IMPULSO MODERNIZADOR?

Artículos de

Sebastian Balfour, Andrés de Blas,
Vicente Cacho Viu, Astrid Cubano,
M.^a Dolores Elizalde, Manuel Espadas Burgos,
Josep M. Fradera, Eduardo González Calleja,
Elena Hernández Sandoica, José-Carlos Mainer,
Jordi Maluquer de Motes, Juan Pan-Montojo,
Rafael Sánchez Mantero, Rosario Sevilla,
Rosario de la Torre, José Varela Ortega,
Francisco Villacorta

Cartas a encuentro

☒ Estimados amigos de *Encuentro de la cultura cubana*, reciban mis felicitaciones por ese gran trabajo que están realizando y que merece muchos elogios. La revista es de excelente calidad (...) Celebro sinceramente el esfuerzo de todos ustedes en trabajar en un proyecto como éste, que nos ayuda a todos los cubanos (a los de la isla y a los de la diáspora) a conocer, apreciar y profundizar en nuestra cultura nacional. Hay tanto que hacer para superar obstáculos que desde ya debemos poner de nuestra parte lo que podamos aportar para dar a conocer la cultura cubana al propio pueblo de Cuba. Sí, aunque parezca increíble esto es necesario a la mayoría de nuestra población. Cuántos artistas cubanos (y cuando digo artistas utilizo la palabra en el sentido más amplio) han sido prohibidos, censurados o sencillamente ignorados, cuántos que por el hecho de residir y producir sus obras en el exterior han sido de la misma forma prohibidos aquí en Cuba. La lista es bastante amplia e incluye a columnas de la cultura cubana como el desaparecido Gastón Baquero, Reinaldo Arenas, Guillermo Cabrera Infante, y acá en la isla José Lezama Lima, Virgilio Piñera y tantos otros (...) Diría que es muchísimo lo que desconocemos de nuestra propia cultura, al menos lo digo por los de acá; por eso me alegro al ver que ustedes brindan todo de sí para que la cultura cubana sea conocida y apreciada. Los animo a continuar, a no desmayar en ese empeño; talento y voluntad no les falta.

ARAMÍS VILLAVICENCIO (La Habana)

☒ Aprovecho la ocasión para felicitar a la redacción y a los colaboradores de *Encuentro*, en verdad una magnífica revista. Ojalá que por fin en 1998 se cumplan para todos los cubanos nuestros sueños y esperanzas de una patria libre y democrática donde no se persiga a nadie por sus ideas.

OSCAR ESPINOSA (La Habana)

☒ Honestamente considero *Encuentro* como lo mejor que se publica acerca de la cultura cubana (...) Leí con sumo interés el trabajo de Fernando Carballo sobre el último libro de Regis Debray titulado *Alabados sean nuestros señores (Una educación política)*. Muy bueno. (...) Les felicito por haber convertido *Encuentro* en una realidad. Hacía falta.

RENÉ DÍAZ (Uppsala)

☒ La presentación de *Encuentro* es de una calidad tremenda (...) Mis felicitaciones por una revista tan estimulante intelectual y estéticamente.

HOLLY ACKERMAN (Tulane)

☒ Fue un alegrón llegar a mi casa y hallar el paquete con los números de *Encuentro* (...) De inmediato me puse a leer, sediento como Pecos Bill en el desierto (...) Les envió mi más cálida felicitación a todos los hacedores de tan necesaria publicación que tiene, a mi humilde entender, un valor supremo: el de mantener la vigencia de algo que dijo José Martí y de lo cual el régimen no se ha podido apropiar, porque su cúpula precisamente promulga todo lo contrario: La palabra se hizo para decir la verdad, no para encubrirla. Muchas gracias por todo. Han sido autores de una gran alegría, que inundó a toda mi familia aquí, en esta desértica y sísmica región pedemontina de la cordillera de los Andes.

EZEQUIEL PÉREZ MARTÍN (Mendoza)

☒ El bellissimo ensayo «Otra pelea cubana contra los demonios», de Jesús Díaz, me estremeció (...) más que nada porque señala ese enorme abismo que separa a los cubanos. No obstante todas nuestras buenas intenciones, rezos, súplicas y bondad, quién sabe si esa barrera se pueda trepar algún día. Es un muro invisible, que quizá sea más duro de vencer que el de Berlín, que era tangible. En fin, me encantó el ensayo, al igual que el último número. Espero que las predicciones sobre el futuro de Cuba hechas por Marifeli Pérez-Stable prueben ser ciertas (...) He notado que a veces aparece en *Encuentro* la cabeza de la hidra de los anglicismos (admito que yo cometo las mismas faltas); lo digo para engrandecer aún más la revista, que es excelente, y que nos hace mucha falta, particularmente en esta coyuntura.

ADRIANA MÉNDEZ (Iowa City)

☒ Con gran interés he leído varios artículos de *Encuentro* y la parte general de información relacionada con eventos de artistas cubanos en el mundo (...) Creo que este esfuerzo por mantener vivo el espíritu de la cultura cubana en un contexto de alta calidad intelectual realmente merece el apoyo de todos los que de una forma u otra participamos en el desarrollo de la misma.

GLADYS TRIANA (Nueva York)

☒ Les envió un caluroso saludo para 1998, deseándoles el éxito que *Encuentro* merece. La revista es lo mejor que se publica en el ámbito cultural sobre Cuba y sobre la diáspora. Es fundamental que persistan en difundir la revista en Cuba, comenzando así la obra de transformación y regeneración de una cultura enferma y desmoralizada. La única crítica que les menciono es que no hay por qué brindarle páginas a oportunistas como Abel Prieto, que continúa siendo fiel a un régimen represivo que rechaza una genuina apertura democrática. En algún momento el señor Prieto tendrá que explicarse.

JUAN DEL ÁGUILA (Atlanta)

☒ Les dejo un abrazo junto a mi felicitación por el esfuerzo de *Encuentro*, tan importante para la confrontación de ideas sobre nuestro país y su posible equilibrio.

MINERVA SALADO (México D. F.)

☒ Por cortesía de Eduardo Muñoz Ordoqui y Marta María Pérez Bravo han llegado a mis manos un par de números de *Encuentro*. La excelencia del material ahí publicado y el indudable valor que posee la revista para promover, discutir y «encontrar» nuestra cultura, me han estimulado para enviarles algo de mi trabajo como crítico de artes visuales.

JUAN ANTONIO MOLINA (Pachuca, México)

☒ He seguido con detenimiento cada uno de los números de *Encuentro*. Los que vivimos fuera de nuestro país agradecemos enormemente la calidad de los textos y el interés que en la revista vuelca el equipo directivo (...). Digo como Lezama: «no espero a nadie e insisto en que alguien tiene que llegar».

RADHIS CURÍ QUEVEDO (Valencia)

☒ A mi parecer, *Encuentro* juega un papel importantísimo en esta triste etapa de nuestra historia. Se necesita un foro libre en el cual *toda* Cuba se pueda expresar, sin herir o causar tragedias. Sin embargo, hace falta que *Encuentro* le preste más atención a la generación cubana que nació o se crió en el exilio. Conocida como la «Generación Ñ», este grupo jugó y está jugando un papel muy importante en nuestro desarrollo como pueblo.

Es interesante notar que ésta fue la generación que se crió no con cuentos de hadas, sino con cuentos de Cuba. Ésta es la generación que se crió con sus familias divididas, con dos idiomas, con conflictos de identidad, y queriendo un lugar que conocían sólo por los cuentos de otros. ¿Acaso estas personas son menos cubanas por ser víctimas de un ridículo y miserable proceso histórico? La historia del exilio, sea en España, Miami o Nueva York, todavía está por escribir. Ojalá que algún día se reconozca la generación que fue forzada a desarrollarse fuera de la Cuba material, pero no de la Cuba Eterna.

JOSÉ BADUÉ (Nueva York)

☒ Escribo para felicitarlo por el último número de *Encuentro* que recién llegó a mis manos. Me parece una iniciativa loable y muy necesaria en el momento actual de nuestro país.

ALEJANDRO PORTES (Princeton)

☒ Quien escribe (...) agradece la posibilidad de leer un texto con marcada calidad literaria y rigor teórico. Además de tener una buena factura editorial, la revista ilustra y hace pensar. También logra mantener los vínculos de comunicación cultural tan necesarios entre los cubanos de todas partes. (...) he estado pensando después de observar cómo se van interrelacionando los miembros de la diáspora cubana, en trabajar para fomentar de manera más concreta y sistemática el estudio del pensamiento cubano.

OSCAR LÓPEZ (Miami Beach)

La silenciosa pintura de Severo

La muestra que presentó el Museo Reina Sofía de Madrid (enero-marzo 1998) reunió setenta y seis obras de Severo Sarduy (Camagüey 1937-París 1993). Siempre pintadas sobre diferentes soportes (la corteza de un árbol, papel o cartón, lienzo) es significativo que las dimensiones de las obras apenas rebasen las de una página. ¿Se sentaba Severo a escribir? ¿Escribía pintando Severo? Otro detalle: elaboraba sus obras con un pincel de un solo pelo recitando un mantra personal.

Ya en los setenta (*Cobra* aparece en el '72, *Barroco* en el '74 y a finales de la misma década sale *La Simulación*) la pintura cobra mucha más importancia para Sarduy, hasta el punto de hacerle decir que «escribir es pintar», considera a la pintura un lenguaje tan fundamental como la palabra. «Cada línea trazada, desde el comienzo hasta el final, está en peligro de muerte. Puede expirar, fatigarse, renunciar a su trayecto, borrarse por sí sola. El cuadro descorazona hasta la última pincelada. No dice más que una cosa: abandóname». ●

Cubanos en ARCO 98

Hace varios años que Cuba viene asistiendo con regularidad a la feria de ARCO y lo hace con dos de sus galerías más emblemáticas: «La Acacia» y «Galería Habana», esta vez compartiendo el mismo espacio expositivo. «La Acacia» volvió a contar, como en anteriores ediciones, con la presencia de Roberto Fabelo, al mismo tiempo que apostaba por nuevos valores como Reinero Tamayo, Rubén Alpízar o Cosme Proenza. «Galería Habana», que siempre se ha acercado a la feria con propuestas más novedosas –y arriesgadas– trajo a Elsa Mora, unos acabados retratos de Aimmé García y a una Rocío García de la Nuez limpia y fuerte que despertó las ganas de más de un coleccionista.

Sin embargo, la mayoría de los artistas cubanos, desde los más jóvenes hasta algún que otro maestro, venían representados por galerías extranjeras con las que han firmado contratos y en cuyos países residen y traba-

jan temporalmente. En otros casos el convenio con la galería sólo implica representación y siguen desarrollando su producción artística en la isla. La isla también puede convertirse en el lugar al que escasamente se vuelve, entonces se transforman en «desislados», término acuñado por el crítico y curador cubano Gerardo Mosquera al referirse a los artistas plásticos que encuentran en otras geografías un espacio para la comercialización de sus obras.

Dentro de las galerías extranjeras que presentaron obras de artistas cubanos está la haitiana «Bourbon-Lally», con piezas de Carlos Estévez y Santiago Rodríguez Olazábal. La mexicana «Ramis F. Barquet» (el año pasado trajo obras de los cubanos Ernesto Pujol y Flavio Garciandía, ausentes en su propuesta de este año), ha repetido con fotografías de Marta María Pérez (también representada por la galería valenciana de Luis Adelantado), con obras de una cada vez más genial José Bedia (la «Polígrafa», de Barcelona, ofrecía tres impresionantes aguafuertes del pintor cubano) y alguna pieza, bastante mal colocada, de Cruz Azaceta. Kcho venía de la mano de varias galerías, la de Bárbara Gladstone se llevaba lo mejor que el artista presentaba en la feria y Los Carpinteros, que recibieron el Premio del Público a la mejor obra en ARCO '97, se ubicaron con la galería «Iturralde», de Los Angeles, en la sección de Project Rooms y de paso lograron que su proyecto 'Archivo de Indias' fuese comprado por la Fundación ARCO. Fotografías de Ana Mendieta se podían ver en la galería «Elba Benítez», de Madrid. Lienzos de Manuel Mendive, instalaciones de Ernesto Pujol, fotografías en color y a gran formato de Juan Pablo Ballester y obras de Camacho, Waldo Balart y Wifredo Lam también estaban presentes en galerías que participaron en ARCO '98. ●

El negro de Waldo

Waldo Balart regresa a Madrid después de haberse afincado unos años en Lieja. Nacido en Banes, Balart es un constructivista que utiliza la geometría como una disciplina

y como una búsqueda rigurosa de la síntesis de sus ideas.

Lo realmente interesante de esta exposición de Waldo en la «Galería Edurne», de Madrid, es el color. La tarjeta de invitación nos avisaba sobre un fondo negro mate con la frase «Black Paintings» y es que Waldo, a contracorriente, negó siempre el negro como color, considerándolo como la adición de todos los colores. Esta vez el negro toma protagonismo y cae sobre las figuras geométricas de color puro y plano para convertirse en un elemento decisivo en la composición. Ha pasado a ser de un color conscientemente ignorado al eje que estructura y define las formas empleadas por el artista. Si Waldo, con toda razón, afirma que la práctica constructivista elimina los elementos representacionales para acceder a un espacio atemporal, el viraje que implica la inclusión del negro otorga a sus obras una «sensación» que aleja y disimula los rigurosos e intelectuales preceptos del constructivismo más puro. ●

Islas / Islands

El concepto de isla, su significación, desentrañar la singularidad de una realidad otra, de una manera de sentir diferente, es lo que se ha propuesto exhibir el Centro Atlántico de Arte Moderno (CAAM) en colaboración con la Junta de Andalucía. La exposición inaugurada en Las Palmas de Gran Canaria en septiembre del pasado año llega al Centro Andaluz de Arte Contemporáneo en los meses de abril y mayo de este año, después de haber pasado por el Centro de Arte «La Granja» de Santa Cruz de Tenerife.

Dentro de los artistas invitados a participar en la muestra se incluyen los cubanos José Bedía, Manuel Mendive y Santiago Rodríguez Olazábal, emparentados en el origen religioso de sus propuestas. Orlando Britto Jinordio, Comisario de la exposición, casi llega a la queja cuando nombra a varios artistas cubanos que hubieran podido estar presentes en el proyecto (tal es el caso de Osvaldo Yero, Ana Mendieta o Luis Cruz Azaceta) y que finalmente no fueron incluidos.

Islas / Islands editó un excelente catálogo en dos volúmenes, el segundo de ellos dedi-

cado a reproducir ensayos que sobre el tema han escrito diversos investigadores y que colocan en diferentes ángulos de estudio el problema de la insularidad. ●

Exposición en Segovia

Andrés Lacau, pintor cubano residente en Madrid, expuso sus cuadros en la galería segoviana del «Rancho». Esta vez dio a conocer su serie *Mitología Taurina II*. Lacau aborda el tema taurino desde una perspectiva muy personal en la que la violencia es sustituida por la búsqueda de la sensualidad. ●

Paquito D'Rivera en Lisboa

El virtuoso cubano del saxofón ha estado nuevamente en la capital portuguesa, donde, como es habitual, ha cosechado éxitos notables. El diario *Público*, el de mayor circulación en Portugal, le ha dedicado una página completa a la visita del músico cubano, que desde 1994 no visitaba el país. ●

Música y embargo

Muchos músicos norteamericanos han decidido desafiar las restricciones imperantes en cuanto a relaciones con Cuba y han viajado a la tierra del tocoloro y la palma en busca de nuevas fuentes de inspiración. Y ya se sabe que los resultados de estos intercambios culturales siempre benefician a todos. Roy Hargrove, Wynton Marsalis, Steve Coleman, George Benson y otros son algunos de los que han pasado por La Habana y han tocado en «La zorra y el cuervo», o en la casa de Pablo Milanés, o ante alumnos del Instituto Superior de Arte. Y el mejor resultado de todo esto ha sido la creación de la orquesta Crisol, que ya ha grabado seis discos y que está compuesta por músicos de ambos países. Nada, que el son y la Helms-Burton no marchan por el mismo camino. ●

La figura humana y el arte

Desde que el mundo es mundo la figura humana ha sido fuente de inspiración de los artistas plásticos y no plásticos. Pero reivindicar la figura de la mujer latina y exiliada me-

diante dibujos, fotos y grabados, es algo que la cubana Ana Mendieta (La Habana, 1948 - Nueva York, 1985) llevó hasta sus máximas consecuencias. Por eso la galería «Elba Benítez», de Madrid, ha exhibido hasta el 11 de enero una serie de obras de esta artista tan especial. ●

Otra de Paquito D'Rivera

Obras del malogrado músico cubano Emiliano Salvador y de otros compositores latinoamericanos han sido interpretadas por el saxofonista cubano junto con The United Nation Orchestra (Blue Jackel). Según el diario *El País*, con esto se mantiene «vivo el espíritu panamericano de Dizzy Gillespie». ●

¿Es ultra o post la modernidad?

Ésta es la pregunta que se hicieron los pensadores Iván de la Nuez y José Antonio Marina en una conferencia a dos voces celebrada el 29 de enero en el Centro Atlántico de Arte Moderno del Cabildo Insular de Gran Canaria. Mientras Iván de la Nuez defiende la vigencia del pensamiento postmoderno, José Antonio Marina se pronuncia por un pensamiento ultramoderno. ●

Sida y literatura

Todavía le falta mucho camino por recorrer al virus VIH, tanto en el ámbito clínico como literario. El cine ha abordado el tema con más frecuencia y lucidez. Por eso resulta tan oportuna la publicación de *Toda esa gente solitaria* (Ediciones La Palma, Canarias), volumen que recoge 18 relatos cubanos directamente relacionados con el mundo de los enfermos de Sida en Cuba. Los autores son todos jóvenes y 17 de ellos residen en la isla; sólo David Díaz, de 25 años, reside en España y su relato se titula «No le pidas al diablo que lllore». ●

Premio «Café Gijón»

Otra vez un cubano se lleva a casa el premio de novela negra «Café Gijón». En esta ocasión, el galardón fue obtenido por Matías Montes Huidobro por su novela *Esa fuente*

de dolor, obra en la que «novela con amargura y lucidez una Cuba prerrevolucionaria exenta de tópicos». Montes Huidobro es un cubano afincado en Miami desde hace años. ●

Ojos desnudos

Éste es el título de la exposición fotográfica que en noviembre del 97 inauguró el artista cubano Abigaíl González Piña, en la galería habanera «Aglutinador». La muestra se compone de fotos en blanco y negro de 55 por 70 cm. El detalle simpático es que algún departamento policial cubano especializado en Lacras Sociales, citó a este artista debido a que eso de *Ojos desnudos* hacía inferir que se trataba de fotos pornográficas. ●

Frank Emilio y Lecuona

Frank Emilio, ese excelente pianista cubano, ha sido invitado por Wynton Marsalis a viajar a Nueva York después que «Milan Music» publicara su *Tribute to Ernesto Lecuona*. ●

Cabeza de zanahoria

El taller literario «Wichy Nogueras» del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, y la Asociación de Escritores de la UNEAC, celebraron en noviembre pasado un coloquio en Ciudad de La Habana para analizar y discutir la obra del escritor cubano Luis Rogelio Nogueras (1944-1984). Este coloquio se celebró como homenaje a los 30 años de la publicación de *Cabeza de zanahoria*, primer poemario de Nogueras, aparecido en 1967. ●

Los norteamericanos y el embargo

Un grupo de personalidades y organizaciones políticas, económicas y humanitarias de los Estados Unidos ha decidido crear la AHTC (Americanos para un Comercio Humanitario con Cuba), nueva y poderosa coalición que tiene el propósito de hacer frente al embargo norteamericano a Cuba. Entre sus integrantes figuran congresistas demócratas y republicanos, los cineastas Francis Ford Coppola y Oliver Stone, James Schlesinger, ex Secretario de Defensa y Director de la CIA, Frank Carlucci, Asesor de Seguridad

Nacional de Ronald Reagan, el general John Sheehan, ex Comandante en Jefe de la OTAN, el empresario David Rockefeller, el director del Congreso Judío Americano, Phil Baum, y Paul Volcker, ex Presidente de la Reserva Federal. El nuevo lobby es una fuerza más en pro de una legislación que autorice a las empresas norteamericanas a vender alimentos y medicinas a Cuba. ●

Comment peut-on être cubain?

Pintura, instalaciones, fotografías, todo esto hay en la muestra que la Fundación Ludwig y la Embajada de Cuba en Francia han organizado en París entre febrero y marzo del presente año. Artistas como Sandra Ramos, Carlos Estévez, Agibaíl González y otros, exponen sus obras en la Maison de l'Amérique Latine de la capital francesa. ●

Maestros clásicos cubanos

El Carnegie Hall de Nueva York ha organizado este tributo a los grandes maestros cubanos de la música de los siglos XIX y XX. Saumell, Espadero, Cervantes, Caturla, Lecuona, Orbón y Brouwer, son algunos de los nombres más relevantes de nuestra historia musical cuyas obras han sido escuchadas el 10 de enero en este importante centro cultural neoyorkino. ●

Seminario sobre Cuba

Del 16 al 18 de diciembre pasado la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid celebró el Seminario «Cuba: cuatro décadas de utopía y realidad». En el mismo participaron Luis Yáñez, diputado del PSOE, Pedro Marces, eurodiputado de IU, Felipe Lázaro, Redactor Jefe de *La Prensa del Caribe* y otras personalidades de la política y la docencia. ●

Magia yoruba

El pasado octubre tuvo lugar en la sala Caracol de Madrid un concierto afrocubano con algunas de las mejores voces procedentes de Cuba, entre las que destacan Alina Sánchez y Teresa Guerra. ●

Imágenes de hechos reales

Juan Pablo Ballester ha expuesto en Madrid, en la galería «Marta Cervera» una serie de fotografías que anuncian estar «basadas en hechos reales». Y estos hechos reales parecen no ser otros que el extrañamiento y la nostalgia propios del exilio. ●

Expulsión sin explicación

Peter B. Schumann, directivo del Festival de Cine de Berlín, fue expulsado de La Habana dos días después de su llegada al aeropuerto de Boyeros para participar en el XIX Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano. Schumann, especialista en cine latinoamericano, se ha pronunciado varias veces a favor de los Derechos Humanos en Cuba. Después de ser detenido el pasado 30 de noviembre, se le retuvo en las dependencias de inmigración del Ministerio del Interior y no se le permitió contactar con su embajada. ●

Leosbel Jiménez, «Hanny»

En las calles habaneras no sólo se encuentran ruinas. Andando por esas esquinas y vericuetos entrañables que desembocan en el mar, Leosbel Jiménez, alias Hanny, fue descubierto por el sello británico Mr. Bongó, que de inmediato grabó su *Voice of Cuba*, en el que se mezclan formas tradicionales de la música cubana con letras y arreglos de gran modernidad. ●

Artistas jóvenes

Desde noviembre del 97 hasta enero del 98 ha estado abierto en varias ciudades españolas el 14º Supermercado del Arte, proyecto que se ocupa de la promoción de los más jóvenes creadores dentro del mundo cada vez más amplio de las Artes Plásticas. ●

Los disidentes cubanos hoy

Éste es el título de la conferencia pronunciada por Federico Campbell Peña en México D. F. el pasado 11 de noviembre. Campbell Peña, que participaba en el coloquio

«Cuba a la hora del cambio», aseguró que «A pesar del golpe recibido por ‘Concilio cubano’, perduran en Cuba células de activistas que han perdido el miedo para formar grupos cívicos ajenos al Partido del Estado». ●

Debut escénico

La soprano Margarita Díaz accedió por vez primera al escenario en la Sala Ernesto Lecuona del Gran Teatro de La Habana. En este concierto-homenaje actuaron además Luis Carbonell, Huberal Herrera, Nelson Canacho y otros primeros solistas del centro Pro Arte Lírico. La presentación estuvo a cargo de los actores Isis Acosta y Benny Seijó. ●

Passages dell'arte

Ocho artistas de varios países, entre los que se encuentra Juan Luis Morales Menocal, nacido en La Habana, se han unido en esta sorprendente asociación que a finales de 1997 ha exhibido sus obras en París. El cuadro *La sabrosa*, de Morales Menocal, resume varias generaciones de pintores cubanos, al tiempo que posee un lenguaje muy personal. ●

Reporteros sin fronteras

Esta organización, con sede en París, ha hecho público en octubre pasado un documento («Cuba hors du parti, point de salut») en el que denuncia la persecución a que son sometidos los periodistas independientes cubanos residentes en el país. El texto menciona los nombres de muchos de estos periodistas que en la actualidad cumplen sentencias de cárcel por el simple hecho de ejercer su profesión. ●

Premio «Felipe Trigo»

El escritor cubano Rafael J. Benítez ha obtenido el premio de narraciones cortas del concurso «Felipe Trigo», convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. El jurado presidido por Fernando Sánchez Dragó, después de casi doce horas de deliberaciones, decidió otorgar el premio en esta modalidad a la obra *Un sótano para unas manos*, de Benítez. ●

Cuba y Puerto Rico 1898.

Las Perlas de las Antillas

Una planta de tabaco, una sembradora y un conjunto de machetes y hachas utilizadas en la siembra de la caña abren el montaje de esta exposición en el Museo de América de Madrid. La muestra, que se expone durante marzo y abril, abarca desde la cultura taína hasta aparatos relacionados con la producción de tabaco y azúcar, mapas y cuadros, muebles y objetos domésticos. ●

Concierto lírico

La Sala Ernesto Lecuona del Gran Teatro de La Habana había programado acoger a dos artistas jóvenes, Yetsabel Arias y Julio César Véliz con el propósito de continuar una tradición muy arraigada en Cuba como lo es el gusto por la música lírica. Este concierto tuvo lugar en noviembre del 97 pero no en el sitio previsto, sino en el café Sevillano del hotel Inglaterra, lugar que cuenta con planta eléctrica, ya que el día previsto para el concierto «tocaba apagón» en el teatro. No obstante, el espectáculo, que contó con la dirección general de Carlos Luis Rodríguez, salió adelante con un excelente programa que incluyó obras de Verdi, Lehar, Gonzalo Roig y otros.

Gladys Triana

La pintora cubana Gladys Triana ha expuesto el pasado año en la galería parisina «Espacede Nesle». Los cuadros, en los que la rueda (no el movimiento) resulta un elemento recurrente, contienen enigmas de reminiscencias surrealistas. También la galería «Trapezio», de Lima, expuso entre agosto y septiembre del 97, una muestra de acuarelas y pinturas de Triana en las que, además de la rueda, el libro en cuanto objeto plástico ocupa un lugar principal. ●

Premio «La Rosa Blanca»

La Sección de Literatura Infantil y Juvenil de la UNEAC ha otorgado el Premio «La Rosa Blanca» a *Vuela, Ertico, vuela*, de Joel Franz Rosell. Además del premio en texto, esta obra obtuvo los de edición e ilustración. ●

La compañía de teatro El Público, dirigida por Carlos Díaz, ha realizado una extensa gira por España con la obra *Fresa y Chocolate* de Senel Paz, que culminó en Madrid con gran éxito de público. La obra, una pieza de cámara intimista y desgarradora, interpretada por Fernando Hechevarría (Diego), Vladimir Cruz (David) y Alfredo Alonso (unificador simbólico de varios personajes), es la primera de un ciclo de giras que incluirá próximamente otras puestas como *El Público* de Federico García Lorca y *Calígula* de Albert Camus. La Producción corrió a cargo de Alexis Rojas. ●

Libros recibidos

■ AA.VV.; *Morir del texto. Diez obras teatrales*; Ed. Unión, La Habana, 1995, pp. 400. Diez dramaturgos cubanos nacidos entre 1950 y 1966 se han unido en este volumen que recoge lo mejor de las piezas teatrales escritas en Cuba en las últimas décadas. Obras como *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea* de Abilio Estévez o *Manteca*, de Alberto Pedro Torriente, han constituido éxitos notables en sus puestas en escena.

■ AA.VV.; *XX Premio Félix Francisco Casanova*; Ed. Excmo. Cabildo Insular de La Palma, 1997, Tenerife, pp. 50. Este volumen recoge los premios de poesía y narrativa «Félix Francisco Casanova» otorgados por el periódico *El Día* y el Excmo. Cabildo Insular de La Palma. En este caso ambos galardones fueron obtenidos por Osbely Armada González, cubano de sólo 23 años de edad, por su «Tríptico donde el ave se bebe la luz» y «Este cuento no será publicado», respectivamente. También aparecen obras de los jóvenes canarios Oscar Bazán Rodríguez y Kilian Magec Montesdeoca González, cuya publicación fue recomendada por el jurado.

■ AA.VV.; *XXXI Concurso Literario Círculo Obrero de Béjar*; Ed. Casino Obrero de Béjar, 1997, pp. 90. Volumen que contiene los textos galardonados con los tres primeros lugares en este concurso. El tercer premio correspondió a «Vivir sin la patria, es vivir», del escritor cubano Luis Manuel García. El autor,

que ha ejercido además la docencia universitaria, la investigación científica y el periodismo, vive actualmente en Sevilla y es miembro del equipo de redacción de *Encuentro*.

■ ÁLVAREZ BRAVO, ARMANDO; *Cabos sueltos*; Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 126. Poeta y crítico de amplia trayectoria editorial, Álvarez Bravo ofrece al lector este nuevo título en el que, de alguna manera, se resumen su lírica y su saber. Libro de madurez sin resonancias de desilusión, aunque sí de amargura: «y estériles se parten los labios, / ya sin los espejismos, / en que fue asesinada la inocencia», posee, aunque su título y su diseño de portada no lo sugieran, uno de los mejores atributos de la poesía: puede resultar una grata compañía. Álvarez Bravo es, además, miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

■ BORDAO, RAFAEL; *Propinas para la libertad*; Ed. Palmar, New York, 1998, pp. 16. Este breve poemario que obtuvo el «Premio Internacional de Poesía Poeta en Nueva York 1997», forma parte de un libro mucho más extenso del mismo título. Su autor ya nos tiene acostumbrados a ese tono de turbulencia contenida en el que se mezclan las obsesiones más personales con cierto disfrute sensual de la realidad exterior. Rafael Bordaño trabaja en Estados Unidos como profesor de Español y Literatura. Sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano y hebreo.

■ CABRERA MAS, IGNACIO; *Cavidad*; Ed. Betania, Madrid, 1995, pp. 102. La trayectoria de la poesía de amor es quizá la más curiosa y extensa en la historia mundial del género. Y estamos aquí ante un poemario de amor. Y también de sexualidad, como ya desde el título se nos avisa y las ilustraciones de José Ramón Llanes nos confirman. El tema tiende por sí solo, a eso que Jorge Vallas, prologuista de esta obra, ha definido como «el grato cansancio de las expansiones».

■ COLUMBIÉ, ENA R.; *El exégeta*; Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1995, pp. 72. La colección guantanamera (como la famosa Guajira) LA FAMA, publica esta curiosa investigación sobre el poeta Regino Boti. Y lo que resulta sorprendente es que más que ocuparse del

quehacer poético de Boti, lo hace del sentido crítico y autocrítico que en cuestiones literarias tenía el poeta de Guantánamo. *El exégeta* es una obra breve pero no pequeña, de gran utilidad si se quiere adelantar algo en el propósito de ir desentrañando y conociendo los entresijos más legítimos de nuestra cultura.

■ COUFFON, CLAUDE; *Poésie Cubaine du XXe Siècle*, Editions Patiño, Ginebra (Suiza), pp. 548. No es la primera vez que el destacado hispanista y crítico francés se ocupa de la poesía cubana, de la que es un profundo conocedor, como demuestra nuevamente en esta cuidada antología bilingüe, encabezada con un prólogo suyo en el que ofrece un apretado panorama de la poesía escrita en la isla. En esta selección están representados cincuenta y siete autores, desde José Martí, que es el único poeta del siglo XIX incluido, hasta Zoé Valdés, pasando por Agustín Acosta, Regino Boti, Mariano Brull, Nicolás Guillén, Eugenio Florit, Manuel Navarro Luna, José Lezama Lima, Gastón Baquero, Virgilio Piñera, Emilio Ballagas, Dulce María Loynaz, Fina García Marruz, Roberto Fernández Retamar, Fayad Jamís, Pablo Armando Fernández, Severo Sarduy, Manuel Díaz Martínez, Antón Arrufat, César López, José Triana, Heberto Padilla, Nivaria Tejera, Abilio Estévez y Rolando Sánchez Mejías, entre otros. La impecable traducción de los textos es también obra de Couffon.

■ CURÍ, RHADIS; *Penumbra del cuervo*; Ed. Llorens, Valencia, 1996, pp. 6. No se trata propiamente de un libro, no por su cantidad exigua de tamaño y de folios, sino porque forma parte de un libro del mismo título y mucho más extenso. No obstante, esta breve muestra de seis poemas es más que suficiente para descubrir un tono poético propio y un drama personal asociado al destino de un país que se disuelve en la nada. Los versos finales del poema titulado «Como para no escribir nunca más», resultan reveladores en este sentido: «La utilidad de la esperanza / queda / tan sola / en una hoja de papel». Rhadis Curí nació en Santiago de Cuba en 1960.

■ FERNÁNDEZ FE, GERARDO; *Las palabras pedestres*; Ed. Unión, La Habana, 1996, pp. 52. Cuaderno ganador del premio «David»,

en 1995, es éste un poemario en buena medida singular dentro del concierto poético cubano de hoy. La sensorialidad desmedida, la historicidad o el drama social han cedido felizmente el paso a una poesía reflexiva que se apoya en el universo de la cultura. Y lo sorprendente es que las muchas referencias a Nietzsche, a la Biblia, a Acteón, a los coptos, etc., no llegan a darle nunca un tono de pedantería filosófica o académica a estos versos; más bien sucede lo contrario: podrá cualquier lector, por menos iniciado que sea, descubrir mientras camina que también Baudelaire o Zenón o el que sea son simples mortales que andan a pie junto a nosotros.

■ FERNÁNDEZ SONEIRA, TERESA; *Cuba. Historia de la educación católica 1582-1961*. Ed. Universal, Miami, 1997 (2 t.), pp. t. I, 474, t. II, 438. Ya se sabe que, a pesar de algunos logros indiscutibles de la revolución cubana en cuanto a educación, en Cuba existieron, antes de 1959 (esto hay muchos que lo ignoran) magníficas instituciones docentes, algunas de las cuales llegaban hasta los sectores más pobres de la población. Dejar esto bien claro, valiéndose de documentos y testimonios personales de gran valor, es lo que ha intentado la autora de este libro. En él podrá encontrar el lector, de manera resumida, toda la historia de la educación católica en Cuba antes del triunfo revolucionario, y podrá sacar sus propias conclusiones.

■ GARCÍA MARRUZ, FINA; *Habana del centro*; Ed. Unión, La Habana, 1997, pp. 426. Volumen que recoge por vez primera muchos de los poemas escritos por Fina García Marruz en los últimos veinte años. Poemas por los que transita un legítimo aliento de nostalgia que no deviene en amargura, sino en fuerza, delicadeza y testimonio. Esta poeta, nacida en La Habana en 1923, es hoy una de las figuras más relevantes de la poesía escrita en español.

■ HEREDIA, AÍDA L.; *La poesía de José Kozer. De la recta a las cajas chinas*; Ed. Verbum, Madrid, 1994, pp. 144. Se trata de una indagación a fondo en los temas y motivos que están presentes en la obra del poeta José Kozer. La autora va descubriendo (y descubriéndole al lector) las obsesiones fundamentales de Kozer y los recursos poéticos de

que se vale para conjurar unas y adorar otras. Temas eternos como el amor y la muerte, son rastreados con fino olfato por esta profesora de la Universidad de Howard, especializada en la obra del poeta cubano. De este rastreo obtiene la conclusión de que «La poesía de Kozer surge al final como afán de gracia y acto de gracias que preside un estado de hambre» y de que es una «liturgia poética intensa, flexible, ecuménica».

■ JIMÉNEZ LEAL, ORLANDO; *8-A. La realidad invisible*, Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 232. Este libro constituye un documento de gran importancia para comprender (quizá sería mejor decir para no olvidar) aquel suceso insólito que fue el arresto, el juicio y el fusilamiento del General Arnaldo Ochoa. El libro, además de incluir el guión del documental del mismo nombre, cuenta con información directa obtenida de los medios de difusión masiva y con opiniones y testimonios que lo convierten en un texto para la historia, especialmente la carta dirigida por el General (ya ex cuando la redactó) Patricio de la Guardia a Roberto Robaina y a Osmani Cienfuegos. Se presenta con un prólogo de Guillermo Cabrera Infante, cuyo título hace superfluo cualquier comentario: «Los procesos de Moscú en La Habana».

■ JORGE, ANDRÉS; *Pan de mi cuerpo*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1997, pp. 142. Esta novela del joven escritor cubano obtuvo el pasado año el Premio Joaquín Mortiz Primera Novela. Construida con una técnica en la que se mezclan con acierto entrevistas, testimonios y documentos ficticios, *Pan de mi cuerpo* es una narración a veces delirante en la que lo religioso y lo sexual conviven para dar vida a Graciela Vidal, la protagonista. Andrés Jorge nació en Cuba en 1960 y actualmente reside en México.

■ LEYVA GUERRA, JUAN; *Pompa solo*, Ed. Uvero, Santiago de Cuba, pp. 108. De esta atractiva novela corta dijo el novelista José Soler Puig: «Pocas novelas logran un hábito de misterio y reafirmación del ser humano como el conseguido en *Pompa solo*». Y estas palabras del novelista santiaguero quizá sean las que mejor definen esta obra que deja al lector lleno de preguntas inquietantes cuya respuesta es posible que no se encuentre jamás.

■ MARTÍNEZ ARANGO, FELIPE; *Los Aborígenes de la Cuenca de Santiago de Cuba*, Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 294. Antiguo profesor de Prehistoria de Cuba de la Universidad de Santiago de Cuba, Martínez Arango presenta ahora esta obra, resultado de las investigaciones y excavaciones que él dirigió personalmente en la zona de la Cuenca de Santiago de Cuba. Para los especialistas en estos temas este libro resulta fundamental, puesto que clasifica por vez primera una gran cantidad de árboles, peces, reptiles, moluscos, etc. de esa región, y extrae conclusiones de gran interés acerca de la vida de los primeros pobladores de la Isla.

■ MARTÍNEZ-SOLANAS, GERARDO E.; *Gobierno del Pueblo: Opción para un nuevo siglo*, Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 114. Justamente cuando en el mundo entero surge un gran interés por las transiciones democráticas y las posibles vías o modelos para llevarlas a efecto, aparece esta obra de este economista cubano, en la que no sólo se manifiesta como un devoto incondicional de esta forma de gobierno, sino que analiza y propone soluciones posibles a partir de presupuestos de gran rigor académico. Soluciones que, si bien no pueden ser consideradas como «recetas» sí trazan algunas pautas generales muy certeras, aplicables en cualquier punto del planeta y adaptables a sus respectivas realidades. Tanto es así, que el Dr. Nelson Amaro, prologuista del libro y Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle de Guatemala, lo considera «una agenda para el siglo XXI».

■ MENÉNDEZ, RICARDO; *La 'seguridad' siempre llama dos veces...; y los orichas también*, Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 318. Balseros, contrabandistas de café, ñañigos, policías, éstos son algunos de los ingredientes fundamentales que componen esta novela que, por momentos, resulta delirante. Narrada en primera persona y con una prosa directa, refleja con bastante fidelidad las penas y alegrías de los cubanos a ambos lados del Estrecho de la Florida. No es una obra de pretensiones literarias de gran alcance, pero sí un testimonio novelado de mucho valor e interés. Su autor nació en La Habana en 1942 y cumplió nueve años en prisión en Cuba por actividades insurreccionales. Actualmente reside en Fairfax, Virginia.

■ MOLINA, LEÓN; *Señales en los puentes*; Ed. Diputación de Albacete, 1994, pp. 70. Es obvio que en la poesía joven se prefigura de algún modo el destino del poeta y en la poesía de madurez se intenta explicar ese destino. Lo difícil, en todo caso, será precisar cuándo termina una y comienza la otra. Y León Molina parece justamente a la mitad de ese camino. Sus versos, a veces amargos, suelen dejar entrever algo de esa infancia cubana devenida en adolescencia española (y esto no es sólo geografía); pero también divisan un más allá (tampoco geográfico exclusivamente) que quizá sea la verdadera patria del poeta, ésa en que «pesará peces que cambiará por panes / y se irá al asilo / sin que le salga el milagro».

■ MOLINA, LEÓN; *Breviario variable*; Edición casera realizada en Albacete (para amigos), 1997, pp. 56. Poemas muy breves (ninguno excede los seis versos y muchos son sólo de tres) estructurados desde el principio con el propósito, tal vez deliberado, de formar con ellos un cuaderno para ser leído únicamente por los amigos de toda la vida, pero que muy bien pueden servir también para adquirir amigos nuevos. Este *Breviario variable* de León Molina tiene el tono sugerente de las confesiones personales y sinceras y llega hasta el lector como sostenido por «un equilibrio / cuyos resortes desconozco».

■ MONTERO, REINALDO; *Medea*; Ed. Unión, La Habana, 1997, pp. 92. Esta obra obtuvo en 1996 el premio «Italo Calvino» convocado por la UNEAC y Arci Nuova, de Italia. Omar Pérez, que integró el jurado que otorgó el premio, ha dicho que «con Medea, su autor ha querido regalarnos una demostración de que el único 'buen sentido' posible es el sentido del humor».

■ MOREJÓN, NANCY; *Elogio y Paisaje*; Ed. Unión, La Habana, 1996, pp. 106. Se trata de dos poemarios («Elogio de la danza» y «Paisaje célebre») reunidos en un solo volumen. No obstante, a pesar de que ambas obras toman como pretexto manifestaciones artísticas independientes (la danza y la plástica) existe entre ellas una coherencia que va más allá de la simple apreciación y aprehensión de estos presuntos temas y atrapan (o transforman) una realidad que es siempre única y que hace posible que el libro sea uno solo.

Poemas dotados de un gran sentido de lo sensual, en los que convergen, además, tradiciones de pueblos como México y Cuba.

■ NIETO, BENIGNO S.; *Los Paraísos Artificiales*; Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 484. La Cuba de los primeros años del triunfo revolucionario está magníficamente recreada en esta novela. Y ése es su mayor acierto. No se trata de cómo era la economía o qué aspecto tenían las casas, los hoteles y los parques entonces; aunque todo esto aparece bien descrito, se trata de algo mucho más sutil e importante: de las zozobras interiores que empezaron a padecer los cubanos al tratar de indagar el rumbo verdadero que tomaría aquel proceso que se presentaba aureolado por el más puro mesianismo. *Los Paraísos Artificiales* es una novela que se lee con agrado y que sirve para ejercitar la memoria y poder ver con alguna claridad por qué los últimos 40 años han sido lo que han sido para Cuba.

■ OLIVARES BARÓ, CARLOS; *La orfandad del esplendor*; Ed. Aldus, México D. F., 1995, pp. 260. Historia de infancia narrada en primera persona, esta novela se apoya más en los impactos espasmódicos que pueden recibir los sentidos que en un flujo narrativo coherente. Olivares Baró nació en Guantánamo en 1950 y actualmente reside en México, donde trabaja como profesor de Semiótica y Lingüística en la Universidad Nuevo Mundo.

■ PÉREZ-CISNEROS, ENRIQUE; *En torno al «98» cubano*; Ed. Verbum, Madrid, 1997, pp. 164. Muy a propósito para estos días en que tanto se ha publicitado el final del dominio español de sus colonias y el comienzo de la era yanqui en el mundo, este ensayo de Pérez-Cisneros se lanza a fondo en la búsqueda y exposición de los hechos que dieron lugar a aquellos sucesos. Y lo más importante de este libro radica justamente en eso: en los hechos. El autor rehúsa convertirse en juez o exégeta y tiene el gesto amable de limitarse a mostrar información y datos rigurosamente bien documentados y dejar que cada quien extraiga de ellos sus propias conclusiones. Pérez-Cisneros ha representado a Cuba como diplomático y es especialista en la historia, la política y la economía de la Isla.

■ PÉREZ DÍAZ, ENRIQUE; *Inventarse un amigo*; Ed. La Galera, Barcelona, 1997, pp. 58.

Por primera vez en la literatura infantil cubana, un autor residente en la isla incorpora el tema de los balseros. Aunque lo referido al emigrante clandestino no ocupa el centro de la trama, el hecho de que sea el único personaje adulto con rasgos abiertamente positivos le da un destaque especial. La novela cuenta la soledad de un niño de salud endeble y equilibrio psicológico perturbado por el divorcio de sus padres; un tema frecuente en la literatura infantil universal que Pérez Díaz enriquece con su visión crítica de la familia cubana de nuestros días. Tras osar una narración alternativa en segunda persona (un *alter ego* que se inventa el niño solitario), el autor acaba resolviendo los conflictos de manera facilista y poco verosímil. No obstante, la obra deja un saldo promisorio, tanto desde el punto de vista de sus contenidos como de las búsquedas formales.

■ PÉREZ-VIDAL, ÁNGEL; *Historia íntima de la Revolución Cubana*; Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 258. Pérez-Vidal posee, entre otros títulos, el Doctorado en Psicología Clínica, y es desde la óptica de esta formación que acomete esta especie de «terapia histórica» para ese proceso revolucionario que alguna vez fue joven y fuerte y que ya es vulnerable y senil. Escrito a modo de memorias, el libro narra las experiencias personales del autor como integrante de los grupos que conspiraban contra Batista y su participación inicial en el gobierno revolucionario al lado del presidente Urrutia; incluye también cartas y documentos que hacen de esta obra un instrumento de especial interés.

■ PRIETO, ABEL; *No me falles, Gallego*; Colección Ateneo de Los Teques, Venezuela, pp. 94. Los cinco cuentos que componen este volumen («La virtud singular», «El Caricaturista», «Servilia Valdés», «Dos almuerzos» y «No me falles, Gallego») nos muestran a un narrador que conoce su oficio y que sabe manejar el humor con discreción y eficacia. Abel Prieto se adentra en un costumbrismo parabólico que se caracteriza por el tratamiento farsesco de la anécdota —lo que le abre el camino a la sátira política y social— y pone siempre el material narrativo en función de una tesis. Los ejemplos más notables del empleo de este procedimiento son el cuento titulado «El Caricaturista» —en el

que aborda el dilema de un artista honesto en una sociedad corrupta— y el que da nombre al libro —en el que aconseja presentar batalla a los fantasmas del pasado que intentan paralizar el libre curso de la vida. Los cuentos más críticos los sitúa Prieto en un marco histórico anterior a la revolución; pero, al ser simbólicos sus cuentos, los límites epocales que los enmarcan pasan a ser sólo un decorado, un telón de fondo, y el mensaje que portan trasciende. De ahí que a través de ellos podamos hacer la lectura de fenómenos sociales similares que afectan, bajo otras condiciones y en un escenario distintos, a la sociedad cubana actual.

■ VARELA Y MORALES, FÉLIX; *El habanero. Papel político, científico y literario*; Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 244. Volumen que recoge los siete números de *El habanero*, publicados por el Padre Varela entre 1824 y 1826. Contiene también, a modo de introducción, un ensayo breve de José M. Hernández en el que afirma que de las muchas «caracterizaciones del humilde sacerdote, sin embargo, quizá la más sugestiva y, al propio tiempo, más exacta, sea la que sirvió de título a un documental hecho en La Habana con motivo del bicentenario de su natalicio: *El primer cubano*».

■ VIERA, FÉLIX LUIS; *Inglaterra Hernández*; Universidad Veracruzana, Xalapa, 1997. El «Período Especial», decretado por Fidel Castro desde la desaparición de las subvenciones soviéticas, constituye el tema y *leit motiv* de esta noveleta del conocido narrador y poeta cubano, actualmente establecido en México. A su habitual estilo obsesivo y minimalista, particularmente eficaz dado el asunto que aquí aborda, añade Viera un efecto extrañador y sarcástico con esa continua preocupación de uno de los personajes sobre la forma en que será presentado por el narrador. Estructuran la noveleta dos anécdotas paralelas, unidas por vasos comunicantes: la de Adjunto Jiménez, el oportunista cínico, y la de Genovevo Artilles, el «cumplidor» abnegado, víctima hasta la fatalidad que amenaza incluso su única *ventaja* en la vida: los indescritibles senos de su mujer, Inglaterra Hernández. Hay un humor amargo en este catálogo de sórdida cotidianidad cubana de los años 90, rica únicamente en el pintoresco lenguaje que la denomina y

que el autor ha sabido recoger con maestría. Una novela corta, pero no menor en la bibliografía de F. L. Viera.

■ VITIER, CINTIO; *Poesía*; Ed. Unión, La Habana, 1997, pp. 482. Con un excelente prólogo de Emilio de Armas, poeta y crítico cubano exiliado en Miami, aparece ahora este volumen de *Poesía* de Cintio Vitier, uno de los poetas cubanos más importantes del presente siglo.

■ VITIER, CINTIO; *Poética (Obras I)*; Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 284. Escritor de rica y larga trayectoria, Cintio Vitier con esta *Poética* resume de algún modo la labor de toda su vida. Sus convicciones más profundas y maduradas a través de los años, componen el cuerpo teórico de esta obra desde ya indispensable.

■ ZÉNDEGUI, GUILLERMO; *Las primeras ciudades cubanas y sus antecedentes urbanísticos*. Ed. Cuban National Heritage y Ed. Universal, Miami, 1997, pp. 88. Espléndida obra del autor de *Ámbito de Martí*, en la que, además de un texto accesible y preciso, una muestra fotográfica realizada con gran rigor ayuda a la mejor comprensión del asunto tratado. La obra se adentra en temas como la planificación colonial de las ciudades, los orígenes y fijación de los primeros asentamientos poblacionales y un bosquejo histórico del desarrollo urbanístico de La Habana durante los años de la colonia. Con ella el Cuban National Heritage contribuye al propósito del «rescate y restauración del patrimonio nacional y artístico de la nación cubana».

Pasar revista

■ AMÉRICA LATINA HOY (Nº 15, abril 1997 y Nº 16, agosto 1997, pp. 108 y 132 respectivamente). Revista de Ciencias Sociales coeditada por el Instituto de Estudios de Iberoamérica y Portugal, Universidad de Salamanca, y Seminario de Estudios Políticos sobre Latinoamérica (SEPLA), Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid. El Nº 16 está dedicado al tema general de «Élites y democracia» y aborda asuntos de tanta importancia y vigencia hoy en Latinoamérica como la «reconstrucción de la sociedad civil» o «los

tiempos de transiciones». Todos los trabajos publicados resultan de gran utilidad ya que arrojan luz sobre problemas que por momentos parecen no tener solución. Directores: Manuel Alcántara y Esther del Campo. Dirección: Torre de Abrantes, c/ San Pablo, 26; 37001-Salamanca.

■ BOLETÍN DEL COMITÉ CUBANO PRO DERECHOS HUMANOS (ESPAÑA). (Nº 23, otoño de 1997, pp. 44 y Nº 24, invierno 97-98, pp. 36). Este *Boletín* presta especial interés a la gestión en favor de los que en Cuba cumplen condenas de prisión por presuntos delitos políticos. El Nº 23 dedica varias de sus páginas a rendir homenaje al fotógrafo cubano Alfredo Lozano, fallecido el año pasado en Puerto Rico. Incluye también una excelente crónica («Disidente I») del escritor cubano Carlos Sotuyo, residente en Miami. Presidenta: Marta Frayde. Dirección: Apartado de Correos 45011; 28008-Madrid.

■ CALETA. (Nº 4, Segunda Época, 1997, pp. 110). Revista gaditana de Literatura y Pensamiento. En este número tiene especial interés el texto de Ana Belén Martín Sevillano «Postmodernidad creadora en Cuba», en el que analiza con agudeza aspectos del arte y la cultura en la Isla y su relación con la circunstancia social y política que allí se vive. También el escritor cubano Rolando Sánchez Mejías publica una serie de viñetas o narraciones breves o poemas en prosa o como quiera que se llame a estas curiosas indagaciones llenas de sugerencias y signos. Director: José Manuel García Gil. Dirección: c/ Tamarindos, 3; 11007-Cádiz.

■ CARTA DE CUBA (Nº 2, otoño del 96 y Nº 7, primavera del 97, pp. 36 y 48, respectivamente). Esta publicación se dedica a divulgar crónicas, artículos y noticias de los periodistas independientes de Cuba y de sus colaboradores en el exterior. Algunos trabajos, como el de Adolfo Fernández Saiz («¿Vendrá el Papa a Cuba?... Y si viene... ¿Qué pasará?»), Nº 3) ya han encontrado respuesta en su primera pregunta; en cuanto a la segunda, está por ver. No faltan tampoco muestras del mejor humor cubano, como el artículo «Cuca, la emperatriz», de Héctor Peraza Linares (Nº 2) en el que se narra la historia de la adquisición de una chiva para poder darle leche a una niña. Editores: Carlos Franqui, Andrés

Candelario y Mario I. García. Dirección: P. O. Box 9352, San Juan, Puerto Rico 00908.

■ CARTA LÍRICA (Nº I y Nº IV, pp. 28 cada uno). Revista de poesía hecha en Miami y que se distribuye gratuitamente en más de cien universidades y organizaciones literarias de Hispanoamérica, España y Estados Unidos. El Nº IV incluye poemas de Jesús Orta Ruiz y Carilda Oliver Labra, entre otros muchos cubanos. Director: Francisco Henríquez. Dirección: 130 NW 189th St., Miami, FL 33169, USA.

■ CATÁLOGO DE LAS LETRAS (Nº 9-10, pp. 20). Revista cubana de divulgación cultural que se distribuye gratuitamente en la Isla (los escasos ejemplares que logran introducirse). A pesar de su formato tabloide y de su impresión modesta, esta revista posee un diseño cuidadoso y presenta artículos, críticas literarias, trabajos de opinión, etc. de seria selección. Este Nº 9-10 contiene una entrevista a Ernesto Sábato realizada por Juan Pablo Bermúdez, que resulta especialmente reveladora acerca de la vida y la obra del escritor argentino. También pueden leerse en él dos artículos de mucho interés, el primero de Adolfo Rivero Caro («Los homosexuales y la disidencia»), y el segundo de Gerardo Mosquera («Carlos Garai-coa»). Director: Soren Triff. Dirección: P. O. Box 557304, Miami, FL 33255-7304, USA.

■ CONJUNTO (Nº 105 enero-abril de 1997, pp. 112). Revista que se ocupa de recoger críticas, estudios teóricos e informaciones acerca del teatro latinoamericano, así como textos completos de obras. Este Nº 105 está dedicado especialmente al teatro colombiano. Contiene también el texto leído por Omar Valiño el 20 de diciembre de 1996 en homenaje a Rine Leal con motivo de su fallecimiento. Directora: Rosa Ileana Boudet. Dirección: Casa de las Américas, 3ra. Y G, El Vedado, La Habana, CP 10400, Cuba.

■ CORREO DE CUBA (Nº 4, pp. 48). Revista de la emigración cubana publicada trimestralmente y adscrita a la Dirección de Asuntos de Cubanos Residentes en el Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba. Se ocupa de temas muy diversos que van desde una entrevista a Harry Villegas (Pombo en la guerrilla del Che en Bolivia) en la que habla del guerrillero argentino, hasta un artículo sobre el jazz en Cuba, sin pasar

por alto la visita del Papa a suelo cubano o el erotismo en la poesía de Carilda Oliver. Gerente: Alfredo G. Pierrat. Dirección: calle 21 Nº 406, Vedado, La Habana, Cuba.

■ CRÍTICA (Nº 68, noviembre-diciembre de 1997, pp. 120). Revista bimestral de la Universidad Autónoma de Puebla, dedicada al arte, la literatura y la cultura en general. La novela policiaca en México, un extenso trabajo sobre el novelista Norman Mailer, una narración de Antón Arrufat son, entre otras, algunas de las atracciones que este nuevo número de crítica pone en manos del lector. Director: Armando Pinto. Dirección: 2 Norte 1006, Aptdo. Postal 1430, CP 72000, Puebla, Pue. México.

■ CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (Nº 567, septiembre; 568, octubre; 569, noviembre y 570 diciembre 1997, pp. 150 cada uno). El Instituto de Cooperación Iberoamericana publica mensualmente esta revista literaria en la que colaboran algunas de las personalidades más sobresalientes del mundo cultural de hoy. El Nº 567 contiene un excelente dossier dedicado al escritor Josep Plá, mientras que en el 568 podrá leerse un artículo de la cubana Rosa Ileana Boudet dedicado al teatro cubano actual y su diálogo con los mitos. Los números 569 y 570 incluyen un dossier sobre aspectos del psicoanálisis, el primero, y una monografía sobre la relación idiomática español-portugués, el segundo. Director: Blas Matamoro. Dirección: Av. de los Reyes Católicos, 4; 28040-Madrid.

■ CUBANEO (Nº 1, 1997, pp. 28). Revista realizada en Cuba de manera artesanal y con un criterio totalmente informal y lúdico. Hace mucho énfasis en el aspecto gráfico. El equipo de redacción y diseño está integrado por Manelic R. Ferret, Jacqueline Herranz, Alejandro Aragón y L. Oria.

■ DESAFÍOS (Nº 18, julio-agosto y Nº 19, septiembre-octubre 1997, pp. 48 cada uno). Revista editada por la Solidaridad de Trabajadores Cubanos (STC) y que se dedica a analizar diversos aspectos de la realidad cubana de hoy y, como señala su título, los «desafíos» a que esta realidad nos convoca. El Nº 18, entre otros asuntos, se cuestiona la legitimidad del V Congreso del Partido Comunista cubano, celebrado en octubre pasado. El Nº 19, por su parte, enfatiza mucho más en temas

obreros, aunque también se ocupa del mencionado Congreso del PCC y publica una entrevista al Ministro cubano de Cultura, Abel Prieto, en la que éste describe la situación editorial de la Isla y el resurgimiento de las revistas culturales. Consejo de Dirección: encabeza la lista Heriberto Fernández. Dirección: Apto. Postal 50, San Antonio de los Altos, Municipio Las Salías, Edo. Miranda, Venezuela.

■ **DISIDENTE** (Nº CXX, junio 1997, pp. 20). Publicación de la organización del mismo nombre, que se proclama independiente, sin fines de lucro, imparcial, democrática y pluralista. En este número se publica el mensaje del presidente Clinton en ocasión del Día de la Independencia de Cuba (20 de mayo) y un artículo de mucho interés sobre el pelotero cubano Conrado Marrero, famoso lanzador de otros tiempos, que este año cumple 87. Director: Ángel W. Padilla Piña. Dirección: P. O. Box 360889, San Juan, Puerto Rico 00936-0889.

■ **ENFOQUE** (Nº 59, julio-sept. 1997, pp. 30). Revista bimensual de la Diócesis de Camagüey. Aunque se trata de una publicación de carácter religioso, inserta habitualmente en sus páginas artículos y comentarios sobre cultura, sociedad, etc. En esta entrega aparece un texto de Antonio Aiello en el que analiza con agudeza y lucidez algunos aspectos de la poesía de Nicolás Guillén: «Nicolás Guillén: de *Cerebro y corazón* a *Por el Mar de las Antillas*. Director: P. Álvaro Beyra Luarca. Dirección: Casa Diocesana Nuestra Señora de la Merced, Plaza de los Trabajadores Nº 4, Apto. 72, Camagüey, Cuba, CP 70100.

■ **ESPACIOS** (Nº 3, 3º trimestre, 1997, pp. 40). Publicación trimestral del Equipo Promotor para la Participación Social del Laico (EPAS), de la Arquidiócesis de La Habana. En el espíritu de esta revista está presente no separar la práctica religiosa de la práctica social, por lo que sus trabajos abordan estos temas integrándolos y no escindiéndolos. El presente número contiene textos de gran atractivo para aquéllos que estén interesados en proyectar su ética personal y su conducta social desde los postulados del Evangelio. Director: Eduardo Mesa. Dirección: Casa Laical, Teniente Rey e/ Bernaza y Villegas, La Habana, Cuba.

■ **LA GACETA DE CUBA** (Nº 2, 3, 4, 5 y 6, de marzo a diciembre de 1997, pp. 64 cada una). Revista bimensual editada por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Tal vez sea cierto el decir de que en ciertas políticas culturales es necesario morirte para que te resuciten. Éste pudiera ser el caso del poeta Gastón Baquero, muerto en el exilio el pasado año y a quien el Nº 4 de *La Gaceta* le dedica buena parte de sus páginas. Director: Norberto Codina. Dirección: Calle 17 Nº 354, esq. H, Habana 4, Cuba.

■ **EL HERALDO CUBANO** (Nº 28, 29, 30 y 31, de sept. de 1997 a enero de 1998, pp. 20 cada una). La organización «Fraternidad Cubana» que agrupa en Suecia a cubanos exiliados, publica todos los meses esta revista con la que pretenden no ser despojados de su identidad nacional y sus raíces. Trabajos sobre la Virgen de la Caridad, Félix Varela, la prisión de Boniato, y las relaciones Cuba-Estados Unidos, reafirman que esta comunidad que se ha visto forzada a cambiar las temperaturas tropicales por los fríos polares, está empeñada, pese a todo, a seguir siendo lo que es. Director: Rigoberto Artiles Ruiz. Dirección: Glanshammarsgatan 48, 4 tr. 124 71, Bandhagen, Stockholm, Sweden.

■ **INFORME SEMANAL DE POLÍTICA EXTERIOR** (Nº 108, 19 enero y Nº 110, 2 febrero 98, pp. 8 cada uno). Editado por Estudios de Política Exterior, S. A., estos boletines abordan diversos conflictos que atañen a las relaciones e interrelaciones de la política internacional. El Papa en Cuba, el tema palestino, la crisis argelina, entre otros, son algunos de los asuntos abordados por esta publicación. Jefe de Redacción: Miguel Villarejo. Dirección: Padilla, 6; 28006-Madrid.

■ **LATERAL** (Nº 36, diciembre 97, pp. 40). Revista cultural catalana que en este número dedica mucho espacio a autores cubanos y a la cultura americana en general. Resulta de especial interés en este sentido el texto de Iván de la Nuez «Viaje a la última frontera», en el que penetra el intrincado laberinto del Miami de los cubanos. Aparece también un cuento de José Abreu, un artículo de Mayra Montero, un comentario escrito por Carpentier en 1955 sobre la obra de Calder, además de poemas y reproducciones de pintores cu-

banos. Director: Mihály Dész. Dirección: P^o Sant Joan, 25 - 2^o 1^a; 08010-Barcelona.

■ LITORAL (N^o 215-216, 1997, pp. 218). Este número doble, coeditado con la UNESCO, de la famosa revista fundada en Málaga por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre está íntegramente dedicado a la poesía cubana y forma parte de la Colección UNESCO de Obras Representativas. La selección de autores y poemas, presentada bajo el título general de *Con un mismo fuego*, corrió a cargo de Aitana Alberti. La muestra lleva un prólogo de Salvador Bueno, actual director de la Academia Cubana de la Lengua, en el que se hace un recorrido por la poesía cubana del presente siglo y se delimitan las características de cada uno de los poetas antologados, entre los cuales figuran Regino Boti, José Manuel Poveda, José Zacarías Tallet, Rubén Martínez Villena, Nicolás Guillén, Eliseo Diego, Carilda Oliver Labra, Gastón Baquero, Heberto Padilla, César López, Manuel Díaz Martínez, Severo Sarduy, José Kozler, Miguel Barnet, Guillermo Rodríguez Rivera, Nancy Morejón, Magali Alabau y Luis Rogelio Noguera.

■ MÚSICA CUBANA (N^o 0, 1997, pp. 58). Publicación de la UNEAC especializada en temas relacionados con la música. La revista, que cuenta con un decoroso diseño y se imprime en papel mejor que el habitual en Cuba, contiene textos que, a pesar de su indiscutible dominio técnico del tema, no abordan el fondo de los problemas que la música cubana ha tenido que enfrentar durante los últimos años. Director: José Loyola Fernández. Dirección: Calle 17 N^o 354, Vedado, Ciudad de La Habana, CP 10400, Cuba.

■ PALABRA NUEVA (N^o 60, sept. y N^o 61 oct.-nov. 97, pp. 40 cada una). Opinión, Sociedad, Economía, Ciencia y Técnica, Cultura y Arte, todo esto aborda la Arquidiócesis de La Habana a través de esta publicación mensual. Bajo el epígrafe de Sociedad, en el N^o 60, aparece un artículo de Rogelio Fabio Hurtado en el que hace un alegato lúcido y coherente por la Reconciliación Nacional sin «derrumbe y regresión al pasado lejano, ni estancamiento en el pasado más próximo». El N^o 61 destaca la peregrinación de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, que comenzó el 8 de septiembre del 97 y terminó en enero del 98, cuando fue

coronada por Juan Pablo II. Director: Orlando Márquez. Dirección: Habana N^o 152, esq. a Chacón, La Habana Vieja 10100, Cuba.

■ PAPELES DEL NUEVO MUNDO (Nueva Época N^o 1, 2 y 3, pp. 8 cada una). Boletín de la Universidad mexicana Nuevo Mundo que se edita con el propósito de que «la Universidad sea reflejo de la sociedad». Incluye poemas, notas, comentarios e informaciones de diversa índole, todo condensado en un espacio muy breve pero lleno de significado. En el N^o 3 se presenta «al poeta cubano Raúl Rivero, silenciado en su país por su valentía de criticar desde adentro a la dictadura de Castro». Director: Carlos Olivares Baró. Dirección: Av. de los Cipreses 2010, San Juan Totoplec, Nauacalpan, Edo. de México.

■ LA PRENSA DEL CARIBE (N^o 5, diciembre 97 y N^o 6, enero 98, pp. 20 cada uno). Periódico editado por el Centro de Estudios del Caribe. Aborda fundamentalmente temas relacionados con Cuba y República Dominicana y lo hace con fluidez periodística y, si vale la expresión, con ritmo caribeño, aunque su diseño gráfico deja todavía mucho que desear. El plato fuerte del N^o 5 es una entrevista exclusiva con el destacado novelista guatemalteco Augusto Monterroso; dedica también espacio al premio Cervantes de este año, el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante. El N^o 6 dedica amplia atención a la visita del Papa a Cuba; también informa en detalle acerca del Seminario celebrado en la Universidad Complutense con el tema «Cuba, cuatro décadas de utopía y realidad». Director: Carlos J. Báez Evertsz. Dirección: c/ del Cedro, 6 B-2; 28250-Torrelodones, Madrid.

■ PRÓXIMO (N^o 6, enero-febrero del 98, pp. 32). Presentada como «Revista de análisis de la realidad cubana», es ésta una publicación que aborda temas tan diversos como el medio ambiente en Cuba o el liberalismo cubano en el pasado siglo. El presente número contiene un análisis de la personalidad del General cubano Arnaldo Ochoa y de cómo algunos de esos rasgos personales lo condujeron al paredón. Directora: Gina Montaner. Dirección: Alberto Bosch, 10; 28014-Madrid.

■ REVOLUCIÓN Y CULTURA (N^o 2/97, pp. 70). Revista del Ministerio Cubano de Cultura dedicada en este número a indagar en la historia y posibilidades de la telenovela, género

surgido en Cuba en la década del 50, perdido completamente después del triunfo de la revolución y que ahora se trata de recuperar a pesar de que, como asegura Francisco López Sacha en su artículo «Tres fuentes y tres partes integrantes de la telenovela»: «La telenovela, tal y como se realiza en la actualidad (en Cuba) parece más un problema que un género». Las páginas centrales están dedicadas a reproducir obras del pintor Armando Mariño. Directora: Elizabeth Díaz. Dirección: Calle 4 N° 205, e/ Línea y 11, Vedado, Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba.

■ **TABLAS** (N° 4/1996, pp. 110). Revista de Artes Escénicas del Ministerio Cubano de Cultura. Reproduce en este número algunas de las ponencias presentadas al Seminario Rito y Representación, celebrado en La Habana del 11 al 14 de diciembre de 1996 y que constituyeron lo mejor del cuerpo teórico de dicho evento. Directora: Yana Elsa Brugal. Dirección: San Ignacio 166 e/ Obispo y Obrapía, Habana Vieja, Cuba.

■ **VITRAL** (N° 21, sept.-oct. 97, pp. 90). Revista Socio-Cultural del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa. Esta publicación pinareña es el esfuerzo más serio realizado por la Iglesia en Cuba por sacar adelante un proyecto de reflexión religiosa, cultural y social. Es de destacar en este sentido el trabajo «Moral social y economía», de José Luis Alemán, en el que asegura que «La Iglesia no puede y no debe aceptar ni condenar en su globalidad sistema social alguno. Lo que sí puede hacer y hace es expresar condenas a puntos, ciertamente en ocasiones álgidos, de los diversos sistemas en los que se ve obligada a convivir». Director: Dagoberto Valdés. Dirección: Calle Máximo Gómez 160 (E) e/ Ave. Rafael Marrero y Comandante Pinares, Pinar del Río 20100, Cuba.

■ **VITRAL** *Mensajes de los Papas a Cuba* (Número único, sept. 97, pp. 56). S. E. Mons. Pedro Claro Meurice Estiu, Arzobispo de Santiago de Cuba, presenta esta recopilación de mensajes, discursos y otros pronunciamientos de los Sumos Pontífices dirigidos especialmente a Cuba. Comienza con una carta de los veteranos de la guerra de independencia, solicitando a Benedicto XV, en 24 de diciembre de 1915, que declare a la Virgen de la Caridad Patrona de la República de

Cuba, y concluye con una carta de Juan Pablo II, de 12 de febrero de 1996, al Encuentro Nacional Eclesial Cubano. Director: Dagoberto Valdés. Dirección: Calle Máximo Gómez 160 (E) e/ Ave. Rafael Marrero y Comandante Pinares, Pinar del Río 20100, Cuba.

Convocatorias

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

■ Premio «Ala Delta de Literatura Infantil y Juvenil». La obra premiada obtiene dos millones de pesetas y la publicación por parte de la editorial Edelvives. El importe del premio forma parte de los derechos de autor. Extensión de entre 20 y 70 folios. El plazo de admisión cierra el 31 de mayo. Editorial Luis Vives (Edelvives), Av. Dr. Federico Rubio y Galí, 1; 28039-Madrid.

■ Premio «Lazarillo». Dotado con un primer premio de un millón de pesetas y dos accésit de ciento cincuenta mil cada uno. Narrativa, poesía o teatro para niños. Plazo de admisión: 1 de julio. Organización Española para el Libro Infantil y Juvenil, OEPLI, Santiago Rusiñol, 8; 28040-Madrid.

■ Premio «Apelles Mestres de literatura infantil y juvenil». 750.000 pesetas. Se puede optar por la parte literaria y por la parte gráfica. Ésta última debe incluir todos los dibujos originales del libro. Fecha límite: 30 de septiembre. Ediciones Destino, Consell de Cent, 425; 08009-Barcelona.

■ Premio Internacional de literatura juvenil «Infanta Elena». Cinco millones de pesetas (cuatro para el primer premio y uno para el finalista). Extensión mínima aproximada de 60 folios. Plazo de admisión hasta el 31 de diciembre. Ediciones Toray, Escolles Pies, 103; 08017-Barcelona.

NARRATIVA

■ Premio «Torrente Ballester». Tres millones de pesetas y publicación de la obra, previo acuerdo con el autor. Pueden participar novelas, relatos o conjuntos de relatos. Fecha límite: 1 de julio. Diputación de La Coruña, Cultura, Deportes y Bienestar Social,

Av. Alférez Provisional, s/n; 15006-La Coruña. Entrega: último trimestre del año.

■ Premio de narraciones breves «Alberto Lista». Dotado con medio millón de pesetas para el primer lugar. Extensión máxima de 15 folios por quintuplicado. Cierra el 14 de octubre. Fundación El Monte, Pl. de Molviedro, 4; 41001-Sevilla.

■ Premio literario «Camilo José Cela». 250.000 pesetas. Extensión de entre 12 y 15 folios. Cierra el 15 de septiembre. Ayuntamiento de Padrón, General Franco, 29; 15640-Padrón (A Coruña).

■ Premio de narrativa «Ciudad de Alcalá». Dotación: 350.000 pesetas. Extensión mínima de 75 folios. Pueden concursar novelas o colecciones de relatos. Cierra el 1 de septiembre. Fundación Colegio del Rey, Empeinado, 30; 28801-Alcalá de Henares (Madrid).

■ Premio «Ciudad de Algeciras». 250.000 pesetas. Mínimo de 50 folios y máximo de 100. Sólo se pueden presentar hasta dos obras por concursante. Fecha límite: 31 de noviembre. Fundación José Luis Cano, Teniente Miranda, 118; 11201-Algeciras (Cádiz).

■ Premio de narrativa «Luis Berenguer» (Ciudad de San Fernando). Un millón de pesetas. Extensión mínima de 150 folios y máxima de 300. Cierra el 30 de septiembre. Ayuntamiento de San Fernando, Gravina, 30; 11100-San Fernando (Cádiz).

■ Premio «José María Mateu Borrás». Dotación: un millón de pesetas. Tema: deportes náuticos. Extensión máxima de 15 folios por cuadruplicado. Cierra el 31 de octubre. Fundación Europea Universitat, Secretaría, Cea Bermúdez, 20 bajo; 28003-Madrid.

■ Premio de narrativa erótica «La sonrisa vertical». Dotado con un millón de pesetas sobre los derechos de autor. Tema: erotismo. Mínimo de 100 folios y máximo de 200. Si el autor lo desea conservará su anonimato, incluso si la obra resultara premiada. Hasta el 30 de octubre. Tusquets Editores. Apartado de Correos 149; 08940-Cornellá de Llobregat (Baix Llobregat - Barcelona).

NOVELA

■ Premio «Café Gijón». Dotado con dos millones de pesetas. Extensión mínima de 200 folios y máxima de 300. Las obras pueden ir firmadas o con seudónimo. Fecha límite: 15

de julio. El original de la obra premiada pasará a ser propiedad del Ayuntamiento de Gijón. Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón, Ramiro de Maeztu, 2; 33201-Gijón (Asturias).

■ Premio «Espasa Humor de Novela». Tres millones de pesetas. Mínimo 200 folios y máximo 300. Cierra el 15 de junio. Editorial Espasa Calpe, Ctra. de Irún Km. 12,200; 28049-Madrid.

■ Premio «Felipe Trigo» de novela y narraciones cortas. Dotados con tres millones y un millón de pesetas, respectivamente. Extensión de entre 150 y 300 folios para novela y entre 40 y 75 para narración corta (un solo relato). Originales por cuadruplicado. Fecha límite: 30 de junio. Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, Concejalía de Cultura; 06700-Villanueva de la Serena (Badajoz).

■ Premio «Fernando Lara». Dotado con 20 millones de pesetas en concepto de derechos de autor sobre la primera edición de la obra. Extensión mínima de 200 folios. El plazo de admisión cierra el 30 de junio. Editorial Planeta, Córcega, 273-279; 08008-Barcelona.

■ Premio de novela corta «Gabriel Sijé». Primer premio de 300 mil pesetas y segundo de 150 mil. Entre 25 y 50 folios formato DIN A-4. La admisión cierra el 30 de junio. Fundación Caja del Mediterráneo, Obras Sociales, Cardenal Loaces, 7; 03300-Orihuela (Alicante).

■ Premio «Herralde de novela». Dotado con dos millones de pesetas en concepto de anticipo de derechos de autor. Cierra el 15 de julio. Editorial Anagrama, Pedro de la Creu, 58; 08034-Barcelona. Entrega: 2 de noviembre 1998.

■ Premios «Jaén de Narrativa». Cuatro millones de pesetas en concepto de parte de los derechos de autor de la primera edición. Extensión mínima de 200 folios y máxima de 300. La admisión cierra el 31 de mayo. Editorial Debate (Premios Literarios Jaén), Gabriela Mistral, 2; 28035-Madrid.

■ Premio de novela «José Antonio Gabriel y Galán». Dos millones de pesetas. Extensión mínima de 200 folios. Originales por quintuplicado. Cierra el 30 de mayo. Junta de Extremadura, Consejería de Cultura y Patrimonio, Almendralejo, 14 - 2º; 06800-Mérida (Badajoz).

■ Premio «Planeta». Primer premio de 50 millones de pesetas y un accésit de 12 millones. Extensión mínima de 200 folios. El plazo de admisión cierra el 30 de junio. Editorial Planeta, Córcega, 273-279; 08008-Barcelona. Entrega: 15 de octubre.

■ Premio de novela corta «Ateneo de Valladolid». Cinco millones de pesetas. Extensión máxima de 100 folios y mínima de 75. Se pueden presentar una o varias novelas. Fecha límite: 31 de diciembre. Ateneo de Valladolid, General Ruis, 1; 47004-Valladolid.

■ Premio de novela «Ciudad de Majadahonda». Dotado con un millón de pesetas. Mínimo de 200 folios y máximo de 300. No se admiten conjuntos de narraciones. Cierra el 30 de septiembre. Ayuntamiento de Majadahonda, Casa de Cultura, Pl. de Colón, s/n; 28220-Majadahonda (Madrid).

■ Premio de novela «Francisco Ayala». Un millón de pesetas. Entre 200 y 350 folios. Originales por quintuplicado. Cierra el 30 de noviembre. Universidad Popular de San Sebastián de los Reyes, Av. Baunatal 18; 28700-San Sebastián de los Reyes (Madrid).

■ Premio «Nadal». Dotado con 30 millones de pesetas. Extensión mínima de 150 folios. Originales por duplicado y encuadrados, constando en ellos el nombre del autor y el domicilio. Fecha límite: 30 de septiembre. Ediciones Destino, Consell de Cent, 425; 08009-Barcelona.

■ Premio de novela «Prensa Canaria». Tres millones de pesetas y publicación del libro. Extensión mínima de 150 folios. Originales por quintuplicado. Cierra el 31 de octubre. El autor debe renunciar expresamente a los derechos de la primera edición. Periódico *La Provincia*, Alcalde Ramírez Bethancourt, 8; 35003-Las Palmas de Gran Canaria (Canarias).

INVESTIGACIÓN

■ Premio «Casa de las Ciencias. Libros inéditos». Dotado con un millón de pesetas en concepto de derechos de autor sobre la primera edición del libro, hasta una tirada máxima de cinco mil ejemplares. Tema: ciencias físicas o naturales, incluyendo biografías de científicos e historia de la ciencia. Extensión mínima de 120 páginas DIN A-4. Los libros irán firmados por el autor o los autores. Cierra el 31 de agosto. Casa de las Ciencias,

Parque de Santa Margarita, s/n; 15005-A Coruña.

■ Premio «Cronista Alfredo Cazabán». Dotado con 250.000 pesetas. Tema: realidad social, económica y cultural de las mujeres. Extensión mínima de 75 folios. Originales por quintuplicado. Fecha límite: 7 de noviembre. Ayuntamiento de Terrasa, Servicio de Promoción de la Mujer, Pl. Didó, 5; 08221-Terrasa (Vallés Occidental - Barcelona).

■ Premio «Dr. Rogeli Duocastella de Investigación en el Campo de las Ciencias Sociales». Dos millones de pesetas, divididas en un millón y medio para el primer premio y medio millón para el segundo. Entre 150 y 250 folios. El trabajo deberá caracterizarse por sus cualidades científicas e innovadoras, una sólida base de investigación empírica y actualidad temática. Cierra el 30 de septiembre. Fundación La Caixa, Vía Laietana, 56; 08003-Barcelona.

■ Premio «Fundación Rivadeneira». Dotación: medio millón de pesetas dividido en un primer premio de 300.000 y un segundo premio de 200.000. Tema: sobre cualquier cuestión lingüística o literaria. Los trabajos deben ir firmados por su autor o autores. La admisión cierra el 30 de septiembre. Ministerio de Educación y Ciencia. Real Academia de la Lengua, Alcalá, 36; 28014-Madrid.

■ Premio «Fundesco de investigación». Tres millones de pesetas y publicación de la obra. Tema: consecuencias y aplicaciones sociales de las telecomunicaciones. Pueden optar investigadores y departamentos de investigación españoles e iberoamericanos, que acrediten un trabajo continuado.

■ Premio «Menéndez Pidal». 300.000 pesetas. Trabajos sobre estudios literarios o lingüísticos, sobre la obra de un escritor español o hispanoamericano. Cierra el 22 de diciembre. Real Academia Española, Secretaría, Felipe IV, 4; 28071-Madrid.

■ Premio «Ordesa, de investigación y pediatría». Un millón de pesetas. Tema: pediatría extrahospitalaria. Extensión máxima de 100 folios. Para profesionales de la pediatría. Cierra el 15 de julio. Asociación Española de Pediatría, Sección de Pediatría Extrahospitalaria, Apartado de Correos 15032; 41080 Sevilla.

■ Premio «Tribuna americana». Un millón de pesetas. Tema: relaciones iberoamericana-

nas. Extensión máxima de 80 folios. Se tendrá en cuenta el interés político, actualidad informativa y rigor científico, documentación y bibliografía. Cierra el 1 de diciembre. Casa de América, Aula Bolívar, Paseo de Recoletos, 2; 28001-Madrid.

POESÍA

■ Premio «Antonio González de Lama». Dotado con medio millón de pesetas y edición de la obra con una tirada de mil ejemplares. Originales por quintuplicado. Cierra el 31 de julio. Ayuntamiento de León, Av. Padre Isla, 57; 24002-León.

■ Premio «Antonio Machado». Dotación de 300.000 pesetas, divididas en un primer premio de 200.000 y premio al mejor trabajo de un poeta, 100.000 pesetas. Extensión máxima de 400 versos. Originales por quintuplicado. Cierra el 28 de noviembre. Junta Municipal del Distrito Casco Antiguo, Crédito, 11; 41002-Sevilla.

■ Premio «Antonio Oliver Belmás». Medio millón de pesetas y escultura conmemorativa. Máximo de 1.500 versos y mínimo de 500. Originales por sextuplicado. Cierra el 31 de octubre. Universidad Popular de Cartagena, Jacinto Benavente, 7; 30203-Cartagena (Murcia).

■ Premio «Ateneo Jovellanos». 250.000 pesetas, publicación y 50 ejemplares al ganador. Un solo poemario de entre 350 y 500 versos. Originales por quintuplicado. Cierra el 15 de septiembre. Ateneo Jovellanos, Begoña, 25; 33205-Gijón (Asturias).

■ Premio «Aula de Poesía de Barcelona». Medio millón de pesetas y publicación de la obra. Mínimo de 450 versos y máximo de 800. Originales por sextuplicado. Cierra el 11 de diciembre. Aula de Poesía de Barcelona, Melcior de Palau, 140; 08010-Barcelona.

■ Premio «Bahía». Medio millón de pesetas,

publicación de la obra ganadora y 100 ejemplares para el autor. Mínimo de 700 versos y máximo de mil. Cierra el 31 de diciembre. Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano, Teniente Miranda, 118; 11201-Algeciras (Cádiz).

■ Premio «Blas de Otero. Majadahonda». 650.000 pesetas. Entre 700 y 1000 versos. Cierra el 26 de octubre. Casa de Cultura de Majadahonda, Pl. de Colón, s/n; 28220-Majadahonda (Madrid).

■ Premio «Ciudad de Córdoba». Un millón de pesetas y publicación de la obra. Mínimo 750 versos y máximo 1500. Cierra el 31 de diciembre. Ayuntamiento de Córdoba, Área de Cultura y Educación, Capitulares, 1; 14071-Córdoba.

■ Premio «Ciudad de Irún». 800.000 pesetas. Extensión mínima de 800 versos. Cierra el 28 de julio. Fundación Kutxa, Garibay, 15; 20004-Donostia-San Sebastián (Guipuzkoa).

■ Premio «Ciudad Las Palmas de Gran Canaria». Medio millón de pesetas y publicación de la obra en una edición de dos mil ejemplares. Extensión mínima de 500 versos. Originales por quintuplicado. Cierra el 30 de septiembre. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, León y Castilla, 330; 35007-Las Palmas (Canarias).

■ Premio «Ciudad de Melilla». Dos millones de pesetas. Mínimo de 750 versos. Originales por quintuplicado. La plica incluirá un breve curriculum del autor. Cierra el 15 de agosto. Ayuntamiento de Melilla, Concejalía de Cultura; 29800-Melilla.

■ Premio «Esquío». Un millón de pesetas para el mejor trabajo en castellano. Mínimo de 500 versos. Originales por cuadruplicado. Cierra el 31 de julio. Fundación Caixa Galicia-Claudio San Martín, Sociedad de Cultura Valle Inclán, Magdalena, 234; 15402-Ferrol (A Coruña).

La Editorial Casiopea quiere aprovechar el año 98 para dar cuenta de una literatura cubana alejada de los tópicos al uso. Estos libros, con su diversidad de estilos, recuperan el sentido cosmopolita y trascultural que fundó la cultura cubana y que le ha acompañado en todos sus avatares.

A partir del 1 de Abril



"Con un lenguaje desenfadado, ríspido y agresivo, cruel y limpio, Juan Abreu nos ofrece el testimonio no del derrotado, sino la furia triunfante del renegado."

RIÑALDO ARENAS
Autor de "Antes que anochezca"



"Un libro para pensar Cuba después de la caída del MURO"



"Benítez Rojo escribe de forma maravillosa, con la vida, el estímulo y la densidad de un poema."

JOHN UPDIKE

A partir de Junio de 1998



COLABORADORES

- Juan Abreu** (La Habana, 1952). Escritor y pintor. Fue uno de los directores de la revista *Mariel*. Su libro más reciente es *A la sombra del mar* (Barcelona, Ed. Casiopea, 1998).
- José Abreu Felipe** (La Habana, 1947). Ha publicado, entre otros libros, la novela *Siempre la lluvia* (Miami, 1994).
- Nicolás Abreu Felipe** (La Habana, 1954). Ha publicado *Al borde de la cerca*, testimonio de sus experiencias como asilado en la Embajada de Perú en La Habana (Madrid, 1987).
- Carlos Alfonso** (La Habana, 1950-Miami 1991). Pintor. Expuso en Cuba en las muestras *Pintura fresca* y *Volumen I*. En Estados Unidos participó en múltiples exposiciones y realizó los murales de la estación del Metro Santa Clara (Dade County) y del edificio de Ingeniería de la Florida International University (Miami). Sus obras se conservan, entre otros, en el Miami Art Museum y el Whitney Museum of American Art, New York.
- Alejandro Aragón**. Escritor cubano, participa en el proyecto *Cubaneo*. Reside en La Habana.
- Reinaldo Arenas** (Holguín, 1943-Nueva York 1990). Fue uno de los directores de la revista *Mariel*. Entre sus obras figuran las novelas *Celestino antes del alba* y *El mundo alucinante*, y el libro de memorias *Antes que anochezca*.
- René Ariza** (La Habana, 1940 - San Francisco, 1994). En 1967 obtuvo el Premio UNEAC por su obra de teatro *La vuelta a la manzana*.
- Carlos Barbáchano**. Escritor español. Trabajó en la Embajada de España en Cuba; reside en Madrid.
- Jesús J. Barquet**. Poeta y ensayista. Miembro de la Generación del Mariel. Reside en EEUU.
- Víctor Batista** (La Habana, 1933). Historiador y director de la editorial Colibrí. Reside en Madrid.
- Antonio Benítez Rojo** (La Habana, 1931). Autor, entre otros libros, de la monografía *La isla que se repite*. Reside en Estados Unidos.
- Esteban Luis Cárdenas** (Ciego de Ávila, 1945). Ha publicado los poemarios: *Cantos del centinela* (Miami, 1993) y *Ciudad mágica* (París, 1998).
- Josep M. Colomer**. Profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Barcelona, y actualmente Profesor visitante de Ciencia Política en la Universidad de Georgetown, en Washington.
- Orlando Coré**. Escritor cubano residente en Guadalajara, España. Este año ha publicado el libro de poemas *Cuba y la noche*.
- Carlos A. Díaz** (La Habana, 1950). Redactor de *The Miami Herald*. Ha publicado, entre otros libros, la colección de cuentos *El jardín del tiempo*.
- Jesús Díaz** (La Habana, 1941). Director de la revista *Encuentro*. Su última novela es *La piel y la máscara*. Reside en Madrid.
- Carlos Espinosa** (Guisa, 1950). Crítico e investigador cubano. Reside en Madrid.
- Abilio Estévez** (La Habana, 1954). Dramaturgo y novelista. Su última obra es la novela *Tuyo es el Reino*. Reside en La Habana.
- Tony Évora**. Artista plástico y musicólogo cubano. Su último libro es el ensayo *Orígenes de la música cubana*. Reside en Madrid.
- Miguel Fernández** (Sagua la Grande, 1954). Bajo su cuidado editorial han sido publicados el tabloide *Acento* (Univ. de La Habana). Reside en La Habana.
- Gerardo Fernández Fe** (La Habana, 1971). Premio "David" de poesía 1995 con el libro *Las Palabras Pedestres*. Reside en La Habana.
- Luis Manuel García** (La Habana, 1954). Ganó el Premio Casa de las Américas con el libro de cuentos *Habaneceer*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Sevilla.
- Reinaldo García Ramos** (La Habana, 1944). Ha publicado los volúmenes de poesía: *El buen peregrino* (Madrid, 1987) y *Caverna fiel* (Madrid, 1983).
- Lourdes Gil**. Poeta cubana. Fue redactora de la revista *Újule*. Reside en Nueva York.
- Roberto González Echevarría**. Nacido en Cuba, es profesor de la Universidad de Yale. Ha publicado, entre otros libros, *Alejo Carpentier: peregrino en casa*.
- Vladimir Guerrero**. Periodista y escritor cubano. Reside en Estados Unidos.
- Isabel Holgado** (Barcelona, 1969). Antropóloga. Investigadora en temas de género y migraciones femeninas.
- Emilio Ichikawa** (Bauta, 1962). Ha sido profesor de Filosofía en la Universidad de La Habana. Autor del libro de ensayos *El pensamiento agnóstico*. Reside en Bauta, Cuba.
- José Kozar** (La Habana, 1940). Su último cuaderno de poesía es *Et mutabile*. Reside en Málaga.
- Monika Krause**. Especialista alemana en sexolo-

- gía. Vivió en Cuba más de 30 años. Actualmente reside en Hamburgo.
- Adriana Méndez.** Profesora cubana de la Universidad de Iowa. Autora, entre otros libros, de un ensayo sobre la Condesa de Merlín.
- Mons. Pedro Meurice Estiú.** Arzobispo de Santiago de Cuba.
- Carlos Javier Morales.** Profesor de Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de La Rioja. Acaba de publicar, junto a José Olivio Jiménez, *La prosa modernista hispanoamericana*.
- Marcia Morgado** (La Habana, 1951). Su novela *69: memorias eróticas de una cubanoamericana*, será publicada por la Editorial Casiopea.
- Iván de la Nuez** (La Habana, 1964). Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. La editorial Casiopea publicará su volumen de ensayos *La balsa perpetua (Soledad y conexiones de la cultura cubana)*. Reside en Barcelona.
- Joaquín Ordoqui** (La Habana, 1953). Director de programa de la Televisión Educativa Iberoamericana. Reside en Madrid.
- Mario Parajón** (La Habana, 1929). Ha publicado, entre otros libros, *Eugenio Florit y su poesía*. Reside en Chinchón (Madrid).
- Waldo Pérez Cino** (La Habana, 1972). Ha publicado en Cuba el libro de relatos *La demora*.
- Marifeli Pérez-Stable.** Presidenta del Instituto de Estudios Cubanos. La Editorial Colibrí publicará su monografía *La revolución cubana*. Reside en Nueva York.
- Andrés Reynaldo** (Calabazar de Sagua, 1953). Subdirector de noticias locales de *El Nuevo Herald* de Miami, donde reside. Ha publicado, entre otros libros, el poemario *La Canción de las Esferas* (1987).
- Raúl Rivero** (Morón, 1945). Poeta y periodista. En 1991 firmó la llamada Carta de los Diez. Ha publicado, entre otros libros, *Firmado en La Habana*. Dirige la agencia de prensa independiente CubaPress. Reside en La Habana.
- Rafael Rojas** (La Habana, 1965). Historiador. La Editorial Colibrí ha publicado su libro de ensayo *El arte de la espera*. Reside en Ciudad de México.
- Guillermo Rosales** (La Habana, 1946 - Miami, 1993). Premio Letras de Oro 1986 con la novela *Boarding Home*.
- Miguel Ángel Sánchez.** Periodista cubano. Ha publicado entre otros libros una biografía de José Raúl Capablanca. Reside en Nueva York.
- Fidel Sendagorta.** Escritor y diplomático español. Estuvo destacado en la Embajado de España en Cuba; actualmente lo está en la de Marruecos.
- José Ramón Suárez.** Escritor cubano. Reside en La Habana.
- Osbel Suárez Breijo** (Pinar del Río, 1970). Crítico de Arte. Reside en Madrid.
- Armando Valdés** (La Habana, 1964). Autor del poemario *Libertad del silencio*. Reside en París.
- Roberto Valero.** Poeta cubano. Fue miembro de la Generación del Mariel.
- Jesús Vega.** Escritor y crítico residente en Miami.
- Carlos Victoria** (Camagüey, 1950). Redactor del periódico *The Miami Herald*. Autor, entre otros, del libro de relatos *El Resbaloso* y la novela *La ruta del mago*.
- Fernando Villaverde** (La Habana, 1938). Reside en Miami donde trabaja en el *Miami Herald*. Su último libro es *Las tetas europeas*.
- Juan Villoro.** Novelista mexicano. Director del suplemento cultural del diario *La Jornada*.
- Carlos Wotzkow** (La Habana, 1961). Especialista en aves rapaces cubanas. Autor del libro *Naturaleza Cubana*. Reside en Bienne, Suiza.
- Yoss (José Miguel Sánchez).** Escritor cubano. Participa en el proyecto *Cubaneo*. Reside en La Habana.
- Rafael Zequeira** (Camagüey, 1950) Narrador cubano. Miembro de la redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Madrid.

D I S T R I B U I D O R E S

Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Avda. San Ginés, 147, Nave D
30169 San Ginés
Tel.: (968) 88 44 27

Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.
Castan Tobeñas, 74
46018 Valencia
Tel.: (96) 379 31 51

Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz, Ceuta,

Campo de Gibraltar

CENTRO ANDALUZ
DEL LIBRO, S.A.
Polígono La Chaparrilla,
parcela 34-36
41016 Sevilla
Tel.: (95) 440 63 66
Fax: (95) 440 25 80

Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA
Polígono Industrial Nave 5
Roces, 33211 Gijón
Tel.: (98) 516 79 30

Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Guadalajara

DISTRIFORMA, S.A.
Abtao, 25, patio interior
28007 Madrid
Tel.: (91) 501 47 49
Sistema de Telepedido:
fedd0051@fedecali.es

País Vasco

PASAIA DISTRIBUCIÓN
San Pedro 11, 2º
Pasai San Pedro
(Guipúzcoa)
Tel. y Fax: (943) 39 08 17

Valladolid, Salamanca, León, Segovia, Palencia, Zamora, Avila, Burgos

LIDIZA, S.L.
Avda. de Soria, 15, La Cistérniga
47193 Valladolid
Tel.: (983) 40 13 18

Cataluña y Baleares

DISTRIBUC. PROLOGO, S.A.
Mascaró, 35
08032 Barcelona
Tel.: (93) 347 25 11

Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES
Catedral, 29
38204 La Laguna
Tenerife, Canarias
Tel.: (922) 25 32 44

Aragón, La Rioja, Soria, Navarra

ICARO DISTRIBUC., S.L.
Polígono El Plano, calle A
nave 39
50430 María de Huerva
Tel.: (976) 12 63 33

Granada, Almería, Jaén, Málaga,

CENTRO ANDALUZ
DEL LIBRO, S.A.
Carrión-Los Negros, 19
29013 Málaga
Tel.: (95) 225 10 04

Galicia

M. ALONSO LIBROS
Vía Faraday, 41 bis
Polígono del Tambre
15890 Santiago de Compostela
La Coruña
Tel.: (981) 58 86 00

E X P O R T A D O R E S

PUVILL LIBROS, S.A.

Estany, 13, Nave D-1
08038 Barcelona
Tels.: (93) 298 89 60
Fax: (93) 298 89 61

CELESA

Moratines, 22, 1º B
28005 Madrid
Tel.: (91) 517 01 70
Fax: (91) 517 34 81

EN PRÓXIMOS NÚMEROS

HOMENAJE A MANUEL MORENO FRAGINALS

ALBERTO RECARTE

La economía cubana: hipótesis de futuro

ARCADIO DÍAZ QUIÑONES

Fernando Ortiz y Allan Kardec:
los espíritus después de la guerra

OLGA CABRERA

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo)
y la Sociedad Civil Cubana

ATILIO CABALLERO

Las tardes del centinela

AGNES LUGO-ORTIZ

Los intersticios de la identidad en Cuba ante el 98

GRACIELA MONTALDO

La guerra del 98 y las políticas intelectuales

